# PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA OBRAS COMPLETAS 3 | 1899-1910 | II

### PLAN DE LAS OBRAS COMPLETAS

1. Teatro, poesía, narrativa 2. 1899-1910, I: Ensayos críticos Horas de estudio 3. 1899-1910, II: Memorias. Crónicas 4. 1911-1920, I: La poesía castellana de versos fluctuantes 5. 1911-1920, II: Crónicas periodísticas **6.** 1911-1920, III: La Universidad Tablas cronológicas 7. 1921-1928, I: En la orilla: mi España La utopía de América Seis ensayos en busca de nuestra expresión 8. 1921-1928, II: Apuntes sobre la novela en América Política-Literatura-México 9. 1929-1935: Observaciones sobre el español en América Críticas y estudios 10. 1936-1940, I: El español en Santo Domingo La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo 11. 1936-1940, II: Plenitud de España Temas hispanoamericanos 12. 1936-1940, III: El español en México, los Estados Unidos y la América Central Para la historia de los indigenismos Introducciones y críticas literarias **13.** 1941-1946, I: Las corrientes literarias en la América hispánica Historia de la cultura en la América hispánica

14. 1941-1946, II: Historia y literatura.

# PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA OBRAS COMPLETAS

3. 1899-1910, II.

Memorias – Diarios – Crónicas

Miguel D. Mena EDITOR

Editora Nacional Santo Domingo, República Dominicana 2013 Ministerio de Cultura de la República Dominicana Ministro: José Antonio Rodríguez Duvergé

Obras Completas de Pedro Henríquez Ureña Tomo 3: 1899-1910, II. Compilador | Editor: Miguel D. Mena

Diseño y Arte Final: Aurelio Ross Portada: Edson Amín Toribio

Coordinación General de la Edición: Luis O. Brea Franco Corrección de Prueba: Armando Almánzar Botello, Editora Nacional © Editora Nacional, abril, 2013. Ministerio de Cultura de la República Dominicana Todos los derechos reservados para esta edición.

ISBN OBRAS COMPLETAS: 978-9945-492-15-6 ISBN para este tomo: 978-9945-492-18-7

### EDITORA NACIONAL

Oficina de la Feria del Libro
Plaza de la Cultura "Juan Pablo Duarte"
Ave. Máximo Gómez con Ave. México,
Santo Domingo, D. N.
Tel. (809) 221-0736
www.cultura.gob.do
Impreso y hecho en República Dominicana
Printed and bound in the Dominican Republic

### ÍNDICE GENERAL

Introducción, 7 MEMORIAS, 15 DIARIO, 88 NOTAS DE VIAJE, 133

Crónicas

Crónica [Recuerdo de José Joaquín Pérez], 159

Teatrales. Virginia. La locura de amor, 161

Teatrales. Tamayo y Lucía Martínez Casado, 163

Teatrales. Lola. Don Juan Tenorio, 165

María del Carmen. Impresiones, 167

Editorial, 169

Editorial, 171

Crónica neoyorkina, 173

Veladas teatrales, 176

Neoyorkinas. Notas artísticas, 178

Crónica habanera, 181

Crónica habanera, 183

Crónica habanera, 185

Crónica habanera, 187

Crónica habanera. Italia Vitaliani, 190

Crónica habanera. La Vitaliani en Hedda Gabler, 192

Crónica habanera, 194

Crónica habanera, 197

Crónica habanera. Dos artistas, 199

Crónicas humanas. El libro de Muñoz Bustamante, 202

Crónica habanera, 203

Correspondencia habanera, 205

Correspondencia habanera, 209

Correspondencia habanera, 212

Correspondencia habanera. La muerte de Máximo Gómez, 215

Correspondencia habanera, 219

Crónica. Oyendo la banda de artillería, 223

Impresiones de la semana. 3 de marzo, 225

Impresiones de la semana. 10 de marzo, 228

Impresiones de la semana. 17 de marzo, 231

Impresiones de la semana. 31 de marzo, 234

Impresiones de la semana. 7 y 8 de abril, 238

Noches de arte. 10 y 11 de abril, 241

Impresiones de la semana. 14 y 15 de abril, 244

Impresiones de la semana. 21 y 22 de abril, 247

Los teatros en México, 250

Teatros. Los conciertos. La ópera. Junio 1906, 254

Teatros. Los conciertos. La ópera, 261

La vida intelectual y artística, 266

Los restos de Colón, 274

La vida intelectual y artística, 280

Desde México. Protesta y glorificación, 283

Conferencias y tés, 288

Palabras de P.H.U. en el entierro de Ramón Sáenz y B., 292

Crónica de Nueva York. 15 de febrero, 293

Desde Nueva York, 298

Desde México, 305

Los mejores libros, 311

Rosario Pino en Arbeu, 315

Rosario Pino en El genio alegre, 317

La musa bohemia, 318

Señora ama de Benavente, 323

Por la inmigración, 324

Página de historia real, 328

Cultura antigua de Santo Domingo, La Española, 334

**APÉNDICE** 

La intelectualidad hispanoamericana [En colaboración con Arturo R.

de Carricarte], 355

Tres reflexiones inéditas, 362

ÍNDICE ONOMÁSTICO, 363

### Introducción

La familia Henríquez Ureña se gestó a partir de un concepto de deber social, con la conciencia de que por su accionar se transparentaba la historia de su tiempo, la que acontecía tanto en la mediaisla dominicana como en el contexto caribeño. Antes de su casamiento en 1880, Salomé Ureña y Francisco Henríquez y Carvajal, habían tenido contactos con experiencias y discursos que trascendían los límites locales. La llegada del pedagogo puertorriqueño Eugenio María de Hostos en 1879 impactaría sus vidas. Salomé y Francisco se contaron entre sus primeros y más fieles colaboradores en los planes de regeneración de la Enseñanza nacional. En 1881 se da el primer fruto: la creación del Instituto de Señoritas, establecido por Salomé. En 1887 se produciría la investidura de las primeras seis maestras. Hasta su cierre en 1893 – debido a los problemas de salud de su fundadora—, el Instituto sería la principal institución académica nacional.

Por su lado, Francisco recibió en 1876 clases de otro puertorriqueño ilustre, el autonomista Román Badorioty de Castro<sup>1</sup>, implicándose luego en lo que sería la *filosofía social*.

Educado en este ambiente intelectual, rodeado de pensadores críticos, al tanto de las últimas corrientes de pensamiento y en un medio políglota, Pedro Henríquez Ureña llegaría a la adolescencia con un definido concepto del yo. La ausencia temprana del padre —ausente entre los tres y siete años de nuestro autor—, diversas convalecencias en la más temprana infancia y la muerte temprana de su madre – cuando tenía trece años—, forjaron a un joven introvertido, que asumiría el saber como su tabla de salvación. Si a este cuadro le

<sup>&</sup>lt;sup>1</sup> Residió en Santo Domingo en 1875 y 1879, llamado por el presidente Ignacio María González, para dirigir la Academia Náutica. Fundó varios planteles escolares. Ver: *Max Henríquez Ureña, Mi padre. Perfil biográfico de Francisco Henríquez y Carvajal.* Santo Domingo: Comisión Permanente de la Feria Nacional del Libro, 1988, p. 6.

sumamos su temprana partida a Nueva York en 1901 –con apenas 16 años–, entonces completaremos un cuadro donde las nociones de su desarraigo serán más que evidentes.

Tomando en cuenta la intensidad de estos trayectos existenciales, sus cuatro años newyorkinos (1901-1905) y el choque luego que produciría su estación habanera en 1905 y posteriormente su traslado al año siguiente a Veracruz, comprenderemos las razones por las cuales comenzó a sacar balance de su vida cuando apenas rondaba los 26 años.

Hasta entonces Pedro Henríquez Ureña había recorrido dos grandes caminos. El primero, público, comenzado a los 13 años, era inusual. En vez de constituirse en el poeta esperado, dada la familia de creadores de donde provenía, prefirió decantarse por la traducción, para luego decidirse por la crónica y el ensayo. El segundo, íntimo, lo conducía a un constante diálogo consigo mismo, como si su interactuación social necesitase pasar por el cedazo de la autoevaluación. El primero de estos caminos quedó plasmado en dos libros: *Ensayos críticos* (1905) y *Horas de estudio* (1910). El segundo, se materializó en sus años mexicanos, entre 1909 y 1911: *Memorias*, *Diario* y *Notas de Viaje*.

Las *Memorias* fue el segundo intento de replantearse el sentido de sus días, luego de un primer intento *diarístico*, entre 1899 y 1902<sup>2</sup>.

1909 fue un año de mucha intensidad: fundación del Ateneo, redacción de *El nacimiento de Dionisos*, publicación de un texto cuya corrección llegaría casi hasta sus últimos días, *El verso endecasílabo*. En medio de toda esta efervescencia política e intelectual, parece necesitar un momento de reposo para seguir desarrollando el otro plano de su escritura: la íntima, la confesional, aquella en la que saca su isla dominicana, la pulía y volvía a conservarla. Podríamos decirlo en términos de un futuro discípulo suyo, Ernesto Sábato: Pedro Henríquez Ureña tenía que luchar con sus fantasmas.

<sup>&</sup>lt;sup>2</sup> Ver página 16 de esta edición: "Ya alguna vez emprendí un diario, cuando tenía quince años, en 1899, y lo continué hasta 1902; pero lo destruí porque en él apenas apunté otra cosa que impresiones literarias y hechos de vida externa. Pero ahora quiero componer (sí, *componer*) una relación detallada de mi vida con los puntos que han ido quedando en mi memoria, especialmente en cosas literarias".

Hasta ahora estas *Memorias* han sido definidas de diversas maneras. El editor de la primera versión completa, el *henriquezureñista* Enrique Zuleta Mercado, ha señalado: "...para comprender el sentido profundo de estas *Memorias* no debemos verlas como el balance que Henríquez Ureña hacía de la trayectoria que había cumplido, ni tampoco como una rendición de cuentas del propio pasado, sino más bien como una forma de afirmar su personalidad y de prepararla para la empresa del futuro".<sup>3</sup>

Esta lectura está enmarcada dentro de cierto sentido común en torno a la autopercepción de Henríquez Ureña, como si él se concibiese dentro de una *empresa*. Ciertamente de él habría de esperarse su eclosión como político o conductor, debido a su expediente familiar y al contexto de aquella República Dominicana que, si bien había salido de una dictadura en 1899, había vivido en ese primer decenio de siglo XX dentro de una gran inestabilidad social. Pero para él estaba claro, a pesar de todo, que la conciencia de su papel estaba en otro campo. Así se lo confesará a su amigo peruano José de la Riva-Agüero, en carta enviada desde Washington, el 2 de marzo de 1915. Después de confesarle su desagrado en torno al ejercicio del periodismo al que estaba obligado en la capital norteamericana, "este no es el trabajo que prefiero: mi vocación es universitaria", le comenta:

"Recuerdo que en La Habana hablamos usted y yo sobre el deber de trabajar por el propio país, y que yo no acabé de explicar mis ideas, mi posición, en este punto, y temí aparecer como un tibio o un negado. En realidad, yo me atribuyo dos limitaciones en mi capacidad de servir a mi país: por una parte, soy un especialista, y no en una rama de la ingeniería o de la agricultura, sino en letras, en ciertas ramas de las letras, y considero que mi especialidad no le es útil a un país pequeño y pobre como el mío; por otra parte, no me agrada la acción política como allá se entiende, implicando la posibilidad de la acción guerrera. Para mí la guerra o la revolución sólo se justifican una vez de cada cien. Mi acción, pues, tendrá que operar con limitaciones; pero estoy dispuesto a prestarla. Creo que, aunque directamente mi enseñanza tendrá que ser

<sup>&</sup>lt;sup>3</sup> Pedro Henríquez Ureña: *Memorias. Diario. Notas de viaje.* Introducción y notas de Enrique Zuleta Álvarez. México: Fondo de Cultura Económica, 2000, p.15.

literaria y filosófica, fuera de cátedra predicaré la principal necesidad del país: el desarrollo del trabajo, y sobre todo de la agricultura."<sup>4</sup>

Las Memorias son un ejercicio proustiano, una recuperación de la alegría de los inicios por el poder convocante de la narración. Ahí están las zonas de la felicidad aclaradas. Pedro Henríquez Ureña cuenta cuando en su infancia insultó a unos niños vecinos por ser judíos<sup>5</sup>, para luego reconocerse él mismo dentro de la descendencia semita, por parte de su padre<sup>6</sup>. También hay una decantación del tema religioso, cuando señala su sendero hacia el agnosticismo –como se le llamaba entonces al ateísmo. Además, hay una evocación más que nostálgica del círculo de las exalumnas de su madre que lo acogió y lo asumió como hijo propio.

Lo que Henríquez Ureña traza son sus vías hacia su vocación literaria y pedagógica, el trayecto de sentimientos e impresiones, la contabilidad de pérdidas y ganancias en Santo Domingo, Nueva York, La Habana y México, el contraste de las ciudades y los tipos de sujeto urbano que se van conformando.

El Diario traza una ruta similar. Comienza el 5 de agosto de 1909 y concluye el 6 de abril de 1911. Pero esta vez él no es el estudiado, sino sus contemporáneos. Es como un diálogo paralelo al que entonces sostenía con sus amigos ateneístas. Es también un registro de los perfiles sicológicos de su generación, un seguimiento de sus días, ese sacar cuentas de lo que producen los viajes y gustos. Veamos un ejemplo, lo que Susana Quintanilla denomina "caso Acevedo". Se trata del joven arquitecto Jesús T. Acevedo, quien había sido enviado a Europa para "estudiar proyectos arquitectónicos europeos para construir en México un museo de artes y un palacio de justicia". La esperanza era que dejara su vida licenciosa, que lo conducía a la debilidad por las prostitutas. "Henríquez Ureña utilizó 'el caso Acevedo' para disgregar sobre

<sup>&</sup>lt;sup>4</sup> José de la Riva-Agüero: Obras completas. Epistolario Habich–Kuczynsky, Vol. 17. Introducción general de Víctor Andrés Belaunde. Lima: Publicaciones del Instituto Riva-Agüero, Pontificia Univ. Católica del Perú, 2000, p. 36

<sup>&</sup>lt;sup>5</sup> Ver p. 25 de esta edición.

<sup>&</sup>lt;sup>6</sup> Ver p. 16.

<sup>&</sup>lt;sup>7</sup> Susana Quintanilla, Nosotros. La juventud del Ateneo de México. De Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes a José Vasconcelos y Martín Luis Guzmán. México: Tusquets, 2008, p. 223.

la combinación de factores que truncaba la carrera de los jóvenes mexicanos, aun de los más capaces..."8

Las *Notas de viaje* comienzan el 3 de junio de 1911, cuando se embarca en Veracruz en dirección a La Habana, y concluyen el 3 de junio del mismo año en Santo Domingo, mientras comparte con lo que entrecomilló como "la juventud literaria", "que quizás tenga más talento literario que la de Cuba, pero tiene todavía menos cultura que aquélla".

Siempre atento al método comparativo, nuestro autor recorre este Caribe hispano, compara sus espacios urbanos, el grado de su desarrollo social y el tipo de sujeto emergente. También tiene tiempo de verse a sí mismo, por ejemplo, cuando se rencuentra con sus hermanos Fran y Max, comparando los diferentes acentos –cubanos los de ellos, mexicano el suyo.

En la segunda parte de este tomo recogemos sus crónicas periodísticas, dentro de las que sobresalen las teatrales.

Hasta el fin de sus días Pedro Henríquez Ureña mantuvo no sólo la pasión por el espectáculo teatral, sino que también se dedicó a su estudio y difusión, como podrá advertirse en los tomos siguientes de estas *Obras Completas*.

Como anexo, incluimos un texto curioso, firmado junto a Arturo R. Carricarte, que serviría como "el artículo programa" para la Revista Crítica, aquella empresa editorial que lo llevaría a Veracruz en 1906. Aunque en sus Memorias señala que este texto fue redactado por Carricarte, el mismo ciertamente contiene una serie de elementos comunes a su pensamiento. Si no suyo, que al menos valga su inclusión aquí como eco de sus propuestas de interpretación sobre los sentidos del intelectual en un contexto postcolonial.

### Nuestra edición

Las *Memorias* se conservaron inéditas entre los papeles Henríquez Ureña hasta 1961, cuando el crítico argentino Alfredo A. Roggiano comenzó parcialmente a publicarlos. De las *Memorias* se incluyeron

<sup>8</sup> Ibíd., p. 224.

<sup>&</sup>lt;sup>9</sup> Ver p. 155.

<sup>&</sup>lt;sup>10</sup> Ver p. 68.

fragmentos: Pedro Henríquez Ureña en los Estados Unidos<sup>11</sup>. Las Notas de viaje fueron también publicadas por Roggiano en la Revista Iberoamericana, en los números 130-131, correspondientes a los meses enero-junio de 1985, pp. 322-343. En 1989, Enrique Zuleta Álvarez reunió los tres textos de manera completa, con amplias notas y un excelente estudio introductorio, en una edición de la Academia Argentina de Letras. A la reedición de este texto en el 2000, dentro de la colección Biblioteca Americana, del Fondo de Cultura Económica, se le agregaron Tres reflexiones inéditas, que en nuestra edición reproducimos como apéndice.

Nuestro trabajo parte tanto de estas ediciones, como de la comparación con los originales depositados en el Colegio de México, en el Archivo Pedro Henríquez Ureña.

La compilación de estos textos ha implicado un intenso trabajo de investigación en archivos y bibliotecas de Santo Domingo, La Habana, y México. En esas tres ciudades queremos agradecer al historiador Salvador Alfau del Valle, a la ensayista y docente Diony Durán, y a Javier Garciadiego, presidente del Colegio de México, por el constante apoyo, que ha posibilitado la materialización de este proyecto de *Obras Completas* del maestro dominicano.

Finalmente, queremos agradecer a quien desde un principio ha sido el referente principal y ángel de esta empresa: doña Sonia Henríquez vda. Hlito, quien no sólo nos ha abierto muchas puertas, sino también nos ha permitido viajar, con su palabra, en los arcanos de su padre y su espíritu.

Miguel D. Mena Berlín, 21 de mayo de 2012.

<sup>&</sup>lt;sup>11</sup> México: Talleres de la Casa, Ed. Cultura, 1961.

## MEMORIAS DIARIO NOTAS DE VIAJE

### México, junio de 1909

1. Decía Benvenuto que no se debe escribir autobiografías ni memorias antes de cumplir los cuarenta años; porque hasta entonces no se tiene serenidad bastante, ni se contempla perspectiva amplia. Pero creo que también entonces muchas cosas pasadas ya no se sienten, y pierden su color y su carácter; pues por eso acaso conviene, si se tiene afición a hacer recuerdos, poner por escrito muchos que el transcurso de una década podría hacer borrosos.

No creo que siempre, al escribir memorias, se piense en el público; antes creo que se las escribe muchas veces por el placer de hacer psicología, no tanto psicología propia, sino de preferencia la de los demás. Nietzsche desconfiaba de las autobiografías, porque las suponía compuestas; desconfiaba de San Agustín y de Rousseau; y sin embargo, escribió notas autobiográficas. Oscar Wilde, que decía divertirse grandemente con los escritos autobiográficos y no parecía concederles mucha fe, escribió, sin embargo, una de las confesiones morales más artísticamente compuestas y, con todo, una de las que más producen impresión de artística sinceridad. La autobiografía, desde luego, siempre resulta compuesta; pero así debe ser, psicológica y artísticamente; no podemos exigir que en ellas se diga todo, pero sí que se digan cosas esenciales y no se introduzca nada falso. Sabemos que en las Memorias de Goethe faltan muchas cosas: todas las que resultaron inútiles para formar el Goethe que el mismo Goethe concebía y el que nosotros preferiremos a cualquier otro que a retazos fabriquen los eruditos. Las Memorias nos pintan el Goethe que se realizó en todos los momentos en que su vida y su ideal se fundieron y obraron de consuno. ¿Qué nos importan, pues, los momentos en que Goethe cedía a la presión de la vida o las horas en que su pensamiento no tenía relación interesante con ella?

2. Yo estoy todavía lejos de los cuarenta años; voy a cumplir los veinticinco; pero ya he vivido lo bastante para temer que en mi memoria comiencen a formarse lagunas, y además tengo excesiva afición a psicologizar. Ya alguna vez emprendí un diario, cuando tenía quince años, en 1899, y lo continué hasta 1902; pero lo destruí porque en él apenas apunté otra cosa que impresiones literarias y hechos de vida externa. Pero ahora quiero componer (sí, componer) una relación detallada de mi vida con los puntos que han ido quedando en mi memoria, especialmente en cosas literarias.

¿Mi memoria? Ciertamente he de comenzar por recuerdos ajenos. Nací el 29 de junio de 1884, en Santo Domingo de Guzmán, capital de la República Dominicana; era domingo, y cuentan que esa tarde, a la hora de mi nacimiento, había procesión de octavario de Corpus en la parroquia de Santa Bárbara. Mi padre, Francisco Henríquez y Carvajal, era ya entonces Licenciado en Derecho y en Medicina de la Facultad Dominicana, y maestro codirector, con José Pantaleón Castillo, de la extinta Escuela Preparatoria; había sido también Secretario del Presidente Meriño. Mi madre, Salomé Ureña, casada después de sus triunfos poéticos entre 1874 y 1880, dirigía el Instituto de Señoritas, el primero en que se dio enseñanza superior a la mujer dominicana. No fui primogénito, sino el segundo hijo. A fines del mismo año de 1884, sufrí una fiebre grave; y los parientes atemorizados ante la posibilidad de una muerte sin bautismo, según la creencia católica, me hicieron bautizar apresuradamente en la casa, con nombres tomados al azar: Pedro, por el día del nacimiento; Nicolás, por mi abuelo el poeta Nicolás Ureña; Federico, por el padrino, mi tío Federico Henríquez Carvajal. Mi madrina fue Valentina Díaz de Morales, pariente de mi madre.

No conocí a mi abuelo materno, ni a mi abuela paterna Clotilde Carvajal. Mi abuelo Noel Henríquez, que murió en 1904 a los noventa y un años, era hijo de holandés e inglesa; no había nacido en Santo Domingo, sino en la posesión holandesa de Curaçao, y en su ascendencia hubo judíos; por lo cual supongo que el apellido Henríquez, con su H, nos viene de judíos españoles o acaso portugueses que pasaran a Flandes. Mi abuela paterna tenía sangre de los últimos indios dominicanos que permanecieron en la población de Boyá, en la jurisdicción concedida al cacique rebelde Guarocuya (Enriquillo) en el siglo XVI, de los cuales existían algunos puros todavía en el siglo XVIII.

Por la rama materna, todos mis ascendientes, según los recuerdos familiares, que alcanzan hasta la mitad del siglo XVIII, eran dominicanos, salvo uno, que llegó de las Islas Canarias a fines de la misma centuria. Aunque mi familia paterna era con mucho la más numerosa (mi abuelo, ya casado en terceras nupcias, nueve tíos, de ellos siete casados, y, ya para entonces, unos cuarenta primos) no fue la que más frecuenté en mis primeros años. La familia de mi madre, cercana, era cortísima, y la más lejana apenas pasaba de veinte personas y con ella llevábamos relaciones variables. Mi gran familiaridad fue en la casa de mi abuela materna, Gregoria Díaz de Ureña que aún vive y tiene noventa años justos; con ella vivían su hermana Ana, dedicada durante más de sesenta años a la enseñanza de primeras letras, y muerta en 1896 a los ochenta y cuatro años de edad; y mi tía soltera Ramona, que se consagró especialmente a mí. Desde los dos años de edad hasta cuando salí de Santo Domingo, a los dieciséis, pasé tanto tiempo en mi casa paterna como en la vieja casa de mi abuela, donde vive aún con mi tía y donde han vivido desde 1860; donde también vivió mi madre desde 1860 hasta 1882.

3. Enfermé gravemente el mismo año de mi nacimiento. Era la primera vez que uno de nosotros enfermaba de modo serio; y mi madre, con su naturaleza intensa, se alarmó grandemente. Al sanar yo, escribió su poesía En horas de angustia donde pinta vívidamente su alarma, no menos que su gozo final. A los tres años de edad, oyendo un día cantar el Himno Dominicano, letra de Emilio Prud'homme y música de José Reyes, y en él la palabra Patria, pregunté a mi madre su significado; me contestó: "Ya te lo diré después" y escribió una poesía sencilla, ¿Qué es Patria? en la cual explicaba a mi inteligencia infantil la noción, aludiendo de paso a su entusiasmo patriótico, que tantos himnos le inspiró entre 1873 y 1880, y que había "plegado las alas y abatido la frente" ante la continuación de los males políticos del país. En 1888 volví a enfermar seriamente; se temió una difteria; pero fui declarado fuera de peligro el mismo día que cumplí los cuatro años.

Por entonces, mi padre se hallaba en Europa; había partido en 1887 a París a cursar en toda su extensión el Doctorado en Medicina, y regresó en 1891, ya titulado. En ese período, mi madre sufrió mucho en su soledad; continuó dirigiendo el Instituto de Señoritas y consagrando el resto de su tiempo a nosotros: ya éramos tres sus hijos, Fran, Max y

yo. Mis recuerdos personales conservan algo de esos primeros años: cómo mi madre salía matinalmente, con alguno de nosotros, a dar paseos higiénicos por el campo, antes de las ocho de la mañana, hora en que comenzaban las clases de su Instituto. Hasta 1888 vivimos en una grande y vieja casa de dos pisos, cuyo dueño era el tiránico presidente Ulises Heureaux, situada en la esquina de las antiguas calles de los Mártires y de la Esperanza, hoy Duarte y Luperón respectivamente. Luego pasamos a otra casa cercana, de un solo piso, en la misma calle Duarte, cuyo antiguo nombre de "Mártires" evocaba el lugar en que ejecutaba sus autos la Inquisición durante los últimos tiempos coloniales. La mudanza desde la vieja casa, un tanto sombría, a la nueva casa llena de sol y de galerías amplias, tuvo para nuestras imaginaciones infantiles una gran novedad. En el centro del primer patio había una gran pajarera rodeada por un estanque con peces; alrededor, muchas plantas florales. En el traspatio había caballerizas y árboles frutales. Dos hechos recuerdo relacionados con esa casa: el matrimonio de Altagracia Frier y Troncoso, joven protegida desde su infancia por mi madre y mi tía, con el ingeniero cubano Juan de Dios Tejada, en 1890; y el regreso de mi padre, recibido con gran entusiasmo por sus amigos, que le llevaron música en la noche, en 1891.

Mis padres no gustaban de la educación que en el país se da a los niños, y no nos dejaban corretear, como los otros, por calles y plazas formando amistades de todo orden, ni siquiera las fomentaban entre nosotros y los niños que visitaran nuestra casa. Para desquite de este relativo encierro, vivíamos siempre en casas grandes y corríamos todo el día por patios, galerías y aun techos. Tampoco íbamos a escuelas; concurríamos, sin mucha regularidad a los cursos infantiles del Instituto dirigido por mi madre, instalado en nuestra misma casa. Aprendí a leer desde antes de cumplir los cuatro años, y desde los seis comencé a tomar afición a algunos estudios; por un tiempo los números, y luego la historia natural. Mi afición, por supuesto, se limitaba a desear conocer las especies; y me pasaba las horas recorriendo los grandes libros de zoología (principalmente la enorme obra del alemán Brehm) para conocer todas aquellas especies de mamíferos (en particular) que en mi país eran desconocidas, pues la isla nunca produjo otras que algunos roedores, descritos en los libros de la época de la conquista y ya casi desaparecidos, y ahora sólo tiene los animales domésticos más comunes. Los grandes felinos, los grandes paquidermos me interesaban mu-

chísimo. Hubo vez en que mi madre ideara distracciones al aire libre, juegos y columpios, para despegarme de la excesiva afición a los libros ilustrados de zoología. La zoología, sin embargo, continuó siendo para mí una costumbre o una rutina; la geografía, a la cual cobré cierta afición, no logró desterrarla. Luego me dio por el culto católico; por las frecuentes procesiones y las grandes ceremonias, especialmente las de Semana Santa, que en Santo Domingo se celebran a estilo medieval hasta este momento, salvo la intervención de personas reales en los actos simbólicos, costumbre nunca adoptada allí o adoptada sólo a medias y desterrada hace tiempo. Me aficioné a reunir estampas de santos, de las cuales era fácil conseguir muchas, la mayoría obra de los pintores italianos del Renacimiento; y también solíamos reunir, mi hermano Max y yo, estampas profanas que representaban diversos asuntos sencillos; eran, por supuesto, estampas pequeñas y a colores.

La religión, sin embargo, nunca fue para mí sino una afición superficial: el culto me resultaba pomposo y animado y me fascinaba totalmente. Como nunca escuchaba yo cerca de mí ninguna idea antireligiosa, no podía menos de creerme religioso; pero en realidad nunca se me habían inculcado nociones profundas, y a eso debo la fortuna de no haber sufrido crisis de duda. Hasta los doce años, aceptada la religión como cosa natural; pero desde los trece comencé a pensar, sin desazón alguna, en sus fundamentos, y a los quince, sin haber leído gran cosa sobre la cuestión (sólo recuerdo la exposición de los orígenes de las religiones, en un resumen de la Sociología de Spencer), había pasado naturalmente al agnosticismo. De pequeño, sin embargo, alguna vez solía agitar por mí mismo la cuestión religiosa. Cuando tenía de siete a ocho años, oí mencionar el misterio de la Trinidad y lo rechacé de plano; y en los mismos días se me explicó la noción de espacio infinito y poblado de los mundos ante la cual exclamé: "Pero entonces ¿en dónde están Dios y los santos? ¡Seguramente no existen!" Estos hechos, empero, no los recuerdo por mí mismo, sino porque se me han narrado; en el fondo, la cuestión no me preocupaba y mi afición por el culto católico no decaía un punto; y mi padre observaba alguna vez: "Este muchacho parece el más religioso, y en el fondo es ateo". Por supuesto, que mis alegatos infantiles nunca me fueron discutidos, sino que se me negaban suavemente con sonrisa; y ni siquiera mi abuela, profundamente devota, quiso nunca obligarme a prácticas religiosas (confesión, comunión y demás) que mi madre no acostumbraba. Mi

madre era, en realidad, deísta, y profesaba gran respeto al cristianismo; tal cual vez entraba a las iglesias católicas, pero nunca en horas de ceremonia. Mi padre siempre ha sido agnóstico. Por todo esto, jamás se me impusieron ideas en pro de la religión ni menos en contra; se me dejaba en mi creencia infantil como en una rutina sin trascendencia; y a los diez años la divinidad se me representaba como incorpórea y vaga, y tuve cierto gusto por las vidas de santos. Recuerdo que por entonces me preocupó alguna vez la noción de que existiera o hubiera existido o, más bien, pudiera existir, la Nada, de la cual tenía no sé qué extraña representación física; y en otra ocasión, leyendo la Biblia, tropecé en el Evangelio de Marcos, con la narración de la higuera maldita y secada por Jesús porque no había tenido frutos que ofrecerle, y asombrado presenté a mi madre el problema: por fortuna para la solución, no llevaba yo la Biblia en la mano, y mi madre me aseguró que había leído mal. Este problema nunca lo olvidé; y por fin lo he visto resuelto, al parecer, por Loisy<sup>1</sup>, el cual explica la narración como una parábola mal entendida y transformada en acto del propio Jesús. Algún tiempo después, cuando ya tenía yo unos doce años, fue mi madre quien me presentó un problema sobre la personalidad de Jesús: me lo presentó como un bohemio, un hombre que predicaba la ociosidad y la vagancia, y cuando mi desconcierto llegaba al máximum, explicó el verdadero significado de esas prédicas: el sacrificio de los goces vulgares y el desdén a los cuidados y ambiciones comunes en favor de fines más altos.

En mi primera infancia, mi carácter era en exceso irritable; una contrariedad fuerte me producía convulsiones de ira. No sé desde cuando comenzó a ceder mi nerviosidad; pero sus accesos fueron anteriores a mis más lejanos recuerdos, y solo supongo que los cuidados especiales que me prodigó mi tía Ramona para apaciguar mi irascibilidad contribuyeron a hacerla desaparecer. De los seis años en adelante, mi carácter fue siempre tranquilo.

4. Además de mi interés infantil por los números, la zoología y la geografía, y de mi afición al culto católico, tuve la de la lectura; al principio la de cuentos de hadas, y brujas (y romances), de los cuales llegué a conocer un gran número, tanto en libritos como de boca de las gentes;

<sup>&</sup>lt;sup>1</sup> Se refiere a Alfred Firmin Loisy (1857-1940), teólogo francés que realizó una crítica radical a los postulados del cristianismo en tanto institución religiosa. N.d.e.

más tarde narraciones novelescas de diversos órdenes, aunque nunca gusté de leer novelas extensas, y las mismas de Jules Verne, que me fascinaban, las leí poco a causa de sus dimensiones. Mis aficiones literarias, y las de mi hermano menor Max, que iban siempre paralelas con las mías, comenzaron realmente por la influencia de los espectáculos teatrales. No eran afectos nuestros padres a que concurriéramos al teatro con frecuencia, pues allí el teatro implica permanecer despierto hasta las doce o la una de la noche, y las matinées son rarísimas. Bastó, empero, que concurriéramos al teatro unas cuantas veces, primero o dos o tres zarzuelas, y por fin en 1895, a tres representaciones del actor italiano hispanizado, Roncoroni (que fueron, todavía lo recuerdo claramente, Muerte civil de Giacometti, Hamlet y Romeo y Julieta), para que estas aficiones cobraran vuelo extraordinario, y pasáramos Max y yo todo el día pensando en el teatro y tratando de reproducirlo. Habríamos querido ser nosotros mismos actores; pero el deseo se estrellaba ante la falta de compañeros, y durante mucho tiempo nos dedicamos a hacer teatros de muñecas, movidos por nuestras manos. Los dramas en cuestión los decíamos de memoria, y en abreviatura. Revolvimos la biblioteca de la casa buscando dramas en castellano, y aprovechamos los que había y no nos resultaban ininteligibles; nuestra preferencia escogió a Shakespeare, de quien había varios tomos, especialmente la agradable traducción de Arnaldo Márquez, en prosa e ilustrada. Como ninguna representación podía durar demasiado (pues el desarrollo real de un drama resultaba lentísimo para nuestro deseo de acción), nunca seguíamos las obras paso a paso, sino que las leíamos y hacíamos un resumen de acción que desarrollábamos en veinte o treinta minutos, con lenguaje nuestro; así pasaron por aquel conato de escena las tragedias shakespereanas y algunas de sus comedias, especialmente nuestra preferida, el Sueño de una noche de verano. Algunos dramas llegamos a hacer por nuestra cuenta: recuerdo que alguna vez leí en un periódico el suicidio del príncipe Ernesto de Rohan, y de ese asunto hice un drama, todo improvisado. Llegamos por fin a ensayar la comedia de costumbres: Max hizo una intitulada Josefa Fernández, la cual, sin embargo, y si no me equivoco, tenía fin trágico, a pesar de que el nombre dado a la pieza era el de una señora de la cual nada sabíamos, ni cómico ni trágico; y entre los dos hicimos otra con el título de Cacusa, cuyo asunto era una campesina de doce a trece años, que servía en nuestra casa, y en donde figuraba toda nuestra familia y no pocas

visitas. El éxito que tuvo para nosotros mismos (pues no teníamos más público) esta especie de comedia realista fue tal, que la repetimos muchas veces y llegamos a escribirla: si mal no recuerdo, su extensión no era mayor de ocho o diez páginas manuscritas.<sup>2</sup>

En 1892, mi madre se hallaba débil de salud, e hizo un viaje de dos meses a la ciudad de Puerto Plata. Allí presenciamos las fiestas del cuarto Centenario del descubrimiento de América, celebradas con pompa en todo el país. Cuando regresamos, tomamos una nueva casa de dos pisos, extensísima, en la calle de Santo Tomás. En diciembre de 1893, convencida mi madre de que el trabajo de su Instituto era excesivo para su salud delicada, decidió cerrarlo, llevando a investir a la Escuela Normal de Maestros (fundada bajo la dirección de Hostos) su último grupo de discípulas. Recuerdo mi impresión del día de clausura, en que las alumnas de los cursos superiores lloraban. Mi padre, mientras tanto, había encontrado muchos obstáculos en el país; el tirano Heureaux, a pesar de que en la época del Presidente Meriño había sido amigo suyo, y mi padre había sido padrino de uno de sus hijos, que hoy es el dramaturgo Ulises Heureaux, veía mal su independencia y le hostilizaba por lo bajo. A principios de 1894, mi padre decidió ir a una ciudad extranjera, el Cabo Haitiano, situada en el Norte de nuestra misma isla y bastante rica entonces: allí encontró, en efecto, campo bastante productivo para el ejercicio de la medicina. Hubo de regresar al país, sin embargo, en abril del mismo año, pues mi madre estuvo al borde de la muerte, al nacer su cuarto y último hijo, mi hermana Camila; permaneció en el país algún tiempo, pero volvió a Haití en 1895.

Entre los años de 1893 a 1985 conocí y traté a una familia extranjera cuyo recuerdo ha sido siempre significativo para mí: la familia del exdirector del Banco Nacional, el francés M. Marcellin Fache, cuya esposa era una dama polaca de talento y de carácter, descendiente de príncipes, a quien mi madre admiraba por la educación que había dado a su prole. Las relaciones de amistad entre esta familia y mi padre llegaron a ser bastante estrechas; y mi madre, aunque no podía visitarles con fre-

<sup>&</sup>lt;sup>2</sup> Antes habíamos escrito una especie de narración novelesca intitulada *Casa de Ana* (la casa de nuestra abuela y su hermana Ana); y otra escribí yo con el título de *Francisco Isaac Rodríguez*, nombre de un criado nuestro, puertorriqueño, que se dijo había perecido en un naufragio: ambas narraciones de un romanticismo fantástico estrictamente infantil.

cuencia, nos permitía ir a verles muy a menudo; para nosotros era un gran placer recorrer la enorme casa que habitaba la familia, y la serie de amplios patios con vista al río Ozama, bajo la dirección *sage* de la adolescente Ferdinande, que ya se dedicaba a la literatura.

5. Al cerrarse el Instituto de Señoritas, y a causa de las ausencias de mi padre y la mala salud de mi madre, se nos puso un profesor, Francisco Raúl Aibar, joven de talento y rectitud. Por fin, en febrero de 1895 se abrió un importante colegio particular, el Liceo Dominicano, dirigido por Emilio Prud'homme, compañero de estudios de mi padre y padrino mío de confirmación; por primera vez (salvo unos meses en que asistimos a las clases de Geografía en la Escuela Preparatoria dirigida por José Pantaleón Castillo, quien poco después perdió la razón) concurríamos a una escuela fuera de nuestra casa. El Liceo estaba informado en el espíritu de la pedagogía reciente, pues Prud'homme, lo mismo que mi padre y el malogrado Castillo, había recibido la influencia de Hostos, ausente ya del país por la hostilidad del tirano Heureaux. Entre sus profesores se contaban el joven Aibar (quien nos había enseñado la gramática según Bello, cuya ortografía usé yo hasta 1903), mi tío Federico (profesor de Literatura española), y más tarde, entre otros muchos, el matemático Eladio Sánchez y el distinguido botánico Rafael M. Moscoso. El inglés lo enseñaba el pastor protestante Mr. Gooding. Durante año y medio, a pesar de mi poca costumbre de tratar muchos muchachos (aun ahora, para evitar un contacto demasiado disolvente, mis padres nos hacían acompañar a la escuela por algún sirviente), mi experiencia en el Liceo fue agradable: no hice grandes amistades, y sólo recuerdo en particular la de Mariano Soler y Meriño, joven mucho mayor que yo que ya obtenía aplausos como poeta y que fue muerto trágicamente en 1899; fui siempre alumno distinguido, y nadie me molestó en cosa alguna.

Ya en 1896 mis aficiones teatrales comenzaron a volverse más estrictamente literarias. Como complemento de los teatritos, escribíamos a veces conatos de periódicos, en los cuales, por supuesto, se hablaba casi exclusivamente de teatro. También hacía resúmenes de algunas lecciones orales que recibía en el Liceo, y, como con remordimiento por el olvido en que había dejado ya la zoología, todavía hice un compendio bastante extenso de la clasificación de los animales, siguiendo siempre la obra de Brehm... y doblé esa hoja definitivamente. Pero lo

que vino a decidirme francamente por la literatura fue el asistir a una velada solemne que celebró la antigua Sociedad "Amigos del País", en mayo de 1896, al cumplir veinticinco años de fundada: de esta sociedad habían sido fundadores mi padre y varios de sus amigos, y en aquella velada dijo un discurso Prud'homme, leyeron trabajos en prosa Leonor Feltz y Luisa Ozema Pellerano, maestras educadas en el Instituto de mi madre, se recitaron versos de José Joaquín Pérez, leyó Penson su sorprendente Víspera del combate, leyó mi padre la poesía intitulada La fe en el porvenir, que mi madre había dedicado en 1877 a aquella sociedad, y dijo algunas palabras breves contando la historia de esa poesía, que los entonces juveniles "Amigos del País" recibieron como una consagración. Había ignorado yo hasta entonces el poder de la palabra y la magia del verso. Pero a partir de ese momento, la literatura, sobre todo la poética, fue mi afición favorita. Descubrí que mi madre era poetisa afamada, y principié por formar dos pequeñas antologías, de poetisas dominicanas y de poetisas cubanas (mi madre me habló mucho de éstas). En seguida, nos lanzamos Max y yo a formar sendas Antologías de poetas dominicanos: Max recorrió y devastó las grandes colecciones de periódicos de la casa, recortando cuantas poesías llevaran las firmas de poetas dominicanos aceptables (nuestra madre nos señalaba los nombres de ellos); yo preferí hacer una más selecta, clasificada, también bajo las indicaciones de mi madre, y con ayuda de la Reseña histórico-crítica de la poesía en Santo Domingo que la Comisión nombrada por el Gobierno (en ella había figurado precisamente mi madre) había presentado a la Academia española para el proyecto de Antología americana. Al mismo tiempo, comencé a redactar, manuscrito, un periódico con el nombre de La Patria: ocho paginitas, conteniendo tres o cuatro poesías o artículos, cada semana. Comencé también a hacer versos; pero no me tomaba en serio como poeta, y mi género preferido eran los articulitos en prosa, del género miniatura que estuvo tan en boga en América hasta hace poco. Los versos me salían con toda facilidad, y no sé por qué no los tomaba en cuenta: hice unas estrofas describiendo las noches de Santo Domingo, otras a la muerte de la poetisa Perdomo, una breve silva a Colón, y algunos otros a motivos fútiles, como por juego. Pero en donde ponía toda atención era en los articulitos de prosa poética, que me parecían un género perfecto. Recuerdo algunos: una comparación de las zonas geográficas con las almas; un conjunto de frases en elogio de Cuba

revolucionaria; una explicación del cuadro *El conscripto* de León Perrault, que vi en una colección de fotograbados de algún *Salón* parisiense; una descripción de la ciudad de Puerto Plata, donde estuvimos nuevamente a fines de ese año...

Estimularon estas aficiones literarias la presencia diaria de un grupo de intelectuales en mi casa: mi tío Federico, Prud'homme, Leonor Feltz, Luisa Ozema Pellerano, y con más o menos frecuencia, otras discípulas de mi madre, especialmente las que se ocupaban de literatura; Ana Josefa Puello, Mercedes Laura Aguiar, Mercedes y Anacaona Moscoso... Su conversación y sus lecturas comenzaron a interesarme. Muchas horas no escolares las pasaba con mi madre y con mi tía Ramona, la cual vivía ya la mayor parte de su tiempo con nosotros; y en esos momentos todo eran consultas a ambas. Fue por aquella época, un poco antes, cuando mi madre solía sondear mi aparente religiosidad, con problemas como el de la significación de la prédica de Jesús; y en alguna ocasión en que nuestras carreras y excursiones por patios y techos (pues las aficiones literarias no nos impedían irnos a los lugares distantes de la casa a correr, saltar y trepar) provocaron cierta riña de palabras con unos muchachos y jóvenes judíos de alguna casa vecina, insulté a éstos llamándoles judíos y temerosos de la carne de cerdo; de lo cual se enteró mi madre, y me reprendió haciéndome ver que, de un modo u otro, todos los hombres adoraban a la divinidad y que era incultura notoria censurar a las gentes su religión. Mi impresión (lo recuerdo) fue de estupor al ver que no había caído antes en la cuenta de lo que ahora me explicaban.

Como la salud de mi madre decaía cada vez más, mi padre regresó al país y emprendimos viaje: mi madre, a instalarse de nuevo en la ciudad de Puerto Plata, en busca de aires puros; mi padre, otra vez al Cabo Haitiano, que precisamente dista de Puerto Plata solo unas cuantas horas. Estuve dos meses con mi padre en el Cabo, en la casa de la familia Lauransón; y aquella ciudad extraña me interesó mucho: las correctas costumbres de sus habitantes cultos en contraste con el estado salvaje del bajo pueblo, que apenas si se viste; el buen gusto y la comodidad en el interior de sus casas, y sus espléndidas quintas de recreo, en contraste con sus calles sucias, sin alumbrado, y cuyo empedrado del siglo XVIII ha deshecho el tiempo, sin que nadie lo reponga. Pero pronto fui a Puerto Plata a estar cerca de mi madre, a quien acom-

pañaba Natividad Lauransón. Asistía a la Escuela superior, dirigida por Dubeau, otro de los amigos juveniles de mi padre; y me dedicaba a la literatura, redactando siempre el periodiquito La Patria, escribiendo los articulitos de marras y, por fin, organizando una sociedad, la cual, como todo lo nuestro, no salía de nuestro círculo: los socios éramos mis dos hermanos y yo; la presidente era mi madre, y todas las demás personas que admitimos fueron socios honorarios. El único objeto de la sociedad era dar veladas, como aquella para mí memorable de la Sociedad "Amigos del País" y como las otras que la misma Sociedad había seguido dando, después de nuestra salida (de Santo Domingo salimos para Puerto Plata y Cabo Haitiano en junio de 1896); y el nombre mismo de la Sociedad, Siglo Veinte, lo tomé de una poesía escrita por la mexicana Laureana Wright de Kleinhans, dedicada a una sociedad fundada en México: poesía que me pareció de perlas para la velada de inauguración. Por supuesto, que a la primera velada no asistimos sino los miembros de la familia, entre ellos mi padre, que con frecuencia pasaba del Cabo a Puerto Plata; pero enterados de que proyectábamos una segunda algunos amigos de la casa, concurrieron a ella Dubeau y su esposa, Antera Mota de Reyes, directora del colegio superior, oficial, de mujeres, su hermana Mercedes, que acababa de ser muy celebrada en todo el país por algunos trabajos en prosa, y su sobrina Beatriz Dalmací... Mercedes Mota leyó un trabajo en aquella velada, lo cual fue para nosotros inesperado triunfo. Así llegamos a dar cuatro o cinco veladas en la casa entre septiembre y diciembre de ese año; y las hermanas Mota, entusiasmadas con esta diversión infantil, organizaron otras en su escuela, en las cuales tomaron parte muchas de sus alumnas: movimiento que llegó a llamar la atención del público y a mencionarse en periódicos; en ellas, por supuesto, también tomábamos parte nosotros. Max escribía el mismo género del articulito que yo; y aun nuestro hermano mayor, Fran, hizo alguna que otra página para las veladas; páginas, en realidad, mejor escritas que las nuestras, a pesar de que él no cultivaba, como nosotros constantemente, la literatura.

6. En esto nos llegó la noticia, desde Santo Domingo, de que había muerto la anciana tía de mi madre, Ana Díaz; esto me causó honda pena. Escribí por entonces un trabajito en prosa, intitulado *Nostalgia*, echando de menos mi ciudad nativa (ide la cual solo había estado ausente poco más de cinco meses!) y recordando a *la buena anciana*. Mi madre se impresionó por el sentimiento del trabajito, y me envió a

Santo Domingo, a la casa de mi abuela. Un mes después, partía ella misma de regreso, y llegó a la capital el 2 de enero de 1897. Ya no había para ella esperanza de salud y después de dos meses de constante zozobra, murió el 6 de marzo a la una del día. Las impresiones de aquellos dos meses y aquel día llenaron mi espíritu por largo tiempo. Mi madre había llegado a ser para mí la guía espiritual consultada a cada minuto; y todavía en Puerto Plata, después de dos años transcurridos durante los cuales no hizo un solo verso, había agregado dos estrofas a una composición comenzada en 1890, completándola y titulándola Mi Pedro. La muerte de la anciana tía había preparado mi espíritu al dolor; y la muerte de mi madre vino a colmarlo. Los últimos dolores de su enfermedad herían mis nervios; y los dos días de su muerte y su entierro fueron para mí de inconciencia y estupor. La multitud de gente que desfiló por la casa, y, sobre todo, la presencia fría de ella, el ser que para mí tenía más vida y más realidad; la multitud sofocante del entierro, y el largo camino, con paradas frente a las casas donde habíamos vivido y donde estuvo el Instituto de Señoritas, cuyas antiguas alumnas concurrieron casi todas; el acto de la inhumación, en una bóveda del viejo templo de la Merced (adjunto al Convento en el cual estuvo como visitador Tirso de Molina), y los discursos pronunciados, y la inesperada y vibrante poesía de José Joaquín Pérez, todo ello se envolvió para mí en niebla. Ni siquiera la admiración que mi propia madre me había hecho concebir por José Joaquín Pérez fue bastante para que me diera vo cuenta de sus versos. Al regresar a la casa (una casa pequeña que habíamos tomado provisionalmente en la calle Duarte), oí una tos, y tuve la impresión física de que aún estaba allí mi madre: no era sino la tos de una de sus discípulas, algo enferma en esos días, Mercedes Laura Aguiar. Durante meses, mi espíritu continuó en cierto estupor, del cual apenas salía sino para hacer recuerdos de mi madre. Todos los sábados iba al templo de la Merced a colocar flores sobre su tumba; concurrí a la velada fúnebre, solemne, que en honor de su memoria organizó la Sociedad "Amigos del País", y en seguida organizamos una velada íntima, de nuestra sociedad "Siglo Veinte", y todavía después no hice sino escribir y pensar sobre ella.

Pero otro suceso vino a convertir en desastre mi desconcierto. Altagracia Frier y Troncoso, esposa de Juan de Dios Tejada, y protegida de mi familia, de la cual había llegado a considerarse miembro cercanísimo, había partido a Nueva York desde 1893; su recuerdo no estaba

para mí muy vivo, pero su afecto seguía viviendo para nosotros, y en la familia se comentaban siempre con regocijo sus cartas, pues tenía ella don especialísimo para el estilo epistolar; ya tenía cuatro hijos, y ahora había pensado regresar a Santo Domingo, con su esposo y sus hijos. Embarcaron en Nueva York precisamente el 6 de marzo, día de la muerte de mi madre, a bordo del vapor francés Ville de Saint-Nazaire; y debían llegar a Santo Domingo el 14. Tuvimos cierta alarma cuando vimos que el buque no llegaba; supimos que corrían rumores de naufragio, y de pronto llegó un enigmático telegrama dirigido por Tejada a mi padre: "Catástrofe general. Calme familia". El telegrama, por supuesto, se comentó en todos los tonos; pero muy pocos se aventuraron a sospechar la verdad. Al día siguiente, sin embargo, la prensa trajo noticias telegráficas detalladas: el vapor había naufragado el día 8 frente al cabo Hatteras; los pasajeros se habían refugiado en los botes, y uno de ellos, en el cual iban Tejada y su familia, estuvo seis días aislado en el océano Atlántico; en ese tiempo, murió Altagracia con sus cuatro hijos, lo mismo que otras veinte personas, de frío, de hambre y sed; y cuando un buque que pasaba acudió en auxilio del bote perdido, solo recogió vivos a Tejada y a otros tres supervivientes. Esta espantosa noticia, tan a raíz de la muerte de mi madre, produjo verdadero desconcierto en todos nosotros. Todavía recuerdo cómo, durante un año, Asunción Troncoso, la pobre madre de Altagracia, lloraba siempre que entraba a nuestra casa. Pero la noticia, por lo inusitada, provocaba comentarios constantes; y era de ver cómo una superstición al modo indostánico negaba al infeliz Tejada el derecho a la vida, declarando que la única solución de su desgracia habría sido arrojarse al mar con el cadáver de su último hijo. La verdad es que aquel hombre abandonado de la suerte, ya que de modo sorprendente había sobrevivido a tan inaudita catástrofe, no habría podido resistir largo tiempo si se hubiera dejado vencer por el influjo de sus recuerdos; pero el impulso de la vida suele sobreponerse a las más poderosas fuerzas de la destrucción, y Tejada, cuando recobró sus fuerzas físicas y mentales que el desastre había afectado, buscó solución a su caso; se decidió a enterrar el pasado, y se casó de nuevo, seis meses después del naufragio. Ya se comprende que los comentadores del primer suceso recibieron como escándalo semejante matrimonio; pero yo, que en aquel tiempo no veía modo de aceptarlo, comprendo hoy que esa solución era la única.

7. Después de la muerte de mi madre, permanecimos unos cuantos meses en Santo Domingo, y concurrí de nuevo al Liceo Dominicano, del cual fui desde entonces mal alumno; en julio, nuestro padre, que había vuelto al Cabo Haitiano a raíz de estos sucesos, nos hizo ir a su lado. En Puerto Plata, donde nos detuvimos unos días, las hermanas Mota organizaron para nosotros una pequeña velada. Llegamos al Cabo, adonde nos acompañaron algunos familiares; mi padre había tomado una casa de tres pisos, de las más extensas en la ciudad, y en general, no vi con total desagrado el cambio. Sin embargo, de cuando en cuando tenía accesos de nostalgias y de tristezas, en uno de los cuales escribí una larga poesía hablando de mi ciudad y de mis muertas. Comencé entonces una actividad literaria febril, cuyo centro era el recuerdo de mi madre; formé una antología de escritoras dominicanas, con biografías y juicios, en la cual figuraban las poetisas Encarnación Echavarría de Delmonte, Josefa Antonia Perdomo, Josefa Antonia Delmonte, Isabel Amechazurra de Pellerano, Virginia Ortea, la novelista Amelia Francasci, la joven puertoplateña Mercedes Mota, y las discípulas de mi madre: Leonor Feltz, Luisa Ozema Pellerano, Ana Josefa Puello, Mercedes Laura Aguiar, y Mercedes y Anacaona Moscoso. Incluí también, ignorando que se trataba de un brillante engaño de José Joaquín Pérez, a Flor de Palma, que pasaba por ser una poetisa incógnita; y agregué al final un conjunto de escritoras menos importantes. En seguida emprendí una *Vida* de mi madre, la cual escribí muy por extenso y conservo todavía, recopiada en 1903; emprendí también coleccionar todos los artículos y poesías escritas a la muerte de mi madre, y reuní más de un centenar<sup>3</sup>; escribí otros trabajos sueltos sobre ella; y escribí también otras cosas: algunos perfiles de escritores hispanoamericanos; algunas poesías, que ya tomaba más en serio, y traducciones, en prosa y en verso, del francés, idioma que desde tiempo atrás me había comenzado a enseñar mi padre y que ahora casi dominé, tanto por hallarme en Haití, donde la gente culta lo habla, aunque el bajo pueblo usa un patois paupérrimo, como por ser franceses en su mayoría los libros de la biblioteca de mi padre. De Sully Prud'homme traduje dos o tres composiciones, y una de ellas, *Ici-bas*, traducida incorrectísimamente, fue enviada a Santo Domingo y a dis-

<sup>&</sup>lt;sup>3</sup> Coleccioné también sus poesías inéditas para complemento del tomo publicado en 1880.

gusto mío se publicó. Pero mi continuo afán por el recuerdo de mi madre y mi interés por la poesía dominicana me hicieron concebir un proyecto: el de escribir la historia de la poesía dominicana. La documentación, por supuesto, la tenía ya: la informe Antología de Max; la más escueta hecha por mí; los tomos de versos publicados por algunos poetas; la colección Lira de Quisqueya publicada en 1874, y por último, la Antología de poetas hispano-americanos, con prólogo de D. Marcelino Menéndez y Pelayo, quien acababa de formular juicio encomiástico sobre mi madre y sobre José Joaquín Pérez. Quise, sin embargo, obtener ideas generales sobre la poesía, y registré la biblioteca, dejando a un lado las Estéticas y decidiéndome por los trabajos de retórica de Hermosilla y del abate Marchena. No acertaba yo a explicarme por qué estos autores trataban tan mal a otros que yo solía oír citar con elogio; me abrumaba, sobre todo, ver que condenaran a Shakespeare, lo mismo que Leandro de Moratín, cuya traducción del Hamlet leí entonces; pero decidí que en esto se equivocaban, y los acepté en sus clasificaciones y en los juicios sobre autores que yo ignoraba. Con tales armas comencé a escribir, entre diciembre de 1897 y enero de 1898, una *In*troducción a la historia de la poesía dominicana, considerando los aspectos que presentaba en los diversos géneros de la clasificación hermosillesca. De la tiranía de este dómine (cuya traducción de la llíada leí entonces con placer) solo me libertaban en parte, mi gusto por Shakespeare, al cual intimamente preferia yo sobre todos los escritores que conocía, hasta el punto de que en esos mismos días le hice una oda, y la lectura de algunos libros de historia antigua (el Dr. George Weber, la colección de Historia de las Naciones, en traducción castellana, Las antiguas civilizaciones de Gustave Lebon<sup>4</sup>) en los cuales buscaba yo siempre la historia literaria, encontrándome ideas muy diversas de las sancionadas por los cánones seudo-clásicos. (Ensayé traducir del francés parte del *Ricardo III* de Shakespeare.)

Si mi madre hubiera vivido, todos estos problemas los habría sometido a su criterio; pero mi padre estaba siempre ocupado, y las horas que dedicaba a nosotros las ocupaba en darnos lecciones científicas; y además, veía con disgusto mi retraimiento y mi afición exclusivamente literaria, que me hacía descuidar los estudios de ciencia. Por esa razón, mi vida fue haciéndose bastante triste, ensombrecida por el recuerdo

<sup>&</sup>lt;sup>4</sup> Un desliz de PHU. El nombre correcto es Gustave Le Bon. N.d.e.

de la muerte y por la poca aprobación que encontraban mis tendencias. Comencé a aprender el piano, al mismo tiempo que Max (con quien, como de costumbre, lo hacía todo); pero mis manos nunca fueron dóciles a mis deseos, y no pasé de tocar con dificultad algunas piezas cortas, como el *Adiós al piano* atribuida a Beethoven y la *Serenata* de Schubert.

8. Mi padre decidió por fin enviarme de nuevo a Santo Domingo, con mi hermano mayor Fran, a que estudiara otra vez en el Liceo Dominicano. Regresé a mi ciudad en febrero de 1898, y asistí a algunos actos en memoria de mi madre, cuyo nombre acababa de darse a una Sociedad formada por sus amigos y discípulas, al nuevo Instituto de Señoritas fundado por Eva y Luisa Ozema Pellerano (ésta última casada hoy con mi tío Federico), y a una calle, precisamente la calle en que vivió mi madre y en donde se halla situada la casa de mi abuela, en cuyo frente se colocó una lápida conmemorativa. Al ir en camino a Santo Domingo, me detuve en Puerto Plata tres o cuatro días, en la casa de Dubeau, el amigo de mi padre, mientras llegaba el vapor que debía conducirme a mi ciudad; allí encontré por acaso el extravagante libro de Víctor Hugo sobre Shakespeare, lo devoré ansiosamente, y llené mi cabeza con fantasmagorías sobre el genio. Aquel libro formulaba lo que yo intimamente me había atrevido a desear: la destrucción de los cánones seudo-clásicos; el endiosamiento de Shakespeare; una revaluación literaria... Por supuesto, que no hice sino salir de una retórica ignorante y estrecha para caer en otra desordenada y no menos ignorante, pero más libre: en vez de la valuación según la cual Homero es el primer poeta de la humanidad, Virgilio el segundo, Tasso el tercero, Racine un modelo, Boileau un maestro, y, en cambio, Shakespeare un bárbaro, Dante poca cosa, y los dramaturgos españoles unos descarriados, acepté la valuación que pone a Shakespeare en el lugar más alto, cerca de él a Homero, a Job, a Isaías, a Esquilo y a Dante, cerca de ellos a otros ocho autores escogidos al azar, y en lugares planetarios a Virgilio, y demás autores de epopeyas artificiales; colocando en rincones oscuros a los seudo-clásicos. En suma, atravesé mi 1830; me dediqué a leer Hugo, el cual (inaturalmente!) me parecía debiera ocupar el décimo quinto puesto, continuando su lista de catorce genios; y me dediqué también a buscar y a leer los autores por él señalados como genios: en la Biblia de Scio, el libro de Job, las profecías de Isaías y Ezequiel, el Cuarto Evangelio y el Apocalipsis, y hasta ensayé las Epís-

tolas de Pablo, para mí muy pesadas entonces; Esquilo, en la traducción de Brieva Salvatierra, admirable trabajo que me parecía duro y árido; Dante, en prosa castellana, Cervantes, y hasta Juvenal, traducido en verso. Algo escribí en elogio de Hugo, con muchas citas, a su modo, ya que no mucho en su estilo; pero bien pronto refluí a mis antiguas aficiones, y volví a ocuparme de la Historia de la Poesía dominicana, pero con más descanso, sin el afán febril del año anterior. Entre 1898 y 1899 escribí un capítulo sobre las costumbres y los balbuceos artísticos de los aborígenes de Santo Domingo; y otro sobre la poesía que allí escribieron los españoles en los siglos XVI y XVII, utilizando los datos obtenidos por Menéndez y Pelayo y por Jiménez de la Espada; ambos los conservo. Comencé entonces a formarme estilo; esos capítulos están en prosa bastante sobria, distante de la influencia de Víctor Hugo, aunque con la peculiaridad de introducir con frecuencia, en frases que expresan nociones centrales, ideas incidentales de poco interés.

Al examinar, en Washington Irving y otros autores, las costumbres y leyendas de los aborígenes, encontré una curiosa, la del Diluvio; y como cerca de mí tenía el ejemplo de la poesía indigenista (las Fantasías indígenas de José Joaquín Pérez, la Iguaniona de Javier Angulo Guridi, la Anacaona de mi madre, el Maireni de Gastón Deligne; además, entre obras extranjeras de la misma tendencia, conocía el Tabaré de Zorrilla de San Martín), escribí una breve narración poética sobre ella. Más tarde, en 1899, escribí unos versos en memoria del poeta D. Félix María Delmonte, autor del primitivo Himno dominicano, a quien había visitado en los meses anteriores a su muerte; y una especie de pequeño poema descriptivo, sugerido por los de Gastón Deligne, con el título de Incendiada: este también fue publicado a disgusto mío: acaso más que otra cosa me disgustaba ver que pusieran mi edad al calce de los versos.

9. Al volver a Santo Domingo, iba, como dije, nuevamente al Liceo Dominicano: volví a estudiar allí, en efecto, pero ya no era el alumno distinguido, pues había llegado a perder interés por la ciencia, y además comencé a sufrir con el trato de los alumnos. Mi educación retraída no me había dado armas para el trato de las gentes, mucho menos de las gentes de mi tierra, bruscas y poco reservadas: y allí el caso se agravaba, pues eran muchachos que crecían y corrían tras toda malicia:

muchos de ellos ni siquiera eran de la capital; el Liceo había llegado a extender su fama por todo el país, y muchos provincianos ricos enviaron allí a sus hijos. Me hallé mal entre aquella multitud, tan distinta ya del primitivo grupo de alumnos capitaleños, con quienes no había sentido disgusto alguno al salir de mi aislamiento, a los once años, y relacionarme por primera vez con otros niños; estos provincianos, no sin puntas de semi-barbarie, me traían a mal traer; y llegué a concebir la idea de que la amistad era imposible entre jóvenes. Además, ya había llegado yo a la edad en que, sobre todo en las Antillas, los adolescentes principian a interesarse por todas las cosas de la vida de los adultos, y a alardear de hombres; y mi inexperiencia no me permitía hacer tales alardes, ni tampoco me venía en deseo el hacerlo. Conocí entonces, en una fiesta en casa de parientes de mi padre, a Blanca, adolescente que pertenecía a una familia de mujeres bellas; y tuve por ella amor infantil y tranquilo. Pero no era mi suerte poder gozar en paz de mis aficiones; mis mejores tiempos en ese amor (el primero de que me daba cuenta, pues antes mi propia madre había impedido que se me hicieran alusiones mortificantes sobre el cariño que había mostrado por ciertas niñas, especialmente por la hija de un diplomático venezolano), fueron los breves días en que iba a la iglesia de Regina Angelorum, en las noches de mayo, cuando Blanca asistía a las fiestas del mes consagrado a María. Bien pronto las gentes se enteraron, y sobre todo los muchachos; me abrumaban a comentarios y preguntas; y para colmo, mi hermano mayor, que asistía conmigo al Liceo Dominicano, ideó enamorarse de una hermana de mi Blanca; por todas partes, comenzaron las instancias de por qué no hacía esto y lo otro iyo, que me sentía contento con la simple amistad que me fue fácil tramar con ella, sin que me ocurriera que por el momento fuese necesaria otra cosa, ni siquiera su respuesta de aquiescencia! Ello es que este amor, que comenzó en mayo de 1898, se sintió acosado bien pronto, no sé cómo; y habiéndose trasladado la familia de ella a una calle distante de la casa de mi abuela, donde yo vivía, empezó a alejarse de mí: aunque todavía solía verla, a ella, que asistía al Instituto Salomé Ureña, cuando las horas de salida de clases no coincidían con las mías.

En esta crisis de mi adolescencia, cuando todas mis aficiones tranquilas tropezaban con la incultura ambiente, preferí estar retirado en la casa a sufrir el trato variable de las gentes; y por fortuna, mi tía Ramona, que siempre me ha tenido especial cariño, me apoyaba en mis tendencias y

me ayudaba con sus indicaciones en mis trabajos literarios: pues aunque ella nunca escribió para el público, había compartido en su juventud las aficiones literarias de mi madre, había leído los mismos libros y formado las mismas ideas y tenía el don de los consejos técnicos hijos del buen gusto.

10. Mi situación, que iba convirtiéndose ya en estancamiento, cambió de pronto con una decisión de mi padre, quien había seguido viviendo en el Cabo Haitiano; contrajo matrimonio con Natividad Lauransón, la misma joven que acompañó algún tiempo a mi madre en Puerto Plata, y cuya familia residía en la ciudad haitiana antes dicha, e hizo que regresáramos a su lado mi hermano mayor y yo, en mayo de 1899. Al llamarnos a su lado, en realidad, obedecía a otros temores: la situación de la República Dominicana se hacía alarmante; los empréstitos del gobierno y la excesiva emisión de papel moneda habían creado al gobierno del tirano Heureaux una situación tirante, y habían sumido al país en la miseria; por todas partes se sentía que el malestar del pueblo iba a producir un estallido... y mi padre, que de cerca, aunque en país extranjero, observaba la situación, juzgó prudente llamarnos a su lado, como había juzgado prudente vivir fuera del país más de cuatro años, salvo breves intervalos. Volví, pues, al Cabo Haitiano, a la misma casa que había conocido dos años antes; y icaso curioso! hice el viaje en los buques de guerra del gobierno dominicano, y llegué al Cabo junto con el mismo Presidente Heureaux, que iba a Haití a celebrar entrevistas políticas. Mi primo Enrique Henríquez, que era ministro del tirano, iba en aquel viaje; recuerdo que en mi casa, tuvo con mi padre serias discusiones sobre la situación política de Santo Domingo. Sin embargo, por corrección, mi padre, que era el dominicano más prominente en la ciudad, asistió al baile que dio el Presidente a bordo del crucero Restauración; baile al cual asistió toda clase culta del Cabo Haitiano, formada por comerciantes alemanes, ingleses y franceses, y por buen número de haitianos ricos, que en sus usos sociales calcan a maravilla la manera francesa, y cuyas hijas, educadas en Europa, suplen con la multitud de sus accomplishments, sus frecuentes deficiencias en el orden físico. Aquellos primeros días de mi retorno fueron animados; pero bien pronto volvió a pesar sobre mí el trato de las gentes. La casa de mi padre era en aquel entonces un pequeño pueblo, pues él ha sido siempre aficionado a tener cerca de sí a sus parientes; y de esta manera, aunque la familia inmediata la componíamos realmente seis personas,

la casa contenía doce, sin contar los adláteres que fungían de ayudantes y empleados de mi padre, amén de la servidumbre nada corta. Mi padre notó que mi retraimiento continuaba, que mi interés por el estudio que no fuera literario no había aumentado; y no quiso ser indulgente conmigo. Pero al fin y al cabo, en la libertad de que inevitablemente debía gozarse en casa tan extensa, adicionada con una casa campestre muy cercana de la ciudad; en la ladera de una colina, encontré modo de organizar mi vida a mi gusto; y volví a trabajar con actividad en cosas literarias. Las excursiones al campo, a las montañas y a las playas, sitios todos muy cercanos de la intransitable ciudad, me agradaban; llegué a salir diariamente a caballo, unas veces solo, otras con mis hermanos y primos, y la equitación fue para mí uno de los más agradables ejercicios. Volvimos a organizar la "Sociedad Siglo Veinte", con ayuda de nuestros primos (Fernando Abel, hijo de mi tío Federico, y Ángel Salvador, nieto de mi tío Daniel) y de algunos amigos de la casa; mi hermana Camila, que tenía ya cinco años, contribuía leyendo poesías de mi madre; Max, que durante mi año y medio de ausencia había avanzado rápidamente en la ejecución pianística, tocaba música, así como el pianista haitiano M. Morin. Volvió Max a redactar un periódico, manuscrito, pero ya extenso, y para él y para nuestras veladas escribí verso y prosa, y traduje del francés.

11. Como lo había previsto mi padre, la situación del país dominicano colmó la medida, y el 26 de julio de 1899 fue muerto el presidente Heureaux. El país despertó de su letargo, y el 31 de agosto del mismo año la situación política se había transformado: otro era el gobierno, aunque provisional; y la prensa política y las campañas oratorias habían surgido con extraordinaria fuerza. Desde el Cabo, seguimos con febril interés este movimiento; y bien pronto nos tocó sentir de cerca su hálito: a raíz de la muerte de Heureaux, como el Cabo Haitiano se halla tan cerca de la frontera dominicana que desde él se divisa el Morro de Montecristi, comenzaron a pasar grupos de dominicanos expatriados que regresaban al país: primero, para ayudar a la revolución que aún no triunfaba; después, para entrar en las nuevas actividades. Por fin, pasó por el Cabo Haitiano D. Juan Isidro Jiménez, candidato a la Presidencia de la República, y pidió a mi padre le acompañara en su regreso al país. La muerte de Heureaux me hizo escribir el que consideré mi primer artículo serio: era un breve esbozo de aquella siniestra personalidad. (Escribí también uno como juicio y crónica sobre el

original poeta haitiano Oswald Durand y sus veladas de recitación, que acababa de dar en el Cabo con el propósito de obtener recursos para mejorar las cárceles de su país.)

Mi padre regresó poco después, acompañado entonces, en su viaje por tierra, precisamente por el hijo del tirano muerto, y ahijado suyo, el joven Ulises Heureaux, quien acababa de regresar de París a Santo Domingo y poseía ya cultura y aficiones literarias. El joven Heureaux sólo estuvo con nosotros unos días; y en seguida organizamos nosotros el retorno a Santo Domingo. Encontramos una gran animación política; las elecciones, apresuradamente celebradas, elevaron a la presidencia a D. Juan Isidro Jiménez y a la vicepresidencia al joven general Horacio Vásquez, jefe de la revolución surgida con la muerte de Heureaux. El gobierno se instaló el 15 de noviembre de 1899, y mi padre fue nombrado Ministro de Relaciones Exteriores.

Mi hermano mayor había hecho amistad con la familia de las adolescentes a quienes se habían dirigido nuestros primeros amores. Vivían ellas en la casa de un tío suyo, quien tenía muchas hijas: así es que aquella casa era una multitud de mujeres, jóvenes y niñas. Las hijas del dueño de la casa me parecieron, a poco, mejor dotadas que sus primas: eran tipos más finos, casi todas rubias, y dos de ellas tenían agradabilísima conversación: Consuelo, que tocaba el piano con bastante brillantez, y Stella, graciosa y espiritual. Mi amor por Blanca había llegado, por fas o por nefas, a entibiarse; y espontáneamente, mi afición cambió hacia Stella; no se trataba sin embargo, de un amor, ni se me ocurrió nunca pensarlo, así ni menos hablarle en tal sentido. Stella ejercía fascinación espiritual sobre toda persona de aficiones no vulgares; y todos sus amigos cultos le reconocían valor singular. No es extraño, pues, que yo gustara de entretenerme con ella en largas conversaciones, animadas siempre por los inagotables recursos de su graciosa dialéctica, aunque los motivos fuesen fútiles, como muchas veces lo eran. Llegué a visitar diariamente la casa, y las visitas siempre eran animadas con mucha conversación y música; y en algunas ocasiones (Nochebuena, Año Nuevo) se bailaba.

Al llegar a Santo Domingo, quisimos continuar nuestras veladas de la Sociedad "Siglo Veinte", pero solo dimos una, en la cual tomaron parte varios primos y amigos nuestros: mi prima Rosa de Noel, que tenía don especial para la recitación, dijo versos de Rubén Darío; y en la

parte musical, cooperaron Mercedes y Genoveva Amiama, cultas primas de mi madrastra. Pero aquello asumió un carácter formal; hubo demasiada concurrencia, y por esto y porque además sobrevinieron una enfermedad de mi hermana Camila, y el nacimiento del primer hijo de mi madrastra (una niña que sólo vivió un año), y otro caso grave en el cual estuvo envuelto mi hermano mayor, no se continuaron las veladas. En cambio, concurrimos a las veladas que organizó el Club Unión, en forma de reuniones familiares seguidas de baile; Max tocó varias veces en ellas: así mismo, en la fiesta dedicada a Máximo Gómez, que por primera vez iba a Santo Domingo después de la terminación de la guerra de Cuba; y concurrí con frecuencia, aunque pocas veces bailaba, pues no lo hacía bien, a los bailes del mismo Club Unión y del Club Juventud, transformado después con el nombre de Casino de la Juventud, los dos centros donde se reúne lo que, por llamarle de algún modo, nombraré sociedad elegante: en la cual no son nada escasos los pecados contra la elegancia.

Entre tantos cambios de residencia, era natural que mis estudios avanzaran en desorden: en el Cabo Haitiano, nuestro padre nos puso algunos profesores y nos daba él mismo algunas clases; al volver a Santo Domingo, reingresamos, por tercera vez, al Liceo Dominicano; pero éste había comenzado a decaer: su director Prud'homme había sido electo diputado, y tenía sobre sí algunas labores políticas. El Liceo se cerró bien pronto; entonces, con ayuda de algunos profesores particulares, continuamos nuestros estudios Fran y yo, presentando exámenes de bachillerato en el Instituto Profesional, dirigido entonces por el ex-presidente y ahora Arzobispo Meriño; el examen de Letras lo presentamos en julio, y el de Ciencias en diciembre. Concurrí también, pero pocas veces, a clases de la Escuela Normal, la cual había vuelto a la Dirección de Hostos, a quien se hizo volver al país tan pronto como cambió el régimen político; y hondamente deploro no haber sido más asiduo a aquellas lecciones y no haber sentido más de cerca la influencia de aquel espíritu genial.

La vida pública del país, durante aquel año, fue bastante animada: fue significativa, por ejemplo, la agitación cuando el gobierno francés reclamó el pago inmediato de una deuda, y el pueblo hizo una suscripción para pagarla; porque el gobierno se hallaba en situación precaria, después del desorden bajo Heureaux; fue día de *meetings* y de discur-

sos. Otro suceso para mí importante fue la muerte de José Joaquín Pérez; para quien tanta admiración y estimación se tenía en mi casa. Nosotros mismos llevamos coronas a su entierro y a la velada fúnebre que le consagró la Sociedad "Amigos del País"; en esta velada tocó Max una Elegía musical que para ella compuso; Enrique Deschamps leyó, intercalándola en un trabajo suyo, la poesía Impresiones que mi madre había dedicado al poeta como respuesta a la dedicatoria de sus Fantasías indígenas; y mi prima Rosa de Noel recitó una delicada poesía de Prud'homme. Todavía me parece que pocas veces he oído recitar tan hermosamente: ya había oído a Cristina Morales, joven de singular talento que había logrado formarse por sí sola un severo arte de declamación: la recuerdo sobre todo recitando la Ofrenda a la Patria de mi madre, en la velada fúnebre consagrada a su memoria; pero el estilo de Rosa de Noel Henríquez era distinto: su voz no tenía tanta plenitud como la de Cristina, y no era adecuada para los endecasílabos rotundos; en cambio, tenía una multitud de modulaciones e insinuaciones, vagas, esbozadas bajo el velo de una dicción sencillísima; en suma, si Cristina recitaba, Rosa de Noel decía. Me tocó escribir la reseña de esa velada, para una Revista literaria que publicaba Enrique Deschamps; y además me dediqué a reunir en esos días (mediados de 1900) las poesías de José Joaquín Pérez, logrando reunir más de cien: colección que hoy posee la familia del poeta, en espera de que llegue el momento en que sea posible hacer la edición completa de ellas.

12. No fue el año 1900 para mí un año de producción literaria; hice algunas traducciones en verso y algunos trabajos en prosa, que publiqué en una pequeña revista que acababa de fundar mi hermano Fran (el cual, con aficiones literarias mucho menores que las nuestras, fue el primero en lanzarse a una empresa ya pública). Escribí, y dejé inédito, un estudio sobre el poeta dominicano Gastón Deligne. También escribí algunas crónicas teatrales: llegó por entonces a Santo Domingo la compañía dramática de la actriz cubana Luisa Martínez Casado, y nos presentó un extenso repertorio español: Tamayo, Ayala, Echegaray, Feliú y Codina, Guimerá, algo de Dumas hijo, y otras obras de menor importancia. Max y yo pedimos, para ejercitarnos, y sin remuneración, por supuesto, la plaza de cronistas teatrales del diario *La Lucha*, que por ser oficioso no podía negárnosla. Max escribía casi siempre, firmando simplemente *Max*; yo escribía tres crónicas firmadas *Bohechío*, siguiendo el gusto por los nombres de nuestros indios. La Martínez

Casado, educada en la vieja escuela española de declamación romántica, aunque se resiente de ciertas afectaciones de ella, es sin embargo mujer de talento, y muchas veces se supera a sí misma y a su escuela: especialmente en la *Virginia* de Tamayo, obra esplendorosamente versificada y hábilmente concebida. Mis crónicas, con el entusiasmo natural de quien por primera vez gozaba extensamente de los espectáculos teatrales y del espectáculo del verdadero talento dramático, aunque en medio de malas condiciones escénicas y peores ayudantes artísticos, rebosaban elogios a la Martínez Casado; elogios que hoy no podría menos que recortar, pero que contienen su parte de justicia.

Pero ya dije que el año 1900 no fue para mí año de producción; fue en realidad año de grande lectura literaria. Puedo decir que este fue el año decisivo de mi gusto. Con motivo de las funciones de la Martínez Casado, con frecuencia acompañé al teatro a Leonor Feltz, la discípula de mi madre, y a su hermana Clementina, quienes vivían muy cerca de nosotros; las visitas que antes les hacíamos fueron cada vez más frecuentes, y desde el mes de julio fueron diarias. (A la distancia, me resulta curioso recordar cómo en aquel año me alcanzó el tiempo para preparar exámenes de bachillerato; leer a todo pasto; visitar diariamente a las Feltz y a mis otras amigas; y todavía, con frecuencia, ir al teatro o a los bailes de los Clubs.) Las Feltz, que por entonces contaban alrededor de treinta años (una más y otra menos), habían sido siempre amigas de la casa; y Leonor, que es hoy la mujer más ilustrada de Santo Domingo, fue siempre la discípula predilecta de mi madre. Bajo su influencia y estímulo, comenzamos una serie de lecturas que abarcaron algunos campos diversos: el Ariel de José Enrique Rodó nos hizo gustar del nuevo estilo castellano, y leímos también las impecables páginas de Díaz Rodríguez, la prosa vivida de Zumeta, y otras páginas de los autores jóvenes de América; leímos a D'Annunzio, en las traducciones francesas de Georges Herelle; releímos Shakespeare, en la traducción castellana de Mac Pherson; recorrimos diversas épocas del teatro español, estimulados por las representaciones de la Martínez Casado; y leimos también novelas de Tolstoi y de autores franceses. Estas lecturas no siempre se hacían en compañía; las novelas en realidad, siempre las leía cada quien solo, pero diariamente se comentaban obras nuevas. Pero lo que vino a dar carácter a aquellas reuniones y a aquellas lecturas fue el descubrimiento (sí, para nosotros no fue menor cosa) de Ibsen. Una estupenda sensación de asombro causó en nosotros la lec-

tura de Los Espectros, seguida inmediatamente por Casa de muñecas y Hedda Gabbler: esta era, en verdad, una revelación de la vida moderna; esta clase de humanidad era la que me parecía conocer, y no me explicaba entonces cómo había quien encontrase raros estos dramas: icuando yo conocía más de una Elena Alving —más de una mujer superior— veía a otras muchas en la situación de Nora, y presumía a las semejantes a Hedda Gabbler! En realidad, yo había tratado casi siempre con gentes de excepción; en mi país, sobre todo, me había tocado conocer a todas las mujeres superiores; ya sabía que había una multitud de gentes vulgares, pues algo me había mostrado la compañía de mis condiscípulos y las gentes que ahora solía tratar y la que veía en las fiestas sociales; pero *mi mundo*, mis gentes, eran así, del temple de los personajes de Ibsen: ¿por qué, entonces, se decía que estas escenas y estos tipos sólo se daban en el Norte? Ibsen, en suma, fue desde entonces mi autor: llegué a saberme de memoria Los Espectros. Corrimos desbocados en busca de sus obras, y al fin logramos leerlas casi todas en francés: El pato salvaje, Rosmersholm, El enemigo del pueblo, La dama del mar, El niño Eyolf, Juan Gabriel Borkman, Solness el constructor, Brand, Peer Gynt. La casa de las Feltz (que después alguien llamó Salón Goncourt, y a sus dueñas hermanas Goncourt) se convirtió en centro diario de reunión intelectual: Max y yo concurríamos y formábamos cuarteto con Leonor y Clementina, pero la concurrencia solía aumentarse con Prud'homme, Enrique Deschamps, mi tío Federico, el Dr. Rodolfo Coiscou y su esposa, mi prima Altagracia Henríquez, maestra normal, otras maestras y amigas, como Eva y Luisa Ozema Pellerano, Ana J. Puello y Mercedes Laura Aguiar; aun mi padre, entonces ocupadísimo, solía ir allí. Pero las lecturas y los comentarios no eran constantes y en toda forma sino con el cuarteto primitivo; y la perspicaz inteligencia de Leonor, con su sagacidad crítica, con su percepción delicada, influyó mucho en la dirección de nuestro gusto: a ella debo en gran parte la orientación de mis gustos en sentido plenamente moderno. Antes, como a destiempo perdí la dirección espiritual de mi madre, había tenido que atravesar por tan ingratos breñales como eran los cánones hermosillescos y las arbitrariedades hugonianas; y, aunque libre de ellos, no había penetrado firmemente en la orientación moderna. Leonor, que poseía sólida cultura científica y lectura literaria mucho más vasta que la mía, fue quien nos guió en la interpretación de la literatura según el más elevado gusto moderno, y

en todo aquel tiempo nos guió también en la corrección de la forma de nuestros escritos: porque si ella no es, en realidad, una escritora completa, pues justamente en aquellos días casi había dejado de escribir y nunca había escrito sino trabajos breves, de poca significación, según la rutina juvenil de sus compañeras, su crítica de la forma es tan segura como penetrante su análisis psicológico.

II

1. A fines de 1900, el gobierno de Santo Domingo decidió ensayar un arreglo de la deuda extranjera, que el régimen de Heureaux había dejado intrincadísima; y como la misión era muy delicada, mi propio padre, Ministro, como he dicho, de Relaciones Exteriores, era quien debía partir a los Estados Unidos y Europa. Pensó entonces aprovechar la ocasión para llevarnos a Nueva York, a que permaneciéramos allí algún tiempo estudiando y recibiendo la influencia de una civilización superior. Salimos de Santo Domingo el día 16 de enero de 1901; íbamos, además de mi padre, mi hermano mayor y yo, Andrés Julio Aibar, uno de mis antiguos profesores, que ahora fungía de secretario de mi padre, mi primo Enrique Henríquez, ex-ministro de Heureaux, que tenía ahora como abogado la representación en Santo Domingo de una Compañía americana acreedora, y su hijo Enrique Apolinar: Enrique es poeta elegante y de exigente gusto, y su hijo, aunque nunca ha escrito literatura, tenía desde entonces aficiones intelectuales. Salimos digo, el 16 de enero. iNunca hubiera pensado entonces que pasaría tanto tiempo fuera de mi país! Iba contento, lo cual causó extrañeza en quienes me conocían con mis exagerados afectos patrios; pero pensaba que mi ausencia duraría cuatro o cinco años, y que durante ella tendría ocasión de visitar el país.

El viaje se hizo pasando por Puerto Rico. Desembarcamos, al día siguiente de la partida, en Ponce; de ahí viajamos hasta San Juan de Puerto Rico por la hermosa y empinada carretera que atraviesa la isla: el curioso viaje lo hicimos en coche, pues las condiciones de la carretera se prestan a ello; nos detuvimos en varias poblaciones del interior; y en los momentos en que el camino ascendía a montañas, veíamos, más allá de las extensas vegas de la isla, dos fajas de mar por dos lados distintos.

En San Juan nos detuvimos tres días: era la primera ciudad de carácter algo moderno que veía yo; no es gran cosa mayor que Santo Domingo,

pero nada tiene del aspecto colonial y vetusto de mi ciudad, y sí muchos detalles de la población principalmente comercial. Tomamos al fin el vapor para Nueva York, adonde deberíamos haber llegado en seis días; el viaje, sin embargo, duró cerca de nueve, pues por el camino encontramos una tempestad y hasta recogimos la tripulación de un buque desmantelado. Recuerdo, sin embargo, que yo apenas me daba cuenta de que podían llegar momentos de peligro, aunque mi primo Enrique tuvo grandes temores que se callaba; y lo cierto es que yo muchas veces he viajado con mal tiempo.

2. Llegamos, por fin a Nueva York, el 30 de enero; mi primera impresión fue curiosa: había niebla, nevaba terriblemente, y las grandes masas grises de edificios, sobre los cuales se destacaban los enormes de la ciudad baja ofrecían un conjunto enigmático. Dos impresiones, sin embargo, recibí ese día, que tardé en repetir: la primera, las casas campestres de ciertas poblaciones de la costa, que observamos antes de entrar en Nueva York: todas ellas me recordaban las moradas campestres que veía pintadas en los libros de cuentos franceses; la segunda, el singular aspecto de Bowery por donde pasamos en coche. Durante meses, juzgué engañosas esas primeras impresiones, pues ni fui al campo ni pasé nunca por el Bowery.

Fuimos a dar al Hotel Martin, que era famoso por su cocina francesa. Ese mismo día salimos a la calle y durante todos los siguientes visitamos los lugares importantes de la ciudad. Mis impresiones se atropellaban un poco, y yo las veía todas a través del prejuicio anti-yankee, que el *Ariel* de Rodó había reforzado en mí, gracias a su prestigio literario; no fue sino mucho después, al cabo de un año, cuando comencé a penetrar en la verdadera vida americana, y a estimarla en su valer.

En Nueva York nos encontramos a varios dominicanos: al expresidente D. Alejandro Woss<sup>5</sup> y Gil, hombre de inteligencia sutil, grande amigo de mi padre y mi primo Enrique; al Cónsul Leonte Vásquez, hermano del entonces vicepresidente Horacio; a los estudiantes Floricel Rojas y Niño Alfonseca; al singular carácter de Abelardo A. Moscoso, hombre de energía no del todo vulgar, pero de sentimientos e ideas un tanto anormales por el influjo de largos años de lucha y destierro; y a otros muchos que tratamos menos. Hice también amistad,

<sup>&</sup>lt;sup>5</sup> En su edición, Zuleta Álvarez transcribe "Woz" cuando en realidad debería ser "Woss". N.d.e.

por una carta de Tulio M. Cestero, el elegante escritor, con Francisco García Cisneros, joven literato cubano casado con la cantatriz norte-americana Eleanore Broadfoot, conocida hoy en todo el mundo artístico por el nombre de Eleonora de Cisneros: su esposo, más tarde, exhumó un título de Conde que existía en su antigua familia.

Con el fin de que cuanto antes aprendiéramos el inglés en toda forma (pues era poco lo que recordábamos de los cursos recibidos en el Liceo Dominicano) mi padre nos buscó una casa de huéspedes en el barrio de la Universidad de Columbia; y pronto nos instalamos en la casa de Mr. & Mrs. Henry E. Fournier, 329 West 113th Street. El marido era hijo de francés, y hablaba el idioma; la señora era americana, y era mujer perspicaz y amable y conversadora, joven todavía; su conversación fue acaso nuestro mejor maestro de inglés; en la casa solo había por entonces tres huéspedes: Miss Emma W. Knettles, americana que se acercaba a los cincuenta años y profesora de materias fáciles; Miss Elizabeth W. Fette, alemana de unos cuarenta años, y Miss Annina Periam, joven americana de poco más de veinte: estas dos últimas estudiaban algunos cursos de filosofía y letras en Columbia. El matrimonio Fournier no tenía hijos: solo había uno de matrimonio anterior del marido.

En aquellos primeros días me dediqué con ahínco a los teatros: rara vez iba a los ingleses, pues no podía entender todavía a los actores; pero fui alguna vez a ver el Hamlet con Sothern y Virginia Harned, El Mercader de Venecia con Nat Goodwin y Maxine Elliot; en el teatro alemán de Irving Place, vi La dama de las camelias con la vienesa Helena Odilon; y, sobre todo, vi a Sarah Bernhard en La dama de las camelias, dos veces en L'aiglon de Rostand, y hasta en una piececita de León Gozlan, La pluie et le beau temps, que hizo con Coquelin en una función del Metropolitan Opera House a beneficio del empresario; Coquelin, que la acompañaba en aquella tournée, hizo el Flambeau de L'aiglon y el pére Duval en La dama. Pero donde concurrí especialmente fue al Metropolitan Opera House, en cuya compañía figuraban ese año Jean de Reszke, el tenor único, su hermano el bajo Edouard, La Nórdica, La Ternina, la Melba, la Schumann-Heink, el bajo Plancon, y otros cantantes de rango algo menor: las sopranos Johanna Gadski y Lucienne Bréval; los tenores Albert Saleza, Ernst Van Dyck, Andreas Dippel, y Cremonini; los barítonos Giuseppe Campanarios,

Antonio Scotti, Theodor Bertrán y David Bispham; como director de orquesta en las óperas wagnerianas figuraba Walter Damrosch y en las italianas Mancinelli. Las óperas que oí en aquella temporada fueron Tannhäuser, Lohengrin, La Valkiria, Siegfried, Tristán e Isolda, La Africana, Fausto, Rigoletto, Cavalleria rusticana, El Cid de Massenet; y Tosca y Salammbó de Ernest Rever, estrenadas ese año. En la función última, a beneficio del empresario Grau, en la que tomaron parte Sarah y Coquelin con la comedietta de Gozlan, oí cantar a la Melba el aria de Lucia, a la Nórdica y Jean de Reszke el segundo acto de Tristán y a la Nórdica y Bispham el tercer acto de *La valkiria*. Wagner fue entonces mi músico predilecto: fue para mí en la ópera lo que era Ibsen en el drama; y como no tenía prejuicios musicales en favor de la ópera italiana, según lo acostumbra el vulgo de nuestros países hispano-americanos, y en cambio estaba acostumbrado a la música alemana que mi hermano Max ejecutaba de preferencia, y además leía siempre los dramas wagnerianos, nunca encontré dificultad para seguir el hilo de su música; mientras que nunca pensaba en enterarme de los libretos de óperas italianas. Oí también la Misa de Réquiem de Verdi, dos veces, dirigida por Mancinelli y cantada por la Nórdica, la Schumann-Heink, Salignac y Plantón; y en algunos otros conciertos dominicales del Metropolitan, fragmentos de Parsifal y la Sinfonía patética de Tschaikowski. Cuando terminó la temporada del Metropolitan, en marzo, quise conocer lo más rápidamente posible el mayor número de óperas y no dejé de concurrir a las temporadas de ópera barata que se ofrecen siempre en Nueva York cuando aún no comienza o ya ha terminado la del Metropolitan; oí Ernani y de nuevo Rigoletto con una compañía italiana improvisada en el Bowery, en la cual había una modesta pero muy capaz artista de la vieja escuela italiana: Cleopatra Vicini; oí además la Castle Square Opera Company, la cual daba en inglés Lucia, Trovador, Aida, Bohemia, Cavalleria, Payasos, La Gioconda, Carmen, Fausto, Lohengrin, Tannhäuser.

Mi padre partió a Europa en marzo, para tratar principalmente con los acreedores de Santo Domingo en Bélgica y Holanda. Mientras tanto, nos quedamos solos en Nueva York, y con la asistencia a algunos cursos y la conversación diaria de la casa, bien pronto aprendimos inglés. Traduje un artículo de William Archer sobre Ibsen, y escribí algunas cosas breves; en la revista que dirigía Enrique Deschamps, en Santo Domingo, hice publicar la traducción del artículo de Archer y un ar-

tículo sobre la Belkiss de Eugenio de Castro, que leí en la traducción castellana de Luis Berisso. Leí mucho por entonces (puedo decir que leía diariamente un drama o la mitad de una novela o de otro libro); continué con D'Annunzio, al cual leía ya en italiano (las poesías; La Gioconda; su Triunfo de la muerte fue una de las determinantes de mi entusiasmo por Wagner); completé la lectura de Ibsen y traduje, cotejando una versión inglesa con una francesa, la última escena de su último drama, Cuando despertemos...; busqué más literatura escandinava: Björnson, Jonas Lie, Kielland, el exquisito novelista danés Jacobsen, o el crítico Brandes; continué leyendo novelistas rusos y franceses; leí algunos clásicos griegos y latinos, generalmente en pobres traducciones castellanas, que me hacían penoso este que yo consideraba deber literario; leí muchos dramas, y conocí entonces el teatro de Maeterlinck; y por último, algunas obras de crítica y de filosofía positivista: entre éstas, El enigma del universo, de Haeckel, que acabó de ayudarme a definir mis negaciones religiosas, y me hizo por algún tiempo positivista y monista. Muchos de estos libros me los enviaba mi padre desde Europa.

3. Regresó él a Santo Domingo, pasando por Nueva York, en julio. El aspecto de la ciudad había cambiado singularmente, con el paso del invierno al verano, y aquel mes de julio fue extraordinariamente caluroso. Pasé unos días en Asbury Park, Estado de New Jersey, playa de veraneo no cara, donde se hallaban García Cisneros y su mujer: ésta dio un concierto a sus amistades, en el que cantó con brillantez el aria del Paje de *Los Hugonotes*. Fueron aquellos días de novedad para mí, que no conocía las playas de veraneo: baños de mar, paseos en bote, paseos vespertinos y nocturnos por la playa...

El mes de agosto lo pasé en Búfalo, en la Exposición Pan-Americana. La exposición, en sí, no me causó maravilla: no era muy extensa ni majestuosa; pero sí tenía hermosas perspectivas; sus edificios eran de poca altura y la mayoría, de arquitectura elegante; muchos estaban pintados de colores diversos, a imitación de los nuestros en la América tropical; sus canales, lagos y fuentes daban gracia al conjunto, y la iluminación nocturna era profusa, extraordinaria: aun a distancia de Búfalo se divisaba la torre eléctrica, en medio de la noche, como una columna de fuego. Había exhibiciones interesantes y anuncios ingeniosos; de los países hispano-americanos, que no habían concurrido to-

dos, solo Chile hizo una exposición importante; Santo Domingo tenía un pequeño edificio, en el cual llamaba la atención una gran mesa, que ocupaba casi todo el salón central y que afectaba la forma de la isla, con los productos (café, cacao, azúcar, maderas y demás) distribuidos por regiones. El Salón de Artes Plásticas era lo más serio: no era en realidad pan-americano, pues si se exceptúan los cuadros del elegante pintor peruano-parisiense Alberto Lynch y el lote canadiense, no había allí sino pintores norteamericanos. Los de Chile, Cuba, México, Ecuador y Santo Domingo exponían los suyos en los edificios de sus respectivos países; y a la verdad, bien pocos hubieran podido parecer aceptables junto a la flor y nata del arte norteamericano, si se exceptúa uno que otro cuadro de Chile, obras de Tomás Sommerskales, Onofre Jarpa, Alfredo Valenzuela Puelma, Pedro Lira y Enrique Swinburn Kirk. El Canadá estaba representado por un corto número de pintores, entre ellos algunos impresionistas avanzados; recuerdo a Cruikshank y Blair Bruce. La exhibición norteamericana era espléndida: Whistler, con una maravillosa serie de Nocturnos, variaciones (gris y plata, azul y plata, color de carne y verde, un balcón japonés, el clou del lote), jardines, marinas y escenas venecianas, y un boceto: El herrero; Sargent, con sus vívidos retratos: entre ellos el delicadísimo Retrato de un niño; los paisajistas antiguos (ya muertos), George Inness, Homer Martin y Alexander Wyant; Abbey, con su sorprendente Martirio de Eleonora de Gloucester; Elihu Vedder, con sus orientalismos simbólicos, de extraño colorido; Winslow Homer, con sus marinas antillanas; y William Chase, y John Alexander, y John La Farge, y Frederick Kemington y Horacio Walker, y Francis D. Millet, y George De Forest Brush, y Lockwood De Forest, y Cecilia Beaux, y Henry Tanner, y Mary Cassatt, y Gari Melchers... En dibujos, pasteles y acuarelas, Kenyon Cox, Francis V. Du Mond, Howard Pyle, Gibson, el creador de la girl, Maxfield Parrish... El lote de escultura, con no ser muy numeroso, ofrecía obras de Saint-Gaudens, de MacMonnies, de Charles Grafly, de Daniel Chester French, de Paul Bartlett, de Barnard... Era mi primera lección seria de artes plásticas; porque si el Museo Metropolitano de Nueva York tiene una estimable colección de maestros antiguos y algunas importantes obras modernas (como la Juana de Arco de Bastien Lepage, que María Bashkirtseff ponía sobre su cabeza), no mostraba un conjunto pujante como este, que representaba la

más valiosa labor de todo un pueblo, ya señalado en la historia del arte, y la variedad de las tendencias de la época.

Permanecimos un mes en Búfalo, mi hermano mayor y yo; nos tocó acompañar a Mercedes Mota, delegada por Santo Domingo al Congreso de Mujeres celebrado en la Exposición; en ese Congreso conocí y oí hablar a tres feministas importantes: la americana Mrs. May Wright Sewall, la canadiense Mrs. Adelaide Hoodless, y la jerosolimitana Mme. Mountferd; Mercedes Mota presentó un trabajo sobre la mujer dominicana, que fue comentado en toda la prensa de Búfalo. Visitamos el Niágara, donde estuve un día entero; visitamos la ciudad de Toronto, que dista de Búfalo pocas horas, y así atravesamos parte del Canadá, cuyo terreno árido y quebrado contrasta con la fertilidad casi tropical de los Estados Unidos, lo mismo que contrasta el cachet inglés de Toronto con el carácter comercial de las ciudades yankees (salvo los barrios aristocráticos); en el camino, recibí la extraña impresión del Lago Ontario, a distancia, vasto como un mar pero inmóvil y sin rumor; y en la ciudad estuvimos dos días, visitando los edificios y una pequeña exposición regional que duró allí una semana.

Lo que me hizo más agradable la permanencia en Búfalo fue el carácter familiar que llegó a tomar para nosotros la Exposición, la ciudad no nos interesaba; no advertíamos diferencia esencial entre ella y Nueva York, y sí inferioridad con relación a esta; en cambio, a la Exposición entrábamos y salíamos a voluntad, haciéndonos pasar como adjuntos a la Comisión de Santo Domingo; allí comíamos; pasábamos el día visitando y revisitando exhibiciones y diversiones; a mañana y tarde, había conciertos y retretas en el Templo de la Música y en las glorietas de las avenidas; y por las noches conciertos, bailes y reuniones, casi todos en el edificio del Estado de Ohio. Había allí un grupo de familias con quienes hicimos amistad: las Misses Hopley, tía y sobrina, de Ohio; un joven Bosch, con tres hermanas suyas, jóvenes y alegres, del Estado de Oregón; Mrs. Hopkins, de la ciudad de Washington; el argentino alemán Nelken y su mujer, griega que bailaba muy bien, y otras personas. Allí conocí, de paso, al viejo escritor venezolano Nicanor Bolet Peraza. La Exposición, así, se convirtió para nosotros en centro de diversiones sociales. (Sobre Asbury Park y la Exposición escribí una serie de cuatro artículos que no publiqué.)

4. Cuando regresamos a Nueva York, hubo algún cambio en mis relaciones. Mis mejores amistades habían sido, hasta entonces, D. Alejandro Woss y Gil, cuya conversación era culta y amena; y García Cisneros, cuya casa era también centro agradabilísimo: allí concurría una sociedad verdaderamente cosmopolita y heterogénea; cubanos distinguidos, artistas de diversos países (conocí entonces al pianista armenio Vahram Sevadjian y al mexicano Pedro Ogazón), americanos de diversas tendencias, tan pronto un millonario como un semi-bohemio. Y ello es que el General Woss y Gil decidió regresar a Santo Domingo con su familia; y García Cisneros y su mujer marchar a Europa, donde en tres años Eleonora hizo la carrera que la colocó rápidamente en la primera fila de las cantantes del día: en verdad, cuando la conocí era ya artista de mucho temperamento, magnífica voz y excelente escuela; y si no ocupaba mejor puesto, solo se debía a que la empresa del Metropolitan se mostraba reacia a estimular a una artista sin carrera europea. Quedé, pues, un tanto aislado durante algunos meses, si bien veía con frecuencia a algunos dominicanos residentes en Nueva York. Asistí al Curso de Elementos de Derecho general, en la Universidad de Nueva York (distinta de la Columbia), que daba el verboso y ameno profesor Isaac Franklin Russell; y también, durante las noches, a cursos de Derecho comercial y público en una escuela nocturna del barrio de Harlem, donde vivíamos. Como la Universidad de Columbia me quedaba cerca, iba casi diariamente a su gran biblioteca (también solía ir a la Astor); y asistí también a muchas conferencias, en ese y otros años: así escuché a Percival Lowel hablar de Marte; a Jacques Loeb, sobre los orígenes de la vida; al profesor Adolphe Cohn, de Columbia, en francés, sobre Víctor Hugo; y a los conferencistas franceses que anualmente invita la Asociación Francesa de Harvard, unas veces en Columbia, otras en otros locales públicos: Gastón Deschamps, Huges Leroux, Léopold Mabilleau, André Michel. (En 1903 me tocó oír al delicado poeta irlandés William Butler Yeats disertar sobre el nuevo movimiento en Irlanda.) Escribí entonces una nota sobre el movimiento modernista en la poesía hispanoamericana, trabajo algo extenso, pero no bien documentado y que no publiqué. La llegada del otoño, con su variedad de tonalidades en las arboledas, fue para mí novedad; y escribí algunos versos otoñales, modernistas; también escribí la poesía Mariposas negras, que mis gentes en Santo Domingo encontraron bien

pocas de allá; Leonor Feltz continuaba hablándome de cosas literarias. 5. Por fin, mi padre se decidió a enviar a Max a Nueva York; y su llegada y su gran interés por el movimiento teatral y musical me libraron del aislamiento en que se encontraban mis aficiones, pues mi hermano mayor ya se había alejado definitivamente de las cuestiones literarias;

hecha. A Santo Domingo escribía, siempre muchas cartas, y recibía no

mayor ya se había alejado definitivamente de las cuestiones literarias; Max entró al Conservatorio Nacional, dirigido por Alexander Lambert, y estudió piano bajo la dirección del discreto músico americano Levett, quien le corrigió mucho su estilo tumultuoso y desordenado de ejecución.

En esa temporada nos tocó oír a los violinistas Fritz Kreisler, cuya expresión se distinguía ya por su sereno refinamiento, y Jan Kubelik, que apareció entonces, con extraordinario éxito, y a quien nos arriesgamos a visitar; al incomparable violoncellista Jean Gérardy; a Paderewski, y a otros pianistas: el holandés Eduard Zeldenrust, el ruso Ossip Gabrilowitsch, el polaco Josef Hofmann, el alemán Harold Bauer (en la temporada anterior me había tocado oír a Teresa Carreño), y, en concierto, a algunos cantantes, entre ellos el tenor Antonio Paoli, puertorriqueño de origen, el barítono Emilio de Gogorza, hijo de cubanos y nacido en los Estados Unidos, y —cosa más importante— Lilli Lehmann, la reina del canto wagneriano, que pasaba ya de los cincuenta años, pero aún conservaba espléndida voz: le oí, además de fragmentos del Tristán, la Inmolación de Brunehilda, del Ocaso de los dioses, trozo que me hizo presentir la riqueza de ese drama musical, y que Lilli Lehmann cantó con poderosa elocuencia. Asistí por primera vez a los conciertos sinfónicos de la Sociedad Filarmónica de Nueva York, cuya orquesta la dirigía entonces Emil Paur, y de la Orquesta de Boston, dirigida por Gericke; en estos me tocó oír por primera vez los poemas tonales de Richard Strauss, Muerte y transfiguración y La vida de un héroe; el primero me gustó totalmente, el segundo me desconcertó a ratos y a ratos me sedujo. Comencé entonces, también, a familiarizarme con las obras maestras del género sinfónico: oí un buen número de oberturas y sinfonías de Beethoven, entre las últimas la Novena. Oí además conciertos del cuarteto Kneisel, uno de ellos consagrado a Beethoven; y los domingos en la tarde fui casi siempre a la South Church, donde semanalmente se canta un oratorio; formaban entonces el cuarteto de voces Mrs. Gerrit Smith, esposa del organista

director, Margaret Hall, excelente contralto, Elison Van Hoose y Heinrich Meyn. Durante casi tres años, rara vez falté a los oratorios de la South Church, y en ese período oí varias veces El Mesías y el Sansón de Handel, el Oratorio de Nochebuena y La Pasión según San Mateo de Bach, El Huerto de los Olivos de Beethoven, La Creación de Haydn, Elías de Mendelssohn, el Stabat Mater de Pergolessi, el Stabat Mater de Rossini, y algunas obras menos importantes, como La ciudad santa de Gaul. Por lo demás, en los conciertos de la Sociedad del Oratorio oí también El Mesías, y El Paraíso y la Peri de Schumann.

La temporada del Metropolitan fue corta ese año. En la compañía figuraban la Sembrich, cuyo arte incomparable se me reveló ese año, Milka Ternina, a quien vi entonces una Elsa inolvidable, la Calvé, con su eterna Carmen Emma Eames, Sibyl Sanderson, quien solo cantó una vez, en Romeo y Julieta de Gounod (no recibí de ella ninguna especial impresión), Johanna Gadski y Lucienne Bréval; la Schumann-Heink; Van Dyck, Dippel, Albert Alvarez, Von Brandrowski, y Demarchi, entre los tenores; barítonos, Scotti, Campanari, Bispham y el wagneriano Van Rooy; bajos Edouard de Reszke, Blass y Journet. Como directores de orquesta, Damrosch, Flon y Seppilli. Las óperas que oí fueron Las bodas de Fígaro y La flauta mágica de Mozart, cantadas por la Sembrich y la Eames, Romeo y Julieta, Carmen, Los Hugonotes, La hija del regimiento de Donizetti, La Traviata, Aida, Otello, Lohengrin, El oro del Rhin de Wagner, y los dos estrenos del año: Messaline de Isidore de Lara, y Manru de Paderewski, que estuvo allí presente. También Cavalleria rusticana, con la Calvé. En la función de despedida cantó la Ternina el Liebestod de Tristán, la Sembrich el segundo acto de La hija del regimiento, la Calvé el primer acto de Carmen y la Eames los actos finales de Otello y Fausto.

En teatros dramáticos, me tocó ver a Sir Henry Irving y Miss Ellen Terry, con su compañía del Liceo de Londres, en Carlos I, obra medianísima de William G. Wills donde Ellen Terry brillaba más que Irving; El Mercader de Venecia, Luis XI y El judío polaco (The bells: arreglo de una nouvelle de Erckmann-Chatrian), las tres creaciones que todavía conservaba Irving en su plenitud, y la comedietta Nance Oldfield de Charles Reade. Llegó entonces por primera vez a América Mrs. Patrick Campbell, la creadora de La segunda Mrs. Tanqueray de Pinero, y dio, además de esta obra, La notoria Mrs. Ebbsmith, a mi

juicio el mejor drama del mismo autor; El hogar de Sudermann (Magda); la Mariana de Echegaray, que fue un fracaso; Por encima de las fuerzas humanas, de Björnson; y Peleas y Melisenda de Maeterlinck. Recuerdo, además, entre los espectáculos dramáticos a que concurrí esa temporada, La Dubarry de David Belasco, interpretada por Mrs. Leslie Carter; Mrs. Fiske, en The unwelcome Mrs. Hatch, obra de Mrs. Burton Harrison; Tess of the D'Urbervilles, arreglo de la magna novela de Thomas Hardy; Divorçons de Sardou, Little Italy del americano Horace B. Fry, y Casa de Muñecas de Ibsen; Sothern, en Richard Lovelace, de Lawrence Irving (hijo de Sir Henry) y If I were a king, de Justin Huntly McCarthy (obra cuyo protagonista era François Villon); Maud Adams, en Quality street de Barrie; Richard Mansfield, en Beaucaire, arreglo de una novelucha romántica de Booth Tarkington; Henrietta Crosman, en As you like it, de Shakespeare; Otis Skimner, en Francesca da Rimini, hermosa tragedia del poeta norteamericano George H. Boker; Josef Jefferson, ya con más de setenta años encima, en su legendario Rip van Winkle y en Los rivales de Sheridan; y dos obras del dramaturgo yankee Clyde Fitch: The way of the world (menos que mediana) y The climbers (Los trepadores), muy interesante y fuerte. Los teatros baratos (Murray Hill, American, algunos de Brooklyn) solían dar obras clásicas o modernas de importancia, y con frecuencias asistí a sus representaciones; durante tres temporadas cuyos recuerdos se me confunden, vi muchas obras, no siempre mal representadas: Hamlet, Othello, con Daniel E. Bandmann, Macbeth, con Elita Proctor Otis, As you like it, Twelfth night, The merry wives of Windsor, de Shakespeare; The school for scandal, de Sheridan, con Marie Wainwright; David Garrick, que en español se conoce con el título de Sullivan; Dora, arreglo dramático por Charles Reade, de un poema de Tennyson; el Cyrano de Rostand; El abanico de Lady Windermere de Oscar Wilde; The gay Lord Quex, Trelawney of "The Wells" y Sweet lavender de Pinero; y Aristocracy del norteamericano Bronson Howard. Si no me equivoco, ese mismo año vi La hermana gemela del alemán Ludwig Fulda y The wilderness del joven inglés Esmond, con Margaret Anglin y Charles Richman; a Ethel Barrymore en Captain Jinks de Fitch, a Hackett y a Faversham en versiones de Don César de Bazán.

Concurrimos también, aunque no sabíamos alemán, al Teatro de Irving Place, a ver ciertas obras conocidas: Casa de muñecas, de nuestro

venerado Ibsen, representada por la Compañía residente; y *El Rey Lear*, con el famoso austríaco Adolph von Sonnenthal y el alemán Ferdinand Bonn, así como *La toga roja* de Brieux, con Sonnental, Bonn, Helena Odilon, y Conried, el director del teatro, que después lo fue del Metropolitan Opera House, y que entonces solía aparecer como actor. A fines de aquella temporada, ya entrado el verano, fue cuando entró la moda del actor italiano Antonio Majori, descubierto en los teatruchos del Bowery: fui a verle en *Hamlet*, *Othello*, y *El Rey Lear*.

Había avanzado ya en el inglés, y comencé a comprar y leer literatura inglesa: Shakespeare, los poetas, los novelistas modernos, Carlyle, Emerson, Ruskin. Me sirvieron para el caso las ediciones baratas de grandes autores que abundan en los Estados Unidos.

6. De pronto, un suceso para nosotros inesperado cambió de manera definitiva nuestra suerte. Horacio Vásquez, el vice-presidente de Santo Domingo, se levantó en armas contra el presidente Jiménez, el 26 de abril de 1902; y a principios de mayo, el gobierno había cambiado. La noticia me llenó de estupor; y luego recibimos las cartas de mi padre en que nos decía que era necesario pensar en economías: mientras estuvo en el gobierno, gastó lo que su permanencia en el Cabo Haitiano le había producido. Teníamos todavía algún dinero, que nos permitiría seguir viviendo en Nueva York hasta bien entrado el año de 1903; pero debíamos pensar en cambiar de vida, pues ya no nos podríamos dedicar al estudio, y desde luego debíamos cambiar de residencia. Una serie de dificultades estuvo a punto de impedirnos este último sencillo propósito; dificultades que puso Mrs. Fournier, antes (y todavía después) tan amable con nosotros, lo mismo que los encargados por mi padre de suministrarnos fondos. Pero no nos desanimamos grandemente; y convinimos en quedarnos en Nueva York, y ensayar trabajar en el comercio. Comenzó una lucha casi diaria; pero aún esto tuvo para nosotros interés y animación. Al mismo tiempo, la necesidad de cambiar de lugar y régimen nos proporcionó elementos de novedad. Fuimos a vivir en la parte baja de la ciudad cerca de Madison Square; y en la casa que escogimos, cuya dueña era Mrs. Pichetti, había muchas mujeres, más o menos jóvenes, pero todas joviales y amables; así es que bien pronto hicimos amistad con ellas, y durante un año tuvimos reuniones y paseos, aún después de haber cambiado dos veces de casa.

Ya entrado el verano, llegaron a Nueva York mi tío José Henríquez con su esposa Dolores Moreno, quien iba a consultar médicos neoyorkinos por enfermedad. Consultó a uno, quien le recomendó un viaje a Saratoga: allí les acompañé, y estuvimos diez días; ya había terminado la temporada de carreras hípicas, pero en la ciudad no se hablaba de otra cosa que de caballos; el clima, por lo demás, es delicioso, y yo gusté de tomar las aguas, aunque no tuviera necesidad de ellas. Al regresar a Nueva York, mi tía decidió ver a otro médico, uno de bastante nota, el Dr. Andrew McCosh; y este declaró que el caso era serio y requería operación, aunque también presentía que la misma operación sería ineficaz; fue necesario llevar a mi tía al Presbyterian Hospital, cuyo mecanismo conocí entonces de cerca, acostumbrándome a presenciar operaciones ejecutadas con admirable pericia por el Dr. Elliott y el Dr. McCosh. Mi tía fue llevada a la sala de operaciones; pero al practicar la incisión, el Doctor se convenció de que se trataba de un cáncer, y declaró incurable el caso. Mis tíos, pues, regresaron a Santo Domingo unos dos meses después de haber llegado; si bien a ella se le dijo que sanaría con el tiempo, bajo cierto régimen, el cual sólo la hizo vivir dos años más.

7. Mientras tanto, buscábamos nosotros trabajo en el comercio de Nueva York; pero nos convencimos de que sin conocimientos previos se tropezaban con dificultades, y sólo se encontraban puestos ínfimos, y decidimos mi hermano mayor y yo concurrir al curso comercial, de tres meses, en la Escuela de Gaffey, situada en la calle 23. Concurrimos, pues, a fines de ese año; dábamos cinco horas diarias de clases, y antes de tres meses logré escribir rápidamente en máquina, escribir unas cien palabras por minuto taquigráficamente, en inglés, y conocer la teneduría de libros en detalle. Seguí entretanto contestando anuncios de los periódicos; y logré un empleo de seis dólares semanales en la Nicholls Tubing Company, situada en la Décima avenida, cerca de la calle 54. Mi sueldo aumentó pronto hasta siete y luego ocho dólares; pero las horas de trabajo eran largas, desde las siete y media hasta las seis, con solo media hora para el lunch, y el carácter del dueño era irascible y su educación casi nula. Era un Jerry Cruncher (A tale of two cities). Vi entonces de cerca la explotación del obrero; la mayoría de los allí empleados eran mujeres y niños; los pocos hombres que había eran casi todos italianos que acudían a mí para hacerse entender; y el promedio de salarios era cuatro dólares por semana. Aquellos fueron

días amargos; ni siquiera adquirí experiencia comercial, pues aquellos libros adolecían de antiquísimo desorden, había cuentas imposibles de rectificar, y nunca se había hecho balance. Hasta me tocó presenciar un conato de incendio, al cual acudieron los bomberos para inundar de agua los cuatro pisos del edificio; hubo rumores de que el incendio fue intencional, pero las Compañías de seguros pagaron los daños estrictos y Mr. Nicholls no salió ganancioso. Al fin, hube de salir de allí, en julio de 1903, molido de cuerpo y fatigado de espíritu.

8. En ese tiempo, rara vez me alcanzó el tiempo para la lectura, ni menos para escribir. Pero mi interés por el teatro continuaba, y concurría asiduamente. En la temporada de 1902 a 1903 oí, en el Metropolitan, la Compañía de ópera de Mascagni, dirigida por él, que cantó Cavalleria, Zanetto e Iris. Figuraban en la Compañía Elena Bianchini-Capelli, María Farneti, Amelia Pinto, la Mantelli, Paoli, Schiavazzi, Bellatti, y el bajo Navarrini. Mascagni dio algunos conciertos, en los cuales cometió algunos desacatos: por ejemplo, con la obertura de Tannhäuser. Vino después la temporada formal del Metropolitan: las estrellas fueron Marcela Sembrich, Lillian Nórdica, Emma Eames y Johanna Gadski, la Schumann-Heink, Louise Homer y la Kirby-Lunn, Demarchi, Alvarez, Anthes y Burgstaller, Scotti, Campanari, Van Rooy y Bishamp, Edouard de Reszke, Journet y Blass. La temporada fue larga, y para mí fue la más agradable: oí El Barbero de Sevilla, Don Juan (que desgraciadamente solo se cantó una vez), Tannhäuser, Lohengrin, Tristán e Isolda, Los maestros cantores, La valkiria, Siegfried, El ocaso de los dioses (dos veces); El profeta de Meyerbeer. Fausto, cantado por la Nórdica, El trovador (cantado también, admirablemente, por la Nórdica), Ernani, Otello, Don Pasquale de Donizetti, Tosca, Cavalleria; y la ópera en un acto, de la compositora inglesa Ethel Smyth, que estuvo presente, intitulada Der Wald (El bosque), y Ero e Leandro de Mancinelli, que era entonces director de orquesta. (Como director wagneriano figuraba ahora Alfredo Hertz, de Breslau.) En la función de despedida se cantó el primer acto de La hija del regimiento, por Fritz Scheff, el segundo de El holandés errante (El bague fantasma) de Wagner, con la Gadski, Burgstaller y Van Rooy, el primero de Traviata por la Sembrich, el quinto de Fausto por la Eames, el cuarto de Hugonotes por la Gadski v Álvarez, v el primero de Lohengrin por Louise Reuss-Belce (a falta de la Nórdica, enferma a última hora) y Anthes.

En teatros dramáticos vi entonces a Eleonora Duse, en La Gioconda, La Cittá Morta y Francesca da Rimini, de D'Annunzio; y entre los artistas ingleses y americanos, Mrs. Patrick Campbell en Viva la vida de Sudermann, Sothern de nuevo en Hamlet, Mansfield en Julio César de Shakespeare, Margaret Anglin y Charles Richman, en el Empire, en The unforeseen de Robert Marshall y The importance of being earnest de Oscar Wilde, John Drew, en no recuerdo qué obra, Jessie Millward, en un arreglo de la Batalla de damas de Scribe, Stuart Robson en The Henrietta, del norteamericano Bronson Howard y la Comedia de equivocaciones de Shakespeare, Clara Bloodgood, en The girl with the green eyes de Clyde Fitch, Arnold Daly en Vieja Heidelberg del alemán Meyer Forster, Mary Shaw en Los espectros de Ibsen, Julia Marlowe en When knighthood was in flower, arreglo de una novela sobre María Tudor, de A. E. W. Mason, y el judío Jacob Adler, hablando en dialecto del Ghetto, junto con compañía inglesa, en el Shylock (El Mercader de Venecia). No recuerdo si en esta o en la anterior temporada vi dos obras del romanticismo inglés: The hunchback de James Sheridan Knowles, con Viola Allen, y The Lady of Lyons, de Lord Lytton, con Mary Mannering. Olvidaba a William Gillette, en su arreglo de Sherlock Holmes; y la Iris de Pinero interpretada por Virginia Harned. En esa temporada se inició también un movimiento antiquista, que no tuvo gran éxito por ser principiantes los actores que en él figuraron: el proyecto era representar con escenario, y hasta parte del público, en estilo elizabethiano, obras de Shakespeare; vi solamente Romeo y Julieta, en el cual mostró talento Fernando Eliscu. Pero poco después llegó a Nueva York, desde Inglaterra, la Compañía de Ben Greet, en la cual figuraba Edith Wynne Mathison, y representó con gran éxito, en la misma forma, Everyman, moralidad del siglo XV, y más tarde el As you like it de Shakespeare, al aire libre, en los terrenos de la Universidad de Columbia.

9. Como dije antes, aunque nuestra amistad con las jóvenes de la casa Pichetti duró más de un año, no siempre vivimos allí desde que abandonamos la ciudad alta, pues Mrs. Pichetti solo en verano recibía huéspedes que no comieran en la casa, y dentro de nuestro plan nuevo de vida estaba el comer en restaurants. Pasamos, primero, a una casa en el mismo barrio, donde la patrona era una francesa extravagante que en la intimidad *confesaba* ser ella la Condesa de la Gardie, de la familia de los Valois du Perret; y como la extravagancia de la pobre señora se

traducía en algunas incomodidades, optamos por trasladarnos a otra casa cercana cuyas dueñas eran americanas muy tranquilas. Mientras tanto nuestras relaciones nos proporcionaban esparcimiento frecuente; además de la casa Pichetti, concurríamos a la casa de una señora irlandesa, donde conocimos a una joven pianista bostoniana Miss Gallagher, y así mismo a los hoteles y casas donde se hospedaban los dominicanos que veraneaban en Nueva York, y que cada año iban en mayor número; por aquel tiempo se encontraba allí, precisamente, D. Juan Isidro Jiménez, ex-presidente del gobierno caído, con su familia. Las reuniones con familias norteamericanas o hispanoamericanas fueron, pues, frecuentes para nosotros en aquel verano; y en el cultivo de unas u otras amistades nos ayudaban Virgilio Ortega, sobrino de Altagracia Frier que había ido a Nueva York a trabajar también en el comercio, y muy adicto a toda clase de diversión, Lico García, como familiarmente llamábamos a Manuel García Saviñón, barítono dominicano, y Pericles Nikolaievitch Vekyroff, joven búlgaro que había abandonado un puesto entre los servidores del Príncipe Fernando por buscar fortuna en América, y que hablaba seis o siete lenguas y tenía aficiones literarias y facilidad, ya que no felicidad, para escribir.

De pronto, llegó a la casa de Mrs. Pichetti una mujer rara, que se hacía pasar por descendiente de españoles y se hacía llamar Dolores de Armas, aunque no sabía sino palabras sueltas de castellano. Era morena, esbelta, elegante, y cantaba acompañándose al piano muchas romanzas sentimentales. Pronto se definió para nosotros su carácter; y ella misma ideó que tomáramos un *flat* o vivienda, en la cual figuraría ella como hermana nuestra, aunque en realidad fuera amante de Max; y lo más extraño es que en todo esto no obtenía ninguna ventaja, sino que abandonaba a un raro amante judío, de barbas rojas y elegante traje. Tomamos, pues, un *flat* en la calle 15, al Oeste; y este nuevo plan de vida nos resultó más barato que ningún otro, pues todo se hacía en la casa. Las Pichetti, que a pesar de su afición a fiestas y paseos y su ningún empacho en salir solas con nosotros, eran buenas burguesas, se percataron de lo ocurrido, y nos lo tomaron a mal: con lo cual nuestra amistad se enfrió. Pero entonces organizamos reuniones en nuestro flat, adonde concurrían a veces mujeres de teatro y muchachas más o menos alegres. Dolores, sin embargo, no duró mucho con nosotros; bien pronto declaró que se iba, y agregó que iba a casarse, con un novio rubio que hasta nos presentó. Tomamos esto a guasa; pero más de

dos años después supimos por el *New York Herald* que Dolores (cuyo retrato aparecía publicado) había sido llevada a los tribunales por delito de poligamia. Por lo demás, creo que no se llamaba Dolores, sino Eloísa, pues un día se le escapó este nombre hablando consigo misma, y lo explicó diciendo que su nombre íntegro era: Eloísa Madonna Carmen Dolores.

Con nosotros fue a vivir al *flat* Virgilio Ortega, y poco después llegó de Santo Domingo su hermano Julio, a quien su familia enviaba a *americanizarse*. Nuestro *flat*, ya sin Dolores, se compuso de cinco personas, y en él vivimos desde mayo de 1903 hasta enero de 1904.

Mientras tanto, como la situación de Santo Domingo se hacía difícil, mi padre había salido a fines de 1902 para Cuba, y estuvo en la Habana varios meses, con la idea de radicarse allí; llegó hasta presentar examen como Doctor en Medicina ante la Facultad de la Habana, que no admite otra forma de revalidación de título, y llamó a Max para que lo acompañara durante dos meses. Max regresó en marzo de 1903 a Nueva York, y fue poco después cuando tomamos el *flat*.

10. Pero de pronto cambió la situación en Santo Domingo. Una revolución estalló en la misma capital el 23 de marzo, contra Horacio Vásquez; la lucha duró un mes y fue cruenta. A fines de abril, el gobierno de Vásquez había caído; y como la revolución se hizo so color de favorecer a D. Juan Isidro Jiménez, se creyó que habría elecciones en favor de este; pero las intrigas políticas favorecieron el encumbramiento de D. Alejandro Woss y Gil, que había sido presidente en 1885. Aunque Woss y Gil es uno de los hombres cuya amistad ha sido para mí más interesante, debo confesar que su gobierno fue un desastre. Mi padre juzgó necesario volver a Santo Domingo tanto por atender a su esposa Natividad, que tuvo un hijo, como por instancias de sus amigos políticos, que pedían su presencia en el país y su intervención en los asuntos públicos. Mi padre, una vez en Santo Domingo, se abstuvo de toda intervención en aquel desorden; y nosotros le escribimos que regresara cuanto antes a Cuba. Como desde lejos veíamos empeorarse cada vez más la situación, llegamos a enviar a Max a Santo Domingo en octubre, para que lo convenciera de que debía partir; pero Max llegó ya tarde.

Poco más de seis meses después del 23 de marzo, una nueva revolución había estallado contra Woss y Gil. El jefe de ella fue Carlos F. Morales, ex-sacerdote; y el objeto aparente de ella era fundir de nuevo los parti-

dos *jimenista* y *horacista* contra la corrupción administrativa, y devolver la presidencia, como acto de justicia, a Jiménez. Por supuesto, que una vez triunfante la revolución después de una lucha bastante larga, se echó a un lado a Jiménez, y subió al poder el mismo Morales, dando la preferencia a los *horacistas:* su vicepresidente fue Ramón Cáceres, primo de Horacio Vásquez y matador de Ulises Heureaux. La situación en Santo Domingo, entre octubre de 1903 y enero de 1904, llegó a ser complicadísima y mi padre tuvo que salir de allí, cuando ya no había otro remedio.

11. Mientras tanto, desde julio de 1903 yo había quedado sin trabajo en Nueva York; y no logré encontrar otro empleo. Volví a leer y a escribir; Max formaba cada año un libro con los programas de los teatros y conciertos a que hubiera asistido, y en él escribíamos al final de la temporada un resumen de esta, incluyendo aun las obras que no hubiéramos visto, según las opiniones de la prensa. La temporada de 1901 a 1902 la resumió él, en lo musical, y yo en lo teatral; la de 1902 a 1903 la resumí yo solo en ambas ramas, pues él pasó una buena parte de ese tiempo en Cuba.

A fines de 1903 concurrí casi diariamente a la Biblioteca Astor. Concebí el proyecto de escribir un estudio sobre tres escritores jóvenes como representativos de las llamadas *razas* europeas: D'Annunzio, por la latina; Kipling, por la sajona; Gorki, por la eslava. Solo llegué a escribir íntegro el D'Annunzio, del cual publiqué más tarde la porción relativa a sus versos.

De Santo Domingo nos llegó la noticia de la muerte de Hostos, en aquellos momentos de verdadera angustia ante la desastrosa situación del país. No escribí sobre él, sin embargo, sino un pálido artículo.

12. El barrio en que vivíamos pululaba de dominicanos desterrados, que ahora se aventuraban hasta Nueva York. Hubo uno de ellos, Pedro Julio Gautreau, que pasó por la metrópoli solo dos días, presenció las elecciones municipales y el gran entusiasmo nocturno, y embarcó inmediatamente para unirse a una expedición revolucionaria en la que debía morir. Otros dos amigos íntimos aunque separados en tendencias políticas, por las cuales habían luchado ya, Miguel Ángel de la Rocha y Aníbal Pichardo, llegaron a verse en tan precaria situación que nosotros les acogimos en nuestro *flat*.

El invierno llegó crudísimo; y en diciembre, tanto por el frío como por la fatiga de mi organismo, caí en cama con un reumatismo que durante quince días me impidió casi moverme. Después de tan larga serie de casos tristes como se habían aglomerado en los últimos meses de 1903, vi llegar el año 1904 cuando me hallaba enfermo, inmóvil, y moralmente adolorido.

A principios de enero comencé a mejorar, y hacia el día 10 pude levantarme. Por fortuna, mi padre llegó entonces a Nueva York; se deshizo el *flat* y fuimos a vivir con él a una casa de huéspedes francesa, donde con un régimen de sobre-alimentación recuperé rápidamente mis fuerzas.

13. Por supuesto, que la mala situación pecuniaria y aun física nunca fue para mí impedimento en lo relativo al teatro y los conciertos, que habían llegado a ser para mí un ritual inevitable; y así ese año concurrí a la ópera, al Metropolitan, que ahora había pasado a la dirección de Conried, y en cuya Compañía figuraban la Sembrich, la Ternina, la Gadski, la Calvé y Aino Ackté; Olive Fremstad, Edith Walker y Louise Homer; Caruso (debutó ese año), Dippel, Burgstaller, Ernst Kraus y Fran Naval; Van Rooy, Goritz, Scotti, Campanari; Plancon, Blass y Journet. Era director de orquesta wagneriano Félix Mottl con Hertz como ayudante, y de óperas italianas Arturo Vigna. Oí entonces Rigoletto, Lucia, El elixir de Amor, Bohemia, Tosca; La flauta mágica de Mozart; La dama blanca de Boieldieu; Fidelio de Beethoven; Lohengrin, Tristán e Isolda, Valkiria, Siegfried, El ocaso de los dioses, y el estreno sensacional del año, Parsifal, que oí dos veces. A la Castle Square Opera Company le oí, antes de comenzar el Metropolitan, Lohengrin, Aída, Otello, y algunas otras obras; y a una Compañía francesa que llegó después, La hebrea de Halévy y Mignon. En materia de conciertos, los sinfónicos ofrecieron esa temporada singular interés; pues la Orquesta Filarmónica hizo venir de Europa siete directores para que cada uno dirigiera dos conciertos en Nueva York: Henry Wood, de Londres; Gustav Kogel, de Frankfort; Safonoff, de Moscow; Edouard Colonne, de París; Richard Strauss y Félix Weingartner. Colonne no me entusiasmó, aunque gusté mucho de su concierto y su batuta; Strauss, que al fin dirigió toda una serie de conciertos, me hizo conocer todos sus *poemas tonales*, y me convirtió a su tendencia; pero el que como director me pareció hallarse por sobre todos fue el olímpico

Weingartner, quien dirigió los preludios de Lohengrin y Los maestros cantores, la obertura de Tannhäuser, su propio poema sinfónico El Rey Lear, y el concierto Emperador de Beethoven, en el cual ejecutó la parte de piano, soberbiamente, Alfred Reisenauer. Además, la dirección de Félix Mottl en el Metropolitan tuvo también mucha significación: por primera vez oía una batuta wagneriana realmente magistral; y Arturo Vigna, en el género italiano, también superaba a sus predecesores. Como ejecutantes, oí además de Reisenauer, a la gran pianista norteamericana Fannie Bloomfield-Zeisler, a la estimable francesa Mme. Roger Miclos, y a Raoul Pugno; al violinista Jacques Thibaut; al violoncellista español Pablo Casals, que tomó parte en la ejecución del Don Quijote de Strauss (a quien también acompañaba como soprano, su esposa Paulina de Ahna); a la Patti, hecha una ruina lamentable; a la Nórdica, que dio varios conciertos wagnerianos, y a la Melba, que cantó con la Orquesta Sinfónica de Boston el aria, llena de dificultades de coloratura, de L'allegro, il penseroso e il moderato de Händel.

En teatros vi a Mrs. Fiske en Hedda Cabler; a Ada Rehan y Otia Skinner en The taming of the shrew (La fierecilla domada); a Mansfield en Vieja Heidelberg; a Corona Riccardo en Tierra baja de Guimerá, presentada con el título de Marta of the lowlands; a Maxine Elliot en Her own way, pieza endeble de Clyde Fitch; a William Gillette, en The admirable Crichton, del admirable Barrie; a Eleanor Robson en Merely Mary Ann de Israel Zangwill; a Nat Goodwin en Midsummer night's dream, representado con la música de Mendelssohn, en el teatro New Amsterdam, de estilo art noveau: estrenado entonces, a Arnold Daly, en Candida de Bernard Shaw, cuya boga americana comenzó en esa representación; y a Forbes Robertson en The light that failed de Kipling y en su Hamlet, el Hamlet del siglo XX, como lo ha llamado John Corbin. Vi nuevamente al alemán Ferdinand Bonn en Ricardo III; y antes a Eduard S. Willard, en The middleman de Henry Arthur Jones.

III

1. En marzo de 1904, mi padre decidió que abandonáramos Nueva York, y partimos a Cuba, donde pensaba radicarse. No dejé Nueva York con pena; sentía que la gran ciudad me había enseñado cuanto debía enseñarme y que ahora su enseñanza, moral e intelectual, debía servirme para vivir entre mis gentes. Al salir, recuerdo que vi con curiosidad cómo la metrópoli adquiría a la distancia una tonalidad gris, cómo se envolvía por fin en niebla gris, y cómo desaparecía al fin, perdiéndose entre el color del horizonte.

Tres días después, sintiendo penetrar en mí el calor del trópico, llegamos a la Habana, la cual se ofreció a mi vista llena de color y de luz. Cada casa mostraba un color distinto, y el efecto, en contraste con el gris neoyorkino, me parecía espléndido. Ya en la ciudad, hube de encontrar muchos defectos: los paseos son hermosos, pero la estrechez de las calles y la falta de estilo en los edificios me chocaron como vulgaridades.

2. Mi padre tenía ya en la Habana muchas amistades, y nos presentó a ellas: las principales eran el General Máximo Gómez, nuestro compatriota; la familia de D. Manuel Hierro y Mármol, a cuyas hijas dedicó el eximio gallego Curros Henríquez (residente en la Habana desde hacía largos años) una de sus más hermosas poesías castellanas, si no la más hermosa; la familia Billini, dominicana, una de cuyas hijas Adriana, es pintora, y dirige una academia de arte; el prominente hombre público Dr. Eusebio Hernández; Lola Rodríguez de Tió, la poetisa puertorriqueña, con su esposo D. Bonocio Tió y su hija Patria, casada con el Dr. Fernando Sánchez de Fuentes; el poeta Pichardo, director de *El Fígaro*; y D. Manuel Silveira, jefe de una importante casa comercial. Este ofreció a nuestro padre colocarnos a mi hermano mayor y a mí en la millonaria casa de Silveira y Compañía; y así lo hizo: en esa casa trabajé desde abril de 1904 hasta diciembre de 1905.

3. Mi padre, entre tanto, quería establecerse en la Habana, pero como esto requería gastos no pequeños, decidió ensayar primero Santiago de Cuba, a reserva de pasar más tarde a la capital: lo que hasta este momento no ha realizado. Quedamos, pues, mi hermano mayor y yo en la Habana, dizque provisionalmente en aquella situación; y mi padre partió a Santiago, donde hizo trasladarse a la familia, y con ella a Max, quien había permanecido en Santo Domingo.

Apenas llegó Max a Santiago, fundó una revista con el nombre *Cuba literaria*. La revista era semanaria; de pocas páginas, no muy bien impresa, y sí mal ilustrada; la colaboración seria no abundaba tanto como era de desear, pero la insistencia de Max logró que allí escribieran, con más o menos frecuencia, Lola Tió, Pichardo, Enrique Hernández Miyares, Francisco Díaz Silveira, y otros literatos habaneros. La colaboración de Santiago de Cuba, por supuesto, aunque allí no abundan los escritores, era bastante frecuente; y la de Santo Domingo era bastante numerosa.

Para Cuba literaria comencé a escribir con frecuencia. Antes solo había publicado con intermitencias en los periódicos de Santo Domingo; y, por deferencia a mi padre, El Fígaro de Pichardo había publicado mi retrato, con el de mi padre y el de Max, y un artículo elogioso de Tulio M. Cestero. Escribí algunos versos; ante todo, muchas postales, pues era la época de ellas (aunque ya en postrimerías) y tuve que escribirlas para muchas cubanas y dominicanas, y hasta para algunas argentinas; La Serpentina, que publiqué en Cuba musical con un dibujo modernista de mi compatriota Bienvenido Iglesias; Todo lo que pasa es bello... dedicada a Rosa Anders Causse, joven linda y semi-intelectual, de Santiago de Cuba, a quien traté pocos días en la Habana; unos versos de recordación a una Irene, que conocí en Nueva York en los últimos días de 1903, los versos Hacia la luz, paralelo de pesimistas y optimistas; y el poema Lux, inspirado en un dibujo de Patten Wilson. Pero escribí sobre todo en prosa, y en crítica, algunos trabajos sobre música, como Richard Strauss y La profanación de Parsifal, que publiqué en Cuba musical, revista dirigida por el músico Marín Varona; otros sobre literatura, que publicaba, ya en Cuba literaria de Max (José Joaquín Pérez, Ariel —la obra de Rodó—, Rasgos de un humorista —Bernard Shaw—, el fragmento sobre D'Annunzio como poeta), ya en La Cuna de América de Santo Domingo (Reflorescencia, sobre Gastón Deligne, Sobre la

Antología proyectada por Américo Lugo), ya en La Discusión de La Habana (Pinero, El modernismo en la poesía cubana, La sociología de Hostos). Estos artículos, si en Cuba no eran muy leídos, sí lo fueron en Santo Domingo, donde comenzaron a ocuparse de mí.

4. Pero aquella situación, aunque segura, no me agradaba. Tenía amistades, y ciertas relaciones sociales, pero no me interesaban gran cosa los deberes que me imponían; tuve por primera vez amigos verdaderamente escogidos por mí: dos dominicanos, uno, Bienvenido Iglesias, aficionado al dibujo y algo tímido en sociedad; otro, Romano E. Pérez Cabral, de gran talento pedagógico y juicio atrevido y mordaz, ambos de esas inteligencias que da nuestro país, pero que no las forma ni educa, y que por falta de ciertas ventajas permanecen largo tiempo, a veces siempre, en la sombra. El empleo en la casa de Silveira me tomaba mucho tiempo; y para estudiar algunas cuestiones tenía que pasarme las horas de mediodía y los domingos, a veces íntegros, en la Biblioteca Nacional. No tenía verdaderas amistades literarias, salvo Lola Tió y su familia, a quienes visitaba de tarde en tarde y más social que intelectualmente; Juan Guerra Núñez y un corto grupo de sus amigos (Gonzalo Ruiz Zamora y Gabriel de la Campa eran jóvenes despiertos); y el poeta Pichardo, a quien muy de tarde en tarde veía.

Ya a mediados de 1905, Max decidió salir de Santiago de Cuba, abandonar *Cuba literaria*, y radicarse con nosotros en la Habana. Así lo hizo; y su llegada me relacionó un poco con otros literatos cubanos; hice especialmente amistad con José López Goldarás, versado en cuestiones gramaticales, y Arturo R. de Carricarte, turbulento y audaz.

5. La Habana, por lo demás, como ciudad de mucha actividad social, hubiera ofrecido mayor interés a quien no hubiera visto en todo ello superficialidad incurable. Sus paseos, ciertamente, permiten pasar agradablemente cuantas horas se desee al aire libre; las fiestas son frecuentes, y durante mi permanencia allí vi batallas de flores, luchas de Carnaval, carreras de automóviles, y fiestas sociales. En los bailes y en los teatros, las habaneras son siempre ornamentales. Los teatros solían ofrecer espectáculos y conciertos interesantes: en materia musical, no era mucho lo que se obtenía, aunque sí lo que pretendían los organizadores: una orquesta de menos de cincuenta músicos daba conciertos en los cuales pretendía tocar oberturas de Beethoven; la banda de la Policía, por empeños de su director Tomás, se atrevió a tocar, en una

serie de conciertos históricos, la Muerte y transfiguración de Richard Strauss. ¡Lástima de esfuerzos! El estimable pianista asturiano Benjamín Orbón y el flautista dominico-cubano Emilio Puyans dieron conciertos a los que asistí: a Puyans lo conocí personalmente, por ser su padre residente de Santiago de Cuba y amigo del mío. En ópera, oí a Luisa Tetrazzini, que había enloquecido a la Habana, antes de ser famosa, pero que yo juzgué desde luego inferior a La Sembrich y a la Melba; y más tarde, una compañía en que figuraban Tilda Cavalieri, Fede Fassini, Angelini Fornari, Perelló de Segurola, y otros, a quienes oí Manon de Puccini, La Favorita, y algunas obras más. En cuestión de drama, pasaron por allí Teresa Mariani (Divorgons de Sardou), Italia Vitaliani (Hedda Gabler, Magda, La segunda Mrs. Tanqueray; Come le foglie de Giacosa, La locandiera de Goldoni, Zaza, etc.), Virginia Reiter (La moglie di Claudio, Mme. Sans Gene), la Réjane (Sapho de Daudet, Zaza, Amoureuse de Porto-Riche, La douloureuse de Donnay, Lolotte de Meilhac y Halevy, L'hirondelle de Darío Niccodemi, argentino acompañante de la actriz), y algunas compañías de castellano, especialmente la de Francisco Fuentes, por quien comencé a conocer el teatro de Benavente, los Quintero, y Rusiñol.

Como muestra de la magnitud que alcanzan los actos públicos para la gente de la Habana, recordaré la muerte de Máximo Gómez, a cuyo entierro acudió toda la ciudad, pudiéramos decir: nunca he visto multitud tan enorme.

En cuestiones intelectuales, la juventud cubana da poco de sí; pero entre los viejos hay todavía eminencias indiscutibles y magníficos oradores. Pude oír hablar a tres principales: Sanguily, Montoro, González Lanuza; a D. Enrique José Varona, el primer intelectual de Cuba; y a Alfredo Zayas, y a los Dolz, y a Juan Gualberto Gómez, y a tantos otros.

6. De todos modos, me parecía estrecho campo el de Cuba; detalles de las costumbres y las tendencias cubanas me chocaban, y hacia fines de 1905 mi mayor deseo era salir de allí. Deseaba al mismo tiempo publicar un libro, y reuní dinero y coleccioné trece artículos que publiqué en un folleto de ciento veinte páginas; los asuntos eran: D'Annunzio poeta; Tres escritores ingleses (Oscar Wilde, Pinero, y Bernard Shaw); El modernismo en la poesía cubana; José Joaquín Pérez; Rubén Darío; Ariel (La obra de Rodó); Sociología: la obra de Hostos y La evolución

super-orgánica de Enrique Lluria; La música nueva: la escuela italiana y Richard Strauss; La profanación de Parsifal.

Al fin, vino a decidirme a salir de Cuba el ejemplo de Carricarte, el cual se había ido a instalar a Veracruz como periodista, y nos había escrito pintándonos una brillante situación. Creí en su dicho, y me alisté a partir, sin avisarle a mi padre, quien sabía yo que se opondría. El 28 de diciembre de 1905 me fue entregado mi libro *Ensayos críticos* y el día 4 de enero me embarqué para Veracruz. Ese mismo día había escrito a mi padre comunicándole mi resolución, a fin de que la carta le llegara cuando me encontrara yo en alta mar; así sucedió en efecto, pero mi padre hizo un último esfuerzo telegrafiando a mis hermanos para que impidieran mi viaje si aún no me había embarcado.

67

1. Llegué a Veracruz el 7 de enero de 1906. Gusté del paisaje (la vista del Orizaba nevado) desde el buque, pero la población me produjo impresión desastrosa; no había coches, las calles casi se parecían a las de Cabo Haitiano, las casas eran en su mayoría de aspecto pobre, y en suma, todo el caserío tenía un aspecto de pobreza al cual no estaba yo acostumbrado. Y para colmo, la brillante situación pintada por Carricarte era fantasía; y ni siquiera había gentes con quien tratar de cuestiones intelectuales, pues los periodistas del lugar no son ilustrados y apenas si D. José Luis Prado tiene la ilustración suficiente para que su conversación sea agradable a cualquier persona culta.

Carricarte, además, era todo un tipo; hasta sus amistades eran cosa singular. Para muestra un botón: el poeta colombiano Israel Vásquez Yepes, individuo abandonado y perezoso, a quien Carricarte mantenía. Sin embargo, como por su indicación había ido allí, tuve con él intimidad y afecto; pues sus *rarezas* no las descubrí enseguida.

2. Me resigné, mientras tanto, a vivir con el dinero que tenía (afortunadamente, al salir de Cuba me había hecho un regalo la casa de Silveira y Cía.), y hasta me arriesgué a emprender una idea de Carricarte: la publicación de una Revista crítica. La idea tenía mucho de fantástica, en una ciudad como Veracruz y para un público tan poco crítico como el hispano-americano; pero Carricarte había calculado un costo mínimo, el cual, sin embargo, creció hasta duplicarse; obtuvo un buen número de anuncios en la misma Veracruz, y, apenas estuvo listo el primer número, en la imprenta de El Dictamen, emprendió (y me hizo emprender) una extensa labor de correspondencia: primero, a los periódicos de México, todos los cuales (excepto El Imparcial) dieron cuenta de la Revista en términos elogiosos; luego, a una multitud de personajes tanto de México como de América y aun de Europa. Nuestro atrevimiento llegó hasta nombrar corresponsales, sin previo aviso, y escribirles en seguida rogándoles aceptaran y enviándoles el primer

número: algunos, como Fitzmaurice-Kelly, no contestaron; pero la mayoría aceptó: por ejemplo, Johann Fastenrath, en Colonia; y no se diga de los de Hispano América. Nos dirigimos a Roosevelt, quien contestó por medio de su secretario que le era imposible, en su carácter de presidente, dar opinión sobre una publicación; en cambio, contestaron elogiosamente, en México, Porfirio Díaz como presidente y Justo Sierra como Ministro de Instrucción; y entre las cartas importantes que recibimos, recuerdo las de Charles Leonard Moore, el crítico norteamericano (carta tan hermosa que la tradujimos y publicamos), Rafael Altamira (otra carta no menos interesante, en la cual hablaba de la influencia hispano-americana en España), Enrique José Varona (con valiosos consejos) y Aurelia Castillo de González.

En realidad, si la intención era alta, el periódico dejaba mucho que desear. El artículo-programa, escrito por Carricarte, contenía demasiada divagación; seguía un artículo mío sobre *Cuba* (notas de psicología literaria) en el cual quise sostener que "el espíritu cubano es más filosófico que poético"; y una larga serie de notas, en las cuales Carricarte desparramó elogios a diestro y siniestro. Como a mí personalmente, no me agradaba el sistema de elogios, convine en que desde el siguiente número pusiéramos cada uno nuestras respectivas iniciales al pie de nuestras notas; y así lo hicimos en el segundo número, cuya aparición nos costó no poco trabajo.

3. Mientras tanto, mi libro Ensayos críticos había corrido buena suerte. La prensa de Cuba, si no se ocupó en él como en otros libros cuyos autores tenían allí más amistades que yo, habló de él, sin embargo, lo suficiente; solo un artículo, de un joven Napoleón Gálvez, me trató con cierta sorna por haber concedido demasiada atención a los jóvenes de Cuba en mi artículo sobre El modernismo en la poesía cubana (el articulista se atrevió a llamar a Casal "diamante de doublé"); pero hasta el español Ruy Díaz (Enrique Corzo) a quien se temía por sus críticas gramaticales, afirmó que el libro "haría época en la literatura cubana" (cosa que no ha sucedido, ciertamente). En México sólo hablaron del libro unos cuantos periódicos de importancia secundaria: La Patria, en artículo de Carlos González Peña; El Correo Español, por boca de José Escofet; El Progreso latino, en nota bibliográfica del terrible Ciro B. Ceballos. Lo que más me satisfizo fueron las cartas de estímulo que recibí de algunas personalidades: Ricardo Palma (Lima), Juan Zorrilla

de San Martín (Montevideo), José S. Chocano (desde Madrid), Ricardo Jaimes Freire (desde Tucumán), Numa Pompilio Llona (Quito), José Enrique Rodó (Montevideo), Justo A. Facio (San José de Costa Rica), Gil Fortoul (desde Berlín), y otros. La Academia Española me acusó recibo. En España le consagró un artículo excesivo Andrés González-Blanco (*Luis de Vargas*) en *Nuestro Tiempo*, y otro muy templado, la revista *Cultura española*, dirigida por Altamira. En Hispano America se ocuparon de él *La Quincena* de San Salvador y *El Cojo Ilustrado* de Caracas.

4. Pero, si mi éxito literario parecía asegurado, mi situación económica iba a ponerse complicada. Mi padre me escribió censurando mi partida; pero yo logré convencerle a medias, con razones, sobre todo diciéndole que mi idea no era quedarme en Veracruz, sino pasar a México, y acabó por contentarlo la aparición de la *Revista crítica*. No tenía trabajo al principio; pero antes de terminar el mes de enero, el director de *El Dictamen*, José Hinojosa, que era al mismo tiempo agente del Ministerio público, me encomendó la Secretaría de su cargo, puesto que, aunque mal retribuido, me permitiría gastar menos aprisa el dinero que tenía. A fines de febrero, Carricarte marchó a Orizaba; así es que su compañía solo me duró mes y medio, y luego tuve motivos serios para considerar necesario abandonar la *Revista Crítica* y tratar de lejos a mi antiguo compañero.

Al irse él, Hinojosa me encomendó la redacción de algunos artículos de *El Dictamen*, especialmente las Crónicas de la semana, de las que llegué a escribir seis u ocho; pero la retribución era cortísima, llegó a acabárseme el dinero, y así llegué a encontrarme casi atado al comenzar mi *primera salida*. Sin embargo, nunca me desanimé; recordaba un dicho de Máximo Gómez, el cual aseguraba haberse visto alguna vez, desterrado y sin recursos para mantener la familia, y en esa situación había dicho a su mujer angustiada: "Hemos llegado a la peor situación; como esto ya no puede empeorar, es inevitable que mejore". Durante mi adolescencia, mi temperamento había sido melancólico y me sumía largas horas en tristeza, que en verdad nunca fue motivada, salvo en el año de la muerte de mi madre; pero desde que entré a la verdadera lucha, había visto desaparecer mis tristezas, llegué a preguntarme por qué me entristecía antes, y concebí un optimismo que llevaba yo al extremo en mis escritos. Todavía en Nueva York, en el primer año en

que tuve que ganarme la vida, como no había sentido cambiar radicalmente la situación, no noté que mis estados de ánimo cambiaran; y a fines de 1903, cuando la situación del país dominicano y la mía propia llegaban a verdadera crisis, escribí la *Íntima* dedicada a mi tía Ramona, que es la composición más triste de las mías, más que la alegórica de Mariposas negras. Pero en Cuba, si la lucha material no fue tan dura como algunos momentos de mi permanencia en Nueva York, la lucha contra la estolidez ambiente era mucho mayor; me sofocaba a veces; y sin embargo, nunca tuve allí un momento de pesimismo; tanto en verso como en prosa, me convertí al optimismo más franco, creí en el progreso, en el porvenir de la humanidad, y otras fantasías muy en boga en estos tiempos. En Veracruz mi optimismo tampoco cedió; me hallaba en deplorable situación económica; sin la probabilidad de trasladarme a México, como deseaba; sin deseos de regresar a Cuba, puesto que de allí había querido alejarme, y mi regreso implicaría una derrota, y a falta de un puesto en la Habana, habría tenido que refugiarme con mi padre; no tenía aquí amistades que me estimularan intelectualmente; acababa de tener que desprenderme de una que llegué a estimar; y a pesar de ello, me reía del caso.

- 5. Fue entonces cuando una de esas amistades de quienes no se suele esperar grande ayuda vino a servirme inesperadamente. En *El Dictamen* figuraba como redactor, modesto y empeñoso, un joven cubano, pero ya más bien mexicano, pues desde la infancia residía en Veracruz: Arturo G. Mugica; y éste, cuando yo me hallaba lejos de sospechar tal solución, me ofreció interponer su influencia para que me trasladara a México; escribió a un amigo suyo de la capital, el cual habló al Dr. Luis Lara Pardo, jefe de redacción del poderoso diario *El Imparcial*, y en quince días de gestiones logró que se me llamara a formar parte de esa redacción. Escribí a Cuba pidiendo algunos recursos a mi padre; recibí lo pedido, y emprendí viaje a México, después de haber pasado tres meses y medio, singularísimos, en Veracruz.
- 6. Llegué a México en la noche del 21 de abril. Había viajado de día, por el Ferrocarril Mexicano, y observé la famosa vía, que no me causó el asombro esperado. Obtuve en Veracruz informes para no tener que ir a ningún hotel ni hacer gastos inútiles; y al bajar en la estación, sabía que los tranvías me llevarían al centro; tomé uno de ellos, bajé en la plaza de la Constitución, y de ahí logré encaminarme a una modesta

casa de huéspedes cuya dirección traía. Esa misma noche me dirigí solo al Teatro Arbeu, donde se estrenaba *Buena Gente* de Rusiñol por la Compañía de Francisco Fuentes; quería encontrar allí a personas con quienes había cruzado cartas desde Veracruz, pero nadie supo indicármelas. Al día siguiente, domingo, me dirigí al *Imparcial*; pero recibí encargo de volver al siguiente día. Decidí, pues, pasearme; anduve a pie hasta la Reforma; fui de nuevo al Teatro Arbeu a ver el *Don Francisco de Quevedo* de Florentino Sanz, y por la noche al Hidalgo a oír *Un baile de máscaras* con una modesta Compañía de ópera. Rara vez he sentido tan intensa sensación de felicidad como ese día; si en Veracruz mi mala situación no me había quitado el optimismo, el llegar a México ya en buenas condiciones y sentirme —cosa peculiar— sin lazos con nadie ni más obligaciones que las que habría de imponerme mi trabajo periodístico me producía un placer lleno de tranquilidad.

El lunes 23 entré al *Imparcial*, y en seguida me encomendaron trabajos. Los primeros días estuve a gusto; el trabajo era poco, y las gentes eran amables. Busqué a José Escofet, el joven escritor español que había hablado de mis *Ensayos* y a Carlos González Peña, con quienes hice amistad inmediata; y Escofet me hizo trasladarme a su casa, ofreciéndome que no gastaría más que en la casa de huéspedes donde me instalé la primera noche; así lo hice. Vivía Escofet con su joven esposa y su suegra, mexicanas ambas; la suegra era mujer bastante perspicaz.

7. La peculiar sensación de hallarme desligado hasta de amistades cercanas, y el placer que en ello sentía, me indujeron a no buscar relaciones durante un mes. Mi tío Federico, que había estado en México como delegado de Santo Domingo al Congreso Pan-americano en 1901, me dio cartas para D. Quintín Gutiérrez, comerciante español y Cónsul de Santo Domingo, y para D. Telesforo García, español ilustrado que en su juventud había estado en mi país cuando la re-anexión a España; pero mi trato con ellos fue de pura fórmula. De los literatos mexicanos, tenía noticias inciertas y, después lo vi, inexactas; de los jóvenes, me dieron malos informes.

8. Sin embargo, en *El Imparcial* hube de conocer a Carlos Díaz Dufoo y a Luis G. Urbina; y a fines de mayo me decidí a ensayar conocer el círculo de la *Revista moderna*. Así, un día me dirigí a casa de D. Jesús E. Valenzuela; y de pronto me encontré en medio de la juventud literaria de México. Aquel día estaban allí, junto con Valenzuela y su hijo

Emilio, Rafael López, Manuel de la Parra y el yucateco Álvaro Gamboa Ricalde. Valenzuela me recibió muy bien, y muy satisfacción; me invitó a comer para dos días después, y los literatos jóvenes me invitaron a la nueva revista, fundada por Alfonso Cravioto (entonces en Europa), con el nombre de Savia moderna. Allí estuve al siguiente día; recité y me aplaudieron de manera inesperada; y en suma, al cabo de diez días conocía a los principales literatos jóvenes de México: Rafael López, Manuel de la Parra y Roberto Argüelles Bringas, tres poetas que me parecieron desde luego los más originales; Alfonso Reyes hijo del ex-ministro de la Guerra y candidato a la Presidencia, General Bernardo Reyes; tenía entonces diecisiete años y llamó la atención en el círculo juvenil su Oración pastoral; Ricardo Gómez Robelo, quien me reveló, el primero, a cuanto alcanzaba la ilustración de algunos jóvenes mexicanos, pues me habló, con familiaridad perfecta, de los griegos, de Goethe, de Ruskin, de Oscar Wilde, de Whistler, de los pintores impresionistas, de la música alemana, de Schopenhauer; Antonio Caso, a quien oí un discurso en la velada del centenario de Stuart Mill, discurso que me reveló una extensa cultura filosófica y una manera oratoria incorrecta todavía, pero prometedora; el joven dramaturgo José J. Gamboa; los poetas Nemesio García Naranjo, Luis Castillo Ledón, Eduardo Colín, Jesús Villalpando; y otros jóvenes que rondaban por las redacciones de Revista moderna y Savia moderna con aficiones más o menos intelectuales: Rodolfo Nervo, hermano de Amado; Benigno Valenzuela, Fernando Galván, v los pintores: Gonzalo Argüelles Bringas, Gerardo Murillo, Diego Rivera, Francisco de la Torre, pues Savia moderna acababa de hacer una exposición pictórica no deslucida. También conocí al poeta yucateco Luis Rosado Vega, de paso en la capital, a raíz de la publicación de su libro Alma y sangre.

El que actuaba como secretario de *Savia moderna*, José María Sierra, era un pobre joven consumido por el alcohol (vicio adquirido literariamente, tal vez), y como su gestión era ineficaz, se me propuso ocupara yo su plaza. Temía yo provocar enojos y aparecer como solicitador de un puesto ajeno; pero se me aseguró que ya era resolución definitiva quitar de allí al pobre Sierra, y acepté aquel puesto, que solo me duró tres meses, pues *Savia moderna* murió poco después. En ese período traté de darle forma según mis ideas; pero la colaboración era escasa y poco importante.

Poco después que a los otros jóvenes escritores conocí a Rubén Valenti, que se ocupaba de filosofía, a Juan Palacios, que había publicado un correcto artículo de crítica, sobre Pereda, en *Savia moderna*, y a Jesús T. Acevedo, arquitecto que precisamente en esos días obtuvo el premio en el Concurso para Escuelas Normales, y de quien me hizo estupendos elogios Ricardo Gómez Robelo.

Al entrar yo a Savia moderna, acababa de morir Ibsen, y di la idea de que se hiciera una velada en su honor; se invitó a Salvador Díaz Mirón para que recitara su oda inédita a Ibsen, pero el poeta veracruzano no contestó, y la velada no se llevó a cabo. Poco después ideamos dar comidas íntimas, cuya idea surgió también de una que di a los que me eran conocidos el día de mi cumpleaños, el 29 de junio de ese año: asistieron Gómez Robelo, López, Manuel de la Parra, Emilio Valenzuela, González Peña, Escofet, Castillo Ledón y algunos más; luego dimos una comida, muy concurrida, en el Restaurant de la Paix, en honor de Rafael López, por la poesía que recitó en honor de Juárez, el 18 de julio; y otra al mes siguiente, en honor de Ricardo Gómez Robelo, que acababa de publicar su desafortunado libro de versos, y de Abel C. Salazar, otro poeta joven que regresó de Jalapa con el título de abogado. Pero todo esto terminó al morir Savia moderna

9. Recordaré, de paso, que Ricardo Gómez escribió un artículo sobre mi libro *Ensayos críticos*, que me parece el mejor de los que sobre él se escribieron, aunque no apoya mis ideas (por entonces también escribió sobre mí un artículo muy florido Francisco García Cisneros, desde Milán). Ricardo Gómez era devoto de Schopenhauer y le era intolerable el positivismo. Yo, en cambio, estaba en plena época positivista y optimista; y muchas veces discutimos, sin que yo cediera en mis trece. Con Rubén Valenti también comencé a discurrir sobre filosofía, y él, que leía revistas italianas y gustaba del naciente movimiento pragmatista, me despertó la afición por las nuevas tendencias, que yo veía ya mencionadas en las revistas europeas.

También por entonces llegó a México el escritor panameño Darío Herrera, de cuya llegada me avisó Luis Urbina; fui a verlo, y nos hicimos amigos en los meses que pasó aquí antes de salir para la Habana.

10. Mientras tanto, mi labor en *El Imparcial* era poco trabajosa; pero mi situación comenzó a ser difícil. Escribía lo que me señalaran, ir a buscar noticias a los Ministerios, hacer reseñas de las Cámaras, escribir

trabajos breves de actualidad, hacer crónicas de teatro. En esto último tuve bastante qué hacer, con la Compañía dramática de Fuentes y la ópera de Lambardi (compañía menos que mediana) que estuvo primero en el Teatro Hidalgo y luego en el Orrin, y que estrenó la Germania de Franchetti y el desacato intitulado Chopin de Orefice. Hubo luego conciertos entre sinfónicos y populares en el Teatro Arbeu, con la orquesta del Conservatorio dirigida por el maestro Meneses; se ejecutó la Quinta Sinfonía de Beethoven y varios trozos de Wagner; pero yo preferí desde luego la batuta de Julián Carrillo, a quien vi dirigir una de las Oberturas de Leonora, de Beethoven, y la de Der Freyschutz, en el concierto de presentación de la joven pianista Ana María Charles, discípula del maestro mexicano Luis Moctezuma. Las crónicas de estos conciertos las compartía conmigo Ángel de Campo (Micros y Tick-Tack), el costumbrista, en quien vi una extensa cultura literaria y artística que lo mismo abarcaba lo sajón que lo latino. (Por entonces también conocí a Tablada, a quien tenía desconfianza por lo que de él me contaban; pero lo cierto es que mi amistad con él no me ha producido nunca molestia.) Pero hacia octubre llegó al Arbeu una compañía de ópera en la cual figuraban Demarchi, a quien había oído en el Metropolitan, la contralto Virginia Guerrini, el barítono Magini-Coletti, el joven tenor Pintucci, la soprano Giuseppina Piccoletti, y la joven mezzo-soprano Teresina Ferraris. Esta compañía dio un repertorio muy aceptable: Aida, Rigoletto, Los Hugonotes, Carmen, Bohemia, Tosca, Payasos, Germania, Lohengrin, Sansón y Dalila de Saint-Saëns, Werther de Massenet, La condenación de Fausto de Berlioz (espléndidamente montada), y La leyenda de Rudel, del compositor mexicano Ricardo Castro, recién regresado de Europa. (Sobre esta escribí un artículo que publiqué en El Imparcial firmado "Un diletante"). Coincidió esta Compañía con la de la soprano española María Barrientos, que fue vencida en la lucha, pues el público de México declaró preferir la música contemporánea a la italiana de antes de 1850: la Barrientos cantó Barbero de Sevilla, Sonámbula, Los Puritanos, Lucía, Don Pasquale, la Dinorah de Meyerbeer, Rigoletto.

Precisamente las crónicas de estas funciones fueron el origen de mis dificultades. Rafael Reyes Spíndola, el director de *El Imparcial*, a quien no conocí sino meses después de trabajar en su periódico, tomaba a pechos la cuestión teatral; y tuvo cierto enojo porque no expresé en una de mis crónicas una opinión que él quiso sugerirme, pero que yo

no había entendido; esto aparte de que tiene por norma desconfiar de sus empleados, excepto de aquellos a quienes salva un trato de largos años o una preferencia personal. Estuve a punto de salir de *El Imparcial*, aunque sin saber qué debería hacer; pero permanecí allí gracias a los buenos oficios del Dr. Lara Pardo, si bien con la eterna dificultad presente. Mi trabajo aumentó; llegó a hacerse durísimo: tuve a mi cargo la traducción de noticias del *Mexican Herald*, que se entregaban al *Imparcial* en pruebas de imprenta, en inglés, y había que estar traduciéndolas hasta las 2 de la mañana; y a pesar de ello, todavía se me encargaban noticias que había que obtener muchas veces antes del mediodía. Por último, se instaló una sección de traducciones, para llenar grandes páginas dominicales y algunas diarias; y a ella pasé con Miguel Ordorica, joven ex-militar muy sincero y entusiasta, con quien hice bastante buena amistad.

11. Como a poco de establecerme en México, mi situación pareció hacerse buena, sobre todo en punto de relaciones literarias (al grado de que Carricarte —quien llegó a México poco después que yo, queriendo establecerse, lo que no logró, y cuya amistad esquivé prudentemente—concibiera odios contra mí), mi padre había quedado satisfecho, y luego Max se empeñó en pasar a México. Cuando esto intentó, ya no estaba yo en el caso de hacerme ilusiones sobre mi situación, y así le escribí; pero él rompió con *La Discusión*, el diario habanero donde trabajaba, fue a Santo Domingo, donde presentó un examen final de bachillerato que había dejado pendiente, y regresó a la Habana, y se empeñó en venir a México.

Por fortuna, en México se acababa de fundar *El Diario*, empresa semiextranjera; el director era el diputado Juan Sánchez Azcona. Dije a Max que viniera, y al llegar logró entrar a la redacción de *El Diario*, en situación mucho mejor que la mía en *El Imparcial*.

12. Max me trajo nuevas de Santo Domingo. Desde principios de 1904, los disturbios habían cesado; Carlos Morales, que ocupaba la presidencia con Ramón Cáceres como vicepresidente, había parecido hombre enérgico desde el principio, y su gobierno se sostuvo, aunque con algunas violencias. Pero a fines de 1905 Morales se convenció de que su situación con el partido *horacista*, al que había tenido que afiliarse, era falsa, y se fue del país sin explicar su conducta, Cáceres ocupó el poder pacíficamente, según la ley; y en elecciones posteriores fue

76 Memorias

nombrado presidente. Mientras tanto, el jimenismo había muerto; habían muerto sus caudillos guerreros y sus protectores ricos; quedaba D. Juan Isidro Jiménez, en cuyo nombre ya no era posible intentar otra revolución, y mi padre, cuya actitud nunca podrá servir de bandera a tendencias revolucionarias. El horacismo, pues, quedaba en plena posesión del poder; y la presidencia en manos de Cáceres: al cabo de seis años de muerto Heureaux, el poder venía a manos de su matador, a quien el pueblo había aclamado y coronado de palmas en 1899. ¿No habría sido más lógico que el poder pasara desde entonces a sus manos? Recuerdo que Ulises Heureaux, el hijo del tirano, opinaba alguna vez en lo privado, diciendo a amigos íntimos: Yo comprendo el prestigio de Cáceres; se le enfrentó al hombre; pero ¿de donde le ha salido esta aureola a Horacio Vásquez? Ello es que del mismo Jiménez podría decirse que su aureola era ficticia; su único mérito era haber sido hombre de grandes negocios, hostilizado por Heureaux, y, como adición, haber pretendido derrocar al tirano, desde el año de 1898, en una intentona fracasada. El pueblo, por supuesto, lo aceptó con gusto, pues se le dijo que era el candidato de los hombres que derrocaron la tiranía; y puesto que todos parecían estar de acuerdo, nada mejor podía desearse. Pero luego se vio que el acuerdo era fingido, y que la intriga había sembrado profundamente en el grupo de Vásquez y Cáceres la noción de que a ellos correspondía el poder: lo cual no era del todo falso, dentro de la lógica de nuestras revoluciones. De todos modos, al morir Heureaux y caer sus descendientes, subió Jiménez, subió luego Horacio Vásquez, no pudo sostenerse; los elementos del grupo de Heureaux reaparecieron bajo el gobierno de Woss y Gil; derrocó a este un caudillo improvisado, y, por fin, este se escapa prudentemente para dejar el puesto a quien debió apoderarse de él, acaso, desde el principio. Ello es que desde principios de 1904 hay paz en Santo Domingo; y que desde la partida de Morales esa paz no ha necesitado de violencias para continuar. ¡Gracias sean dadas a los dioses!

13. Max llegó a México en febrero de 1907; y tomamos una casa, en unión de Luis Castillo Ledón y de su hermano Ignacio, en la séptima calle de Soto, en la Colonia Guerrero. Su posición en *El Diario* llegó a parecer brillante; y Sánchez Azcona me hizo también a mí proposiciones para que pasara a aquel periódico. Vacilé un poco, porque *El Diario* era entonces enemigo acérrimo de *El Imparcial*, pero la oferta de Sánchez Azcona me presentaba condiciones muy superiores, y a la

verdad, yo nada debía a *El Imparcial* sino disgustos y exceso de trabajo y mala retribución. Declaré el caso a Reyes Spíndola, quien desde entonces ordenó que mi nombre no se mencionara nunca en su periódico (su disgusto no fue pequeño; aunque al hablar conmigo estuvo muy sereno en apariencia, después dijo que yo lo había *insultado*); para colmo, el Dr. Lara Pardo había salido ya de aquella redacción; y pasé a *El Diario*, pero con la intención, que cumplí, de no escribir en contra de *El Imparcial*; hice el cambio a fines de mayo.

14. Fue aquella una hermosa época de actividad juvenil en México. Un periodista viejo, con pretensiones de crítico y poeta, Manuel Caballero, lanzó al público una Revista Azul, muy mal escrita y con un programa en que se atacaba a los escritores modernistas, pretendiendo así continuar la Revista Azul que dirigió Gutiérrez Nájera: la iniciadora, en México, del movimiento modernista. La juventud se indignó, y organizó un acto de protesta: el 17 de abril, en la tarde, se hizo una procesión desde el jardín de la Corregidora Domínguez hasta la Alameda Juárez; como insignia se llevaba un estandarte con el lema Arte libre, y nos acompañaba la Banda de un regimiento tocando marchas. Al llegar a la Alameda Juárez, dijo una poesía Rafael López, un discurso Max, otro Ricardo Gómez Robelo, y leyó un soneto de D. Jesús E. Valenzuela, Alfonso Cravioto, que ya había regresado de Europa. La procesión fue seguida por una gran multitud estudiantil que vitoreó los discursos. En la noche, se dio una velada en el Teatro Arbeu. Iba a hablar Urueta, y la excitación por oírle era grande. Así es que la música que se ejecutó fue oída sin mucha atención; ni tampoco se pararon largas mientes en el Pax animae de Gutiérrez Nájera, leído por Luis Urbina, ni en los versos escritos para la ocasión por Roberto Argüelles Bringas. Al aparecer en escena Elena Marín, la soprano mexicana (a quien precisamente había atacado Manuel Caballero), radiante de elegancia, hubo un breve suspenso; la soprano cantó con entusiasmo, y con entusiasmo se le aplaudió. Y llegó entonces, por fin, Urueta: no dijo un nuevo discurso, sino que repitió uno pronunciado en honor de Gutiérrez Nájera años atrás; pero rara vez habrá dicho Urueta tan magistralmente. Las ovaciones a cada párrafo hacían estremecer el teatro, lleno de juventud revolucionaria. Por fin, cuando intercaló una frase de desdén para Caballero, aquello alcanzó proporciones de estrépito. Al día siguiente, El Imparcial habló entre mal y bien del acto; elogió mucho a Max, y pidió su discurso para publicarlo, pero Max lo negó, alegando 78 Memorias

no estar conforme con los ataques hechos a nuestros compañeros; otro detalle que enconó el rencor de Reyes Spíndola.

15. A seguidas, nos lanzamos a organizar una serie de conferencias ideadas por el Arquitecto Acevedo. Estas se efectuaron en el Casino de Santa María, en este orden: 29 de mayo, Alfonso Cravioto sobre La obra pictórica de Garriere, de la cual expusimos un conjunto de fotografías parisienses; como complemento, Max tocó el Scherzo 2 de Chopin y recitó Nemesio García Naranjo; 12 de junio, Antonio Caso sobre Nietzsche, con la Señorita Carmen Rebollado y la Señora María Enriqueta Camarillo de Pereyra (la poetisa) como ejecutantes músicales y Manuel de la Parra como poeta; 26 de junio, mi conferencia sobre Gabriel y Galán, con Roberto Ursúa como pianista y una poesía de Luis Castillo Ledón recitada por la Señorita María Mauleón; 10 de julio, Rubén Valenti sobre La evolución de la crítica literaria, con Roberto Ursúa y Max como pianistas y una poesía recitada por Roberto Argüelles Bringas y una de María Enriqueta recitada por María Mauleón; 31 de julio, Jesús T. Acevedo sobre Aspectos de la arquitectura doméstica, Aurelio López como pianista y Abel C. Salazar y Eduardo Colín como poetas; y 14 de agosto, Ricardo Gómez Robelo sobre Edgar Poe, con Aurelio López como ejecutante y Alfonso Reyes como poeta, con una serie de sonetos a Chenier que tuvieron gran éxito.

En nuestra casa dimos varias reuniones y tés con ocasión de las conferencias; el 29 de junio, segundo cumpleaños que pasé en México, la reunión estuvo concurridísima: los quince o veinte literatos del grupo, varios pintores y músicos, y algunas otras amistades. El Dr. Lara Pardo, que concurrió ese día, observaba humorísticamente: "De seguro que ni en Santo Domingo ni en Nueva York tuvo V. un círculo de amigos tan grande". Cravioto e Isidro Fabela (joven de buena posición aficionado a las letras) dieron también sendos tés.

16. Darío Herrera, que había estado en la Habana unos cuantos meses y había sufrido allí un acceso de locura, se empeñó en regresar a México, y Max quiso que viniera a vivir a nuestra casa. Llegó, en efecto, en abril, precisamente el día de un temblor fuerte, y allí estuvo con nosotros hasta la disolución de la casa, después de la cual pasó algún tiempo en México y se marchó por fin a la América del Sur. A principios de julio llegó el poeta colombiano Julio Flórez, a quien Darío se empeñó en llevar a nuestra casa; pero no estuvo allí sino una semana, al cabo de

la cual se fue a vivir a la casa de Ignacio Reyes, joven y rico pariente del General Reyes. En honor de Flórez dimos un té, para el cual nos resultó estrecha la casa, pues no solo concurrieron los amigos de costumbre, sino también otros literatos mayores, como Luis Urbina, Rafael de Alba, Ciro B. Ceballos, Alberto Leduc; y el Cónsul de Colombia, el arquitecto Julio Corredor Latorre, y periodistas, que llevaron fotógrafos... Pocos días después se dio otra fiesta, menos literaria, pero más costosa, en honor de Julio Flórez, en la casa de Ignacio Reyes.

17. Pero esta actividad y esta alegría juvenil sostenida a través de conferencias y reuniones debía cesar bruscamente. El Diario no era lo que creíamos; Sánchez Azcona, como Director, no era más que una apariencia; y a la empresa pareció demasiado gasto el de los sueldos y extras que se nos pagaban a Max y a mí, y decidieron que saliera yo de allí; Sánchez Azcona logró que Max fuera dejado en su puesto. Pero Max renunció inmediata e irrevocablemente, y quedamos los dos sin trabajo. Yo me dediqué a buscarlo en el comercio, y a los tres días obtuve un empleo en la Compañía de Seguros La Mexicana, cuyo subdirector, D. Ramón Sáenz y Botello, me había mostrado estimación desde que me conoció en la casa de Valenzuela, y cuyo director, Emilio Berea, a quien aún no conocía, es cuñado de Isidro Fabela. Volvía, pues, a entrar al trabajo de oficina, con sus horas largas y sus impedimentos. Como mi padre habría querido que yo fuese abogado, y yo mismo comprendía que entre las carreras de estudio era la más adecuada para mí, quise estudiar desde que llegué a México; logré revalidar mi bachillerato, y comencé a asistir a algunos cursos en la Escuela de Jurisprudencia; pero el trabajo de El Imparcial me quitaba el tiempo y no me permitió continuar. Ahora al entrar a un trabajo de oficina se me imposibilitaba más ese deseo. Desde que entré a "La Mexicana", a fines de julio de 1907, no he logrado encontrar otro empleo que me deje libre más horas, a pesar de que me he empeñado en buscarlo; y por fortuna, mi situación ha sido aquí siempre buena, los empleados de las oficinas corteses y reservados, mi sueldo aumentó, mi trabajo no es excesivo y sí independiente y he contado siempre con la buena voluntad del director, aunque el sub-director Sáenz murió a principios de este año 1909.

18. Max, mientras tanto, quiso continuar en el periodismo; no logró nada en México, y aceptó irse como jefe de redacción a *La Gaceta* de

80 Memorias

Guadalajara, periódico de extensa circulación; luego, por temor a ciertas dificultades que amenazaban, aunque no llegaron a presentarse, se trasladó a Monterrey, donde por influencia del General Reyes entró como editorialista del *Monterrey News*, diario con ediciones en inglés y castellano; luego, tuvo un acceso de neurastenia, se creyó enfermo y propenso a la tuberculosis, fue a ver a mi padre a Cuba (en 1908), regresó a Monterrey, pero allí volvió a creerse enfermo y se trasladó nuevamente a Cuba, para pasar varios meses en Santiago, con mi padre, reponiéndose de salud; hasta que hace dos meses decidió volver al periodismo en la Habana, donde se encuentra ahora, en la redacción de *La Unión Española*.

- 19. Nuestra salida de *El Diario*, la partida de Max poco después, y la poca atención que parecieron prestarnos los amigos antes tan asiduos a nuestras fiestas, me produjo cierto estupor moral. Además, ya me había acostumbrado a las comodidades de la casa que era nuestra, y donde vivíamos a gusto; al irse Max, y como la razón de Darío Herrera había comenzado a afectarse de nuevo, y el sostener una casa habría sido más costoso siendo ya menos nosotros, tuvimos que tomar cada cual por su lado; con lo cual me fui yo a vivir al número 5 de la calle de Jesús, donde he vivido hasta ahora.
- 20. El curso de mi vida se ha hecho desde entonces más tranquilo. Sin embargo, a principios de 1908 hubo un suceso sensacional en el cual me tocó figurar. El Dr. Francisco Vásquez Gómez escribió un folleto contra la enseñanza positivista en la Escuela Preparatoria, y los diarios católicos El Tiempo y El País (éste sobre todo) secundaron el ataque. Un grupo de jóvenes, de quienes aparecieron como representantes José María Lozano, Jesús Acevedo y Antonio Caso, organizó una manifestación contra Vásquez Gómez y en honor de Barreda, fundador de la Preparatoria. Se pensó en invitar a Salvador Díaz Mirón para que fuese orador en la ocasión, y al efecto fuimos a buscarlo a Jalapa y Veracruz, Lozano, Acevedo, Gómez Robelo y yo. (Jalapa me pareció deliciosa, con su valle, sus nieblas matinales, su aire fresco y la limpieza de sus casas con frentes de azulejos en los patios; le observaba entonces a Gómez Robelo: "Para nosotros, cualquier viaje es un viaje a Italia". Veracruz estaba algo distinta: asfaltada, con tranvías, y una multitud de urracas estrepitosas en el Parque Ciríaco Vásquez.) Díaz Mirón se negó a hablar, alegando razones de oratoria. Pero la manifestación

se organizó en forma triple, para el domingo 22 de marzo. Se obtuvo la contribución de los hombres del gobierno y de otras personas, y se invitó a las escuelas y a las sociedades del país a que enviaran representantes. Se obtuvo bastante dinero; pero poco contingente de representación. Hubo, no obstante, mucho público. Por la mañana, fui a la Estación del Ferrocarril Nacional, a recibir a Max y a Alfonso Reyes que llegaban de Monterrey. Nos dirigimos a la Escuela Preparatoria, donde debía comenzar la manifestación, y encontramos el gran salón de actos ya lleno de gente, y Ricardo Gómez Robelo diciendo el discurso inicial. A éste seguí yo, y luego habló Alfonso Teja Zabre. Nuestros discursos fueron principalmente literarios y conmemorativos, con algunas críticas incidentales al positivismo. El Dr. Porfirio Parra, emocionadísimo, contestó a nuestros discursos como director de la Preparatoria; y la manifestación partió por las calles céntricas rumbo al Teatro Virginia Fábregas. Allí llegamos a las diez, y comenzaron los discursos ante un público numerosísimo. Habló Enrique Rodríguez Miramón, brevemente; le siguieron, como representantes de diversas sociedades, Alberto Cañas, el profesor Adolfo Olmedo y el Dr. Alonso, de San Luis de Potosí: Cañas, que habló poco, fue aplaudido por cortesía; pero el público allí reunido era despierto y mordaz, y los otros dos desconocidos oradores recibieron burlas: el Dr. Alonso, porque se equivocaba en las pronunciaciones; Olmedo, porque leía lentamente y en voz baja; alguien del público le gritó: "No se oye, padre". La burla debía alcanzar a uno de nuestros compañeros, Rubén Valenti, a quien el temor hizo cometer varios dislates de gesto y voz. En cambio, Hipólito Olea, con un discurso de burlas al clero, fue aclamado, y Alfonso Cravioto, con una brillantísima oración, no fue menos aplaudido. Pero el clou de la fiesta lo constituyeron dos sensacionales discursos políticos, en los cuales Barreda figuró poco, pero recibieron duros ataques sus discípulos como falsificadores de su obra: los discursos de Rodolfo Reyes, hijo del General, y de Diódoro Batalla. Si el de Rodolfo se caracterizó por sus atrevidos ataques a la situación política del país, el de Batalla brilló por una serie de ironías, toscas o finas, dirigidas a todas partes: al régimen colonial español, al clero, a los positivistas, a la política financiera... El público entró en delirio con estos discursos. Salimos del teatro a la una y media; y después de comer, fui con Max al Bosque de Chapultepec. Faltaba la tercera parte, la velada académica de la noche, presidida por Porfirio Díaz: hubo músi82 Memorias

ca de la Orquesta del Conservatorio, dirigida por Meneses; un discurso largo y fácil, pero no profundo, de Antonio Caso, una poesía de Rafael López, y un memorable discurso de D. Justo Sierra: el propio Ministro de Instrucción Pública hacía la crítica del positivismo, sin olvidar hacer mención de Nietzsche.

Al día siguiente, la prensa toda se lanzó en contra nuestra.

Solo quedó ilesa la fiesta de la noche, y uno que otro discurso de la mañana: el de Cravioto, por ejemplo. Los católicos y los positivistas (cuya preponderancia en el gobierno de México es ya antigua) se sintieron atacados, y unos y otros arremetieron a insultos. Yo no recibí sino una grosería de *El Heraldo*, edición vespertina de *El Imparcial. El País* se limitó a encontrar malo mi discurso. Pero lo que más interesaba eran los ataques de Rodolfo y Batalla; y por desgracia, la actitud del primero, que se lanzó a explicar y atenuar su discurso en cartas, quitó mucho prestigio a la manifestación.

- 21. En esos mismos días se organizó una segunda serie de conferencias, ahora en el Teatro del Conservatorio Nacional. Fueron una profunda y brillante de Caso sobre Max Stirner; una de Max sobre *La influencia de Chopin en la música moderna*; una de Genaro Fernández MacGregor sobre *D'Annunzio* y una, menos que mediana, de Isidro Fabela sobre *Pereda*. En esta ocasión suprimimos a los poetas, pero dejamos el número musical: los ejecutantes fueron la Señorita Alba Herrera y Ogazón, Roberto Ursúa y Manuel Tinoco. Max pasó entonces cuatro días en México: llegó el día de la manifestación, y dijo su conferencia al miércoles siguiente.
- 22. En orden a espectáculos, durante mi permanencia en México he podido ver, además de los consuetudinarios, como la Compañía dramática de Virginia Fábregas, que estrena obras españolas y francesas, los conciertos de la Orquesta del Conservatorio, en los que se han ejecutado las sinfonías V y Heroica de Beethoven, la Patética de Tschaikowski, y algunos oratorios, algunas compañías extranjeras: la de María Guerrero,487 en obras del teatro clásico español, la de Novelli y la de Mimí Aguglia; el Cuarteto Bruselas, que da ahora su segunda temporada de México; y algunos ejecutantes, como los pianistas Josef Hofmann y Josef Lhevinne y los violinistas Fritz Kreisler y Willy Burmester.

23. He escrito en México menos que antes. Al principio, escribí bastante en Savia moderna y otros periódicos. Después he tenido períodos de poco producir: mis principales artículos han sido en 1906, Edith Wharton; en 1908, La Catedral, escrito a propósito del proyecto de ponerle la torre que le falta a la Catedral de Santo Domingo (lo escribí por instancias de mi primo Enrique Ap. Henríquez, Phocás, quien estuvo en México durante abril y mayo de ese año, por el solo deseo de pasar algún tiempo conmigo y conocer a la juventud mexicana, que le inspiró afecto entusiasta), y Galaripsos, sobre el libro de versos de Gastón Deligne; en este año, un extenso artículo de la comprobación de cómo abundó el endecasílabo de corte provenzalesco en la versificación castellana, una nota sobre Nietzsche y el pragmatismo, y un artículo sobre el feminismo, a propósito del libro de un Sr. Romera Navarro. He publicado también un ensayo de tragedia al antiguo modo griego; casi todo va en la Revista moderna y al mismo tiempo lo hago publicar en Santo Domingo, en la Cuna de América, salvo algún artículo, como Genus platonis, sobre Alfonso Reyes (1907), que salió en el Listín Diario.

24. En 1907 tomaron nuevos rumbos mis gustos intelectuales. La literatura moderna era la que yo prefería; la antigua la leía por deber, y rara vez llegué a saborearla. Pero, por la época de las conferencias, mi padre había ido a Europa, como delegado de Santo Domingo a la conferencia de La Haya; y le pedí me enviara una colección de obras clásicas fundamentales y algunas de crítica: los poemas homéricos, los hesiódicos, Esquilo, Sófocles, Eurípides, los poetas bucólicos, en las traducciones de Leconte de Lisle; Platón, en francés, la Historia de la literatura griega de Otfried Müller, los estudios de Walter Pater (en inglés), los Pensadores griegos de Gomperz, la Historia de la filosofía europea de Alfred Weber, y algunas otras. La lectura de Platón y del libro de Walter Pater sobre la filosofía platónica me convirtieron definitivamente al helenismo. Como mis amigos (Gómez Robelo, Acevedo, Alfonso Reyes) eran ya lectores asiduos de los griegos, mi helenismo encontró ambiente, y pronto ideó Acevedo una serie de conferencias sobre temas griegos: serie que hasta ahora no se realiza, pero que nos dio ocasión de reunimos con frecuencia a leer autores griegos y comentadores. Hice entonces una bibliografía extensa sobre Grecia, para obtener los libros principales; y en poco más de un año, comprando aquí mismo libros o encargándolos a Europa o a los Estados Uni84 Memorias

dos, he completado mi colección de autores griegos y aumentado la de latinos, y he conseguido la Historia de Grecia de Curtius, la Historia de la literatura griega de los Croiset, el Pour mieux connaître Homère de Bréal, la Historia de la filosofía de Windelband, La teoría platónica de las ciencias de Elie Halevy, y otras obras especiales, amén de las obras en que extensamente o de paso tratan de Grecia Lessing, Goethe, Schiller, Hegel, Schopenhauer, Heine, Nietzsche, Matthew Arnold, Ruskin, Oscar Wilde, Renan, Taine, Fouillée. Mis amigos también se han dedicado a reunir obras semejantes; Perrot y Chipiez, Collignon, Cox, Henri Weil, Jules y Paul Girard, Couat, Gilbert Murray, Andrew Lang, y otros más. Hasta ahora, sólo hemos hecho con estos elementos una fiesta griega: el 25 de diciembre celebramos el nacimiento de Dionisos, en la casa de Ignacio Reyes, con un ensayo de tragedia mío, al modo de Frínico, *El nacimiento de Dionisos*, y un coro de sátiros de Alfonso Reyes: hubo luego palabras improvisadas por Caso y Valenti. Agregaré que desde hace un año estoy traduciendo y publicando por entregas en la Revista moderna el libro de Estudios griegos de Walter Pater: primera traducción castellana de una obra suya. 25. En el orden filosófico, he ido modificando mis ideas, a partir, también, del mismo año 1907. Mi positivismo y mi optimismo se basaban en una lectura casi exclusiva de Spencer, Mill y Haeckel; las páginas que había leído de filósofos clásicos y de Schopenhauer y Nietzsche no me habían arrastrado hacia otras direcciones. Sobre todo, no trataba yo sino con gentes más o menos positivistas, o, de lo contrario, creyentes timoratos y anti-filosóficos. El positivismo me inculcó la errónea noción de no hacer metafísica (palabra cuyo significado se

bién, del mismo año 1907. Mi positivismo y mi optimismo se basaban en una lectura casi exclusiva de Spencer, Mill y Haeckel; las páginas que había leído de filósofos clásicos y de Schopenhauer y Nietzsche no me habían arrastrado hacia otras direcciones. Sobre todo, no trataba yo sino con gentes más o menos positivistas, o, de lo contrario, creyentes timoratos y anti-filosóficos. El positivismo me inculcó la errónea noción de no hacer metafísica (palabra cuyo significado se interpretó mal desde Comte); y a nadie conocía yo que hiciera otra metafísica que la positivista, la cual se daba ínfulas de no serlo. Por fortuna, siempre fui adicto a las discusiones; y, después que los artículos de Andrés González Blanco y Ricardo Gómez Robelo me criticaron duramente mi optimismo y mi positivismo (el del libro *Ensayos críticos*), tuve ocasión de discutir con Gómez Robelo y Valenti esas mismas ideas; las discusiones fueron minando en mi espíritu las teorías que había aceptado. Por fin, una noche a mediados de 1907 (cuando ya el platonismo me había conquistado, literaria y moralmente), discutíamos Caso y yo con Valenti: afirmábamos los dos primeros que era imposible destruir ciertas afirmaciones del positivismo: Valenti alegó que aun la ciencia estaba ya en discusión: y con su lectura de revistas

italianas nos hizo citas de Boutroux, de Bergson, de Poincaré, de William James, de Papini... Su argumentación fue tan enérgica, que desde el día siguiente nos lanzamos Caso y yo en busca de libros sobre el anti-intelectualismo y el pragmatismo. Precisamente entonces iba a comenzar al auge de éste, y la tarea fue fácil. En poco tiempo, hicimos para nosotros la crítica del positivismo; compramos James, Bergson, Boutroux, Jules de Gaultier, y una multitud de expositores menos importantes, de los que pululan en la biblioteca Alcan; volvimos a leer los maestros: Caso poseía desde entonces una biblioteca bastante completa de filósofos; yo me dediqué a obtener, en Europa, en los Estados Unidos, en México, y hasta pidiendo algunos libros de la biblioteca de mi padre, las obras maestras de la filosofía moderna. Bacon, Descartes, Pascal, Leibniz, Spinoza, Kant, Hegel, Fichte, Schelling, Schopenhauer, hasta Comte. Pero hasta ahora tampoco he producido con estos elementos sino uno que otro trabajo, como el de Nietzsche y el pragmatismo.

Antes de 1907, mis amistades en México no eran íntimas; trataba con relativa intimidad a Escofet y a Carlos González Peña, y frecuenté bastante la casa de D. Jesús E. Valenzuela, así como alguno de los jóvenes escritores de *Savia moderna*, principalmente Gómez Robelo, Acevedo, Valenti y Castillo Ledón. A partir de mediados de 1907, un tanto decepcionado, pensé que era mejor circunscribir mi grupo; el resultado fue una intimidad mayor con Alfonso Reyes, que fue el más adicto a nosotros después de la disolución de nuestra casa, luego con Acevedo y por último con Caso. Llegamos a formar un trío Caso, Alfonso y yo, y durante todo el año de 1908 y la primera parte de este, la casa del primero fue el centro de nuestra reunión y nuestras disquisiciones filosóficas y literarias.

La amistad con Caso debía, sin embargo, llegar a alterarse. Desde principios de este año, la política de México es un mar de leva; mientras los adictos al gobierno y al partido *científico* trabajan por la reelección de Porfirio Díaz y de su vice-presidente Corral, ha surgido un corto partido de oposición que se llama anti-reeleccionista, y ha cobrado inusitado auge el partido del General Reyes. Los reeleccionistas han formado clubs, fundado periódicos, organizado excursiones; y una de sus manifestaciones primeras fue la postulación, el día 2 de abril, de sus candidatos Díaz y Corral. Caso se dejó atraer por el Maquiavelo del

86 Memorias

partido científco, Rosendo Pineda, y accedió a ser orador en la velada del 2 de abril, y a ser director del semanario La Reelección. Antes de aceptar estos cargos, me consultó; yo le recomendé que se abstuviera de ellos, y en mi presencia llegó a redactar una carta de renuncia; pero no se atrevió a enviarla, y aceptó ambas cosas. La opinión de los independientes le fue desfavorable; no se diga la de las revistas. Yo, por mi parte, le había aconsejado independencia absoluta; es decir, continuación de sus actitud anterior, pues Caso había pronunciado varios discursos ante Porfirio Díaz y se había distinguido por no haber hecho ninguna alusión elogiosa a él, como la mayoría de los oradores, y además, en lo privado, se manifestaba siempre enemigo del actual orden de cosas, aunque en manera alguna partidario de Reyes. Esta flaqueza de Caso me hizo entibiarme con él. Por lo demás, la renuncia a la dirección del periódico tuvo que presentarla después de haber aparecido su nombre allí durante algunas semanas: porque Ramón Prida, el socio de Pineda, escribió un artículo contra Diódoro Batalla, para publicarlo anónimo en La Reelección, Caso quiso que se suprimiera un párrafo insultante del artículo, y así se le prometió; pero a escondidas se hizo imprimir el artículo íntegro. Ante esta conducta, Caso se vio obligado a renunciar; iy todavía Pineda le dijo que hacía mal! Ahora ha comenzado Caso a dar una serie de conferencias en la Escuela Preparatoria, sobre la historia del positivismo.

En esta situación política, por supuesto, no tengo lazos algunos. Soy siempre amigo íntimo de Alfonso Reyes; pero la mayoría de mis amigos son o independientes o empleados del gobierno, por lo cual algunos se muestran sus adictos. Los reyistas son pocos, pues no es en las clases intelectuales donde más florece este partido, sino entre la clase media comercial y en el pueblo obrero y el ejército. Claro está que algunos me señalan como necesariamente *reyista*, por el simple hecho de mi amistad con Alfonso y en parte con Rodolfo; pero estoy tan lejos de gustar de este partido como de encontrar bueno el otro.

Mis amistades literarias con el exterior no han ido en aumento. En 1906 llevaba una correspondencia activa con muchos literatos de América y aun de España; pero esto me cansó pronto. He conservado, sin embargo, relaciones con García Cisneros, quien me escribe con largas intermitencias y a veces muy seguido, desde los más diversos puntos de Europa; adonde va según las contratas de su mujer Eleonora: Lon-

dres, Berlín, Lisboa, San Petersburgo, París, Milán; con Francisco García Calderón, joven pensador peruano, amigo de los pragmatistas, residente en Londres, quien me tiene siempre al corriente de muchas novedades filosóficas; y más de tarde en tarde, con Manuel Ugarte y con José Enrique Rodó. De este hicimos publicar el Ariel, pidiendo al General Reyes que costeara la edición, en carta firmada por Caso, Acevedo, Gómez Robelo, Cravioto, Rafael López, Valenti, Max y yo. La edición estuvo lista a principios de 1908, en Monterrey; tuvo gran éxi-to, y en la Escuela Preparatoria fue leído a los alumnos, y el director Porfirio Parra ordenó otra edición. Posteriormente, he recibido libros enviados por Marinetti, el inventor del futurismo literario, y del portugués Eugenio de Castro, quien respondió con el envío de su Fonte do Satyro a los ejemplares que le envié de la Revista moderna conteniendo su drama de asunto helénico El anillo de Polícrates y mi ensayo de tragedia El nacimiento de Dionisos.

Agosto 5 de 1909. Durante el mes y días transcurridos desde que escribí las anteriores notas han ocurrido mil sucesos. Esperaba yo que a partir de este nuevo año fiscal obtendría por obra de mis amigos, según me habían prometido, algún puesto que me concediera más tiempo para el estudio, y aun para el estudio de una carrera. Pero el mes transcurrido ha deshecho toda esperanza. Por primera vez desde hace más de quince años, hubo déficit en el Presupuesto del Gobierno de México; y ascendió, según se dice (aún no se publica), a 18 millones o más. De ahí que muchos puestos gubernativos que iban a crearse se hayan suprimido. El historiador González Obregón iba a ocuparse en reorganizar el Archivo, y esperaba poder ocupar yo el puesto que dejaría, la dirección del Boletín de la Biblioteca Nacional, puesto que tuvo antes Luis Castillo Ledón cuando vivía con nosotros en Soto; pero se dejó para más tarde la reorganización del desmantelado Archivo. Supe, aunque no por él mismo, que Antonio Caso habló con D. Justo Sierra para que se me diera la Secretaría de la Nueva Escuela Superior Nocturna, la cual él dirige; pero D. Justo alegó que ya se le había recomendado a Juan Ruiz Esparza, joven que acaba de recibir su título de abogado, y que, siendo éste mexicano, tenía que darle la preferencia. Luis Urbina me ofreció encargarme de un trabajo literario oficial: la selección de poesías y artículos mexicanos escritos durante el siglo de independencia, para formar una antología que apareciera en el Centenario; pero es de suponer que este gasto no se haga, puesto que se economiza en otros más importantes. Y mientras esto sucede en México, en Santo Domingo las cosas no nos son más favorables. Se había hablado de que darían a mi padre la Legación en París, que se acaba de crear; aunque él no pertenecía al partido que ahora gobierna, estando ya realmente extinto el jimenismo y poseyendo él dotes especiales para el caso, se consideraba justa la designación. Pero precisamente el gobierno de Cáceres acaba de atravesar una crisis política; hubo intentona revolucionaria, que logró sofocar pronto, y además un grupo de los que gobiernan

está en disensión con el Presidente. De ahí que se juzgara prudente darle al jefe de la facción, Leonte Vásquez, el puesto diplomático recién creado, para así tenerlo lejos y grato. Aquí sin embargo, recibí una oferta que parecía capaz de aclarar mi situación. Se ha fundado una revista, bajo la dirección de Manuel Puga y Acal, para apoyar la política reeleccionista, tratando de atraer al público con el material literario, científico y comercial; y se me propuso, por indicación de Carlos Pereyra, que me encargara de la sección literaria, sin responsabilidad alguna en el orden político, prometiéndoseme además conseguirme una clase u otro empleo cómodo del gobierno. En apariencia, no me resultaba ningún compromiso; la Revista Universal iba a ser seria, yo no tenía que tocar en nada a la política, ganaría el doble de lo que ahora gano, tendría doble tiempo... Pero yo imaginé que bien pronto surgirían las imposiciones. Un día que hiciera falta un orador, sé que no habrían tenido escrúpulo en exigirme que saliera en excursión política, pues no cuentan con bastante gente para tales empresas y a un periodista extranjero (Diógenes Ferraro) lo hicieron intervenir de manera poco honrosa en la chismografía política. Esto, sin contar con la posición un tanto equívoca que resultaría de ser yo amigo de Alfonso Reyes y trabajar en un periódico que ataca a su padre; pero yo habría sabido aclarar este punto y me habría decidido a aceptar el cargo si hubiera estado seguro de que me dejaban en absoluta libertad. Más tarde, he visto que acaso las ventajas no eran tantas; es cierto que en la Revista Universal hay dinero, pero el periódico, aunque serio, es insulso, y nadie lo compra, y en cuanto al empleo gubernativo, dudo que se me hubiera dado alguno, vistas las suspensiones ordenadas por el gobierno.

Así, no me queda más recurso que continuar trabajando como empleado de oficina, por ahora; y escudriñando a ver qué puede hacerse en orden a mejora.

La política mexicana sigue agitadísima; tras los motines del *reyismo* en Guanajuato y Guadalajara contra los oradores reeleccionistas, el gobierno ha comenzado a tomar medidas preventivas que ya se van dirigiendo contra el mismo General Reyes. No se habla sino de política; y el carácter mexicano está perdiendo sus pocas ventajas, de las cuales la mayor era su serenidad.

Agosto 6. Estuve anoche en la casa de D. Jesús Valenzuela, quien sufrió un nuevo ataque cerebral, el cuarto desde fines de 1905, fecha desde la cual ha ido decayendo mentalmente. Hace ya una semana del ataque, y ya ha mejorado bastante, aunque no puede hablar todavía. Cosa curiosa: nunca ha sido Valenzuela tan literario como lo es desde su enfermedad. De joven escribió mucho y estudió bien; pero fue siempre un temperamento desordenado, y así como derrochó sus millones desaprovechó su talento. Siempre ha sido incorrecto, y, en general, mediano poeta; sólo unas cuantas poesías suyas pueden recordarse y aun guardarse en las antologías de América, que nunca podrán ser impecables. En verdad, ha tenido más talento en la conversación y en los gestos de su vida que en sus obras literarias. Era inagotable en chistes, se cuenta; y todavía hace tres años divertía grandemente; así mismo era original en opiniones y despreocupado para el dinero, aun en estos últimos años que ha vivido arruinado. Antes de enfermar, publicó su único libro de versos que puede leerse con gusto, Almas y Cármenes; después de la enfermedad publicó otros dos, desastrosos, Lira libre y Manojo de rimas, y ahora estaba escribiendo sus Memorias, que me encargó le hiciera copiar. Estas memorias, escritas en mejor condición mental, habrían sido interesantísimas, originales y chispeantes; pero ahora han resultado pueriles y confusas.

En la casa había reunión política juvenil; Emilio Valenzuela ha organizado un club corralista, con el cual quiere hacer campaña serena, pues la prensa gobiernista, por lo común, ha adoptado el sistema del insulto y la befa para el reyismo, el cual contesta en términos parecidos por boca de algunos de sus órganos. Yo, por supuesto, me abstuve de acercarme al lugar de la reunión, y tuve que ponerme a conversar con los parientes que atienden a D. Jesús. Allí estaba la singular Josefa Valenzuela, casada en segundas nupcias con un campesino, después de haber coqueteado con medio Parnaso mexicano. Toda la familia Valenzuela parece haber sido rara; dicen que eran doce hermanos, y de ellos uno murió loco, otro se suicidó, y quien sabe qué fin tendrían los otros. Aunque la esposa de D. Jesús, Juana González, fue mujer de gran seriedad, según opinión de todos los que la conocieron, tampoco la rama González brilla por su cordura. La extravagancia de carácter de Emilio y de su hermano Pepe, que se suicidó hace pocos meses, no deriva sólo de los excesos de su padre, sino también de todo el desequilibrio de ambas ramas; pero hay que tomar en cuenta no menos la ineducación

en que los dejó su padre. Tiene D. Jesús otros tres hijos, varones y menores; como estos han crecido en tiempos de ruina, el padre ha pensado un poco más en su suerte, y los ha hecho educar, en parte en los Estados Unidos, en parte aquí, donde asisten a las escuelas oficiales: estos, aunque adolescentes, son juiciosos.

Hoy aparece en los periódicos la noticia, no segura todavía, de que el General Reyes abandonará el gobierno de Nuevo León y será nombrado Presidente de la Suprema Corte de Justicia militar, en la Capital. A sustituirlo en Monterrey dicen que irá el General José María Mier, actual sub-secretario de Guerra; a quien había precedido ya el viejo General Jerónimo Treviño, enemigo de Reyes, enviado como jefe de las armas en la frontera Nordeste, como para prevenir contra cualquier movimiento del candidato popular. Esto, a pesar de que Reyes publicó una carta larguísima, dirigida a los clubs reyistas que le pedían que hablara, manifestando que por secundar la política de orden iniciada por su jefe Porfirio Díaz y por atender a lo que este mismo le manifestaba en cartas personales, apoyaría la candidatura oficial, la de Corral, y les recomendaba acataran el deseo del presidente; aunque al final decía que no le era posible impedirles que pensaran y obraran como quisieran.

De Santo Domingo recibí hoy una carta de mi tía Ramona, fechada el 21 de Julio. Me dice que mi padre estuvo en esos días en Santo Domingo, adonde fue a dejar a Lico Rodríguez, marido de mi prima Clotildita, quien había ido a verle a Santiago de Cuba para someterse a su curación pero parece encontrarse ya sin remedio. Se confirma la no consecución del puesto en Europa. Mi tía opina que acaso sería lo mejor volver a Santo Domingo, como alguna vez lo he pensado y lo piensa también ahora mi padre; o si no, trasladarme a la Habana, donde viven mi hermano mayor y casado y también Max, que ha obtenido excelente posición en los periódicos habaneros. (La lucha, donde reemplazó a Valdivia, y El Fígaro.)

Mimí Aguglia se despidió anoche de México. No estuve en la función. Su arte elemental, aunque a veces intenso, me cansó, y concurrí a muy pocas de sus últimas funciones; además, el repertorio se iba haciendo intolerable por lo brutal y lo poco variado. Su principal interpretación es la Iana de *Malía*, obra de Luigi Capuana que representa siempre para iniciar las temporadas. Gusta en momentos de *La figlia de Iorio* de

D'Annunzio; pero no hace gran cosa en Cavalleria Rusticana. Lo demás vale poco la pena de verse.

Agosto 11. Estuve anoche a visitar a Carlos Pereyra, que parte esta semana para Washington, donde formará parte de la Legación Mexicana. Su mujer, la poetisa María Enriqueta, no estuvo presente, a causa de indisposición. Pereyra estuvo agradable en su conversación, aunque no tan buen humorista como otras veces: se muestra contento por su viaje (hasta ahora nunca había estado fuera de México, sino según creo, en el Sur de los Estados Unidos); hablamos de autores ingleses y americanos: de Jane Austen, de Emily Bronté, de Bernard Shaw, de Mark Twain, de Gilbert Chesterton. No conozco otro mexicano cuvo conocimiento de la literatura inglesa lo ponga tan "at home" en ella, indicándole los "cozy corners". Ángel de Campo (Micros), que murió hace más de un año, era quizás el único que conocía esos aspectos interiores de la literatura inglesa y norteamericana. Hay aquí muchos fervorosos del espíritu inglés (Gómez Robelo, Acevedo, Genaro Fernández, y demás) pero sus lecturas nunca salen del círculo de los grandes idealistas: Shelley, Keats, Carlyle, Ruskin, Pater, Wilde, Swinburne, Edgar Poe, Emerson. Pereyra es sin duda uno de los mexicanos de más variada cultura; además, una de las inteligencias más perspicaces; pero hay en él no sé qué desequilibrio que lo trunca todo. Ha escrito mucho, y no ha hecho una *obra*; sus libros históricos, o han sido polémicos, o de texto; sus otros escritos han sido siempre cortos, ocasionales, y no creo que de ellos pueda formarse un todo armónico. Parece que sufre cierta debilidad mental, a la que le he oído aludir, refiriendo una prohibición médica de trabajo excesivo; pero lo más visible en él es la debilidad de carácter. En lo privado, es el hombre de ideas más libres; pero en público es a la vez timorato e imprudente; ello es que su carrera pública presenta una serie de contrasentidos. Podría decirse que su escepticismo crítico, que a todo se aplica, lo incapacita para la acción; no porque el escepticismo incapacite necesariamente, pues hay escepticismos activos, pragmáticos, sino porque el suyo es exclusivamente analítico, atomizador, y hace presa en una voluntad débil. Anoche comentaba con verdadera fruición el librito de Loriaux, La autoridad de los Evangelios, declarando que nada cierto sabíamos de Jesús; no menos gusto le daba recordar todos los indicios que hacen creer que Shakespeare, el residente de Stratford-on-Avon, no haya sido el autor de las obras que se le atribuyen. Por supuesto, que no es baconiano; le

basta saber que probablemente sea imposible averiguar el nombre del verdadero autor de las obras shakesperianas; si, al contrario, se demostrara que son de Bacon, esto le mortificaría: ya está encariñado con la negación absoluta.

Agosto 12. Corren rumores desde anoche de que en la capital del Estado de Coahuila, Saltillo, hay motines de carácter revolucionario, originados por el hecho de que Porfirio Díaz enviara al viejo General Treviño a pedir al Gobernador Cárdenas que renunciara a su puesto. Desde el principio pensaron los avisados que el envío de Treviño como jefe de la Zona militar en los Estados de Nuevo León, Coahuila y Tamaulipas, para contrarrestar los efectos del reyismo, no era medida tan hábil como parecía y como pregonaban los gobiernistas. El Gobernador Cárdenas estuvo en México y declaró a los periodistas que Treviño había ido a pedirle su renuncia, en forma de licencia, para poner en Coahuila autoridades anti-reyistas; y que él, en vez de pedir licencia, había venido a hablar con Díaz sobre su renuncia formal. Ayer llegó de regreso al Saltillo. No se sabe qué ocurre. El Imparcial dice en editorial de hoy que la renuncia de Cárdenas convenía para evitar desórdenes. ¿Evitar?

Agosto 24. La cuestión política presenta apariencia de calma; pero la realidad sigue siendo la misma: agitación. Se ha llenado de tropas todo el Norte, y se tiene cercado al general Reyes; en Coahuila se impuso al fin el cambio de gobierno ordenado por el centro, y no llegó a haber verdaderos disturbios: las noticias de motines resultaron erróneas; en Sinaloa se hizo el *chanchullo* electoral para declarar electo al candidato oficial, Diego Redo, aunque el pueblo se atrevió a votar, y se asegura que en votos efectivos hubo mayoría para el oposicionista Ferrel (periodista de combate sin otros títulos al de ejercicio de un gobierno); pero en Yucatán ha comenzado otra agitación por las elecciones de gobernador. Puede esperarse que cada elección de Gobernador de Estado implicará oposición ruda a los deseos del gobierno federal. El General Reyes sobrelleva con extraordinaria paciencia las medidas y los ataques que contra él dirige el gobierno; su situación es enigmática; fuera de México y de las peculiares contradicciones que hacen que aquí todo se realice teniendo como condición a Porfirio Díaz, sería inconcebible.

Se comenta ahora un discurso del General de Brigada Félix Díaz, pronunciado en la noche del sábado último para cerrar las conferencias de la Asociación del Colegio Militar. Asistió Porfirio, y el sobrino dijo frases significativas: indicó que su obra sólo duraría lo que su vida; que en México no habría guerra extranjera, ni tampoco revolución, porque no había nadie capaz de oponerse a la voluntad del pueblo, la cual triunfaría... Se comenta con extrañeza el discurso; pero parece que los antecedentes de Félix Díaz, son suficientes para justificar su despego para su tío: la conducta dudosa de éste con su padre, el General Félix Díaz; las ambiciones personales; la liga con el ejército actual; y por último, la amistad con Rodolfo Reyes, que ha intervenido en negocio suyo importante. El hecho de que el discurso se haya publicado en *México Nuevo*, y no en la prensa oficiosa, es significativo. Además, supe por Acevedo, el arquitecto, que en una entrevista que tuvo con Félix Díaz, este le instó a trabajar en pro de Reyes.

Agosto 25. Estuve anoche en una reunión en casa de Marcelino Dávalos, el dramaturgo, que acaba de regresar de Quintana Roo, donde era secretario del jefe militar. Concurrió todo el grupo de los catecúmenos de Carlos González Peña y Luis Castillo Ledón; catecúmenos admirativos, pues por fortuna no se lanzan a producir, contentándose con concurrir a toda manifestación que juzguen artística. Son, por supuesto, gentes de gustos medianos, que se entusiasman con Tina di Lorenzo y Mimí Aguglia; y cuyas lecturas se orientan por el gusto de Carlos en el sentido de la novela realista francesa. En general, no tienen personalidad marcada en ningún sentido, y de ninguna cosa medianamente difícil (cuestiones sociales, políticas, mucho más las intelectuales) se atreven a opinar sino apoyando opiniones ya expresadas. En política mexicana, por supuesto, todos tienden al oposicionismo y aun al revismo. No sé si esta unificación de pareceres y de modestias ha sido causada por la larga influencia de Carlos y Luis, a la cual se suma la de Marcelino Dávalos, cuando éste se halla aquí: tres influencias que concurren en el mismo sentido, exclusivismo en la literatura realista y aplauso indiscriminativo a la música alemana y a toda música que no caiga en la populachería de la ópera italiana, antigua y contemporánea. No estuvo en la reunión Luis Castillo, pero en cambio estuvo Escofet, a quien encuentro ahora libre de cierto prejuicio anti-hispano-americano que antes pervadía todo su hablar. Escofet tiene menos talento creador que Carlos, o tal vez menos capacidad de trabajo sostenido;

pero en orden a gusto es mucho más amplio: entre él y Carlos se nota la diferencia que existe siempre, en igualdad de condiciones, entre el europeo y el americano. Diríase, también, que la libertad en el orden familiar ha influido favorablemente en el carácter de Escofet: cuando yo lo conocí, vivía con su mujer y su niña y su suegra; la preocupación de la familia la tenía siempre encima; pero como ahora, aunque son mexicanos, envió a las dos mujeres y a la niña a Barcelona, con el fin de que la esposa se curara de la vista, la antigua preocupación se ha convertido en obligación de enviar dinero; y como, por fas o por nefas, ni él ha logrado marcharse a España ni ellas volver a México, y además ha comenzado a ganar más dinero, su situación resulta bastante holgada y sobre todo libre: ibuenas razones para recobrar el buen genio!

La casa de Marcelino Dávalos, en la colonia Guerrero en que tuvimos Max y yo nuestra casa con los Castillo, y donde estos han vuelto a vivir, es un coin curioso. Dávalos, que goza de poco prestigio entre la juventud exigente de México (Gómez Robelo, Acevedo, Caso, y demás), tiene el defecto de ser una de esas gentes que "hacen de todo": pinta, canta, toca el piano, compone música, hace versos, recita, escribe cuentos, estrena dramas... Y no vive de ninguna de estas habilidades. La sala donde recibe está atestada de pinturas suyas, de dibujo relamido y color falso, afeminado; los muebles son barrocos e incómodos; los inevitables Apolo y Venus ocupan sendos rincones; dos libreros pequeños contienen literatura, casi toda francesa; y lo único que tiene carácter propio son algunos objetos traídos de Quintana Roo: plantas marinas; plumajes de garza y de pavo real; caracoles sobre los cuales han crecido pólipos. Tuvimos que "hacer el gasto" de la reunión Dávalos, Fernando González Peña (muchacho inexperto, que tiene aptitud musical, y toca y canta), y yo. Escofet y Carlos casi nada saben de memoria para recitar. Por supuesto, que el centro de las ovaciones es siempre Dávalos. Canta mal, mucho peor que Fernando González; su recitación es conocida por cursi entre las amistades que no lo admiran; pero en realidad sus aptitudes histriónicas son buenas, y su recitación sería agradable si no cayera con frecuencia, en los pasajes delicados o patéticos, en la afectación y el afeminamiento: quiere ser siempre realista, y su realismo del sentimiento es cursi. En lo demás se le puede oír con agrado, por la naturalidad bien estudiada. Acaso lo mejor de Marcelino sean sus poesías, una que otra; pues en drama no logra nada fuera de cierta técnica escénica; y tal vez dedicándose a

un género de poesía artificiosa lograría ser un reflejo estimable de Tablada. Claro es que éste no ha hecho gran cosa; pero es un temperamento hecho para el buen gusto, capaz de todo refinamiento, y al mismo tiempo incapaz de hacer *obra* por culpa suya y del medio. Marcelino Dávalos nunca podría acercarse a los momentos culminantes de Tablada, pero sí sostenerse en una estimable medianía si estuviera guiado por mejor educación. Tuvo, sin embargo, el buen gusto de leer anoche una escena de *Cuando despertemos* de Ibsen.

Con Dávalos vive una hermana suya, idiota; al verla, se la supone una sirviente, pues el traje que usa es burdo y el tipo es de mestiza del pueblo; pero a poco se advierte la semejanza entre ella y Marcelino. Después de todo, mucho hay que conceder a quien, con tan pobre origen, ha logrado colocarse en posición estimable. Pues, a pesar de las desventajas sociales e intelectuales que todavía previenen a muchos contra Marcelino, éste ha trabajado como pocos y, si no le aceptan los jóvenes retinados, ha logrado grande estimación entre las *gentes* respetables, consagradas, de no muy buen gusto, pero de prestigio popular. El año pasado se le dio un banquete, por el estreno de su drama *Así pasan....*, y a él concurrieron Federico Gamboa, López Portillo, Salado Álvarez, Rafael de Alba, Rodolfo Reyes, Puga y Acal y otros tantos.

La Revista Universal, que dirigía Manuel Puga, con dinero de los reeleccionistas, murió al fin, al cabo de tres números. La víspera de haberse decidido su muerte me pidió Puga que le escribiera alguna sección, para lo cual no tenía que abandonar mi trabajo actual; y quedamos en vernos para tratar, siempre sobre la base de una verdadera independencia por mi parte. Mientras tanto, Fernando Galván se empeñó en que yo aceptara la dirección de una página literaria semanal en el nuevo diario El Anti-reeleccionista. Como este diario es órgano de un partido independiente y serio, y conozco a algunos de sus miembros (especialmente José Vasconcelos, joven abogado y aficionado a los estudios filosóficos), acepté. La retribución es corta, pero me prometen que será progresiva. La primera "página literaria", que apareció el lunes, no pude hacerla muy interesante, por la premura del tiempo.

Septiembre 6. Me escribe mi padre pidiéndome que pase a la Habana, adonde va a enviar a mi hermana Camila, con dos de los niños de su segunda esposa, y acompañada por su cuñada Amalia, a estar dos meses en compañía de Max, de Fran y de la esposa de éste. Es cierto que

hace ocho años que dejé de verla, y entre tanto Camila ha crecido hasta ser ya una joven (ahora tiene quince años), y ahora le convendría mi influencia; pero he decidido irme a Europa a principios del año próximo, para lo cual estoy ya reuniendo el dinero necesario, y después de un año o más que pase allá, regresar a Santo Domingo. Ya había dicho a mi padre que me parece aceptable la proposición que se le hace de aceptar la Rectoría del Instituto Profesional de Santo Domingo, porque así podrá trabajar poco y la familia volverá al país, que ya está en paz; y por último, al cabo de un año yo me les reuniría. Ir a la Habana ahora sería incurrir en gastos que me harían retardar mi viaje a Europa, y, por lo tanto, mi regreso a Santo Domingo.

Septiembre 9. Hubo otra reunión en la casa de Marcelino Dávalos, a la que asistí. Estuvieron ahora Carlos y Fernando González Peña, Luis Castillo y Pepe Escofet. Marcelino leyó un cuento suyo, de Quintana Roo, no muy bien escrito, pero sí animado: da idea de la extraña vida que se hace en aquella región de indios en lucha contra soldados y de destierro para los que el Gobierno quiere castigar. Más que la poesía, me parece ahora género adecuado para Dávalos el cuento; pero él quiere seguir siendo poliartista...

Recibí carta de Francisco García Calderón (quien pasa de Londres a París) diciéndome que la casa Ollendorff está de acuerdo en publicarme un libro, sin pagármelo, pero sin cobrarme nada tampoco. Voy a reunir ya los artículos, pues sólo puedo ahora hacer libros a pedazos.

Septiembre 13. Visité ayer a Luis Urbina, y me reiteró la oferta, hecha tres meses atrás, de encomendarme el trabajo de selección para una antología de poetas y prosistas mexicanos del siglo de independencia. Promete ahora un sueldo menor que el que prometía antes: hay que hacer economías... Ya no serían doscientos pesos mensuales, sino ciento cincuenta. De todos modos, aunque el trabajo sería tanto como el que ahora tengo, al fin y al cabo sería verdaderamente literario, y no había de ser la misma tiranía de las horas. Veremos si no es uno de tantos espejismos. Esto me permitiría reunir una suma de dinero algo mayor para la fecha de mi viaje a Europa.

Han salido ya tres lunes literarios del *Anti-reeleccionista*, además del primero. La página es de tan reducidas dimensiones que muy poca cosa es lo que cabe; pero he publicado versos míos y de Max, dos trabajos que me ha dado Alfonso Reyes, con el seudónimo de Teodoro Malio,

y he reproducido cosas de D'Annunzio, Remy de Gourmont, Oscar Wilde. No cobro.

Ayer vi también (lo encontré en la noche en el Café Inglés) a José María Lozano, a quien traté mucho durante los días de organización de la fiesta en honor de Barreda. Desde que se había pasado del reyismo a las filas de la reelección no había hablado con él sino de paso. Estuvo informándose de literatura en que se tratara el caso del honor y de los celos, pues quiere aprovechar alguna lectura literaria para un próximo asunto criminal en que será defensor (para él, los juristas no han profundizado este problema); luego hizo confesiones de justificación política, declarando que él no ve promesas de gobierno sino en los mismos que ahora están junto a Porfirio Díaz; y acabó diciendo que tenía deseos de mexicanizarme. ¡Curiosa actitud! No es el primero que desea arraigarme; los otros amigos, los más íntimos, vienen diciendo lo mismo desde hace dos años; pero no han hecho un solo movimiento eficaz.

Septiembre 17. Las fiestas de la independencia mexicana se celebraron sin disturbios. Mucha soldadesca por las calles. Menos gente que en años anteriores, y, sobre todo, menos ruido.

Estuve ayer en la casa de Valenzuela. Sigue empeorando. Estaba allí, con Emilio, Enrique Escobar. Es éste uno de los ejemplos típicos del talento desperdiciado por falta de carácter y de disciplina, caso que tanto abunda en nuestra América. Es un verboso de imaginación tartarinesca, de percepción clara y rápida, a quien la falta de método y de perseverancia han convertido en mero hablador barato, que acepta toda clase de seudo-ciencia para apoyar sus razonamientos y que inventa toda clase de historias para corroborar sus asertos. Su traje intelectual no se renueva hace dos o tres años: sigue con algunos nombres y algunos temas: criminología, Tarde, Garofalo, economía de Vilfredo Pareto, psicología social, Gustave Lebón, y hasta las teorías sobre el genio y la locura, de Lombroso y Nordau. Sus charlas de asuntos intelectuales son ya, por lo tanto, fatigosas y huecas. En cambio, su imaginación sigue siendo acrobática, y su temperamento le hace prestar fe a sus propias mentiras: así como el año pasado aseguraba la virtud de la tiple María Conesa, hoy proclama el talento de Ramón Corral y su familia. Su última afición es la política gobiernista, y, una vez entrado en ella, la ha tomado a pechos. Tuvimos ayer un breve passage-aux-

armes por una intrusión suya queriendo censurar mi entrada al Antireeleccionista. Como tiene la desventaja de ser sensible a los ataques, se desconcertó con tan sencilla burla como la de decirle que a él iba dedicado el "Celui qui ne comprend pas" de Remy de Gourmont, o que publiqué en la página literaria del diario en cuestión. Bajó el tono, y, continuamos hablando sobre diversas cosas; habló, como de costumbre, de los criminalistas italianos y franceses, demostrando no haber leído nada nuevo en ese respecto desde hace por lo menos un año. Según Rubén Valenti, la sabiduría del manco (pues Escobar lo es, del brazo derecho, sin lo cual sería un buen tipo físico) es meramente axilar: con llevar los libros debajo del brazo, se considera sabio; su axila es erudita, dice Rubén. Cousin, decía Heine, había estudiado la Crítica de la razón pura de modo semejante, intuitivo, pues dizque no sabía alemán. ¡Lástima de cabezas! Es incalculable la cantidad de talento que se pierde entre nosotros. Aquí en México, a la verdad, sólo conozco, aparte de Alfonso, un joven laborioso: Carlos González Peña. Los que antes me daban idea de perseverancia y estudio, como Acevedo, Caso, y uno que otro más, no aprovechan ni la mitad de lo que pudieran hacer.

Septiembre 20. Estuve anoche en el Teatro Virginia Fábregas, donde se estrenaba una comedia insignificante, de la cual hice crónica para El Anti-reeleccionista. Había público elegante, y Virginia estaba elegantí-sima en traje siglo XVIII: está muy gruesa, y su descote recordaba los exuberantes bustos de las mujeres de Rubens, según observó Valenti. Este concurre siempre a los teatros, por ver más las mujeres que las obras dramáticas.

Me habló anoche de su proyecto de publicar un libro de cuentos, como si no fuera ya suficiente el haber publicado los desdichados *Poemas amatorios*. No comprendo cómo nadie se atreve a advertirle a Rubén que ya es tiempo de que abandone la literatura imaginativa. Lo cierto es que yo, probablemente uno de los amigos que tienen con él más intimidad, dentro de la intimidad relativa que con él cabe, no me he atrevido. Habla él con tanta seguridad de su literatura... Durante algún tiempo creí que optaría por escribir sobre asuntos serios, y ciertamente cuando lo conocí, era uno de los individuos de más claro razonar en México, aunque con frecuencia se dejaba llevar de los impulsos anarquistas. Estaba, además, bastante enterado, a través de las revistas ita-

lianas, del movimiento intelectual; y él fue quien nos llamó la atención enérgicamente, a Caso y a mí, sobre las nuevas tendencias filosóficas. Es cierto que tenía la desventaja, cuando quería escribir en serio, de escoger temas inadecuados: su conferencia, en la primera serie de nuestra Sociedad, fue sobre la "Evolución de la crítica", asunto que no domina; en la segunda serie anunció que iba a hablar sobre "Ciencia, arte y filosofía": al fin no lo hizo. Pero de un año a esta parte ya no lee; solamente escribe literatura de imaginación, y habla de política y de gentes. Tiene momentos de rareza; para mí, hay en él un desequilibrio mental producido por su larga lucha en la capital por ascender hasta la posición desahogada de que hoy disfruta; acaso tiene algún hábito pernicioso (tengo sospechas de que gusta del éter); pero lo raro es que a veces está exaltadísimo, divagador, intratable, y en otras ocasiones está lleno de perspicacia y de ingenio. Es típica su actitud en la política: unas veces vocifera (antes contra el gobierno, últimamente contra los oposicionistas, dada su filiación "reeleccionista"), otras discurre tranquilamente como si se tratara de la política europea. Anoche, salvo su alusión al libro de cuentos, estuvo tratable.

Septiembre 22. Es curioso el caso de mi página literaria en El Antireeleccionista. Han dado, los concurrentes a la redacción, en discutirla; los cultos, como Vasconcelos y Fernando Galván, la aprueban; los demás la encuentran ininteligible. La insistencia en este sentido es ya fatigosa. Comprendo que encontraran difícil el primer trabajo de Alfonsito, firmado Teodoro Malio; acaso el segundo; pero ahora les hice un trabajito ligero sobre Los mejores libros a propósito de la selección del Dr. Eliot, de Harvard, y todavía claman. Yo creo que ya se trata de prejuicio, y que sin leer declaran no entender; pero me figuro que ya desearían que cesara la página literaria (por lo menos en mis manos) pues creen "que su público" se va a disgustar. Estas gentes que creen conocer al público y lo suponen inmensamente bruto, no piensan que quien se decide a leer la página literaria de un periódico ha de estar algo acostumbrado a lo que ellos llaman ininteligibilidad. Para ellos, lo único inteligible es el cuento; Reyes Spíndola me dijo un día que era ininteligible el artículo de Juan Maragal sobre Beethoven.

Septiembre 25. Estuve anoche en la casa de María Enriqueta, para entregarle un ejemplar de *Rufinito* que García Godoy me remitió con dedicatoria para Pereyra. Aunque era viernes y día de recibo, no había

nadie de visita. María Enriqueta habló largamente como cualquier mujer conversadora: que Carlos le escribe todos los días, con frecuencia varias veces en un mismo día; que ella no sale y está a punto de perder todas sus amistades; que le tiene miedo al mar y ni siquiera lo conoce, por lo cual, si se decide a ir a los Estados Unidos a acompañar a Carlos, no irá por mar, como él le propone, para que conozca la Habana, ciudad que le pareció encantadora por su animación veraniega o carnavalesca (aunque él sabía de antemano que ella se negaría y en la carta le dice que la oía exclamar: "¿Yo? ¡Dios me ampare!"); que la mala salud de su madre, y el no haber otra mujer de la familia que pueda acompañarla, la tiene en incertidumbre sobre el viaje; que tener casa propia es un encanto y una molestia... Protesta ella de cuando en cuando ser inculta, y en realidad no tiene afectación alguna; a veces dice cosas interesantes: "No me muevo de la casa —declara—, más aún, ni siquiera me muevo gran cosa dentro de ella; no paso de las habitaciones interiores; la sala y el jardín los veo poco. Algunas personas me dicen que eso no es vida. Pero es que se figuran que estoy inactiva. Inactiva, corporalmente, sí; pero siempre estoy leyendo, pensando, escribiendo... No muevo los pies, pero con la cabeza viajo tanto... Hasta creo que corporalmente me aprovecha, pues ya ve V. que esta vida sedentaria no impide que mi salud sea buena." —¿Y no le gustaría a V. viajar realmente? —le pregunté. —Sí... mejor dicho, me gustaría haber viajado; como yo vivo más de recuerdo que de presente o de esperanzas, todo lo saboreo recordándolo; la misma música es para mí un placer retrospectivo.

Septiembre 29. Ayer en la mañana fue suprimido el diario El Antireelecionista por orden de autoridad. Dícese que llevaron presos a todos los que se encontraban en la redacción: a Fernando Galván, contratante de anuncios, a Joaquín Pina, reporter, a los operarios, inclusive los norteamericanos, a la taquígrafa, a pesar de que sufrió un síncope, y hasta al pobre demente Zúñiga y Miranda, que se sueña candidato a la Presidencia y había ido allí a pedir se publicara su retrato. Es de suponer que ya dejaran libres a los extranjeros, a la muchacha y al inofensivo candidato. El director, Palavicini, está oculto. iY ahora, precisamente, el periódico acababa de instalar su prensa de 30.000 pesos, e iba a salir en buena forma! No parece que se haya librado orden de aprehensión contra los colaboradores, pues estuve anoche con Vasconcelos y Federico González Garza, y nada sabían al respecto.

Anoche leyó Escofet un drama suyo, sin título, en la casa de Marcelino Dávalos. Es obra muy superior a las de Dávalos; en realidad, es todo un drama psicológico, desarrollado con habilidad, aunque con demasiada literatura. Hay mucho Benavente al principio, en el diálogo y en la presentación psicológica; en general, hay poca acción, aunque en apariencia no decae el interés (mucho varía de la lectura a la escena). Con un arreglo del tercer acto, en el cual las escenas no están bien distribuidas y el final parece un anti-clímax, y con recortar el exceso de literatura y filosofía que hay en algunas escenas, la obra puede salir redonda.

Septiembre 30. Sigue en pie el conflicto del Anti-reeleccionista. El motivo dicen que fue un artículo sobre la entrevista Taft-Díaz en el que se acusaba al presidente de efectuar transacciones contra la integridad del territorio. La acusación ha sido, según dicen, por "injurias al primer magistrado". Vi anoche nuevamente a Vasconcelos y González Garza; poco después encontramos a Ignacio Galván, quien les informó que se hallaban en lista (lo mismo que Emilio Vásquez, el presidente del Club Anti-reeleccionista), probablemente para ser aprehendidos, y nos contó que había estado a punto de sacar libre a su hermano Fernando, sino que éste, al ser interrogado, declaró que, aunque no era sino agente de anuncios del periódico, era anti-porfirista, y por eso volvieron a encerrarlo. Ya salieron los tipógrafos y demás empleados inferiores; sólo quedan presos el jefe de la imprenta, el administrador y el repórter Pina. Había cuatro o cinco mujeres presas, no sólo la taquígrafa. Tres horas más tarde me dijo Rubén Valenti que habían prendido a Vasconcelos. No sé si será cierto. Félix Palavicini sigue oculto.

Asistí anoche al concierto anual de los discípulos del pianista Luis Moctezuma. No sabía el programa, y tuve la sorpresa, al llegar, de encontrarlo espléndido: los Conciertos op. 37 (Do menor) y op. 58 (Sol mayor) de Beethoven, el Concierto op. 11 (Mi menor) de Chopin y el op. 25 (Mi menor) de Rubinstein. La orquesta fue la "Beethoven" de Julián Carrillo. Es una empresa extraordinaria en México dar un concierto de discípulos con cuatro obras de ese calibre. Quizás por lo inesperado del programa, además del valor de las obras, lo escuché con singularísimo deleite. Acaso también los problemas humanos que en este momento me intriga observar y juzgar, los sentía reducirse a sus

elementos esenciales y traducirse a aquella música trascendental, llena de conflictos espirituales.

Octubre 1°. Soltaron ayer a Fernando Galván. Según él narra, la cordura estuvo de su parte (de lo cual habíamos dudado los que le conocemos) y no de parte de su hermano Ignacio, que fue quien gestionó su salida. Dice él que desde el principio comprendió que no se trataba de un juego, y que si lo aprehendieron fue porque incidentalmente se hallaba allí a esa hora, con intención de volver a salir en seguida. Que luego sus declaraciones, a pesar de que las del repórter y el jefe de imprenta estuvieron a punto de comprometerle, fueron lógicas y claras; y que sólo cuando su tío Pérez Figueroa, militar, se puso a vociferar en la oficina policiaca que un hijo de D. Pedro Galván, sobrino de tales y cuales generales, no podía ser enemigo de Porfirio Díaz, y le preguntó pidiendo su asentimiento, él se vio obligado a decir que sí era anti-reeleccionista; que por último Ignacio quiere que le escriba una carta a D. Porfirio (quien precisamente es su padrino, de bautismo), dándole gracias por su salida, cuando él no está seguro de que se deba a orden presidencial, y él, naturalmente, se niega.

Encontré a Nemesio García Naranjo con Rubén Valenti e Hipólito Olea, y conversamos toda la prima noche. No sé si es porque ya pasó el furor político, pero ello es que hablaron con serenidad sobre los asuntos públicos, y llegaron a afirmar que probablemente, muerto Díaz, el porvenir es de Reyes. También hablé con García Naranjo sobre literatos mexicanos, y encuentro que su juicio se hace cada vez más serio. Y sin embargo, no me atrevería a asegurar que tiene talento; por lo pronto, talento poético, no lo tiene; no es sino un mal orador en verso. En el cuarto en que vive con Hipólito había (lectura de este último) el más reciente libro de Bonafoux. iY todavía si en la justicia y en lo certero del insulto, siquier grosero (inada más grosero que ese libro Bilis!), se pareciera a Bonafoux.

Octubre 4. La cuestión de los anti-reeleccionistas sigue statu quo. Vasconcelos y González Garza están escondidos fuera de México; me figuro que acaso estén en la hacienda de Isidro Fabela.

Estuve ayer tarde en el concierto de la orquesta *Beethoven* el último. Poco público, como de costumbre; además, ahora se inauguraba la temporada formal de toros, y dicen que estuvo atestada la plaza, con ser los toreros de tercera clase. Asistió, sin embargo, Doña Carmen

Romero Rubio de Díaz, a quien se dedicó el concierto, con su hijastra Amada Díaz de la Torre. El *clou* del programa fue la Cuarta Sinfonía de Beethoven. Se ejecutaron además la obertura de *Oberón* de Weber, el Allegro ma non troppo de la *Pastoral* de Beethoven, una sinfonía concertante para violín y viola, de Mozart (Pedro Valdés Fraga y Francisco Baltazares), el allegro maestoso del Concerto en Mi menor de Chopin (Alberto Valdés, discípulo de Moctezuma), y dos fragmentos de un Concerto de Golterman, para violoncello, por una señorita Pérez de León, acaso hija del juez que instruye la causa contra los antireeleccionistas.

Octubre 6. Es increíble que tantas gentes piensen ayudarme, y nadie lo realice. Ayer se me dijo que era segura la promesa de Urbina, aunque él me indicó que había que esperar algún tiempo todavía; y icosa inesperada! Ignacio Galván, que va de Cónsul a Europa, probablemente a Saint Nazaire, me instó a que me fuera con él como canciller, y promete arreglarlo todo. Sería curioso...

Se estrenó anoche, con beneficio y despedida de Virginia Fábregas, el drama *Jardines trágicos* de Marcelino Dávalos. Un desastre. Y sin embargo, hay allí drama; drama difícil, y, por lo tanto, imposible para Marcelino; los dos actos primeros, aunque tienen efectismos crudos, hubieran podido pasar, pero el tercero es detestable. Echegaray traducido a mala prosa de pretensiones literarias.

Por supuesto, los *catecúmenos* estuvieron alborozados, y aun Carlos (que antes me había confesado las faltas de la obra) se entusiasmó. Sólo Escofet y yo fuimos inmunes a la seducción de la amistad y al delirante entusiasmo del público.

Octubre 14. Actualidades, el semanario del Dr. Lara Pardo, se convierte desde mañana en diario. Reyes Spíndola quiere hacerlo fracasar a todo trance, y ha fundado un tercer diario, El Resumen, también semanario hasta hace poco. Pero este Resumen valdrá un centavo, y, como periódico de Spíndola, no será independiente; así es que la competencia que haga a Actualidades será casi nula, pues el diario del Dr. Lara valdrá cinco centavos.

Quiso el Dr. Lara que fuese yo su cronista teatral, y le escribí ya una impresión sobre Rosario Pino, a quien he visto en *La loca de la casa* de Pérez Galdós, *Las flores* de los Quintero, y *Rosas de otoño* de Benaven-

te. Es Rosario Pino una personalidad verdaderamente *elusiva*; mi impresión la condensé así:

"Mujer distinguida, con distinción, cuyos toques cosmopolitas no han borrado el carácter nativo, español; actriz de escuela contemporánea, bajo cuyo arte persiste, so capa de realismo al modo francés e italiano, un espíritu genuinamente español: en suma, un tipo de española refinada. No diré que en eso pueda resumirse su personalidad. La personalidad de la Pino resulta inasible al principio, y todavía, después de cinco o seis funciones, muchos no hemos llegado, o no nos hemos atrevido, a definirla. Personalidad, eso sí, la tiene. Su arte no es sólo arte de escuela contemporánea, arte realista y psicológico: todo él lleva un sello peculiar, indiscutiblemente personal. Rosario Pino lleva la sencillez a extremos: no tiene pose de estrella; no distribuye en escena a los actores de su compañía, como lo hacen muchos artistas, para decir a voces al público: "yo soy la primera actriz". Modestia, dicen algunos; yo digo: buen gusto. Para mí, su concepto del realismo escénico le dicta ese procedimiento. Confía en que su arte lleno de insinuación debe ganar poco a poco las simpatías del auditorio, en que él sólo basta a distinguirla, y no se equivoca.

"Psicológicamente, sus interpretaciones son profundamente femeninas... En ella, la energía interior, se manifiesta bajo dos formas típicamente femeninas: dulzura y constancia. Con ellas insinúa lenta pero firmemente el carácter de los personajes que interpreta (no muy diversos hasta ahora), y llega a dar el tono al ambiente moral en que se desarrolla cada obra.

"iY los recursos de expresión! El manejo de la voz, siempre en tono menor, con modulaciones de viola, con pianissimos en que llega a desvanecerse, con articulación distinta, sin que por eso falte a la ley primordial del *legato*, convierte el idioma castellano, 'no en oro y púrpura, pero sí en algo más que plata', como se ha escrito a propósito de la dicción del insigne Forbes Robertson. Habíamos oído nuestro idioma, con sonidos de arpa, con esplendores de tono mayor, en los labios de María Guerrero; pero nos faltaba saber adonde podía llegar en insinuaciones y suavidad. iGracias sean dadas a los dioses, que nos conceden oír nuestro idioma modulado según las leyes apolíneas!"

Octubre 26. Estoy mal de la vista. Un dolor, al parecer nervioso, en el ojo derecho. El Dr. Carreón, médico de "La Mexicana", lo atribuye al

trabajar de día con luz. iNaturalmente! Y todavía nada se arregla para que pueda yo salir de este trabajo. Luis Urbina sigue con sus promesas, pero lleno de reticencias y demoras. Hoy estuvo a ver al Lic. Luis Gorozpe, que quería emprender ciertos estudios técnicos de agricultura y deseaba quien le tradujera de inglés y francés, prometiendo hasta llevar a Europa al empleado, quien, según él, debe ser "de confianza"; y me dijo que aplaza sus proyectos, y que elimina el viaje a Europa, y que de todos modos no emprenderá nada antes de dos meses. Me recomendó a él Adelita Vásquez Schiaffino, la joven tapatía que fue traductora (y creo ha vuelto a serlo) en la sección literaria dominical de El Diario.

Octubre 27. Esta mañana me telefoneó Alfonso que su padre, el General, llegó a México, y que marchará al exterior, probablemente a Francia. Él le irá a acompañar en las vacaciones. Poco después llegaron a las oficinas con ejemplares de las hojas que se reparten por las calles, invitando a los reyistas a ir en manifestación a saludar al General. Me temo que no le encuentren a la hora que lleguen.

Esta mañana murió en Cuernavaca Hipólito Olea. Aunque joven, murió tarde. Hace un año se hubiera hablado mejor de él; aunque nunca se hubiera hablado muy bien, pues su palabra grotesca y grosera no agradaba, defendiera la causa que defendiera. Al convertirse al re-eleccionismo, sumó, al odio de los católicos tantas veces insultados por él, el de los reyistas. Esto, sin contar el odio de El Imparcial, que sólo por compañerismo en la causa del Gobierno condescendía ya en mencionar su nombre, y el enojo de otras gentes, mayores y menores. Sin embargo, él vivía ilusionado; tenía su círculo, el "grupo de Belem", los abogadillos encabezados por José María Lozano; y siempre que hablaba ante el populacho (y hablaba todas las semanas en los Juzgados de Belem) era muy aplaudido. Un día se le oyó decir: "Como a mí la gente culta me odia...". Llegó a creer, a lo que parece, que era cuestión de clases. Esto no obstante, en el Club Reeleccionista asentía al disparate de que la reciente lucha pro-electoral era cuestión de educación social: los cultos apoyaban al gobierno, el populacho estaba por Reyes... Y entonces, y sin duda desde antes, cuando fue a defender en el Estado de Morelos al candidato millonario Pablo Escandón, debió de figurarse Hipólito estar en el partido de la gente culta.

En realidad, Hipólito no tenía mucho talento, ni siquiera palabra fácil, pues sus discursos *importantes* eran aprendidos de memoria. Se hizo

notorio porque lo empujó su grupo y él se empeñó en *subir*, no importa por qué medios. Si la enfermedad le hubiera permitido ir a Europa, a estudiar criminología en Italia, como pensaba, acaso hubiera podido ser un elemento útil. Sin embargo, moralmente Hipólito era todo lo contrario de lo que parecía como orador. No era intemperante, sino tolerante con los amigos; no era audaz sino tímido e irresoluto; no era ambicioso, sino desprendido. iLo que pueden las influencias!

Octubre 28. Se instaló anoche, en el incómodo Salón de Actos de la Escuela de Jurisprudencia, el "Ateneo de la Juventud", inventado por Caso, y para el cual invitamos Rafael López, Acevedo, Alfonsito y yo. Concurrieron Ignacio Bravo Betancourt, Carlos González Peña, Luis Castillo Ledón, Isidro Fabela, Manuel de la Parra, Juan Palacios, Vasconcelos, Genaro Fernández, Eduardo Pallares, Emilio Valenzuela, Alfonso Cravioto, Guillermo Novoa; estuvimos los cinco firmantes; faltaron, por ausencia, Ricardo Gómez Robelo, que vive en Chilpancingo, Marcelino Dávalos, que ha ido a Guadalajara al estreno de su drama Jardines trágicos, por la Compañía Fábregas, Nemesio García Naranjo y José María Lozano, que se hallan en Cuernavaca; y por no sé qué razones, Rubén Valenti, Francisco J. César (creo que tienen resentimientos, el uno con Nacho Bravo, el otro con Lozano), Enrique Escobar (el manco), Evaristo Araiza, Abel Salazar, Roberto Argüelles, Eduardo Xicoy el Dr. Barajas, y Eduardo Colín. Se discutió hora y media, se nombró comisión de estatutos, no sin protestas previas de Vasconcelos, que deseaba no hubiera organización, o la menos posible, y se eligió mesa directiva, resultando Caso presidente, Nacho Bravo tesorero y yo secretario. Tipo curioso, este Nacho Bravo, que antes era objeto de críticas y hoy comienza a serlo de envidias; en cambio, lo ha sido siempre de admiraciones fáciles. Hijo de padres pobres, dotado de inteligencia práctica, aunque plegable a muchas cosas, educado primero por curas, después en la Preparatoria, tesorero ambicioso, Nacho Bravo comenzó deslumbrando a sus compañeros de escuela por la feliz aplicación de sus dotes, y bien pronto suscitó desafectos: quien, le criticaba su falta de refinamiento; quien, le achacaba servilismo... Ello es que, con sus cualidades y sus defectos, explotando unos y otros, Bravo se conquistó la admiración de algunos compañeros suyos entre quienes era leader, se hizo estimar por los profesores, se graduó de abogado con extraordinario éxito, ha trabajado enormemente, y a estas horas es rico, explota a los demás, presume, y

se va a casar con una joven millonaria que ioh colmo! lo admira. Caso es de los que *creen* en él; pero yo, sea porque no lo alcancé en sus buenos tiempos, sea porque intrínsecamente nunca haya tenido alto valor, no puedo ver en Bravo sino una mediocridad hábil, que triunfa sobre talentos superiores, por su capacidad para el trabajo y su deseo de ascender a toda costa.

Noviembre 2. No pude arreglar ningún paseo en estos tres días de fiesta, y hoy he tenido que venir a trabajar medio día. Ya me urge salir de este trabajo, pero nada logro todavía. No he podido mejorar de la vista, y tengo que soportar esto y la incómoda posición que me obliga a adoptar el escribir en máquina.

Sigo haciendo crónicas teatrales para Actualidades; pero el Dr. Lara tomó en serio la chanza de que lo haría gratis, y no promete ninguna remuneración. Ahora tiene ese diario una lucha contra los de Spíndola, quienes fracasaron en la idea de hacer diario El Resumen; era un periodiquito tan diminuto y desprovisto de interés que nadie lo compró, y tres días después de su aparición hubo de suspenderse. La táctica de los periódicos de Spíndola es atacar a las gentes que ayudan a Actualidades con dinero, y a sus empresas particulares, sobre todo el negocio de corrida de toros. La campaña de insultos por parte de los periódicos espindolescos y al de rechazo por parte de Actualidades ha sido formidable; como de costumbre, quedando mal ante la opinión Spíndola. No sé si por causa de esta campaña, o por motivos personales del poeta Núñez y Domínguez, me han atacado en El Heraldo, cambiando mi nombre por el de Menox, por contraposición al de mi hermano Max, según un chiste que hizo el pobre José María Sierra, quien según Luis Castillo tuvo talento en su adolescencia y anda hecho una miseria desde hace cinco años, por causa de la alcoholización, cuyos efectos ha resistido por milagro, pues ya ha sufrido hasta delirium tremens. Sierra, según creo, no hizo el chiste con mala intención, si bien no es él un arca de intenciones buenas. En particular, me han informado que Núñez y Domínguez está resentido porque no se le invitó al Ateneo, y, atribuyéndome la omisión, me insultó al hablar en El Heraldo de la fundación de la sociedad, llamándome Menox y escritor haitiano. iPara lo que me importa a mí Núñez y Domínguez, y los periódicos en que escribe, aunque sean espindolescos!

Noviembre 19. Hoy me llamó Urbina para avisarme que estaba arreglado el trabajo de la antología para que comenzáramos. Sin embargo, como esto ha llegado tan tarde en el año, y yo esperaba recibir gratificación en "La Mexicana", le advertí que salía perdiendo, y convino en que esta decena siguiente la trabajara a medias con él, continuando aquí, de manera de recibir los dos sueldos por estos diez días. Así, como el sueldo del trabajo antológico es mayor que el de "La Mexicana", compenso la pérdida de la gratificación. Por este nuevo trabajo me dan \$150.00 mexicanos al mes. Dirige el trabajo Urbina, y le ayudamos un señor Nicolás Rangel, que dizque es bibliófilo y yo.

El Ateneo recién fundado parece próximo a perecer. Debió haber reunión de debate el sábado pasado, y no asistieron los oradores. Y ahora Caso parece dispuesto a no ocuparse de la asociación.

Noviembre 30. Mañana dejaré por fin el trabajo de "La Mexicana".

Caso volvió a ocuparse del *Ateneo*, y anoche hubo sesión de lectura. Leyó Parrita un cuento de hadas; lástima de la parte final. Alfonso leyó un estudio sobre los poetas parnasianos (so protesta del cubanofrancés Augusto de Armas), que causó sensación entre los ateneístas, para quien él seguía siendo un poeta bucólico.

Diciembre 1°. Al fin pude, hoy en la tarde, después de mucho trabajo, entregar mi sección de Siniestros en "La Mexicana". Con su carácter peculiar, el Director no ha decidido aún quien se encargue de mi trabajo; así es que tuve que entregárselo a él directamente.

Al ir a trabajar en la antología, me ha parecido que no trabajo realmente. iCómo que una labor del propio género no nos parece trabajo! Estoy en el período de independencia, y tengo que echarme a cuestas el *Diario de México* desde 1805 hasta 1816.

[Del  $1^{\rm o}$  de diciembre de 1909 al 29 de marzo de 1910 se interrumpen las notas.]

Marzo 29 de 1910. Tuve pereza para continuar mis notas, aunque mucho habría podido anotar desde Diciembre.

Vino Altamira en ese mes, estuvo unos días, partió a los Estados Unidos, y regresó en Enero. Dio multitud de conferencias, con éxito extraordinario, y se le obsequió con banquetes y fiestas hasta dos veces

por día. Claro es que sotto voce ha habido comentarios desfavorables, como si se hubieran arrepentido los entusiastas de su entusiasmo excesivo de al principio, y El País, con sus prejuicios católicos, le dirigió algunos ataques; pero el efecto general de la campaña ha sido benéfico. El Ateneo de la Juventud, después de algunas pacíficas sesiones de lectura (en las que tomamos parte Vasconcelos, Alfonsito, Parrita, Carlos González, Marcelino Dávalos, Roberto Argüelles y yo) organizó una gran velada en honor del Altamira. Se celebró el 26 de Enero, en la Escuela Preparatoria, presidiéndola, con nosotros, D. Justo Sierra, Ezequiel Chávez y Porfirio Parra: Caso dijo las palabras de bienvenida, muy entusiastas y justas; Alfonso leyó un trabajo sobre La estética de Góngora, que fue recibido con frialdad por el enorme y heterogéneo público; Rafael López dijo unos breves versos a Campoamor, y yo leí un estudio sobre Hernán Pérez de Oliva, dlo en el cual trabajé dos meses: tuve que leer a salto de mata, porque el público ya no quería más, y tosía y aplaudía para callarme. Afortunadamente, no me impresiona el hallarme frente a un público, y acorté la lectura como pude. Altamira (a quien se dirigían todos los deseos del público) leyó un cuento largo, que no interesó: así es que resultaron decepcionados los que esperaban su turno. D. Justo me celebró mi trabajo; y Acevedo, que lo acompañó en automóvil, con Lozano y García Naranjo, hasta dejarlo en el teatro Arbeu, donde se estrenaba la Salomé de Oscar Wilde, me contó que les había dicho, comentando mi trabajo: "¡Cuántas cosas sabe Ureña!"; y luego hizo una pausa y repitió: "iCuántas cosas!"

Los miembros del Ateneo fuimos en seguida a un banquete que dimos en el Restaurant Sylvain en honor de Altamira. Frente a él se sentó Chávez, y a sus lados Caso y yo; conversamos con él largamente. El brindis, desgraciadamente, lo pronunció *Nacho* Bravo, en estilo hinchado y ridículo; Altamira contestó de manera breve, afable y sencilla. Chávez habló como de costumbre: deshilachado y familiar. Luego se le ocurrió a José María Lozano pronunciar un brindis en el que habló de España a su modo: de Cortés, de los frailes, de los empeñeros, de sus propias aficiones taurinas, de Fuentes y de Montes, de la música de Quinito Valverde... Aquello fue un desastre. Todo el mundo salió disgustado. Días después, algunos periódicos censuraron el brindis de Lozano, aunque había sido dicho en lo privado.

D. Justo organizó una reunión privada en obsequio de Altamira, a la cual asistí. Había mucha gente; toda la intelectualidad oficial; no estaba Casasús, por enfermedad, pero sí las mujeres de su familia; Federico Gamboa, Genaro García, Salado Álvarez, Carlos Pereyra y María Enriqueta; Leopoldo Batres, conservador de monumentos; Ezequiel Chávez; Urbina; Rafael López, Roberto Argüelles, García Naranjo, Jorge Enciso; el Dr. Zárraga y Guillermo, un hijo suyo que recita versos; el recitador y sedicente poeta romano Gino Calza; el ministro de España, Cólogan, y su familia mexicana; D. Telesforo García, en cuya casa se hospedó Altamira, y toda su familia; Gonzalo de Murga, español y literato y hombre de negocios; Urueta, a quien se invitó por especial empeño de D. Justo, a pesar de sus ataques a la reelección. De la familia de D. Justo, estaba una multitud, además de las Casasús y de Urueta y mujer: los hijos, y las hijas con sus maridos, y las hijas de D. Santiago Méndez, y la elegante y provocativa Cristina Méndez de Regil, con su marido yucateco, y Mercedes MacGregor, hijastra de D. Luis Méndez, y no sé cuántos más. La música estuvo en manos de Artemisa Elizondo, de Manuel M. Ponce y de Carlos Lozano, pianistas; Rocabruna, violinista, y su mujer la hermosa soprano María Luisa Escobar. Tina Méndez cantó romanzas en francés. Los números literarios estuvieron algo flojos: Urueta leyó su Dulcinea, que pasa por ser el mejor de sus trabajos, pero que a mí me parece bastante revuelta; D. Justo leyó unos de sus versos recientes, que comienzan admirablemente, pero que luego se engolfan en el acostumbrado hugonismo de los astros y del infinito; Paz García, hija de D. Telesforo, recitó con agradable estilo, mezcla de la voz de su padre y de la manera de María Guerrero, versos españoles de todos estilos: de Moreto, de Zorrilla, de Vicente Medina... Lo demás no significó gran cosa. D. Justo quería invitar a Alfonsito, afirmando que su casa era campo libre; pero se le hizo ver que el invitado estaría un tanto incómodo entre gentes enemigas de su padre, y al fin desistió de su propósito. La familia misma de D. Justo es curiosa muestra de esa libertad: pues hay gentes de todos los partidos: mientras él ocupa un ministerio y pasa por científico, uno de sus hijos, Chano J., escribe una biografía de Corral, uno de sus yernos, Miguel Lanz Duret, escribe en El Debate a favor de Corral y contra Reyes, otro, Manuel Calero figura en el Partido Democrático, aunque luego se le conquista con el interinato en la sub-secretaría de Fomento, otro, José Barros, que es personalmente rico, escribe contra

los reeleccionistas y es atacado por el mismo *Debate*, Urueta, marido de una sobrina, hace campaña contra la reelección, a nombre del Partido Democrático, y con afinidades hacia el *reyismo*, Tablada canta himnos a D. Porfirio y escribe *Tiros al blanco* contra la oposición (Tablada es marido de otra sobrina), y el sobrino Chano K. se dice *reyista* en lo privado.

Los que no se afilian a ningún partido son sus hijos Justito, cuya poca salud y costumbres inglesas lo hacen ver con despego la política si bien es diputado, y Manuel, que parece inclinarse a asumir la actitud de Casasús... quien todavía no asume públicamente ninguna actitud (aunque se le clasifica como *científico* prominente) en la cuestión reeleccionista, por o contra Corral.

Altamira, a quien visité varias veces en casa de D. Telesforo, es un hombre de trato fácil y vivo; no parece gachupín en su modo de hablar, que es americano salvo en la pronunciación de las zetas y elles. Tiene parecido, físicamente, con William James, y presumo que también en su trato, por lo que de James cuenta García Calderón. Su resistencia es extraordinaria; pues una labor de uno o dos discursos y uno o dos banquetes cada día (la cual tuvo que realizar desde que llegó a la Argentina hasta que se embarcó en Cuba para España) difícilmente se resiste. Pero él observa buen régimen; y además, aunque está cano (sólo tiene cuarenta y tres años), dice que en las vacaciones se echa siempre medias suelas, yéndose al campo y al mar, a hacer ejercicio constante.

Pocos días después de fundado el *Ateneo*, partió Acevedo a Europa, en compañía del joven arquitecto francés Godard y del mexicano Enrique Fernández Castelló, quien llevaba como adláteres personales a Mario Bulnes, hijo del célebre D. Francisco y a un Miguel González. Enrique Fernández, que suple con la influencia que ha adquirido como hijo del Ministro de Justicia y primo de la presidenta su nulidad profesional, consiguió que el gobierno encomendara a la Compañía Bancaria, de la que es él director y propagandista en lo relativo a obras arquitectónicas, la construcción de un Museo de Artes y de un Palacio de Justicia, no recuerdo si penal o civil, y tuvo la ocurrencia de que los proyectos de estos dos edificios los hiciera un arquitecto francés de fama, Déglane, de preferencia; y a ese fin se lleva a Acevedo, a uno de los Ituarte y al francés Godard, que vino a México con Bénard y se quedó aquí des-

de entonces, para que ayuden con indicaciones prácticas los trabajos de proyectos en Europa. El viaje le convenía a Acevedo, especialmente en estas condiciones, pues nunca o difícilmente habría sido capaz de reunir dinero para irse por su cuenta; y mientras tanto se iba enredando en la vida rutinaria de México. Su debilidad por las mujeres de vida airada (y cuenta que el género anda en México de capa caída, física y moralmente) lo habían llevado hasta poner casa a una profesional vulgar, y hacerse con ella no sé qué ilusiones: ahora, al irse, le ha dejado la casa, y piensa volver a reunirse con ella. ¡Quieran los dioses que París le quite esas ilusiones! Aunque a la verdad, Acevedo, aunque gusta de ver a las mujeres chic, no las prefiere en el trato; y aquí mismo, entre las profesionales, gusta sólo de las que lo son francamente, y no de las más caras, entre quienes predomina el elemento extranjero, sino de las de precio intermedio: los consabidos cinco pesos. iY va diferencia de esas a las de precio doble, que fingen modales señoriles y reciben en traje de baile! Hay en Acevedo no sé qué dualidad: por un lado, gusta de las cosas más refinadas y elegantes: las mujeres very smart, la literatura de Oscar Wilde, de D'Annunzio, de Verlaine, de Mallarmé, de Rodenbach, la música de cámara, la pintura impresionista, las obras de los grandes retratistas, los modales cultos, la charla llena de esprit, la buena comida, el sport vigorizador; y por otro lado, se inquieta por las prostitutas de burdel, y le gusta el ambiente de esos lugares, y la charla de ellas, y lee a Willy con deleite, y se apasiona por los toros. Algo de infantil, de curiosidad no saciada todavía, a pesar de cuatro o cinco años de experiencia, hay en ese amor por las mujeres públicas... de México. Pero es que en Acevedo hay no sé qué elemento de origen que lo ata a las cosas bajas. Entiendo que sus padres son muy honorables y modestos, pero sé que algunos de sus hermanos se han descarriado.

Su carrera profesional quizás hubiera podido ser de las mejores, pero su carácter le ha impedido hacer más. Cuando conocí a Acevedo, Ricardo Gómez me había hecho de él tan extraordinarios elogios que yo lo creía un sabio y algo así como un trabajador solitario. Pero no: la actitud de soledad que asumía Acevedo era en gran parte una actitud y lo demás era conjunto de circunstancias. Vivía alejado de su familia, pero por gozar de mayor libertad, y yéndola a ver diariamente; y si no se mezclaba en círculos, era tanto por el disgusto que le causaban los tontos desconocidos como por la falta de ocasión. Después ha andado en grandes grupos de amigos, y no ha estado descontento, aunque

sigue tan escéptico como siempre respecto del mérito de las gentes. Pero ha tenido la vida fácil, por lo menos en los últimos años, y no aspira con vigor a nada, y por eso prefiere trabajar lo menos posible. Algo pueden haber influido los desengaños, pues su primer proyecto, el de Escuela Normal, le fue premiado en concurso, y luego, se le hizo modificarlo para que costara menos su construcción, y este nuevo proyecto le fue escamoteado por Porfirio Díaz hijo: quien tomó el de Acevedo, entregado a la Secretaría de Hacienda, le hizo ligeras modificaciones y lo firmó. En el concurso de monumento a Juárez fue derrotado con malas artes.

Acevedo pensaba encontrarse en Nueva York con mi primo Enrique Ap.[olinar Henríquez], *Phocás*, y visitar con él la ciudad; pero ni uno ni otro me han escrito sobre cómo lo pasaron. Acevedo llegó a París hace más de un mes.

Mientras tanto, Caso tuvo un hijo, a quien tendrá la debilidad de ponerle Antonio, porque así lo quiere su mujer. En su casa vamos a leer la Crítica de la razón pura, dos veces a la semana, Vasconcelos y yo, y algunas veces Alfonso Cravioto y Alfonso Reyes. Después de mi reconciliación —muda, por supuesto— con Caso, nuestras relaciones parecen ser las mismas de antes; pero hay siempre un matiz de diferencia. Yo me había negado a ir a su casa; una vez me invitó, pero no fui; sin embargo, el día en que, hallándome todavía esclavizado en el trabajo de "La Mexicana" renuncié las proposiciones que se me hacían para entrar al periódico concilista de Puga y Acal, ofreciendo protegerme con una clase u otra cosa gubernativa, volví a visitarle, sintiendo no sé qué sensación de fuerza y como queriendo hacer alarde de ella.

La política se ha calmado, gracias a que se emplearon procedimientos represivos en toda su variedad. Hasta destierros... En este momento, no queda un periódico independiente: Actualidades fue suprimido de orden superior, y el Dr. Lara Pardo marchó a Nueva York, donde ahora trabaja en el New York Herald; El Anti-reeleccionista suprimido y presos los que lo hacían (últimamente todo se arregló, Félix Palavecini pidió perdón, y anda por las calles); México Nuevo, que usaba de singular prudencia, fue suprimido en forma comercial, por embargo. El Debate, no teniendo a quien combatir, se ha convertido en semanario semi-literario. El General Reyes, cuya actitud nadie llegó a definir, abandonó al fin el gobierno de Nuevo León, y fue enviado en comi-

sión a Europa. Su célebre partidario Barrón fue desterrado por haber dicho demasiadas claridades, desde Nueva York lanzó su propia candidatura a la presidencia, y últimamente dizque se ha declarado *corralista*. D. José López Portillo y Rojas fue envuelto en un antiquísimo lío judicial, se le quitó el fuero de diputado, y está en la cárcel. Y así por el estilo.

Envié los artículos que deben formar mi libro a García Calderón, ya recibí muestras de las primeras 144 páginas: están bien impresas, como todos los trabajos de la casa Ollendorff, y con pocas erratas. A Carlos González Peña le llegó su nueva novela, impresa en la casa Sempere, La Musa Bohemia; y Escofet estrenó en el teatro Virginia Fábregas el drama que nos había leído, con el título de La tragedia de las rosas. Perdió mucho en la representación (y iqué representación!), especialmente el tercer acto. Me pidió que le escribiera un juicio, y tuve que hacerlo a toda prisa la misma noche del estreno; se lo entregué para que se publicara en *El Imparcial*, pero, naturalmente, Reyes Spíndola puso pretextos en contra, y Escofet tuvo que publicar el articulito en El Correo Español. El mismo día del estreno llegó de España la familia de Escofet: la mujer ya ciega, la niña crecida, y la suegra como siempre. El golpe que debía de recibir me lo imaginé terrible; pero afortunadamente, la mujer viene resignada y al mismo tiempo refinada, y la vida parece que se les hará llevadera.

Dimos a Escofet y a Carlos un banquete, en el cual me hicieron tomar la palabra para ofrecerlo, y lo hice con la mayor sencillez posible, pero sin saber cómo acabar aprisa: en suma, bastante mal. Pero este detalle a nadie descontentó, y todo hubiera salido bien, si no es que a un amigo de Carlos, un abogadillo de la villa de Lagos que tiene la originalidad de haber estudiado alguna filosofía, se le ocurre tomar a mal una frase del amable gachupín (muy poco gachupín en realidad) Federico Morales Albo. Hubo cruce de frases, lo que se dijo para calmar las cosas resultó contraproducente, y al fin hubo que dejar que el abogado Muñoz se marchara solo, y se quedaron los demás comentando el caso. La cuestión fue, naturalmente, que el abogado se sintió tenido a menos en el orden intelectual, aunque no era un intelectual quien le dirigió la frase mal interpretada.

De Europa llegó Roberto Montenegro, a quien encontré con Enciso el día mismo de su llegada. Ha llegado a dibujar con elegancia; publicó en

Europa un cuaderno de dibujos con prólogo, en francés, de Henri de Regnier. Por estos días me ha tocado conocer a algunos escritores extranjeros: al poeta colombiano Ricardo Arenales (de nombre verdaderamente es Miguel Ángel Osorio), con quien, residiendo él en Monterrey y dirigiendo allí la Revista Contemporánea, había cruzado algunas cartas: la última de las cuales le disgustó porque a sus frases de retórica sentimental le contesté (enterado como estaba yo de los incidentes a que sus cartas daban lugar, o comentarios cuando no incidentes) que fuera más prudente aquí y que el carácter de los mexicanos no se prestaba a estas confianzas rápidas, mucho menos a distancia. Al venir a México quiso indagar largamente sobre la cuestión, pero pretendiendo haberse quedado en su criterio: su conversación no tiene ningún sabor particular, excepto el dejo de vanidad, de constante preocupación en sí mismo, que se le advierte a la larga. Después he conocido a otros dos, colombianos y semi-literatos, uno llamado Noah H. Gans (no sé por qué usa en idioma extranjero todo su nombre) y otro llamado Tiberio Hormechea: el primero se ocupa en trabajos comerciales, pero el segundo anda buscando protección y carece de iniciativa y hasta de conversación: le he dado una recomendación para que Caso trate de colocarlo en El Diario, pues las gestiones de Urbina en El Imparcial sólo dieron por resultado la declaración de Reyes Spíndola de que no quiere más sur o centroamericanos. También conocí a últimas fechas a Gonzalo de Murga, que de vista, y algo de obras, me era bien conocido, y a quien siempre advertí como concurrente en las fiestas en que yo tomaba parte: parece que le halagaban mis temas españoles. Es persona, eso sí, de trato exquisito.

En los primeros meses del año estuvieron aquí, en el teatro Arbeu, Ruggero Ruggeri y Lyda Borelli (antes que ellos me ha tocado ver en México a Novelli, a Tina di Lorenzo (dos temporadas), al español Fuentes, a María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, a Borras, y a Rosario Pino con Thuillier); ópera ha habido poca, y —con excepción de la Compañía de Barilli, en 1906, y la del año siguiente, que tuvo deplorable éxito—, nada que valga la pena, pero ha habido todos los años música sinfónica, con la Orquesta del Conservatorio dirigida por Meneses, y en ocasiones con otra orquesta dirigida por Julián Carrillo, y varias veces música de cámara por cuarteto mexicano y dos temporadas del excelente Cuarteto de Bruselas. Ruggeri está lejos de ser un actor de genio, pero tiene talento y cultura, y sus interpretaciones son

inteligentes; Lyda Borelli tiene mucho talento natural, pero poca escuela. La compañía, como todas las italianas: gentes de muy pocas facultades en general, pero muy bien dirigidas. Dieron excelente repertorio: Los *Espectros* de Ibsen, *Salomé* de Oscar Wilde (para la cual tenía la Borelli la edad —tiene veintiún años o poco más—, el tipo prerafaelista —se parece singularmente a la mujer que pintaba Edward Burne-Jones y aun a la que pintaba Dante Gabriel Rosetti—, y el cuerpo, el cuerpo de Sarah Bernhardt, algo más lleno), *Les romanesques* de Rostand, *Amantes* de Maurice Donnay, *L'ami des femmes* de Dumas hijo, y otras cosas buenas, aunque mezcladas con Sardou y Bernstein. Tuvieron muy poco éxito pecuniario.

En la Semana Santa aproveché los días de fiesta para hacer una excursión al Popocatépetl, de la cual regresé ayer. Había combinado la ida con Fernando Galván, pero no le vi la noche del día en que nos concertamos, y en la mañana del jueves 24, después de haber dormido apenas tres horas, tuve que irme solo. Llegué a la estación del Ferrocarril inter-oceánico, a las siete de la mañana; había una multitud de gentes, y no se podía comprar pasajes. Me decidí a esperar que cediera la multitud, y, en efecto, media hora después estaba despejada la ventanilla y el tren, que debía salir antes de las 8, no había salido aún. Salimos a las 8.30; anduvimos lentamente. El valle de México produce siempre efectos raros por la delgadez del aire. Atravesamos junto al lago de Texcoco. El valle está lleno de conos volcánicos. El valle de Amecameca, al cual pasamos, tiene poca vegetación, como todas estas regiones de la llamada mesa central, y aun algunas más bajas, como la de Cuernavaca, pero tiene muchos cultivos. Llegamos a las 11.30. Bajé del tren, esperando encontrarme con Gerardo Murillo, el pintor: en efecto, oí que del tren (un tren enorme) lo llamaba Pablo Prida, y fui hacia él. Andaba vestido de blanco, al modo inglés, y descalzo en medio de los arenales que forman las calles del pueblo de Amecameca. Me uní a él, y en seguida ordenó que llevaran mi maleta a su casa. Mientras tanto, noté que iban en otros carros del tren algunos conocidos, como José Adrián Palomo, hijo del que fue director de "La Mexicana" antes de mi entrada en esa compañía, y dos de los catecúmenos del grupo de González Peña: Manuel Cataño y Luis Henríquez Guzmán (uno de los pocos Henríquez con H que hay en México). Llamé a estos, quienes dijeron iban al "Popo Park", lugar cercano, al cual se llega desde Amecameca, en tren, en unos quince minutos, y en donde yankees han fa-

bricado para yankees un hotel con jardín y ruinas artificiales y otras tonterías. Me fui, pues, con Murillo, cuya casa se halla situada en el Zócalo (plaza extensa) del pueblo. La casa no es pequeña, pero sólo vale diez pesos al mes: no hay sillas, ni mesas, ni camas; Murillo, que vive según la naturaleza, así como no usa zapatos, duerme en el suelo y come sentado en él. Le acompaña un joven que le ayuda a fabricar colores con su mujer, que cocina: los dos tienen la única cama de la casa. Un indio le sirve para trabajos rudos. Esta gente que vive con Murillo parece estar muy contenta y ser muy servicial. Él no vive precisamente en Amecameca, sino en los nevados, donde pinta paisaje. Pinta constantemente, y tiene multitud de dibujos al crayon y de pinturas al óleo apastelado que inventó: cuyos colores dan la impresión de pastel, aunque son de óleo, y no se desgastan ni borran como los de pastel. Como de costumbre en Murillo, tiene cosas notablemente vistas de color, otras muy bien dibujadas, pero otras muy insignificantes. Vive hablando de ir a Londres, donde ciertamente podría despertar la atención, y aun ser la moda de un día, por la originalidad de colorido que muestra en algunos trabajos. Su desigualdad le impedirá ser un maestro; y su especialidad es no poder acabar nunca los cuadros: los que acaba resultan los peores. Por ahora piensa hacer en México una exposición de cuadros y dibujos exclusivamente de los nevados, y titularla El Popocatépetl y el Ixtlaxíhuatl. Por eso vive en las alturas; a Amecameca baja de cuando en cuando; el día que yo llegué esperaba a varios amigos, de los cuales no llegó ninguno. Como vo debía emprender la excursión con Fernando Galván, le telegrafié a la redacción de El Imparcial (pues ya, desilusionado de las campañas de oposición política, ha entrado como jefe de anuncios de *El Heraldo*, el diario vespertino de Reyes Spíndola, si bien sigue encontrando mal todo lo de arriba), y efectivamente, llegó por la noche, a las siete. Mientras tanto, comí en la casa de Murillo, en el patio primero, transformado en estudio gracias a un lienzo blanco que sirve de techo y unifica la luz, sentado en el suelo y poniendo la comida sobre cajones. La comida, afortunadamente, no era vegetariana, como lo acostumbraba Murillo cuando vivía en Xochimilco; pero los vegetales abundaban notablemente. Dormí siesta en el suelo. Después fui con Murillo a ver la iglesia; tiene ésta su cementerio delante, y Murillo quiere pintar uno de estos cementerios, con un fondo de naturaleza enérgica y un nevado en el último término, y titular a este cuadro México: la tristeza humana en medio de la naturaleza vivida. Las

tumbas no son muy viejas, pero lo parecen, pues en los pueblos se conserva el estilo de letras y formas del siglo XVII. La iglesia, para un pueblo de México, no tiene mucho carácter. Pero dentro de la iglesia tenían, acostado en un sepulcro, un Cristo negro, el Señor de Amecameca, cuya iglesia habitual no es ésta, sino la del Sacro Monte; pero en Semana Santa entiendo que lo desclavan de su cruz (los brazos tienen goznes) y lo traen a la iglesia del pueblo. En ésta hay, además, un santo de madera que, según Murillo, es viejo y acaso pertenece a la escuela cordobesa. Da idea de retrato de un tipo del siglo XV o XVI, aunque de seguro no es de tan lejano tiempo. El pueblo está lleno de indios, pues éste es un lugar de devoción famoso en toda la República; pero el hecho de que sea Semana Santa no impide que el pueblo hierva de diversiones. En el Zócalo hay docenas de puestos donde se venden frutas, ropas, y toda clase de objetos utilizables en estos lugares casi campestres. Hay caballitos que no paran nunca, ruletas, y exhibición de serpientes y de cosas por el estilo. La Semana Santa no es nada triste para estos indios. Noto además, que entre sí no hablan castellano sino idiomas indígenas, otomí, quizás.

Subimos después al Sacro Monte, cuya pendiente es empinadísima. La cuesta tiene quince postes anchos de piedra, a modo de altares, indicando las estaciones de Jesús, con sus inscripciones relativas. En este monte hay dos iglesias, la del Cristo y la de Guadalupe; frente a esta última hay tumbas, y detrás de ella toda la cumbre es un cementerio. El Sacro Monte ocupa el centro del valle de Amecameca, y mirando hacia Occidente se ve una gran extensión, casi toda cultivada. En el valle se ven pocos árboles, pues la tala de bosques en toda la República ha sido enorme, y donde la tierra no es muy fértil —no lo es en estas alturas— el recrecimiento es lentísimo. El Sacro Monte conserva muchos hermosos árboles, pero una mitad de él ha sido talada, y tiene árboles pequeños. Mirándolo de lejos, se nota la diferencia entre un lado y otro: hacia el Sur ha sido talado. Su altura es de unos cientos cincuenta metros quizás sobre Amecameca.

Al caer la tarde nos colocamos frente a la iglesia de Guadalupe, entre las lápidas de las tumbas. El viento hacía un rumor como de mar entre las encinas. El crepúsculo comenzó, no rico en colores, pero con aspectos típicos de estas regiones montañosas, de aire sutil. El sol descendió rápidamente con amplios efectos de luz. Las nubes se veían

recortadas por líneas de fuego, como un papel que ardiera por los bordes. Los nevados se volvieron brillantes. Al ponerse el sol, la nieve adquirió un tono de raso. En el instante mismo, la luna apareció, sin luz, completamente ambarina, sobre el pico de Ameyalco, que tiene forma de boca. Los nevados adquirieron entonces un vago tinte róseo; en seguida volvieron al blanco puro, con ligeros tonos azules, y luego con tonos verdes. El Popocatépetl lanzó, por un momento, una ligera columna de humo oscuro.

Bajamos al pueblo; recibimos a Galván en la estación; cenamos por el Zócalo, comidas populares, y encontramos a Cataño y a Luis Henríquez, que habían regresado del Popo Park, desilusionados. Quedamos en vernos al día siguiente, temprano, para emprender alguna excursión. Dormí en la casa de Murillo, en el suelo; cerré los ojos a las 12 y desperté a las 5 de la mañana. Dicen que en las alturas se duerme poco los primeros días. Amecameca está a unos 2500 metros sobre el nivel del mar (México sólo a 2277).

Salimos de excursión a las 7 de la mañana, hacia el Nordeste. El campo está cultivado. Hay plantíos de trigo, de maíz y otros vegetales. Hay riachuelo por todo el camino; sus bordes amanecen siempre helados. Hay pinos y encinas; muchas flores, violadas, róseas, blancas y particularmente amarillas. En uno de los más anchos arroyos nos bañamos; el agua es pura y terriblemente fría; no se puede permanecer en ella más de medio minuto. El agua helada sobre ramas de plantas forma unos como bordados de cristal. El camino muestra muchos montoncillos de tierra excavada: son las moradas de las tuzas, roedores que, según me dicen, tienen costumbres algo semejantes a las de los topos. Los coyotes las cazan escarbando los montones recientes, y dicen que la lucha se entabla en el sentido de la excavación, a quien cave más a prisa. Abundan los pájaros; pechi-rrojos unos, otros de espalda blanca; gorriones, y otros más. Llegamos hasta una cervecería que parece medio abandonada: está en medio de un corte de montaña abrupta, de un lado se ven acantilados de corte brusco, del otro un cerro lleno de pinos espesos. Junto a la cervecería hay un salto, pequeño, pero pintoresco, que sirve para dar fuerza motriz.

Estuvimos de regreso en Amecameca a las 12 del día: comimos; Cataño se volvió a México en la tarde, y entre tanto nos visitaron Cuéllar, secretario de redacción de *El Mundo Ilustrado*, los Garduños, uno de

los cuales, Alberto, es pintor y dibujante del mismo periódico (él hizo mi máscara para *El Diario* cuando mi conferencia sobre Gabriel y Galán), y Juan de Dios Arellano, uno de esos poliartistas que nada son en resumen: iban también de excursión. En la comida se me quiso hacer beber el *tlachique* o pulque tierno; aunque no es tan desagradable como el pulque verdadero, no me pareció que valía la pena beberlo. A los demás, que lo bebieron y ponderaron, les hizo daño; así es que resulté inesperadamente justificado.

Convinimos en ir al Popocatépetl, por el lado sur, al día siguiente: en el lado sur, donde la nieve comienza después de 5 000 metros de altura, es donde tiene Murillo su choza y donde pinta; allí decidió fijarse después de haber recorrido el volcán por diversos puntos. Por el lado norte, como los vientos fríos no derriten la nieve, ésta comienza a 4000 metros de altura, unos 100, o poco más, sobre la aldea de Tlamacas; por allí, sin embargo, es mucho más fácil la subida hasta la cúspide, porque la pendiente es menos empinada. Volvimos al Sacro Monte para hacer más ejercicio, y regresamos a hacer preparativos. Dormí nuevamente en el suelo, en la casa de Murillo, como quería hacerlo para endurecerme un poco; pero, habiéndome dormido a las 11, desperté antes de las 4 de la mañana, todo magullado, doliéndome la cabeza, y el cuello, y el pecho. Desde las 5 llegaron los caballos, pero, con los preparativos, no pudimos salir sino a las 6 y media. Antes de las 7 estábamos fuera del pueblo, el erial, como está formado por casas grandes de un piso, tiene una enorme extensión. Íbamos Murillo, Galván, Henríquez y yo; el indio sirviente de Murillo, que es práctico en estos caminos, y otros dos indios cargando una enorme tela para pintar. Murillo y sus indios, a pié; él no iba ya descalzo, sino con cactus. A las nueve de la mañana, habiendo desayunado ya en el pueblo de San Pedro (pueblo de indios, lleno de perros vigilantes y ladradores), me sentía ya perfectamente: el magullamiento pasó, y todo el día estuve ya bien.

Como a las diez comenzamos a subir montañas, y sólo por intervalos de cinco minutos dejó de ser pendiente empinada el camino. El bosque debiera ser exuberante, pero se incendió en 1872, y además se han cortado muchos troncos, así es que casi todos los árboles son jóvenes. El sol quemaba como en las tierras bajas del trópico; y yo me quemé como si a ellas hubiera bajado. Como a la una de la tarde llegamos a un

améyatl, lugar de agua, y nos bañamos; Murillo, al modo ruso o turco, primero se introduce en la tierra caliente y luego se lanza al agua helada. A las dos llegamos a la cabaña de Murillo; prendimos lumbre, y comimos. La carne asada sabía espléndidamente. Anduvimos sobre la montaña: el lugar está a una altura entre 4 700 y 4 800 metros, y a 50 metros más ya no hay vegetación; allí mismo los árboles vivos son poquísimos; todos tienen las ramas torcidas hacia el Nordeste, pues el viento que sopla del Sudoeste los ha deformado, y aun los que no tienen hojas conservan sus palos vueltos en esa dirección. Cuando la vegetación se acaba, todo es arenal: arenal que arde de día y se hiela de noche. Por esos arenales anduvimos, cada uno a su modo, y llegué hasta la puerta: de allí se divisan los valles, de tierra cálida, o semicálida, del Estado de Morelos; las pendientes son enormes. El ascenso por entre la arena es penosísimo; y al llegar arriba, me fue necesario bajar inmediatamente, pues iba cerrando el crepúsculo y se desencadenaba el viento helado. El descenso fue rapidísimo —como unos quince minutos—, y llegué a tiempo para observar despacio la puesta del sol sobre el Nevado de Toluca, al Oeste, algo hacia el Sur, a unos 125 kilómetros de distancia: el sol se hundió como dentro del enorme cráter, mucho más ancho que él. Con espacios claros, se hubiera visto México, por lo menos de noche (la distancia es de unos 70 kilómetros); pero la atmósfera estaba cargada de polvo (al subir la montaña, nuestros caballos iban levantando polvaredas; siete meses hace que allí no llueve) y México no se distinguía sino como una mancha de polvo más espesa que las otras. Los colores del crepúsculo eran violentos; rojos, violetas terrosos, negruzcos...

Murillo, después de devolver los caballos y el burro de carga con los dos indios que trajeron su tela, formó, con sus cuadros, una nueva choza junto a la que allí tiene, hecha de palos y zacatos¹. Comenzó a soplar el viento frío; prendimos hoguera, e hicimos la cena. A las ocho se pensó en dormir, y Galván, Murillo y su criado indio se fueron a la choza formada con telas de pintar. Henríquez y yo nos quedamos un rato fuera; cesó el viento, y pudimos pasearnos algo por la montaña, y ver la salida de la luna, cerca de las nueve. No había una sola nube, ni la

<sup>&</sup>lt;sup>1</sup> "Zacato, mexicanismo; paja con la cual se construyen las chozas campesinas" [Nota de Enrique Zuleta Álvarez para su edición de *Memorias*].

hubo en todos los días de nuestra excursión, sobre la cumbre de los nevados.

Al fin entramos en la choza, la tapamos con un cuadro, y nos envolvimos en todos los cobertores que teníamos y en el zacate, yerba seca que conserva el calor por modo extraordinario. En toda la noche no sentimos frío, sin duda porque había cesado el viento; pero no pudimos dormir, por la escasez de aire. Dormíamos media hora, y despertábamos de nuevo. La choza en que estuve era pequeña, y sólo caben dos personas en ella, y esas sólo sentadas; en cambio, la choza temporal que estaba junto de ésta ni siquiera permitía sentarse. Galván pasó la noche nervioso por esa imposibilidad, y por los ronquidos del indio, y no quiso dormir allí la noche siguiente, como habíamos pensado. Nos decidimos, pues, a ensayar subir hacia el límite de las nieves, y trepamos nuevamente los arenales, con enorme esfuerzo; llegamos hasta el pico de Hueyatlaco (5 000 o más metros de altura): desde allí se divisa un inmenso panorama: se ve el descenso de las tierras frías hacia las tierras calientes, de Amecameca a Cuautla, una extensión de 150 kilómetros en semi-círculo (más bien un tercio de círculo). Frente a Hueyatlaco se levanta el Espinazo del Diablo, cuya punta está, según las medidas de Sonntag (en 1857) a 5,240 metros sobre el nivel del mar: doscientos metros más arriba está la cúspide del volcán: para subir al Espinazo, basta con descender de Hueyatlaco unos cincuenta metros y subir luego unos trescientos: sólo allí había grandes cantidades de nieve. Donde nos hallábamos, sólo había pequeñas cantidades de nieve entre los huecos de las rocas. Desde Hueyatlaco hicimos rodar una enorme peña: pareció rodar medio kilómetro, pero al fin se enterró entre la arena. Debajo de ella había una multitud de insectos pardos, quizas ciegos, que corrieron a esconderse. Estos animales, y los cuervos, que volaban en evoluciones rapidísimas y variadas, el cuerpo negro blanqueándoles en el sol, y graznando a ratos, con voz gangosa, fueron los únicos seres vivos que encontramos.

Descendimos, y emprendimos la bajada a las 12 del día. En un recodo de monte, frente al nuestro, estaba ardiendo un tronco, que se había incendiado el día anterior, al parecer por alguna hoguera que hubo allí días antes, y que habíamos divisado desde Amecameca, creyendo la hubieran encendido junto a la choza de Murillo. Murillo nos acompañó hasta el *améyatl*, donde nos bañamos y comimos, y regresó a su

choza a quedarse completamente solo, pues su indio venía como guía nuestro. Descendimos a pie, rápidamente, por entre las pendientes llenas de polvo; del améyatl salimos a las 2, y llegamos a Amecameca poco después de las 7. Yo hubiera deseado quedarme todavía el día siguiente; pero Galván y Henríquez querían regresar a México, y regresamos ayer lunes en la mañana. ¡Qué extraña sensación de angustia produce abandonar la naturaleza en que se ha vivido activamente para volver al imperfecto artificio de las ciudades! Yo ni siquiera había experimentado necesidades intelectuales: en los cuatro días sólo leí unas cien páginas de Henry James. Al regreso, México se veía envuelto en nubes de polvo...

Abril 11. Ayer hice otra excursión, esta vez a Xochimilco, lugar que no conocía no obstante su proximidad a México. La noche del sábado estuve desveladísimo, con González Peña, Escofet y sus catecúmenos; me acosté a las 4, pero había quedado con el gachupín Federico Morales en ir a Xochimilco a remo, y a las 6 me fue a despertar. A las 7 estábamos en Jamaica, y alquilamos el bote: un bote ligerísimo, de bajo bordo, con dos remos; no podría ser más pesado, pues el canal es de poquísimo fondo, y durante la mayor parte del camino se está tocando fondo con los remos. En las dos horas que siguen a la salida, cuando se va a remo, se encuentran pueblos: uno de ellos, el célebre de Santa Anita, donde se celebran las fiestas populares, de flores y canoas, el viernes de Dolores. Después, el camino es solitario: el canal es de igual anchura, hasta que se está cerca de Xochimilco; en los bordes hay largas arboledas, que parecen plantadas especialmente para sombrear el canal, pues lejos de la orilla hay pocos árboles; el agua es lodosa, pero por eso mismo refleja constantemente los paisajes y el cielo. En el agua hay peces y serpientes; éstas nadan, naturalmente, con la cabeza fuera del agua. Por el campo hay pájaros, a veces en grandes bandadas; hay gorriones y cuervos; vi también las primeras golondrinas de esta primavera. Los indios recorren constantemente el canal en toda clase de barcas: trajineras enormes a veces (balsas con bordo), cargadas de comestibles, de madera y aun de piedras; piraguas diminutas, que apenas se ven sobre el agua: parece que los que en ellas van se sostienen sobre la superficie acuática, como Jesús. Los medios de locomoción son variados: los remos, dos, o bien uno para ir vadeando, las palas que empujan, el tiro con cuerdas, por la orilla, por gentes o por animales: como recomendaba Hernán Pérez de Oliva que se hiciera para llevar las

cargas por el Guadalquivir hasta Córdoba. El ascenso es lento, pues la corriente del canal va hacia México. A las 11 de la mañana llegamos a un sitio donde el canal se bifurca: por un lado se hace ancho y profundo, por el otro estrecho y de poca profundidad; pero el canal estrecho es muchísimo más corto que el ancho (es una cuarta parte de lo que es aquél). La mayor dificultad está en entrar en él: su entrada está llena de lodo, y el bote encalla, a pesar de su extraordinaria ligereza. Tuve que saltar yo a tierra, y Morales (que tiene sus puntas de marino, pues nació en la costa cantábrica, en el Ferrol) hizo, con grande esfuerzo, entrar el bote en las aguas navegables: en una de las vueltas que dio, hizo salir sobre las aguas una semi-circunferencia de lodo. Anduve una hora a pie, paralelamente al bote, y volví a él cuando el canal se hizo algo más profundo. Poco después de una hora llegábamos a Xochimilco: pueblo primitivo, cuyas casas están a orillas de canales, y cuya vida se debe a los pequeños plantíos (cuadros encerrados en agua) de frutos y flores, que llevan el nombre de chinampas. No saltamos a tierra al pueblo; así es que no vimos el centro, algo poblado, sobre tierra. La gente de Xochimilco vive en el agua; encontramos multitud de niños bañándose, algunos de ellos con flotadores fabricados de cañas, que se atan a las espaldas, y por la enorme pluralidad de canales hay siempre barcas. Fuimos hasta el llamado ojo, el lugar donde brota el agua, limpia y profunda: yo esperaba cosa mucho mayor, como los ojos de agua que hay en Santo Domingo, dentro de cavernas, vastos y claros. Había un buen número de gentes de México; la mayor parte había ido en lanchitas de vapor. Nos entramos en un remanso, y nos bañamos rápidamente para recuperar fuerzas: el baño nos hizo espléndido efecto. Buscamos comida, y nos la dieron mala, y nos quisieron cobrar como a yankees: fue imprevisión no llevar la propia.

Eran ya pasadas las cuatro de la tarde; desde las dos el cielo amenazaba lluvia, pero de pronto parecía suspender sus amagos. De todos modos, queríamos llegar a tiempo, antes de las 7, hora en que se recogen los botes, y pedimos se nos atara a una de las lanchas de vapor para ser remolcados. Nos ataron a la lancha de unos *yankees*, pero los tales protestaron que tenían que llegar a prisa; la mujer que nos hablaba temblaba de indignación, y el hombre que iba con ella amenazaba fríamente con cortar la cuerda. La razón era toda de ellos, pues la empresa cometía un desacato al querer que nos remolcaran sin siquiera haberles pedido permiso. Desatamos, y nos ataron entonces a una *trajinera* que

a su vez iba remolcada por un bote de vapor: el pobre llevaba buena carga. En la lancha de vapor y en la trajinera iba un gran número de personas; iban chiquillos, y estos se sintieron intrigados por nuestro bote; comenzaron a dirigirnos preguntas, y a observar cómo estaba atado el bote a la lancha, y a discurrir que tirando ellos de la cuerda se disminuiría el peso que tenía que arrastrar la barquilla de vapor: la cual ciertamente iba despacio, y máxime teniendo que echar por el camino largo y ancho, no por el atajo que nosotros habíamos recorrido en la mañana. Este camino, aunque más largo, ofrece muchos más paisajes: los nevados, el Popocatépetl y el Ixtaxíhuatl, se ven cercanos en apariencia (ahora estaban igualmente cubiertos de nieve por Norte y Sur: Murillo ha quedado en plena nieve), se ven mayores perspectivas de campo y de agua. Poco antes de ponerse el sol, comenzó a llover con estupenda fuerza; nuestro bote iba descubierto, y como la trajinera y la barca de vapor iban cubiertos, se compadecieron de nuestra chistosa situación, y un joven que iba en la primera, simpático, algo distinguido y afable, nos hizo pasar con ellos, y hasta nos obsequió cerveza. Tuvimos que sostener conversación con él, y recurrimos al tema de las excursiones: el jovenzuelo no parecía tener cultura extensa, y, aunque lo ensayé, no fue fácil llevar la conversación a temas variados. Eché mano del tema del Popocatépetl, e hice creer que lo había subido por todos los lados y que había bajado por el Norte, rumbo a Tlamacas, resbalando sobre la nieve sentado en petate indígena. Los chicuelos, cuando el joven dejaba de hablar, nos abrumaban a preguntas; y al fin se les ocurrió entrarse en nuestro bote a remar. No podíamos menos que permitírselo, y allá se fueron, a poco de estar en el bote, advirtiendo que con el remo llegaban a sobrepujar el límite que la cuerda marcaba al bote, discurrieron soltar la amarra y remar solo. Pero una vez sueltos, como en realidad no sabían remar, el bote comenzó a dar volteretas y a correr de una orilla a otra encallando constantemente: bien pronto los dejamos atrás, y fue necesario detener la barca de vapor y recogerlos al cabo de algunos minutos. La lluvia cesó, o continuó a intervalos; era luna nueva, y en todo el canal no había una luz, y las barcas de los indios, especialmente las enormes trajineras, que iban rumbo a Xochimilco y Chalco cargadas de mercancías (dentro de su apariencia primitiva, estas trajineras llevan dentro grandes comodidades, y en el lenguaje popular las han apodado pullmans), amenazaban chocar con nosotros: mi compañero Morales temía constantemente

que nuestro bote, flojo al extremo del tren de barcas, fuese la víctima de las que pasaban. Poco antes de caer la noche, en uno de los intervalos sin lluvia, vimos venir hacia nuestras barcas a los chicuelos indios de un diminuto caserío, pidiéndonos centavos (la presencia de viajeros, especialmente *yankees*, ha fomentado la codicia de toda la población de Xochimilco y de su canal): Morales comenzó a arrojarles lo que pedían, y los chicuelos vinieron corriendo tras nosotros, por la orilla, durante un cuarto de hora, tan a prisa como nuestro tren de barcas, todos vestidos de harapos, desgreñados, gritando peticiones de dinero, aunque el dinero no parezca que tenga para ellos mucho uso.

Al fin, a las ocho de la noche, recia ya la oscuridad, preferimos bajar en Santa Anita, después de tres horas de trayecto de regreso, y dejar el bote en manos del maquinista de la barca de vapor, empleado de la empresa de barcas.

Lunes 25 de Abril de 1910. Ayer Domingo fui nuevamente a Xochimilco, en excursión ideada por Isidro Fabela, para la cual nos facilitó un bote con motor de gasolina el Licenciado Uizariturri, compañero de estudios de Isidro. Fuimos, además de los citados, Carlos González Peña y Escofet. Salimos tarde, a las diez, y llegamos a Xochimilco después de la 1. Comimos cerca del ojo, y volvimos en seguida. En general, el paseo valió mucho menos que el anterior; se comió y bebió demasiado, se discutieron tonterías, y no se gustó lo bastante del paisaje. El paisaje estaba menos claro que en la ocasión anterior; y aunque tomamos por el camino largo, no vimos los volcanes.

Leí en estos días el *Chantecler* de Rostand. Es obra muy animada y divertida, y con algunos versos acaso más intensos que lo anterior de Rostand; no tiene muchas buenas *tirades*, pero sí mucha habilidad de rima y de *esprit. Doña María la Brava*, de Marquina que ahora leí también, está bien versificada; pero hay un exceso de violencia romántica en el movimiento de la obra: casi parece aquello el Duque de Rivas. A su modo, sin embargo, es enérgica y vívida. *La cena delle beffe*, de Sem Benelli, que Richepin ha traducido al francés y tuvo éxito en París, es también obra hábil dramáticamente; se ha celebrado su versificación por inafectada. Sin embargo, de todo este teatro poético de los últimos

ocho o diez años, nada he leído que alcance la altura de *La Nave* de D'Annunzio.<sup>2</sup>

México, Marzo 25 de 1911. Anoche íbamos a celebrar sesión en el Ateneo de la Juventud. Alfonsito iba a leer la segunda parte de su estudio sobre El paisaje en la poesía mexicana del siglo XIX, trabajo extensísimo que acometió, por encargo del Ateneo, y que leyó fragmentado en la serie de conferencias de la Academia de Jurisprudencia y Legislación. No hubo al fin sesión, por falta de quorum; pero cuando nos íbamos llegó Carlos González Peña, agitadísimo, a declararnos lo que acababa de comunicarle Salado Álvarez, Subsecretario de Relaciones Exteriores: la renuncia de todo el gabinete de D. Porfirio. La noticia produjo excitación; se comentó como un gran paso, y, por algunos — por los más, mejor dicho—, como un signo de debilidad, de que el gobierno cedía ante la revolución de Madero. A mí no me pareció que significara gran cosa, fuera de lo último.

Nos fuimos todos los ateneístas después al Restaurant Gambrinus, y allí fueron juntándose después muchos que no habían ido a la sesión. Acevedo inició entonces la idea de que fuésemos inmediatamente a saludar a D. Justo Sierra. Caso, que acababa de estar con éste, apoyó la idea, y hacia allá nos encaminamos. No fueron con nosotros algunos, Carlos González Peña y Luis Castillo Ledón, porque habían quedado en ir al restaurant y no llegaron a tiempo; Colín y Parrita, que se habían despedido desde la Escuela de Jurisprudencia; Escofet, que tenía que ir a trabajar en su empleo de traductor de telegramas en El Imparcial; y Vasconcelos, que no quiso exponerse a la posibilidad de que se le viera en alguna relación con cosas del gobierno de D. Porfirio, ya que él está relacionado con la revolución y hasta piensa irse a los Estados Unidos a trabajar por ella (consideración algo pueril). Fuimos al fin a ver a D. Justo nueve ateneístas: Caso, Cravioto, Acevedo, Alfonso Reyes, Gómez Robelo, Fabela, Bravo Betancourt, Guillermo Novoa y yo; se agregaron dos cuasi-ateneístas, el dramaturgo Pepito Gamboa y Martín L. Guzmán, muchacho inteligentísimo, hijo del Coronel muerto por la revolución, y además Miguel Alessio Robles, abogado que escribe muy mal y fracasó en su propósito de entrar al Ateneo, pero que anoche logró su propósito de aparecer entre los socios. Nos

<sup>&</sup>lt;sup>2</sup> En esta parte concluye la parte mecanografiada del Diario y comienza la manuscrita. N.d.e.

recibieron D. Justo y sus hijos Justo y Manuel. D. Justo se mostraba contrariado en el fondo, pero estuvo hablando humorísticamente, como siempre (así estuvo aun el día en que le fui a dar el pésame por la muerte de su hija Luz, la esposa del abogado Manuel Calero).

Se habla poco de candidatos a los ministerios. Se temen cambios en muchas cosas, pero dudo que los haya muy radicales. No creo que la Universidad desaparezca, como quieren los malquerientes. La *Antología del Centenario* sí se extinguió este mes, sin necesidad del cambio del gabinete.

México, Abril 6 de 1911. Ayer terminé los cursos del primer año en la Escuela de Jurisprudencia, con el reconocimiento hecho por D. Julio García (subsecretario de Instrucción Pública recién nombrado) en su clase de Derecho Civil. El año escolar ha sido larguísimo: comenzó el 8 de Mayo de 1910, y se prolongó, tanto por ser de una serie de años escolares a los que se aumenta un mes para llegar a poner el año escolar a nivel del año fiscal como por haberse concedido de vacaciones el mes de Septiembre, el mes del centenario.

El sistema de la Escuela de Jurisprudencia es enojosísimo: son cinco años (antes seis) de estudios, con poquísimas materias (tres o cuatro) en cada año, y con dificultad para que se permita doblar. Se aprende, por lo tanto, a perder el tiempo: lo poco que hay que estudiar incita a estudiar menos aún. No hubiera yo emprendido estos estudios, tan largos y tan poco fructuosos, si no fuera porque teniendo ahora tiempo de hacerlos, me ha parecido conveniente realizar la carrera que mi padre me propuso y obtener siquiera un título, que aquí, por desgracia, sólo es de Licenciado en Derecho. En el primer año sólo se estudian Derecho Civil (con D. Julio García), Economía Política (con Luciano Wiechers) y Sociología (con Antonio Caso). El profesor más exigente es Caso; pero por nuestra vieja amistad, y su convencimiento de mis anteriores estudios sociológicos —como también porque, de haberse ocupado en mí, que no lo necesitaba, hubiera robado tiempo a los demás—, no me exigía las lecciones. Así es que nunca estudié el pobre texto de Worms; mis únicos deberes en esta clase fueron los cinco reconocimientos del año (temas escritos en clase a la vista del profesor) y un tema para desarrollar, para el cual fui escogido por votación de los alumnos, junto con otros cinco conferencistas. Mi tema fue Las ideas sociales de Spinosa. Los otros fueron: la Política de Aristóteles (por

Manuel Herrera y Lasso, el alumno de primer año que tiene más facultades literarias y más amplia educación filosófica, porque gozó a la vez de la escolástica —es católico— y del positivismo); la Sociología de Comte (por Manuel A. Chávez), hijo de la Directora de la Escuela Normal de Maestras y sobrino de Ezequiel A. Chávez, el exsubsecretario de Instrucción, muy bien educado a la manera positivista, aunque no partidario del comtismo), la concepción sociológica de Gabriel Tarde (por Enrique Jiménez Domínguez, tema excelente como los otros dos); la *Introducción a la Sociología* de Spencer (por Juan B. Rojo, Jr., joven sinaloense que vino a recibirse de abogado en la capital y sólo ha estudiado aquí sociología, no incluida en el programa que cursó: su tema fue mediano, no muy bien documentado, aunque bien hecha la exposición del libro); y Les lois sociologiques de De Greef (por Alberto Campero, jovenzuelo educado por los jesuítas de Mascarones: su tema fue menos que mediano en la crítica, aceptable en la exposición).

En las otras dos asignaturas tampoco tuve mucho que hacer, pues Luciano Wiechers es perezoso y no se ocupaba ni en contar la asistencia ni en leer siempre los temas de reconocimiento: es, sin embargo, inteligente, si bien de cultura limitada, y explica con claridad y amenidad. Don Julio García enseña dogmáticamente y por preguntas; es bondadosísimo, más de lo debido, pues pone pocas faltas y altas calificaciones. A mí me tocó despedirle con discurso, a nombre de los alumnos, según la costumbre que se practica a final de curso; se emocionó, según dicen que le sucede siempre. Wiechers fue despedido por Herrera y Lasso, y Caso por Manuel Chávez.

Caso se queja de que la actual Escuela de Jurisprudencia no vale lo que la anterior; que *en su tiempo* había más muchachos inteligentes. Es probablemente un espejismo el que sufre Caso. Como dice Mr. Slosson en su libro sobre las *Grandes Universidades Americanas*, todo graduado universitario afirma que estas instituciones están en decadencia y señala como fecha en que comenzaron a decaer el año en que él terminó sus estudios. Caso quizás juzga según el mismo prejuicio, y nos lo hizo concebir a Alfonso y a mí. Alfonso, que tiene resentimientos personales por muchas actitudes y hechos de irreflexión de sus compañeros, accede con demasiada facilidad a la tesis de Caso. Yo he hecho una comparación de grupos, y veo que no hay una diferencia real:

a la distancia, parece que algunos grupos (años) de la época de Caso eran brillantes; pero en realidad la mayor parte de las personalidades cuyos nombres figuran allí se ha hecho después de haber pasado por la Escuela: por ejemplo, Vasconcelos. No hay razón para suponer una decadencia: es cierto que hay muchos muchachos que no saben o no entienden lo que aprendieron en la Preparatoria; pero ¿eran menos, antes, los que se hallaban en el mismo caso? Sino que entre compañeros, y no estando demasiado *hecho*, formado, el que juzga, se perdonan muchas cosas, y más tarde el tiempo las borra.

En fin, que no hay razón de suponer una decadencia (por muy deficiente que sea la enseñanza); Acevedo, que se interesa siempre por saber *quiénes hay* entre la juventud que surge, encontrará sin duda gentes interesantes que sumar a las que ya conoce.

Lo que sí puede notarse es una transformación del espíritu estudiantil. La época de Caso es la época en que enseñaba Pallares: la Escuela de Jurisprudencia era entonces turbulenta, palabrera y patriotera; los alumnos se dejaban guiar por leaders oradores, políticos, periodistas. Papel, más o menos importante de leaders tuvieron en esa época Rodolfo Reyes, José María Lozano, el mismo Caso en cuanto orador, no en cuanto estudiante de filosofía. Ese grupo salió de la Escuela a fines de 1908, cuando figuraban en el último año Hipólito Olea, Nemesio García Naranjo, Alfonso Teja Zabre. Sobrevino entonces un grupo de gente anodina; y ahora, a partir del grupo que entró a los cursos de primer año en el escolar de 1908-1909 y que ahora acaba de terminar tercer año, parece iniciarse un nuevo modo de ser: los alumnos son más serios en su conducta, metódicos y reposados generalmente, con ideales de cultura seria o de burguesía. Los frutos de aquella generación eran meetings; los de ésta son el Casino y el Restaurant de Estudiantes, el Congreso Estudiantil, cosas un poco burguesas, mutualistas y limitadas, pero que acaso sirvan como base de cosas mejores.

El grupo de compañeros de Alfonso no es muy brillante: figuran Torri y Mariano Silva, con sus aficiones clásicas poco amplias; Oscar Menéndez, yucateco, *chiflado* y desordenado, bohemio, único que aún, hoy, se parece a los de la época de Pallares; Luis MacGregor Romero, con sus triviales aficiones científicas, y otros que no son sino *buenos muchachos*. El curso siguiente es el que lleva la batuta en la escuela, y el que prefiere Caso, quien los aficionó a la filosofía: en él figuran Gon-

zález Zúñiga, hombre de acción, organizador del Casino de Estudiantes; un grupo de aficionados a la filosofía: Emilio Carvi, Benjamín Elias, y Carlos Díaz Dufoo, jr. (este último muy fácil en trato y discurso); Emilio Castañares, recientemente premiado por un trabajo histórico sobre D. José María Luis Mora; José Benítez, espíritu lento pero tenaz (ahora proyecta irse a estudiar en Alemania); José Pereyra Carbonell, veracruzano parlanchín y ligero, con aficiones literarias mal dirigidas.

En mi año no se manifiestan, como individuos salientes, sino algunos estudiosos. Es excepción Manuel Herrera y Lasso, quien, por sus facultades naturales, es más bien descuidado. Los otros dos que revelan mayores facultades intelectuales son Manuel A. Chávez —que quizás nunca se intelectualice, ni tome muy a pecho la labor de cultura, pues está muy penché sur la practique— y Enrique Jiménez Domínguez. Este ha entrado con verdadero furore a los estudios filosóficos, y ha juntado en breve tiempo una pequeña y escogida biblioteca que comprende desde Platón hasta Bergson.

Lo que sí puede notarse ya es lo que temía Acevedo: que la nueva juventud no toma muy en serio a nuestro grupo (el del *Ateneo*), como sucedía en ese mismo grupo respecto del anterior (el de la *Revista Moderna*). A eso ha contribuido (junto con la inevitable tendencia a la emancipación) el carácter enojoso de publicidad y aun de combate que se le ha dado al *Ateneo*. Habrá que trabajar bastante contra este prejuicio, si se quiere establecer relaciones con los que llegan.

Fuera de la Escuela de Jurisprudencia, hay dos jóvenes, amigos nuestros, de gran capacidad intelectual: Martín L. Guzmán, hijo del Coronel muerto en la actual revolución, y Pablo Martínez del Río, hijo del famoso abogado y educado en Inglaterra al modo clásico.

## NOTAS DE VIAJE [A Cuba]

Jueves 13 de abril de 1911, a bordo del vapor "Monterrey" en el puerto de Veracruz. Al fin salí anoche de México, en el proyectado viaje de vacaciones, con licencia de ausentarme por tres meses de mi puesto en la Secretaría de la Universidad Nacional, y quitando la instalación que tenía en la casa de Mme. Moreau, donde, por pereza de mudarme, permanecí tres años y medio. Dejé repartidos mis libros y muebles en las casas de Alfonso Reyes, Antonio Caso y Martín L. Guzmán.

Salí a las 9 de la noche, aunque la hora fijada para la salida del tren era las 8.15: la razón es que hubo que poner varios trenes para Veracruz, y despacharlos con intervalos. Aunque no avisé mi partida, y el día tuve que fijarlo la víspera (pues creí que los vapores salían de Veracruz, todavía, los viernes, siendo así que ya salen los jueves), acudieron a la estación varios amigos: Alfonso, Caso, Martín, Carlos González Peña, Escofet, Isidro Fabela, Diego Rivera, Gonzalo Argüelles Bringas, Julio Torri, Aurelio Collado, José Benítez. En los días últimos, me invitaron a comidas íntimas, de despedida: el sábado Alfonso, Caso y Alfonso Cravioto, en el Restaurant de San Carlos (Iturbide); el domingo, Carlos González Peña, con su familia; el lunes, Luis Urbina (con Alfonso), en el Bazar; el miércoles —ayer—, Chucho Acevedo, con Alfonso también, en el exquisito Café de París. El martes me ocupé en llevar a Alfonso y Acevedo a la casa de Pablo Martínez del Río, hijo del famoso abogado muerto en 1908; educado en Inglaterra, cuya literatura conoce bien, y estudiante de letras clásicas, conocedor del griego y el latín. La casa es una de las más hermosas de México en punto de lujo. Alfonso y Acevedo quedaron contentísimos de Pablito, y se proponen cultivar su amistad.

Al salir de México había luna llena, y duró toda la noche. Los caminos secos, polvorientos, y los campos y montes áridos, a la luz de la luna, daban precisamente la impresión de paisajes lunares. Al llegar a Maltrata, al célebre descenso de dos horas (hacia las tres de la mañana), el

paisaje se volvió fantástico. Al terminar el descenso, nos hallamos en la única región fértil del camino: el trecho de Orizaba y Córdoba. En Orizaba aparecieron los plátanos (con exactitud, los "bananos"), y se vieron flores; en Córdoba, donde aumentó la vegetación, especialmente en plátanos y plantas florales, aparecieron las palmas. De Córdoba hasta la costa vuelve a ponerse árido el terreno: ninguna planta se alza más de dos metros, y muchas son espinosas. Al fin, Veracruz. iThalassa! iThalassa! Pero no vi el mar sino cuando me encaminé al buque. El medio día —mejor diré horas, de las 9 a la 1— que pasé allí lo empleé —asaltado bruscamente por el calor, a todo esto— en sacar el pasaje viendo previamente al médico que da el permiso sanitario, en buscar, inútilmente, a mi amigo el periodista Mugica, y en otras diligencias pequeñas. No pude ver a nadie de los conocidos de aquí; sólo vi a algunos capitaleños que vinieron de paseo, aprovechando la Semana Santa, y a otros, como Ramón Prida, Julián Morineau y José María Lozano, que habían venido a despedir a Corral para Europa.

Veracruz, a pesar del asfalto y de los tranvías eléctricos, conserva su desagradable aspecto de ciudad provisional, donde no se vive, sino que se "pasa". No parece un gran balneario como a veces la Habana, sino una estación entre el barco y el ferrocarril. La gente anda vestida de dril blanco (y eso la decente), si es que va completamente vestida, porque muchos (y mientras trabajan, creo que todos) se quitan el cuello o el saco. Y eso que en realidad el calor es cosa a que ya deberían estar acostumbrados: a mí, que desciendo desde el valle del clima perfecto, no me pareció excesivo.

Domingo 16 de abril. Llevamos ya tres días de viaje. La travesía, en estos vapores de la línea Ward, es lentísima, especialmente por la parada de los buques en Progreso. El tiempo ha sido excelente. Pero a bordo no había nada que mitigara la monotonía del viaje. Me leí La gloria de Don Ramiro, de Larreta (excelente), los cuentos y artículos de Lafcadio Hearn en The romance of the Milky Way, y al fin me eché a leer Racine y Moliere en el tomo atestado de poetas franceses (1500 páginas de letra apretadísima) que obtuve por Oscar Menéndez y que perteneció a García Icazbalceta.

Las gentes que van a bordo son cubanos, españoles, alemanes y yankees. Creo hay uno que otro inglés y algún mexicano. Los "latinos" hablan mucho de todo, se quejan, hablan al tú por tú con los criados, y resultan, al cabo, verdaderamente groseros. La servidumbre y los empleados son, a su vez, irrespetuosos, aunque no mal intencionados; pero, como observa uno de los cubanos más serios entre los que van a bordo, "la causa de que los 'sajones' no nos respeten es que los 'latinos' no nos sabemos dar a respetar". Y lo demuestra con lo que se ve aquí mismo.

Entre los "sajones" hay una señora Buckner, yankee, con su hija, jovencita que parece más bien cubana que otra cosa. La señora, aunque es de Michigan, pronuncia el inglés con exquisito acento de Nueva Inglaterra; me dice que ha visitado dos veces México y que va a radicar en Buenos Aires. Es adepta de la "Christian Science".

El mar, tranquilo, no ha ofrecido muchos cambios. El primer día era azul profundo; en Progreso, verde claro y sucio; hoy, ya en el Atlántico, azul oscuro otra vez, y plomo bajo, las nubes. Los crepúsculos no han sido ricos en color; la salida de la luna resulta más pintoresca.

Habana, 17 de abril. Llegué esta mañana a las nueve. Me esperaba en el muelle Max, con Rogelio Sandrino y Osvaldo Bazil. Nos dirigimos a su casa, Campanario 112, donde vive con un compañero de estudios de derecho, Julio Ortiz Casanova, y un compañero de periodismo, Francisco Javier Sierra, cubanos ambos.

Después fuimos a casa de Fran, en Habana 165. Vive allá con su mujer, María del Valle y de Armas, cuya hermana Raquel, casada también, llegó poco después y comió allí. Una y otra casa son claras, luminosas y ventiladas.

Fran y Max, que resultan cubanos en todo junto a mi mexicanismo (cinco años llevo en México), que a ellos les hace reír, están completamente adaptados aquí, cada uno a su modo. Fran es quien habla más al modo cubano. Max conserva un modo más personal de hablar, y hasta ha hecho alguna escuela entre sus amigos jóvenes.

Esta noche fui a la conferencia de Varona, una de las últimas de la segunda serie organizada por la Sociedad que idearon Jesús Castellanos y Max. El deseo de oír esta conferencia fue una de las causas que me impulsaron a tomar el vapor de la línea Ward, cuando hubiera podido esperar el "Alfonso XIII", que hace el viaje de Veracruz a la Habana no en cinco días, sino en dos o tres, y que, saliendo de Veracruz el domingo, llega aquí mañana en la tarde, o pasado, temprano. Me interesaba el tema: "Mi escepticismo". Es decir, Varona iba a hablar de sí

mismo, cosa que en América no se sabe hacer, pero que yo esperaba que él hiciera magistralmente.

En realidad no habló de sí propio ni de su escepticismo, sino de su fe en la acción. iÉl, que a pesar de que siempre ha trabajado como quien tuviera fe, pone como lema alrededor de su monograma: In rena fondo e scrivo in vento! No quiso hablar, sin embargo, ni de sí mismo, ni del escepticismo filosófico. Dio cuenta de la razón de su tema (una conversación con los organizadores de las conferencias), y en seguida lo esquivó: señaló la importancia de los análisis de la duda en la filosofía moderna, y la distinción, que siempre saben hacer agudamente los escépticos, de la razón y el sentimiento; dijo que el hombre no es uno sino en cuanto que es "individuo" (única unidad que existe entre los caracteres humanos, sustancialmente); que en realidad es "múltiple"; y que a la postre es principalmente sentimiento. De ahí que, cualesquiera que fuesen las vacilaciones del escepticismo intelectual, en la práctica las necesidades obligaban siempre a alguna resolución. El espíritu perplejo ante las antinomias se refugia en los postulados de la razón práctica. "La acción es la salvadora". Puso ejemplos cubanos, y acabó confiando en la salvación de Cuba por la "acción" de sus hijos.

Varona estaba algo afónico. Además, los tranvías pasan junto al Ateneo con gran ruido y las ventanas están abiertas. Pero al fin se pudo oír, y la gente gustó mucho de la conferencia.

Vi a algunos conocidos: a Jesús Castellanos, a Juan Guerra Núñez, a Ramón Catalá. Estuvo Fran con María. Había muchas mujeres, y, según dicen, muchos políticos, especialmente del partido "Conservador" que preside Varona. En la presidencia del Ateneo estaba el Ministro de Instrucción Pública, Mario García Kohly, con Eliseo Giberga y Evelio Rodríguez Lendián.

Al salir recorrimos varios teatros (Max introduce a ellos cuantas gentes quiere), acompañados por Guerra Núñez y otros amigos de Max, no intelectuales.

18 de abril. Esta tarde fui con Max a la Universidad, para oír, en la facultad de Derecho, la clase del Dr. Pablo Desvernine Galdós.

Nunca había visitado yo la Universidad, durante mi anterior permanencia en la Habana. Está en una pequeña colina, desde donde se divisan el mar y la ciudad. La vista es espléndida: la ciudad, multicolor (aún no la había visto yo, en esta visita, panorámicamente, como me

apareció cuando llegué de Nueva York: ahora me levanté tarde el día de la llegada, y el vapor estaba entrando ya en la bahía); el mar, de un azul del mar de Bretaña que pinta Benedito en el cuadro de "Las Bretonas". El aire sopla con fuerza (como siempre aquí en la Habana: el viento es el remedio que alivia constantemente del calor; en cambio, las puertas y ventanas de las casas son un problema constante, pues hay que sujetarlas para que no choquen con las paredes).

La Universidad tiene muchos alumnos: todos visten igual, con trajes claros y flojos, con sombreros de paja del tipo aeroplano; todos o casi todos, afeitados. Es notable la uniformidad del tipo cubano: diríase que la constante comunicación social de las gentes, en salones, casinos, cafés, teatros, paseos, produce una unificación que ha llegado a dar su sello al aspecto físico de los hombres. El rasgo fisonómico principal, en los jóvenes, es la nariz recta; la boca varía más, pero nunca es demasiado ancha; las cejas son pobladas, y la mirada viva.

La superioridad del tipo femenino cubano sobre otros (el mexicano especialmente) es indiscutible. Las mujeres responden generalmente a un tipo que consiste en nariz recta, ojos de mirada viva, boca bien manejada y barba fina.

Lo único que no me ha gustado esta vez es el hablar cubano, no por la entonación, sino por la supresión de letras.

La clase de Desvernine versó sobre el derecho de acrecer (cuestión de sucesiones, en Derecho Civil). Explica Desvernine con mucha claridad, sobre el solo texto del Código, poniendo ejemplos (que en ocasiones son, según se dice, brillantes o festivos): con mucha claridad, que de hecho, me resultó demasiada. Se ve que no confía mucho en la mentalidad de los alumnos. Habló él solo toda la hora.

A las cuatro y media de la tarde vino, a la casa de Max, Eusebio Adolfo Hernández, hijo del Dr. Eusebio Hernández, candidato a la presidencia de la República Cubana. Le dejé, al irme a México, adolescente apenas. Ahora tiene veinte años, y se dice que es el muchacho que estudia más filosofía. No conoce, sin embargo, sino el positivismo. Se ve que piensa mucho en las cuestiones filosóficas, y que las entiende; aunque tiene la mala costumbre de aplicar las ideas filosóficas a muchas cosas comunes de que habla, y en las que no son necesarias. Le hablé de Boutroux, a propósito del concepto de Ley, que dijo ser asunto para él muy interesante, y declaró que compraría *De la contingence* 

des lois de la natura: quiere no caer, por el determinismo, en la consecuencia lógica de éste: el fatalismo moral.

De aquí fuimos a la casa de unos jóvenes Rodríguez Correa, Emilio y Enrique, primos de Julio Ortiz, que nos ofrecieron té. Uno de ellos me habló mucho de *Horas de estudio*. Dicen que es lector asiduo. El otro está aprendiendo a cantar.

A eso de las once de la noche se aparecieron a visita Pepe López Goldarás y José Vidal Bosque. El primero ha mejorado algo en su terrible físico: se ha puesto dientes postizos. Habló poco. El otro habló menos, y sólo dijo tonterías sentenciosas. No sé cómo ha "subido". Es secretario particular del Ministro de Obras Públicas, Joaquín Chalons. 19 de abril. En la mañana volvimos a la Universidad, a oír la clase de Derecho penal que da González Lanuza. Habló él solo, como ayer Desvernine: sus temas fueron las diferencias entre contravención y delito, entre tentativa y delito frustrado, los casos en que es punible la tentativa, y el duelo como delito. Es de una vastísima erudición, en derecho clásico y en teorías positivistas, en legislaciones y aun jurisprudencias extranjeras a la vez que cubanas. Habla con mucha claridad, pero no con demasiada minuciosidad: sintetiza con habilidad. Su método es el de disociación de ideas, lo cual sirve maravillosamente para aclarar; pero su criterio penalógico parece ser un "racionalismo" que atiende al fenómeno de derecho penal como algo en sí: quizás es más amigo de considerar lo objetivo que lo subjetivo, aunque habla bastante de este último aspecto.

En las clases, ayer y hoy, encontré a Rosa Anders Causse, a quien hice los versos de "Todo lo que pasa es bello". Tendrá apenas veinticinco años, pero ha enflaquecido, tiene manchas en la cara, usa lentes, y el brillo del pelo rubio se ha opacado.

A medio día comió con nosotros Bernardo G. Barros, literato nuevo, tipo de habanero superficial, según lo han definido aquí mismo.

A las cinco fui a la redacción de *El Fígaro*, donde hablé con Catalá — muy amable—, un poco con Uhrbach y Néstor Carbonell, y más largo con Jesús Castellanos. Hablamos mucho de México: Castellanos estuvo allí cuando la última guerra de independencia de Cuba, cuando él tenía de quince a dieciocho años. Vi a Carricarte, a quien saludé de paso sin detenerme a darle la mano. Después fui a cenar a casa de Fran, donde estuve hasta las once.

Martes 25 de abril. No han sido de mucha actividad para mí estos días. No he tenido con quién conversar mucho, parte porque aquí no abundan quienes puedan sostener conversaciones serias, parte porque todo el mundo está muy ocupado. La Habana no ha cambiado en nada sustancial: acaso, no ha sucedido otra cosa (durante mi ausencia de cinco años), sino que se agravan sus defectos. El mismo tono de escepticismo y ligereza preside a todas las conversaciones; el extravío del sentido moral en orden a todas las relaciones sociales (familia, amistades, instituciones, nación) —que en México sólo se ha producido en el orden político, por el largo despotismo de Díaz—, continúa extendiéndose: ya los jóvenes hablan francamente, por ejemplo, de que quieren conquistar una heredera rica. Y la prueba de que no lo dicen por entretenimiento es que lo hacen. Esto sin contar que, en el lenguaje usual entre jóvenes, es obligado decir mal de las reputaciones de mujer, sea cierto o no lo que se diga: de mujer no puede hablarse, aquí, sin obscenidad. Es cierto que la conversación corre siempre por las vías del humorismo, pero el humorismo demasiado fácil es fatigoso, porque, claro está, en estas conversaciones no abunda el verdadero ingenio.

La política se toma tan poco en serio (salvo para las conveniencias personales) como la reputación de las mujeres. No hay una seria preocupación por los problemas del país. Diríase que la vida, en la Habana, se ofrece tan fácil y llena de placeres, que nadie puede pensar en problemas que no ve de cerca.

Intelectualmente, el principal móvil es la vanidad, y el medio único la publicidad. La mayoría de los "intelectuales" no trabaja sino en lo que va a mostrar inmediatamente al público. Así ha surgido una juventud sin educación, superficial y vanidosa, que llena los periódicos y las tribunas de vaciedades insonoras, porque ya no se sabe escribir ni hablar. Me dice Jesús Castellanos (única personalidad nueva en Cuba desde 1900 para acá) que los jóvenes han sido, todos, fracasos en la "Sociedad de Conferencias".

Brandes exclamó una vez, al observar en la Francia de Napoleón III la carencia de altos entusiasmos y el predominio del escepticismo elegante: "iAntes había otra Francia!", o mejor quizás: "iEn otro tiempo existía otra Francia!" (La frase la he leído en inglés en la traducción de *Eminent authors of the nineteenth century* por Rasmus B. Anderson:

"There was once another France".) Aquí podría decirse: Ha existido otra Cuba. Otra Cuba mejor, que yo no he conocido, ciertamente, pero cuya tradición es conocida en toda América: la de Heredia, Domingo del Monte, Saco y Luz Caballero; la que todavía perdura en Varona, en Montero, en González Lanuza, esos hombres a quienes la gente frivola, que en nada cree, tacha de pesimistas y desanimadores. De esa Cuba queda mucho aún, sobre todo en la Universidad, pero ¿cómo es que no influye, la que queda de la antigua cepa, en lo que ahora surge? La Universidad está llena de profesores eminentes; pero no da alumnos que se distingan. La época, la vida universal de estos momentos, envía a Cuba (como a toda América) aires de superficialidad. Las llamadas "tendencias prácticas" producen en todas partes falta de solidez, apresuramiento, falta de interés por muchas cosas serias. So pretexto de modernidad, se ha roto con la tradición que nos dejaron los españoles; la cual, aunque peca de limitada, tenía seriedad.

Pero esto que observo quizás sólo sea verdad de los jóvenes y en la Habana. El número de hombres de valer, entre los mayores de cuarenta años, con que cuenta Cuba, es todavía suficiente para que el país sostenga su antiguo prestigio, siquiera sea con los mismos hombres ya conocidos hace lustros. En la conversación de los viejos —de los viejos ilustrados, sobre todo— no se traduce la falta de criterio que caracteriza a la actual juventud. Y detrás de toda esta gente que forma la crema y la espuma de la vida cubana, hay sin duda una fuerza oculta, hay un mundo de trabajo y de disciplina económica que sostiene al país. Porque es un hecho que Cuba vive y prospera, a pesar de la mala política, de la inmoralidad habanera, de la ignorancia de los jóvenes que debieran ser cultos y del escepticismo de los viejos que sí lo son pero que no toman empeño por enseñar.

En el aspecto de la Habana no se nota cambio importante: todavía brilla al sol, en amarillo, rojo, azul, blanco y gris. Las mejores perspectivas que de la ciudad he logrado ahora son las que se obtienen desde la colina de la Universidad. El mar varía cada hora, con lujo de matices en color y movimiento. Ayer se veía, junto a la orilla, verde claro, y hacia el horizonte, azul profundo con sombras color violeta.

En edificios, no tiene la Habana cosa de nuevo sino algunos grandes (la Lonja, el Centro de Dependientes, el Diario de la Marina, y siete u ocho más); no hay mejoras arquitectónicas. La arquitectura de las ca-

sas de ricos es generalmente francesa de la más ligera, "miévre"; en el Prado, lo más serio es el Palacete Estévez-Lasa.

He visto, entre mis antiguos conocidos, a Romano Pérez Cabral: se ha abierto camino; se ha hecho dentista, y se está haciendo médico; sigue tan mordaz como antes y más pesimista que yo sobre las cosas de Cuba. Osvaldo Bazil es igualmente pesimista respecto de las cosas de Santo Domingo a la vez que de las de Cuba: lo cual es algo injustificado, pues a él no le ha ido tan mal para sus merecimientos.

En la Universidad he oído dos clases de psicología dadas por Varona. Se ve que es el profesor que se hace menos ilusiones respecto de sus alumnos, y todo lo explica con mucha sencillez, Además pregunta mucho a los alumnos, que repiten bastante bien, pero sin mucha inteligencia, lo que aprenden en el texto —el excelente texto del mismo Varona—.

He ido a diversos teatros, pues en todos tiene Max fácil entrada para cuantos quiera llevar. Lo más curioso en estos momentos es la pantomima (por la compañía de Molasso, en el teatro Payret). En el Alhambra y el Molino Rojo se dan zarzuelitas cubanas del género pornográfico. Los teatros están generalmente concurridos.

Anoche oí en el Ateneo la conferencia del Dr. Ezequiel García Enseñat sobre "La casa cubana", con proyecciones. La conferencia fue bastante desordenada; porque el tema era muy amplio y el conferencista se había preparado a hablar más tiempo, pero, cuando ya se acercaba a la casa cubana de hoy, consideró prudente suspender y ofrecer para más tarde la continuación. Además, el Dr. García no siguió otro plan que el cronológico, y se ve que la falta de tiempo no le permitió desarrollar sus explicaciones. De ahí que, como piensa Catalá, la conferencia resultara "poco filosófica", amén de desordenada; pero también hay que tomar en cuenta que los cubanos están muy acostumbrados a oír "hablar bien", con párrafos y periodos rotundos, y una conferencia dada en tono familiar, como la de anoche, les resulta descosida. A mí, fuera de los defectos ya apuntados —que en realidad dejan margen para mucho bueno—, me pareció excelente la conferencia.

Comenzó el Dr. García declarando que el trabajo que él iba a hacer allí se hacía por primera vez: nadie había estudiado antes la casa cubana. Dijo que, en obvio de tiempo, tenía que hacer omisión de los habitantes de la casa cubana, de la vida que en ella se hacía, de la "casa moral",

la cual era preciso estudiar también, pues está en relación necesaria con la casa construcción.

Explicó, con datos históricos, por qué no puede decirse que exista hoy en Cuba ninguna casa construida en el siglo XVI: en aquel tiempo se construía generalmente de madera (tabla de palma y techo de guano), poco en piedra, y además las poblaciones sufrían constantemente por los traslados, incendios, terremotos y saqueos. La Real Orden que en 1538 mandó construir en Cuba casas de piedra causó verdadero escándalo, y los vecinos de la Habana "representaron" ante el Rey sobre la imposibilidad de cumplir la orden.

Se cree, sin embargo, que acaso subsiste en la Habana una de las pocas casas de piedra construidas en el siglo XVI: una de las casas de Juan de Rojas, de dos pisos, que parece haberse salvado en el incendio de la Habana (a la que puso fuego un pirata en 1555), según datos de un cronista, y que tal vez es un pequeño edificio que existe junto al que ocupa el periódico *La Discusión*. Después de ese incendio, la Habana fue reconstruida de madera de palma y techos de guano: esta afirmación fue ilustrada por una vista de algún poblado de aspecto indígena. Pero —añadió Ezequiel García— hoy mismo se construyeron en la Habana casas peores, según lo demuestra la vista de una casa cercana a la Universidad, hecha de un material que un conferencista no debe nombrar (hojalata).

La Habana del siglo XVII tuvo ya otro aspecto: la piedra comenzó a sustituir a la madera. De cómo debió de ser la Habana de entonces da idea el Camagüey (Puerto Príncipe). No definió el conferencista el conjunto de la casa, pero fue dando idea de él con las vistas y explicaciones; se detuvo en algunos detalles: escaleras con defensa de enrejado; galería; arcos interiores —generalmente entre la sala y algún otro departamento; las ventanas salientes —verdaderos miradores—; los aleros salientes también (guardapolvos), que son defensa contra el sol en clima tan cálido como el de Cuba, por más que después haya habido empeño en suprimirlos; los patios, con jardines semisalvajes y tinajones para conservar el agua. De la calle se entraba directamente a la sala: la puerta de la calle era grande y fuerte. No había comedor: se comía generalmente en las galerías. Los techos eran principalmente de dos clases (en el interior): de dos alas terminando en punta (en los cuales parecen encontrarse recuerdos de los techos que hacían los mudéjares

en España) o techos planos, cuidadosamente trabajados, verdaderos techos de ebanistería ("carpintería de lo blanco", como llamaban en España al trabajo fino, en oposición al trabajo más vulgar, que se llamaba "carpintería de lo prieto"). Todo esto va siendo sustituido por el mal gusto moderno, por la arquitectura de bombón, hasta en las ciudades de provincia.

El conferencista hizo hincapié en el estilo de los arcos, producido en Cuba por la influencia del churrigueresco español. Hizo brevemente historia del paso de lo plateresco al estilo severo de Juan de Herrera y la reacción contra éste, que culminó en lo churrigueresco; declarando, de paso, que el carácter español es plateresco, y por eso se produjo la reacción contra el estilo herreriano. Dio muestra de algunos arcos, de forma fantástica, donde ya se pierde la idea de la función del arco (como la de la función de las columnas en las columnas colgantes): algunos eran esbeltos, otros ya achatados, como si estuvieran ya próximos a caer. Otros tienen cabezas de perro, ángeles y cosas por el estilo.

En el siglo XVIII la casa cubana mejoró algo, con el progreso económico de la isla; pero los caracteres fundamentales de la construcción eran los mismos. Ejemplo: la casa del Marqués de San Felipe y Santiago —verdadero señor feudal—, conocida por grabados y por la descripción de Cirilo Villaverde. A propósito de ésta —en cuya sala se hallaban pintados el Cordero Pascual y los Doce Apóstoles— habló de la piedad en la casa cubana, y dio ejemplos de nichos, hornacinas, cruces y demás.

Habló de la ausencia de zaguán y sus consecuencias (el paso de coches y caballos por la sala, lo cual daba lugar a que hasta allí solieran llegar las gallinas, como en la *Lisístrata* de Aristófanes); de los patios, con galerías alta y baja; de los tejados, sustituidos más tarde por azoteas, cuya ornamentación típica son los jarrones sobre los antepechos; las fachadas de color, con grandes puertas y ventanas. La ventana, dijo, era una institución en Cuba: era el Belvedere de las damas, el locutorio del amor, el "coche parado" desde el cual se gozaba de los incidentes del paseo. Habló de las modas en el estilo de las ventanas y de las modas en la manera de pintar las casas: ejemplo, azul y blanco después de la guerra de los diez años (1868-78).

La antigua casa cubana era sustancialmente un cuadrado con tejado; y el cuadrado presidía a la forma interior. Las generaciones posteriores la han encontrado demasiado amplia y la han reducido: esto, que no es de celebrar, puede sin embargo explicarse por la desaparición de la antigua servidumbre: la familia del Conde de Casa Montalvo tenía en la Habana, en el siglo XVIII, cien criados. De todos modos, la casa cubana antigua era lógica, adecuada a las necesidades del país: cómoda, maciza, amplia, fresca, ostentosa, sin refinamiento, pero hecha para gentes que sabían vivir. Aquí puso punto final. Se le ha instado a que haga la conferencia con que se complete ésta, hablando de la casa actual, dentro de poco.

El domingo estuve en la casa de Eusebio Hernández. Saludé a la familia: el Doctor y su esposa, Ángeles Mesa, conservan siempre su mismo trato de consideración distinguida. A Rosita, la hija, que en la Habana es tenida por fea, la encontré agradable de aspecto, por la sencillez con que se compone. Ha tenido éxito en sus estudios de piano. Eusebio Adolfo había reunido a algunos compañeros suyos de estudios jurídicos (la señorita Isabel Ordex, los hijos de D. Rafael Montoro y otros) para hacer ejercicios oratorios. En realidad lo hacen mal, y no escogen temas que les interesen personalmente, así es que no realizan otra cosa que hilvanar frases. Eusebio Adolfo me pidió que les expusiera algunas ideas filosóficas para improvisar sobre ellas: les hablé de la noción de ley natural, según Boutroux, y él se puso entonces a defender la noción de necesidad: vi que no había pensado ni estudiado nada sobre el particular desde el día que hablé con él.

Max toma parte en la política a favor de la candidatura de Eusebio Hernández, para sostener la cual se quiere fundar un periódico con el título de *Pro Cuba*. Sobre esta cuestión celebra reuniones con un grupo de jóvenes "hernandistas": Tirso Mesa, sobrino de la esposa del Doctor, uno de los jóvenes más ricos de la Habana, casado con una de las muchachas de más prestigio social (Margarita Scull), educado en Cambridge y perito en vinos; el médico Domingo Ramos, premiado con viaje a Europa como "alumno eminente" de la Universidad de la Habana, dotado de figura muy distinguida; Luis Marino Pérez, bibliógrafo, educado en la Universidad de Michigan, donde estudió filosofía pero no pudo recibirse de doctor por falta de trabajo personal, no de cursos, que para eso se exige; el Doctor Gustavo Juan de los Reyes, Otto Bluhme —gente del mundo elegante— y el Dr. Tomeu, abogado. Este es el único que muestra aficiones intelectuales; ha leído mucho, y

con interés; pero no parece tener mucho vuelo: la otra noche, hablando de Taine, vi que no había logrado definirse el criterio histórico del escritor, a pesar de que podía describir su procedimiento. Con algunos de estos y otros jóvenes he estado algunas noches en la célebre "acera del Louvre" (que en realidad es ahora los "portales" del Hotel Inglaterra), cuyo verdadero carácter no llegué a conocer en mi anterior permanencia en La Habana: es aquélla un salón de comentarios y risa, de "choteo", en suma, donde pocos están quietos en un solo lugar. Julio Ortíz, el amigo de Max, es allí popularísimo. Una de estas noches, el motivo del "choteo" era un cura que estaba sentado en la antesala del Hotel, por el simple hecho de ser cura y llevar faldas, como las llevan aquí. Y eso que aquí no hay problema religioso.

Esta tarde me llevó Max a visitar a Ascensión Tejera, la hija del poeta difunto, Diego Vicente, en el Vedado. Es sin duda "Chon" Tejera una mujer inteligente. Max dice que es notable consejera, aunque resuelve mal sus propios asuntos. Cantó con mucha "intención" o expresión — según los casos— Beethoven (Adelaide), Schubert (La trucha), Mozart, Schumann, Grieg, Reinaldo Hahn (En sourdine, de les Chausons grises, poesía de Verlaine), y, para lucimiento, Bohemia de Puccini.

Miércoles 26 de abril. Hoy he hablado con buen número de cubanos "representativos": Ezequiel García, con quien conversé largamente en El Fígaro y luego en un coche sobre la arquitectura en México, Cuba y Santo Domingo; Varona, muy amable y con recuerdo preciso de las cosas que a su interlocutor se refieren, pero quizás algo esquivo al principio; Fernando Sánchez de Fuentes; González Lanuza, verdadero torrente de conversación salpicada de observaciones y de cuentos. A éste me lo presentó Max al terminar la conferencia que dio sobre la inmunidad parlamentaria, en el local de la Unión Internacional de Dependientes. Estuvo Lanuza, como siempre, erudito y preciso. Hizo la historia de la inmunidad parlamentaria: sus orígenes ingleses bajo Enrique VIII; su evolución en Inglaterra; sus formas en las constituciones francesas, españolas, italiana y norteamericana; su significación en la Constitución de Cuba. Según él, y según la mejor doctrina, el carácter de representante del pueblo no exime, sino que suspende, la responsabilidad penal mientras dure el período de sesiones del Congreso o mientras éste no quite el fuero al representante acusado. La cuestión es de actualidad en Cuba por el caso reciente de Moleón,

muerto por Sánchez Figueras, el cual no fue entregado por la Cámara (se dio carpetazo al asunto) y se halla ahora ausente del país.

Ezequiel García es también conversador. Cree en la necesidad de ser exigente en estos países donde las cosas intelectuales son objeto de compadrazgos y protecciones en cuanto toman la forma oficial, y asegura que, de seguir las cosas por los caminos poco serios por que van, estos países tendrán que desaparecer.

Después de la conferencia de González Lanuza estuve en el estreno de *Primavera en otoño* (de Martínez Sierra) en el Poli-Vandeville por una mala compañía en que figura Enriqueta Sierra como primera actriz. La obra es una tontería sentimental, puro "fabeleo".

Sábado 29 de abril. Al fin me he decidido a hacer algunas visitas (lo que no pensaba hacer durante este viaje, en la Habana). Fui anteanoche a casa de Ramón Catalá (a quien veo, individualmente, todos los días, en la redacción de El Fígaro); anoche, a casa de la familia Arias, amiga de Max. La familia de Catalá, compuesta por su mujer, Juanita Orbea, su suegra y su hija Raquel, novia de Bernardo Barros, es culta y afable. No cabe duda de la superioridad mental y social de la mujer cubana sobre la mexicana.

He seguido yendo a la Universidad. La perspectiva me parece cada vez espléndida: la ciudad, resplandeciente de amarillo, azul, rojo, rosa, verde, blanco y gris; el Morro, recortado y azotado por las olas constantes, con su aspecto de tarjeta postal, como decía Bienvenido Iglesias; el mar, verde claro junto a la orilla, azul oscuro con pronunciadísimas sombras purpúreas más allá. Por el Oeste se divisan ya los campos, no muy ricos, precisamente porque son los más cercanos a la ciudad, pero admirables de línea y color.

He oído nuevamente clases de Varona, Desvernine y González Lanuza, y he asistido a las de Rodríguez Lendián y Adolfo Aragón. Rodríguez Lendián, ayer, no habló, sino que dio la palabra a un alumno, Arturo Fernández, encargado de hacer una conferencia sobre Wallenstein (la clase es de Historia universal). El alumno dijo de memoria su conferencia, escrita en estilo fácil y correcto: la exposición es bastante buena; la síntesis crítica fue mediana. Habla con buena entonación, aunque pronuncia mal los nombres extranjeros. A los alumnos gustó mucho la disertación.

Adolfo Aragón, en la clase de Literatura Latina, habló de César y Salustio. Tiene palabra fácil y mucha memoria. Conoce bien muchos detalles y expone buen número de ideas generales, aun que no se eleva mucho.

Oí a Desvernine hablar de testamentos y particiones. Para él la partición hecha en vida por el testador es una institución artificial, que aquí ofrece complicaciones en virtud de la herencia forzosa. Citó una teoría alemana que considera el testamento como mero "proyecto de acto jurídico" que sólo se convierte en acto verdadero al morir el testador.

Varona, en clase de moral, habló de las costas y de sus supervivencias (tales como el sacerdocio y la milicia) como elementos de alteración de la moral común: el militar, por ejemplo, se aparta de muchos conceptos de moral general. Dejó escapar una nota de escepticismo diciendo, hacia el final, que "nuestra civilización está prendida con alfileres"; pero agregó "hay que conspirar a que no se afloje sino se afiance".

Lanuza habló de la teoría del delito, y examinó la definición de Garofalo, de que es el hecho que atenta contra la moral media y las condiciones de vida social en un pueblo y una época determinados. Hizo verdaderos derroches de erudición, aunque siempre bien aplicada, nunca innecesaria. Creo que tienen razón los que le consideran como el catedrático más brillante de La Universidad.

Estuve un rato en el teatro grande del Politeama, donde "debutó" la compañía dramática de Francisco Fuentes con La ráfaga, de Bernstein. La compañía es tan mediana como lo fue siempre. Antes de llegar al teatro pasamos por la calle de San Rafael, que ofrecía un aspecto curioso por la multitud que en ella circulaba. Esta multitud que "boulevardea" acude allí a esa hora en virtud de una disposición legislativa, pudiera decirse: antiguamente, las tiendas de la Habana, abiertas desde temprano en las mañanas, continuaban abiertas por la noche hasta la hora que fijara la voluntad de cada dueño; pero, cuando se dictaron leyes sobre el trabajo, hace muy pocos años, se dispuso que las tiendas cerraran a las seis de la tarde, y sólo se permitía, como excepción, que abriesen de noche, hasta las diez, los sábados. La noche del sábado, pues, acuden los habaneros a hacer compras en las tiendas elegantes de Obispo y San Rafael. Los habaneros han tomado de aquí ocasión de fiesta, y los jóvenes acuden a pasearse por la calle mirando a las compradoras. Hasta han logrado, no sé cómo, que no pasen por allí coches

a esas horas; de modo que la fiesta es completa, y la calle se vuelve salón, prolongación de la "Acera del Louvre".

Domingo 14 de mayo de 1911. No he tenido vagar ni tampoco mucho deseo de escribir notas en la quincena transcurrida. Estoy ahora frente a la ciudad haitiana de Aux Cayes, a bordo del vapor francés Abd-el-Kader, que me lleva de Santiago de Cuba a Santo Domingo. Va conmigo Camila. Salí de la Habana para Santiago el jueves 4, a las diez, por el Ferrocarril Central, y llegué el viernes 5 a las nueve y media de la noche. Después de mis últimas notas de la Habana no puedo decir que observé otra cosa sino personas.

El domingo 30 fui, con Julio Ortiz, a la famosa quinta de Rosalía Abreu, "Las Delicias", en Palatino, al terminar la Calzada del Cerro. Rosalía recibe los domingos. Julio Ortiz, que es su sobrino, tiene allí confianza; si bien no tuvo éxito en sus pretensiones a la mano de la hija de la casa, "Lilita", que ahora está en París, donde quizás se case con un nieto de Pasteur.

Al terminar la carrera del tranvía que recorre la Calzada del Cerro, uno de los automóviles de Rosalía espera a los visitantes; en él se atraviesa una calle del barrio llamado Palatino y se penetra poco después a la quinta, por una larga avenida de altísimas palmeras: el auto se lanza entonces a toda velocidad, y nos deja al fin en el pórtico de la casa. Las visitas no eran muchas: la familia de Julio Ortiz, el Dr. Octavio Ortiz Coffigny, médico, y su esposa Justina Casanova, con una niña, que entra apenas en la adolescencia y ya con la obesidad propia de la familia, heredada sin duda de la madre, pues el Doctor es delgado; el escultor español Fernando Adelantado, con uno de los secretarios de la Legación Española en Cuba; José María Solano, que estuvo recientemente en México, como Secretario de la Legación Cubana; a última hora llegó un señor Dussag, francés rico. Por supuesto que en este grupo la personalidad más interesante es la misma Rosalía. Debe de tener cerca de cincuenta años; nunca ha sido hermosa, ni es, en rigor, un tipo distinguido, aunque se viste bien (aquel día estaba vestida de blanco, cubierto con punto negro); no es propiamente "culta", es decir, no ha tenido una educación ordenada, ni siquiera la disciplina de cultura que permite a la francesa, por ejemplo, terciar en toda conversación. Pero es inteligente; y con sus maneras francas, y su despreocupación, hace interesante su charla. Tiene, en suma, "personalidad". Ha viajado muchísimo, y todo lo ha visto y juzgado, por su cuenta (porque, aunque lee, no tiene nada de "libresco"). El pseudoartista Adelantado se puso a desbarrar sobre Italia, y ella le contuvo, especialmente al tocar Venecia. "Venecia —le dijo— no es para gustada de primera impresión." Declaró ella que los dos países por donde más había gustado de viajar son —cada uno a su modo— Italia y Egipto. De la Atenas moderna le gustó el aire de fiesta y charla con que se ve a las gentes la gran semejanza con Cuba en ese aspecto. Tronó contra los que sólo visitan París, y en París sólo los cafés y lugares de baile; citó como ejemplo a su amigo el General Pino Guerra. Dijo que, si ella fuese gobierno y pensionara para estudiar, exigiría que el pensionado "hiciese" varias ciudades europeas, no una sola, que siempre resulta ser París.

Entre otros detalles de su conversación, habló de su amor por los animales —los mamíferos, no las aves—, asegurando que todos pueden llevarse bien con el hombre, si éste les quiere y trata bien; habló también de Lola Tió, con quien dijo haber tenido hacía poco una larga conversación, como decía aquélla, "de alma a alma". Se declaró, por último, partidaria de la falda-pantalón.

Tipo muy diferente del de Rosalía es el de Justina Casanova, que pasa por ser una de las mujeres más cultas de la Habana. Esta conoce bien los idiomas y los libros, pero ha viajado mucho menos que Rosalía; habla bien, con elegancia y con "esprit", pero resulta "aliteratada".

La quinta no es tan maravillosa que justifique la fama extraordinaria que algunos le dan en la Habana. La casa es un "cháteau" de poco estilo, de dos pisos, pero no muy extensa. El decorado interior es suntuoso, pero a veces algo pesado (especialmente los techos, los artesonados); hay salón estilo Luis XV, rincón oriental en la sala de billar y cosas por este tenor. El campo que rodea la quinta llama la atención por extenso y por la gran variedad de plantas que hay allí. Hay un jardín versallesco, descendente; varios estanques, una capillita con "vitraux" en vez de imágenes. Tiene además Rosalía muchos animales diseminados en su posesión: guacamayos, osos y especialmente monos en gran número.

En la noche del mismo domingo fui a ver a Lola Tió. Habló mucho, como es su costumbre; noté que tiene un tino extraordinario en sus opiniones literarias. Declamó contra la ignorancia de la juventud cubana; llamó a Jesús Castellanos "la flor de la cima". "Y es —añadió— que

en estas cosas se necesita la tradición, que ustedes tienen; y Jesús Castellanos viene de una familia en que hay literatos, siquiera no hayan sido distinguidos." Definió a Varona como el único intelectual cubano que ha seguido paso a paso, escalón por escalón, una evolución ascendente. Sanguily, según ella, se ha abandonado. De los mexicanos elogió a Nervo y Urbina y a Icaza.

Visité a la noche siguiente a las Billini —la pintora dominicana Adriana Billini y sus hermanas Amelia, Rosa y Pepa—, cada vez más viejas, pero siempre parlanchínas y amables. Su salón está concurrido generalmente por gente cursi, muchachas y jóvenes que ellas se encargan de casar, ya que no pueden casarse ellas mismas.

Concurrí todas las tardes a la redacción de El Fígaro, donde una "coterie" flotante comenta la vida intelectual de la Habana. Catalá, suprimida la sombra de Pichardo, se ha revelado hombre hábil —la verdadera fuerza del *Fígaro*— v ha desarrollado una peculiar aptitud de hacer frases. Es, entre los literatos de Cuba, el hombre que "define" con sus frases, como Acevedo en nuestro círculo de México. Varona va con frecuencia, pero por poco rato, a El Fígaro. Hablé con él sobre los estudios filosóficos en Cuba; se mostró pesimista respecto de la generación actual: dice que a sus clases no van, no atienden (bien que en Cuba la costumbre es no ir a las clases de la Universidad); que el curso de psicología es "un desastre"; que, en cambio, los hombres de su tiempo habían estudiado mucho: Sanguily, Montoro, Desvernine, Borrero... Confió en que las cosas cambiarían cuando se hubiera vuelto a alcanzar en Cuba la estabilidad económica de antes, y elogió a México como país donde siempre se había estudiado, donde existía una continuidad en el estudio de la filosofía. Me regaló dos obras suyas, colecciones de artículos: Desde mi Belvedere y Mirando en torno. El primero lo tengo leído desde muy atrás; el segundo contiene artículos sobre política cubana, escritos cuando la revolución de agosto de 1906.

A despedirme en la Habana para Santiago estuvieron Julio Ortiz, "Paco" Sierra, Joaquín Rodríguez Lanza (pianista joven y elegante, muy amigo de Max), y además Fran y María, con quienes comí esa noche, y Max.

Los ferrocarriles de Cuba no son tan malos como yo esperaba: me resultó cómodo el tren, aunque marcha muy despacio, por lo general a menos de un kilómetro por minuto. Los campos son muy llanos y muy verdes, pero la vegetación no es muy alta. La palmera se repite hasta el infinito. La vegetación se hace más espesa mientras más se avanza hacia Oriente; hay veces en que la "manigua" se ve prodigiosamente tupida. Otra característica del campo cubano es la quemazón continua, para perfeccionar las siembras (destruir maleza, sustituir pastos viejos con nuevos, y por el estilo); en la noche se ven a un mismo tiempo ocho o diez campos encendidos a la vez. Otro efecto curioso que vi fue el de un carro cargado de caña y brillante por la multitud de cocuyos que allí se albergaban. Los ingenios de azúcar, sin embargo, no están, sino por excepción, cerca del ferrocarril: ni lo necesitan, pues cada ingenio tiene su ferrocarril propio que se comunica con el Central.

En Santiago de Cuba no me esperaba nadie en la estación, porque el telegrama de aviso llegó junto conmigo, no sé si por descuido de Fran o por retardo de la oficina telegráfica. Encontré a papá en cama con fiebre, por lo cual no ha podido salir a ocupar su puesto de Ministro de Santo Domingo en Haití, donde va a arreglar la cuestión de límites; se levantó, sin embargo, dos días después, y volvió a trabajar. Las mujeres —Tivisita y Amalia— las encontré bien, aunque la primera está enferma, afectada de los ríñones y el corazón, y necesita de inyecciones fortalecedoras todos los días. Tiene cuatro niños: los tres mayores, varones, acostumbrados al campo, viven en una agitación constante y metiendo un ruido atroz. Camila, casi de mi estatura y delgada relativamente. Con la familia vive — ¿cuándo no? — un atlátere: mi primo Arístides Sócrates Nolasco, Arístides en la familia, "Sócrates Nolasco" por firma literaria. Se ha hecho literato en Santiago de Cuba; el resultado es que su talento natural —que tiende a la observación humorística— se ha desviado hacia la tontería romántica de la literatura provinciana. Tiene allí un círculo de jóvenes literatos, tan desorientados como él; sólo conocí a uno, que hace versos encrespados, de romanticismo tétrico y misantrópico, aunque en la vida privada es un joven sencillo y parlanchín: Fernando Torralva.

Entre gentes de más edad hay hombres de más cultura literaria, como "Ducazcal" (Joaquín Navarro Riera) y Alberto Doboy, el que estuvo en Santo Domingo. Los visité en las redacciones de sus respectivos periódicos, *El Cubano Libre y La Independencia*, este último copropiedad de Duboy y de los Ravelo, dominicanos.

También vi a Alejandro Woss y Gil, el ex presidente de Santo Domingo, "causeur" original. Yo no sé si lo ha leído todo o lo ha pensado todo; pero ello es que no hay cuestión que escape a su charla. Es un poco descosido; nunca cita sus "autoridades", así es que todo lo dice como suyo; y con su defecto de no completar muchos párrafos, hay veces en que se hace difícil seguirle. Conversé con él tres veces; dos de ellas en el Club San Carlos, el centro "aristocrático" de Santiago de Cuba. Allí se reúne especialmente con jóvenes, de quienes dice que aprende más que de los viejos, aunque no sé a punto fijo qué cosa pueda aprender de los jóvenes con quienes me presentó: gente que ha leído cosas malas, que no ha entendido lo bueno, y cuya única cualidad es la buena fe.

La ciudad de Santiago de Cuba tiene tan escaso interés, en punto de estilo arquitectónico, como la Habana; pero es igualmente pintoresca, llena de colores, más curiosa, porque es toda cuestas. En ella subsiste, mejor que en la capital, la "casa cubana", con sus antiguas condiciones de amplitud, ventilación y luz.

La casa de mi padre corresponde a ese tipo: es de un piso por el frente, pero en el patio tiene un piso más, al cual se sube por una escalera de madera, techada de zinc, situada en el medio del jardín; en éste hay árboles, enredaderas y jaulas con pájaros. Todos los departamentos de la casa son amplios y altos; no hay zaguán, así es que todo pasa por la sala (el coche no se tiene allí, naturalmente, sino en la cochera aparte); tampoco hay comedor: se come en la galería del patio.

Lunes 15 de mayo. En estos momentos —las diez y media de la mañana— el Abd-el-Kader sale de Jacmel. La bahía es pequeña, pero muy abrigada, por su forma semicircular, aunque, claro está, no llega a la seguridad de las bahías de la Habana y Santiago de Cuba.

Las tierras de Haití ("tierra alta" en Los Cayos) tienen su carácter peculiar: montañosas y pobladas de vegetación, más que la tierra de Cuba. En la misma noche del día en que salimos de Santiago comenzó a verse la tierra de Haití: me asombro su altura, por lo raro que resulta ver desde el mar tan gran línea de montaña. En las rocas de la costa abunda la piedra caliza: asi es que se da el curioso efecto de ver manchas blancas entre la vegetación, más espesa que la de Cuba.

Las ciudades haitianas que ahora vi resultan pintorescas (Aux Cayes — Los Cayos—, Jacmel), especialmente Jacmel, muy pequeña, edificada

sobre cuestas, entre palmeras, y con abundancia de casitas de estilo de "chalets" suizos, con tejados rojos.

Pero lo más asombroso es el Mar Caribe, por la increíble cantidad de tonos con que aparece: desde púrpura y rojo hasta los verdes y azules más pálidos.

A bordo va un grupo heterogéneo de gentes: dos mujeres de teatro, una de ellas argentina, "Alina Lina", culta y amable, conoce bien el francés, el inglés y el italiano y, lo que es aún más raro, el castellano, habla con facilidad de tono y proclama las superioridades de la Argentina, excepto en el manejo del idioma; la otra, una española más vieja, "la Morenita", inculta y tonta, que no habla sino de París y en francés, aunque francés pésimo; un comisionista español, joven, de apellido Ramos, enamorado de México (único país, dice, por el que siente nostalgia); un brasileño, Nogueira, poseído por la manía de viajar, y extraordinariamente obtuso: diríase que está hecho para confirmar la mala fama de la raza portuguesa; y un dominicano, Oscar Ortiz, de los favoritos del actual gobierno, muy inculto pero lleno de la malicia dominicana: un dominicano típico.

Miércoles 17 de mayo. Ayer por la mañana llegamos a Santo Domingo. El vapor no entró —aunque en Cuba se anuncia que entra— en el río Ozama, y hubimos de bajar en bote, en la rada (el Placer de los Estudios), agitadísimo, con la lluvia de la noche anterior. Aunque he salido poco, puedo decir que ya me he dado cuenta nuevamente de la ciudad. Las calles han mejorado (las del centro están niveladas, y hay alcantarillas), hay un buen número de casas nuevas —estilos a veces extravagantes, a veces sencillos, como las de la Habana— y subsisten las casas viejas pintadas de colores, al modo antillano. No queda gran cosa de arquitectura vieja —menos de la que yo esperaba—, pero sí hay cosas interesantes. El detalle más notable de ornamentación antigua es el de la "Casa del Cordón". Hay muchos árboles: desde el mar la ciudad se ve envuelta en árboles y rodeada de vegetación. Pero lo que da aspecto pobre a la ciudad es la poca altura de las casas, que rara vez, cuando son de un piso, pasan de cinco metros de altura.

Miércoles 24 de mayo. La semana ha transcurrido entre intervalos de lluvia y de sol: en los segundos hemos recibido (aquí en la casa de mi abuela materna y de mi tía Ramona) multitud de visitas, desde el primer día: mi tío Ildefonso Henríquez y Carvajal; su hijo Noel Henrí-

quez Sánchez, que comienza a hacer versos; sus hijas Sofía y Clemencia; mi tío Daniel Henríquez y Carvajal; su hija Clotilde Henríquez, viuda de Rodríguez, con sus tres hijos: Celeste, Lila y Francisco Manuel; mis tías Adelina y Mercedes Henríquez y Carvajal; Luisa María Henríquez Valverde, hija de mi difunto primo Medardo; mi tía Clotilde Henríquez de García, con sus hijos Florida y Carlos Manuel, y la medio hermana de ellos, Matilde García; mis primos Porfirio, Federico Noel, Luz, Carmela y Carmita Henríquez García; mi prima Julia Henríquez, viuda de Peña, con su hija Carmitina; varios parientes por el lado materno: mi madrina Valentina Díaz de Morales con su hija adoptiva María Lazcano; María Antonia López de Heredia y su hija María Eleonora; Pedro Ureña y sus hijos pequeños Vicente, Pedro y Altagracia; Mercedes Echenique Peláez y su sobrina Mercedes Echenique Batista; las maestras del antiguo "Instituto de Señoritas", Leonor Feltz y Ana Josefa Puello (ésta con su tía Francisca); el abogado y magistrado don Manuel González Marrero y su hija Consuelo; mi prima Consuelo Pellerano y Carvajal; don Jaime R. Vidal y su hija Josefa, reina de los últimos Juegos Florales; Vitalina Hernández de Castro, esposa del joven abogado que tiene hoy a su cargo el antiguo despacho de mi primo Enrique Henríquez; don Maximiliano C. Grullón; su hermano Arturo, doctor en medicina de la Facultad de París; Manuela Peinado, viuda de Peinado; su hijo el abogado Jacinto B. Peinado, familiarmente Mozo; Raúl Abreu, pariente mío lejano y director de la revista La Cuna de América; Valentín Giró, poeta, director de la revista Osiris; dos primos, hijos de hermanas naturales de mi madre, Juan Bautista Luque y Ariza y Félix María Guzmán y Ariza; Asunción Troncoso, viuda de Frier, y sus nietos Julio Ortega Frier y Mercedes Laura Ortega de Hernández; Arquímedes Cruz y Juan Bautista Lamarche, jóvenes que escriben versos; mi prima Clotilde Henríquez de Menéndez con una de sus hijas pequeñas; Edmundo Lluberes, a nombre de sus padres don Pedro Lluberes y doña Aguedita Saviñón; mi primo José Marino Henríquez Moreno; Mariano Heredia y Mendoza, el esposo de María Antonieta López Ureña, y otros más.

Martes 30 de mayo. Mi padre llegó el viernes 26, para recibir instrucciones sobre su misión diplomática en el asunto de Haití. De entonces acá las visitas se han multiplicado, hasta el punto de que no haya casi momentos de soledad en la casa.

Yo he salido a hacer algunas visitas: la casa de mi tío Federico y su segunda esposa Luisa Ozema Pellerano; la casa de sus hijas del primer matrimonio; las de mi tío Daniel Henríquez y Carvajal, de sus hijas Elena Henríquez, viuda de Pou, y Clotilde Henríquez de Menéndez; de Altagracia Díaz, viuda de mi abuelo Noel Henríquez, de quien fue tercera esposa; de mi madrina Valentina Díaz; de su hermana María Nicomedes; de Mercedes Echenique; de su cuñado Gerardo de Marchena; de la maestra normal Encarnación Suazo de Abreu; de Bienvenido Iglesias, grande amigo mío en la Habana; de Manuela Peinado, de Rosa Frier, viuda de Perdomo; de Antonia Frier, viuda de Ortega: de Filomena Peláez de Hansen; de mi tía Clotilde Henríquez de García; de mi prima Julia Henríquez, viuda de Peña; del Dr. Rodolfo Coiscou; de las hijas de don Santiago de Castro; de Luisa Vos; las redacciones del Listín Diario y de Blanco y Negro. He visitado principalmente el "Salón Goncourt" de Leonor y Clementina Feltz, donde hemos hecho lecturas de Oscar Wilde y Edith Wharton; y concurro al Club Unión y al Casino de la Juventud.

He recibido otras visitas hechas personalmente a mí, tales como la del Dr. José Lamarche. Este es un hombre de alta cultura, pero extravagante; se halla a sus anchas en el orden puramente teórico y fracasa en el orden práctico; es, según mi padre, el mejor jurista y el peor abogado de Santo Domingo.

Sábado 3 de junio. He salido a pasear en automóvil, hasta Jaina (dieciséis kilómetros), invitado, primero con Camila y mi tía Ramona, por Mercedes Echenique Peláez, y después por Valentín Giró y mis primos Federico Noel Henríquez García y Noel Henríquez Sánchez. La carretera es excelente, y ha costado muy barato (unos 150.000 dollars); desde ella se divisan campos poblados de vegetación, la típica vegetación tropical.

He visitado la tumba de mi madre, en la Iglesia de las Mercedes; y además otras iglesias: la Catedral y la del ex Convento Dominico. Hay excelentes altares, y algo bueno en "santos de palo" y algunas admirables pinturas antiguas, especialmente la Virgen de la Antigua y el Cristo de la capilla bautismal, en la Catedral.

He hecho pocas visitas en estos días, pero largas algunas: ayer comimos en la casa de mi tía Clotilde Henríquez de García, y hoy en la casa de mi tío Salvador Henríquez y Carvajal. Más brevemente he visitado a

mi primo Porfirio Henríquez García, a mi tío Ildefonso Henríquez y Carvajal y a las Puello. He estado también, en parques y cafés, con "la juventud literaria", un grupo de gente ruidosa y quisquillosa, formado por Rafael Damirón, Arturo Logroño, Arquímedes Cruz, Arturo Freites Roque, Luis Armando Abreu, O. Vigil Díaz, Primitivo Herrera, Fernando Arturo Garrido, Juan Bautista Lamarche, Julio A. Piñeiro, Fernando Arturo Pellerano, Enrique Aguiar, y mi primo Noel. Es una juventud que quizás tenga más talento literario que la de Cuba, pero tiene todavía menos cultura que aquélla.

## CRÓNICAS

#### **CRÓNICA**

La Sociedad literaria "Amigos del País", enaltecedora de todas las legítimas glorias nacionales, celebró en la noche del viernes 8 de Junio una velada en memoria de José Joaquín Pérez.

El acto celebrado en honor del altísimo poeta, príncipe de las letras quisqueyanas, resultó modesto, pero digno de él por las hermosas ofrendas en verso, prosa, música y flores que allí se consagraron a su recuerdo.

Los salones de la sociedad, a los cuales concurrió regular número de personas, estaban adornados con severidad, y en el testero del principal lucía un cuadro de gran tamaño, obra del genial pintor Luis Desangles, que representa la apoteosis del poeta.

La velada se inició con un conocido nocturno de Field, ejecutado en violín y piano por los aplaudidos artistas Héctor de Marchena y Manuel de J. Troncoso de la Concha; al cual siguió el discurso en elogio de José Joaquín, escrito por el presidente de la sociedad, José Dubeau, y leído, a causa de la inasistencia de este al acto, por el socio Emilio Prud'homme. El panegírico del Sr. Dubeau hace resaltar los meritorios actos de la vida del ilustre dominicano y exulta la valiosísima y abundante obra poética del autor de *Fantasías Indígenas*.

Uno de los poemas de esa preciosa colección, el que encierra la triste historia de la virgen india *Vaganiona*, fue recitado por la Señorita América Cestero. La tierna "fantasía" de Pérez tuvo muy feliz intérprete en la joven recitadora.

Miguel A. Ravelo, un niño de menos de diez años, con precocidad de artista tocó en el clarinete, acompañado al piano por M. de J. Troncoso, un tema de la más acabada obra de Bonizetti.

El socio Enrique Deschamps leyó una sentida y primorosa "meseniana", ofrenda de una de nuestras más geniales escritoras, la laureada Virginia E. Ortea, al poeta mil veces laureado por la fama. 160 Crónica

Héctor de Marchena y Enrique Cambiar ejecutaron en violín y piano una doliente melodía, obra del último, y también ofrenda al bardo muerto. Para cerrar la primera parte, la aplaudida recitadora Rosa de Noel Henríquez dijo admirablemente una delicada "fantasía indígena" de Prud'homme, escrita en memoria del cantor de los aborígenes quisqueyanos.

キャン

Hubo entonces un intermedio, después del cual la Señorita Blanca Mieses, acompañaba al armonio por Troncoso, ejecutó en el piano con expresión de *virtuoso*, un melancólico y ensoñador nocturno de Chopin. El joven Luis Cohén leyó unas estrofas en ofrenda a Pérez, y Enrique Deschamps precedió de un trabajo en prosa las "Impresiones" dedicadas por la laureada poetisa Salomé Ureña al autor de "Fantasías Indígenas" en la aparición de estas.

El joven Maximiliano Henríquez Ureña tocó en el piano su triste "Elegía" dedicada a la memoria del poeta; Arturo B. Pellerano Castro leyó unos versos llenos y sonoros, como suyos, en los que describe el cuadro-apoteosis de Desangles; y por último, la Señorita Luz Henríquez recitó inspiradamente "La vuelta al hogar", poesía de José Joaquín Pérez que es toda "música, color, alma".

La velada terminó con el acto de ofrendas, —acompañado por un solemne trozo de Verdi, que ejecutó con maestría en el armonio el socio Troncoso—, al cual concurrieron asociaciones y particulares con artísticas combinaciones de hojas y flores. El acto resultó imponente y fue la verdadera apoteosis del poeta, del sentido bardo quisqueyano, del prodigioso dominador del verso y de la rima, del sorprendente pintor de la naturaleza tropical, del más poderoso evocador de una raza muerta y perdida en el océano de los siglos.

Santo Domingo, Junio 1900.

(Publicada sin firma en la edición especial de la Revista Ilustrada de Santo Domingo, a la memoria de José Joaquín Pérez).¹

▶ Revista Ilustrada, núm. 2, año II, 15 de julio, 1900.

<sup>&</sup>lt;sup>1</sup> Nota manuscrita del autor en la copia de su Archivo. N.d.e.

## Teatrales Virginia.—La locura de amor

El sábado 28 celebró su beneficio la eminente actriz Doña Luisa Martínez Casado de Puga con la famosa tragedia *Virginia* de Tamayo. Esta obra, aunque no es nueva, aún no había sido representada aquí, y su estreno hizo furor.

Tamayo y Baus es el primer dramaturgo español de este siglo. No es tan fecundo como Echegaray, pero sí más grande y elevado poeta. La rica hembra, La bola de nieve, Virginia, Un drama nuevo, son, cada cual en su género, obras maestras del teatro español contemporáneo. Virginia, ha dicho Menéndez Pelayo, es la mejor "entre cuantas tragedias se han compuesto en nuestra lengua", superior al Edipo de Martínez de la Rosa y a La muerte de César de Ventura de la Vega. Es digna de figurar al lado de las famosas tragedias históricas de Shakespeare, Corneille y Racine.

Virginia se basa en el conocido episodio de la historia romana cuyos resultados fueron la caída del decenvirato y la libertad de los plebeyos. En ella surge, como resucitada, la Roma antigua, noble y fiera, aún no mancillada por la corrupción imperial, la Roma libre, que consagró con proezas inmortales la vindicación de sus derechos cada vez que hubo quien quisiera subvertirlos.

La obra está dispuesta lógicamente, conforme a la historia, de la cual solo se aparta para embellecer algunos detalles; no tiene intrigas ni enredos; allí no hay más que el juego de pasiones y caracteres, que están vivos y palpitantes. Es sobria, clásica, pero la realidad de sus escenas place a la manera romántica. Por lo demás iqué admirable cada detalle! qué oportunas y qué romanas aquellas sentencias! qué elegantes, dignos y robustos aquellos versos!

Luisa Martínez Casado estuvo sublime la noche del sábado. En *Virginia* reveló una faz nueva de su talento artístico. Sarah Bernhardt o Eleonora Dusse, a quieres recuerda la figura de Luisa, podrán superarla al crear una mujer, pero no al crear una romana, tal como la concebi-

162 Teatrales

mos los pueblos de raza ibérica, que sin duda la concebimos mejor que otros pueblos. La creación de Tamayo, la *Virginia* que soñó el poeta, nadie podrá hacerla mejor que Luisa.

Luisa Martínez Casado, al personificar en la escena a *Virginia*, personificaba el alma de la antigüedad greco-romana, revivida en el arte. Parecía la estatua de la tragedia clásica, vestida con la túnica solemne, desnudos los brazos hieráticos, envuelta en el negro velo que simboliza su sujeción a la fatalidad.

Los otros actores, sobre todo Alcón, estuvieron muy bien, a pesar de que se notaba que había poco estudio de los papeles. En el conjunto del quinto acto fue notable la expresión de los rostros. Pero Luisa fue la que conquistó todos los lauros. El numerosísimo público que llenaba el coliseo la aplaudió frenéticamente, la vitoreó y la coronó de flores. Raras veces se ha visto en nuestro teatro una ovación tan ruidosa y espontánea.

El domingo 29 se puso en escena *La locura de amor*, drama histórico del mismo Tamayo cuyo asunto es la famosa locura de la reina Doña Juana de Castilla.

Lo principal aquí es el magistral estudio psicológico de la Reina, a cuyo alrededor giran los demás personajes. También es muy notable la reconstitución del medio.

...¹ defectos de este drama, hijos del romanticismo, son de adorables y generales locuras que suelen tener los españoles, pero no disgustan.

Luisa supo sentir intensa y admirablemente cada una de las diversísimas situaciones en que se coloca el alma de la protagonista. La señora Clara Fernández, en el papel de *Aldara*, reveló buenas aptitudes para el arte. González, M. Casado y Alcón estuvieron muy bien casi siempre. El público ha estado muy satisfecho de las obras de Tamayo, y desea que, si la Compañía puede, ponga en escena varios de los mejores dramas de este insigne autor.

Вонесні́о.

▶ Lucha, Santo Domingo, 31 de julio, 1900.

<sup>&</sup>lt;sup>1</sup> Hay una rasgadura en el recorte de este artículo depositado en el Archivo de PHU. N.d.e.

# TEATRALES TAMAYO Y LUISA MARTÍNEZ CASADO. LA BOLA DE NIEVE.—ADRIANA LECOUVREUER

La compañía Luisa Martínez Casado cerró el martes con *La bola de nieve* el ciclo de obras de Tamayo que había prometido dar en este abono.

Tamayo es uno de los autores dramáticos que más profundamente han conocido el alma humana. Tiene de Shakespeare la suprema intuición psicológica; de Goethe el poder reflexivamente armonizador. No creó grandes tipos simbólicos, como Hamlet, Segismundo, Fausto; pero como poeta conocedor de la naturaleza humana rivaliza con el mismo Shakespeare. Todas las pasiones, el amor, los celos, el odio, la locura, todos los heroísmos están vivientes en su teatro. Traza sus caracteres magistralmente.

Sus obras son concepciones sencillas completas que se resuelven en un conjunto armonioso. Es cierto que algunos de sus dramas son defectuosos. Pero hay que considerar que Tamayo marca en España con Ayala la transición del período romántico al período moderno que por eso algunas de sus obras adolecen de los vicios del teatro romántico. Sin embargo, aun en esas subsisten algunas de las cualidades que inmortalizan sus obras maestras.

Tamayo tiene un grande y raro poder: el de saber reconstruir la época, el medio en que se desarrollan sus dramas históricos o antiguos. *Virginia* es un modelo: acaso nunca se ha hecho mover en escena con más intensidad de vida el pueblo de Roma. En *La rica hembra y Locura de amor* vive la España de los siglos de oro; en *Un drama nuevo* la Inglaterra de Isabel. En *Ángela*, a pesar de sus defectos, vive la Italia del siglo XVIII.

Y es que Tamayo además del poder animador con que hace vivir sus escenas aportó a sus dramas un estudio asiduo del hombre y de la historia de las sociedades. Sobresalió Tamayo no solo en la tragedia y el drama sino también en la comedia de costumbres. Sus comedias, como

164 TEATRALES

las de Ayala, son *comedias dramáticas*, en las cuales el chiste y la gracia cómicos no obstan a que el conflicto pasional tome proporciones a veces trágicas.

Para las grandes creaciones de Tamayo está hecha Luisa Martínez Casado. Luisa encarna en sus mujeres vivas y apasionadas. En *Virginia* es la tragedia misma, noble, digna y fiera. Crea a maravilla los tipos modernos de mujeres caprichosas, por temperamento o por educación, en *Lo positivo y La bola de nieve*.

La bola de nieve formó con Ópera, zarzuela y bufos el programa de la función del martes, quinta de abono y beneficio de las distinguidas artistas Guadalupe M. Casado de González y Celia Adams de M. Casado.

La comedia de Tamayo, cuya representación ofrece dificultades, estuvo, no obstante, bien interpretada: Luisa, como dije, insuperable. Manolo Casado hizo una de sus mejores creaciones. Guadalupe M. Casado bordó muy acertadamente su papel. González y Puga bien.

Ópera, zarzuela y bufos, representada por tercera vez, gustó como siempre.

Las simpáticas beneficiadas se vieron colmadas el martes de regalos, de aplausos y de flores.

Por segunda vez en esta temporada puso en escena el miércoles *Adria-na Lecouvreur* drama histórico de E. Scribe y E. Legouvé, admirablemente traducido por Ventura de la Vega. No es una gran obra, y aunque su conjunto no es bueno y sus detalles mejores, deja una impresión de vacío.

Luisa estuvo admirable, sobre todo en las escenas de efecto. Guadalupe M. Casado superior a la primera vez. Lo demás, unos bien y otros bastante bien.

La concurrencia fue numerosa en estas funciones, sobre todo el martes. Anúnciase para el sábado el beneficio de Puga. Se espera ansiosamente el *Drama nuevo* de Tamayo.

BOHECHÍO.

*▶ Lucha*, Santo Domingo, 17 de agosto, 1900.

# TEATRALES LOLA.—DON JUAN TENORIO

El sábado celebró su beneficio el aplaudido actor cómico don Isaac Puga con *Lola* y *Los Hugonotes*.

Lola es una bonita comedia de Gaspar. Su asunto es interesante, y el autor lo conduce hasta un desenlace que parece incompleto pero que es muy justo y que se basa en la máxima final puesta en boca de Lola. Hay en ella algo de convencional, pero una vez aceptado, la comedia ofrece muchas bellezas. Todo en ella es armónico, sobriamente dispuesto; y el estilo es culto y elegante. Enrique Gaspar no puede compararse a Tamayo ni Ayala, ni siquiera a Selles; pero ocupa un puesto mui apreciable entre los contemporáneos dramaturgos españoles de segundo orden.

Luisa Martínez Casado hizo una *Lola* perfecta: graciosísima en lo cómico, patética en lo serio. Doña Guadalupe estuvo muy correcta. Puga hizo su papel con arte. Manolo Casado bien: mejor si no hubiera tenido aquellas ya conocidas y detestables *patillas*,

Los hugonotes, comedia en dos actos de Miguel Echegaray, estuvo bien interpretada e hizo reír mucho.

El sábado no hubo un lleno, lo cual es extraño, dadas las simpatías que en el público ha conquistado Puga, pero la función estuvo animada.

El "Listín" avisó a "los amantes de las cosas añejas" que el domingo subía escena "la antigualla de *Don Juan Tenorio*", y parece que todo el público, incluso el mismo "Listín", gusta de lo añejo porque se apresuró a colmar el teatro como pocas veces. *Don Juan Tenorio* ha sido uno de los mayores llenos de la temporada. Después de todo, no hay razón de apellidar antigualla la obra de Zorrilla, que cuenta menos de sesenta años, y cuyo asunto no es más viejo que el de cualquier drama histórico.

Zorrilla es uno de los más grandes poetas de este siglo. Fue rey de la poesía lírica, pero, como Víctor Hugo, no supo triunfar en la escena. Sus dramas parecen melodramas; sus personajes son convencionales.

166 Teatrales

Don Juan Tenorio no es el mejor de sus dramas; sí el más conocido. Por medio de él popularizó en España e Hispano-América el tipo creado por Tirso y aplaudido en toda Europa merced a Moliére, Mozart y Byron. En las obras de éstos, Don Juan toma varios e interesantes aspectos, pero se aleja mucho del genuino tipo español, que después de Don Quijote es el más famoso entre los héroes de la literatura castellana.

El burlador de Sevilla de Tirso de Molina, visitante que fue de Santo Domingo, es un drama que, aunque fantástico, se puede llamar realista; el drama de Zorrilla es, a más de fantástico, religioso. Todo consiste en que el desdeñoso Qué largo me fiais, que en la obra de Tirso se resuelve con castigo, Zorrilla lo termina con una redención cristiana.

El Tenorio de Zorrilla es inferior al de Tirso como drama: debe considerarse como una leyenda que, a la verdad, no desmerece de otras muy encomiadas de su autor; llena del espíritu caballeresco de fines de la Edad media, que en este siglo acaso nadie sintió tan intensamente como Zorrilla, rica en el magnífico lirismo que ha salvado sus dramas, como los de Víctor Hugo.

Luisa Martínez Casado, hábilmente vestida de Don Juan, hizo este papel con talento y arte; declamó admirablemente; en los momentos patéticos la atención estaba toda puesta en ella, a tal punto que se podía oír volar una mosca. A veces encarnó de tal modo el personaje que me hizo pensar en *Hamlet* interpretado por ella.

Los otros actores estuvieron todos muy acertados en sus papeles; sobresalieron Celia Adams —una bellísima Doña Inés—; Alcón (el Comendador); G. M. Casado (Brígida) que casi igualó su Isidra da "Juan José"; Manolo Casado (Luis Mejía); Puga (criado de Don Juan); y González (capitán Centellas).

Pero si los actores contribuyeron al lucimiento de la función, no así las decoraciones. Hay que convenir en que nuestro teatro es un vejestorio donde ya todo está inservible. Es tiempo de hacer otro.

BOHECHÍO.

▶ Lucha, Santo Domingo, 21 de agosto, 1900.

#### María del Carmen

Impresiones para El Ibis

María del Carmen, drama de Feliú y Codina, fue estrenado en nuestro teatro el jueves 19 por la Compañía "Luisa Martinez Casado."

Es un drama bastante realista, popular, pero no un drama social. Comparado con otro drama realista y popular, representado ha poco por la misma Compañía, el *Juan José* de Dicenta, se encuentra en éste el tipo: en *María del Carmen* predomina el individuo. *Juan José* es tendenciosamente social; no lo es la obra de Feliú y Codina, que es drama de solo y puro amor. En el primero, la tesis crea un tipo en el protagonista, mientras que los demás personajes son siluetas que quieren ser tipos. Pero si en el segundo no hay símbolo, hay más relieve en cada carácter: hay, por lo menos, cuatro caracteres.

También es en *María del Carmen* mejor que en *Juan José* la disposición de la trama. Es una sutil urdimbre, armónica, cuidada en cada detalle, de la cual no se desprende la solución a que ha de llegar, porque a cada instante parece presentarse de una manera distinta. No falta, por eso, quienes extrañen la que resuelve el conflicto.

Pero, dígase lo se quiera, lo capital en este drama es el desenlace. El drama, como dije, es bastante realista. Surge del pueblo, pero del pueblo solo: viviente, rudo, fiero, enamorado, caballero apasionado de su honor y de su dama: como es más hermoso el pobre pueblo. De aquí, de esta belleza del pueblo en sí propio, brota el elemento romántico, que se enseñorea del desenlace. El último rasgo de *Javier*, el enfermo, es un rasgo de *Cyrano*, el feo. *Cyrano*, el poeta, el noble, fino y dulce poeta, se sacrifica toda su vida y es amado en la muerte. *Javier*, el hombre del pueblo, rudo, inculto, quiere ser amado en vida y se sacrifica en la muerte. Es natural que así suceda. Lo más raro es que en España dos años antes de *Cyrano de Bergerac*, se encontrara, siquiera sea, en rasgo, el toque romántico, y sublime, que ha consagrado la obra de Rostand.

▶ El Ibis, Santo Domingo, 1 de septiembre, 1900.

#### EDITORIAL

Desde hoy inauguramos la sección de artículos editoriales que nos proponemos publicar en todos los números si es posible. En ellos se habrán de resumir las opiniones que más o menos profesan los que componen el cuerpo de dirección y redacción de *Nuevas Páginas*.

Acaso no debiéramos hacer a nuestro periódico portaestandarte de ninguna escuela artística, por cuanto en los actuales momentos es el único literario que sale a luz en esta Capital, y a él han de concurrir, aunque sea poco, escritores afiliados a sectas muy diversas.

Sin embargo, nos ha movido a hacerlo así el querer que se vea que si somos jóvenes no por eso somos inconscientes que al fundar esta modesta revista no nos hemos llevado únicamente del deseo de publicar algunas "páginas" llenas de artículos más o menos bonitos, de firmas poco o muy autorizadas. Además, nuestras opiniones literarias, aunque no sean las que todos tienen, no han excluido ni excluirán las obras, si son bellas, de los que no en todo estén conformes con nosotros.

Nuestro propósito no es otro, ni podrá serlo, que el de contribuir con cuanto alcancen nuestras escasas fuerzas al engrandecimiento de la literatura patria, y bien se sabe que en la literatura de un pueblo, aunque sea\_pobre como la del nuestro, se han de encontrar necesariamente ecos de todas las escuelas que en determinadas épocas han dominado en el mundo literario. El eclecticismo es permitido en la artes; y no pertenece a la época actual el que, por amar las producciones de un poeta, o de un período literario, o de una secta, o de un pueblo solo, desprecie el gran caudal de bellezas que en variedad inmensa se pueden encontrar desde las epopeyas de los pueblos semi-bárbaros hasta los refinamientos del arte moderno.

Aquel que aspire a entrar en la corriente de la literatura contemporánea, debe tener el espíritu templado para comprender tanto las sencillas y majestuosas concepciones del arte griego como las sutilizaciones y quintaesencias del novísimo decadentismo, aunque guste preferentemente de algunos autores.

170 Editorial

Armados con estas ideas es como nos hemos lanzado a fundar esta revista que, por ahora, es simplemente literaria. Nuestro propósito es, lo repetimos, contribuir con cuanto podamos al progreso de la literatura patria; y para ello hemos solicitado y solicitamos colaboración y ayuda de todos aquellos que tienen justos títulos al aplauso de las personas cultas de la República, en espera de que nos apoyarán en nuestra modesta obra en favor de las letras dominicanas.

Nuevas Páginas, núm. 3, año I, 1 de noviembre, 1900.

#### EDITORIAL

Un siglo termina. Otro siglo principia, mientras el uno se extingue entre los ecos de las luchas de la fuerza brutal, resto de la barbarie de siglos anteriores, surge el otro con el ruido de las bregas generosas de la inteligencia, que lentamente domina el mundo con su poder regenerador.

La humanidad sigue su marcha ascendente, hacia la luz. Va despacio, penosamente, atravesando espinas y asperezas, con fatigas y trabajos, pero avanza firmemente al porvenir.

Muere un siglo y deja tras de sí pueblos heroicos que aún combaten contra la injusticia, naciones armipotentes en quienes estalla por atavismo el deseo de conquista innoble, multitud de espíritus desequilibrados y perdidos el torbellino de la vertiginosa vida contemporánea, miserias, horrores y tristezas, pero abre la senda de las maravillas de la ciencia, abre nuevos rumbos al arte, abre anchas vías a la industria, y pone las primeras piedras del templo desde donde resplandecerán algún día, con destellos eternos y universales, la moral y la justicia.

La República Dominicana presenta en ese fin de siglo un cuadro triste: desolada por los males de ayer, indecisa en su situación de antilla, pero acaso en el principio de su camino de redención. La República está enferma, como la masa de naciones latinas de este continente, y necesita del empeñado esfuerzo de sus hijos para subsistir en el desastre que amenaza a la América. Recientemente, tres jóvenes maestros americanos, José Enrique Rodó, César Zumeta y Vargas Vila, se han dirigido a los pueblos del Nuevo Mundo, han predicado doctrinas salvadoras sobre la consolidación de nuestras incipientes nacionalidades, sobre las ventajas de la unión de todas ellas, sobre los peligros de la influencia del poder yankee.

¿Habrá germinado esa semilla de bien? ¿O habrá caído en tierra estéril como arena de desierto? Ojalá no! Debe esperarse que la voz de alerta de los pensadores despierte a estas sociedades inexpertas para que velen por su conservación y su progreso.

172 EDITORIAL

En nuestro país ya es hora de que empiece a ser efectiva la vida nacional, la vida política, en libertad, en trabajo, en progreso. A la juventud corresponde llevar a cabo esa obra.

Es preciso que los jóvenes se den cuenta de su papel como individuos y como ciudadanos, que no se pierdan en futilezas ni en intrigas, que se lancen a laborar en el gran concierto humano; que formen una liga—no para que se malogre, como en el drama ibseniano, como la *Liga de ciudadanos* fundada aquí ha poco— sino para contribuir a asegurar los futuros destinos de esta región. Todo lo que falta habrán de realizarlo los que hoy son jóvenes. A ellos se debió en gran parte la iniciación de la actual era de estabilidad política, y a ellos se deberá, sin duda, la afirmación de nuestra nacionalidad en lo futuro.

Estos son nuestros deseos al entrar el nuevo siglo XX. Que el cuadro de tristezas que hoy presenta la República se torne en cuadro de luz, y que Quisqueya, con paso firme, a través de espinas y esperanzas, avance al porvenir!...<sup>1</sup>

Nuevas Páginas, núm. 7, año I, 1 de enero, 1901.

<sup>&</sup>lt;sup>1</sup> En el ejemplar de este artículo en el Archivo de PHU, hay una nota manuscrita: "(Este editorial fue reproducido por Lucha en una de sus ediciones de enero del mismo año, con unas breves frases de encomio para su autor)." [N.d.e.].

### Crónica neoyorkina En Metropolitan Opera House

Aquí en la Metrópoli del Norte, adonde me ha conducido la suerte, vuelvo, animado por el espectáculo de una espléndida función artística, a recordar mis casi muertas aficiones de cronista de teatro, y trato de reseñar, como en Quisqueya, mis impresiones.

Sin duda, los acontecimientos teatrales de más importancia que ha visto Nueva York en este invierno, fueron la temporada de gran ópera y las representaciones dramáticas de Sarah Bernhadt y Coquelin.

Durante quince semanas, de Diciembre a Marzo, cantó en Metropolitan Opera House la magnífica compañía en que figuraban Jean de Reszke, rey de los tenores, Nellie Melba, Lillian Nórdica, Lucienne Bréyal, sopranos que son estrellas de los teatros europeos, Blancon y Eduardo de Reszke, bajos de gran fama, y otros tantos artistas notabilísimos que formaban un conjunto numeroso y espléndido; y subieron a la escena obras tan altas como el *Don Juan*, de Mozart, *La Africana y Los hugonotes*, de Meyerbeer, *Fausto y Romeo y Julieta*, de Gounod, *Aida*, *Riggoletto y La Traviata*, de Verdi, casi todas las del admirable repertorio de Wagner y entre las más nuevas *El Cid* de Massenet, *La Bohemia y La Tosca* de Puccini, y *Salammbô* de Reyer.

Mientras tanto los *co-astros* franceses, como dicen en idioma de John Bull, después de haber triunfado en Madison Square Garden, —el edificio de teatro más artístico que hay en Nueva York—, recorrían las principales ciudades de la gran República, ganamos palmas, ora en el portentoso *Hamlet* shakesperiano, ya en *Cyrano de Bergerac* y *L' Aiglón*, de Rostand, como en *La Dama de las Camelias*, de Dumas hijo o en *La Tosca*, de Sardou, y en abril, volvían aquí y daban, en Metropolitan Opera House, una semana de despedida con *L' Aiglón*.

La noche del lunes 29 de Abril, con una función espléndida, se despidieron definitivamente del público neoyorkino los artistas de ópera y los actores franceses, que al día siguiente se embarcaron casi todos con rumbo a Europa. El Metropolitan Opera House rebosaba de gente, y.... perdone el lector, porque iba ioh influencia del país del dollar! a decir las cifras exorbitantes a que ascendieron, según los diarios, la entrada y las ganancias. Pero no haya miedo de que yo cometa semejante profanación del arte.

Inicióse el programa con la escena, del matrimonio de *Romeo y Julieta* de Gounod, trozo bellísimo que fue cantado por Salignac, Mme. Adams y Glancon. Siguió el segundo acto de *Tristán e Isolda*, de Wagner, cantado por artistas eminentísimos: nada menos que ambos de Reszke, la Nórdica y la Schuman-Heinck. *Tristán e Isolda* es una de las obras en que Wagner alcanza más plenamente la realización de su ideal, la unión milagrosa de la idea y el sentimiento, de la palabra y la música. Y en los dúos del segundo acto, que son, según la frase de D'Annunzio, *el más embriagador poema de la pasión humana*, llegan a lo sublime Jean de Reszke y Lillian Nórdica.

El tercer número fue la dulcísima aria del delirio de *Lucía di Lammer-moor* cantada por Nellie Melba, la de la voz privilegiada. Cuando ella cantaba, sobre el océano humano, mudo y absorto, flotaba su voz divina, cuyos ecos apagó, al terminar, un aplauso ensordecedor.

Correspondió a Sarah Bernhardt y Coquelin el cuarto número: una breve comedia de la que en Francia sirven de lever de rideau y en los teatros españolea de pieza final, La pluie et le beau temps de Léon Gozlan. Sarah, la soberana de la escena, la que conmovió en La Dama de Camelias, la que entusiasmó en L'aiglon, hizo reír á todos los que entendíamos su lengua. ¿Más? Pues muchos reían sin entenderla. Y Coquelin? Para Cyrano nada es difícil: Cyrano, digo, Coquelin lo hace todo.

El tercer acto de *Las Walkirias* de Wagner, una de las páginas más originales de su fantástica *Tetralogía*, cantado por la Nórdica, M. David Bispham, y un pequeño coro de *Walkirias*, cerró la función. Todos los artistas, líricos y dramáticos, recibieron ovaciones inmensas, aplausos, flores, saludos, aclamaciones entusiastas.

Y sobre las ondas del aire quedaron vagando los dúos de *Tristán e Isolda*, la cabalgata de las *Walkirias*, la voz divina de la Melba, la recitación de Sarah y Coquelin, las amorosas melodías de Gounod y las maravillas sinfónicas de Wagner.

Вонесні́о.

New York, Junio de 1901.

▶ Revista Literaria, Santo Domingo, 8 de julio, 1901.

## VELADAS TEATRALES LA DUDA.—MARÍA ROSA.—MARÍA ANTONIETA

El jueves 10, con el estreno de *La duda* de Echegaray, reapareció en el teatro "La Republicana" la Compañía de Luisa Martínez Casado, después de un viaje de cinco meses por varios puntos de la República, en el que realizó sendas temporadas en Macorís del Este, en Puerto Plata y en Santiago de los Caballeros, conquistando ovaciones ruidosas y merecidas.

El drama de Echegaray fue muy discutido por nuestro público. En España, a su estreno, en 1898, había sido también muy discutido, y se sabe que la crítica *al uso* quiso encontrarle muchos defectos; pero recuerdo que un crítico imparcial dijo que los que lo condenaban no lo habían entendido.

Estos últimos años, Echegaray ha compuesto algunos dramas en los que ha querido abandonar su manera antigua, y ceñirse a los procedimientos modernistas, sobre todo los de Ibsen. *Los aparecidos*, la gran obra del eximio noruego, le inspiró *El hijo de D. Juan. La duda* es uno de estos dramas, y de los más dignos de atención.

Acaso no vale esta obra en su género que en el suyo otras obras de Echegaray; sin embargo, es una concepción grandiosa, genial "a lo Shakespeare", según un escritor. Pocas veces ha trazado Echegaray dibujos psicológicos tan firmes como las de varios personajes de *La duda*. El delirio de Amparo, de principio a fin, es obra de gran estudio. No es de menos admirable el doble proceso de delación y destrucción de *La duda*. La interpretación simbólica, con parecer tan confusa para algunos, es muy hermosa.

Cierto que aún se nota en este drama el empleo de recursos viejos, pero hay situaciones, y finales de acto, y muchas ideas raras y nuevas de la heroína, que son enteramente modernistas, y las mejores partes recuerdan a Ibsen, con cuyas obras sería curioso comparar las que Echegaray ha escrito bajo la influencia *nordista*, para marcar las diferencias de raza y de autor.

En último término, aún puede citarse la prosa del drama, prosa artística y sabia, llena de comparaciones y de imágenes, a veces demasiado, pero siempre bella.

Echegaray ha errado mucho, pero es un artista de genio.

El sábado 12 representó el hermoso drama *María Rosa* del ilustre catalán Guimerá. Es un drama de costumbres populares, que impone por lo atrevido de la concepción, por el vigoroso relieve de los caracteres, por sus escenas de alegre realismo o de fuerza trájica y por multitud de detalles preciosos.

El domingo 13 subió a escena *María Antonieta* del italiano Giacometti, autor de *Muerte civil*. Quiere el autor copiar en ella "la revolución francesa", y para esto le faltan fuerzas. No alcanza ni aún a hacer un verdadero drama.

Respecto del desempeño de las obras, debemos elogiar a la eminente actriz Luisa Martinez Casado, que en *La Duda y Mari Rosa* hizo *creaciones* magníficas.

El público que la había aclamado en *Virginia*, en *Locura de amor*, en *Adriana Lecouvreun* le tributó verdaderas ovaciones en la interpretación de esos dos dramas. —Después de ella se deben citar, en *La Duda*, a la Sra. Guadalupe M. Casado, y en *María Rosa* al Sr. Manuel M. Casado. La temporada se ha iniciado con verdaderos éxitos.

▶ El Ideal, Santo Domingo, 4 de noviembre, 1901.

## Neoyorkinas *Notas artísticas*

La temporada dramática de New York se inició con un buen número de piezas notables. Casi todos los dramas importantes se estrenaron a principios de otoño. Pocos artistas extranjeros han aparecido, pero entre éstos se encuentran dos pantomimistas célebres: la española Rosario Guerrero y la danesa Charlotte Wiehe. Mme. Wiehe, aplaudidísima en París, tiene numerosas habilidades y ha representado, no sólo pantomimas, sino tragedias y comedia breves, en francés, lengua que domina. Baila: Ibsen ha dicho que su baile encierra toda una filosofía.

Entre las representaciones en inglés, sobresalen Mrs. Fiske, la más intelectual actriz americana, en la soberbia *Hedda Gabler* de Ibsen y en el drama bíblico *María de Magdala* del alemán Paul Heyse; Richard Mansfield, el más talentoso de los actores jóvenes, en la deliciosa comedia alemana *Alt Heidelberg*; el ilustre Sir Henry Irving, que no pudo hacer triunfar el melodrama *Dante* de Sardou y recurrió a su repertorio clásico, y Tyrone Power en la hermosa tragedia *Ulysses* del poeta inglés Stephen Phillips.

El drama de Guimerá, *Tierra baja*, ha sido el mayor triunfo del drama español en los Estados Unidos: el público y los críticos americanos apreciaron el vigor de sus escenas, la poesía simple pero grandiosa de sus ideas, y su vivida reproducción del ambiente.

\*\*\*

La reaparición de Adelina Patti ha causado gran sensación. Todos quisieron oír y saber qué quedaba en esta Patti de sesenta años, de la gran artista, de la cantante más asombrosa que ha conocido el mundo. iAhí que la Patti de hoy es una ruina completa, sin la majestad de muchas ruinas. Su voz, órgano maravilloso un tiempo, perdida; su arte perfecto y deleitoso, inhábil para hacer brillar la voz. La antigua Patti, la reina de la coloratura, ya no existe.

New York tendrá en este invierno muchos notables directores de orquesta europeos, a más de los residentes en América. Para la ópera vienen Félix Mottl, discípulo de Wagner, Alfred Hertz, que llevará la batuta en *Parsifal*, y Arturo Vigna, de la Scala de Milán. Para los conciertos, vienen Edouard Colonne, primera batuta de Francia; Henry Wood, de Londres; Wasili von Safonoff, de Moscow; y de Alemania, Gustav Kogel, Félix Weingartner, y Richard Strauss, la gran luz del porvenir. Strauss será el quinto gran compositor que visitará los Estados Unidos, después de Rubinstein, Tschaikowski, Dvorak y Mascagni. Su nombre corre en alas de la fama y se le mira como al músico del porvenir, que ha marcado nuevos rumbos a la composición armónica con sus estupendos "poemas tonales".

\* \* \*

Dos conferencistas distinguidos visitan ahora a Nueva York: André Michel y William Butler Yeats.

Michel es "conservateur" de escultura en el Museo y profesor del ramo en la Escuela del Louvre; sus conferencias, en francés, versan sobre las artes plásticas de los países latinos, especialmente Francia, en todas las edades históricas. Si alguien tiene autoridad para discurrir sobre estos temas, es sin duda el "chevalier" Michel: su palabra y su manera son correctas y elegantes, como de francés, y su erudición hace interesantísimos sus discursos

William B. Yeats es el joven poeta de Irlanda, paladín actual de su renacimiento intelectual. En sus obras rebosa el espíritu de la raza celta, con su imaginación poética intensa; su picante humorismo. El poeta Yeats ha contribuido grandemente a la difusión de los estudios de la lengua y de la vida originales de Irlanda; a la fundación del teatro nacional. Sus conferencias tratan del movimiento intelectual de su país. El poeta, miope, nervioso, acaso tímido al principio, entra a poco en simpatía con su auditorio y salpica su discurso con rasgos de humor y toques de su vigorosa fantasía.

La apertura del Metropolitan Opera House da a la aristocracia neoyorquina ocasión de mostrar su lujo deslumbrante. El primer gran *rendezvous* de los millonarios, después de la semana de la feria de caballos, es la primera noche de la ópera.

Rigoletto de Verdi abrió la temporada, mostrando tres de los más excelsos intérpretes de la música italiana: Caruso, Scotti y la Sembrich.

La suerte reúne ahora en América los dos grandes rivales en el *bel canto*, la Sembrich y la Patti. Pero mientras la Patti se halla en el fin triste de su carrera, la Sembrich, mucho más joven, triunfa gloriosamente: nadie le puede disputar hoy su Gilda y su Traviata, su Rosina y su Astrifiaminante.

\*\*\*

El centenario de Berlioz se celebra con furor: la orquesta de Water Damrosch, la sociedad de conciertos populares, y el organista Carl organizan conciertos especiales de sus obras; Félix Mottl ha ejecutado su *Carnaval romano*, Édouard Colonne su *Sinfonía fantástica*, y en casi todos los programas figura el nombre del compositor francés.

Berlioz se anticipó a su época, rechazó las pesadas reglas que ponían trabas a la composición, y asombró a los músicos franceses con sus originales ideas: la grandiosidad de sus concepciones y su prodigioso dominio de la orquestación le consagran como el genio superior de la música francesa.

▶ Oiga, 26 de diciembre, 1903.

### CRÓNICA HABANERA

Con los grandes calores la Habana alcanza su período muerto del año. La gente acomodada va de paseo al Exterior o a los lugares de veraneo, y en este año, con la Exposición de San Luis, las excursiones a los Estados Unidos han abundado más que nunca. Numerosas familias del mundo elegante se hallan ausentes.

La parte de la sociedad habanera que permanece en la ciudad o en los alrededores, divide sus domingos entre los conciertos de Martí y las *matinées* danzantes de las playas. Las *matinées* de Marianao son las más en moda; las del Vedado son también muy concurridas.

\*\*\*

La Sociedad de Conciertos Populares, siguiendo su costumbre de todos los años, inauguró las matinées musicales de este verano hace varias semanas, y todas las que ha ofrecido se han visto concurridísimas.

La orquesta de la sociedad, dirigida por el Maestro Agustín Martín, es notable, pues se compone de los mejores músicos de la Habana, y se distingue por lo cuidadosamente que ensaya y ejecuta.

Los programas que ofrece son escogidos, van desde Mozart y Beethoven hasta Wagner, hasta Saint-Saëns, hasta Puccini, y en ocasiones ofrecen bellos trozos antiguos, como la Gavota de Lully que se ejecutó en el tercer concierto. Además de la orquesta toma parte en cada concierto un solista notable.

Uno de estos ha sido el celebrado pianista asturiano Benjamín Orbón, cuya piéce de résistance fue el magistral Concert-stück de Weber.

\*\*\*

Boda: se celebró el día 10 la de la distinguida señorita Ángeles Adam con el conocido escritor Javier Pérez de Acevedo. El acto tuvo carácter íntimo.

\*\*

En Albisu ha debutado con gran éxito la tiple española Blanca Matrás. En el Teatro Nacional se ha despedido la Compañía de Evangelina Adams con dos estrenos: uno, *La voz del corazón*, comedia, escrita por el barítono Tapia de Albisu; el otro, *El dédalo*, drama de Paul Hervieu estrenado en París en Diciembre de 1903.

El Dédalo es una de las obras recientes que más sensación han producido en el Teatro Francés; y la Habana ha sido afortunada en conocerlo casi a raíz de su estreno, antes que muchas otras Capitales, siquiera sea del modo deficiente en que lo representó, por falta de preparación y por otras causas, la Compañía Adams-Bravo (a la cual, sin embargo, sería injusto negar el talento que poseen algunas de sus partes principales, notablemente la Señora Adams).

La obra es indudablemente de lo mejor del teatro francés moderno: su construcción magistral, su psicología profunda, y admirable la idea que pone a luchar los instintos y los sentimientos, las creencias y las preocupaciones. No brilla, con todo, como estudio del carácter: es un estudio de pasiones, de conflictos producidos en la sociedad francesa por el estado de inconciencia moral que tan brillantemente describió Becque en *Los cuervos y La parisiense*. Hervieu desarrolla su trama con arte consumado, y muestra cómo se produce en un alma de mujer, atada por las preocupaciones y las creencias, la confusión de los sentimientos, el *dédalo*.

LEÓN ROCH

▶ Revista Cuba Literaria, núm. 11, Año I, 21 de agosto, 1904, p. 87.

### CRÓNICA HABANERA

¡Los grandes crímenes del día! La prensa diaria ha registrado desde hace más de un mes tan numerosos y horribles casos criminales, que buena parte del público se preocupa con este asunto, por lo que él significa. Bien está que los que anhelan para Cuba progreso en el orden moral como en el material, observen estos indicios de un mal grave que es preciso remediar, y se den a buscar medios de remediarlo.

Entre nosotros, el Coronel M. Aranda se ha dirigido a varias personas de influencia pidiéndoles la empleen en procurar que se evite o se aminore la publicidad sensacional que dan a los crímenes algunos diarios, por el influjo que eso tiene sobre las masas ignorantes e impresionables. Ya se ha oído la voz de Enrique José Varona, que en su artículo *El contagio criminal y la prensa* dilucida este punto con maestría; y esta y otras opiniones autorizadas deberán influir en que la prensa cubana se eleve al más alto nivel moral, coadyuvando así a la elevación moral del pueblo.

\*\*\*

Dos personas notables acaban de fallecer en esta ciudad: D. Luis García Corujedo, alcalde que fue de la Habana en tiempos de la Colonia, y el Dr. Vidal Morales, jefe del Archivo Nacional. Era el Dr. Morales figura prominente en las letras cubanas, por ser autoridad reconocida en asuntos de la historia del país, y deja varias obras y estudios históricos de gran importancia.

\*\*\*

La Habana social principia a reanimarse en Septiembre. Del exterior regresan ya algunos habaneros que viajaban. En estos días ha habido abundancia de fiestas: matinées danzantes (en Marianao la última de la temporada), bailes, veladas, beneficios teatrales.

\*\*\*

El jueves 1° celebró la Banda Municipal el quinto aniversario de su fundación con una gran retreta clásica en el Malecón, al que afluyó esa noche una enorme concurrencia: toda la Habana. Alrededor paseaban

en coches varias familias del mundo elegante. La popular Banda, bajo la dirección del maestro Tomás, ejecutó un verdadero concierto, en el cual figuraban por primera vez en conciertos habaneros (aunque parezca raro) tres piezas grandiosas: la obertura de *Coriolano* de Beethoven, el *Liebestod* final de *Tristan e Isolda* de Wagner, y la obertura de *Benvenuto Cellini* de Berlioz.

El brillante pianista asturiano Benjamín Orbón, que marchó el sábado 3 para Méjico, se despidió ejecutando ante el selecto público que acude al teatro *Martí* un variado y extenso programa que le valió una ovación ruidosa, en la matinée extraordinaria dada el domigo 28 por la Sociedad de Conciertos Populares.

LEÓN ROCH

▶ Revista Cuba Literaria, núm. 13, Año I, 5 de septiembre, 1904, p. 104.

### CRÓNICA HABANERA

No es de lo menos importante que sucede en la Habana el movimiento por la moral en que están empeñados varios individuos y periodistas de buena fé. Uno de estos, el Coronel Aranda, dirigiéndose por medio de las columnas del *Diario de la Marina* a varios escritores connotados ha conseguido de ellos que expresen opiniones sobre este movimiento, aunque no siempre tan extensas o tan entusiastas como podía esperarse.

Las recientes funciones de los cómicos de "Alhambra" en el Teatro Nacional han dado motivo a un recrudecimiento de la campaña *por la moral*, trayendo a la arena a casi todos los cronistas de teatro.

Es cierto que como dijo Varona hace días, como dijo después, y en términos muy claros y breves, Ruy Díaz, no basta con la moralización parcial del teatro y de la prensa, cuando el mal de la inmoralidad tiene raíces mucho más hondas; pero algo sería que se realizaran siquiera esos saneamientos parciales, que servirían de precedente y de estímulo para una campaña más generalizada en favor de la moral.

Las últimas fiestas del verano han sido muy animadas. Las recientes soirées del *Havana yacht Club*, muy concurridas por damas elegantes. Asimismo los conciertos del teatro Martí. El penúltimo se celebró a favor de la Asociación de la Prensa con gran éxito. A la brillante labor de la orquesta se unió la del apreciado barítono peruano Carlos Cáceres y la de la joven pianista Fidelma García Madrigal, discípula del Conservatorio de Peyrellade, quien ha obtenido ya dos triunfos con la Sociedad de Conciertos Populares.

\*\*\*

La corbeta italiana¹ "Dogali" se halla en puerto. La oficialidad ha sido festejada por el "Circulo Italiano", y ha correspondido festejando a bordo a sus visitantes, que han sido varias veces grupos de damas

\_

<sup>&</sup>lt;sup>1</sup> Corregido: en el original dice "alemana". N.d.e.

distinguidas.

Otra fiesta hermosa ha sido la distribución de premios en el Centro Asturiano, en la cual hubo selecta música y usó de la palabra el ilustre Dr. Antonio Sánchez Bustamante. En las frases más salientes de su discurso habló con maestría sobre las corrientes migratorias y sobre los beneficiosos resultados de la inmigración en los países jóvenes.

Ocupa la escena del teatro Payret la compañía dramática Galé-Valero, con un escogido repertorio de autores corno Echegaray, Guimerá y Sellés. En Albisu brilla como astro sin rival la nueva tiple Blanca Matrás, quien se ha hecho en pocos días la favorita del público habanero.

El mes próximo, un acontecimiento teatral: la aparición de la Réjane.

\*\*\*

Acaba de llegar de París a la Habana, vía Nueva York, el laureado flautista cubano B. E. Puyans, quien se hospeda con su respetable familia en el Hotel Inglaterra. La prensa le saluda con entusiasmo.

El joven artista dará una audición especial para los profesionales y la Prensa en el Conservatorio de Hubert de Blanck, y el día 8 un concierto en el Teatro Nacional, antes Tacón.

LEÓN ROCH

▶ Revista Cuba Literaria, núm. 17, Año I, octubre 5, 1904, p. 136.

### CRÓNICA HABANERA

Muy animada la crónica social y artística de Octubre. El día 1°, sábado, el baile rosa en la simpática sociedad del Vedado; el domingo, día 2, muy concurridos la matinée de la Sociedad de Conciertos Populares en Martí, y el beneficio del primer actor cubano Pablo Pildaín con *La vida es sueño*, en el Teatro Nacional.

El lunes, la audición de Puyans para los músicos y la Prensa en el Conservatorio Nacional. El laureado flautista, acompañado al piano por el maestro Marín Varona ejecutó la *Fantasía Pastoral* de Doppler, un *Scherzo* de Widor y un *Cantabile e presto* de Enesco. "Tocaba en una flauta de plata —dice el Conde Kostia— y es la primera vez que la plata da sonidos de oro." Completó el breve programa de la audición un morceau de Moszkowski tocado por la joven pianista Laura Rayneri, reciente triunfadora en Saint Louis.

\*\*\*

El viernes 14 hizo por fin su aparición ante el gran público habanero el joven flautista cubano Emilio Puyans, en el concierto dado en el Teatro Nacional a favor de la Asociación de la Prensa.

En el programa, variado y selecto, figuraron la Srita. Laura Rayneri, quien ejecutó brillantemente en el piano una *Toccata* de su maestro Hubert de Blanck y la *Invitación al vals* de Weber; la Sra. Pilar Martínez de Blanck, tocando con la Srita. Rayneri, la Tarantela a dos pianos de Saint Saens; el barítono Cristino Inclán, cantando el prólogo de *I Pagliacci* de Leoncavallo; el aplaudido tenor y maestro Angel Massanet, cantando una melodía de Tosti y una romanza de *Favorita;* los pianistas Marín Varona y Laureano Fuentes, como habilísimos acompañantes; y la Banda Municipal que en los intermedios ejecutó con gran viveza y entusiasmo las Oberturas del *Guillermo Tell* de Rossini y del *Rienzi* de Wagner. El violinista Fermín Cardona, otro joven cubano triunfador en Europa, se vió impedido, por enfermedad, de cumplir su parte del programa.

Los números de Puyans fueron Fantasía característica de Joachim An-

dersen, Fantasía pastoral de Doppler, Scherzo de Widor, Cantabile e presto de Enesco (pieza de concurso con que obtuvo el Primer Premio en el Conservatorio de París), Allegretto de Godard y Vals en la bemol de Chopin.

Emilio Puyans demostró ser artista completo. Domina la flauta y asombra por la belleza del sonido que obtiene, la nitidez de las escalas, la dulzura de los trinos, y el balance en el conjunto de su ejecución y en los matices de su expresión. El público lo aclamó con mayor entusiasmo a cada nueva pieza y le hizo repetir el *presto* de Enesco.

La concurrencia, si no tan numerosa como se esperaba, era selecta. Hallábanse presentes muchas individualidades de representación en los círculos sociales e intelectuales. Entre el grupo de señoritas resaltaban: Inés María Plasencia, Emma Cabrera, Rogelia y Estela Altuzarra, Carmen Aróstegui, Georgina Morales, María del Carmen Cabello, Lucía Horstmann, Oria Varela, María, Mariana y Guillermina Díaz, Hortensia y Margarita Scull, Ofelia Díaz Piedra y Nena Soto Navarro. Señoras: Mesa de Hernández, Olimpia Horstmann de Cabello, la Condesa de Loreto, Francisca Martínez de Díaz, Matilde Ubeda de Morales, Felicia Mendoza de Aróstegui, Célida Delmonte de Delmonte, Graziella Cabrera de Ortíz y Dulce María Borrero de Luján.

\*\*\*

Boda elegante: se celebró el miércoles 19 la de la señorita María Luisa Broch con el joven Antonio Serafín Fernández, muy estimados ambos en los circuios aristócraticos. Asistieron al acto muchas familias distinguidas.

\*\*\*

El gran tema de actualidad es la Réjane, cuyo debut, en la noche del viernes 21, ha sido un acontecimiento triunfal.

El antiguo Teatro Tacón, recién decorado para recibir a la actriz francesa, resplandecía; y el rótulo en luces eléctricas "Teatro Nacional", que ostentaba por primera vez, inundaba de luz todo el frente. La gente se aglomeraba ante la entrada, y el empedrado resonaba con el continuo rodar de los carruajes. Dentro, el teatro se colmaba. La concurrencia, numerosa y selecta: el mundo elegante y los grupos intelectuales en nutridas representaciones. Para dar idea basta citar los nombres de algunas damas: las señoras Charito Armenteros de Herrera,

Felicia Mendoza de Aróstegui, Condesa de Loreto, Herminia Saladrigas de Montoro, Isabel Pulido de Sánchez Bustamante, María Amblard de Pichardo, Juana Orbea de Catalá, Patria Tió de Sánchez Fuentes, Matilde Ubeda de Morales, Blanche Z. de Baralt, Francisca Mary de Hernández Miyares, Dolores Inclán de Mesa, María Antonieta de Rabell de D'Estrampes, Lola Soto Navarro de Lasa, Mirta Martínez Ibor de Delmonte, Graziella Cabrera de Ortiz, María Luisa Rivas de Silveira, Célida Delmonte de Delmonte, Susana de Cárdenas de Arango, María Galarraga de Sánchez, y las señoritas Cristina Montoro, Georgina Morales, Caridad, Marina y Luisa Victoria Manrara, Cheche Pérez Chaumont, Inés María Plasencia, Emma Cabrera, Nena Herrera y Beatriz Alfonso.

La función del debut se inició de un modo nuevo en la Habana: con una deleitosa *causerie* en castellano, sobre la obra representada, por el notable escritor argentino Darío Niccodemi, autor de L'Hirondelle, pieza que estrenará Mme. Réjane. Luego vino Sapho, una de las más célebres creaciones de la famosa actriz.

La Réjane vivió la Sapho de Daudet como ella es: una mujer *irregular* (tal la definió el Sr. Niccodemi) pero nunca viciosa ni inmoral, y a más con una conciencia de lo que realmente vale y pesa en la vida, y una afectividad inagotable, hasta el sacrificio.

¡Y el arte de la Réjane! Cuánto cabe decir, de su dominio de la técnica, de su penetración, de su estudio de los personajes, de su estilo, y sobre todo de su exquisita discreción artística, cualidad natural e invalorable en quien es, como ella, una soberana de la comedia!

El 22 se puso en escena *La Petite Marquise*, deliciosa comedia de Meilhac y Halévy, cuyas obras deben tanta popularidad a la Réjane, y el domingo 23 *Zaza*, la Zaza original y auténtica de París. La Réjane es princesa del arte, y la Habana culta ha acatado su soberanía y le rinde pleno homenaje.

LEÓN ROCH

▶ Revista Cuba Literaria, núm. 20, Año I, 28 de octubre, 1904, pp. 159-160.

# Crónica habanera Italia Vitaliani

A raíz de la despedida de la Réjane, todavía flotando en la atmósfera del Teatro Nacional el *esprit* de su genio cómico incomparable, la magia insinuante de sus creaciones, viene a ocupar la misma escena una actríz de género completamente distinto al de aquella: Italia Vitaliani, una de las triunfadoras en la generación de artistas italianas que preside, musa divina, la consagrada Eleonora Duse.

El debut de la Vitaliani fué casi tan brillante como el de la Réjane, y su temporada, si no atrae más público, —porque la Habana parece mostrarse reacia a los artistas de lenguas extrañas—, por lo menos se desliza con éxito artístico y sin incidentes desagradables.

La sociedad elegante asiste con bastante asiduidad a las funciones de la Vitaliani: la noche del debut eran gala de la escogida concurrencia señoritas tan bellas y cultas como Blanca Hierro, María Luisa Morales, Beatriz Alfonso, Graziella y María Teresa Varona, Inés María Plasencia Ana Luisa Diago, Cheché Pérez Chaumont, Carmen Aróstegui, Julia y María Núñez, Georgina Morales y las hermanas Manrara.

\*\*\*

Las piezas puestas en escena por la Vitaliani han sido *La Tosca*, *Odette* y *Fedora* de Sardou; *El Hogar* de Sudermann; *María Stuart* de Schiller; *María Antonieta* de Giacometti, *La Locandiera* de Goldoni; *Adriana Lecouvreur* de Scribe; *Sor Teresa* de Camoletti, y *Felipe Derbiay* de Ohnet.

Hasta ahora, la mayoría de este repertorio la componen piezas de efecto y de escaso valor literario: en semejantes obras la labor artística de la Vitaliani es valiosa por su verismo, por su vigor emocional, pero se resiente de la vaciedad o de la falsedad de los personajes y suele tener recurso a los efectos de la escuela antigua.

Solamente tres de estos personajes permiten revelar la superioridad de su intelecto y de su don de caracterización humana: Magda, en un drama realista, María Stuart, en una tragedia romántica, y Mirandolina, en una comedia clásica, *La Locandiera*.

Ante todo, la Vitaliani no es cómica: puede vivir un personaje cómico, pero a su modo, de gracia y discreción, sin la vivacidad desbordante e irresistible de las verdaderas *comedienes*. Su Mirandolina tuvo gracia, discreción, femenilidad constante: a la verdad, la comedia de Goldoni, extremadamente sencilla, no da para más.

En la obra de Sudermann, la actriz también descuida lo cómico, ó por mejor decir, lo mundano, la impresión *exterior* del desacuerdo entre Magda y su viejo hogar. En cambio, las escenas patéticas han sido el mejor trabajo en la Habana. Su huída, al ser sorprendida por su padre en el diálogo con Keller, es el punto culminante de una interpretación que por la intensidad de vida y de conciencia artísticas puede parangonarse con las más famosas interpretaciones de Magda.

En *María Stuart* no se elevó más por falta de ambiente: la compañía no supo alcanzar la verdadera altura trágica, y de la tragedia al melodrama hay solo un paso. La Vitaliani tuvo notas soberbias, soberanas, en el final del tercer acto.

Con la Vitaliani trabaja su esposo Carlos Duse, hermano de la excelsa Eleonora y actor de grandes méritos. La compañía, en conjunto, es excelente.

Para la función del sábado 19 la Vitaliani anuncia la *Hedda Gabler* de Ibsen, uno de sus mayores triunfos. Debía ser un acontecimiento celebrado por el público culto.

LEÓN ROCH

▶ Revista Cuba Literaria, núm. 23, Año I, 20 de noviembre, 1904, p. 184.

## Crónica habanera La Vitaliani en "Hedda Gabler"

Las últimas piezas representadas por la compañía Duse-Vitaliani fueron *Deborah*, melodrama romántico del alemán Mosenthal, *Hedda Gabler* de Ibsen, la imprescindible *Dama de las Camelias* y la popular *Zaza*.

Italia Vitaliani hizo cuatro creaciones de mérito vario y notable, y se le elevó a gran altura trágica en *Deborah*.

El verdadero clou de la temporada fue el estreno de Hedda Gabler.

El público y la crítica (con excepciones) han juzgado mal la obra. Es cierto que el conocimiento de Ibsen no debe principiarse con *Hedda Gabler*, el más enigmático de sus dramas, sino con *Casa de Muñeca* (que la Réjane prometió y no *dio*), y en la lengua propia de los espectadores.

Hedda Gabler es el más enigmático de los dramas de Ibsen porque es el más imparcial, el único en que el autor no habla en sus personajes ni parece simpatizar con ellos. Es un estudio magistral de casos que se producen en la sociedad moderna por la educación viciosa y los convencionalismos que cohiben el desarrollo del yo y destruyen el concepto real de la vida.

En el papel de Hedda (la lady Macbeth del teatro contemporáneo), la Vitaliani probó su fama de artista intelectual. Su interpretación es perfecta: desde la entrada fría e interiormente llena de imperiosidad y desdén, en cada pasaje, expresando en el gesto, en la mirada y en la voz inalterable la repulsión de Hedda hacia Tesman, la loca envidia y el deseo de obrar, de influir, de vivir otra vida de un ideal extraño, y la embriaguez satánica de sus triunfos.

Como labor realista, sutil e intachable, en un drama de ideas, la Hedda de la Vitaliani es probablemente lo mejor que ha visto la Habana.

La compañía, muy correcta, dentro de sus papeles y del *ambiente:* la Señorita Ferrero no estuvo suficientemente sentida en la desespera-

ción de Thea, pero Carlo Duse, en la última escena de Loevborg con Hedda, realmente se colocó al nivel de la Vitaliani.

<sup>▶</sup> Revista Cuba Literaria, núm. 24, Año I, 28 de noviembre, 1904, p. 192.

#### CRÓNICA HABANERA

La Habana se ha honrado con la corta visita del famoso esgrimista francés Lucien de Mérignac, hijo del que ha sido llamado recientemente por un *amateur* habanero "el Victor Hugo de la esgrima".

Los profesionales y *amateurs* de la ciudad hicieron cordial acogida a M. de Mérignac, obsequiándole el domingo 8 con un espléndido banquete en el Hotel Mirarmar.

No llegó a concertarse el asalto entre el asombroso *champion* cubano Ramón Fonst y M. de Mérignac, que lo deseaba; pero este tuvo ocasión de presentarse ante el público habanero dando en la noche del lunes 9 en el Teatro Nacional una brillante función, cuyo *clou* fue el asalto con el reputado profesor Sr. M. Alonso.

\*\*\*

Ha tenido notable éxito el Congreso de Salud Pública celebrado aquí por médicos comisionados de los Estados Unidos, Méjico, Panamá y Cuba.

Los miembros del Congreso han estado una semana en actividad constante en sesiones, visitas, investigaciones, banquetes, conferencias, distinguiéndose por sus gestiones y por sus discursos los Dres. Finlay y Guiteras, cubanos; Lee, de Filadelfia; Bailey, de Lousiville, Ky.; y Lisiaga, de Méjico.

Los representantes extranjeros llevan una magnífica impresión del estado sanitario de la Habana y de la isla.

\*\*\*

El baile del Palacio Presidencial en la noche del jueves 12 inicia brillantemente las grandes fiestas del año. Al Palacio, reciente y suntuosamente decorado, acudieron en mayoría abrumadora las personalidades conspicuas de la política, del comercio, del mundo intelectual y del mundo elegante habanero.

El programa del baile consistió exclusivamente de valses ejecutados por la orquesta de cuerdas de Torroella y two steps ejecutados por la Banda Municipal.

En la extraordinaria concurrencia, que fue galantemente atendida por los esposos Estrada Palma, su hija Candila, y su sobrina la Srita Ferrari, figuraban damas tan distinguidas como Mrs. Squiers, Marta Abren de Estévez, la Marquesa de la Real Proclamación, Hortensia Delmonte, de Ulzurrum (marquesa de San Miguel de Aguayo), Elena Herrera de Cárdenas, Lola Soto Navarro de Lasa, Catalina de Lasa de Estévez, Blanca Broch de Albertini, Nieves Pérez Chaumont de Truffin, Mirta Martínez Ibor de Delmonte, Antolina Culmell de Cárdenas, María Luisa Rivas de Silveira, Patria Tió de Sánchez Fuentes, María Martín de Dolz, Matilde Ubeda de Morales, Francisca Martínez de Díaz, Dolores Portuondo de Núñez, Francisca Marty de Hernández Miyares, Mercedes Márquez de Márquez Sterling, Felicia Mendoza de Aróstegui, Susana de Cárdenas de Arango, Esperanza Herrera de Solar, Leopoldina Luis de Dolz, America Rabell de Castells, Herminia Delmonte de Betancourt, Nena Ariosa de Cárdenas, María Luisa Lasa de Sedaño, Dulce María Junco de Fonts.

Parni les demoselles: María Luisa Morales, Corina García Montes, Margarita Mendoza, Cheché Pérez Chaumont, Marina y Luisa Victoria Manrara, Conchita Brodermann, Juanita Culmell, Loló y Leocadie Valdés Fauly, Emma Cabrea, Amelia Toscano, Consuelo y María Luisa Nadal, Inés María Plasencia, Angélica Galarraga, Carmen Aróstegui, Julia y María Núñez, María, Marina y Guillermina Díaz, Graziella, Gisela y Mara Cancio, Rogelia y Estela Altuzarra, Orosia y Lolita Figüeras, María Cervantes. Laura Rayneri, Matilde Guridi, María Teresa Otero, Irene y Mercedes Carrillo, Corina Azcúe y la espiritual escritora norteamericana Lulú Wintzer.

Entre las toilettes más elegantes merecen citarse la de la señora Dulce María Junco de Fonts, bordada en oro, y la de la Señorita Carmen Aróstegui, artísticamente pintada a mano.

El domingo 21, en el Conservatorio de Música y Declamación que dirige el Sr. Peyrellade, dio un concierto el joven y notable violinista cubano Fermín Cardona, con la cooperación de la Srta. Altagracia Prieto, soprano. Fidelma García Madrigal y Laureano Fuentes, pianis-

tas, y Juan Torroella, violinista. El programa era escogido y fue ejecutado con gusto.

LEON ROCH

▶ Revista Cuba Literaria, núm. 31, Año II, 20 de enero, 1905.

### CRÓNICA HABANERA

La Habana, merézcalo o no, es ciudad afortunada en materia de teatros. En 1904 la visitaron Teresa Mariani, Gabrielle Réjane e Italia Vitaliani, dando a conocer obras nuevas de los mejores dramaturgos contemporaneos: el noruego Ibsen, el alemán Budermann, el italiano Giacosa, los franceses Becque, Donnay, Sardou, Brieux y Porto-Riche.

La Vitaliani, de regreso de Méjico, inició una breve temporada en el teatro Nacional el 25 de Enero con el estreno de *La Segunda Mrs. Tanqueray*, obra del dramaturgo inglés Arthur Wing Pinero, conocida probablemente en todos los idiomas europeos excepto los ibéricos.

El drama es uno de los más vigorosos y brillantes del teatro realista psicológico; y la compañía italiana lo interpretó a maravilla, quizás mejor que lo que ha interpretado ninguna otra obra en sus dos temporadas habaneras.

Desgraciadamente, la estrella —Sra. Vittaliani— enfermó al día siguiente del debut, y su ausencia de las funciones han alejado bastante al público, a pesar de que Carlos Duse ha hecho notable trabajo en Kean y La Muerte Civil. Espérase que, una vez restablecida la eminente actriz reaparecerá con Come le foglie de Giacosa.

\*\*\*

Abundan los bailes y soirées de la sociedad elegante.

Suntuoso el baile del Casino Alemán en la noche del sábado 28, en la celebración del natalicio del Kaiser.

Entre los sports, el más favorito es el *foot-ball*. Los matchs celebrados en los terrenos del Marino Cerro, se ven concurridos los domingos por las más distinguidas familias habaneras. Boda elegante: el día 24, la de la señorita Edelmira Culmell, hija del respetable Cónsul de Dinamarca, con Mr. Gilbert Chase, oficial de la Marina de los Estados Unidos.

El Ateneo de la Habana, que recobra prestigio gracias a los esfuerzos de un grupo de entusiastas encabezado por el nuevo director, el eximio poeta Manuel S. Pichardo dio una notable velada en la noche del 30. Demostración de las simpatías de que goza la culta sociedad era la numerosa y culta concurrencia, de que era gala una pléyade de señoritas distinguidas: Blanca Hierro, Inés María Plasencia, Conchita Brodermann, Guillermina Portela, Luisa Victoria Manrara, Oria Yarela, Isabel Chabau. El programa, breve y bien combinado, se inició con algunos números de canto por el apreciable barítono señor Eladio Chao y uno de piano por el Sr. J. J. Nin, una de las glorias musicales más positivas de Cuba, quien aparecía ante el público habanero por primera vez desde su regreso de París. Este pianista admirable cuanto crítico sagaz y erudito, solamente pudo ejecutar uno de los dos morceaux de Chopin anunciados, por haber sufrido un ligero accidente en una mano.

La parte literaria fue un discurso del Dr. González Lanuza, presentado con breves y elocuentes palabras por el presidente de la asociación Dr. Ricardo Dolz. El Dr. González Lanuza disertó sobre "Un problema constitucional de los Estados Unidos", con su habitual maestría y su clara sencillez que no excluye ni la profundidad ni la erudición.

La velada fue un triunfo para el Dr. González Lanuza y para el Ateneo.

LEON ROCH

<sup>\*</sup> Revista Cuba Literaria, núm. 33, Año II, 5 de febrero, 1905.

## Crónicas habaneras Dos artistas

Cuba literaria honra hoy sus columnas con el retrato de estos dos artistas: Francisco García Cisneros, joven escritor cubano, y su esposa Eleonora de Cisneros, distinguida cantatriz norteamericana. Al presentarlos, mi pluma se niega al frío análisis de la crítica, porque en mis impresiones de estas dos individulidades entra por mucho el recuerdo de las amables veladas de su antiguo hogar neoyorkino, ambiente refinadamente culto y artístico.

\*\*\*

Francisco García Cisneros no es, ni con mucho, un desconocido en el mundo intelectual hispano-americano: su firma se ve con frecuencia en los periódicos de Chile como en los de Méjico, en las revistas de la Argentina como en las de Cuba.

Sin embargo, sus producciones más abundantes y conocidas —crónicas y críticas—, son las que más inexacta idea dan de su talento, porque a ese género le ha llevado la necesidad, no el temperamento ni la vocación.

Espíritu intensamente artista, devoto de todo lo excelso aunque con predilecciones por lo exquisitamente raro, habría sido, de cultivar el arte que iluminaron Whistler y Puvis de Chavannes, un pintor impresionista. Su género es la fantasía modernista, que se acerca unas veces al cuento de pinceladas vivas y rápidas, otras al paisaje de matices varios y significativos. Esa fantasía sin contornos precisos ni tintas clásicas se caracteriza en que condensa y proyecta la *impresión*, recojiendo hábilmente las notas culminantes de un cuadro material o de un estado de alma.

García Cisneros puede hacer mucho en este género, porque en él ha demostrado originalidad y gusto nativos, imaginación fecunda y brillante, estilo flexible y puro, expresión justa y elevada. Uno de sus sueños es publicar un libro de cuentos que unan el fresco realismo de los viejos prosistas galantes italianos con la malignidad sutil de los

franceses coetáneos, en una edición digna de D'Annunzio o de Pierre Louys. ¿Lo realizará pronto?

Eleonora de Cisneros [née Broadfoot] es una de las brillantes personificaciones del genio típico de la mujer norteamericana en la época actual: genio sano, vigoroso, intelectual y activo, cuyas son las manifestaciones super-femeninas de Edith Wharton, Gertrude Atherton y Mary Wilkins en la novela, de Agnes Repplier en la crítica, de Amelie Rives y Aliece Brown en la poesía, de Cecilia Beaux en la pintura, de Fannie Blommfield-Zeisler en el piano, de Lillian Nórdica, Emma Nevada y Emma Eanes en la escena de la ópera, de Clara Morris, Mary Shaw y Minnie Maddern Fiske en la escena diamática, de Loie Fuller e Isadore Duncan en la coreografía, de Susan B. Anthony y May Wright Sewall en la campaña feminista, de otras muchas en los órdenes de la vida social, económica, intelectual y aun política.

La Señora de Cisneros es joven, y reune figura esbelta y hermosa, voz potente y bien timbrada de contralto que alcanza notas altas de mezzo-soprano, temperamento dramático vibrante, magnetismo y elegancia en la *manera*, inteligencia y perseverancia en el esfuerzo y en el estudio.

El principio notable de su carrera fue en la Compañía de Castle Square que representa en inglés muchas de las mejores óperas. Tuvo éxito y pasó al Metropolitan Opera House; pero se convenció de que los cantantes jóvenes y sin experiencia, por mucho que aspiren y estudien, se estancan en esa compañía de astros: para imponerse al exigente público neoyorkino precisa ofrecerle una reputación europea iy justificarla!

Con su esposo emprendió viaje a Italia en 1901. De entonces a 1903 figuró en varias compañías de importancia, en Módena, en Ferrara, en Turín, en Trieste, en Rio Janeiro y en el Teatro Dal Verme de Milano. Durante el invierno de 1903 a 1904 cantó con gran éxito en el aristocrático San Carlo de Lisboa; y el otoño siguiente en el ansiado Covent Garden de Londres, como primera contralto de una compañía en la que figuraban varios de los más célebres artistas de esta época: Caruso, Sanmarco, Víctor Manuel. Sus éxitos fueron ruidosos; la severísima prensa de Londres sólo tuvo elogios para ella. En *Lohengrin*, llamó la atención porque entre los intérpretes (excelentes como cantantes *italianos*) fue la única que infundió a su papel la fuerza y la dignidad que los alemanes dan a la obra de Wagner.

El éxito social coronó al éxito artístico. La aristocracia inglesa acostumbra tratar como a *nobles* a los grandes artistas, invitándolos a sus salones; y a Mme. de Cisneros cupo el honor concedido a las Nórdicas y las Melbas.

Este triunfo la consagra entre las cantatrices de primer rango. De Londres, va a Lisboa de nuevo, a Viena, a San Petersburgo...

Altamente merecido, porque ha sido conquistado con el mérito y el esfuerzo, es el trienio de esta dama en quien se resumen las virtudes típicas del genio de la mujer norteamericana, y a quien me es grato enviar, a la distancia, los homenajes de mi respeto y mi admiración.

La Habana, enero de 1905.

▶ Revista Cuba Literaria, núm. 37, 20 de febrero, 1905.

## Crónicas humanas [El libro de Muñoz Bustamante]

Indicaba recientemente el Dr. Rorrero Echeverría, en una extensa y luminosa carta a Enrique José Varona, la ausencia de *ambiente*, en Cuba para ciertos géneros de literatura. La observación es justa. La verdadera literatura no es aquí profesión; siendo así que en todas partes el artista debe vivir de su arte, porque solo de tal manera puede consagrarle la mayor suma de sus energías. Esta observación es oportuna en el caso de Muñoz Bustamante. Si este escritor viviera en los Estados Unidos, ejemplo, ganaría su vida publicando *Crónicas humanas* en vez de tener que dedicarse, como en Cuba, a escribir diariamente *crónicas teatrales*, que nunca serán su verdadero campo, y solo á ratos cultivar el género en que descuella.

Sus *Crónicas humanas* han tenido un éxito popular inesperado, porque esas *crónicas* (que ya corren en 2a. edición) no pertenecen a ningún género definido y común: son observaciones de la vida, ya en forma de relato, ya en forma de disertación filosófica.

Si, como nueva forma literaria, las *Crónicas humanas* no deberían ser populares, hay razón para su popularidad en su absoluta falta de convencionalismo. Seguramente, no serán obras perfectas, acaso por ser impresiones sinceras, rápidas y palpitantes, nunca convencionales, casi siempre *comprensivas*, denotadores de una visión naturalmente amplia y de una tendencia á la verdadera originalidad que podría culminar en obras fuertes y bellas.

LEON ROCH

▶ Cuba Literaria, núm. 37, 5 de marzo, 1905.

### CRÓNICA HABANERA

El mes de febrero ha transcurrido en la Habana con animación extraordinaria. A la batalla de flores del día 11 y la lucida carrera de automóviles del 12 han sucedido las fiestas patrióticas del 24 de Febrero, la kermesse de Caridad en el Arsenal el 26, tras las cuales vendrá el Carnaval. Además se han celebrado numerosos bailes y saraos en salones aristocráticos.

\*\*\*

El acto más notable del día 24 fue la inauguración en el Parque Central de la Estatua del Apóstol José Martí, obra del escultor cubano José Vilalta de Saavedra. Al descubrir la escultura, se pronunciaron breves discursos, y el director de *El Fígaro* Sr. Pichardo leyó la poesía de Ramón M. Menéndez que obtuvo accésit en el certamen abierto por la Comisión del Monumento.

Por la tarde, se efectuó el desfile de las escuelas ante la estatua, y por la noche hubo varios *meetings* e iluminaciones en el parque y en el Prado, llamado desde ese día *Paseo de Martí*.

\*\*\*

Los teatros también están animados. En Albisu acaban de debutar tres notables tiples españolas: Juanita Ramón, Josefina Cabanilles y Julia Abad.

En el Nacional dio su función de beneficio y despedida la genial Italia Vitaliani con la *Magda* de Sudermann. El público la ovacionó estruendosamente como lo merece la actriz.

En Marzo ocupará la mínina escena una compañía de ópera italiana en que figuran Livia Berlendi, Luisa Tetrazzini y Angela Penchi.

\*\*\*

En la tarde del 27 de Febrero, 61 aniversario de la independencia de la República Dominicana, se celebró una brillante recepción en la casa del Encargado de Negocios de aquel país, Sr. Pérez Román.

Se hizo selecta música por el gran pianista asturiano Benjamín Orbón, tan admirado en la Habana, y por la distinguida esposa del diplomático, la señora Altagracia Licairac de Pérez Román, quien ejecutó los himnos Dominicano y Cubano.

Y la inspirada y modesta poetisa Vaganiona, la Srta. Clemencia Gómez Toro, hija del Héroe Máximo, recitó dos de sus producciones.

\*\*\*

Bajo la competente dirección del maestro Marín Varona se ha formado la Banda de Artillería, que ha ejecutado su primera retreta en la Plaza de Armas la víspera del día patriótico. Posteriormente ha tocado en otros parques y en la Kermesse de los jardines del Arsenal, con éxito tan notable como era de esperar de tan magistral dirección y organización.

LEON ROCH

<sup>▶</sup> Revista Cuba Literaria, núm. 38, Año II, 12 de marzo, 1905.

### CORRESPONDENCIA HABANERA

Señores Directores de La Campaña, Santo Domingo

Correspondiendo a su amable invitación a escribir mensualmente para La Campaña una crónica de los principales acontecimientos que se desarrollen en Cuba y en la Habana, deseo cumplir la tarea en la medida de mis fuerzas, pero temo que, por mi acostumbrada desaficción a ciertos aspectos de la vida pública, no logre dar cuenta de ellos con justicia o exactitud, por no conocer bien esos órdenes de sucesos: la política, por ejemplo.

Por otra parte, en este momento ofrece la vida habanera muchos detalles dignos de la crónica. Es invierno... en el Norte, y los norteamericanos afluyen a Cuba en bandadas, como las aves. Aunque vienen de paseo, su presencia da la nota de vida intensa en medio de las costumbres tropicales. Nótase sobre todo el contraste entre la mujer cubana y la yankee: ésta hermosa o fea, afirma donde quiera enérgicamente su individualidad; su mirada denota una vida más completa.

Entre los visitantes de la Habana se cuentan: George Ade, el humorista, Richard Harding Davis, el novelista, Fay Templeton, la ingeniosa actriz, nombres de inmenso prestigio popular en los Estados Unidos, pero que han pasado aquí desapercibidos.

\*\*\*

Las diversiones sociales y el *Sport* baten el record de animación. El sábado 11 de febrero tuvo efecto en el Prado una batalla o corso de flores; el domingo 12 una notable carrera de automóviles en que resultó vencedora, contra máquinas de americanos, la "Mercedes" del rico joven cubano Enrique Conill, guiada por un *chauffeur* cubano; el 24, día patriótico, se inauguró la estatua de Martí; el 26, hubo en los jardines del Arsenal una Kermesse caritativa patrocinada por las más dis-

tinguidas damas habaneras; y del 5 al 7 de marzo, las fiestas del Carnaval.

\*\*\*

La política cubana, en este momento crítico, debe ser tema interesante para los dominicanos, para quienes debe ser interesante toda política, aunque sea la de Rumanía o la de la isla de Java.

La agitación actual tiene por causa la proximidad de las elecciones para el período presidencial que principia en mayo de 1906. Creyóse que se lograría decidir al General Máximo Gómez, a presentar su candidatura, pero no fue posible. En su lugar, los liberales nacionales piensan proponer al General Emilio Nuñez, Gobernador actual de la provincia de la Habana.

El Presidente Estrada Palma, que nunca se había inclinado definidamente a ningún partido, dio una nota sensacional declarando afiliarse al republicano moderado. Resultado: renuncia de todo el ministerio, que acaba de sustituirse, después de muchas vacilaciones, con hombres que tienen casi todos significación como antiguos revolucionarios. El único Secretario del Gabinete caído que figura en el nuevo es el señor Eduardo Yero Buduén.

El partido republicano moderado acaba de dividirse en tres fracciones: los moderados de Las Villas, acaudillados por el General José Miguel Gómez, su candidato para la presidencia; los de grupo que encabeza el Doctor Domingo Méndez Capote, que ha guiado al señor Estrada Palma en la formación del nuevo Gabinete; y otro grupo que se juzga el mayor, que no acepta la influencia de Méndez Capote ni parece dispuesto a apoyar la propuesta reelección del actual Presidente. Háblase de probables fusiones de algunos grupos moderados con algunos grupos del partido liberal nacional, pero hasta la fecha este permanece firme y unido.

Las Cámaras trabajan, con regularidad; la paga del Ejército continúa lenta y con resultados contraproducentes; las opiniones están muy divididas y son, las más, desfavorables respecto de las gestiones del Ejecutivo y del Legislativo. La situación aparece nublada... hasta que la despeje la tempestad de las elecciones.

\*\*\*

La inauguración de la estatua de Martí en el "Parque Central" fue un acto sencillo, y realmente popular. No hubo discursos pomposos sino

frases breves y justas, y una poesía del señor Ramón M. Menéndez, premiada con accésit en el Certamen abierto por la Comisión de los Monumentos a Martí y Céspedes.

Por la tarde desfilaron ante la estatua las escuelas; por la noche se iluminaron eléctricamente y con colores el Parque y el Prado, llamado ahora "Paseo de Martí".

La estatua es obra del escultor cubano José Vilalta de Saavedra, residente en Europa y ventajosamente conocido. Dista mucho de ser el mármol que a la memoria del Apóstol debería levantar esta ciudad capital; pero es la obra de un cubano.

\*\*\*

ARTE Y LETRAS. Acaba de despedirse la genial Italia Vitaliani, una de las actrices más asombrosas de la escena contemporánea. La Habana ha visto, como un deslumbramiento, su *Déborah* (drama de Mosenthal), su *Hedda Gabler* (drama de Ibsen), su *Magda* (drama de Sudermann), su *Segunda mujer de Tanqueray* (drama de Pinero), su *Nennelle* en *Como las hojas* de Giacosa; quizás no las ha comprendido.

Poco se publica. Las *Crónicas humanas* del joven escritor Mario Muñoz Bustamante han aparecido en segunda edición a los dos meses de haberse publicado la primera. Son páginas juveniles e incorrectas pero demuestran un talento sincero y original.

El libro nuevo es *Psicología profana*, del aplaudido Márquez Sterling, colección de artículos referentes a personalidades conocidas, avalorados por la serenidad de juicio y de estilo de autor.

Al hablar de la estatua de Martí, cité la poesía que obtuvo el accésit en el Certamen organizado por la Comisión del Monumento. Este certamen viene a probar que Cuba no posee hoy un poeta capaz de esgrimir la alta espada del canto.

Tres hay que parecían capaces de empuñarla siquiera: Pichardo, Mercedes Matamoros y Bonifacio Byrne. Pichardo, que podría haber triunfado infundiendo un ritmo más acelerado a su académico verso, era Jurado y no concurrió; los otros dos sí concurrieron, pero sus composiciones solamente merecieron recomendaciones de los jueces: resultaron inferiores a la del nuevo poeta Ramón María Menéndez.

Esta, —no impecable, pero de verdadero *ritmo lírico*— según el acertado criterio del Jurado, merecía solamente al accésit. El primer pre-

mio quedó desierto. El fallo designó como valiosas, después de la poesía de Menéndez, otras cuatro: las de Mercedes Matamoros y Byrne, una del español Lozano Casado y una del estudiante Guillermo de Montagu.

\*\*\*

El 27 de Febrero fue celebrado con entusiasmo en la Legación de Santo Domingo, donde se reunió por la tarde un grupo numeroso de dominicanos y cubanos y otros amigos: una concurrencia muy culta y distinguida.

Hubo un improvisado programa musical y literario, con números de tanto mérito como las piezas ejecutadas por el eminente pianista asturiano Benjamín Orbón, a quien la Habana ha tributado muchas ovaciones.

La distinguida esposa del Encargado de Negocios, la señora Altagracia Licairac de Pérez Román, ejecutó al piano los himnos dominicano y cubano, que fueron escuchados de pie por la concurrencia.

El joven escritor Lorenzo Despradel recitó una poesía de Gonzalo Marín; y el *clou* de la fiesta fue la recitación por la modesta e inspirada poetisa *Vaganiona*, de dos composiciones suyas. Vaganiona es la señorita Clemencia Gómez Toro, hija del General Máximo Gómez.

En la morada de este ilustre dominicano se reunió por la noche casi el mismo grupo que asistió a la Legación por la tarde, y también allí se hizo música y letras.

Habana, marzo 8 de 1905.

▶ La Campaña, 17 de marzo, 1905.

#### CORRESPONDENCIA HABANERA

Los presagios tempestuosos de la política cubana en el mes anterior resultaron en una pequeña tormenta que por un momento amenazó convertirse en ciclón devastador.

Hallábanse frente a frente la coalición del partido liberal nacional con los moderados de Las Villas, y el Gobierno de Estrada Palma, flamante moderador con su gabinete de combate. Crecía la agitación en contra de los procederes del nuevo ministerio, al que se acusaba de intentar mil arbitrariedades para colocar en todos los puestos a sus correligionarios del partido *martínez estradista* (sic).

Corrió con insistencia la noticia de que el Ejecutivo iba a destituir, para reemplazarlo con uno moderado, el Ayuntamiento liberal de la Habana, al que se había formado un expediente para esclarecer hechos dudosos, y, según decires, comprometedores. Es lo cierto que la Secretaría de Gobernación pidió al Gral. Emilio Núñez, Gobernador de la provincia, que se le remitiera el expediente en el término de tres días. Antes de que estos transcurrieran, seis representantes liberales se personaron en la Casa Capitular el 10 de abril, y se apoderaron del expediente: la voz del escándalo decía (erróneamente) que lo quemaron, y aumentaba la sospecha en contra de los liberales.

Era un momento conflictivo. Ambas partes contrincantes acudían a medios extremos. El hervor crecía, los periódicos (con excepción del inalterablemente sesudo y conservador *Diario de la Marina*) eran voceros destemplados de guerra, y la Semana de Pasión fue en Cuba semana de fieras pasiones políticas.

El lunes 17 se celebró un colosal *meeting* en los salones del Círculo Liberal Nacional, al cual concurrieron, en acto o en espíritu, todas las figuras activas de la oposición. Máximo Gómez, que presidía, José Miguel Gómez, Salvador Cisneros, Bartolomé Masó, Eusebio Hernández, Carlos de Latorre, Juan Gualberto Gómez, Alfredo Zayas... Se pronunciaron discursos tremendos, ataques fogosos, como si el Gobierno de Estrada Palma fuese en realidad una oligarquía tiránica, y

se dijo que, si para imponer el orden y la legalidad había que ensangrentar el país, se ensangrentaría. Y se tomó el acuerdo de hacer el domingo 23 una manifestación pública y que una Comisión presidida por Máximo Gómez, Masó y Salvador Cisneros, iría a exigir al Presidente el cumplimiento de las leyes de la Nación.

Era demasiado. La manifestación (no muy justificada, pues no pedía nada concreto) habría traído o la caída del Ejecutivo o una escena quizás sangrienta como principio de otras muchas. Susurróse que el Ejecutivo iba a adoptar medidas muy violentas, se habló (no en la prensa) de represión por la fuerza armada, de cárcel, de destierro...

Pero dentro y fuera del tumulto hubo cubanos que mantuvieron su serenidad de espíritu y evitaron el conflicto, trayendo a un entendido (¿una tregua?) a las dos facciones enemigas. En esta patriótica labor tuvo papel importante y honroso Manuel Sanguily, presidente del Senado, electo por razón de la renuncia del vice-presidente de la República Dr. Estévez.

El acuerdo que cada facción celebra como triunfo propio, es: no se efectúa la manifestación liberal, y el Ejecutivo promete oír directamente las peticiones de los coaligados. La comisión liberal que se entrevistó con Estrada Palma dice haber conseguido estas promesas: primera, que se dejará a los Gobernadores civiles el entender en la resolución de los expedientes que puedan formarse a los Ayuntamientos, no conociendo de ellos el Ejecutivo sino dentro de los límites que marca la Ley; segunda, que cuando haya que destituir alcaldes o concejales, se les sustituirá por ciudadanos de la misma filiación política; tercera, que se tomarían en consideración todas las protestas que el partido liberal formulara, contra los actos gubernativos que se creyeran injustos.

La paz vuelve a reinar... Pero la "semana de pasiones" trajo a flote muchos instintos desdichados del alma antillana. Para la conservación del orden político, hace falta el amor a la disciplina; para la conservación del espíritu nacional, es indispensable el culto de los héroes, que, sesegún Carlyle, es, entre los sentimientos colectivos, el último en abandonar a los pueblos más decaídos. Los cubanos debían recordar que si Estrada Palma es su Presidente, Máximo Gómez es su liberador, y que ambos pertenecen a la historia, y que el decoro nacional exige que esa historia los consagre con la mayor suma de gloria; pero Martí ha muer-

to, y no hay un pensador capaz de inculcarles ni esa ni otras enseñanzas.

\*\*\*

Apaciguadas las agitaciones políticas, y después de vacilaciones y amenazas de ruptura, la coalición de los liberales nacionales y de los moderados villareños se constituyó formalmente en "Partido Liberal" y acordó celebrar una Asamblea general a partir del 15 de Mayo, para redactar el programa, elegir los candidatos para el próximo período presidencial, y resolver otras cuestiones importantes.

▶ El Teléfono, Santo Domingo, 20 de mayo, 1905.

### CORRESPONDENCIA HABANERA

La progresista "Alliance Française" de la Habana ha conseguido hacer venir anualmente a esta ciudad a los conferencistas que van a los Estados Unidos a disertar ante la Alianza Francesa de la Universidad de Harvard. El orador de este año, el conocido historiador M. Frank Funck-Brentano, acaba de dar una serie de conferencias en la Academia de Ciencias y en el Ateneo. Sus temas, entre otros, han sido: *París a través de las edades, La Bastilla y El máscara de hierro*.

También acaba de celebrarse la Cuarta Conferencia de Beneficencia y Corrección. Es este un esfuerzo civilizador que realiza un grupo numeroso y distinguido de damas y caballeros de la Habana, quienes se dirigen anualmente en excursión a alguna ciudad de la Isla a celebrar conferencias y controversias, en unión de los intelectuales de la ciudad visitada, sobre asuntos de educación, legislación penal, etc. La conferencia de este año se efectuó con gran éxito en el Camagüey.

Dos o tres notas de luto para el arte. Se han perdido en un accidente marítimo las siete obras principales del pintor cubano Leopoldo Romañach, cuando volvían de Saint Louis, en cuya exposición figuraron. El joven príncipe de la pintura cubana ha perdido sus hijos predilectos. Si ésta pérdida del arte pictórico es reparable, no lo es la que ha sufrido el arte musical con la muerte de su más genial representante en Cuba, Ignacio Cervantes, fallecido a raíz de la muerte de Raimundo Valenzuela, uno de los compositores populares del país. Hace más de un año que se agotaba en la sombra, estéril, desquiciado aquel cerebro poderoso que creó las apasionadas frases de *Maledetto*, las majestuosas armonías de la *Sinfonía de do menor*, y trasmitió al piano, por manos mágicas, innúmeros matices de las tonalidades del sentimiento.

\*\*\*

Mientras en la tarde del domingo 30 un grupo ino muy numeroso! seguían los sones de las marchas funerales, el féretro del primer compositor contemporáneo de Cuba, en la noche se reunía lo más selecto de la sociedad elegante de la Habana (que tanto mimó a Cervantes) en

el nuevo "palazzino" de los esposos Estévez-Lasa para asistir a una fiesta social de esas que hacen época, y habría sido doblemente digna de encomio, si se hubiera pospuesto respetuosamente.

Los dueños del palacio son una dama de espiritual belleza y un caballero de aficiones artísticas, que es además hijo de la ilustre benefactora Marta Abreu y del Dr. Luis Estévez, ex-vicepresidente. Con tales anfitriones, la fiesta no hubo de ser una recepción vulgar: tuvo el singular encanto de una serie de cuadros "vívidos" por aristocráticas damas, que se inició con El Día, continuó con la Juana de Arco de Bastien Lepage (que la hiperbólica María Bashkirtseff calificábanla "obra maestra del moderno arte francés"), una Oriental de Gerome, L'Escorpolette del delicioso Fragonard, La reina Luisa de Gustavo Reihter, una fantasía de la Ofelia de Shakespeare, y concluyó con La Noche. Los otros detalles de recepción son menos importantes; el conjunto lo juzga así el Conde Kostia: "La generación actual no conoce nada que supere en esplendor artístico, en gala regia, en encanto social, en delicadeza exquisita, en gracia aristocrática y en belleza cubana y en bellezas cubanas la gala de anoche."

La grande, y risueña novedad teatral es la Compañía italiana de opereta, dirigida por Scognamiglio, que actúa en el Nacional. Esta troupe no se anunció con muchas pretensiones: solamente traía como blasón el nombre de Songnamiglio, reputado como el mejor director escénico de Italia; pero ha tenido un éxito extraordinario, debido en una buena parte a su excelente organización y en otra buena parte a sus excelentes cantantes. En las funcionen ha alternado la opereta con la ópera seria: la japonesa *Geisa* del inglés Sydney Jones, *El vendedor de pájaros* de Offenbach, *Les cloches de Corneville* de Planquette, el *Boccaccio* de Suppé, interpoladas con la romántica *Boheme* y la formidable *Tosca* de Puccini y, algunos estrenos: *Mlles. Michu* de Messager y *Les saltimbanquis* de Louis Ganne.

Los cantantes que se han distinguido son: Fontana, una apreciable Tosca; el tenor Vannutelli, el más aplaudido; el barítono Carrozzi; la Gattini y la Perretti, que a pesar de sus nombres antagónicos trabajan casi siempre juntas; y Cleopatra Vicini, que es la más verdadera artista del conjunto, pero que no ha brillado lo suficiente porque no ha interpretado obras apropiadas para demostrarlo.

Esta trajo a mi pensamiento uno de los más agradables recuerdos artísticos de Nueva York. La Vicini es una joven soprano italiana, que desde hace siete u ocho años reside en la Metrópoli comercial, donde la he oído cantar —iestupendas alternativas!— unas veces en el Metropolitan Opera House, otras en los ignorados teatros del Bowery. Tiene la voz algo prematuramente gastada por una defectuosa impostación, ipero qué alma y qué estilo, tan genuinamente italianos! iQué dominio de la coloratura! Es raro encontrar una medianía como la Vicini que sepa cantar *Lucia y Traviata, Rigoletto y Ernani*, no con el ahora corriente estilo de coloratura, falso y afrancesado, sino con el sentimiento y el estilo antiguos, que parecen ser monopolio de las eminencias, las Sembrichs y las Barrientos.

\*\*\*

La nota final: la muerte de dos distinguidos cubanos: el General Rafael Rodríguez Agüero, jefe del Cuerpo de Artillería, y el hacendado D. Perfecto Lacoste, conocido por sus gestiones patrióticas.

Otra muerte, ocurrida en Marzo en Colombia, pero sólo confirmada ahora: la del eminente escritor y poeta Rafael María Merchán, una de las primeras plumas cubanas. Como Ignacio Cervantes, Merchán estaba hace tiempo loco.

Habana, Mayo 7 de 1905.

▶ El Teléfono, Santo Domingo, 10 de junio, 1905.

# Correspondencia habanera La muerte de Máximo Gómez

El sábado 17 de junio, cuando a Santo Domingo llegaba la correspondencia informadora de la extrema gravedad del más ilustre dominicano contemporáneo que era también el más prominente de los libertadores cubanos, tocaba la enfermedad del caudillo su término fatal. Eran las seis de la tarde, antes de ocultarse el sol; el Presidente Estrada Palma acababa de entrar en el cuarto del enfermo cuando éste expiró.

La noticia voló desde la quinta del Vedado hasta La Habana antigua, y se difundió con una velocidad fantástica. Antes de cerrar el crepúsculo flotaban en innumerables edificios las banderas a media asta y los cortinajes negros. En seguida y durante toda la noche, la quinta fue invadida por la más significativa y numerosa representación de la sociedad de La Habana, y empezaron a recibirse centenares de telegramas de condolencia.

El Ayuntamiento, el Consejo Provincial y las Cámaras co-legisladoras se reunieron hacia media noche para tomar acuerdos sobre los funerales. El Senado votó una ley según la cual: se declaraban días de duelo el 18, el 19 y el 20 de junio de este año, se tributarían al cadáver del Gral. Gómez los mismos honores que a un Presidente de la República, se costearían por el Estado los funerales y el sepelio, llevarían los cuerpos armados de la República luto oficial durante nueve días, y se conducirían los restos al Cementerio de Colón el martes 20. A más, acordó el Senado reunirse el miércoles 21 en sesión solemne, en la cual haría el elogio fúnebre del héroe el Castelar cubano, Antonio Sánchez de Bustamante. (Elección justa, porque si el orador cubano casi insustituible para hablar ante la tumba de Máximo Gómez era Manuel Sanguily, por desgracia ausente ahora, en la sala del Senado encaja como ninguna la palabra de Sánchez Bustamente).

A las 7 de la mañana del domingo 18 fue trasladado el cadáver, embalsamado la noche anterior, al palacio presidencial. El monumental

ataúd, totalmente cerrado (en cumplimiento de la voluntad del muerto), y envuelto en las banderas cubana y dominicana, se colocó en el Salón Rojo del palacio: durante los tres días le hicieron guardias de honor los veteranos de la independencia y desfilaron ante él todo el pueblo de la Habana y muchos excursionistas llegados de provincias. El palacio se colmó de ofrendas: todos los cuerpos oficiales, las agrupaciones políticas, las instituciones de todo carácter, e innumerables empresas y particulares enviaron coronas. Estas se contaban por cientos. Las había estupendas, espléndidas, algunas como la del Senado y la del Consejo Provincial, tenían dos metros de altura.

La ciudad entera estaba de luto. Estaba prohibido hacer música, y no se oía vibrar un piano, ni cantar una voz, ni sonar uno de los muchos fonógrafos de La Habana. Cada media hora, durante tres días, disparaba el cañón de la fortaleza de la Cabaña; y cada hora tañían las campanas de los templos. Cerrados los teatros, las oficinas, los establecimientos, ofrecían las calles, llenas de colgaduras negras y banderas enlutadas un aspecto extraño con las multitudes que discurrían convergiendo hacia el palacio.

El entierro estaba dispuesto para las tres de la tarde del martes 20 de junio. Para definir lo que fue esta manifestación de duelo oficial y popular sólo cabe un adjetivo: COLOSAL. Difícil es, aun en ciudades de mucho mayor población que tan enorme público se reúna para un acto semejante; porque no es exagerado asegurar que del cuarto de millón de habitantes que tiene La Habana sólo una ínfima parte, retraída por necesidades imperiosas, dejó de acompañar o presenciar el desfile.

Desde el mediodía estaban llenas de personas las casas del trayecto marcado para el entierro. A las dos, bajo el sol tórrido, había un mar humano en la plaza de armas frente al palacio. A poco empezaron a alinearse las fuerzas: la artillería, la guardia rural, la policía municipal, los bomberos, todas en grupos numerosísimos y las bandas de música: todas las de la capital y algunas de otras ciudades.

Minutos después de la hora fijada, descendió el féretro en hombros de ocho individuos: los cuatro hijos del caudillo, Máximo, Urbano, Bernardo y Andrés Gómez y Toro, y cuatro dominicanos que, por concesión especialísima del gobierno de Cuba fueron elegidos para ese honor por la colonia residente en La Habana: el encargado de Negocios,

Sr. Pérez Román, el general Francisco Effres, el Sr. Francisco Carvajal y el comandante Lorenzo Despradel.

Hubo el estruendo marcial de rigor: se rindieron armas, se dispararon veintiún cañonazos por la fortaleza y la banda municipal atacó una pieza fúnebre. Se colocó el ataúd sobre un armón de artillería tirado por ocho mulas y partió el cortejo: delante las fuerzas militares, en el centro el cadáver seguido por los familiares y los altos funcionarios presidiendo la extensa comitiva, detrás los carros de coronas y por último los bomberos.

La procesión recorrió un trayecto de cinco kilómetros y medio, desde la plaza de armas hasta el Cementerio de Colón; cruzó la calle de Obispo, llegó hasta el Parque Central, se detuvo un instante frente a la estatua de Martí, dio un rodeo, y tomó por la calle de San Rafael hasta la calzada de Galiano, en donde la comitiva tomó coches hasta el cementerio. Fue una recorrida memorable: había trechos alfombrados de rosas; desde los atestados balcones llovían flores y palmas y laureles; y comisiones de damas, noble representación de la mujer cubana, se acercaban a regar sobre el féretro flores, muchas flores, todas las flores. El pueblo se amotinó varias veces, y a gran esfuerzo lo contuvo la policía: era que deseaba arrancar el féretro a aquel ceremonioso cortejo oficial y llevarlo él, en sus fornidos hombros, hasta la mansión del último reposo.

A las cinco y media llegó la fúnebre procesión al vasto cementerio. Allí, esparcida en la meseta vacía que se extiende ante la entrada o arremolinándose para traspasar la vigilada puerta, esperaba otra multitud, aún más abigarradamente popular que las anteriores, que se ha calculado en cuarenta mil personas. Lo enorme del público hacía lentas todas las operaciones, y hasta las seis y diez minutos no fue colocado el féretro en la bóveda que lo contendrá mientras se erija un mausoleo. No hubo discursos. Mientras descendía el ataúd, sonó el clarín del corneta José Cruz, quien había estado a las órdenes del Generalísimo en la manigua, con el memorable toque de SILENCIO de los mambises. Un fúnebre recogimiento, en la doliente calma del crepúsculo, acongojó los espíritus; y entonces, sobre el trágico silencio vibró agudamente otro clarín, el del corneta Juan Barrenas, que también estuvo a las órdenes del Generalísimo, con el toque de la GENERALA, pro-

fundamente sugestiva, grandiosa, épica. La bóveda se cerró. La fuerza de artillería hizo una triple descarga.

Mientras los patriotas lloraban al dar el adiós supremo a Máximo Gómez, la tierra, madre y alma simbólica, debía abrazarle amorosamente, porque al entrar en su regazo el héroe entraba también su vida, como parte gloriosa de las grandes evoluciones humanas, en la consagración inmortal y serena de la historia.

Habana, junio 21 de 1905.

▶ *Listín Diario*, 9 de agosto, 1905.

#### CORRESPONDENCIA HABANERA

"El mundo parecía haber disminuido de valor", pensaba Stelio Efrenna al morir Wagner. Al morir Máximo Gómez, Cuba ha disminuido de valor; y después de la desaparición del héroe, parece avecinarse el diluvio (como en la célebre frase) en la política cubana.

Vino a cerrar los días de profundo duelo nacional, el esperado elogio fúnebre del héroe, pronunciado en la Cámara Alta por Sánchez Bustamante. Pero ni el duelo había aplacado las intrigas: los opositores del gobierno aprovecharon la ocasión del entierro para criticar lo que sucedió o dejó de suceder en ese acto por causa de las disposiciones oficiales; y ni la serenidad del juicio y de la académica frase de Sánchez Bustamante, absolutamente libre de todo partidarismo fue óbice para que se quisiera ver en el justísimo final de su discurso alusión al proceder de tales o cuales partidos.

Los hechos subsiguientes han venido a confirmar los temores que el orador del Senado atribuía al héroe de la independencia. Antes de morir Máximo Gómez, la fusión de los liberales con los moderados villareños, que él apoyaba, había elegido candidato para la presidencia al cacique de Las Villas, general José Miguel Gómez, y se sabía del disgusto que esa elección había producido en buena parte de los liberales. Más tarde, el general Emilio Núñez lanzó un manifiesto declarándose formalmente separado de la fusión, invocando que Máximo Gómez había querido que él fuese el candidato.

Mientras tanto los moderados estradistas<sup>1</sup> hacen una campaña activa para la reelección del actual presidente. La campaña no se limita a meetings y propagandas, sino que se llega a extremos censurables. En muchos departamentos de gobierno, en provincias y en municipios, pre-

<sup>&</sup>lt;sup>1</sup> N.d.e. Se refiere a los partidarios de Tomás Estrada Palma (1887-1937), caudillo independentista cubano, primer Presidente de la naciente República (1902). Sus intenciones continuistas en el poder dieron origen a la *Guerra de Agosto de 1906*, abriéndose así las puertas para la segunda intervención norteamericana (1906-1909).

valecen la desorganización y hasta el fraude; el Ejecutivo ordenó visita de inspección a esos departamentos; pero ¿quién no sabe que de esas visitas sólo iban a resultar expedientes contra los Ayuntamientos que no son gratos a la política *moderada?* 

Así han ocurrido recientemente dos escándalos: en el pueblo de Vueltas fue incendiada la Casa Consistorial con todos sus archivos, para impedir la inspección gubernativa, resultando complicados en el incendio personalidades no insignificantes iy todavía se dice que esto ha dado nueva fuerza al partido *fusionista*!; en La Habana fue destituido por fin el alcalde O'Farril con severísimos cargos en su contra por el mismo gobernador Emilio Núñez que antes se oponía a esa destitución, pero que ahora se dice busca apoyo en sus antiguos contrarios.

Mientras tanto La Habana está sin alcalde. El Ayuntamiento eligió al señor Bonachea pero quedó anulada esa elección, y se procedió a efectuar una nueva que tampoco ha resultado satisfactoria. *Ainda mais*,<sup>2</sup> esta última se verificó en una sesión tumultuosa, llena de incidentes que han sido tema de abundantes comentarios.

Alarma e indignación produjo en la opinión pública el conflicto del 10 de julio. La noche de ese día ocurrió en pleno barrio de lenocinio un primer conflicto en que se hallaron complicados artilleros, policías y gentes de mal vivir. Mientras las autoridades judiciales formaban acta del suceso en una Estación de Policía a la cual habían acudido otras autoridades importantes alarmadas por el escándalo, apareció, sin que haya podido esclarecerse bien por qué razones, un piquete de artillería mandado por un teniente. A poco se armó un nuevo y gravísimo conflicto en que reinó la insubordinación: una batalla campal en las calles de La Habana, al decir de algunos periódicos, en la que resultaron cerca de treinta heridos y entre los muertos el joven capitán de artillería Manuel Portuondo.

La prensa levantó un clamor unánime y enérgico pidiendo reforma, unificación, hasta supresión de los cuerpos armados de la República. Algunos representantes redactaron proyectos en ese sentido; pero en vano; la falta de *quorum* (que según el joven psicólogo Jesús Castellanos va a convertirse en enfermedad nacional) se apoderó de las cámaras, la parcialidad habló por boca del secretario de Gobernación Freyre

<sup>&</sup>lt;sup>2</sup> N.d.e.: "ainda mais", todavía más.

de Andrade, cuyas acerbas censuras contra la policía (reconocidamente la menos culpable en el conflicto) por poco motivan la renuncia del jefe Rafael de Cárdenas; y el público ya ni se ocupa de la acción de la justicia ni de la investigación de lo ocurrido.

Como muestra de los extremos que alcanzan la parcialidad y la falta de quorum basta citar un caso: las Cámaras no votaron el presupuesto presentado por el presidente Estrada Palma para regir en el año fiscal de 1905 a 1906, y ni siquiera a última hora decretaron que rigiera el vigente de 1904 a 1905, a pesar de las solicitaciones de la prensa; el 30 de junio por la noche, al terminar el pasado año fiscal, el presidente se vio obligado a decretar la vigencia del presupuesto anterior para el año fiscal que comenzaba. iY entonces la oposición acusó a Estrada Palma de haber violado la constitución! Casos como ese se dan en ciertos pueblos en donde hay quienes lleguen a figurarse que la ley escrita puede pesar más que las necesidades públicas.

Otro caso típico, nada honroso para la cultura habanera, es el que se está dando con la presencia de uno de tantos alienados o embaucadores, un campesino de origen español a quien la superstición apellida el hombre-dios. Este ha sentado sus reales en las afueras de la capital, y allí acude a consultarle una multitud de ricos y pobres, analfabetos y pseudo ilustrados. Sé que el hombre-dios *cura* a la hermana de un celebrado escritor, de criterio positivista por cierto, que vive en Europa. Y se ha hecho público, sin cortapisas, que hasta el ministro de Instrucción Pública, Eduardo Yero Buduén, postrado por un cáncer incurable, ha consultado al milagroso. Esto no necesita comentarios.

Para darle un tono menos amargo a esta correspondencia, citaré el progreso económico de Cuba, evidenciado por la estadística del año fiscal transcurrido, que ha dejado al Tesoro un sobrante de más de catorce millones de dóllars. Es que en Cuba, por su excepcional fortuna, hay muchos ciudadanos que aman el trabajo y dejan la política en manos de los ilusos o de los *listos*.

Literaria, artística y socialmente no ocurre nada importante. Han desaparecido varias revistas; en cambio ha aparecido una que hacía falta, la *Revista de Ciencias y Letras*, redactada por profesores de la Universidad.

¿Y cómo no terminar con una nota triste, cuando ha muerto un cubano venerable? Pero no: la muerte de don Pedro González Llorente no es de las que causan dolorosa sorpresa e inconformidad; ya tenía derecho al reposo este anciano que había sido jurisconsulto, orador, bibliófilo, patriota sincero y político intransigente. Qué edad tenía, no sé: cuentan que siendo él estudiante en España sorprendió por su erudición latina a Don Manuel José Quintana.

Habana, agosto 7 de 1905.

▶ Listín Diario, 22 de agosto, 1905.

# Crónica Oyendo la banda de Artillería

Cierto crítico censuró al gran Pader porque todavía ejecutara la Segunda Rapsodia Húngara de Liszt, "pieza efectista y de motivos vulgares". Podrá aceptarse, en parte, la censura contenida en esa crítica, pero los innegables efectismos de su estilo no justifican el que se quiera despojar a Liszt de su lauro de compositor genial y verdadero poeta de la música, ni la sencillez de sus melodías es obligado signo de vulgaridad. Más que otras veces, he sentido anoche la belleza de la popular Rapsodia al oírla ejecutada por la Banda de Artillería de la capital. Bajo el magnetizador influjo de una magistral batuta, la banda supo dar todo su valor a esta interpretación fantástica del alma de un pueblo, cuyos sentimientos oscilan entre las tristezas semi-crepusculares que sollozan lánguidamente en el Lassam, y la alegría bulliciosa, que ríe y salta, enloquecida, ebria, en los vertiginosos compases de la Friska.

Aunque la *Rapsodia* fue escrita para piano, se presta admirablemente a la adaptación orquestal; y las oportunidades que ofrece en punto a brillantez de ejecución fueron hábilmente aprovechadas por la Banda de Artillería. Ni uno sólo de los sugestivos matices de la pieza fue oscurecido ni extremado; ni uno sólo de sus efectos raros pero admirables (como las disonancias de la *Friska*) dejó de aparecer con el debido relieve.

Y con todo y sobre todo, la *Rapsodia* no perdió un ápice de su valor poético: el director de la banda es, probadamente, no sólo un consumado dominador de la técnica, sino un verdadero artista, que sabe comprender el valor estético de las obras musicales.

En todas cuantas piezas ejecutó en la retreta de anoche, la Banda de Artillería estuvo a la altura de su gran reputación. Aún más: ella ha de ser siempre feliz sorpresa para quienes, acostumbrados a escuchar la verdadera música y sus intérpretes más gloriosos en el mundo contemporáneo, desconfíen de las reputaciones, pero no por eso se hallen pedantescamente desposeídos de la capacidad de apreciar los verdaderos valores por modestos que sean.

Es digno de mención el efecto obtenido por la banda con la marcha final. Los instrumentos atacaron estrepitosamente un aire militar que llenó el parque, electrizando al vasto público; luego, el estrépito marcial comenzó a decrecer; poco a poco, la banda se alejaba, se alejaba, la música sonaba en la distancia, llegaba en fragmentos, en notas perdidas, en ecos; por último, sólo se percibía el ruido de los tambores. La banda se había marchado; el ejército iba lejos en su ruta.

Pero la banda no se había movido de la glorieta. A los estruendosos aplausos de la multitud, contestó con un fragmento de *La Tosca* de Puccini. Cuando me alejaba del parque, con una grata impresión de la labor artística de la banda, escuchaba desde lejos el argentino tañer de las campanas de Roma.

Veracruz, enero 18 de 1906.

▶ El Dictamen, 20 de enero, 1906.

#### Impresiones de la semana

Un suceso desagradable, que a lo sumo se presta a la burla grotesca, ha sido el tópico en las conversaciones y en la prensa durante la semana: un lugar de recreo, inaugurado con pompa por una sociedad distinguida y culta, que a poco se convierte en punto de reunión de las clases sociales menos respetables.

La opinión ha estado unánime en las censuras muy especiales que caben en este caso; pero el incidente ha servido para sembrar cizaña en la prensa, como si el deber de esta no fuera tender a la más fuerte unión en todos los casos para velar por los intereses de la sociedad de que es vocero.

Fuera del punto especialísimo de censura a que he aludido como justificado en este caso, el lugar de recreo que es tema de la discusión no constituye una vergüenza para la ciudad. Mientras la sociedad moderna sea tan imperfecta como hasta el presente, tiene que permitir, aunque no sancionar, la prostitución. Hay bulas papales que la autorizan. De otro modo, se cae en el ridículo en que está el puritanismo de ciertos Estados de la Unión Americana, donde esta *profesión* está estrictamente prohibida por las leyes pero perfectamente garantizada y amparada por la policía, que de esa ilegal protección deriva pingües rentas.

Pero consuélense los que crean que solo en la pequeña Veracruz se dan los moralistas asustadizos que han clamado contra el salón discutido. En esta misma temporada de invierno, ha sido prohibido en Nueva York un magnífico drama del brillante humorista irlandés Bernard Shaw titulado *La profesión de la Sra. Warren*. Razón: que la *profesión* de la protagonista era "la más antigua del mundo", al decir de los sociólogos que apoyan la teoría de Bachofen, según la cual el origen de la organización social ha sido el "Hetairismo", al cual sucedió el "matriarcado", o gobierno de las madres, en vez del "patriarcado".

\*\*\*

El cable ha traído recientemente la noticia de la muerte de dos distinguidos españoles que en cierto modo representaban las escuelas que

"se van": Luis Taboada, en la literatura humorística, y el maestro Fernández Caballero, en la música.

Por de contado, Caballero significaba en la música de España mucho más que Taboada en las letras. Se dirá que fue un compositor de zarzuela y que sus ideales artísticos eran viejos; pero no menos es cierto que fue un verdadero artista y un gran técnico, que aspiró honrosamente a la ópera, y que es autor de *Gigantes y Cabezudos*, obra sin rival en el género *chico* por la dignidad de su inspiración y por la sobria maestría de su factura.

Al grupo de compositores a que pertenecía Caballero ha sucedido una generación más joven, cuyo maestro es el eminente D. Felipe Pedrell, una generación que a buscar enseñanzas en los grandes sinfonistas alemanes, que desentierra del polvo de un olvido injusto las obras de Cabezón y de los viejos maestros españoles, al mismo tiempo que se esfuerza por dar a conocer a Wagner, haciéndolo cantar en castellano, para que la soberbia poesía dramática de sus creaciones sea más inteligible y se comprenda el íntimo enlace que en ellas tienen la palabra y la música.

De igual modo, va terminando su carrera, suplantado por las nuevas falanges, el grupo de humoristas a que perteneció Taboada, grupo que representaba la tradición cómica española, ya degenerada, la tradición del chiste franco y hasta grueso, sostenida en el siglo XIX desde los artículos de costumbres de Mesonero Romanos y las comedias de Gorostiza y entroncada robustamente en el regocijado Bretón de los Herreros.

La generación joven, que admira y estudia más a Gracián que a Quevedo, aunque no reniega de Cervantes, en quien se encuentran todas las modalidades, la generación de Martínez Ruiz y Ramiro de Maeztu<sup>1</sup>, de Benavente y los Quintero, ha creado un humorismo más alto, más fino, más profundamente sugestivo. Este humorismo resulta algo raro en España: en *Azorín* es tan quintaesenciado que a veces "se empeña en no aparecer" y demuestra un innegable parentesco con el parisino de Anatole France; en Benavente tiene la excesiva agudeza del chiste irlandés de Oscar Wilde.

<sup>&</sup>lt;sup>1</sup> En el recorte de periódico que reposa en el Archivo de PHU ha sido tachado el nombre de Mariano de Cavia y puesto el de Ramiro de Maeztu. N.d.e.

Pero seguramente los más *humanos* y completos humoristas de la juventud española son los Quintero: más, porque *Azorín* es casi una anomalía y Benavente tiene más *esprit* que *humour*. En cambio, en los cuadros de vida que dibujan los hermanos andaluces, los chistes y las situaciones cómicas parecen deslizarse suavemente sobre una superficie serena y clara que deja ver las corrientes profundas y constantes de la vasta existencia humana.

Ejemplo típico del arte de los Quintero es la obra que acaba de estrenarse en Veracruz, Las Flores. Todas las brillantes cualidades de su talento están allí laborando en su plenitud. Una firmeza de dibujo psicológico casi indefectible, en la que no se advierte el análisis que sin duda le precedió, análisis que no ha sido tampoco obstáculo a la creación de un ambiente humano altamente poético, verdadera creación de espíritus idealistas y optimistas; una habilidad de factura, que no denuncia los recursos empleados, y una viveza de estilo que nunca decae ni en verismo ni en gracia; una reproducción del medio tan realista como llena de encanto; un sostenimiento del interés, independientemente de la trama, que resulta casi inexplicable; y por último un argumento sencillo, sencillísimo, con dos o tres notas admirables de tragedia.

El teatro regionalista de España, cuyos orígenes se deben a Cataluña, la patria del formidable Guimerá y del malogrado Feliú y Codina, ha llegado a su florecimiento más brillante en las obras dramáticas los Quintero.

▶ El Dictamen, Veracruz, 3 de marzo, 1906.

#### IMPRESIONES DE LA SEMANA

Violento soplo de reacción azota en este momento la política francesa. Cuando, obtenido al fin el triunfo de la razón y separados definitivamente la Iglesia y el Estado, se estaba procediendo, con algunas dificultades, pero manteniéndose el gobierno dentro del marco legal, al inventario de los bienes eclesiásticos, un grupo parlamentario pretende interrumpir la ejecución de la ley, y apelando a todos los sentimientos de odio o despecho y a todos los recursos de la intriga, contrarios a la sana razón, consigue una mayoría anti-ministerial y provoca la dimisión del gabinete Rouvier.

Extraña parece la actitud del Gobierno, que quizás debió ser más enérgico en este caso, pero la más censurable es la de los diputados que, como los socialistas, han votado contra sus propias convicciones, por oponerse al ministerio, ocasionando así un nuevo retardo a la resolución definitiva del problema religioso,

La crisis ministerial es doblemente inoportuna, pues ocurre en el momento crítico de la Conferencia de Algeciras, cuando se sospechaba que Alemania estaba dispuesta a hacer concesiones que ahora podría empeñarse en restringir.

Cuando el heroico Combes abandonó la poltrona, dijo que su partida no implicaba retraso para la labor iniciada por él. Rouvier confía en que su trabajo diplomático en el asunto de Marruecos obtenga éxito en manos de su sucesor. Pero de todos modos su derrota parece ser el principio de una reacción verdaderamente ideológica en los tiempos que alcanzamos. Sin embargo, es cuerdo esperar que las evoluciones políticas sean lentas y contar con los inevitables reflujos de la marea social: así, las decepciones no serán enseñanza amarga y sí saludable. Y por lo demás, la evolución mundial tiene sus sorpresas y sus contrastes: cuando Noruega, país sin analfabetos, tierra de superhombres, patria de Ibsen y Grieg, de Nansen y de Amalie Skram, vota contra la república y consiente la imposición de un rey por la diplomacia europea, el imperio de Francisco José, que a la distancia se contempla como

el consorcio de una Austria monárquica y corrompida y una Hungría católica e ignorante, avanza firmemente en el terreno de la legislación "pedagógica" y de la discusión de los derechos políticos.

\*\*\*

El fusilamiento de un reo ha sido el tópico más general en todo el país durante la semana, sin duda porque las ejecuciones capitales van siendo cada día ocurrencia más rara y cada vez más cuidadosamente evitada. Porque, si bien los abolicionistas de la pena de muerte son los menos, es lo cierto que su propaganda ha producido el saludable resultado de hacer prudentísima la acción de la justicia en los casos criminales.

Según el criterio filosófico más elevado de los tiempos actuales, el castigo no puede tener función social, y por lo tanto la pena capital, como castigo, no se justifica. En tanto el ejemplo que ella encierra y el terror que inspira, es argumento que tiene su [sentido] aplicado a los pueblos donde la mentalidad general es todavía inferior y donde, además, el régimen de la educación en las cárceles esté poco avanzado o todavía por iniciar.

La criminología, ciencia totalmente contemporánea, nos ha hecho ver, con el estudio de las causas determinantes del delito, el error de la casi totalidad de las ideas predominantes en el derecho penal. Hoy se piensa que la función de la sociedad debe ser, respecto del delincuente, la función educacional que trate de re-encauzar a las corrientes de la vida normal el organismo degenerado por causas hereditarias o ambientes. Dentro de ese criterio, la pena de muerte, como castigo o como supresión, resulta perfectamente anti-científica.

\*\*\*

Siguen cayendo en la fosa los representantes distinguidos del pasado de España: después de Caballero y Taboada, representantes de la antigua música y del antiguo humorismo, han caído Romero Robledo, personificación de las ideas políticas conservadoras, y Pereda, el maestro de la novela regional.

Pereda, en la literatura española, es todo un simbo. Fue un realista y un costumbrista nato, no por escuela, como lo son en parte Pérez Galdós y la Pardo Bazán: en su género, fue indiscutiblemente el primero. Dos obras suyas tienen para mí excepcional atracción. Sotileza, novela de valientes y sencillas hermosuras, y el cuento La Leva o El fin de

una raza, del que dice Menéndez Pelayo que "desde Cervantes acá no se ha escrito ni remotamente un cuadro de costumbres por el estilo."

El arte de Pereda, en realidad, no pertenece al pasado, porque su *mane-ra* no está marcada por un sello de época y las costumbres que describe no desaparecerán muy pronto. Si algo le daña, es su regionalismo, el españolismo intenso que *pervade* el estilo y el alma de sus obras e impedirá que sean comprendidas en lenguas extrañas.

Si la generación nueva habrá de ser digna sucesora del grupo de maestros viejos de la novela española, es punto discutido todavía. Pero al menos, la juventud ha escrito páginas de altura, como las de Baroja y Martínez Ruiz, y las de Blasco Ibáñez ya han salvado las fronteras, yendo hasta Francia y Alemania; La intelectualidad española ha iniciado el camino de su propia y necesaria renovación, y todo parece anunciar un nuevo florecimiento de la novela, tan pleno y vigoroso como el anterior.

\*\*\*

Cercano ya el magno día del Centenario del Reformador, la República entera se agita con la ansiedad que precede a las grandes ocasiones. En todas partes se labora con tesón por dar cima a los esfuerzos iniciados para rendir homenaje a la memoria del héroe: todo ello es signo del vigoroso espíritu patriótico del pueblo y del espíritu de justicia que perdura en el seno de las multitudes.

El Dictamen, con el entusiasmo que le inspiran todas las ideas nobles, prepara también su homenaje, y aportará su modesto pero sincero al gran tributo que la nación agradecida dedica a Juárez.

▶ El Dictamen, Veracruz, 10 de marzo, 1906.

#### IMPRESIONES DE LA SEMANA

El momento actual sigue siendo grave en Francia. Por una parte, la Conferencia de Algeciras parece haber llegado a su período crítico, y aun los más optimistas dudan de su buen resultado; por otra parte, el pueblo sigue haciendo manifestaciones en contra de la disposición gubernativa de inventariar los bienes eclesiásticos.

Por fortuna, la crisis ministerial se ha resuelto satisfactoriamente, y el nuevo gabinete se ha decidido a seguir la línea trazada por Rouvier, como éste esperaba y como era justo y necesario, pues cualquier cambio de los procedimientos políticos habría sido fatal en tan grave ocasión.

El nuevo gabinete se ha formado de este modo:

Presidente del Consejo y Minero de justicia, M. Sarrien; Ministro de Gobernación, M. Clemenceau; Relaciones Exteriores, M. Bourgeois; Guerra, M. Etienne; Marina, M. Thomson; Instrucción Pública, M. Briand; Obras Públicas, M. Barthou; Hacienda, M. Poincaré; Comercio, M. Doumergue; Colonias, M. Leygues, y Agricultura, M. Ruen.

Los dos puntos principales del programa del ministerio han sido planteados en estos términos:

"El Gobierno intenta dar cumplimiento con firmeza inflexible a la ley de separación entre la Iglesia y el Estado, y exigir las responsabilidaies que resulten por la resistencia a la formación de los inventarios de los bienes eclesiásticos.

"Respecto a Marruecos, pretendemos seguir la política del anterior Ministerio, esperando que la equidad y dignidad de nuestra posición nos permitirán una solución pronta y satisfactoria."

\*\*\*

En España se renueven y analizan los hechos de las guerras coloniales: como siempre, después de toda jornada bélica viene la enojosa secuela de las acusaciones e inculpaciones contra los jefes militares, que a veces terminan en terrible desprestigio.

Ahora, el diputado, Soriano, el terribe Soriano, acaba de lanzar acusaciones tremendas contra los generales españoles que lucharon en Cuba y Filipinas. iY aquí de la espada! El tradicional militarismo español ha resurgido en esta ocasión con su salvaje furia característica, rehusando someterse a la crítica y al examen de sus actos.

Más que todos, más que el mismo sanguinario Weyler (quizás seguro, éste, del gran poder de sus influencias), ha tronado contra los cargos que se le imputan el General Primo de Rivera. Probablemente por orden suya, su sobrino atacó en la calle a Soriano. Después, el mismo General se batió, en duelo a espada con el diputado: el duelo terminó, con tantos de estos ridículos incidentes, icon una reconciliación en el mismo campo de honor!

\*\*\*

A seguidas del fallecimiento de Mitre, mentor e inspirador de la política del Plata, ha muerto D. Manuel Quintana, Presidente de la República Argentina. El viejo jefe de estado era una figura de méritos eminentes, que había llegado a la primera magistratura tras una larga carrera de jurista y político. Siguiendo las huellas de sus gloriosos precedecesores, continuó la labor de encauzar en la vía de la más alta civilización la agitada y todavía informe vida nacional de la República Argentina: esa labor, iniciada por espíritus superiores como los de Mitre y Sarmiento, se realiza con irregularidades y caídas, porque el pueblo es, como todos los de Hispano-América, un organismo mal desarrollado, bárbaro a medias, civilizado a medias, pero no hay duda que la gran nación del Sur está destinada a ser dentro de poco influencia poderosamente directora en la política americana.

El Vice-Presidente argentino, Alcorta Figueroa, político joven y de ideas avanzadas, acaba de formar nuevo gabinete. Para desempeñar; la Secretaría de Agricultura ha nombrado un intelectual eminente, Ramos Mejía.

A Colombia, donde se dice renunciará la presidencia el General Reyes, es difícil predecirle un porvenir brillante. Al contrario de la Argentina, cuyos gobernantes ilustres suelen tener una cultura vasta pero desordenada, obra de sus vigorosas aspiraciones en medio de la absorbente agitación de la vida publica, Colombia ha elevado a la primera magistratura, sucesivamente, hombres de cultura vastísima y metódica. Rafael Núñez, Miguel Antonio Caro y José Manuel Marroquín, que han

sido precisamente los creadores de la ruina de su país. Bien es verdad que estas tres inteligencias eminentes habían sido formadas en un doctrinarismo estrecho, que reducía la filosofía a concepciones teológicas y la literatura a conceptos gramaticales; pero aún así, cuán monstruosamente inexplicable resulta su deformidad moral!

\*\*\*

La información de *El Dictamen* referente a la quiebra de la importante firma de Colina Hnos. Sucs., de Veracruz, ha sido la nota sensacional de la semana. Dada la importancia de la casa y de las personas que se dicen relacionadas con la quiebra, el asunto ha sido muy comentado en todos los círculos de la ciudad.

Hasta ahora, nos abstendremos de formular juicio sobre este tópico, pues el asunto está en manos de la justicia. De sus pesquizas saldrá la verdad: mientras tanto esto promete ser tema de muchos comentarios durante largo tiempo, pues la natural curiosidad está alerta y los rumores auguran revelaciones inesperadas.

\*\*\*

Cuatro días faltan solamente para la celebración del Centenario de Juárez. Según se colige por los preparativos, las fiestas habrán de revestir la suntuosidad que ha sido característica de las grandes festividades mexicanas, conservándose por tradición desde los esplendores del Imperio Azteca el fasto de los virreyes españoles.

Pero las fiestas habrán de ser algo más que actos aparatosos de vanidad y pompa; serán la ofrenda de un pueblo agradecido, de un pueblo que, digan cuanto quieran los escépticos, mantiene vivo el fuego del patriotismo, y perpetúa el culto de los héroes que es, al decir de Carlyle, la más significativa y persistente de las virtudes entre los pueblos verdaderamente dignos de constituir nacionalidades.

▶ El Dictamen, Veracruz, 17 de marzo,1906.

# Impresiones de la semana

El próximo Congreso Pan-americano promete ser acontecimiento de decisiva importancia para las naciones del nuevo mundo.

Las naciones hispano-americanas, en vez de retraerse o limitarse a asumir actitudes pasivas, se aprestan a luchar en el concurso y a sostener los principios fundamentales de sus credos políticos. Todo parece indicar que en la futura Conferencia, los grandes organismos nacionales del Sur afirmarán y demostrarán a los ojos del mundo civilizado su poderosa personalidad y el desarrollo de su conciencia jurídica.

Discútese actualmente la forma en que habrá de plantearse y la importancia que deberá adquirir la doctrina Calvo. Esta doctrina, formulada por el célebre tratadista argentino cuyo nombre lleva, y que constituiría, sumada a la doctrina Monroe, una coraza invulnerable para la integridad nacional de los pueblos americanos, estipula que las deudas internacionales no deberán cobrarse nunca por la fuerza.

La importancia de esta doctrina no puede ser exagerada: con solo su aceptación, desaparecerían los incesantes escándalos que provoca la codicia europea frente al desorden hispano-americano, y que, en el caso de México, tuvieron por corolario la malhadada intervención y el efímero Imperio de Maximiliano. Pero, al oponer vallas a la ambición europea ¿qué freno puede ponerse al bárbaro desorden que reina en las repúblicas convulsivas que bordan la volcánica costa del Caribe?

Una tercera doctrina, la doctrina Roosevelt, ha comenzado a implantarse para solucionar el problema de tales desorganizaciones. En realidad, antes de ahora los Estados Unidos habrían deseado hacer valer la doctrina Calvo: ante el conflicto venezolano de 1902, el coloso del norte se indignó, protestó contra la imperial impudicia de Alemania, pero midió sus fuerzas y esquivó la guerra.

Pero hoy, cuando la Argentina acaba de afirmar enfáticamente la necesidad de implantar la doctrina Calvo, y los Estados Unidos, con ojo avizor y convencidos de la fuerza creciente de los futuros colosos del Sur, se dispone a secundarlos en sus planes de defensa, parece aveci-

narse la anhelada comunión de ideales y unión de poder entre los pueblos del nuevo mundo, siquier de razas y lenguas distintas, pero semejantes y afines en sus vigorosos impulsos e ideas de libertad y de progreso. Esa comunión, soñada por Eugenio M. Hostos y por José Enrique Rodó, por ellos mismos mantenida en el recinto irreal de las utopías, ¿estará en vías de realizarse? ¡Quizás! La Unión del Norte, sajonamente egoísta en su poder mundial, no miraba hasta ayer, hacia el Sur, sino para anatematizar la barbarie de pueblos que juzgó inferiores y cuya vida turbulenta obstaculizaba sus planes. El único medio de alcanzar una mutua inteligencia era, para los pueblos del Sur, patentizar su fuerza, afirmar el prestigio de su personalidad nacional, demostrar el desarrollo de su cultura y de su civismo: hoy pueden hacerlo. Y entonces, establecido el equilibrio, realizada la coordinación de acciones entre las dos nuevas fuentes de energía civilizadora en América, septentrional y meridional, sajona y latina, čno será justificable y honrada su influencia, su intervención moral en la vida de las espléndidas regiones del centro, mantenidas en atraso por los devastadores desmanes del caciquismo?

Esperémoslo; esperemos que la próxima Conferencia señale nuevas y decisivas orientaciones en los destinos de América, y que la nueva raza, "el nuevo indígena" que hoy la puebla, se lance a la conquista del porvenir y asombre al mundo con el triunfo de un nuevo ideal de civilización.<sup>1</sup>

\*\*\*

Dos novedades teatrales han dado en esta semana alguna animación a la escasa vida artística de Veracruz: el estreno de una zarzuela de autores locales y el beneficio de la discreta actriz Rosa Castillo con Zazá. iZazá! Qué conjunto de recuerdos, dibujados en indefinible sonrisa, evoca este nombre! Obra es esta de las que desafían la perspicacia de los críticos y desarman a los dogmáticos, que a lo sumo se escapan declarando que semejantes creaciones son despreciables.

<sup>&</sup>lt;sup>1</sup> Al margen del recorte de este artículo en el Archivo PHU, se lee una nota manuscrita: "Esta parte referente a la Conferencia de Río de Janeiro fue reproducida con el título de *Pan-América* en *La Discusión*, de la Habana, 28 de abril de 1906". También se publicó, con el mismo título, en el *Listín Diario*, de Santo Domingo, el 1 de junio de 1906. N.d.e.

No hay tal cosa: Zazá es obra de autores mediocres que, como otros tantos, aciertan una vez en su vida; no es obra mediocre, ni su enorme éxito, que la ha consagrado inmediatamente pieza de repertorio, rival en popularidad de La Dama de las Camelias, se debe solo a la mezcla de realismo picaresco y de sentimentalidad romántica que también ha hecho la fortuna de la Bohemia de Mürger.

Hay en Zazá sentimentalismos a veces fronterizos de lo cursi, pero hay un gran fondo de verdad humana, que es lo que en suma determina los grandes éxitos. Hay un realismo emocional sencillo, sin las complicaciones de psicología preconcebida que llenan de falsedad las producciones del contemporáneo teatro francés, cuyos conspícuos representantes son académicos o están en vías de serlo. Y en cuanto a la moral, no resulta Zazá, que es como la Sapho de Daudet una cortesana sin hipocresías ni preocupaciones, más moral que las heroínas de Donnay o de Porto Riche, atraídas por los amores ilícitos, y vacilantes ante las conveniencias sociales?

Cada frecuentador de teatros tiene su Zazá: el tipo lo dio Réjane, la fea y noble Réjane; pero hay quienes prefieren la Zazá turbulenta de la americana Leslie Carter, la picaresca de Teresina Mariani o la dulce y graciosa de la genial Vitaliani. Creo que casi siempre la preferencia depende de la primera interpretación que haya admirado el espectador. Para mí, prefiero la Zazá humanísima de la Réjane, aunque la de Italia Vitaliani es más poética.

La próxima visita de Francisco Fuentes, que habrá de ser brevísima por razón de su contrata en México, promete ofrecernos también novedades interesantes. De antemano, puede contarse con grandes sensaciones estéticas: la Compañía de Fuentes tiene el raro mérito de ser un conjunto casi perfecto. Fuentes no es un actor genial, y ha sido suficientemente discreto para comprender que, más que brillar entre artistas inferiores a él, le honraba rodearse de un grupo de actores correctos y distinguidos. Bien pocos son los actores que, como el coloso de la escena inglesa, Sir Henry Irving, unen a sus labores artistas de facultades superiores a las comunes; desde Sarah Bernhardt, hasta la más ínfima estrella del teatro norteamericano, el procedimiento usual es rodearse de verdadera escoria escénica. Fuentes merece honor por haberse atrevido a romper con esa desastrosa rutina.

El distinguido actor español acaba de estrenar en la Habana Los malhechores del bien, obra que ha sido el éxito magno de la temporada madrileña de este invierno. Ningún obsequio más galante podría hacer al público veracruzano que darle a conocer este nuevo fruto del procer ingenio de Jacinto Benavente, príncipe que se hombrea con los más eminentes de la moderna comedia aristocrática.

▶ El Dictamen, Veracruz, 31 de marzo, 1906.

# Impresiones de la semana

Ecos de la Europa artística traen en ondas de triunfo el nombre de los dos grandes éxitos musicales del invierno: la *Salomé* de Richard Strauss y *La Figlia di Jorio* del Barón Franchetti.

La *Salomé* de Strauss sensaciona en Alemania y Austria. Era inevitable: una tragedia de Oscar Wilde, el más exquisito poeta del modernismo inglés, puesta en música por el más genialmente revolucionario de los compositores del día, es necesariamente obra que no corteja al éxito, que con su sola fuerza lo domina e impone.

Los admiradores de estos dos altos espíritus del arte contemporáneo pueden, aun desde lejos, sentir, imaginándolo, el infinito poder sugestivo de esta creación. Basta recordar el breve poema dramático que compuso Oscar Wilde para el genio extraño de Sarah Bernhardt: un cuadro palpitante de pasión sangrienta, felina, imperiosa. Sobre ese fondo de tragedia primitiva, construye el genio musical la red de una polifonía mágica, en la cual se suceden los descensos cromáticos, lentos y desesperantes, del deseo, las armonías profundas en tono menor, ásperamente sordas como rugidos o lánguidamente tiernas como arrullos, y las melodías de la pasión que surgen en la plenitud de un tono mayor, triunfantes y avasalladoras.

La Hija de Jorio es otro poema de amor y muerte: surgió del cerebro de Gabriele D'Annunzio, hoy el primer poeta del mundo. La música, en la que se dice ha colaborado el poeta, es obra de Franchetti, la más vigorosa personalidad de la escuela italiana, consagrado por el triunfo de su Germania. Y ha de ser una canción meridional, ardorosa como el sol que inflama la tierra de los Abbruzzos, mística y sensual, espiritual como las plegarias de las vírgenes del poema y embrujadora como la seducción de la hija de Jorio, ondulante, primaveral y luminosa como los versos de D'Annunzio.

\*\*\*

Lo más interesante de la vida veracruzana se resume actualmente en las novedades teatrales. Esta noche, el distinguido actor Francisco Fuentes nos dará a conocer Los Malhechores del Bien, la deseada obra de Benavente.

Anteriormente, una serie de estrenos de zarzuelas han venido a probar la al parecer irremediable decadencia del género chico. Cada vez menos musicales, pues la música viene a ser en ellas incidente casi siempre mal encajado, las nuevas zarzuelas tienden cada vez más francamente a la comedia sainetesca de chistes que sería caridad llamar picarescos, pues van muy cerca de lo pornográfico. Exceptuando los libretos que a veces escriben los Quintero, todo lo que componen los libretistas que han establecido un inflante monopolio del género en Madrid, es mercadería burda. Cuando se observa este lamentable decaimiento del género, sin esfuerzo se da la razón a los viejos que suspiran por los buenos tiempos de Jugar con fuego.

Siquiera, como excepción, la única aparición de la tiple mexicana Esperanza Iris nos ofreció uno o dos momentos de regocijo con la réprise de la pieza nacional *La Cuarta Plana*. Como revista que es, ésta carece de argumento, pero la música no es en modo alguno inferior a la que hoy se compone por la mayoría de los zarzuelistas de España. Y luego, el tipo del papelero es una copia admirable que revela infinitas posibilidades de inspiración artística en la vida mexicana.

Quienes gusten de descubrir bellezas aún en las más humildes labores artísticas, habrán de admirar la hermosa *plastique* de la Delgado en el baile de la mestiza y la brillante interpretación del papelero por la Iris. Hay en la *manera* de esta tiple, ingeniosa y discreta, mucho que hace recordar a la americana Marie Cahill, a quien los amantes del estilo de suaves sugestiones llaman genial.

\*\*\*

Hace pocos meses estuvo en Veracruz, de paso para Puebla, el ilustre escritor cubano Dr. Esteban Borrero Echeverría. En los breves días de su permanencia en el puerto, su personalidad llamó la atención: cuando se le veía en el Hotel Universal, hablando con sus hijas, que le acompañaban en el viaje, su tono peculiar de orador magistral ejercía fascinación en quienes le contemplaban.

Hoy la prensa de la Habana trae la noticia del suicidio de Borrero. El suceso sorprende: el ilustre Maestro pasaba de los sesenta años, pero iquien sabe! hacía solo un mes que había perdido a su esposa.

Borrero Echeverría fue indiscutiblemente uno de los más notables intelectuales que ha producido Cuba. Fue un talento vastísimo, superior, de rasgos geniales, que a ratos parecía mostrar signos de extravagancia; fue además un patriota y el verdadero maestro de un grupo intelectual. Por desgracia, su labor literaria y científica es fragmentaria, incompleta. iPero cuán enorme! Trabajos de exposición de ciencias biológicas y médicas, profundos y eruditos; disquisiciones filosóficas, en las que se presenta como adagio de Hegel: crítica literaria, llena de admirable doctrina; conferencias y libros pedagógicos, informados por las más avanzadas tendencias; poesías de factura clásica, palpitantes con todas las vibraciones de su espíritu hiper-sensible.

Maestro por temperamento, lo fue en el hogar, en la escuela, en la Universidad. A veces, el vuelo sobrado metafísico de su discurso o la concentrada intensidad interior de su espíritu le separaban de su discipulado; pero es el único cubano contemporáneo que, en los recientes períodos de desorganización, ha sido proclamado maestro por un grupo de intelectuales, siquier corto. Al abrigo de su sabia influencia, creció, siendo vivo contraste con su gusto clásico y testimonio de su tolerancia, el grupo modernista de Cuba: sus propias hijas, la extraordinaria Juanita, que murió a los dieciocho años dejando algunas de las más exquisitas inspiraciones de la lira cubana, y la discreta y delicada Dulce María, Julián del Casal, el mago pintor y sensitivo, y los Urhbach, Federico y Carlos Pío, brillantes coloristas.

Recientemente, Borrero Echeverría laboraba sin descanso: en menos de dos años, había publicado cuatro libros: uno didáctico, *El amigo del niño*; uno de crítica literaria, *Alrededor del Quijote*, y dos cuentos admirables, *Don Quijote poeta y El ciervo encantado*; y continuamente daba conferencias, componía versos, publicaba trabajos en prosa: uno de estos, consistente en dos extensas cartas a su sabio amigo Enrique José Varona, era un análisis profundo de los factores y del ambiente para la producción literaria en Cuba.

Ante esa muerte inesperada y ante el dolor del grupo de sus hijos, sus hijos intelectuales y los hijos de su amor, isilencio! La admiración debe recoger las páginas dispersas de Borrero y formar con ellas el monumento que perpetúe su memoria en la literatura cubana.

▶ El Dictamen, Veracruz, 7 y 8 de abril, 1906.

# Noches de arte

La desequilibrada, drama de Echegaray estrenado anoche por la Compañía de Fuentes, revela la decadencia de las facultades de su autor. Es, desde luego, típica: contextura psicológica endeble, motivos irreales, situaciones violentas, desarrollo a veces lentísimo, a veces precipitado, catástrofe final sorprendente y rara. Pero faltan aquellos grandes arranques del teatro de Echegaray en su primera época, arranques líricos pero vibrantes con vigor de humanidad. Desde que Echegaray recibió la influencia de Ibsen, hace más de diez años, decidió adoptar una forma nueva, a partir de El Hijo de Don Juan. En realidad, Echegaray no se modificó, puesto que no le era posible cambiar su temperamento: quiso "hacer psicología", procuró destacar los factores determinantes, el influjo de la herencia y el medio, disminuyó el número de escenas violentas, redujo el abuso del grito y del llanto, y se aficionó a los símbolos; a pesar de todo, su espíritu romántico permaneció inalterable, sus personajes siguieron siendo medioevales, y sus resortes forzados y efectistas, y por último, las catástrofes finales, ahora simbólicas, resultaron casi siempre cercanas de lo absurdo. En cambio, su "factura" perdió vigor con las restricciones que le impuso: mejor estaba Echegaray en la plenitud de su lirismo exhuberante, ardoroso, audaz, siempre genuino, que cuando quiere adaptarse a procedimientos dramáticos modernos. Su teatro reciente es mucho más frío y débil que el antiguo: al gran público, lo mismo que a los intelectuales, los convence menos.

Sus obras de los dos o tres años últimos indican una decadencia al parecer definitiva. Todavía, a fines del pasado siglo, tuvo, con *La Duda* y alguno que otro drama, momentos geniales. Pero hoy, cuando en la escena española ha hecho irrupción la falange juvenil, sustentadora de nuevos ideales, Echegaray ha entrado en la penumbra. Y en este momento, cuando en Madrid se festeja el triunfo de Benavente, el viejo dramaturgo debe sentir un gran dolor: ayer no más, esa juventud que hoy endiosa al autor de *Los malhechores del bien*, protestó contra el

premio otorgado a aquel por un jurado escandinavo iun jurado de la tierra de Ibsen y de Strindberg!

La desequilibrada es indicadora de una decadencia lamentable. Escrita en un lenguaje impecable, que nunca disuena en boca de los personajes, le falta sin embargo toda la bizarría de aquel antiguo estilo que fulguraba como una gema o vibraba como un dardo: no tiene un solo momento de gran humorismo, porque el personaje cómico de D. Acisclo es quizas más enojoso para los espectadores que para los que en el drama aparecen como víctimas de su impertinencia, ni tampoco un arranque de fervor pasional bellamente expresado, pues en el momento en que Mauricio habla de su amor asombra oír frases repetidísimas y sin elevación.

El desarrollo de la obra es lento en los dos primeros actos, si bien los finales son hermosos, y rápido en los dos últimos. Los personajes están dispuestos en los grupos acostumbrados: tres protagonistas y un coro. Teresina, "la desequilibrada", es indudablemente el mejor, quizás el único verdadero, personaje del drama: su carácter está hábilmente delineado, con seguridad y energía. Pero Mauricio y Roberto son dos entes abstractos: el uno, encarnación de un excesivo pundonor que no se encuentra sino tal vez en tiempos de "locura colectiva", como llama cierto sabio a la Edad Media; el otro, encarnación de una maldad excesivamente calculadora, que probablemente tampoco sería fácil de encontrar fuera de la corte de los Borgias o de... las piezas de Sardou. Estos dos personajes inverosímiles hacen del drama un absurdo: podría aceptarse el exagerado pundonor de Mauricio en el primer acto, pero ni es adecuado en un drama "psicológico" un plan de maldad tan melodramático como el de Roberto, ni es en modo alguno creíble que un hombre profundamente enamorado deje marchar al suicidio a la mujer amada porque ésta haya cometido un acto más de locura que de crimen y del cual no hay sospechas. Por último, la narración de este crimen, la lucha en medio de las aguas, no podría ser más fantástica.

La Compañía de Fuentes trabajó a la perfección. Los honores de la noche caben principalmente a la señorita Arévalo: su trabajo fue digno de todo encomio en los dos primeros finales así como en los dos actos últimos

Como pieza final, el señor Fuentes y la señorita Arévalo interpretaron el precioso entremés de los Quintero titulada *El flechazo*. Este encan-

tador diálogo fue, después de las amarguras de la tragedia, un sorbo diminuto de néctar.

▶ *El Dictamen*, Veracruz, 10 y 11 de abril, 1906.

# Impresiones de la semana

La esperada y deseada visita de la Compañía dramática de Fuentes se realizó a principios de semana. Durante tres días, la escena del teatro Dehesa se iluminó unas veces con los débiles fulgores crepusculares de Echegaray, sol en ocaso; otras, con el esplendor torrencial de Benavente; a ratos, con las artificiosas lámparas eléctricas de Linares Rivas; luego, con la luz serena y melancólica de los Quintero.

Siete obras, recientes todas y nuevas para Veracruz algunas, presentó Fuentes en su brevísima temporada; obras que si no revelan, exceptuando *El amor que pasa*, las más altas cimas que alcanza el contemporáneo teatro español, sí indican los rumbos que este sigue y las pendencias en él predominan.

Echagaray simboliza el último destello de la escuela romántica, que ensaya inútilmente revivir adaptándose a la forma moderna; Benavente, la plenitud del drama realista y tendencioso; Linares Rivas, la comedia de costumbres, brillante y superficial; los Quintero, la poesía de la vida provinciana.

El drama de lirismos arrogantes desaparece ante la invasión del estilo realista y psicológico. El teatro, como toda la literatura, como toda la vida intelectual de España, entra en el movimiento moderno de Europa. ¿Desaparecerá, con estas transformaciones, el espíritu distintivo de la literatura española? Seguramente, no: los viejos elementos psíquicos quedan en el pueblo. Pero la vida cambia, la adaptación al progreso forma nuevos y más complejos estados psicológicos y sociales, y la transformación de la sociedad española no puede menos de aumentar los materiales para la creación artística. ¡Quién sabe si, dentro de pocos años, desterrado de las letras castellanas el excesivo espíritu regional, se establezca en Península un comercio intelectual extenso y activo con los pueblos extranjeros! Entonces podrá afirmarse que España ha salido de su secular letargo y que no han sido vanos los esfuerzos de sus hombres superiores, ahora tesoneramente empeñados en su regeneración.

\*\*\*

De la región de los Balkanes y de la costa Sur del Caribe, —regiones americana y europea que se equivalen por las frecuentes convulsiones políticas que las mantienen en desorganización y atraso—, llegan noticias de cambios de gobierno: el probable destronamiento del rey Pedro Karageorgevitch, sucesor del infortunado Alejandro, en Servia; la renuncia del presidente Castro, en Venezuela.

Las consecuencias de estos cambios no son todavía fáciles de prever. Podrán ser pacíficos; pero no implican una modificación importante en la vida nacional de esos pueblos. La gran labor de pedagogía social que los redimiría no está iniciada; nuevas revoluciones políticas los sumirán cada vez más en el caos. En realidad, si viven todavía en feroz independencia tanto los principados balkánicos como las repúblicas convulsivas de América, -naciones hipotecadas en cuanto a su vida económica, amistades enojosas en la vida internacional, presas codiciadas por su posición geográfica y sus riquezas naturales—, es solamente por el conflicto de intereses entre las potencias. De no oponerse la Europa ocidental, hoy estaría la región oriental bajo la férula de Rusia; de no oponerse los Estados Unidos, América habría vuelto a ser campo de conquista. Pero los equilibrios flaquean; las "líneas de menor resistencia" se debilitan más de día en día; y tal vez esté próxima la hora de la desaparición de esas pequeñas entidades nacionales ante el empuje vigoroso e irresistible de los grandes organismos absorbentes y unificadores.

\*\*\*

La semana santa del Cristianismo. Viernes: entré en la iglesia. Sobre el fondo de un telón negro, se alzaba la figura amarillenta de un Cristo clavado sobre una cruz muy alta; a sus pies una Mater dolorosa aparecía extrañamente ataviada de rojo, amarillo y azul. En las capillas laterales, imágenes pequeñas y mal trajeadas; fija sobre una mampara llena de polvo, una pastoral católica encabezada por el nombre de un heleno: Joaquín Arcadio Pagaza; en el púlpito, un predicador vulgar hilvanaba insufribles lugares comunes; en las naves bullía una multitud: mujeres humildes y fanáticas; damas elegantes, creyentes a medias; hombres curiosos y desepreocupados.

El cuadro, para cualquier observador sagaz, era desolador. ¿Dónde la antigua pompa, las imágenes esculturales, la profusión de luces, la re-

fulgencia de los oros, la voz argentina de los grandes predicadores, la música grandiosa, todo el viejo esplendor del culto católico? ¿Dónde la fe sencilla, el reverente silencio, el místico éxtasis de las muchedumbres en recogimiento? Todo ha desaparecido: quedan la rutina, sin prestigios, la práctica sin fe, el comercialismo desnudo. Buscando, a través de las edades, un momento histórico semejante actual, la imaginación encuentra la época del imperio de Juliano. Espíritu superior, enamorado de la vida griega, el César apóstata ensayó resucitar el ideal pagano de hermosura y fuerza. iPero en vano! En la rueda inexorable de la evolución había llegado la hora de la muerte de los dioses; el Emperador magnífico fue vencido por el humilde Galileo, cuya religión de tristeza llenó de sombras el mundo.

Emergiendo lentamente de la noche milenaria, el espíritu humano avanza en la ruta auroral del porvenir. En la vanguardia, el grupo generoso de los pensadores contempla los primeros fulgores del sol. La enorme muchedumbre, detrás, mira con temor el cielo que palidece, y su vista, hecha a la oscuridad, se deslumhra. Pero la luz surgirá. Otra vez en la rueda inexorable de la evolución, ha llegado la hora de la muerte de los dioses: en este momento histórico muere el último dios.

La desolación de las bacanales de Juliano, que en vano se esforzó por revestirlas del sagrado esplendor de otros tiempos, de la espontánea alegría, del amor a la belleza y a la fuerza, es la misma desolación que hoy se siente en el católico. Aun en los viejos centros donde se mantiene firme un núcleo de creyentes, las fiestas cristianas se van cristalizando en la rigidez de las ceremonias oficiales.

Fuera de los templos, la vida sigue su curso agitado y ruidoso. La multitud pasa junto a ellos indiferente. La sombra se refugia en los rincones de las consciencias humildes. Los soñadores se detienen un instante a meditar ante el crepúsculo de la fe, y rememoran las antiguas pompas litúrgicas y la melancólica poesía de la oración.

Dejemos que se alejen la sombra y la muerte. La Vida nos llama. Vamos al porvenir.

▶ El Dictamen, Veracruz, 14 y 15 de abril, 1906.

# Impresiones de la semana

Espantosa catástrofe, la más espantosa de estos últimos años, ha azotado y azota todavía la espléndida región de la California septentrional. El trágico acontecimiento absorbe en estos momentos la atención de todo el mundo civilizado y arranca un clamor unísono de simpatía, de la simpatía que en las grandes ocasiones de triunfo o desgracia se revela espontánea y poderosa y por la cual ha absuelto a la Humanidad un gran poeta optimista diciéndole conmovido: "Pero eres buena".

La imaginación del vulgo transforma estos inesperados fenómenos seísmicos en castigos de númenes iracundos. Pero si castigo ha merecido California, no es por su presente: su presente era ya el de toda región donde la prosperidad está encauzada y florece en paz y evoluciona en esplendor.

La época de terror y de crimen fue en California el ayer, hace cincuenta años. Aquélla fué entonces tierra de promisión adonde acudían de todo el orbe aventureros con el puñal al cinto, la bolsa vacía y el cerebro lleno de planes y de sueños. Unos llegaban al nuevo Catay y al día siguiente eran millonarios; otros vegetaban sin alcanzar la anhelada fortuna; muchos morían en lucha sangrienta o se lanzaban al suicidio al consumarse su ruina o al perecer su honra.

iMaravillosa tierra! Su nombre es fascinación; piénsasela magnífica e indolente como una odalisca, bajo el sol tropical y al arrullo del Pacífico inmenso. En ella esplende una vegetación exuberante, de árboles milenarios y gigantescos y de flores raras y turbadoras; en sus entrañas refulge en minas inagotables el mineral rey. California es la encarnación del Oro: el metal milagroso, el encanto de las cándidas hijas del Rhin que, al ser maldecido por el Nibelungo, causa la ruina y la muerte de los dioses escandinavos; el mismo que atrajo a los antiguos argonautas y a¹ los argonautas de la moderna historia, conquistadores de América y circunnavegadores del globo.

<sup>&</sup>lt;sup>1</sup> En el recorte de periódico en el Archivo de PHU, aparece un agregado escrito a lápiz: "los antiguos argonautas y a". N.d.e.

California se convirtió rápidamente en emporio. Allí dominó entonces una raza superior, constituida por ejemplares selectos, supervivientes vencedores en la gran lucha entablada. Allí florecieron mujeres espirituales y asombrosas de belleza y gracia, especie femenina que ha dado a la gloria universal las figuras de Sibyl Sanderson, la cantatriz de más extraordinaria voz en los tiempos coetáneos, y de Gertrude Atherton, una de las escritoras más vigorosamente originales de la lengua inglesa. Allí afluyeron entonces el capital y el talento disciplinados, la ciencia, los encantos del arte y de la vida social, y hasta los nobles de las aristocracias europeas, perseguidores del eterno oro en lucha si menos temible más hábil que la que antes habían sostenido los creadores de la riqueza californiana. Allí comenzaron su carrera literaria y adquirieron fama, nativas las unas, foráneas, las otras, casi todas las más eminentes personalidades literarias de los Estados Unidos en el ultimo período: Mark Twain, Bret Harte, Frank Norris, a la cabeza; y más tarde, las Universidades de California se levantaron a rango prominente, muy en especial la de Leland Stanford cuyas soberbias construcciones acaban de desplomarse en la catástrofe.

San Francisco, la ciudad mágica que aparece en los versos de Bret Harte "serena, indiferente al hado, reclinada a la puerta de Occidente" es el centro donde confluyen las corrientes poderosas que van de Asia a América y de América al Asia. Avanzada de una civilización, vigilando ante el despertar del viejo mundo asiático y del nuevo mundo oceánico, tiende la mano a su distante hermana, New York, donde afluyen las enormes corrientes del progreso y la miseria de Europa.

Hoy todo ese inmenso emporio, la región maravillosa y su poderoso centro, parecen aniquilados por la catástrofe. Las vastas fortalezas de la industria, las altas torres de la ciencia, los seductores castillos del arte, caídos en tierra, rendidos, ia su gran pesadumbre!; la muerte y el incendio entronizados; toda una porción de humanidad sin hogar y sin pan. El cuadro desolado y lamentable llama hondamente a la compasión y a la caridad. De cada pecho brota una voz de simpatía; en cada mano hay un óbolo.

Pero la enorme potencialidad de la vida americana hará que renazca la riqueza de California. Como antes surgió Chicago, más pujante sobre sus cenizas; como hoy renace Baltimore, vencedora del estrago del incendio, San Francisco revivirá: su riqueza positiva está en el suelo, en la mina inagotable; su fuerza está en la posición, avanzada de una civi-

lización joven frente a una vieja civilización que renace transformada y una civilización naciente. Mañana, más grande que hoy, será California un nuevo testimonio de la pasmosa vitalidad del pueblo americano.

\*\*\*

Una frase de despedida. Al dejar a Veracruz, tras de breve permanencia, llevo memorias que serán perpetuamente sugestivas, como memorias de días cuya influencia puede ser decisiva en una vida y en una carrera. Veracruz ha sido la primera puerta por donde he entrado a admirar a este México que de antaño ansié conocer. Y a los amigos y a la ciudad y a todo, al mismo ambiente, —pues todo adquiere vida palpitante a nuestros ojos en ciertos momentos— digo: iAdiós!

▶ El Dictamen, Veracruz, 21 y 22 de abril, 1906.

#### Los teatros de México

Una gran abundancia de estrenos y de importantes reprises ha caracterizado la presente temporada de Pascua en esta Capital. En el Teatro Arbeu, la Compañía de Francisco Fuentes ha dado a conocer un buen número de obras nuevas de los más notables dramaturgos españoles contemporáneos; en el Renacimiento, la Compañía de Virginia Fábregas pone en escena un repertorio menos brillante, pero también de importancia; en el Hidalgo, la Compañía Lambardi ofrece ópera italiana. Fuentes ha estrenado Los malhechores del bien, de Benavente, En cuarto creciente y Bodas de plata, de Linares-Rivas Astral, ya conocidas en Veracruz; Buena gente, de Santiago Rusiñol, y Más fuerte que el amor, de Benavente. Han sido equivalentes a estrenos las representaciones de dos obras: Don Francisco de Quevedo, de Florentino Sanz, ya casi olvidada, y Como las hojas, de Giacosa, que en México sólo se conocía en italiano.

Buena gente ha sido el mejor éxito de la temporada. Es una obra de buena factura, de argumento interesante y de situaciones sugestivas. El protagonista es un *escanya-pobres*, como el del cuento de Narciso Oller, un prestamista avaro que se enamora de la huérfana que su mujer se empeñó en adoptar como hija. Como es de esperar, la huérfana le huye, se casa con un sobrino del avaro y éste se queda solo y próximo a la demencia.

Es este drama, los caracteres y las pasiones están exagerados en extremo. Son excesivos, en bloque y en detalle, los sentimientos de avaricia y de interés del prestamista y de sus familiares; el carácter del viejo tenedor de libros convertido en máquina de trabajo, tan altamente sugestivo, podría serlo más si su rasgo típico no fuese reforzado con tanta insistencia.

Por último, el cuarto acto sobra, pues en el tercero queda resuelta la situación de todos los personajes. El acto final no tiene otro objeto que hacer resaltar, con sobrecargado color, las pasiones y las rarezas de toda la "buena gente", por un lado, y por otro, la ilimitada bondad y la

felicidad merecidísima de la huérfana y su marido. En general la nueva obra del gran artista catalán (gran pintor y gran poeta) puede definirse como un cuadro enérgico y lleno de vida en el cual la imaginación pictórica se ha excedido en los efectos de luz y sombra.

Más fuerte que el amor, [drama]¹ algo ibseniano de Benavente, tampoco es obra maestra. No abunda en diálogos chispeantes, como sus comedias, ni en rasgos poéticos, aunque presenta dos o tres hermosísimos: en cambio, tienen algunos momentos declamatorios y filosóficos, hasta en el mismo final. Los dos personajes principales son, el uno (Carlos), débil copia del Oswald Alving de Ibsen, el otro (Carmen) un esbozo psicológico. Esta alma de mujer se presenta casi siempre en bloque, como las heroínas de Echegaray, sin análisis; y a pesar de eso, es un personaje consistente que no necesitaba sino un desarrollo más hábilmente detallado para que fuese perfecto.

El desarrollo de la trama, que es algo lánguido en los dos primeros actos, es rápido e interesante en los dos últimos. El acto tercero es magistral, y la escena entre las dos rivales es admirable de ironía.

La tesis, si es que así debe llamársele, del drama es que la piedad es "más fuerte que el amor". La heroína, en vez de huir con el hombre que ama, prefiere sacrificarse por el esposo enfermo a quien ha aprendido a compadecer, a amar como madre. Por esta tesis, la obra de Benavente es típica de esta época de filosofía "edificadora" y sirve de rotunda réplica a las doctrinas de Nietzsche, el destructor y negador de la piedad.

Como las hojas, del italiano Guiseppe Giacosa, es una de las más admirables producciones del teatro contemporáneo. Es una tragedia de hogar, lenta y dolorosa; un cuadro todo verdad; una hermosa defensa de la vida contra los ideales ficticios de belleza y arte.

Por último, Don Francisco de Quevedo de Florentino Sanz es un drama típico de la época romántica, magistralmente versificado, y en el cual el tejido de las intrigas predomina sobre el conflicto de las pasiones.

Fuentes estrenará el sábado *La musa loca*, de los hermanos Quintero, y próximamente, *El marqués de Priola*, del francés Henri Lavedan, *La* 

<sup>&</sup>lt;sup>1</sup> Nota manuscrita en el ejemplar del Archivo de PHU. N.d.e.

estirpe de Júpiter, de Linares-Rivas Astray, y Los viejos, del ilustre catalán Ignacio Iglesias.

La Fábregas ha puesto en escena Los malhechores del bien y Rosas de otoño de Benavente. Sus dos estrenos importantes han sido El despertar (Le réveil) de Paul Hervieu, drama de mucho efecto y no poco artificio, y Las dos escuelas, ingeniosa comedia de Alfred Capus.

La compañía de ópera del Hidalgo tiene un personal poco brillante y explota un repertorio demasiado conocido. Cuenta con una excelente orquesta dirigida por el competente Cavaliere Fulgencio Guerrieri y con una distinguida soprano de coloratura, Adelina Padovani. Sólo una reprise ha ofrecido algún interés: la de Don Pasquale, la vieja y divertida ópera bufa de Donizetti. Lo demás ha sido las eternas Favorita, Lucía di Lammermoor, Un ballo in maschera, Rigoletto, Cavalleria rusticana, I pagliacci, Manon Lescaut.

Pero anoche la compañía se redimió estrenando la *Germania* de Franchetti, que muchos proclaman como la obra maestra de la joven escuela italiana. A la verdad, con excepción de la parte orquestal, el drama lírico del barón Franchetti fue ejecutado de un modo deficiente; pero la empresa merece aplausos sin reservas por haberlo dado a conocer en México, antes de que sea conocida en otras capitales europeas y americanas.

Si bien una sola audición, y en especial una deficiente, no basta, por lo general, para juzgar de modo definitivo una obra de alta significación y consumada técnica, pueda afirmarse que *Germania* es superior a todas las óperas de los nuevos compositores italianos, con excepción de *La Tosca*, y aún a ésta aventaja en originalidad. *Germania* es de una originalidad poderosa: sólo suelen encontrársele ligeras reminiscencias de Verdi en el prólogo y de Wagner en el intermedio sinfónico que sirve de preludio al epílogo.

El material de la obra es rico: contiene motivos de gran belleza. La factura es magistral: en ella tiene gran importancia la orquesta, que es con frecuencia la que interpreta las situaciones, mucho más que el canto. Hay en la obra pasajes de gran valor musical, como son los coros del prólogo y del primer cuadro, el dúo de soprano y barítono y el himno revolucionario en el mismo prólogo, el dúo de soprano y tenor y el racconto del barítono en el cuadro primero, el reto del tenor en el cuadro segundo, el final de este mismo cuadro, un concertante lleno

de disonancias hábilmente combinadas, y el intermedio sinfónico. De toda la música brota un hálito de fuerza, de vida pasional, de rudeza patriótica a veces semi-salvaje, interrumpidas a veces por dulzuras femeninas y sentimentales.

El sábado en la tarde, la compañía cantará de nuevo *Germania*, que fue muy aplaudida en su estreno y parece destinada a ser una de las obras favoritas de este público; en la noche se presentará la celebrada soprano mexicana Elena Marín en el *Fausto* de Gounod.

México, mayo 4 de 1906.

▶ El Dictamen, Veracruz, 7 y 8 de mayo, 1906.

# TEATROS. LOS CONCIERTOS. LA ÓPERA.

#### TEATRO

Algo menos animado que el mes de Mayo ha transcurrido el de Junio en los teatros de México.

En Arbeu, la Compañía de Fuentes se despidió con la réprise de Cyrano de Bergerac y el estreno de La divina palabra, drama de Linares Astray.

La réprise de Cyrano ha sido muy discutida y, por lo general, censurada. Es justo decir que la empresa trabajó por presentar correctamente la obra de Rostand, pero no estaba en su poder hacerlo así.

Los actores de la Compañía Fuentes, educados en la escuela realista y excelentes en la interpretación de la moderna comedia española, no tienen la preparación necesaria para interpretar los dramas románticos e ignoran el arte de decir el verso.

Esto, que ya se había observado con *La vida es sueño* y *Don Francisco de Quevedo*, se hizo más patente en *Cyrano*. Hay, además, en esta comedia heroica, sutilezas y "tours de force" que requieren origina-lidad en el actor, la cual no se suple con buena escuela ni inteligencia metódica, y momentos emocionales que piden verdadero instinto poético al ser interpretadas, para que su visible falsedad no se haga ridícula. Faltando estas cualidades a los actores principales de la Compañía de Fuentes, su interpretación del *Cyrano* hubo de resultar menos que mediana.

En *La divina palabra* de Linares Astray, por el contrario, la Compañía estuvo excelente. Por desgracia, la obra, que es una de las primeras de su distinguido autor, no valía la pena de estrenarla aquí, después que en España se la ha relegado al olvido.

El diálogo es hábil y al primer acto está bien construido, pero en general *La divina palabra* es poco interesante, su desarrollo psicológico es lento y forzado, y sus tendencias, que pretenden ser ibsenianas, son anticuadas.

La Compañía de Virginia Fábregas, en el Teatro Renacimiento (que ha pasado a ser propiedad del primer actor Sr. Francisco Cardona y pronto cambiará su nombre actual por el de la esposa de dicho actor y empresario, la distinguida actriz mexicana antes citada), ha dado a conocer Los dos crepúsculos, del catalán Francisco Javier Godo, Triplepatte, de Tristan Bernard y André Godfernaux, traducida por el Sr. Jorge Castellanos Haaf con el título de El Indeciso, y Cuauhtemoc, melodrama histórico del escritor mexicano Sr. Tomás Domínguez Illanes. Las tres obras han sido muy bien recibidas, aunque su importancia es escasa. Los dos crepúsculos está bien hecha, pero parece calcada sobre L'autre danger de Mauriee Donnay. Triplepatte es una comedia "pour rire", muy aceptable en su género.

En cuanto a *Cuauhtemoc*, cuyo éxito parece destinado a hacer época en la historia del teatro mexicano, debe decirse la verdad. Este éxito, que no ha sido consagrado por la aprobación del verdadero público intelectual de México, depende exclusivamente de la significación patriótica que quiere darse a la obra.

Esta, en realidad, no es un drama, pues su estructura es melodramática, ni menos es historia, porque esta aparece allí totalmente falseada. Y contra este procedimiento no vale alegato alguno, puesto que, como indica Menéndez Pelayo, Shakespeare no tuvo necesidad de alterar la historia para hacer de sus tragedias romanas e inglesas los más altos monumentos del teatro histórico.

Los personajes de *Cuauhtemoc* hablan un lenguaje totalmente inadecuado: los indígenas, amén de blasonar de sentimientos e ideas de europeos, saben del Cid y llaman a Cortés "extremeño". De esta obra, en suma, sólo puede citarse, entre un cúmulo de versos más o menos bien hechos, algunos verdaderamente sonoros y enérgicos.

La interpretación, por la Compañía Fábregas, no puede salvar la obra. Los actores del "Renacimiento", como los de Fuentes, desconocen el estilo declamatorio. En cambio, las decoraciones, la montura y la indumentaria fueron magníficas en *Cuauhtemoc*. Lo mismo puede decirse de la montura de *Los dos crepúsculos y Triplepatte*, obras en las cuales han podido lucir mejor sus facultades los actores de la Compañía Fábregas.

En el teatro Hidalgo funciona desde principios de mes una Compañía dirigida por el primer actor Antonio Galé, cuyo repertorio se compone casi exclusivamente de melodrama.

Esta compañía estrenó *Los rígidos*, de Don José Echegaray, drama en verso que muestra todos los defectos y casi ninguna de las mejores cualidades de su autor.

Por suerte, a cambio de esta serie de obras mediocres o malas, hemos tenido durante el mes varios estrenos y réprises de sainetes, entremeses y comedias de los brillantes humoristas y humanos poetas sevillanos, los Quintero: Las casas de cartón, Los piropos, Los chorros del oro, La pena y El nido.

#### LOS CONCIERTOS

Antes de iniciarse la temporada anual de conciertos dirigidos por el Maestro Carlos J. Meneses, se celebró el día 8 una fiesta musical de gran importancia: el concierto de presentación de la joven pianista Srita. Ana María Charles y Sánchez, discípula del distinguido profesor Luis Moctezuma.

El programa de esta velada fue selectísimo, sobrio, irreprochable: Weber y Beethoven representados, respectivamente, por la obertura *Der Freyschütz* y la de *Leonora* núm. 3, ejecutadas por la orquesta del Conservatorio bajo la dirección de Julián Carrillo; Grieg, por un Concerto de piano; Chopin, por el Nocturno en *fa sostenido mayor* y un grupo de estudios y preludios; y Liszt por la popular *Campanella*.

En las dos oberturas y en el Concerto de Grieg se reveló Julián Carrillo, hasta entonces conocido aquí solamente como violinista y compositor, verdadero maestro de la batuta. Domina admirablemente la orquesta y, gracias a su largo y religioso estudio de las grandes obras, dirige sin partitura, como los maestros eminentes.

Su batuta es clásica, sobria; huye de las sonoridades estrepitosas y logra producir efectos de alta y serena poesía, que por momentos hacen recordar el estilo del *olímpico* Weingartner. Ambas oberturas, la de Beethoven y la de Weber, son, bajo la batuta de Carrillo, toda una enseñanza.

La Señorita Charles y Sánchez triunfó desde el primer número. En las piezas de Chopin demostró poseer una ejecución nítida, brillante, un discreto manejo de los pedales, y una expresión delicada que parece contener en germen las altas cualidades de pasión y sensibilidad propias de los artistas *personales*. En *La Campanella* puso en mayor relieve aún su brillantez, y, por último, en el magno Concerto de Grieg reveló fuerza y amplitud.

Todos los números fueron triunfos completos para la Srita. Charles y Sánchez, quien será de hoy más artista mimada del público mexicano.

El domingo 17 se inauguró en el Teatro Arbeu la serie de conciertos que anualmente organiza el maestro Carlos J. Meneses, director de la orquesta del Conservatorio.

Estos conciertos, que no pueden llamarse sinfónicos, puesto que en ellos se incluyen generalmente oratorios y aun trozos de carácter casi popular, como los de las óperas de Massenet y Delibes, merecen, no obstante, grandes elogios, puesto que en ellos se da a conocer un repertorio no escaso de grandes obras musicales.

Pero ya que en ellos se ha querido dar cabida e importancia a los oratorios, —lo cual en manera alguna puede ser censurable—, es algo extraño que se hayan escogido exclusivamente oratorios franceses, cuando no en Francia, sino en Alemania, es donde más ha florecido este clásico género. Pero, sin salir de Francia, de donde es plausible que se haya escogido *El Diluvio* de Saint-Saëns, ¿por qué dar tanta importancia a Massenet y olvidar a César Franck, el maestro insuperable, entre los franceses, de la música religiosa? Si se trataba de dar a conocer contemporáneos, ahí están, muy superiores a los de Massenet, los oratorios del inglés Edward Elgar, *Los apóstoles y El Sueño de Geroncio*. Y en otros géneros, ¿no es ya tiempo de hacer el ensayo de introducir la música de Richard Strauss, como se ha hecho en Buenos Aires y hasta en la Habana?

Excepto en la superabundancia de música francesa en general y de Massenet en particular, el repertorio ejecutado y prometido en estos conciertos es excelente: hasta ahora, en los cuatro celebrados (dos repetidos) hemos podido oír fragmentos de la *Esclarmonde* y los ballets de *El Cid* de Massenet, el poema de canto *La noche persa*, el coro *La noche*, el oratorio *El Diluvio* y el poema sinfónico *La Danza Macabra*, de Saint-Saëns, la *Sinfonía fantástica* (incompleta) de Berlioz, el aria de

soprano de la *Lakmé* de Delibes, y la *Invitación al vals*, de Weber, instrumentada por Weingartner. Para las próximas audiciones se anuncian la 5ª Sinfonía de Beethoven, el oratorio *Eva* de Massenet y varios fragmentos de Wagner. Las dos obras más importantes han sido la *Sinfonía fantástica*, ya conocida en México, y *El Diluvio*, que por primera vez se ejecutó completo. Es esta última, obra de inspiración variada y de factura magistral, ya juzgada como una de las más notables de su autor.

El poema *La noche persa* y el coro *La noche* tienen ambos hermosas inspiraciones melódicas y están escritos con técnica admirable; el primero es quizás demasiado extenso para el interés que ofrece, relativamente escaso. Los demás trozos y composiciones habían sido escuchados en ocasiones anteriores por nuestro público.

En la ejecución de estas obras se ha distinguido la orquesta del Conservatorio, dirigida por el maestro Meneses. La labor que realizan, tanto la orquesta como el director, es por todos conceptos notable, más aún si se considera que, faltando tradición musical en México, a ellos se debe la iniciación de la era sinfónica.

En la interpretación de las obras de Saint-Saëns (excepto, naturalmente, la *Danza Macabra*) tomaron parte los coros del Conservatorio y varios solistas: la distinguida soprano mexicana Sra. Antonia Ochoa de Miranda, la soprano Srita. Sofía Camacho, que trabajó, además, como excelente recitadora en *La noche persa*, la contralto Sra. Aurora Villaseñor de Carothers, los tenores José Becerra e Ismael Magaña, y el barítono Roberto F. Marín.

Con el aria de *Lakmé* debutó la Srita. Tomasa Venegas, cuya voz de soprano ligera, reducida pero afinada y de buen timbre, agradó mucho al público.

En *El Diluvio*, ejecutó Julián Carrillo, con admirable estilo, el solo de violín del preludio.

#### La ópera

La Compañía de ópera Lambardi, que trabaja actualmente en el Teatro-Circo Orrin, ha puesto en escena durante el mes el acostumbrado repertorio de las "compañías italianas de exportación", desde *La Favorita* hasta *Carmen y La Tosca*.

Como excepción a esta rutina, ha repetido la *Germania* de Franchetti y ha estrenado el *Chopin* de Orefice. Sobre la primera, si bien no puede decirse que ha sido juzgada por la crítica metropolitana, no es hora ya de insistir. Quizás, cuando otra compañía la haya dado a conocer mejor, por medio de una interpretación superior a la que hemos visto, digna, en fin, de la obra, el público mexicano podrá salir de sus dudas respecto de ella y asignar su justo valor a esta que en Europa se estima como la más notable producción de la joven escuela italiana.

El *Chopin* de Orefice obtuvo un éxito completo e inmediato. En este caso, como ha dicho un distinguido escritor, Chopin ha salvado a *Chopin*.

La ópera, como se sabe, está compuesta casi totalmente de fragmentos escogidos en las obras del compositor polaco y adaptados a las diversas situaciones del libreto; y la extraordinaria seducción de esas melodías es la que ha hecho triunfar, en México, esta curiosa producción.

Chopin no es en realidad una ópera ni menos un drama musical. En primer lugar, el libreto tiene versos hermosos e ideas poéticas, pero no ilación ni situaciones dramáticas ni psicología, pues el esbozo del carácter de Chopin es menos que débil, casi nulo.

La tempestad y la muerte de la niña Grazia en el tercer acto son un recurso ficticio adoptado para introducir una escena de fuerza en este como poema lírico que, de no ser así, pecaría de extrema languidez.

En cuanto a la música, precisa reconocer que Orefice domina la técnica y tiene, a menudo, exquisita intuición poética para escoger y combinar las melodías. Pero, pasando por alto la cuestión principal (si debió intentarse lo realizado por Orefice, que muchos consideran una profanación), el procedimiento de adaptación empleado por el compositor italiano es criticable. Por de contado, habría sido más discreto construir un drama musical con *leit-motivos* que fuesen melodías de Chopin; pero Orefice prescindió de este procedimiento y se limitó a tejer minuciosamente trozos, a veces brevísimos, de las obras del protagonista. Es natural que en esa multitud de fragmentos de composiciones escritas en diversas épocas y situaciones haya disparidad: todas las piezas de Chopin tienen su histeria, su psicología, su interpretación clásica, y la gran variedad de sus inspiraciones y matices emocionales no cabe dentro de la unidad psicológica que debe guardar una producción escénica.

Estas melodías, además, tienen un marcado carácter *pianístico* que no puede convertirse en *operático*. Orefice ha prescindido con frecuencia, discretamente, de adaptarlas al canto, utilizándolas solamente como comentario orquestal de la declamación de los cantantes; pero aún así suelen perder su verdadera significación o resultar inadecuadas. Sirva de ejemplo, en el segundo acto, el empleo del Nocturno en *Re bemol*, apasionado y melancólico, como comentario de las enérgicas frases patrióticas de Flora al aparecer en la ventana: "Si, si, va, schiera divina!" (iSí, marcha, hueste divina, levanta el espíritu de Polonia, haz de cada niño un guerrero y de cada niña rubia una heroína!)

A pesar de estas necesarias limitaciones, la producción de Orefice contiene situaciones hermosas.

El primer acto está lleno de alegrías campestres y de amor juvenil. El segundo, que es en conjunto el mejor, contiene la más artística escena de la obra: la ejecución del *Nocturno* en Do sostenido menor, por Chopin, en un piano fuera de escena, comentada por la orquesta y las frases de la soprano. En el tercer acto, la escena de tempestad y delirio está combinada con sobria maestría, y el concertante final es, con el dúo del segundo acto, el trozo de más efecto en la ópera. El cuarto acto es el más débil, a pesar de su poesía melancólica, y hasta ahora no ha logrado entusiasmar a nuestro público.

De la interpretación, poco hay que decir, excepto de la dirección del maestro Guerrieri, hábil y brillante. Entre los cantantes, puede mencionarse a las sopranos Giorgi y Soragna, quienes dijeron sus *particelle* con bastante delicadeza.

▶ Savia Moderna, junio, 1906, núm. 4, pp. 252-258.

# TEATROS. LOS CONCIERTOS. LA ÓPERA.

Casi completamente inactivo ha transcurrido el mes teatral. En Hidalgo, continúan representándose melodramas; en el Renacimiento, la Compañía de Virgina Fábregas, después del éxito popular de *Cuauhtemoc*, ha dado una *réprise* de *El adversario*, de Capus y Emanuel Arène, y ha estrenado *Las vacaciones del matrimonio*, comedia menos que mediocre de Valabrègue y Hennequin.

#### **CONCIERTOS**

Tocó a su fin en este mes de la temporada de conciertos dirigidos por el maestro Carlos J. Meneses. Los programas de los seis conciertos últimos han sido magníficos: formáronlos la Quinta Sinfonía de Beethoven, el aria "Ah non giunge" de Der Freyschütz de Weber, el preludio Die meistersinger ("Los maestros cantores"), los "Waldweben" ("Murmullos de la floresta") de Siegfried, y la despedida de Wotan en Die walküre ("La valkiria"), de Wagner, el oratorio Eva y un aria de La Virgen de Massenet, un Concerto de violín de Max Bruch y otro de Wieniawski, el Concerto de piano en Re bemol de Tschaikowski (¿cuándo oiremos alguna de las grandes obras orquestales de ese ruso genial, la Sinfonía patética, por ejemplo?), una Suite pastorale de Louis Lacombe y el Vals poético del compositor mexicano Felipe Villanueva. De los conciertos de Junio se repitieron la Danza macabra y el coro La noche de Saint-Saëns, dos fragmentos de la Sinfonía fantástica de Berlioz, la Invitación al vals de Weber instrumentada por Félix [Weingartner] y el aria de soprano de la Lakmé de Delibes.

Señal inequívoca de la eficacia de la propaganda que se realiza en estas fiestas musicales es el triunfo de la *Quinta sinfonía* de Beethoven, que llegó a ejecutarse cuatro veces. La orquesta del Conservatorio que cuenta con más de setenta músicos y es, por tanto, suficientemente completa para ejecutar cualquier obra de las más complicadas, ha dado, bajo la dirección del maestro Meneses, una excelente interpretación de

la magna *Sinfonía*; enérgica sin estrépito en el majestuoso primer *Allegro* y en el *Allegro triunfale* final, dedicada y discreta en los variados matices del *Andante*.

No siempre tan homogéneas como la de esta Sinfonía, pero muchas veces brillantes, han sido las ejecuciones de los trozos de Wagner, de los cuales figuró uno por lo menos en cada programa. No menor éxito obtuvieron las demás obras y fragmentos, excepto la *Suite pastorale* de Lacombe —cuya insignificancia resaltó doblemente junto a los incomparables *Murmullos de la floresta* de Wagner—, y la *Eva* de Massenet. Este oratorio abunda en melodías del tipo Massenet y tiene momentos inspirados, —tal el dúo de amor—; casi toda su música está a leguas de distancia de la solemnidad bíblica y del sentimiento primitivo que deben animar toda interpretación de la leyenda del Génesis.

Tomó parte en estos conciertos un selecto grupo de artistas mexicanos: las sopranos Sra. Antonia Ochoa de Miranda (La noche y aria de La virgen), Srita. Sofía Camacho (aria de Der Freyschütz), Srita. Tomasa Venegas (aria de Lakmé) y Srita. Elena Marín (Eva); el tenor José Becerra (Eva) y el barítono Roberto F. Marín (Eva y final de La valkiria); los violinistas Pedro Valdés Fraga (Concerto de Bruch) y Julián Carrillo (Concerto de Wieniawski), y el pianista Pedro Ogazón. Mención especial se debe a los últimos, a Carrillo, por su magistral ejecución de la difícil obra de Wieniawski, y a Ogazón, que reaparecía ante el público mexicano después de larga ausencia. Ogazón es hoy un pianista completo; posee una técnica admirable, precisa y nítida, y una no menos sobriedad en los efectos y en la expresión. Estas virtudes, y además elegancia y energía, desplegó en la ejecución del Concerto de Tschaikowski. Fue una ejecución de serenidad un tanto clásica y tal vez faltó un grado de intensidad pasional en el Allegro con fuoco. Pero a Ogazón no le falta sentimiento; en las piezas que ejecutó como encores (una Gavota de Glück arreglada por Brahms, un Preludio de Rachmaninoff, un Estudio de Leschetizky, la Polonesa heroica y dos Valses de Chopin y una hermosa Danza oriental del mexicano Ernesto Elorduy) se mostró en diversas modalidades; no estuvo siempre a igual altura en la *Polonesa*, pero en toda la última parte de ella sostuvo con brillantez el vigor heroico, y puso en los Valses sugestiva delicadeza y profundo sentimiento, dándoles el legítimo matiz chopiniano.

Con toda probabilidad, Ogazón se presentará de nuevo con algunos recitales de piano: en estos, donde es de esperar que aborde las Sonatas de Beethoven y algunas grandes composiciones de Schumann, habrá ocasión de apreciarle más plenamente. El pianista mexicano ha demostrado ser artista completo, conocedor de las modernas tendencias y poseedor de vigoroso talento que le asegura una carrera de triunfos.

\*\*\*

Organizado por el distinguido profesor Sr. César del Castillo y ejecutado por discípulos de éste, se celebró el 20 en el Teatro del Conservatorio Nacional de Música un concierto de piano con un programa formado exclusivamente por obras del compositor mexicano Ricardo Castro, residente en París. Las piezas ejecutadas fueron: una Barcarola, tres Estudios, una Melodía, cuatro novísimas Danzas tropicales, dos Minués, un Nocturno, un Scherzino, una Polonesa, Valse rêveuse, Valse bluette, Appasionato, Près du ruisseau, Chant d'amour, Ländler, y una Suite compuesta por preludio, sarabanda y capricho.

Con este variado conjunto de composiciones puede conocerse y estimarse en sus varios aspectos el fino talento de Ricardo Castro. Es un temperamento de sentimentalidad delicada, que pocas veces llega a las profundidades de la pasión pero con frecuencia alcanza la exquisitez. Ama las formas de expresión sencillas y elegantes, quizá un tanto superficiales, y por su estilo pertenece a la escuela francesa. Sabe, por de contado, de Chopin y Mendelssohn, pero no va más allá de Benjamin Godard; parece haberle seducido poco la nueva técnica de complicaciones tonales de los compositores de piano rusos y franceses de última hora. Entre las obras ejecutadas en el concierto, sobresalen un Apassionato de verdadera nobleza, dos excelentes Estudios en Do y en Fa sostenido, el Minué en La bemol, y las Danzas, en las que se ennoblece un género popular de los trópicos. Hay en el Nocturno y la Polonesa delicada hermosura, pero en ambas composiciones se habría logrado más elevación si hubiera en ellas emoción más honda. Asimismo, el brillante Canto de amor habría ganado en fuerza sugestiva con un grado más de lirismo. En suma, Ricardo Castro es un artista distinguido que puede ocupar un puesto estimable en la escuela francesa y que honra, con su ya extensa y valiosa labor, a la América artística.

#### La ópera

En el tercer mes de su temporada en esta capital, la Compañía Lambardi, que nos dió a conocer en los meses anteriores *Germania* y *Chopin*, estrenó una tercera ópera: *Iris*.

El éxito de la ópera japonesa de Mascagni no ha sido aquí completo, por las mismas razones por las cuales no lo ha sido en otras partes. *Iris* sólo ha llegado a imponerse en Italia, donde se la estima como la obra más completa de su autor, con la probable excepción de *Ratcliff*, que es poco popular.

Comparando *Iris* con *Cavalleria*, vense desde luego el mérito musical superior de la primera y sus desventajas para obtener, como la segunda, popularidad universal. *Cavalleria* tiene en su favor su brevedad y su libreto sencillo, su música por lo general espontánea y de efectismos hábiles y *directos*. En *Iris* el argumento es exótico, simbólico, poco accesible para el gran público, y la música, si no muy elevada, está escrita con técnica llena de complicaciones raras.

\*\*\*

En punto a melodía, no puede decirse que *Iris* sea muy superior a *Cavalleria*. Tiene temas hermosos, que aparecen hábilmente desarrollados en la Obertura-Himno al Sol y en las dos escenas principales del acto segundo: el despertar de Iris y el dúo de esta con Osaka, seguido por la romanza de "La Piovra"; pero tiene también melodías cortadas por el mismo patrón de las de *Cavalleria*, como la Serenata, y algunas vulgarísimas, como la del coro final del segundo acto.

El desarrollo de la ópera es muy desigual. En primer lugar, —y esto se debe al temor que parecen tener los jóvenes italianos a las grandes dimensiones—, la obra es muy corta, su acto tercero apenas puede llamarse acto, y muchas de sus situaciones están apenas esbozadas: véase, por ejemplo, la maldición del ciego. El trozo de más efecto, — de efecto inmediato, irresistible, fisiológico—, es la Obertura, que comienza con un pianissimo casi inaudible y va creciendo hasta terminar en una estrepitosa plenitud orquestral unida a las voces del coro que canta el Himno al Sol. El acto primero es bastante pintoresco y el segundo, que es el mejor, contiene los momentos más inspirados. En ambos hay páginas que marcan el culmen en la labor musical de Mascagni; pero ninguno de los dos da una impresión cabal y completa

de belleza, porque, a mas de ciertas melodías vulgares, se mezclan en ellos, interrumpiendo el libre desarrollo de la acción, los detalles exóticos fatigosos ó poco inteligibles. Mascagni, para dar color local a su obra, no se ha limitado a intercalar motivos de carácter japonés, sino que los ha reforzado con instrumentos asiáticos, disonancias y toda clase de complicaciones armónicas, apartándose con esto de la hábil sobriedad con que distribuyeron los efectos exóticos Verdi en *Aida* y Ernest Reyer *Salambó*.

Iris fue interpretada por la soprano Srita. Velia Giorgi, la contralto Srita. Mary Millon, el tenor Salveneschi, el barítono Pacini, y el bajo Lombardi, dirigiendo la orquesta el Cavalier Guerrieri. Desde la tercera representación, y en todas las siguientes, reemplazó a la Srita. Giorgi en el papel de protagonista, con notable ventaja, la Srita. Elena Marín. La joven y distinguida artista mexicana ha hecho verdaderamente suyo el papel de Iris; lo ha estudiado minuciosamente, hasta dominarlo, tanto en la parte vocal como en la dramática, y canta esta música, que se adapta perfectamente a su hermosa voz, con admirable expresión y correcto fraseo. Es, además, irreprochable en todos los detalles en la interpretación dramática.

Salvaneschi, que es buen tenor lírico a pesar de su afición a ciertos recursos de mal gusto, dijo su parte con delicadeza y tuvo momentos sentidos en el segundo acto. El bajo Lombardi hizo con talento dramático el papel del Ciego. El barítono y la contralto estuvieron correctos; los coros chocaron más de una vez con los escollos de la técnica empleada por Mascagni, sobre todo en la escena de los traperos; pero la orquesta, dirigida hábilmente por Guerrieri, salió airosa y ejecutó brillantemente la Obertura.

<sup>▶</sup> Savia moderna, núm. 5, julio, 1906.

# VIDA INTELECTUAL Y ARTÍSTICA (REVISTA DE LIBROS Y PERIÓDICOS.)

#### La influencia de nietzsche

Desde la entrada de esta centuria se iniciaron y han ido creciendo vigorosas reacciones contra muchas de las tendencias predominantes a fines del siglo XIX. Acaso la más curiosa y característica ha sido la reacción contra la influencia de Nietzsche.

Después del magistral estudio de Fouillée, *Nietzsche et l'inmoralisme*, Duprat en su *Moral* compara las ideas del filósofo alemán con las de Tolstoi, y declara que las de ambos son incompletas. Un escritor norteamericano, John Graham Brooks, pone en parangón a Nietzsche, "el que niega", con Maeterlinck, "el que afirma", y proclama la superioridad de las tendencias del último.

No hace mucho, la revista *Labor Nueva*, de los sociólogos catalanes Valentí Camp y José Antich, formulaba esta pregunta:

"¿Por qué a despecho de la cultura y de la razón en que decimos vivir, un literato neurasténico como Nietzsche ha conmovido filosóficamente a Europa y ha arrastrado a gran parte de la juventud intelectual?"

A pesar de todas estas manifestaciones, y de que algunos de los artistas adeptos de Nietzsche, como D'Annunzio y Richard Strauss, parecen haberlo olvidado un tanto, la influencia del creador de Zarathustra resurge a cada momento, si bien hoy se atiende más que antes a la parte "constructiva" de su filosofía.

Hace dos años, el humorista irlandés Bernard Shaw, daba una curiosa interpretación dramática de la teoría del *superhombre*; y más recientemente el psicólogo argentino Ingegnieros<sup>1</sup> establece en su libro *Italia* una comparación (que gustaría mucho a Bernard Shaw si pudiera leerla) entre Jesús y Federico, "los dos locos que han polarizado la

\_

<sup>&</sup>lt;sup>1</sup> Se refiere al ensayista argentino José Ingenieros (1877-1925). N.d.e.

moral humana", decidiéndose, naturalmente, por las doctrinas del último.

Es aventurado asegurar que Nietzsche llegue a ejercer una influencia tan vasta en la humanidad como la de Jesús, pero sí puede preverse (y se está viendo) que sus doctrinas se prestarán a interpretaciones tan diversas como las que se han dado a las prédicas del Galileo.

En los libros y periódicos de última hora encontramos nuevos estudios sobre la influencia del "gran destructor". En la *Saturday Review* de Londres, el conocido crítico John F. Runciman dice que los nuevos músicos de Francia y Alemania, "sin adoptar las opiniones de Nietzsche sobre música, han tomado de él la idea de ser completamente originales y no ser por más tiempo esclavos de Wagner". "Nietzsche les ha hecho olvidar que el único modo de llegar a ser original es asimilar los métodos de nuestros abuelos y no tratar de disfrazarlos con trajes raros y fragmentos inventados."

Runciman señala también la influencia que la filosofía de Nietzsche ha ejercido en Charpentier, autor de *Louise*, Borne, autor de *Les Girondins*, y en Richard Strauss y Fritz Delius, que han compuesto poemas sobre *Zarathustra*, amén de otros compositores de menos importancia. En un libro de *Estudios sobre la literatura alemana moderna*, el Profesor Heller, al estudiar la novela contemporánea y en especial la producida por mujeres, dice:

"La más poderosa tendencia en la literatura alemana de hoy es la de la más alta libertad individual. El efecto de la nueva rebelión promovida por el atrevido genio de Nietzsche, se manifiesta en la dirección que ha tomado, en la novela, la causa feminista. Los derechos de la personalidad, que antes se subordinaban al bienestar común, se afirman ahora enfáticamente.

"Las principales agitadoras del día exultan la vida *creadora* por encima de la vida aprobada por el convenio social, y no discuten el derecho del individuo de saltar por sobre las fórmulas morales al uso.

"La Novela alemana actual ha salido del período de realismo franco para lanzarse en la investigación psicológica, y, naturalmente, las mujeres se han dedicado más al análisis de sí mismas."

El autor cita a Gabrielle Reuter, autora de una novela famosa, "De

buena familia", en la cual protesta contra todas las formas de la tiranía social; a Helene Boehlau, quien se inspiraba antes en Goethe, y ahora, seducida por las ideas de Nietzsche, exulta la tendencia a una vida superior, cuyo *culmen* se halla en los momentos supremos, sean estos de triunfo o de derrota; a Clara Viebig, la más conspicua, ya traducida al francés, "apóstol de la doctrina de anti-emancipación de Laura Marholm, la cual afirma que la mujer es una obra fragmentaria de la Naturaleza y necesita ser completada por su unión con el hombre"; y por último, entre las más jóvenes y menos estrictamente nietzscheanas, a Sophie Hoechstetter, Helene von Montbart (por seudónimo Hans von Kahlenberg), y Ricarda Huch.

El joven pensador italiano Giovanni Papini acaba de publicar un libro, *Il crepuscolo dei filosofi*, en el cual estudia a Kant, Hegel, Schopenhauer, Comte, Spencer y Nietzsche, a quien dedica un capítulo "óptimo, sugestivo y paradojal".

Para demostrar hasta qué punto ha influido el último filósofo en Papini, basta copiar el resumen que de la filosofía de este hace la revista italiana *Rinascimento:* 

"El hombre tiende naturalmente a aumentar su poder, y puesto que los medios que están hoy a su alcance son insuficientes, es preciso crear nuevas fuerzas, y, utilizando principalmente la fuerza que cada uno lleva en sí, que es el alma, completar la ecuación entre el mundo real y aquel ideal, individualizar el arte, con lo cual cada hombre será artista, y, al paso que las religiones ensancharán nuestro campo de imaginación, la ciencia dará mayores posibilidades de modificar las cosas, la filosofía vivirá como género literario y la metafísica podrá tomar el puesto de poema épico. Precisa, sobre todo, obrar, obrar infinitamente. Para huir del dolor, los hombres tienen dos medios: la renuncia y la omnipotencia. Fallido el primero, sólo queda el segundo. Cuando el hombre lo haya obtenido todo, el mundo cambiará de valor, los deseos se apagarán, el hombre será también el mundo, y el mundo será parte del hombre: el reino de lo diverso desaparecerá, y le sucederá el único concreto, que será el verdadero nirvana, el fin del mundo por medio de su perfección. Tal es el problema del hombredios: no es el dios quien se encarna, sino el hombre quien se endiosa. Es necesario, pues, desarrollar, rehacer el mundo que hasta hoy nos habíamos limitado a contemplar."

#### ANTÓN BRUCKNER

Sobre este compositor austríaco escribe el eminente músico español D. Felipe Pedrell: "Por toda Alemania y Austria, Bruckner es reconocido tardíamente idespués de muerto! maestro, digno sucesor de Beethoven en la sinfonía e igual a Brahms de las naciones latinas 110 le conocen todavía. Los muertos ilustres no van *vite*, como los de la balada de Bürger, cuando se reflexiona sobre estas dos fechas: 1824-1896."

Brückner, que fue grande admirador y amigo de Wagner, empezó a componer tarde. Encontró mucha oposición, sobre todo por parte de Eduard Hanslick, crítico retrógrado que fue, sin embargo, el árbitro de la crítica berlinesa durante muchos años. Ya en sus últimos años, comenzó a ver reconocidos sus méritos, y directores de orquesta de la talla de Nikisch, Hans Richter, Lowe y Herman Levi dirigieron ejecuciones de sus obras.

Las principales composiciones de Brückner son tres *Misas* y nueve *Sinfonías*. La última de estas está dedicada "A Dios" y termina con un "Te Deum" coral, pareciéndose en esto a la *Novena Sinfonía de* Beethoven, que termina con la "Oda a la Alegría" de Schiller cantada por coro.

#### RICHARD STRAUSS

Hace poco estuvo en París el revolucionario compositor alemán Richard Strauss y dirigió en los célebres conciertos del Châtelet su Sinfonía doméstica, el último de sus poemas tonales, estrenado en Nueva York en 1904 bajo la dirección del mismo Strauss. La Sinfonía doméstica ha sido por lo general muy celebrada por la crítica de París, que reconoce en el autor el primer polifonista de la época; pero algunos críticos, entre los cuales se cuenta Camille Bellaigue, se declaran en contra de ella y de la "program-musik" en general.

La *Salomé* del mismo Strauss ha sido la ópera más sensacional de la temporada en Alemania y Austria. Sobre esta obra se han publicado ya multitud de juicios, algunos muy favorables de críticos franceses e ingleses. Todos reconocen que la obra es de una excepcional potencia dramática y que tiene efectos altamente sugestivos. La técnica revolu-

cionaria del autor desconcierta a muchos críticos.

En la revista italiana *Rinascimento* escribe Alfredo Untersteiner: "El autor es un gran mago que atrae a los doctos y a los ignorantes y a todos los subyuga. En el teatro, su ópera es de tal manera variada, la música es tan vigorosa, los efectos tan sugestivos, la técnica tan grandiosa y sapiente, que se pregunta el espectador si aquello es música o algo diverso."

#### La Melodía

A propósito de Richard Strauss, es curioso anotar que ciertos críticos le reprochan carencia de gran invención melódica. Camille Bellaigue cita a este respecto una excelente definición de la melodía por Gounod: "Lo típico de una melodía es ser, no una forma cualquiera, más o menos vaga, sino una silueta determinada, con carácter peculiar, que llame la atención instantáneamente. No es un enigma ni un problema; es una figura neta, es decir, un ser. Una sucesión cualquiera de notas no constituye una melodía; es preciso que esta sucesión dé como resultado una realidad completa, viviente y consistente por sí sola."

Pero, aceptando esa definición, hay diversos modos de *oír* y *entender* esa realidad viviente que debe ser la melodía. Abundan en Strauss los temas característicos, más o menos agradables para los oídos acostumbrados a la melodía antigua, pero también existen melodías de irresistible encanto, aun en sus más raras obras, como *Zarathustra* o *La vida de un héroe*.

Es raro el hecho de que, en estos momentos en que se impone Strauss, portador de "la última palabra" en materias musicales, se acentúe una reacción en favor de la ópera italiana de principios del siglo XIX. En Italia, esto se ha debido en parte al triunfo, de María Barrientos; en los Estados Unidos, a la "conjunción" de dos estrellas excepcionales del bel canto, Caruso y la Sembrich. Así se ha visto resurgir a la vida óperas olvidadas en el repertorio de los grandes teatros como L'elisire d'amore, Linda di Chamounix, Dan Pasquale, La favorita, Lucrezia Borgia, La sonnambula, Ernani; en Alemania, en Italia, y en Francia han obtenido gran éxito las réprises de Il trovatore, La traviata y Norma. En este momento, el repertorio italiano antiguo en gran parte ha vencido al nuevo y casi se ha alzado al nivel del repertorio

wagneriano, que es el que universalmente predomina (excepto, por desgracia, en la América española).

La reacción no se debe sólo al público, sino que ha sido apoyada por parte de la crítica. Por de contado, no se elogia el método, el procedimiento de los antiguos, sino su inspiración melódica; y si bien es verdad que la melodía italiana no alcanza en nobleza y vigor de expresión a la melodía de la ópera alemana, de Mozart y Beethoven a Weber y Wagner, no menos es cierto que, en contraposición con la melodía de los italianos de última hora, que oscila entre lo groseramente vulgar y lo afanosamente rebuscado, es muchas veces un solaz retornar a los viejos aires de Rossini y sobre todo de Verdi.

Otro crítico de la revista "Rinascimento", al hablar de *La Figlia di Iorio* de Franchetti, última producción del más notable de los músicos contemporáneos de Italia, escribe:

"La idea dominante de Franchetti, libertar la melodía del poderoso yugo de la sinfonía orquestal, aparece clara, pero no igualmente eficaz en todas sus manifestaciones. Por más que se haga y diga, los progresos de la evolución orquestal han sido tan grandes y tenaces que no es posible destruirlos ni olvidarlos para reencauzar las formas musicales a la áurea sencillez de los grandes maestros italianos del siglo pasado. Y luego, aunque se pudiese, el temperamento artístico vence todo preconcepto, toda voluntad, toda tentativa.

"Para hacer melodía pura, es necesario poseer en el cerebro un tesoro oculto de ideas canoras que florezcan espontáneamente como florecieron en las divinas almas de Vincenzo Bellini (!), de Gaetano Donizetti (!), de Giuseppe Verdi. La melodía es un mero producto de la fantasía, no es un producto de laboratorio. El maestro Franchetti, que lo sabe muy bien, y que no puede, ya en su madurez artística, renunciar a su estilo más personal que es de poderoso sinfonista, ha triunfado de nuevo esta vez por virtud de su fuerza y sus aptitudes dramáticas. No le falta a Franchetti la vena melódica, pero a pesar de su excesiva facilidad esta es algo rígida, no tiene mucha transparencia ni carácter determinado e incisivo. Y en *La figlia di lorio*, a pesar de que la inspiración del músico encontró magnífico auxilio en las melodías populares, no es la melodía la que triunfa, sino

las piezas concertadas, la riqueza y el color de la instrumentación, en todo lo cual Franchetti es señor absoluto."

## EL MODERNISMO ESPAÑOL

Sobre "El Modernismo español" escribe un curioso artículo Manuel Bueno. Se propone probar que en España no existe tal secta literaria y de paso insinúa que esta no tiene propósito ni carácter. Pero las pruebas que aduce Bueno son inútiles: consagra así todo su artículo a demostrar que ni Pérez Galdós, ni Palacio Valdés, ni la Pardo Bazán, ni ninguno de los grandes escritores de las viejas generaciones son modernistas. Esto no necesitaba ser demostrado. Al terminar, afirma que no son modernistas ni Blasco Ibáñez, ni Pío Baroja (esto tampoco es novedad), ni *Azorín*, ni Valle-Inclán, ni el americano Gómez Carrillo.

Bueno no define el modernismo: por lo tanto puede suponerse que los rasgos que él juzgue característicos de esa escuela no los encuentre en *Azorín*, ni (aunque esto se hace más difícil creerlo) en Valle-Inclán. Pero Gómez Carrillo ha sido el vulgarizador del modernismo francés en los países españoles, y en su reciente trabajo "El arte de trabajar la prosa artística" defiende magistralmente la renovación del estilo.

Pero hay otros modernistas en España, sobre todo en poesía: sólo por *parti-pris* pudo Manuel Bueno aparentar olvido del grupo lírico que encabezan Salvador Rueda y Eduardo Marquina y que se ilustra con los nombres de Antonio y Manuel Machado, Antonio de Zayas, Francisco Villaespesa, Ramón Pérez de Ayala, Juan Ramón Jiménez y Andrés González-Blanco.

Buena muestra del florecimiento de esta escuela es la colección que acaba de publicar una casa editora de Madrid con el título de "La corte de los Poetas". Por desgracia —y desgracias semejantes son de frecuente ocurrencia en estas publicaciones más comerciales que artísticas— en esta "Corte" que, según declaración hecha en el prólogo, se compone de caballeros y paladines del arte nuevo, han entrado equivocadamente, en el grupo americano, poetas de las viejas escuelas: entre Julián del Casal y José A. Silva, la poetisa cubana Nieves Xenes, de filiación romántica; entre Chocano y Lugones, el grande hugoniano de la Argentina, Olegario V. Andrade, muerto hace más de veinte años; entre Díaz Mirón y Amado Nervo, Juan de Dios Peza.

También Azorín acaba de escribir, a propósito de Nervo, sobre el

modernismo, afirmando, al contrario de Bueno, su preponderancia en la poesía española. *Azorín*, por lo demás, se declara en contra de las sectas. Y en realidad, es tiempo ya de que se olvide la inútil designación de modernismo y toda clase de *ismos*. Libre el arte de estas pesadas clasificaciones, quedará solamente la individualidad. Y todavía hay que evitar que el cultivo de ésta se convierta en estéril individualismo.

▶ Savia Moderna, núm. 5, julio, 1906, pp. 300-307.

# Los restos de Colón Famoso error histórico

# Datos que comprueban la autenticidad de los restos Existentes en Santo Domingo

Como asunto de oportunidad, en estos momentos en que se conmemora el cuarto centenario de la muerte de Colón, publicamos los grabados de las inscripciones que se encontraron en la caja que contiene los verdaderos restos del ilustre marino, descubiertos en la Catedral de Santo Domingo, en 1877.

Los despojos auténticos del Gran Descubridor, que por mandato suyo fueron sepultados en Santo Domingo, permanecieron allí por una equivocación de los españoles al ordenarse el traslado de dichos restos a Cuba. Muerto Colón el 20 de mayo de 1506, en Valladolid, fue sepulatado primero allí y luego en el Monasterio de las Cuevas de Sevilla. De acuerdo con su deseo, que manifestó a sus descendientes, de reposar en la tierra que más amaba entre cuantas había descubierto, la isla de Santo Domingo, llamada entonces La Española, sus restos fueron trasladados a ella.

Aquí principian las dudas que han envuelto la tumba de Colón, pues no se conservan o no se han publicado los documentos relativos a esta traslación. Dícese que se efectuó en 1536, pero parece poco probable, puesto que la Catedral donde habían de ser depositados los restos, no fue terminada hasta 1540.

De todos modos, es seguro que en 1543, se encontraban ya en una bóveda del lado derecho del Presbiterio o Capilla de dicha Catedral, pues esto consta en los escritos de Fray Bartolomé de las Casas. Ignórase si se puso lápida, porque los diferentes epitafios que mencionan el poeta Juan de Castellanos y algunos historiadores, parecen haber sido meras invenciones.

En la misma capilla o presbiterio en que fue sepultado el descubridor, lo fueron en otras dos bóvedas su hijo Don Diego y su nieto Don Luis, el primero, al lado derecho, junto a su padre, y el segundo, al lado izquierdo.

Se ha discutido si uno de los sepultados en estas bóvedas sería o no Don Bartolomé, hermano del descubridor; pero esta idea se ha rechazado, porque el uso de la capilla mayor se había concedido solamente a Don Luis para los restos de su abuelo, de sus padres, hermanos y descendientes.

Don Bartolomé parece haber sido enterrado en otro templo.

Durante el siglo XVII, ocurrió el extraño fenómeno de que se perdiera la certeza respecto de los lugares en que yacían los Colones y acerca de la identidad de los huesos de estos ilustres personajes.

Supónese que todo signo exterior que indicara los nombres de ellos, fue quitado por los piratas que saquearon a Santo Domingo en varias ocasiones durante el siglo XVII; o más probablemente, por los guardianes de la Catedral, para evitar que los mismos piratas profanasen las tumbas. En esa misma época desaparecieron los principales archivos y documentos de la Catetedral, por los cuales se había podido determinan con exactitud el lugar donde se hallaban los restos de Colón.

Por estas causas, en el siglo XVIII, sólo basándose en la tradición, se señalaban los sitios de estas tumbas, y el historiador francés, Moreau de St. Méry, que en 1783 quiso ver la del descubridor, expresa sus dudas motivadas por la poca seguridad de los informes que le dieron los Canónigos del templo, sobre si la verdadera tumba era la del lado izquierdo o la única que se señalaba en el derecho, pues habíase olvidado que en ésta existían dos. En 1792, y por poco tiempo, pasó la parte oriental o española de la isla de Santo Domingo, a manos de Francia, que ya poseía la occidental. Al efectuar España esta cesión, quiso que los restos de Colón quedaran en tierras de su posesión, y se ordenó trasladarlos la Habana. Se excavó en el sitio que la tradición señalaba como tumba del descubridor, y "se encontraron (dice el acta de exhumación), una plancha como de tercia de largo de plomo, indicantes de haber habido caja de dicho metal, y pedazos de hueso, de canillas y otras varias partes de algún difunto, que se recogieron en una salvilla y toda la tierra que con ellos había, que por los fragmentos con que estaba mezclada se le conocía ser despojos de aquel cadáver". No se encontró inscripción ninguna, ni nada que indicara a quién pertenecían los restos exhumados; pero no sospechando que hubiese otra bóveda junto a la abierta, no ocurrieron dudas y aquellos restos (que después se ha probado ser los de Don Diego), fueron trasladados a la Habana, con gran pompa.

\*\*\*

Existía en Santo Domingo la idea de que se hubiera cometido una equivocación, pero esta idea iba olvidándose hasta que en 1877, cuando se hacían trabajos de reforma en la Catedral dominicana, se encontraron la bóveda y los restos de Don Luis Colón, en el lado izquierdo del presbiterio. Se hicieron excavaciones, y el 10 de septiembre del año mencionado, se descubrieron los verderos restos de Colón, en la bóveda del lado derecho, distante sólo 16 centímetros de la que fue abierta en 1795. Los restos estaban en una caja de plomo con tres inscripciones: en la parte exterior de la tapa, ".de la A. Per. Ate.", que quiere decir *Descubridor de la América, primer Almirante*; en la parte interior de la tapa: "Illtre. (Iluste) y Esdo. (Esclarecido) Varón Dn. Criftoval Colón;" en el lado izquierdo, una C; en el frente, otra C; y en el lado derecho una A. Se encontró, además, una plancha de plata con otras dos inscripciones.

Las autoridades de Santo Domingo (ya República independiente), y el Cuerpo Diplomático, reconocieron la autenticidad de los restos encontrados. Pero el Gobierno de España se negó a reconocerla, destituyó a su representante en Santo Domingo, porque éste, testigo del hallazgo, y convencido, por los datos que entonces se computaran, opinó en favor de los restos que están en Santo Domingo. El Gobernador de Cuba envió un comisionado secreto a recoger datos en Santo Domingo, y se sabe que los informes de este fueron contrarios a la autoridad de los restos que yacen en la Habana, y por tanto, fueron, desechados. El escritor cubano Juan Ignacio de Armas, y los españoles José María Asensio y Antonio López Prieto, salieron a la defensa de la autenticidad de los despojos guardados en la Habana: de éstos, el único que recogió datos sobre el terreno, fue el último, y aún éste fue muy precipitado y la mayor parte de sus datos le fueron enviados.

\*\*\*

El escritor dominicano, Don Emiliano Tejera, y el sacerdote italiano, Rocco Cocchia, Arzobispo de Santo Domingo, publicaron importantes trabajos en defensa de los verdaderos restos.

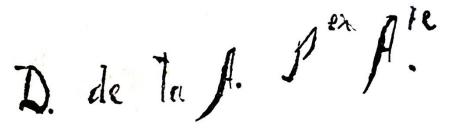
Se esperó que el informe de la Real Academia de la Historia de Madrid, aclara el asunto, pero este informe, escrito por Don Manuel Colmeiro, defraudó todas las esperanzas, pues se hizo sin visitar la ciudad de Santo Domingo y omitiendo la publicación de muchos documentos, existentes en los archivos de los Duques de Veragua, porque seguramente resultarían favorables a la autenticidad de los restos que están en Santo Domingo.

Sostenía Colmeiro que la caja y todo lo encontrado había sido fabricado en Santo Domingo, al paso que Juan Ignacio de Armas pretendía que las inscripciones se refiriesen a Cristóbal Colón, nieto del descubridor, pero a quien no corresponde ninguno de los títulos que en dichas inscripciones se expresan. Así mismo afirmaba Colmeira, que la abundancia de inscripciones y su ortografía y carácter de letra son sospechosas, y que la presencia de un pedazo de plomo, al parecer una bala, también es prueba de haberse cometido una superchería o equivocación. Se ha probado que el pedazo de plomo no es bala ni significa nada, y notables paleógrafos italianos, han demostrado después que las inscripciones son del siglo XVII, con la cual quedan plenamente justificados la ortografía y el carácter de letra que parecían algo impropias del siglo XVI, y resulta muy probable la suposición de que en el siglo XVII se quitó todo signo exterior a la tumba de Colón, para evitar profanaciones de piratas, y se guardaran los restos en la caja encontrada en 1877, grabándose todas las inscripciones para que no hubiera equivocación posible.

Después del informe de la Academia, la prensa, especialmente la italiana, la inglesa y la norteamericana, se inclinó a favor de las opiniones de los dominicanos.

Publicáronse nuevos importantes trabajos, en favor de los verdaderos restos, de los escritores dominicanos Don Emiliano Tejera y Don José Gabriel García, de la Sociedad "Amigos del País", del escritor norteamericano Mr. Harresse, del venezolano Santiago Ponce de León y del célebre geógrafo alemán, Rudolph Cronau.

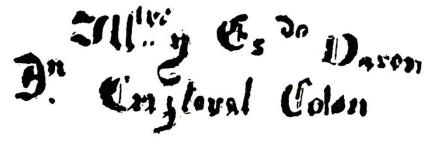
Los restos existentes en la Habana fueron trasladados a Sevilla en 1898, al cesar la dominación española en Cuba. En ese mismo año se levantó en Santo Domingo un gran monumento de mármol, obra de los escultores catalanes Romeu y Carbonell, a los verdaderos restos del Descubridor de América.



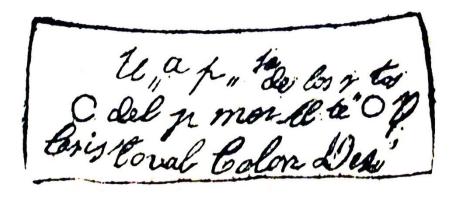
Facsímile que tiene la urna de Cristóbal Colón, en la parte inferior.



Facsímile de las letras que se ven en el frente y costados de la caja.



FACSÍMILE QUE TIENE LA URNA DE CRISTÓBAL COLÓN, EN LA PARTE EXTERIOR DE LA TAPA.



Plancha de plata encontrada dentro de la caja (anverso).



Reverso de la plancha de plata encontrada dentro de la caja.

▶ El Imparcial, 9 de junio, 1906, t. 20, núm. 3539, p. 5.

## LA VIDA INTELECTUAL Y ARTÍSTICA

La vida de la capital mexicana alcanza su periodo máximo en la primavera. Con el renacer de los esplendores de la naturaleza, renace la actividad intelectual; y en los teatros, en los centros, se suceden rápidamente las fiestas artísticas.

De mediados de abril a mediados de mayo, una serie de estrenos teatrales ha mantenido viva la atención del público: han aparecido en la escena obras nuevas de Giacosa, Paul Hervieu, Alfred Capus, Benavente, los hermanos Quintero, Linares Rivas, Rusiñol y Acebal; también, una del autor yucateco Delio Moreno Cantón, con mediano éxito.

El estreno de mayor importancia ha sido el de la ópera *Germania* de Alberto Franchetti. Su triunfo es completo: se ha cantado seis veces. Obra de mérito superior sólo encuentra entre las producciones de la joven escuela italiana, una rival: *La Tosca* de Puccini. No tiene tan minuciosa variedad descriptiva y tan complicada psicología como ésta, pero le aventaja en originalidad, en riqueza y diversidad de motivos, y en vigor y profundidad de sentimientos. La vida pasional que anima la *Germania* es intensa y amplia, especialmente en el primer cuadro: no se circunscribe a los estrechos límites de un sketch emocional, como el segundo acto de la *Tosca*.

En punto a técnica, la factura de *Germania* es magistral. El procedimiento es completamente moderno, polifónico y con cuanta originalidad cabe. Una sola vez, en el *Intermezzo sinfónico* que precede al epílogo, la reminiscencia de Wagner se hace patente. En todo el resto de la obra la inspiración poderosa y alta fluye en su cauce propio.

Anima la obra de Franchetti un hálito de fuerza: el vigor patriótico y el ardor pasional confunden sus acentos de rudeza selvática. A ratos, entre esta vibración formidable, surgen notas de dulzura que describen los candores de la infancia o los sencillos encantos de la vida campesina.

Aunque lleva desventajas en su libreto, Germania está consagrada y bien pronto entrará en el repertorio universal.

\*\*\*

Los jóvenes redactores de la revista *Savia moderna* organizaron la primera Exposición independiente de arte nacional, que estuvo abierta al público del 7 al 15 de mayo. En la apertura, que tuvo aspecto de solemnidad, pronunciaron interesantes discursos el poeta José Juan Tablada, el pintor Gerardo Murillo y el escritor Lic. Ezequiel A. Chávez, Subsecretario de Instrucción Pública y Bellas Artes; en la clausura hablaron los dos últimos y leyó el poeta Rafael López una brillante composición.

La exhibición, que fue casi exclusivamente pictórica, revela en la juventud mexicana gran abundancia de talento artístico y una orientación modernísima.

Los óleos del maestro Germán Gedovius son notables de dibujo y colorido e intensos de sugestión. Sus salas vacías "dan la impresión —al decir de un crítico norteamericano— de que allí va a ocurrir algo... tres horas después". Joaquín Claussell, que es además literato, expuso paisajes, marinas espléndidas y dos estudios de nieve en la cima del Ixtacíhuatl. Diego Rivera presentó una serie de pasteles, entre los cuales sobresalían Las lavanderas de un río, de curiosa combinación colorista, y las escenas de Xalapa en la bruma. Atraían la atención, entre los trabajos de Francisco de la Torre, los pequeños apuntes al óleo, de impresionismo casi siempre acertado y el tríptico simbólico Los tres besos; y entre los del joven maestro Jorge Enciso, de la culta Guadalajara, una impresión de noche y una marina crepuscular. El resto de la exhibición lo componían esculturas de Gabino Zárate y cuadros de Antonio y Alberto Garduño, Rafael Lillo, Sóstenes Ortega, Saturnino Herrán, Jesús Martínez Carrión, y otros muchos jóvenes de cualidad indiscutibles.

\*\*\*

Acaba de celebrarse con inusitado esplendor, como si se tratase de un héroe nacional, el Centenario de Stuart Mill. El día 19, la Sociedad Positivista de México lo conmemoró en sesión solemne, en la cual leyó el trabajo de orden extenso y erudito, el ingeniero Agustín Aragón y se ejecutó un selecto programa musical, todo de Mozart y Weber, los músicos preferidos del filósofo inglés.

El día 20 se efectuó en el anfiteatro de la Cámara de Diputados una espléndida velada, que organizaron los estudiantes de las escuelas profesionales, y a la cual asistieron el Presidente de la República, el Gabinete casi en pleno, y una nutrida falange intelectual.

El programa —que se inició con la Quinta Sinfonía de Beethoven, ejecutada por la orquesta del Conservatorio Nacional— comprendía discursos de tres oradores: el estudiante Antonio Caso (hijo), el licenciado Carlos Pereira y el ingeniero Agustín Aragón.

El primero, joven alumno de la Escuela de Jurisprudencia, es ya una personalidad intelectual: une a su profundo conocimiento de las ciencias filosóficas y sociales, una palabra brillante y fácil. Su discurso fue una rápida y certera ojeada en la historia de la filosofía y un juicio conciso de la obra y de la significación de Stuart Mill.

El Lic. Pereyra posee el don de la síntesis admirable. Es un espíritu elevado y culto, que contempla la vida bajo el lente positivista, y la encuentra llena de vigor y belleza. Ama la verdad y la ciencia, y de ellas, a ejemplo del sabio Ramón y Cajal, extrae poesía. Su discurso presentó en una serie de síntesis plásticas, la vida y la labor de Stuart Mill.

El trabajo del ingeniero Aragón tuvo especial importancia al historiar la influencia que en México ha ejercido Stuart Mill, desde que sus obras fueron divulgadas gracias a la enseñanza de Gabino Barreda, maestro de la generación mexicana que hoy toca los lindes de su madurez.

En Hispanoamérica, parecía Chile, antes que México, la nación destinada a conmemorar el centenario del filósofo inglés; pero con el festival reciente, esta República ha probado ser, no sólo la patria de cien poetas, sino también, pueblo de ciencia y de vigor intelectual.

La Discusión, 24 de junio, 1906.

# DESDE MÉXICO Protesta y glorificación Una manifestación literaria pública en México

En esta grande y floreciente capital acaba de efectuarse una manifestación pública y resonante que hará época en los anales como la primera de su género motivada por asuntos artísticos. El nombre que motivó esta manifestación es el nombre por excelencia simbólico de la poesía en México:

El de Gutiérrez Nájera, que en la tierra de Anáhuac representa lo mismo que el de Bello en Venezuela, el de Olmedo en Ecuador, el de Andrade en Argentina, el de Heredia en Cuba, los de Salomé Ureña y José Joaquín Pérez en Santo Domingo. Por caso curioso, el nombre en que se resume la tradición de la moderna poesía mexicana es el de un poeta muerto hace pocos años, y que si viviera, apenas contaría cincuenta años de edad, porque, si bien México es hoy la nación hispanoamericana que cuenta con mayor número de grandes poetas, después de Sor Juana Inés de la Cruz no había producido un poeta de cuerpo entero y de primer orden hasta la aparición de Gutiérrez Nájera.

Recapitulemos: un año antes de su muerte, Gutiérrez Nájera, el incomparable e insustituible *Duque Job*, tan admirable prosista como excelso poeta, había fundado, en compañía de Carlos Díaz Dufoo, la *Revista Azul*. Después de la muerte del *Duque*, la revista continuó durante algunos años en manos del co-fundador, y, si no fue precisamente la tribuna en donde se reveló la generación joven de entonces, fue la que echó a volar por los confines de toda la América española los nombres de Luis G. Urbina, de Jesús Urueta, de José Juan Tablada, de Amado Nervo, de Jesús E. Valenzuela y de tantos otros artistas de ese brillantísimo grupo.

Muerta la *Revista Azul*, la sucedió, con mayor brillantez aún, la *Revista Moderna*, que todavía florece bajo la dirección de Valenzuela y Nervo. En la *Revista Moderna* ha comenzado a hacerse conocer otra nueva generación mexicana, nutrida, culta y entusiasta. Esta misma genera-

ción ha comenzado también a fundar periódicos, a publicar libros, a patrocinar exposiciones de pintura. Desde algunos meses atrás, la juventud se ha unido para emprender una labor sólida y extensa, en el periódico, en el libro, en la conferencia, en el concierto, en las exposiciones de arte.

De pronto, hace un mes, un anuncio curioso despertó la atención en los círculos intelectuales: la *Revista Azul* iba a reaparecer, resucitada por un viejo periodista, que suele tener fama de reportero hábil y que suele tener sus humos literarios, atreviéndose a criticar a Díaz Mirón: su nombre, desconocido fuera de México, es Manuel Caballero. Se ignoraba qué forma asumiría el nuevo periódico, y los más creyeron que se hundiría en su propia insignificancia.

Pero el anciano reportero, al lanzar el prospecto de su periódico, enarboló una bandera absurda: venía a combatir el modernismo, es decir, el movimiento literario encabezado por el fundador de la *Revista Azul*. Osadía tal hubo de levantar una oleada de indignación en los grupos intelectuales: la juventud formuló en seguida una protesta que circuló impresa y se publicó en algunos diarios. Al calce iban casi todas las firmas principales de los poetas, literatos, pintores y músicos de la generación nueva. La protesta no sólo iba dirigida contra el programa de falsedad que se sostenía en la *Revista Azul* apócrifa, sino contra la condescendencia de Carlos Díaz Dufoo al conceder autorización a Caballero para su labor de profanación y contra la osadía de hacer figurar como colaboradores a escritores respetables, ajenos a semejante desacato, y proclamaba el credo de la juventud: Arte libre, sin trabas de escuelas ni sectarismos.

Inmediatamente, se pensó en organizar una manifestación pública de desagravio a la gloriosa memoria de Gutiérrez Nájera. Se organizó, en efecto, con una rapidez y una eficacia inesperadas: la protesta se había firmado el 7 de abril; la manifestación pública, doble, se efectuó el 17. Y en esta, la juventud contó con el apoyo de la generación anterior: Valenzuela, Urueta, Urbina, Tablada.

Para la manifestación se citó a toda la juventud en el Jardín de la Corregidora Domínguez, ante cuya estatua habían sido recitados los últimos versos de Gutiérrez Nájera. A las cuatro de la tarde se hallaban reunidos allí, agrupados bajo un estandarte romano que ostentaba el lema "Arte libre", los jóvenes escritores y poetas y varios centenares

de alumnos de las Escuelas profesionales: Jurisprudencia, Medicina, Ingeniería, de la Preparatoria, de las Normales, de la Academia de Bellas Artes y del Conservatorio de Música. La manifestación partió, precedida por la Banda del Regimiento de Zapadores, y en alto el estandarte, que fue sostenido, alternando en el trayecto, por el joven pintor Gonzalo Argüelles Bringas, profesor de la Academia, por el estudiante de Jurisprudencia Benigno Valenzuela, y por el que estas líneas escribe. Se recorrieron varias calles céntricas, atravesando la de Plateros, arteria principal de la ciudad, y yendo a terminar en la Alameda. En la glorieta central de este hermoso paseo, bajo el esplendor de los follajes y la majestuosa luz del atardecer se detuvieron los manifestantes.

Ocupó la tribuna Rafael López, el joven triunfador de la *Oda a Juárez* y de la *Elegía al poeta Othón*, para leer los vibrantes versos de su *Imprecación del Desagravio*; le siguió Max Henríquez Ureña, que habló como portavoz de la admiración extranjera a Gutiérrez Nájera; Alfonso Cravioto, el fundador de la extinguida revista *Savia Moderna*, leyó un hermoso soneto del bien querido poeta Jesús E. Valenzuela, cuya enfermedad le impidió presidir, como lo hubiera deseado, la manifestación; y Ricardo Gómez Robelo, un erudito con alma de poeta, improvisó una enérgica peroración proclamando que este esfuerzo de la juventud mexicana era la declaración de su libertad en el arte y en todos los órdenes.

La segunda parte de la manifestación fue una velada que se celebró la misma noche, en el Arbeu, el teatro oficial: una de las veladas más ruidosas que se han visto en México. Hubo naturalmente, música, por artistas mexicanos: tocó Chopin la joven pianista señorita Muñoz Marquet, cantó Fernando Rodríguez, un valioso barítono que ha conquistado aplausos en la ópera, en pesar de ser ciego; y cantó, imponiendo la ovación, Elena Marín, la joven y hermosa soprano.

Presidían Urbina y Urueta: el primero leyó el *Pax animae* de Gutiérrez Nájera; el segundo dijo un discurso; Roberto Argüelles Bringas, otro de los más inspirados jóvenes, recitó una poesía, que es de las más hermosas de su musa complicada y exquisita. Pero el número magno, el *clou* de la velada, fue el discurso de Urueta.

Hay en México dos nombres que fascinan y arrebatan al público: Urueta y Díaz Mirón. Basta anunciar esos nombres para que los teatros se colmen y la multitud delire. Y así fue en esta noche del 17 de abril: el público estuvo pendiente del verbo musical de ese gran arrogante, mirando alzarse las esplendorosas imágenes que su talento de evocador arrancaba al arte griego, oyendo desarrollarse, como los leitmotivos de la orquesta Wagneriana, las frases de su polifonía oratoria, iy estallando en aplausos y vítores cada vez que un período opulento se cerraba en un apóstrofe vibrante! Todo el discurso fue consagrado al elogio del excelso espíritu de Gutiérrez Nájera, excepto las frases finales, consagradas a la actitud de la generación nueva.

"Por eso, hoy que se quiere mancillar su obra y saquear su cripta, hoy que un eunuco grotesco quiere amparar con aquel nombre glorioso una labor de estúpida vanidad y de burdo mercantilismo, estalla vuestra protesta ioh buenos hijos de Grecia!"

Al terminar, la ovación fue estruendosa y luego, en la calle, el inmenso público esperó al orador, lo aclamó y lo hubiera llevado en brazos si no le hubiera visto acompañando a su esposa.

Y el eunuco, preguntará algún lector, ¿que hacía mientras tanto? Había publicado los primeros números de su *Revista Azul* apócrifa, y en ella, y en su periódico de anuncios teatrales, intitulado *El Entreacto*, se defendió —y aún se defiende— a su manera. En la manifestación pública lanzó una hoja, con la cual hizo un rápido auto de fe un grupo de alumnos de la Preparatoria; en la velada de la noche, repartió otra hoja; y en estos momentos anda a caza de firmas para una contra-protesta.

Pero, por de contado, deja sin contestar muchos puntos de la protesta: la afirmación de que varios literatos no habían autorizado la inserción de sus nombres en la lista de colaboradores, quedó comprobada por el hecho de que Urbina, Salado, Álvarez, el doctor Manuel Flores, el obispo gaza, el ministro Mariscal ordenaron a Caballero que suprimiera los suyos.

Se ha sabido después que la viuda de Gutiérrez Nájera estima la labor de Caballero como una usurpación de sus derechos, y que Carlos Díaz Dufoo había concedido su autorización porque creía que Caballero se limitaría a ser el editor, sin enarbolar banderas de combate, y se ha negado a colaborar en la *Revista*. Los periódicos satíricos han puesto a Díaz Dufoo en caricatura, perseguido por la sombra de Gutiérrez Nájera que le pregunta ¿Qué has hecho de mi *Revista Azul*?

No se crea, sin embargo, que todo han sido rosas para los jóvenes. El Imparcial, importantísimo diario oficioso y enemigo de los estudiantes, censuró la manifestación; en cambio, la elogiaron El Tiempo, El Diario, y El Popular. También en la opinión hay divisiones y es lógico: hoy la tempestad de pasiones puede oscurecer la nobleza de tan significativo acto; mañana, resplandecerá en la historia literaria de México este bello gesto de los jóvenes, los "buenos hijos de Grecia". Y entre tanto, la juventud se prepara a laborar, fundando la revista Arte Libre, organizando exposiciones y celebrando conferencias y conciertos. El porvenir es la justicia; iel porvenir les adjudicará el triunfo!

México, abril 2 de 1907.

Listín Diario, 22 de mayo, 1907.

# Conferencia y tés Carta a Enrique Ap. Henríquez

Para La Cuna de América

## Hermano primo:

Más que nunca me convenzo ahora de que tengo razón al desear que, abandonando por unos meses nuestra caldeada tierra, te des un paseo por este encumbrado valle sobre el cual dominan, con sus nevados picos, los "volcanes líricos", el Popocatépetl y el Ixtacíhuatl. Conocerías el grupo juvenil de intelectuales y artistas más brillante de la América española. Esta opinión no es mía, sino de alguien que personalmente y al dedillo conoce los principales centros literarios americanos: Darío Herrera. Desde luego, me refiero a los grupos de jóvenes menores de treinta años. Por lo demás, los grupos mexicanos mayores no ceden en brillo a los del resto de América, sobre todo el de la "Revista Moderna".

Es cierto que este grupo apenas comienza a hacerse conocer en América, mientras que el grupo del Perú, —García Calderón, Riva Agüero, Oscar Miró—, tiene *ya*, una reputación hecha. Pero de ello ha sido causa un cúmulo de circunstancias, que se eslabonan hasta en el orden político.

Sin embargo, esta juventud comenzó publicando en la *Revista Moderna*: ganando premios en los certámenes serios, antes de que los certámenes cayeran en descrédito y desuso con los desgraciadísimos del Centenario de Juárez; estrenando algunos dramas y publicando varias novelas y libros de poesías.

El primer esfuerzo de unión lo realizó, hace poco más de un año, con la fundación de la revista *Savia Moderna*. Alfonso Cravioto (hijo de un militar distinguido que gobernó el Estado de Hidalgo) la patrocinó con su fortuna. Pero aún no había suficiente unidad de ideas, y lo más

efectivo que realizó la revista fue una exposición pictórica, en la que se distinguieron, junto a los maestros Gedovius y Clausell, varios jóvenes: Gonzalo Argüelles, Diego Rivera, Francisco de la Torre, Alberto Garduño, Jorge Enciso.

Mientras tanto, Cravioto hizo un viaje a Europa y la revista hubo de suspenderse poco después. Pero en la mente de todos quedó la idea de que se debía emprender otra labor colectiva. Mucho hablamos de ello: fundar un nuevo periódico, dar conferencias, hasta que un día, Jesús Acevedo (un arquitecto de 25 años que acaba de triunfar en el concurso para la construcción de la gran Escuela Normal) nos sorprendió con un plan de veladas breves, conferencias-conciertos, que en seguida se puso a discusión y adquirió forma definitiva.

Paréntesis: la ejecución de este plan se interrumpió por unos pocos días para llevar a cabo el acto de protesta contra la profanación de la *Revista Azul* de Gutiérrez Nájera. Y de paso te diré que esa protesta, que ha resonado fuera de México, y ha tenido eco en *El Nuevo Mercurio*, la revista mundial de Gómez Carrillo, dio los resultados apetecidos: el tristemente célebre *Caballero* anuncia que el fracaso pecuniario le obliga a suspender la publicación de su revista, seis semanas después de iniciada.

Cerrado el paréntesis, se constituyó la "Sociedad de Conferencias" con elementos juveniles exclusivamente y se organizaron las conferencias-conciertos. Con dificultades, si; pero no se solicitó ayuda de nadie ni menos protección oficial. El "Casino de Santa María", considerándose favorecido en ello, nos ofreció su amplio salón: un salón decorado de blanco, una "sinfonía en blanco mayor".

Como primer conferencista, se designó a Alfonso Cravioto, ya de vuelta de Europa. Su conferencia (29 de Mayo) versó sobre el excepcional pintor Carriére y fue ilustrada con magníficas fotografías parisienses de sus obras: las ternísimas "Maternidades", las cabezas de niños, los grupos familiares, los auto-retratos, el "Verlaine".

Cravioto fue una sorpresa como conferencista: no sólo presentó un estudio hábil y brillante sobre Carriére, sino que *dijo* con fuerza y elegancia. Haz conocer ese trabajo, que aparece en la *Revista Moderna* de junio.

La segunda conferencia (12 de Junio) estuvo a cargo de Antonio Caso. Este sí era conocido como orador de cuerpo entero; hace un año, obtuvo un gran triunfo cuando habló a nombre de la Escuela de Jurisprudencia en la velada del centenario de Stuart Mill, a la cual dio carácter de consagración nacional la presencia de Porfirio Díaz y su gabinete en pleno. Ahora habló Caso sobre *Nietzsche* y nos tuvo pendientes de su palabra durante una hora, recorriendo rápidamente la vasta obra del pensador alemán.

La tercera conferencia (26 de Junio) estuvo a mi cargo. Hablé sobre *Gabriel y Galán*. Mi trabajo aparecerá en la *Revista Moderna* de julio.

La parte musical la desempeñaron, en la primera velada, Max; en la segunda, la espiritual señorita Rebolledo y la joven señora Camarillo de Pereyra, la distinguida poetisa *Marta Enriqueta*; en la tercera, Roberto Ursúa, pianista de ejecución límpida, elegantísima.

Las conferencias-conciertos tienen una tercera parte dedicada a la poesía: un miembro de la Sociedad de Conferencias debe presentar versos inéditos. Nemesio García Naranjo, a quien París acaba de refinar el aspecto romántico de su cabeza, de puntiaguda barba rubia, y las sugestivas insinuaciones de su dicción, recitó en la primera velada su delicioso poema La Dolora de Campoamor. El "poeta de las lejanías", Manuel de la Parra, recitó en la segunda su delicada fantasía El Castellano y la Lejana. En la tercera, la poesía fue de Luis Castillo Ledón, nuestro compañero de residencia: se intitula Las cosas hablan, y la recitó una mujer hermosa, María Mauleón. ¡Qué ovaciones! La señorita Mauleón tuvo la feliz idea de recordarnos a Gutiérrez Nájera, al conceder el bis.

Quedan aún tres conferencias de la primera serie organizada: La evolución de la crítica, por Rubén Valenti; El porvenir de nuestra arquitectura, por Jesús Acevedo; Edgar Poe, por Ricardo Gómez Robelo. Y poesías de Roberto Argüelles Bringas y Abel C. Salazar, dos grandes imaginíferos; de Eduardo Colín, serio, estudioso, macizo; de Alfonso Reyes, el Benjamín, un bucólico griego de dieciocho años.

Al terminar la serie, se organizará una exposición artística. Ángel Zárraga, un pintor y literato que ya ha logrado nombre en España, donde estudia, y que debe llegar a México antes de un mes, dará probablemente la conferencia de apertura.

Pero no creas que solamente se trabaja en las conferencias. Carlos González Peña acaba de publicar *La chiquilla*, novela que ha sido saludada como una de las cuatro ó cinco mejores escritas en esta Patria de

Federico Gamboa y Rafael Delgado. Pronto la conocerás. Jorge Enciso abrió una exposición de ochenta cuadros, dibujos y apuntes suyos; y apenas cerrada ésta, abrió la suya Francisco de la Torre, con un número no menor de trabajos. Y hay en perspectiva dramas, libros, producciones musicales, nuevas exposiciones pictóricas.

Te he hablado solamente de la parte pública de nuestra obra. Ya presumirás que tantas labores exigen muchas reuniones preparatorias. Para la protesta, para la fundación de la revista *Arte libre*, cuyo proyecto se abandonó por atender a las conferencias, y luego para estas, nos reunimos con frecuencia, en el estudio de Acevedo, en las oficinas de *Revista Moderna*, en nuestra casa. Pero ya, a las reuniones de trabajos, han sucedido las de congratulación.

Estamos en pleno reinado de tés.

Para festejar a Cravioto y García Naranjo, dimos el primero; Cravioto contestó con uno en honor de Max; Isidro Fabela, un joven aristócrata que es sin embargo un cuentista castizo y observador, festejó a Caso y Manuel de la Parra; y el día de mi cumpleaños dimos otro, en el cual brindamos por el pianista Ursúa, por el novelista González Peña, por el pintor De la Torre.

Los tés son de lo más animado que puedes imaginar; el *five o'clock se* prolonga hasta la noche, se convierte en cena; y mientras tanto, se hace música, se recitan versos propios y ajenos (no han faltado versos dominicanos: el *Aniquilamiento* de Gastón fue un éxito en el té de Cravioto), y a la hora del *champagne*, se brinda por todos los motivos recientes de congratulación.

¿No crees que tengo razón al desear que vengas a respirar este ambiente de actividad intelectual y alegría juvenil? Pues ni esta actividad ni esta alegría prometen decaer. El éxito da nuevos entusiasmos; la juventud está dominando ya la atención pública y quiere, en lo porvenir, adueñarse de todo.

iAh! Y mañana vamos a recibir al inspirado colombiano Julio Flórez.

México, 1° de julio 1907.

▶ Cuna de América, núm. 34, 25 de agosto, 1907.

# [Ante la tumba de Don Ramón Sáenz y Botello]<sup>1</sup>

# "Nuestro colaborador, Pedro Henríquez Ureña, que forma parte del personal de 'La Mexicana'<sup>2</sup>, pronunció estas palabras en el acto de la inhumación:

Ante la tumba súbitamente abierta del que fue hasta ayer nuestro guía en las diarias labores, y nuestro amigo en todos los instantes, nos detenemos llenos de estupor indecible. No nos damos cuenta todavía de la magnitud de esta desgracia, que corta bruscamente el hilo de una vida, vida que no debía interrumpirse ni suspenderse aún. Sólo cuando los días transcurran, y advirtamos que nos falta en el trabajo de cada hora, con el afán diario, su palabra generosa, su consejo alentador, los impulsos de su bondad inagotable, mediremos el vacío que en nuestras labores, y en nuestros afectos, y en nuestra vida toda, deja este hombre de esfuerzo útil y desinteresado, de virtud ejemplar, nunca ostentosa.

En las esferas de la vida en que se cumple el deber sin miedo y sin pompa, este hombre, que acaba de abandonarnos, rayaba tan alto como los primeros. Tuvo él la energía de ese heroísmo diario que caracteriza las vidas puras y nobles, y la tuvo espontáneamente, sin que tanta virtud de cada hora fuera un sacrificio para su espíritu recto, sin que tanta bondad fuera imposición difícil para su corazón afable.

Sea, para nosotros, la memoria de ese ejemplo, el mejor aliento en nuestra labor. En cuanto a él, confiemos en que su espíritu se haya dormido en el seno de la paz infinita con la serenidad y la esperanza que la animaron en vida. La muerte debió acogerle sin encontrarle temeroso, ni angustiado. De él podemos decir, con el cantor de Werther:

Para su contextura de varón fuerte, semejante a montaña de clara cima, es un reino sin sombras el de la muerte.

La Revista Moderna lamenta la partida del excelente amigo y se une al duelo de los suyos.

▶ Revista Moderna de México, enero, 1909, p. 309.

<sup>&</sup>lt;sup>1</sup> Ramón Sáenz y Botello, sub-director de "La Mexicana". N.d.e.

<sup>&</sup>lt;sup>2</sup> Pedro Henríquez Ureña desde 1907 hasta 1909. N.d.e.

#### CRÓNICA DE NUEVA YORK

EL METROPOLITAN Y EL MANHATTAN.— BRILLANTES TEMPORA-DAS. —PUCCINI. —NUEVOS ESTRENOS.—RETIRO DE MARCELA SEMBRICH.—OTRAS NOVEDADES.

(ESPECIAL PARA "TEATROS Y MÚSICA.")

Al iniciar las crónicas del movimiento teatral y musical de esta Metrópoli, que debo escribir para Teatros y Música, principiaré por pasar en revista brevemente la labor de las dos grandes "casas de ópera" neovorkinas durante la presente temporada. La competencia entre las dos empresas no ha bajado un punto, y tanto el viejo Metropolitan como el novísimo Manhattan (que, inaugurado hace poco más de dos años, provocó la crisis de su rival, y la salida de su director, sustituido ahora por todo un comité), cuentan con verdaderas constelaciones artísticas, y, mientras el uno da repertorio variado, el otro lo ofrece sensacional. Los principales artistas del Metropolitan son ahora éstos: como sopranos, la Sembrich, en sus últimas apariciones operáticas; Emma Eames, en todo su esplendor; Emma Destinn, la más famosa de las sopranos alemanas del día, que por primera vez visita la América; Olive Fremstad y Johanna Gadski, dos grandes wagnerianas, y dos muy jóvenes, Geraldine Farrar, de grandes éxitos europeos, y Pauline Alda; como contraltos, la española María Gay, y la norteamericana Louise Homer; tenores, Caruso y Bonci, los alemanes Schmedes, Burgstaller, Burrian y John, y el norteamericano Richard Martin; barítonos, Scotti, Amato, Campanari, Note, Femhals y Goritz; bajos, Didur, Blass y Witherspoon. Los Directores de orquesta son dos celebridades europeas: Gustavo Mahler y Arturo Toscanini, con Hertz y Spetrino como sustitutos.

El repertorio ha sido el siguiente: de Wagner, La Valkiria, Tristán e Isolda, Los maestros cantores, El ocaso de los dioses, y, fuera de abono, como de costumbre, Parsifal; de Verdi, Aida, Rigoletto, La traviata y El trovador; de Donizetti, Lucía y El elixir de amor; de Gounod, Fausto;

de Mascagni Cavalleria; de Bizet, Carmen; de Leoncavallo, Payasos; de Puccini, Bohemia, Tosca y Madame Butterfly.

La popularidad de Puccini es tal que ha inducido a los empresarios a explotar otra de sus obras, la más antigua, *Le villi*, derrotada en el célebre concurso por *Cavalleria rusticana*. El estreno ha sido un éxito, y próximamente se hará la *réprise* de *Manon Lescaut*.

Los otros dos estrenos del año en el Metropolitan han sido bien recibidos: La Wally, del malogrado Catalani, de gloria póstuma; y Tiefland (Tierra, baja), ópera alemana, fundada en el drama de Guimerá, por el distinguido compositor, célebre pianista Eugen D'Albert. Por fin, ha sido de grande importancia la réprise de Las bodas de Fígaro, de Mozart, en que tomaron parte cinco estrellas; la Sembrich (Susana), la Eames (Condesa), la Farrar (Cherubino), Scotti (Fígaro) y Didur (Conde), la orquesta fue encomendada a la sabia dirección de Mahler, profundo conocedor de la música mozartiana.

Entre los artistas recién llegados, sobresale la Destinn, cuyo éxito tanto en óperas alemanas como en italianas (*Tierra baja, Aida, Cavalleria, La Wally, Los maestros cantores*), ha sido triunfal. "Tiene, —dice un crítico—, el espléndido y singular recurso de la actriz de ópera, la cálida y poderosa expresión del canto... Es, en el más alto sentido de las palabras, la actriz cantante." Grande ha sido también el éxito de María Gay en *Carmen*.

Mientras estas artistas, jóvenes aún, ascienden ahora a las cumbres del éxito, otra artista, que durante treinta años arrastró consigo el entusiasmo popular y causó la delicia de los exquisitos, se retira de la escena, antes de que en su voz y en su arte comiencen a advertirse los signos incurables de la decadencia. Me refiero a Marcella Sembrich, una de las más admirables sopranos de coloratura que conoce la historia de la escena lírica, sin disputa la más brillante cantatriz de género antiguo durante el período que media entre la decadencia de la Patti y el actual apogeo de la Melba. Su voz nunca fue tan rica como la de una u otra; pero su estilo es, según opinión de un ejército de críticos, el más puro, el más clásico que en su género se ha oído en los últimos cincuenta años. Es así como, mientras la Patti y la Melba han obtenido sus mayores éxitos en obras de Rossini, Donizetti, Gounod y Verdi, esquivando en lo posible las de Mozart, verdadera piedra de toque de la coloratura,

la Sembrich las recorría triunfalmente. Su despedida, celebrada el día 1° de Febrero, fue una magna apoteosis.

En el Manhattan, componen la constelación cinco sopranos: la Melba, a quien la admiración saluda como la primera cantante de hoy; Luisa Tetrazzini, la antigua favorita del público mexicano, hoy aclamada por el público neoyorkino y discutida por la crítica; Mary Garden, la singular intérprete de las más modernas óperas; Lina Cavalieri y María Labbia; una contralto, la Gerville-Reache; tres tenores: Dalmores, Zenatello y Constantino; tres barítonos: Sammarco, Renaud y Dufranne, y un bajo: Arimondi; sin contar el gran número de auxiliares, entre los que figuran dos sopranos y un bajo, conocidos en México: Adelina Agostinelli, Alicia Zeppilli y Fernando Gianoli-Galletti. El director de la orquesta es el eminente Campanini, quien tiene como sustitutos al italiano Parelli y al francés Charlier. El repertorio se compone de: Crispino y la comadre, de los hermanos Ricci; Lucía, Rigoletto y Traviata, explotadas por la Tetrazzini; Bohemia y Tosca y un interesante repertorio francés: Los cuentos de Hofmann, del viejo Offenbach; Thais, de Massenet; Louise, de Charpentier; Peleas y Melisenda, de Debussy, y el estreno del año, Le jongleur de Nótre Dame (El juglar de Nuestra Señora), de Massenet, repertorio explorado por Mary Garden. Han ofrecido grande interés, además, las réprises del Otelo, de Verdi, con la Melba, Zenatello y Sammarco, y del Sansón y Dalila, de Saint-Saëns, con la Gerville-Reache, y Dalmorés. Por fin, el día 28 de Enero se efectuó el sensacional reestreno de la Salomé de Strauss, en francés, no ya en alemán, como en la representación única del Metropolitan. Sobre esto me reservo para hablar detalladamente en la próxima crónica.

Por ahora agregaré que, de los artistas recién llegados a este teatro, el de mayor éxito ha sido Constantino, tenor español de voz pura, brillante y pastosa, y de elegante escuela

El empresario del Manhattan ha ensayado implantar el *ballet* para completar el programa cuando se da una ópera corta, y ha comenzado con *La muerte de Cleopatra*, de Louis Ganne, con Odette Valéry como primera bailarina; pero el éxito es todavía dudoso.

\*\*\*

En punto de conciertos, mencionaré rápidamente los del centenario de Mendelssohn, organizados y ejecutados por la Orquesta Sinfónica de Nueva York, bajo la dirección del laborioso Walter Damrosch; y, como la principal novedad en composiciones orquestales, la *Nueva Sin*fonía del ilustre inglés Sir Edward Elgar, saludada por algunos críticos como "la mejor sinfonía desde Brahms acá."

Para este mes de Febrero hay anunciados sesenta y cuatro conciertos de mayor o menor importancia: señalaré los de Paderewski y Gabrilowitzch en piano; la Nórdica y el barítono cubano Emilio de Gogorza, de canto; el magnífico Cuarteto Kneisel; la Orquesta Sinfónica de Nueva York la Orquesta de la Sociedad Filarmónica, la Orquesta Sinfónica Rusa y la Orquesta Sinfónica de Boston.

\*\*\*

La temporada dramática va decayendo. Los mayores éxitos, entre las obras extranjeras, han sido el *Sansón* de Bernstein, *El Diablo*, del húngaro Ferenc Molnar (obra curiosa, hecha con ingenio), y ioh asombro! *El gran Galeoto*, de Echegaray, aunque adaptado en sobria prosa inglesa, lo cual disminuye no poco de su violencia e hinchazón. Sólo el *Sansón* queda en pie, interpretado por William Gillette, el creador de Sherlock Holmes.

De las obras inglesas y anglo-americanas, la mejor, sin disputa, es Lo que toda mujer sabe (What every woman knows), comedia delicadísima del gran de humorista y psicólogo escocés Barrie, interpretada por la popularísima Maud Adams, con cuya Julieta pretendió Sarah Bernhardt hacer el Romeo ien inglés! Figuran en el cartel de los principales teatros, con éxito de varias semanas, El ratón azul, comedia adaptada del alemán por el hábil dramaturgo Clyde Fitch; El Vampiro, obra de dos jóvenes poetas, Edgar Allan Woolf y George Sylvester Viereck; Kassa, de John Luther Long, uno de los autores de Madame Butterfly dramática, y, como reprise, El maestro de música, de David Belasco, el otro autor de la Butterfly. Interpretan estas dos últimas, respectivamente, dos artistas notables en subgénero: Mrs. Leslie Carter, actriz emocional y realista, y David Warfield, actor de carácter.

Entre los estrenos recientes, se señalan *El modo más fácil*, de Eugene Walter, y La aurora de una mañana, de Frances Hodgson Burnett, la autora del Pequeño Lord que interpretaba la Mariani.

M. de Phocás

Nueva York, febrero del 1909.

(Estas crónicas, firmadas por M. de Phocás fueron escritas por P.H.U. en México, para *Teatro y Música*, como la mejor forma de dar las noticias teatrales de Nueva York).<sup>1</sup>

▶ Teatros y Música, 15 de febrero, 1909.

<sup>&</sup>lt;sup>1</sup> Nota manuscrita en el ejemplar del Archivo de PHU. N.d.e.

#### DESDE NUEVA YORK

La retirada de Emma Eames.— La réprise de Salomé.— Una ópera de Smetana.—Los encantos de Mary Garden.—Obras maestras.—El arte de Ludwig Wüllner.—Las novedades dramáticas.—La Salomé de Strauss.—Paderewsky.

En mi crónica anterior hablé de la retirada (que resultó apoteosis) de la única e incomparable Marcella Sembrich; tócame ahora comentar la retirada, no del teatro (pues la artista no se halla en decadencia), pero sí del Metropolitan Opera House, de una de las cantatrices más notables de la época: Emma Eames. Con esta retirada, desaparece de la escena del clásico teatro neovorkino la última de las estrellas que formaron su constelación fija durante quince años: Adelina Patti, Cristina Nilsson, Emma Albani, Emma Nevada y Sofía Scalchi, en sus comienzos, por los años de 90; y posteriormente, Lilli Lehmann, la reina del drama wagneriano, aplaudida hoy todavía en su vejez en las salas de conciertos de Alemania, Lillian Nordica, que hoy prefiere la sala de concierto al teatro, la Melba, que da esplendor a la empresa rival del Metropolitan, Emma Calvé, cuya decadencia es bien sabida, Milka Ternina, "la Eleonora Duse de la ópera," que ha abandonado el teatro por conservar la salud; la Schumann-Heink, creadora hace poco de la Clitemnestra de Strauss y alejada ahora de América, los hermanos De Reszke (Jean, tenor cuyo igual no ha visto todavía el nuevo siglo, y Edouard, bajo notabilísimo), el poderoso Tamagno, muerto ya, el elegantísimo Víctor Maurel, los magistrales wagnerianos Emil Fischer y Van Kooy, y el brillante Plançon. Quedaban todavía la Sembrich y la Eames; pero su retirada casi simultánea deja la antigua y esplendorosa constelación reducida a dos o tres estrellas secundarias como los barítonos Scotti y Campanari. Los aficionados puristas lamentan este desmembramiento (provocado, más que nada, por el tiempo que ha traído las inevitables decadencias, pero también por los cambios de la política administrativa del teatro) y aseguran que tal cohorte de astros no está reemplazada por otros de igual magnitud. Hagamos justicia: la Compañía que canta ahora en el Metropolitan no vale lo que valió su precursora; tal vez, aunque se sumaran sus mejores elementos con los de la empresa rival, (el Manhattan), no se obtendría nada comparable a aquel antiguo conjunto; pero una Compañía que cuenta con artistas como Emma Destinn, Oliva Fremstad y Johanna Gadski, Berta Morena y Geraldine Farrar, María Gay y Luisa Hommer, como Caruso y Bonci, como Burrian y Burgstaller, como Didur, puede continuar, en menor escala, pero con dignidad, la tradición de un conjunto que acaso fue único en la historia musical.

Este cronista tuvo ocasión de hablar con Mme. Eames a propósito de su retirada del Metropolitan. "Por lo menos durante un año no apareceré en ópera, pero sí conciertos. Quiero aprovechar este descanso para gozar de los viajes. He viajado mucho, y no he visto tanto como yo desearía. ¡Con decir que he estado tres veces en Búfalo y no he visto el Niágara! El terremoto de San Francisco me fue benéfico en ese sentido: me obligó a conocer los maravillosos campos de California, aunque me destruyó mis trajes de ópera y mis partituras anotadas por Gounod y Verdi.

"En el Metropolitan he cantado quince temporadas, exactamente. Aparecí en Nueva York casi desde los comienzos de mi carrera, y en este teatro he ido creciendo en estatura artística. Tengo a orgullo el haber popularizado aquí algunas óperas como *Aida* y *Tosca. Aida* era gustada por la parte más selecta del público, y la habían cantado muy grandes artistas; pero no llegaba a ser popular. Sin embargo, en la temporada de 1901 a 1902 llegamos a cantarla siete veces De Marchi y yo. *Tosca* la había estrenado una cantatriz de genio, Milka Ternina; sin embargo, su admirable interpretación no sacó a flote la ópera.

"No he pensado en los últimos tiempos, de manera decisiva, en aprender nuevas óperas. Hace tiempo deseo cantar las óperas clásicas de Gluck, que hoy sólo se oyen de cuando en cuando, en París y en una que otra ciudad alemana. Pero los proyectos de revivirlas en Londres y en Nueva York se han aplazado indefinidamente, y no he tenido oportunidad de cantarlas.

De la música que ahora se escribe, aunque mucho me interesa artísticamente, nada encuentro que se adapte a mi estilo y a mi personalidad. Sin embargo, en ciertas circunstancias me gustaría cantar *Salomé*. Vi la representación del Manhattan Opera House, y me parece que la obra sufrió por el tamaño relativamente pequeño del teatro. *Salomé* necesita

de distancias y sombras. Como ocurre con la poesía de Verlaine, de Mallarmé, y en menor grado, con la de Maeterlinck, su éxito depende de la creación de un "estado de ánimo" especial, sugestivo.

"Creo que el público no entiende el personaje de Salomé. Salomé es una adolescente de 14 años, y no conoce el amor: cuando habla de amor, dice siempre que dicen. No lo conoce por experiencia propia. Admira a Juan el Bautista por su valentía, pues lo oye acusar a la Reina, su madre, y se siente atraída hacia él por un poder que no es la mera atracción animal: la extraña personalidad del Bautista es lo que la fascina. Sin embargo, es voluntariosa e impulsiva, por la educación que se le ha dado, y como nadie la ha guiado por los caminos de la espiritualidad, su expresión y sus deseos adquieren formas materiales, naturalistas. Para mí, lo que la seduce primeramente es la fuerza espiritual del Bautista: y todavía, cuando pide su cabeza, no creo que el ansia de besar la boca roja sea el verdadero móvil, sino el deseo de vencer al obstinado Yokánaan."

La breve, pero inteligentísima opinión de Mme. Emma Eames sobre la *Salomé* de Richard Strauss y su última *reprise* sensacional en el Manhattan Opera House me lleva a hablar de esta obra. La discusión sigue en todo su apogeo, y como resultado de ella, el teatro obtiene grandes beneficios. Al publicarse esta crónica *Salomé* se habrá cantado ya más de diez veces, hecho notable en un teatro donde las funciones no son diarias y donde es necesario variar el repertorio para dar ocupación a todos los cantantes.

Digamos de una vez que la discusión sobre la obra de Strauss, lo mismo aquí que en Europa, parte por lo general de bases falsas: o se censura el asunto como inmoral (cuestión extraña al arte) o se declara que la música es mala porque no está hecha sobre los viejos patrones, porque no se contenta con el molde wagneriano. La última censura no queda fuera del terreno artístico, pero no por eso es menos falsa; la historia de la música nos demuestra que cada veinticinco años aparecen formas nuevas, cuyo éxito queda asegurado en otros tantos años; y los críticos deberían haber adquirido experiencia. Si las formas son nuevas, analícense estas formas en sí mismas; no se las juzgue por otras anteriores

Strauss no es un innovador ignorante. Antes al contrario, es uno de los cuatro o cinco músicos actuales más eruditos en la técnica clásica, y

sus primeras obras fueron el asombro de los críticos por su magistral clasicismo. Todavía en las obras revolucionarias que vinieron después, ha dado pruebas de su amor a las formas clásicas, renovando y modernizando la fuga, como lo hizo también Verdi en sus últimos años, en Falstaff y en la Misa de Réquiem. En punto de novedades, ha traído el aumento de la orquesta (sus obras recientes requieren más de 100 ejecutantes), la introducción de nuevos instrumentos, y el empleo de muchos efectos atrevidos: por ejemplo, la cacofonía, que aplica a todas las situaciones extrañas, y la disonancia y la alteración de los tonos. Hay en Salomé, por ejemplo, un pasaje en que Herodes canta algunas palabras en un tono y la orquesta las acompaña en otro distinto: Strauss quiere significar con eso el extravío que produce el asombro en el Rey hebreo. Estas indicaciones bastarán para dar idea de lo inusitado que contienen los procedimientos de Strauss. Por lo demás, la construcción esencial de sus obras no es sino un desarrollo de la construcción wagneriana: los personajes están representados por leimotivos, pero estos se presentan en cuadros más extensos y complicados; la tonalidad está en evolución perpetua; más que en Wagner: casi no se suceden dos medidas en un mismo tono; la voz humana no es la que sostiene la melodía (tradición de la cual nunca se separó Wagner totalmente), sino que expresa el movimiento emocional externo de los personajes, mientras la orquesta desarrolla el drama interno, melódico y armónico.

Todo esto se encuentra en *Salomé*. Sería pretensión inútil la de fallar definitivamente sobre los méritos de la obra; justificados los procedimientos desde puntos de vista lógicos, mucho hay que defender y no faltaría que atacar en la ejecución de ellos; pero de cualquier modo, no se trata de una obra efímera, sino de una que tendrá influencia definitiva en la evolución musical. La interpretación musical del poético y violento drama de Oscar Wilde, alcanza momentos de singular belleza, que no puede menos que impresionar a los espíritus sedientos de revelaciones y libres de prejuicios. De la representación, poco hay que decir. Fue superior la única que se dio en alemán, hace dos años, en el Metropolitan, con Olvia Fremstad, Burnian y Van Roy; pero el cuadro que la canta en el Manhattan es muy digno de atención. La singular y personal Mary Garden, encanto de París y tema de discusión en su patria, no es una cantante completa: su arte vocal es limitado, y de ahí que buena parte del papel de Salomé le venga ancho; pero su arte de

actriz y su plástica son admirables y suplen en buena parte su deficiencia de voz y canto.

Su Salomé es interesantísima: con más que en vez de entregar la Danza de los velos a una bailarina, la danza (o mejor diríamos, la plastiquizó, si los académicos lo permitieran) ella misma quitándole todo detalle de carnalidad excesiva y de inútil desnudez; la célebre danza adquirió así un carácter más bien helénicamente delicado que orientalmente voluptuoso. Más completa fue la interpretación de Herodes por la Dalmorés, cantante de las que hoy produce pocas la escuela francesa y que aspira con justicia a ser tenor wagneriano; y también fue excelente el Yokanaán (Juan Bautista) de Dufraninie Lardi, [roto en el original] de Campanine es notable por su dominio de tan complicada partitura y tan vasto cuerpo orquestal; algo más podría pedírsele, en punto de intención poética, para determinados pasajes, pero en general su batuta estuvo espléndida.

\*\*\*

¿Otras novedades? Me he extendido ya tanto, que no debo abusar del espacio de una crónica. Diré que en el Metropolitan se estrenó *La novia vendida* del malogrado compositor bohemio Smetana, y que se anuncia una serie de funciones especiales de obras maestras: *Las bodas de Fígaro* y el *Don Juan* de Mozart, *Fidelio* de Beethoven, *Falstaff* de Verdi,

Los maestros cantores, Tristán e Isolda, Parsifal y la Tetralogía de Wagner; que la Melba, protectora espiritual del Manhattan Opera House, empredió viaje a Europa después de haber cantado admirablemente en la reprise de Otello de Verdi; que se anuncian los conciertos de la Orquesta Filarmónica de Dresden, para el mes próximo, bajo la dirección de Willy Olsen; que la Orquesta Sinfónica de Nueva York, terminado el ciclo de obras de Mendelssohn, ha emprendido el ciclo de Beethoven; que las Orquestas de la Sociedad Filarmónica y de Boston han dado sus acostumbrados y espléndidos conciertos sinfónicos; que no han faltado los conciertos de la Sociedad del Oratorio (donde se oyen las grandes obras que en el género compusieron Handel, Bach, Haydn, Beethoven, Mendelssohn) y los del brillante y escrupuloso Cuarteto Kneisel; y por fin, hemos tenido conciertos de la Nordica, que cantó una serie de exquisitos lieder con arte magistral, lo mismo que Emma Eames, asociada con el notable barítono de origen español, Emilio de

Gogorza; del joven y sorprendente violinista ruso Mischa Elman; y de pianistas como Gabrilowitsch, la personal y sapiente Fannie Bloomfield-Zeisler, y el incomparable Paderewski. Si pudiera me entendería hablando sobre la reaparición de este coloso; su último concierto ha demostrado la falsedad de los rumores que pretendían señalar una decadencia; su reaparición aquí, lo mismo que en Londres, ha probado que, disipadas ya las nieblas que por un momento cayeron sobre su ejecución (y que se atribuyen a la distracción causada por la composición de obras sinfónicas y óperas), Paderewski vuelve a ser la primera figura, la más personal, brillante y sugestiva en el campo del arte pianístico.

Algo diré también del arte singular de Ludwig Wüllner, llamado "el cantante sin voz." Este artista alemán, que ha sido unas veces actor y otras cantante, se ha dedicado a la interpretación de los Heder y en los últimos años ha creado un verdadero furore en los círculos artísticos de Europa, que ha repetido aquí. Su voz es escasa y a la edad que tiene (unos cincuenta años) resulta casi nula; sus recursos de emisión vocal son medianos apenas; pero su inteligencia para la expresión es tal, que fascina y subyuga a los públicos. Para asistir a uno de sus conciertos es necesario saber alemán, o por lo menos leer detenidamente en otro idioma las canciones del programa (para lo cual, según es costumbre en todo concierto importante, se regalan al público programas con el texto de las canciones en dos idiomas); pero una vez que se está en plena posesión de las poesías que ha de interpretar, causa grandísima impresión el arte con que este intérprete expresa las ideas y emociones de Goethe, de Schiller, de Heine, de Uhland, de Geibel, ayudado por la música de Beethoven, de Schubert, de Mendelssohn, de Schumann, de Grieg. Se espera ahora con interés verle en drama, en uno de los dos excelentes teatros alemanes de Nueva York, haciendo el Herodes en la Salomé de Oscar Wilde y algún personaje de Ibsen.

En teatros de *vaudeville* (medio no muy adecuado para un arte serio) se ha presentado la actriz inglesa Mrs. Brown Potter, en un género semejante al de Wüllner: las recitaciones van acompañadas de música. Mrs. Potter interpreta verso y prosas, tienen gran éxito sus recitaciones de los célebres aforismos poéticos (*Rubayatd*) del persa Omar Khayam, traducidos por el poeta pre-rafaelista Fitzgerald, con música de la compositora inglesa Liza Lehmann, y de cuentos de Oscar Wilde, como "El Príncipe Feliz" con música del malogrado compositor norte-

americano Ethelbert Nevin. Este género de recitaciones le fue inspirado por los recientes Festivales que están en moda en Inglaterra y en los cuales se han representado, a la manera griega, la *Antígona* de Sófocles, con música de Mendelssohn, y el *Edipo Rey*.

Novedades puramente dramáticas hay muy pocas. El avance de la temporada de ópera corre siempre parejas con el declinar de la dramática. Mrs. Leslie Carter, la aplaudida actriz, después de reaparecer con éxito triunfal en *Kassa* de Long, ha inaugurado una serie de funciones especiales, en las cuales presentará *La dama de las camelias*, *Zaza*, *Hedda Gabler* de Ibsen y la *Salomé* de Wilde. La gran trágica Julia Marlowe ha aparecido en un drama en verso, de la joven escritora norteamericana Mary Johnston, intitulado *La Diosa Razón* y fundado, como por su título se colige, en la Revolución francesa. La obra está bien escrita, pero no tiene gran interés, y su éxito lo debe a la dicción espléndida de Julia Marlowe, una dicción en la cual "cada palabra es una entidad perfecta, y todos los elementos están en rítmica proporción, sin la menor apariencia de esfuerzo."

M. DE PHOCÁS

▶ Teatros y Música, 15 de marzo, 1909.

#### DESDE MÉXICO

México, 5 de mayo de 1909.

Sr. D. Federico García Godoy, La Vega, República Dominicana.

### Mi distinguido compatriota:

Llegó a mis manos su *Rufinito*, y con él las palabras en que me da Ud. explicación breve de los móviles que le guiaron a escribirlo. Lo he leído con placer, tanto por la elegante firmeza de su estilo como por la clara viveza con que acierta Ud. a evocar el más señalado período de la historia dominicana.

Atinadas son sus observaciones sobre el problema de la formación de una literatura nacional. Nuestra literatura hispanoamericana no es sino una derivación de la española, aunque en los últimos tiempos haya logrado refluir, influir sobre aquélla con elementos nuevos, pero no precisamente americanos. Suele decirse que las nuevas condiciones de vida en América llegarán a crear literaturas nacionales; pero aún en los Estados Unidos, donde existe ya un arte regional, los escritores de mejor doctrina (y entre ellos Howells, el Deán, el ilustre jefe de aquella república literaria) afirman que "la literatura norteamericana no es sino una condición (una modalidad, diríamos nosotros) de la literatura inglesa". Entre nosotros, por lo demás, no se han hecho suficientes esfuerzos en el sentido de dar carácter regional definido a la vida intelectual; ni era posible. Sobre nosotros pesa, —y no debemos quejarnos de ello—, una tradición europea, y nuestros más vigorosos esfuerzos tienden y tenderán durante algún tiempo todavía a alcanzar el nivel del movimiento europeo, que constantemente nos deja rezagados. Sólo cuando logremos dominar la técnica europea podremos explotar con éxito nuestros asuntos. Ya observó Rodenbach que los escritores de origen provinciano sólo saben sentir y describir la provincia después

de haber vivido en la capital. Así, en nuestra América, solamente los que han comenzado por trasladarse intelectualmente a los centros de la tradición, los que han conocido a fondo una técnica europea, como conoció Bello el arte virgiliano, como conocen Ricardo Palma y D. Manuel de J. Galván la antigua prosa de Castilla, como conoció José Joaquín Pérez la lozana versificación del romanticismo español, como conoce Zorrilla de San Martín la espiritual expresión de la escuela heiniana, han logrado darnos los parciales trasuntos que poseemos de la vida o la tradición locales. El indigenismo de los años de 70 a 80 no fracasó precisamente por falta de técnica, pues a él se aplicaron casi siempre escritores de primera fila, sino por el escaso interés que despertó, porque la tradición indígena, con ser local, autóctona, no es nuestra verdadera tradición: aquí en México, por ejemplo, el pasado pre-colombino, no obstante su singular riqueza, nunca ha interesado gran cosa sino a los historiadores y arqueólogos, y acaso la primera obra literaria que inspire, digna de tomarse en cuenta, será la prometida colección Poemas aztecas, de José Juan Tablada, estudiante de arqueología en los últimos años. (Obra de época anterior, podría señalarse la admirable Rusticatio mexicana, del Padre Landívar, guatemalteco del siglo XVIII; y esa está escrita en latín). El criollismo de última hora sí lleva trazas de ir ganando terreno poco a poco, sobre todo en la Argentina; y tanto más, cuanto que no se trata de escuela artificial, sino de movimiento espontáneo, apoyado por el público.

La nueva obra de Ud. entra en campo virgen. Tenemos historiadores iya lo creo! Aun los dominicanos poseemos ya, documentadas, las bases de nuestra historia. Pero la interpretación viva del pasado, el conjuro que saca a la historia de los laboratorios eruditos y la lleva, a través del arte, a comunicarse de nuevo con el espíritu público, apenas ha sido ensayada en América; y en Santo Domingo es Ud. el primero que, sin desviarse por el camino de la mera tradición popular, sin acudir a la deformación novelística, nos da la historia viva. No diré que su obra pueda llegar directamente al pueblo; pero sí creo que debe agitar el espíritu de las clases dirigentes, no menos necesitadas de enseñanza, en ciertos órdenes, que en otros las clases inferiores.

Y ya que *Rufinito* pone sobre el tapete los problemas de nuestra independencia, voy a permitirme hablar a Ud. de ellos. Para mí tengo que la idea de independencia germinó en Santo Domingo desde principios

del siglo XIX; pero no se hizo clara y perfecta para el pueblo hasta 1873. La primera independencia fue, sin duda alguna, la de Núñez de Cáceres; no claramente concebida, tal vez, pero independencia al fin. La de 1844 fue consciente y definida en los fundadores; pero no para todo el pueblo, ni aun para cierto grupo dirigente. Libertarse de los haitianos era justo, era lo natural; ¿pero comprendía todo el pueblo que debíamos ser absolutamente independientes? Ello es que vemos la anexión a España, y sabemos que, si para unos esta anexión pecaba por su base, para otros fracasó por sus resultados, y por ellos la combatieron. Y lo extraño, luego, es que ni ese mismo fracaso bastara a desterrar toda idea de intervención extraña, y que todavía en el gobierno de Báez se pensara en los Estados Unidos. Sin embargo, para entonces la idea había madurado ya: y la revolución de 1873 derrocó en Báez, no sólo a Báez sino a su propio enemigo Santana; derrocó, en suma, el régimen que prevaleció durante la primera República, y desterró definitivamente toda idea de anexión a país extraño. Esa es para mí la verdadera significación del 25 de noviembre: la obra de ese movimiento anónimo, juvenil, fue fijar la conciencia de la nacionalidad. Desde entonces, la acusación más grave que entre nosotros puede lanzarse a un gobierno es la que lo denuncia ante el pueblo como propenso a mermar la integridad nacional; y cuenta que hasta ahora la acusación, en todos los casos, parece haber sido infundada. El año de 1873 significa para los dominicanos lo que significa en México el año de 1867: el momento en que llega a término el proceso de intelección de la idea nacional.

Nuestro período de independencia, por tanto, nuestro proceso de independencia moral, se extiende, para mí, desde 1821 hasta 1873. En ese medio siglo, el momento más heroico, el apex, en 1844. Pero esa fecha debe considerarse como central, no como inicial. La independencia de la República como hecho, como origen creo que debe contarse desde 1821, aunque como realidad efectiva no exista hasta 1844 ni como realidad moral hasta 1873. Es lógico: independencia, para los pueblos de América, significa independencia respecto de Europa, no con relación a otros pueblos de la misma América, aunque éstos hayan sido de razas y tendencias tan contrarias a las del pueblo dominado (como ocurrió en nuestro caso) que la dominación se haya hecho sentir como tiranía. No soy yo, seguramente, el único dominicano que se ha visto en este conflicto: cuando algún hispano-americano nos pregunta la fecha de nuestra independencia, respondemos natu-

ralmente 1844; pero como con frecuencia surge la pregunta de si para esa época todavía tuvo España luchas en América, necesitamos explicar que de España nos habíamos separado desde 1821: con lo cual declaramos al fin, tácitamente, que esa es la fecha de la independencia dominicana. Y aunque fuera sólo por estética: es mucho mejor olvidar que nos dominaron los haitianos...

No pretendo, ni con mucho, afirmar que 1821 sea nuestra fecha más gloriosa. No lo es: nuestra fecha simbólica debe ser siempre la que el voto popular eligió, el 27 de febrero: no por ser inicial, sino por ser la que recuerda la obra más grave y hondamente pensada, la más heroicamente realizada (tanto más cuanto que el mismo pueblo no la comprendía, según lo deja ver el propio Rufinito de Ud.) en la cincuentena de años que he llamado "nuestro período de independencia". No porque Núñez de Cáceres haya aparecido como incapaz de sostener su obra hemos de considerarla nula. Y aún sobre el mérito real de Núñez de Cáceres habría algo que decir: la anexión a la Gran Colombia no implicaba, mucho menos entonces, una traición, aunque sí un error de geografía política, por desgracia no subsanable; y en cuanto a su actitud frente a los haitianos, algo han dicho ya Don Mariano A. Cestero y, si no me equivoco, el mismo Don José Gabriel García, recordando frases importantes de su discurso en el acto de la entrega. Estas razones de lógica histórica las propongo a Ud., y le agradecería que, de estimarlas justas, les prestara su ayuda con la autoridad que su opinión ha sabido conquistar, en buena lid, durante los últimos años<sup>1</sup>.

<sup>&</sup>lt;sup>1</sup> El señor García Godoy, en su extensa contestación a mi carta, hace un profundo estudio de la *Génesis nacional*, del cual creo deber citar algunas interesantes observaciones:

<sup>&</sup>quot;...Estudiando con la debida atención los documentos de la época en que por primera vez radió la aspiración a constituir un estado independiente, resalta, a primera vista, el hecho de que tal aspiración sólo vive y medra en el espíritu abierto y culto de un cortísimo número de individuos; mientras que en manera alguna trasciende a ciertos núcleos sociales ni muchísimo menos a la masa, enteramente satisfecha con su existencia tranquila y vegetativa, en que se advierte, como nota característica, el apegamiento a muchas prácticas rutinarias y el amor a cierto tradicionalismo que ningún rudo golpe, ni aun el de la cesión a Francia, alcanza a amortiguar o extinguir. Tal fenómeno, de explicación facilísima, se evidencia, con mayor o menor acentuación, en todas o casi todas las demás colonias de abolengo ibérico, donde en sólo muy escasa parte

de los elementos dirigentes prospera la radical idea, necesitando, en los primeros años, de tenacidad a toda prueba de parte de sus más conspicuos iniciadores y recorrer después larga serie de dolorosísimas vicisitudes para penetrar y cristalizar en el alma del pueblo. Las guerras de independencia americana, bien vistas, sólo fueron al principio verdaderas guerras civiles. En su primera época, salvo contadísimas excepciones, sólo combatían, con porfiado encarnizamiento, criollos de una parte y de la otra. Sólo al mediar la lucha tuvo España núcleos de ejército peninsular en los países sublevados. Y al terminarse la gran epopeya, en el Perú, por ejemplo, era aún crecidísimo el número de americanos que militaban en las filas realistas. Un notable escritor militar afirma que, en Ayacucho, había en el ejército de La Serna un número de hijos del país superior o igual al efectivo total de las huestes que comandaba Sucre. "Leyendo el Diario de Sánchez Ramírez y la curiosa Vindicación del Doctor Correa y Cidrón, en que hace éste calurosa defensa de su conducta con motivo del tilde de afrancesado que se les echa en cara como feísimo borrón, lo que más se nota es el acendrado sentimiento de españolismo de la sociedad dominicana en aquél ya lejano período histórico. En sus interesantes Noticias, un contemporáneo, el Doctor Morilla, refiriéndose a la revolución separatista llevada a cabo por Núñez de Cáceres, afirma que entre los propietarios y personas de influencia no contaba Núñez sino con pocos partidarios y agrega más adelante que aquel movimiento hubiera podido evitarse, porque la generalidad del país no estaba por él por su afecto a España. Sólo en este mismo Núñez de Cáceres, inteligencia bien cultivada, de relevantes dotes de carácter, idóneo para regir colectividades sociales, y en un cortísimo número de los que lucieron con él causa común, asume un aspecto bien definido la idea de independencia. El caudillo de la primera revolución separatista resulta un hombre muy superior al medio en que figuró siempre en primera línea. Su españolismo es puramente externo, de mera forma. Lo prueban sus atrevidos consejos a Sánchez Ramírez apenas terminada la campaña reconquistadora (contra Francia); la libertad de opiniones que reinaba en su tertulia de íntimos, y su canto, flojo y desaliñado a más no poder, a los vencedores de Palo-Hincado, en el que no hay un solo verso en que se haga alusión a la vieja metrópoli. Cuando en ese canto suena la palabra patria, entiéndase bien que, en su pensamiento, se refiere al terruño nativo.

"Pero está solo, o poco menos. De ahí, de esa evidente falta de compenetración de su idea con el medio, despréndese una de las causas determinantes de la fragilidad de su empresa emancipadora. En ella, sin embargo, comienza el avatar glorioso de la idea de independencia. Para que esa idea produjese en las clases populares un estado de alma capaz de comprenderla y de llegar por ella hasta el sacrificio, era menester antes recorrer un camino de medio siglo sembrado de formidables dificultades. Ocho o nueve años más tarde, un Y ya que Ud. ha abierto un nuevo campo en nuestra literatura histórica, no extrañará le pida que emprenda otra labor más importante aún: la historia sintética de la cultura dominicana, comprendiendo la evolución de las tendencias políticas y de las ideas sociales, así como la vida religiosa y la intelectual y artística. Acaso diga Ud. que la obra exige demasiado trabajo previo de documentación: acaso el trabajo sería más fácil en compañía: si así fuera ¿no podría Ud. pedir el auxilio de los mejores elementos del Ateneo Dominicano, y por último, para las pesquisas y la publicación, reclamar la ayuda gubernativa? No dudo que Ud. pensará en ello, y de antemano le ofrezco la colaboración que Ud. me exija.

Me suscribo su amigo y compatriota.

México, 1909.

▶ La Cuna de América, año III, núm. 124, 1909, pp. 1-2.

estremecimiento de esperanza, la de incorporarse de nuevo a España, hace vibrar fuertemente la sociedad dominicana, a las noticias de las gestiones practicadas en Port-au-Prince por F. Fernández de Castro, comisionado de Fernando VII. La obra del ilustre Auditor no cuajó, principalmente, por no haberse efectuado en sazón conveniente. Resultó prematura. En los planes de Bolívar entraba, sin duda, como supremo coronamiento de su labor gigantesca, la independencia de las Antillas españolas. Pero en los momentos en que Núñez de Cáceres realizaba su intento, el titán venezolano se dirigía hacia el Sur, salvando cordilleras formidables, trepando por los flancos de volcanes humeantes, aureolado por la gloria, para añadir nuevas naciones a las ya creadas por su genio portentoso. Consumada la jornada decisiva de Ayacucho, de regreso en Bogotá, no hubiera tardado Bolívar, a cuya genial penetración no se escapaba la conveniencia política de desalojar a España de sus últimos reductos de América, en prestar vigorosa ayuda a Núñez de Cáceres. Tres años más tarde, la obra de éste hubiera tenido muchas probabilidades de éxito. La semilla arrojada por Núñez de Cáceres no podía perderse, no obstante haberse echado al surco fuera de tiempo oportuno. Cerca de dos décadas después, favorecida por las circunstancias, iba a germinar espléndida-

He recordado después que también D. Emiliano Tejera, en su magistral *Memoria sobre límites entre Santo Domingo y Haití*, reivindica la memoria de Núñez de Cáceres.

# LOS MEJORES LIBROS

El jefe de una importante casa editorial de los Estados Unidos concibió la idea de formar una biblioteca de cincuenta volúmenes que pudieran considerarse indispensables como base de una cultura literaria, con el fin de hacer una edición especial de ellos, y pidió al Rector de la Universidad de Harvard, Doctor Eliot, le hiciera una lista de cincuenta obras maestras que fuesen, a su juicio, las más importantes para la educación intelectual. El Doctor Eliot hizo su lista, y la casa editorial hizo la publicación: inútil es decir que los cincuenta libros produjeron grandes entradas a los editores y al mismo tiempo provocaron la crítica de la prensa. Nadie, entre los intelectuales, estuvo conforme con la lista del Doctor Eliot: todos encontraron que faltaba algo, que sobraba mucho.

En realidad, el Dr. Eliot hizo una selección exclusivamente para lectores norteamericanos, con preferencia marcada por los clásicos ingleses. Declaró que no incluía la Biblia ni Shakespeare porque pensaba que nadie los desconocía. Entre los autores de su lista figuran Platón, Epícteto, Plutarco, Plinio, Cicerón, Virgilio, San Agustín, Dante, Goethe; ingleses: el poeta Chaucer, el filósofo Francis Bacon; los dramaturgos Marlowe, Ben Jonson, Middleton, Beaumont, Fletcher, John Webster, contemporáneos de Shakespeare, los prosistas Thomas Browne e Isaac Walton; Milton, Dryden, Bunyan; y ya de épocas más modernas, el economista Adam Smith, Darwin, y los poetas Burns, Shelley, Browning y Tennyson. Entre los autores norteamericanos figuran John Woolman, cuákero del siglo XVIII, Franklin y Emerson. No faltan las Mil y una noches ni la Imitación de Cristo.

Confieso que yo, como no soy inglés ni norteamericano, no quedo satisfecho con la lista del ilustre Doctor. Y aunque no creo que ninguna casa editora de España recoja el guante, voy a ensayar por mi cuenta una lista de cincuenta autores indispensables. No creo que deban escogerse obras aisladas, sino autores, y de cada uno de estos encerrar en volumen todas sus obras o por lo menos las más importantes. No estamos acostumbrados a que en las ediciones castellanas un autor

quepa en un volumen, como no sea en los de la Biblioteca Rivadeneyra; pero los ingleses y los franceses editan a sus respectivos clásicos, y a los clásicos griegos y latinos, a tomo por autor. En castellano hay, por ejemplo, excelentes traducciones completas de Esquilo y de Virgilio contenidas en un solo volumen.

Hasta ahora, no todos los autores que me parecen indispensables pueden leerse en buen castellano; pero quien quisiera poseer los cincuenta podría fácilmente completarlos con ediciones en francés y en inglés. Mi lista no comprende autores de ciencia (Darwin va incluido por el interés que ofrece desde el punto de vista filosófico), pues la ciencia no se aprende por autores; pero sí filósofos, pues los filósofos son siempre escritores muy personales.

Allá van los cincuenta volúmenes que creo podrían formarse: 1, la Biblia; 2, Homero, considerado, para fines editoriales, como verdadero y único autor de la *Ilíada*, de la *Odisea*, de la *Batracomiomaguia* y de los Himnos; 3, Esquilo; 4, Sófocles; 5, Eurípides; 6, Aristófanes (estos cuatro dramaturgos deben poseerse completos;) 7, Platón (obras escogidas: la Apología de Sócrates, Protágoras, Gorgias, Eutidemo, Teeteto, Fedro, Fedón, el Banquete, Timeo, La República, y, aunque de autenticidad dudosa, Parménides, por su mérito;) 8, Aristóteles (obras escogidas: Política, Ética a Nicómaco, Poética; capítulos fundamentales de la Metafísica), de la Lógica y de la Retórica; 9, Lucrecio, el poema De la naturaleza de las cosas; 10, Virgilio, completo; 11, Horacio, completo; 12, Cicerón, selección de discursos, de escritores filosóficos y de cartas; 13, Tácito, completo; 14, San Agustín, Confesiones, Meditaciones, y extractos de La Ciudad de Dios; 15, Santo Tomás de Aquino, extractos de la Suma teológica y de la Suma contra los gentiles; 16, la Imitación de Cristo; 17, Dante, la Divina Comedia, la Vida nueva, poesías y El elogio de la lengua vulgar; 18, Maquiavelo, El Príncipe, capítulos fundamentales de la Historia de Florencia y los Discursos sobre Tito Livio; 19, el poeta inglés Chaucer; 20, Shakespeare, completo; 21, Bacon (obras escogidas: Nuevo órgano, los Ensayos, fragmentos de otras) 22, Rabelais, completo; 23, Montaigne, completo; 24, Descartes (Discurso sobre el método, Meditaciones, y fragmentos de los Principios de filosofía;) 25, Moliere completo, 26, La Celestina; 27 Cervantes, Don Quijote; 28, Quevedo, (selección de prosa y verso): 29, Santa Teresa de Jesús, obras escogidas; 30, Lope de Vega, selección de comedias, poesías y novelas cortas; 31, Calderón, obras dramáticas escogidas: 32,

Camoens, Los Lusiadas y poesías escogidas; 33, Spinoza, Ética y Tratado teológico-político: 34: Leibniz, la Monadología y selección de Ensayos; 35, Kant, la Crítica de la Razón pura y la Crítica de la Razón práctica; 36, Goethe, Fausto, poesías selectas, fragmentos de dramas y poemas de asunto griego, Werther, fragmentos del Wilhelm Meister; 37, Hegel, capítulos fundamentales de la Lógica, de la Estética, y de la Filosofía del Derecho; 38, Schopenhauer, capítulos fundamentales de El mundo como voluntad y representación; 39, Coleridge, poesías selectas y prosa; Biografía literaria; Conferencias sobre Shakespeare; 40, Shelley, poesías completas, y fragmentos de prosa; 41, Byron, poesías completas; 42, Ruskin, Las siete lámparas de la arquitectura, Piedras de Venecia, Mañanas de Florencia, La Reina del aire, y capítulos fundamentales de los Pintores Modernos; 43, Darwin, El origen de las especies y El origen del hombre; 44, Víctor Hugo, poesías selectas, fragmentos de dramas y novelas; 45, Balzac, Papá Goriot, Eugenia Grandet, y fragmentos de otras novelas; 46, Flaubert, Madame Bovary, Salambó, selección de La educación sentimental, de La tentación de San Antonio y de Bouvard y Pécuchet; 47, Nietzsche, Así hablaba Zarthustra, El origen de la tragedia y pensamientos de todas sus demás obras; 48, Edgar Allan Poe, poesías completas y cuentos selectos; 49, Ibsen, dramas escogidos, Brand, Peer Gynt, Casa de Muñecas, Espectros, El Pato Salvaje, Rosmersholm, Hedda Gabler, Solness, Cuando despertemos...; 50, Tolstoi, Ana Karenina, Resurrección, fragmentos de otras novelas y de las obras morales.

iSi hubiera una empresa española que emprendiera esta colección! Por ahora hemos de contentarnos con formarla como podamos. Indicaré, como traducciones castellanas de alto valor, la Biblia de Cipriano de Valera y la de Scio; el Esquilo de Brieva Salvatierra; el Aristófanes de Baráibar; el Virgilio de Ochoa: el Cicerón de Menéndez y Pelayo; otros autores es preferible leerlos en francés: así, los poemas homéricos, Sófocles, Eurípides, en la traducción de Leconte de Lisle; y para leer una traducción absolutamente fiel de Platón, hay que abandonar las francesas y españolas por la inglesa de Jowett. Ediciones útiles y baratas, pueden señalarse las de las casas Garnier, Charpentier y Lemerre de París, que publican autores clásicos, cada uno completo en uno o dos volúmenes; y las ediciones de poetas ingleses, hechas para la Universidad de Oxford, en un volumen cada uno: muy cómodas, por ejemplo, las de Chaucer y Shakespeare. Para los que no queden con-

formes con mi selección, agregaré un suplemento de otros cincuenta autores, creyendo que el centenar que resulte dará menos motivo de queja: 1, El Rig-Veda (único libro de la colección védica cuya importancia es capital) ; 2, El Zend-Avesta (libro sagrado de los Persas); 3, El Corán; 4, Las Mil y una noches; 5, los poemas que corren bajo el nombre de Hesíodo; 6, Píndaro; 7, Demóstenes; 8, Herodoto; 9, Tucídides; 10 Xenofonte; 11, Epicteto; 12, Plutarco; 13, Luciano; 14, Plauto; 15, Catulo; 16, Ovidio; 17, Tito Livio; 18, Marco Aurelio; 19, Plotino; 20, San Jerónimo; 21, cartas de Abelardo y Eloísa; 22, La Canción de Rolando; 23, el poema de los Nibelungos; 24, Erasmo de Rotterdam; 25, el Arcipreste de Hita; 26, Boccaccio; 27, Petrarca; 28, Ariosto; 29, Tasso; 30, Corneille; 31, Racine; 33, Pascal; 33, Milton; 34, Juan de Valdés; 35, Fray Luis de León; 36, Fray Luis de Grananada; 37, Tirso de Molina; 38, Voltaire; 39, Diderot; 40, Rousseau; 41, David Hume; 42, Dickens; 43, el poeta Keats; 44, Leopardi; 45, Dostoievski; 46, Eça de Queiroz: 47, Heine; 48, Emerson; 49, Carlyle; 50... que escoja cada uno un filósofo positivista, Comte, Spencer, o John Stuart Mill..1

LILIUS GIRALDUS

▶ Anti-reeleccionista, 20 de septiembre, 1909.

<sup>&</sup>lt;sup>1</sup> En el recorte de este artículo en el álbum de PHU, encontramos subrayados los números 35 y 40, y a un margen, escribe los nombres de Alarcón y Galdós. N.d.e.

#### ROSARIO PINO EN ARBEU

Ha aparecido en la escena del "Arbeu" Rosario Pino. Todos estamos contestes —por lo menos, todos los que ya hemos aplaudido a la actriz española— en encontrar inexplicable el poco éxito que hasta ahora ha obtenido en México. Porque, cualesquiera que sean los juicios que sobre el contemporáneo arte teatral de España se formulen en nuestros círculos de diletantes, es un hecho que las compañías dramáticas españolas obtienen éxito, mayor o menor, en esta ciudad. Aquí ha triunfado María Guerrero; aquí tuvo público hasta la compañía de Fuentes... Y, sin embargo, esta compañía, a cuyo frente están dos artistas distinguidos y que en su conjunto es armónica, correcta, discreta como pocas, no logra ver lleno el teatro "Arbeu".

Pero no insistamos sobre ese singular desvío. Deseemos que el público se convenza pronto de que debe ir al "Arbeu", y asegurémosle que allí verá cosas interesantes.

Interesante, en verdad, es Rosario Pino. Mujer distinguida, con distinción cuyos toques cosmopolitas no han borrado el carácter nativo español; actriz de escuela contemporánea, en cuyo arte persiste, so capa de realismo al modo francés e italiano, un espíritu de española refinada.

No diré que en eso pueda resumirse su personalidad. La personalidad de la Pino resulta inasible al principio; y todavía, después de cinco o seis funciones, mucho no hemos llegado o no nos hemos atrevido a definirla.

Personalidad, eso sí, la tiene. Su arte no es sólo arte de escuela contemporánea, arte realista y psicológico: todo él lleva un sello peculiar, indiscutiblemente personal. Rosario Pino lleva la sencillez a los extremos; no tiene *pose* de estrella: no distribuye en escena a los actores de su compañía, como lo hacen muchos artistas, para decir a voces al público: "Yo soy la primera actriz". Modestia, dicen algunos; yo digo: buen gusto. Para mí, su concepto del realismo escénico le dicta ese procedimiento. Confía en que su arte, lleno de insinuación, bastará a distinguirla, a ganarle poco a poco las simpatías de su auditorio, y no se equivoca.

Psicológicamente, sus intepretaciones son profundamente femeninas. Cada personaje está concebido en unidad perfecta, y un minucioso estudio borra todo detalle que pudiera romperla. En Rosario Pino la energía interior se manifiesta bajo dos formas típicamente femeninas: dulzura y constancia. Con ellas insinúa, lenta pero firmemente, el carácter de los personajes que interpreta (no muy diversos hasta ahora) y llega a dar el tono al ambiente moral en que se desarrolla cada obra.

iY los recursos de expresión! El gesto, sobrio; la emoción, discreta, pero honda. El manejo de la voz siempre en tono menor, con modulaciones de viola, con *pianissimos* en que casi llega a desvanecerse, con articulación distinta, sin que por eso falte a la ley primordial del *legato*, convierte el idioma castellano, "no en oro y púrpura, pero si en algo más que plata", como se ha escrito a propósito de la dicción del insigne Forbes Robertson. Habíamos oído nuestro idioma con sonidos de arpa, con esplendores de tono mayor, en los labios de María Guerrero; pero nos faltaba saber adonde podría llegar en insinuación y suavidad. iGracias sean dadas a los dioses, que nos conceden oír nuestro idioma modulado según las leyes apolíneas!

Junto a Rosario Pino ha reaparecido Emilio Thuillier, cuya reputación estaba ya hecha en México. Su variedad de aptitudes, su escuela, menos moderna que la de su acompañante, pero que le permite libertad y amplitud; su experiencia, su personalidad misma, le hacen ser el mejor pendant posible, dentro de la escena española, para Rosario Pino.

Los artistas secundarios, correctos, serios, estudiosos, sin afán de imponerse a fuerza de *pose*, constituyen un fondo excelente para la pareja de estrellas. Mucho deben, sin duda, a la buena dirección escénica; pero hay que reconocerles también mérito especial.

El repertorio, casi totalmente español, es el mejor que puede escogerse, en España, en obras contemporáneas: Pérez Galdós, los Quintero, Benavente... las obras del último son predilectas de la Pino: Benavente, según se dice, asegura deberle a ella la mitad de su éxito.

Actualidades, México, 15 de octubre, 1909.

## ROSARIO PINO EN *EL GENIO ALEGRE*

Por fin anoche se vio lleno el teatro Arbeu: concurrencia numerosa, distinguida, entusiasta. Y fue *El genio alegre*, la ya popularísima obra de los Quintero, la que logró atraer al esquivo público.

No es *El genio alegre* la obra maestra de los Quintero. No tiene la intensidad de *Las flores*, ni la honda sugestión de *El amor que pasa*, ni la acerba crítica de *Los galeotes*; pero se desarrolla en un ambiente de luz, de entusiasmo y de vigor que necesariamente atrae y estimula. Se explica por eso que el público de México se haya encariñado con ella y acuda a verla cuantas veces se anuncia.

Anoche acudió y no se arrepintió de ello. La interpretación de Rosario Pino, personal y sugestiva, animó el conjunto y le dio singular relieve.

La "Consolación" no es un tipo psicológicamente difícil; para interpretarlo, le bastó a Rosario Pino poner en ella su natural y exquisita femenilidad y para realzarlo puso en juego todos sus recursos de expresión: la sonrisa, que se insinúa al espectador como una revelación espiritual; la risa, modulada en suave escala cromática; el rápido movimiento de facciones; la dicción, llena de matices. Toda ella se convirtió en expresión para decir el brillante pasaje del repique en el Carmen: su dicción parecía inflamarse, brotar en tropel, borbotante, sin que por eso se perdiera una palabra en aquella articulación perfecta. El auditorio, en delirio, premió el pasaje con estrepitosos aplausos.

Thuillier estuvo feliz, dominando sin esfuerzo el personaje. Los demás actores, como ya se les ha visto; el movimiento escénico, animadísimo. Digno de mención, el Lucio del señor Díaz.

Actualidades, México, 17 de octubre, 1909.

#### LA MUSA BOHEMIA

De España acaba de llegar *La musa bohemia*, la nueva obra de Carlos González Peña. De España, sí, pues aunque debiera juzgarse extraño, no es ya sino natural que los buenos libros mexicanos se publiquen en Europa.

Publicar en México, es descabellado intento, dadas las condiciones en que puede hacerse, las económicas en particular. Se necesita vivir en provincia, con la ilusión que nace del aislamiento y de la distancia, para afanarse todavía por conquistar un puesto en la literatura mexicana mediante el sacrificio que implica la publicación de un libro en el país. Los escritores que viven en la capital son más escépticos y menos desinteresados. Aquí ya no se publica literatura; aún para las revistas se escribe poquísimo... Diríase que en México está próximo a darse el paradójico caso de que haya literatos ioh, eso sí! pero no haya literatura.

En todo el año de 1909, sólo dos o tres obras literarias valiosas se han publicado en el país: una novela de D. José López-Portillo y Rojas, en la *Biblioteca de Autores Mexicanos*, cuyo editor es el infatigable D. Victoriano Agüeros; la última colección de poesías de Enrique González Martínez... (Este delicado poeta vive ien Sinaloa!). Amado Nervo y Balbino Dávalos acaban de publicar libros, pero en Europa; de Europa llegará pronto también el nuevo libro de versos de Urbina...

Esta expatriación o emigración de los libros viene a ser la única lógica de publicidad, aunque sólo es accesible, desde luego, a los escritores cuya significación los hace aceptables para los editores extranjeros.

A ella ha recurrido, con fortuna, Carlos González Peña. En España se reimprimió su *Chiquilla*, novela que había sido publicada antes en México, hace tres años; en España se imprimió ahora *La musa bohemia*.

La interrogación se impone, tratándose de la segunda novela *formal* de autor joven: ¿ha sido superado el esfuerzo anterior? Resueltamente contesto que sí. *La Chiquilla* era obra de *escuela*, y, en ese aspecto, de mérito singular; el procedimiento *realista*, a la francesa, y en parte a la española, está aplicado allí mejor que en cualquier otra novela mexicana: sistemáticamente, pero con discreción, y sobre asunto sencillo, que

permite dar amplitud y énfasis a la descripción de la vida ambiente. La musa bohemia es obra de transición entre los moldes de escuela y la manera original. No da, por lo tanto, la impresión de unidad maciza que obteníamos de La Chiquilla; en cambio, interesa más hondamente, sugiere mucho más. Está dividida en tres partes, y puede decirse que cada una de ellas representa una dirección. La primera parte es todavía labor de escuela, de técnica laboriosa, segura; exposición lenta y metódica donde se definen las posiciones espirituales de los personajes y sus relaciones con el medio. En la parte segunda, el novelista se abandona a sí mismo; su novela lo arrastra, lo excita, y las situaciones se suceden rápidas, trazadas con mano ardorosa, pero segura: el procedimiento es ya personal, y nunca flaquea. La tercera parte, que es muy breve, oscila entre la manera personal y la de escuela: es lo más endeble de la obra.

La novela, a mi juicio, está resumida en la segunda parte: allí está todo el conflicto. Y lo personal de la técnica estriba en que ese conflicto se desarrolla exclusivamente en el alma de los protagonistas. El novelador y el dramaturgo se revelan siempre a plenitud cuando francamente van a las raíces de la vida espiritual, cuando se arriesgan a presentar sus personajes y situaciones como entidades y fenómenos con su individualidad y espontaneidad propias, con su propia ley interna de desarrollo. La suprema verdad artística es siempre verdad espiritual, que, en el drama y en la novela puede llamarse, según la terminología científica al uso, verdad psicológica. Cuando esa verdad se alcanza en una obra, poco importa que en ella lo exterior no tenga aspecto ni consistencia de realidad, o los tenga sólo en consonancia con la concepción espiritual; y por eso es más real un drama de Maeterlinck, con desarrollarse en país indefinido o indefinible, que todo el realismo fotográfico de un Brieux. Ya ha dicho profundamente Bergson que el arte abandona la simulación de la realidad cuando encuentra medios superiores de producir la emoción estética.

La realización de la *verdad psicológica* exige en el novelista independencia absoluta o punto menos. La descripción de cosas extemas puede hacerse según modelos, y resulta estimable, ya que no excelsa; pero nada hay más falso y efímero que la psicología de imitación y de fórmula. El modo de ver la vida en sus aspectos individuales es necesariamente más autónomo, más personal, que el modo de ver la naturaleza—la cual muchos desconocen ya— o de ver la sociedad como conjun-

to, pues su misma extensión indeterminada la hace inaccesible para los demás.

Carlos González Peña, que en La Chiquilla esquivó prudentemente las complicaciones psicológicas, ahora, en La musa bohemia, afronta un conflicto de dos almas. Su fuerza no se ha mostrado tanto en la psicología de los personajes como individuos cuanto en la de las situaciones por que atraviesan ellos. Las páginas centrales del libro, que contienen esas situaciones conflictivas, son probablemente lo mejor que ha escrito el novelista mexicano; y tienen su significación propia dentro de la novela de América española. El venezolano Díaz Rodríguez, uno de los artistas más sobriamente exquisitos de nuestro idioma, ha escrito páginas de psicología sutil e intensa. El uruguayo Carlos Reyles ha sabido describir, con rigor analítico, aspectos morbosos de la inquietud moral en nuestras sociedades. Las páginas de González Peña tienen otro carácter: poseen sabor espontáneo; en ellas corre el aliento de una vida en que el autor mismo está viviendo y que no puede copiar con frialdad: impresión semejante da la novela Vida nueva, del chileno Emilio Rodríguez Mendoza, aunque en ella hay algo del pesimismo de Reyles. Por eso, en González Peña falta a veces perspectiva: las cosas suelen presentarse confusas por lo cercanas; pero hay, de todos modos, vida.

Los protagonistas de *La musa bohemia* no interesan tanto por sí mismos como por el conflicto que los envuelve. Pero si bien quedan en la sombra porciones de sus espíritus, no son personajes endebles. El espíritu sentimental, pero superficial y egoísta, con fácil don artístico y escasa fuerza moral, de Mauricio Villaescusa, está tomado *sur le vif: es toda una juventud.* El de Nita es más enérgico, contiene más elementos de humanidad real y profunda: según mi amigo Escofet, es el mejor personaje creado por González Peña.

Pero no ha perdido el autor de *La Chiquilla* el poder, que en aquella novela reveló, de dar vivida expresión a los personajes secundarios; en *La musa bohemia*, la familia Méndez y sus adlátares forman una colección de tipos interesantes, pintados a veces con amor, con mano delicada y afectuosa.

En su aspecto moral, el ambiente donde se mueven los personajes de *La musa bohemia* es plenamente, *espontáneamente*, mexicano: se advierte que el autor lo conoce y lo refleja, de modo enérgico, más por-

que en él vive que por haberlo estudiado a paciencia. El tono moral del medio lo ha dado, pues, sin esfuerzo; y la falta de perspectiva resta bien poco al efecto obtenido. Donde sí se nota esa deficiencia es en la descripción de cosas externas: salvo momentáneas excepciones, la naturaleza, la ciudad, los interiores, aparecen en La musa bohemia desprovistos de carácter propio. Y es que el sentido de lo característico en las cosas exteriores se desarrolla necesariamente por ejercicio de comparación, por la observación de diversidades; ya indicó Rodenbach cómo en Francia los escritores hijos de provincia (Daudet, por ejemplo) sólo saben describirlas después de vivir en la capital. Todo lo característico de la naturaleza y de la vida exterior de México, que salta a los ojos del visitante extranjero, resulta generalmente incoloro en las páginas de González Peña, a pesar del empeño con que está descrito. En las ciudades de la América española se vive, nominalmente, al modo europeo; y la sola lectura no basta a hacer perceptibles las diferencias, a veces enormes, a veces sólo de matiz, que existen entre nuestra vida y la del Viejo Mundo. Además, tendemos espontáneamente a colocar nuestras cosas en el plano de Europa; y así, mientras nos causa disgusto el ver cómo las manifestaciones de alta cultura no encuentran eco en la vida social, -pues nos hacemos la ilusión de que debiera existir el público—, nos indignamos cuando un europeo o un norteamericano nos visita y relata después cómo vegeta en estos países una ingente población que no sabe leer y apenas si se viste. Necesarios son la experiencia real, el conocimiento activo de otras varias regiones, para que podamos sorprender lo característico de la nuestra. Portugal, por ejemplo, pasaba a los ojos de todos como un país no muy diverso de España; y sin embargo, un hombre que viajó por toda la tierra, el incomparable Eca de Queiroz, logró dar el trasunto de la vida portuguesa, su carácter, en lo espiritual y en lo extemo, peculiar, típico, inconfundible.

González Peña, ya lo he dicho, nos da la impresión moral de México: reflejo inevitable en quien, como él, vive realmente la vida de su país y se propone no falsearla con vanas fantasías; pero no ha logrado sorprender todo el carácter de las cosas materiales que le rodean. En cambio, si no es nacional, regional, como descriptivo, sí se muestra personalísimo en las impresiones que le producen la naturaleza y la vida. La luz (el color pocas veces), el aire, los ruidos, los olores, las comidas, así como el movimiento, los actos y los gestos expresivos de

la vida humana, están descritos vigorosamente, sentidos con naturalismo franco, no de escuela, en las páginas de La musa bohemia.

\*\*\*

Por último, en el estilo de *La musa bohemia* se nota espléndido avance sobre *La Chiquilla*. Los párrafos son de buena arquitectura; el lenguaje, castizo y animado; su casticismo nada tiene que envidiar ya al de otros escritores tenidos por modelos de gusto clásico y cuya pretendida pureza está llena de afrancesados dejos, heredados de los incorrectos prosistas del siglo XVIII. Con el abandono de cierto amaneramiento en el uso de las formas verbales, con un esfuerzo por depurar la frase en algunos momentos que deben ser *expresivos*, y, en general, con algo más de sobriedad y de selección, González Peña será todo un estilista. Yo confío en que su novela próxima nos lo revelará ya plenamente personal y dueño de sí mismo en *manera* y estilo.

▶ El Mundo Ilustrado, 20 de febrero, 1910, pp. 5-6.

#### Señora ama de Benavente

La obra puesta en escena anoche por la compañía Pino-Thuillier, ofreció interés de novedad casi como un estreno. La compañía "Fábregas", la había dado a conocer recién estrenada en Madrid; pero no la representó muchas veces.

Señora Ama es obra hábilmente hecha. Aunque se desarrolla en un medio que Benavente gusta poco de copiar, ofrece todas las cualidades y los defectos de su técnica dramática: diálogo chispeante, cuando no se extiende en párrafos un tanto oratorios; sátira social animada, pero generalmente superficial; psicología femenina, a veces honda, rara vez completa; psicología de los hombres, hábil sólo en lo que toca a sus relaciones con las mujeres.

En verdad, la obra no revela nada nuevo en Benavente. Aunque pasa entre gentes ricas y pobres de pueblo y campo, los dos protagonistas, Feliciano y Dominica, son en el fondo idénticos a los de *Rosas de oto-*  $\tilde{n}o$ : él, guapo, galanteador, superficial, satisfecho de sí mismo; ella, amorosa, tolerante, sufrida, en el fondo sabedora de que sólo ella le domina. La mujer en *Señora Ama*, es algo diversa, pero sólo en modales: es brusca y vulgar, mientras la Isabel de *Rosas de otoño*, es toda distinción.

Los personajes secundarios, aunque llegan a ser escandalosos, no difieren esencialmente de los aristócratas que aparecen en la mayoría de las obras de Benavente: como para aquéllos, su principal ocupación parece ser comentar las vidas ajenas y llevar noticias de un lado a otro. El tipo de más "humanidad", es, acaso, la firme y bonachona Gubesinda.

La interpretación, a la misma altura en que la ha sostenido la compañía Pino-Thuillier. Rosario Pino dejó de ser la mujer toda discreción y suavidades: hizo una más franca e inculta; eso sí, no cayendo nunca en la vulgaridad, y siendo siempre, y en esencia, muy mujer.

A Thuillier cada vez se le ve más "a son aise" en la comedia moderna. El resto de la compañía, muy atinados: celebradísima, la excelente Gubesinda de la señora Caro.

Actualidades, México, 16 de octubre, 1909.

#### POR LA INMIGRACIÓN

Sr. Fed. Henríquez y Carvajal Santo Domingo

## Caro tío y padrino:

Recibí con su última carta, el folleto *Por la inmigración* del Lic. Don Francisco J. Peinado y el *Voto cívico* en que usted lo comenta: y me felicito por haber podido leer el trabajo del distinguido abogado.

Se comprende que toda la prensa del país haya concentrado su atención en trabajo de tan absorbente interés; muy pocas veces se lleva al estudio de los problemas nacionales un sentido práctico tan seguro, asesorado por tan sólidas razones de ciencia y derecho. Y es que todos sabemos que en el país se vive mal, en el orden doméstico y en el público, en el material y en el intelectual, pero muy pocos saben localizar los males, ni menos proponer remedios.

El folleto del Lic. Peinado escandalizará a los timoratos, a los que, encerrados en las calles céntricas de las ciudades y en la vida artificial que se mantiene a sueldo fijo, sin contacto con la tierra productora, desconocen la vida real del país; pero a los fuertes de espíritu no los desalentará, sino que los incitará al trabajo. No es pesimista el ánimo que inspira esas páginas nutridas de verdades terribles; el pesimista se habría negado a buscar remedio a los males de la desorganización, y se habría cruzado de brazos esperando ver llegar la disolución de nuestra sociedad.

Se dirá que el folleto no indica ventajas para atraer a la inmigración, salvo las naturales del suelo y las derivadas de nuestra posición geográfica; que esas mismas acaso podrían haberse valuado en más. Pero ¿a qué bueno, cuando (como usted indica) el folleto no se dirige a los extranjeros para atraerlos, sino a los dominicanos para enseñarlos a llamar inmigración? Bien está que en 1785 el Racionero Sánchez Valverde ponderara el valor de la isla, para dirigir hacia ella los ojos de España, pues bajo el régimen colonial, nada podíamos hacer por noso-

tros mismos, y todo teníamos que pedirlo a la metrópoli desdeñosa; pero las condiciones han cambiado: no hay metrópoli a que acudir, y todo acto de progreso han de realizarlo los habitantes de la República.

Aunque el folleto se titula *Por la inmigración* y en su primera página se dice que "después de la organización de la hacienda pública el problema más importante... es el de promover la inmigración de gente blanca, sana y laboriosa," la atención del autor no se dirige principalmente al modo inmediato de atraer al inmigrante, sino a las reformas generales que es preciso realizar en todo el país para que pueda llegar la inmigración. Para mí el problema de la inmigración no es el primero ni el segundo problema nacional: el mismo Licenciado Peinado lo demuestra al preocuparse sobre asuntos de higiene, de derecho, de instrucción, de comunicaciones. Creo que no han perdido fuerza todavía las palabras de Espaillat: La inmigración la tenemos dentro del país mismo; cuando nuestros braceros estén aptos para producir más, será como si hubiésemos duplicado en número.

Pero los latino-americanos somos singularmente desidiosos en lo que atañe al mejoramiento de las clases bajas. En los Estados Unidos, a pesar del desdén con que se mira a la raza negra, el gobierno se impuso el deber de civilizarla tan pronto como la declaró libre, y con el tiempo surgió de la misma raza liberta un civilizador: el ilustre Booker T. Washington, director de la maravillosa y ya enorme Escuela de Tuskegee, donde se enseña, sobre todo a trabajar. Mientras tanto, en México, por ejemplo, la ingente población indígena se arrastra, misérrima a través de los campos mal cultivados y de los pestilentes barrios bajos de las ciudades, sin que se vea surgir un esfuerzo tendente a libertarla de la esclavitud bajo el patrón (que a veces asume forma de compra, como en Yucatán;) esclavitud bajo la autoridad política, que dispone del indio a su antojo, especialmente en las aldeas, esclavitud por ignorancia, esclavitud por malas costumbres, esclavitud por inferioridad de trabajo. En la presente y agitada campaña política, uno de los más serios cargos que han podido lanzarse al gobierno de Porfirio Díaz, que ya dura treinta y tres años (un tercio de siglo de independencia) es la pregunta del Dr. Lara Pardo: ¿Qué habéis hecho por el indio? Y otro joven escritor, el Lic. Vasconcelos, en interesantes estudios económicos, ha analizado el error cometido por el grupo gobernante al fomentar la riqueza solamente en favor de la Hacienda pública y de los capitalistas

descuidando la principal fuente de riqueza: la capacidad productora del individuo.

El Licenciado Peinado no desconoce estas necesidades: nuestros campesinos y nuestros obreros necesitan instrucción, principalmente instrucción industrial y agricultórica; aprender a leer no es todo; necesitan aprender a sacar de la tierra y del trabajo mayores y mejores frutos, y a ofrecerlos sin engaños al comercio. Pero a su penetrante ojo de jurista no se escapa que aún eso no es bastante: necesitamos una reforma que destierre los restos de régimen militar subsistentes en nuestra organización jurídica y convierta al gobierno en "esencialmente civil," como cantan todas nuestras Constituciones; que atienda a garantizar la vida y la libertad unificando y regularizando la justicia y estableciendo sobre bases lógicas y practicables el servicio militar; que destierre absurdos legislativos como los que se refieren a cuestiones rurales; que obligue a atender mejor a la higiene y a la instrucción. Y su sentido práctico señala la necesidad de comunicaciones, sin las cuales será siempre imposible sacar provecho a los productos del suelo; la necesidad de suprimir los inicuos derechos de exportación; la necesidad de disminuir el personal gubernativo de "empleados de lujo", cosa menos factible que las otras, pero que el autor cree podría realizarse dando a esos mismos empleados ocupación en obras públicas que se emprendan.

No precisa el Licdo. Peinado si todo eso ha de realizarlo el gobierno. Sus observaciones sobre los absurdos de nuestra legislación debieran ser correctivo enérgico a nuestra ceguera legislativa, que acomete reformas tras reforma dejando en pie absurdos esenciales; pero ¿puede el gobierno central y local, realizar programa tan vasto y tan urgente como el que contiene el folleto? Debemos resignarnos a confiar en ello, ya que entre nosotros bien poco puede esperarse de la escasa riqueza y la cuasi nula iniciativa de los particulares.

Cuando todo eso se lleve a la práctica, dice el Lic. Peinado, podremos llamar a la inmigración. Yo dudo que aún entonces vengan, y sigo creyendo que ella nos interesa menos que los problemas anteriores. Es cierto que la única región del mundo que recibe verdadera inmigración es la América, pues al Asia, al África y la Oceanía se va, pudiéramos decir, a colonizar: cada emigrante va a tierras ocupadas por su nación; políticamente no sale de ella. El emigrante que viene a América está dispuesto a perder su nacionalidad si la nueva le conviene más. Los

Estados Unidos quizás deben mucho a la inmigración europea, según vulgarmente se dice; pero lo cierto es que los inmigrantes deben mucho más a los Estados Unidos, y los que se naturalizan políticamente ya se habían americanizado moralmente por entero. El sello nacional de los Estados Unidos es a tal punto enérgico que la enorme afluencia de europeos no ha logrado alterarlo en ningún punto esencial.

Pero ya en la misma inmigración hay competencia. Sigue afluyendo a los Estados Unidos, que ya no la necesitan, porque el incentivo es grande; pero en la América del Sur se va haciendo necesario llamarla. La Argentina, cuyo inmenso territorio explotado por población escasa ya rica exige nuevo contingente humano, hace en Europa una formidable propaganda para atraer la inmigración. En México, cuyas riquezas son universalmente elogiadas, el contingente anual de inmigrantes ha sido siempre y es todavía irrisorio. ¿Podemos los dominicanos confiar en que, por vivir en orden y en salud irán hacia nosotros los extranjeros? ¿Vamos a hacerle competencia a la Argentina? Aun cuando se supiera que ya nuestros gobiernos son estables, que nuestra legislación es esencialmente civil, que nuestra higiene es aceptable, que nuestras comunicaciones son fáciles, persistiría el temor al clima cálido, agobiador, mortífero muchas veces; sería necesario (para atraer agricultores, que es lo deseable) emprender propaganda, e higienizar a todo costo grandes extensiones de terreno que para los dominicanos no ofrecen peligro de enfermedad.

Esforcémonos, pues, por realizar el programa del Lic. Peinado, no *por la inmigración*, sino por nosotros mismos. Después... veremos si nos urge recibir inmigración, y si ella quiere acudir.

Siempre Afmo., su sobrino.

<sup>▶</sup> Oiga!..., núm. 263, 20 de noviembre, 1909.

## Página de historia real Universidad de Santo Domingo en la Isla La Española

En esta Ciudad hubo dos Universidades, hasta que se verificó la expulsión de los Regulares de la Compañía.¹ Posteriormente ha quedado sólo la que se estableció por orden del Emperador Carlos V,² concedida a los Religiosos Dominicos, quienes obtenían al principio todos los empleos; pero en el día los disfrutan a medias con los Seculares (seglares), conservando sólo exclusivamente el Cancelariato, para el que nombra un Religioso el Capítulo Provincial.

El Convento (Dominico) ayuda a la Universidad, reputándose varias cosas por comunes. Aquel sostiene una cátedra de Prima y otra de Vísperas, de Teología, y una de Filosofía; y ésta otras de Filosofía, una del Maestro de las Sentencias, dos de Derecho Canónico, dos de Civil y una de Medicina: en unas y otras se gana curso.

Las de los Frailes se proveen según los estatutos que para este fin les prescribe su religión; y las otras se dan por oposición, a que abre concurso la Universidad.

Las Cátedras no tienen dotación alguna, pero son bastante lucrosas, porque la Universidad a su ingreso da al nuevo Catedrático la borla de la Facultad gratuitamente, y propina en todos los grados; y si es el Catedrático de Prima tiene, además de ésta, un derecho de borla que se compensa con 6 pesos fuertes, de modo que un Catedrático tiene propina en todos los grados de cualquier Facultad: si es en la que tiene Cátedra, dos: una de ella y otra por Doctor; y si es de prima, tres o más: la de Catedrático, Doctor y el derecho de borla que inmutablemente son los seis pesos fuertes.

<sup>&</sup>lt;sup>1</sup> Los Jesuitas expulsados de España y sus posesiones en 1767, por orden de Carlos III.

<sup>&</sup>lt;sup>2</sup> Por esta razón, la Universidad de Santo Domingo era *Imperial* y no simplemente *Real*.

El número de Doctores de Regular asistencia ascenderá a 50, y el de cursantes en todas facultades a 200.

MÉXICO, FEBRERO DE 1910.—El trabajo que actualmente tengo emprendido, por encargo del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes de México, (la formación de una antología de poetas y prosadores mexicanos pertenecientes al siglo de la independencia) me ha dado ocasión de encontrar datos sobre nuestro país, y me propongo enviarlos al Ateneo Dominicano para que sean conocidos.

Diré a V. que he encontrado el *Trofeo de la justicia española*, libro pequeño, referente a nuestras luchas con los franceses en el siglo XVII y escrito a fines del mismo siglo por el célebre polígrafo mexicano Carlos de Sigüenza y Góngora: ignoro si esta obra es conocida de nuestros historiadores.

Así mismo he encontrado noticia de un dominicano, ilustre, Don Jacobo de Villa Urrutia, Oidor de la Audiencia de México, fundador en 1805, del primer diario mexicano, y de una Academia literaria en Madrid. Procuraré formar su biografía.

Por ahora me limito a copiar los datos que sobre nuestra Universidad contiene (aunque no sé si son todos exactos) la *Guía histórica de las Universidades*, *Colegios, Academias y demás cuerpos literarios de España y América, en que se da noticia de sus fundaciones y estado actual*, publicada en Madrid, en la Imprenta Real, el año de 1786.

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA.

П

SIGÜENZA y GÓNGORA.—Vivió en la segunda mitad de la 17° centuria: de 1645 a 1700. De él —pues escribió sobre cosas de la Española—hace mención el estimable bibliógrafo cubano Carlos M. Trelles, de Matanzas, en la sección dominicana de su obra *Ensayo de Bibliografía Cubana*, edición de 1907. El título del pequeño volumen es bien explícito: "Trofeo de la Justicia Española en el castigo de la alevosía francesa que, al abrigo de la armada de barlovento, executaron los Lanzeros de la Isla de Santo Domingo, en los que de aquella nación ocupan sus costas. Debido todo a providentes órdenes del Exmo. Sr. D. Gaspar de Sandoval Cerda Silva y Mendoza, Conde de Galve, Virrey de la Nueva España. Escríbelo D. C. de Sigüenza y Góngora, Cosmógrapho y Cathedrático de Mathemáticas del Rey N.S. en la Academia Mexicana"—

En México, por los Hnos. de la Vda. de Calderón.—Año de M.D.C.X.C.I.—En 4ª, 4-100 ps.

En esta obra —dice Trelles— se lee un epigrama en latín escrito por el primer poeta de Puerto Rico: el Pbro. Fco. Ayerra.

VILLA-URRUTIA. — Son dos hermanos, Antonio y Jacobo, ambos nacidos en Santo Domingo. El primero, en 1755; el segundo, en 1757. De ellos hace mención el señor Trelles en el citado volumen. Se graduaron en México y Jacobo cursó en las Universidades de Valladolid y de Toledo.

Esos datos los aporta Beristáin. En Madrid, de 1786 a 1787, publicaron un periódico intitulado El Correo de los Ciegos. Allí publicó Antonio una Disertación histórica-canónica sobre las exenciones de los Regulares de la Jurisdicción Ordinaria Episcopal, bajo el seudónimo de Fco. Osorio. Jacobo —a quien se debe, según el nuevo dato producido ahora, la fundación del primer diario mexicano— fue más facundo y alcanzó mayor relieve. El Ensayo bibliográfico cita, como suyas, estas, obras: "Estatutos para una Academia teórico-práctica de Jurisprudencia de la ciudad de Valladolid". Ms. de 1780.— "Pensamientos escojidos de las máximas filosóficas de Marco Aurelio y de Federico I de Prusia", por Jaime Villa López, (seudónimo) Madrid, 1786.— "La Escuela de la Felicidad", por Diego Rulavit y Laur, (anagrama) Madrid, 1786.— "Memorias para la Historia de la Virtud", novela moral, (traducción) Alcalá, 1792. En 4 tomos.

IMPERIAL Y PONTIFICIA.—Consta que, creada por Carlos V, en 1558, quedó establecida en la Ciudad Primada de América la Imperial y Pontificia Universidad de Santo Domingo, bajo el patronato de Santo Tomás de Aquino, anexa al Convento Dominico; pero no que hubiese dos centros universitarios, que conviviesen en un medio de población escasa, ni tampoco que la una, la disuelta, fuese de la poderosa Compañía de Jesús.

Los Jesuitas tuvieron aquí, en la cortesana calle de Las Damas, luego de Colón, su casa propia: convento e iglesia, abandonados desde la expulsión de la Compañía en 1767. El convento se ha convertido en una serie de casas particulares; el templo sirve de teatro desde el año 1859.

¿Tuvo esa casa de los hijos de Ignacio de Loyola atributos universitarios?³

▶ Ateneo, núm. 4, mayo, 1910, pp. 31-32.

<sup>&</sup>lt;sup>3</sup> N.d.e. Al final de esta parte del texto aparece la firma de Federico Henríquez y Carvajal, tío de Pedro Henríquez Ureña y editor de la revista *Ateneo*. Creemos que se trata de un error en la edición, ya que el tío escribía a la usanza antigua –*i* en lugar de *y*–, además de que el estilo sólo concuerda con el de PHU.

## Cultura antigua de Santo Domingo (La Española)

Cumplo lo ofrecido respecto de los datos que he ido encontrando aquí sobre la historia intelectual de Santo Domingo, y envío ahora, para su publicación en *Ateneo*, algunos artículos biográficos sobre personajes de significación intelectual que nacieron o vivieron en nuestro país durante la época colonial. Claro está que no todo lo que yo encuentre podrá tener novedad; pero, de todos modos, confío en que estos datos despierten el interés de quienes entre nosotros cultivan la historia y puedan ser completados por ellos o bien servirles para completar noticias que ya posean.

Los artículos que copio proceden de la famosa *Biblioteca Hispano-Americana Septentrional*, del sacerdote mexicano Beristáin de Souza, obra publicada de 1816 a 1821, en tres tomos, y de grandísima utilidad para la historia de América, especialmente la historia literaria, pues contiene unas cuatro mil biografías, con datos bibliográficos más o menos precisos; pero cuya primera edición se ha hecho rarísima, y cuya edición segunda (Amecameca, 1883), medianísima en su parte tipográfica, también es de difícil consecución.

La historia literaria de Santo Domingo, durante los tres siglos de dominación española, está por hacer. Sin embargo, con los datos ya publicados en diversos libros (especialmente en la *Antología de Poetas Hispano-americanos* con prólogo de Menéndez y Pelayo) y con los que ahora he obtenido de la *Biblioteca* de Beristáin, puede formarse ya una serie, no corta, de nombres de personajes más o menos significativos en el orden intelectual, aunque desgraciadamente la mayor parte de estos escritores no fueron nacidos en Santo Domingo.

La lista debe iniciarla el mismo Descubridor, que nos consagró páginas, imperecederas. Nos visitó también, aunque muy joven, su hijo D. Fernando, verdadero hombre de letras y "patriarca de los bibliófilos modernos". Sigue, en el siglo XVI, una multitud: Hernán Cortés (nada despreciable como escritor); Fray Bartolomé de las Casas; Gonzalo

Fernández de Oviedo; probablemente Juan de Castellanos (¿pudo dejar de detenerse en Santo Domingo, cuando nuestro país era punto de escala obligatorio, y, más que punto de escala, punto de descanso en donde se decidía el nuevo rumbo que había de seguir?) Fray Alonso de Espinosa, dominico, primer americano que escribió y publicó un libro; Lázaro Bejarano, Juan Méndez Nieto y Luis de Angulo, a quienes descubrió el americanista Jiménez de la Espada (véasela Antología antes dicha); Doña Elvira de Mendoza y Sor Leonor de Ovando, primeras poetisas del Nuevo Mundo; Eugenio de Salazar, poeta español muy distinguido entre los de segundo orden; Francisco Tostado de la Peña (de los cuatro últimos da noticia Menéndez y Pelayo en la Antología); el arzobispo Fuenmayor; Fr. Román Pane, autor de la primera exposición de la mitología de los indígenas (corre impresa con la Vida del Almirante que se atribuye a Fernando Colón); Fr. Tomás Berlanga, Fr. Pedro de Córdoba, Fr. Pedro Angulo, Fr. Tomás Torre, Fr. Tomás Ortiz, y los arzobispos Geraldino y Ramírez Fuenleal, de quienes habla Beristáin. Estos pertenecen al siglo XVI.

En el siglo XVII encontramos, además de Tirso de Molina y de Bernardo de Valbuena, que asistió al concilio provincial de Santo Domingo en 1622, a Fray Agustín Dávila Padilla, mexicano, a Jerónimo Chacón y Abarca, Luis Jerónimo Alcocer, Francisco Facundo Carvajal, Fernando Diez Leiva, Baltasar Fernández de Castro, Baltasar López Castro, Pedro Sanz de Morquecho, Gabriel Navarro de Campos, Fr. Domingo Valderrama, Fr. Pedro Oviedo, D. Juan Vela, y el gobernador Juan Francisco Montemayor y Cuenca.

En el siglo XVIII, a Diego Antonio de Oviedo y Baños, Diego Núñez Peralta, Francisco Pujol, Fray Agustín de Quevedo Villegas, Fr. Pantaleón Álvarez de Abreu, y el mexicano Francisco Javier Gamboa. Ya a fines de ese siglo es más fácil orientarse. Sin embargo, rara vez se recuerda, a propósito de cuestiones intelectuales, que entre nosotros residió D. Francisco Javier Caro, que entre otros títulos tiene el de haber sido tronco de la ilustre familia colombiana que lleva su apellido. Pronto enviaré la biografía que escriba de D. Jacobo de Villaurrutia.

En cuanto a la imprenta: ¿no se sabe la fecha en que fue introducida en Santo Domingo? Un historiador norteamericano, Isaiah Thomas, dice que lo fue a principios del siglo XVII; pero ni da la fecha ni tampoco la fuente de su noticia, si bien parece apoyarse en Moreau de Saint Mery.

Si esto fuera cierto, Santo Domingo habría sido la tercera ciudad de América que tuvo imprenta, después de México (1536) y de Lima (1583), y antes que Puebla (1640) y Guatemala (1660).

México, agosto de 1910.

#### **EXTRACTOS**

Biblioteca Hispano-Americana o Catálogo y noticia de los literatos que, o nacidas, o educados, o florecientes en la América septentrional española, han dado a luz algún escrito o lo han dejado preparado para la prensa,—por B. José Mariano Beristáin de Souza.

ILUSTRISIMO D. ALEJANDRO GERALDINO. — Natural de Roma, como quiere Gil González Dávila, o de Ameria, en el Ducado de Espoleto, como escribe D. Nicolás Antonio. Tuvo un hermano llamado Antonio, hombre de gran mérito; y ambos sirvieron a los Reyes Católicos en empleos muy honoríficos. Nuestro Alejandro siguió primero la carrera de las armas, y sirvió en los ejércitos contra D. Alonso, Rey de Portugal. Fue después copero de la Reina Doña Isabel; acompañó a su hermano Antonio a diversas embajadas; y a su vuelta a España se ordenó de sacerdote, y fue capellán real y maestro de las infantas. El Papa Alejandro VI lo nombró Obispo de Monte Corvino el año 1496, y el Emperador Carlos V lo presentó en 1515 para primer Obispo de la Isla de Santo Domingo. Antes de pasar a esta, lo envió el César a Roma, donde asistió al V Concilio Lateranense, en cuyas actas se lee así su nombre: "Rev. Pater Dom. Alexander Hieronymus, Sancti Dominici Insulæ Híspanæ". Allí pidió al Pontífice el título de Legado en todas las tierras nuevamente descubiertas y por descubrir; pero no se le concedió. En 1520 partió para su Obispado; celebró allí los primeros Órdenes sagrados, que vio el Nuevo Mundo; comenzó la fábrica de la Santa Iglesia Catedral; y falleció santamente en 1525, ya septuagena-

\_

<sup>&</sup>lt;sup>1</sup> Nota del Ateneo: "La edificación de la Catedral Primada de América tuvo principio en 1511, terminó en 1540."

335

rio.<sup>2</sup> Escribió) según Ughelo, en su *Italia sacra*, catálogo de los Obispos Vulturarienses, lo siguiente: Itinerarium ad Regiones sub Æquinoctiali plaga constitutas, Roma, 1631. Está dedicado al Cardenal Barberino por Onofre Geraldino, que se dice sobrino de nuestro autor. Pero no puede ser el que Gil González Dávila pone por primer canónigo y provisor de nuestro Obispo, pues sería necesario darle ciento y treinta años de edad. Pudiera decirse que la edición se hizo en 1531; pero el Cardenal Barberino no existía entonces, pues nació en 1597 y lo hizo Cardenal su tío Urbano VIII en 1623. D. Nicolás Antonio dice que este Itinerario contiene cosas admirables e increíbles; entre las cuales acaso es la principal, como notó Gil González Dávila, haber estado el Sr. Geraldino en una isla de América donde no contaban las noches por tiempo del año, y preguntando por qué, le fue respondido: "lo que se pasa durmiendo no debe contarse por tiempo".— Escribió también: Epitome Conciliorum et Romanorum Pontificum. — Carmina Sacra, Lib. 21.— Epístolas, Lib. 2.—Varia Officia Sanctorum.—Vita S. Benedicti carmine Saphico.—Orationes ad Principes Christianos contra Turcas.—De Latii et Romæ laudibus.—De educatione nobílium puerorum.—De Officio Principis.—Vita Catharinæ, Angliæ Reginæheroico carmine.—Elegía virorum illustrium ab Ænea ad Pompejum.— De quantitate sillabarum et carminum compositione.—Invectivæ lyricæ in malam feminam.—Monumenta Antiquitatum Romanarum.

ILUSTRÍSIMO D. SEBASTIÁN RAMÍREZ FUENLEAL.— Natural de Villaescusa, en la diócesis de Cuenca, hermano menor o sobrino del célebre obispo de Astorga, Málaga y Cuenca, Don Diego, fundador del Colegio Mayor de Cuenca de Salamanca. fue colegial nuestro D. Sebastián del mayor de Santa Cruz de Valladolid, Oidor de Granada, Obispo de la Isla de Santo Domingo y Presidente de su Audiencia Real; Visitador y Presidente de la Nueva España que A su atención y prudencia debe lo bueno que hay en ella, como se explica Gil González Dávila. En efecto, la grande obra del inmortal Cortés se habría destruido si la Emperatriz, esposa de Carlos V, que, en ausencia de éste en Alemania, gobernaba los reinos de Castilla, no hubiese mandado pasar al señor Fuenleal a México el año 1530, removiendo del mando a Nu-

<sup>&</sup>lt;sup>2</sup> Nota del Ateneo: "Sus restos yacen en la capilla del Cristo, en la misma Catedral, en un sepulcro alegórico".

ño de Guzmán y a los Oidores Matienzo y Delgadillo, turbadores de la paz, déspotas insufribles, enemigos acérrimos del invicto conquistador (cuyos bienes tuvieron la temeridad y osadía de vender en pública almoneda) y tiranos crueles de los indios. La nueva Audiencia, compuesta de hombres escogidos entre los mejores, y el nuevo Presidente Fuenleal, varón religiosísimo e integérrimo, celoso y activo, dulce y prudente, gran honrador de Cortés, restituyeron el orden, la confianza y la alegría universal. Sería necesaria una Historia para describir los beneficios que nuestro D. Sebastián hizo a la Nueva España, y por consiguiente a la metrópoli. Pero no omitiré aquí su índice; aunque incompleto. El impuso graves penas a los que maltratasen a los indios; prohibió la esclavitud de estos, y corrigió los abusos de las encomiendas; hizo ordenanzas para las minas; arregló los aranceles; estableció la apelación de las sentencias de los gobernadores, que llevaban pena de muerte o de mutilación, para la Audiencia Real; y la de otras de este Tribunal para el Consejo de España; avivó la fábrica de la Catedral de México, comenzada por Cortés, y suspendida por sus émulos; fundó muchos templos, monasterios y edificios públicos; y entre estos la primera Casa de Moneda; dividió las jurisdicciones de los pueblos y las Diócesis; y en consecuencia se nombraron Obispos; promovió la agricultura, la cría de ganados y el comercio; levantó puentes de piedra, compuso las calzadas y abrió caminos nuevos; en una palabra, organizó la Nueva España en todos sus ramos; y por último fundó la muy noble, hermosa y magnífica ciudad de la Puebla de los Ángeles, comisionando para ello al Venerable P. Fr. Toribio Motolinia (Benavente) y al Licenciado Salmerón, Oidor de México. Regresó a España este grande hombre en 1531, y, promovido a los obispados de Tui, León y Cuenca, murió en Valladolid, de cuya Cancillería fue presidente, a 22 de Enero de 1547, y está sepultado su cuerpo en la Iglesia del Monasterio de Santo Domingo de Villaescusa, que él había fundado. Escribió: Relación de la Nueva España; hablan de este escrito el cronista Herrera y el bibliógrafo Pinelo.

CORDOVA (Fr. Pedro) nació en la Ciudad de Córdova, capital de uno de los cuatro Reinos de Andalucía, de ilustre prosapia, por el año de 1460. Estudió en la universidad de Salamanca, y allí tomó el hábito de Santo Domingo. Encendido en el deseo de la conversión de los gentiles del Nuevo Mundo, se embarcó para la Isla de Santo Domingo por

el año 1510, y fundó la Provincia de Santa Cruz de Orden de Predicadores. Zeloso e infatigable en la instrucción de los Indios, fue también acérrimo declamador contra los pecados, desórdenes y excesos de los españoles malos; y a él se atribuye la prodigiosa mudanza del célebre Fr. Bartolomé de las Casas, que siendo Clérigo, era encomendero de Indios, y hecho religioso Dominicano, fue luego su más invicto protector. El mismo Casas en su Historia apologética escribe así: "El principal religioso que con zelo de dilatar la fe católica pasó a la Provincia de Chiribichy fue un santo varón, llamado Fr. Pedro de Córdova, dotado de toda prudencia, doctrina, gracia señalada de predicar, y de otras muchas virtudes; y éste fue el primero que trujo y fundó la orden de Santo Domingo de estas Indias". En efecto, nuestro Fr. Pedro fue el primer Vicario general de su instituto en la América, y el primer Inquisidor de lo descubierto y por descubrir en ella. Fue así mismo el primero que predicó solemnemente a los españoles e indios de la citada Isla en la infraoctava de Todos Santos. A los españoles les predicó en presencia del Almirante Colón sobre la gloria del Paraíso; y a los indios sobre la creación y redención del hombre. Falleció en su convento de la Isla Española en la víspera de S. Pedro de 1525. Escribió muchos Sermones, Memoriales al Rey, e Instrucciones, que por falta de imprenta no llegaron a nosotros, pero se hallan en los archivos de Sevilla y Simancas; y sólo hallo publicado el libro siguiente:

Doctrina cristiana para instrucción de los Indios, por manera de historia: aprobada por el M. R. Sr. Lic. Tello de Sandoval. Inquisidor y Visitador de la Nueva España. Imp. en México por mandado y a costa del Ilustrísimo Sr. Arzobispo Zumárraga, año 1545 en 4°. Existe el único ejemplar que he visto en la Librería de los P. P. Franciscanos de Tezcuco.

*▶* Ateneo, núm. 10, año I, noviembre, 1910, pp. 14-18.

ANGULO (*Ilustrísimo D. Fr. Pedro*) alias de *Santa María*, natural de la Ciudad de Burgos. Pasó a la América Septentrional en 1524 y fue uno de los soldados, que por su valor y fuerzas sirvieron con más crédito en la conquista y pacificación de algunas Provincias de la N. E., hasta

que, llamado de Dios al estado religioso, tomó el hábito de Santo Domingo en México, donde profesó a 29 de Febrero de 1529. Acompañó al Ilustrísimo Casas en sus viajes al Perú, a la Isla de Santo Domingo, y a Guatemala, donde emprendieron ambos la conquista espiritual de la tierra de Tuzutlutlan, llamada entonces tierra de guerra: la que pacificada, convertida a la Fe, y civilizada por el zelo, predicación y dulzura de éstos y otros ministros evangélicos, mudó el nombre en el de Verapaz, con que después fue conocida. Fundó nuestro Angulo el Convento de León de Nicaragua, y el nuevo de Guatemala. Y habiendo representado al Cesar Carlos V. sobre el mal trato que algunos daban a los Indios, le escribió el Emperador el año 1543 una carta muy honorífica, comunicándole las benéficas providencias que había dado, y encargándole le avisase si se cumplían o nó. En 1551 fue electo primer Provincial de la Provincia de S. Vicente de Chiapa y Guatemala; y en 1559 lo presentó el Rey para primer Obispo de Verapaz, donde había sido el primer Apóstol. Pero falleció antes de consagrarse, en 1561, en un pueblo llamado Zalama, en la tarde del miércoles de Resurrección, en cuya mañana había dicto misa y predicado a los Indios. Fue elocuentísimo en las lenguas mexicana y zacapula, y el hombre más amante al estudio, pues aún en los viajes difíciles iba leyendo la Biblia o la Suma de Santo Tomás. Para que los neófitos se aficionasen a las letras, y se empapasen en la doctrina cristiana, compuso en lengua zacapula los siguientes Tratados:

De la creación del Mundo.—De la caída de Adán.—Del destierro de los primeros Padres. —Del Decreto de la Redención.— Vida, milagros y pasión de Jesucristo.—De la Resurrección y Ascensión del Salvador.—Del Juicio final—De la Gloria y el Infierno.

LUIS JERÓNIMO ALCOCER.—Abogado de la Real Audiencia de Santo Domingo en la Isla Española. Escribió, según León Pinelo, y existía manuscrito en la librería del Sr. Barcia, Estado de la Isla Española, sus poblaciones, frutos y sucesos; y de su Arzobispado, con la noticia de sus prelados desde la erección de aquella iglesia hasta 1650.

JERÓNIMO CHACÓN Y ABARCA.—Doctor en Leyes, Oidor de la Audiencia de Santo Domingo, y Fiscal de la de Guatemala. Escribió: *Decisiones de la Real Audiencia de Santo Domingo en favor de la autoridad* 

y jurisdicción real, imp. en Salamanca por Antonio Cosío, 1776 fol.: Alegación en defensa del Real Fisco sobre un navío que arribó ó, los puertos de Guatemala, imp. allí por Pinelo Ibarra, 1683, fol.

FRAY JOSÉ FONSECA.— Natural de la Ciudad de la Habana, del Orden de Santo Domingo, Maestro en Teología de la Provincia de Santa Cruz de la Isla Española. Escribió: *Noticias de los Escritores de la Isla de Cuba* (ms.). La tuvo y la cita el Illmo. Sr. Eguiara en su *Biblioteca*; pero yo no la he hallado.

FRANCISCO FACUNDO CARVAJAL.— Escribano de Provincia y Público de la ciudad de Santo Domingo en la Isla Española Escribió: "Relación del sitio que las armas inglesas, al mando de los generales Penn y Venables, pusieron *a* la ciudad y puerto de Santo Domingo el año 1655, y de la heroica defensa de los espanoles"; imp. en México por Calderón, 1656, 4°.

ILMO. D. FRAY AGUSTÍN DÁVILA PADILLA.— Nació en México el año 1562, siendo sus padres D. Pedro Dávila y Doña Isabel Padilla, hija de conquistadores. A los 16 años de edad recibió en la Universidad literaria el grado mayor de Maestro en artes, y a pocos meses el hábito de Santo Domingo, en cumplimiento del voto que había hecho por haberle Dios librado de perecer bajo las ruinas de una casa. Fue Rector de Filosofía y de Teología en los Colegios y Conventos de la Puebla y de México. Maestro ya por su Religión, Prior de Puebla y Calificador del Santo Oficio, fue electo Definidor por su Provincia para el Capítulo general, y Procurador a las Cortes de Madrid y Roma, adonde partió; habiendo introducido la costumbre de que sus Hermanos en América llevasen el Rosario descubierto por encima del Escapulario, lo que no usan los Dominicos de Europa. Su doctrina, zelo y elocuencia le merecieron del Rey Felipe III los títulos de su Predicador y Cronista de las Indias, y últimamente la Mitra de la Iglesia Primada de Santo Domingo, adonde pasó ya consagrado en 1601. Gobernó su Iglesia cuatro años, habiéndose distinguido por su caridad, por haber vivido como religioso en una celda del Convento de su Orden, y por el empeño o zelo con que solicitó e hizo quemar públicamente 300 ejemplares de una Biblia en castellano con notas luteranas, que los herejes

habían introducido en la Isla Española. Por su influjo mandó el Rey reponer de su Erario los ornamentos, vasos sagrados y demás utensilios que robaron a aquella iglesia los piratas de 1581. Murió este digno Prelado en la corta edad de 42 años, en el de 1604. El Sr. Páramo, en su obra intitulada De origine et progressu Officii S. Inquisitionis, escribe de nuestro Dávila así: "Magn. F. Augustinus Dávila Padilla, Sac. Theolog. peritissimus vir, evangélica eloquentia et oratione dissertissimus, ac doctrina et probitate morun conspicuus, et diligentissimus Iudicarum rerum indagator... quique nobis lumen attulit ad Inquisitionis Peruviensis scriptionem". Gerónimo Ghilini en su Teatro dei Litterati llama a nuestro arzobispo "il famoso dicitore dell etá sua", D. Nicolás Antonio le nombra: "Fervidus atque facundus Philippi III ecclesiastes". También hacen honorifica mención de nuestro autor, el Illmo. López en su Historia general del Orden de Santo Domingo, Gil González Dávila en su Teatro de la Iglesia de Santo Domingo. León Pinelo en su Biblioteca, y los dominicos franceses Quetif y Echard en su obra Scriptores Ordinis Prcedicatorum, y estos últimos pudieron haberse explicado con más exactitud para no dejar en duda si el Illmo. Dávila fue escritor original, o mero compilador de los PP. Moguer, Casas y Casteto; como si el historiador que tiene a la vista otras memorias históricas perdiese el mérito de autor. Escribió el Sr. Dávila Padilla: Historia de la Provincia de Santiago de la Nueva España, del Orden de Santo Domingo, imp. en Madrid. 1596,4°; reimp. en Bruselas 1625, fol. y en Valladolid, 1634; Historia, de las antigüedades de los indios, manuscrito que cita el P. Franco en su *Historia* y de la que dice Clavijero que no ha podido encontrarse; Elogio fúnebre del Sr. Felipe II, pronunciado en la Iglesia Mayor de Valladolid de Castilla, imp. en Sevilla, por Hidalgo, 1600, 4°.

FERNANDO DIEZ LEIVA.— Natural de Sevilla. Médico de la ciudad de Santo Domingo, capital de la Isla Española, cuyo nombre y escritos se escondieron a los Pinelianos, y a Egaiara en sus manuscritos y apuntes. Escribió: *Anti-axiomas morales, médicos, filosóficos y políticos:* o impugnaciones de algunas sentencias admitidas comúnmente por verdaderas; imp. en Madrid por Julián Paredes, 1682, 4°. Se divide el libro en tres secciones, y en ellas impugna con solidez, gracia y felicidad 60 axiomas vulgares. Por ejemplo: en lo moral: "Haz bien, y no cates a quien". En lo físico: "Motos est causa caloris".— En lo médico: "Bue-

na orina y buen color, dos higas para el Doctor". En lo político: "Nescit regnare qui nescit disimulare". La patria del autor se infiere del siguiente epigrama, que le dedicó el Arcediano de la Metropolitana de Santo Domingo, D. Bartasar Fernandez de Castro:

Siste, hospes, gressus, cerne haec miracula, siste: Quod videas majus non habet Orbis opus Ingredere hic Sophiae sedes, et Apollinis aulam: Serta vides, lauros collige, sume lyras. Perge, sepulta vides vetera Axiomata Mundi; Ista honos mores dant documenta viris. Haec offert jam Leiva tibí moderamina vitae, Hochabet in scriptis, quidquid in Orbe micat. Grande opus ingenii, quo non felicius ullum, Hispalis enixa est, si India nostra tenet. Leiva hic melifluos solvit mihi foenore fractus: Partutir ore favos, parturit ore rosas. Vive ergo in terris felix, et sedibus altis: Haec, qui verva jubet scribere, signat a mor.

Y ya que me he detenido en éste, copiaré otro más breve, que hizo al mismo autor un religioso dominico de aquella Isla, llamado Fray Diego Martínez:

> Seribens in Veteres, super illos, Leiva, sapisti: Magna petis calamo, non tamen es Phaeton, Nam, hoc opus ut peragas, pater est, se et praestat Apollo; Non solum una Dies, Te sua secla vehent.

BARTASAR LÓPEZ CASTRO.—Escribano público y de gobierno de la Real Audiencia de Santo Domingo. Dio a la luz, según Pinelo: Varias representaciones y Discursos sobre el modo de poblar de Indios la Isla Española, imp. en los años 1598, 1603, 1804, 1605, y 1607, fol.— También D. Juan Diez de la Calle en sus Monumentos hace memoria de estos escritos.

▶ Ateneo, núm. 11-12, año I, diciembre, 1910, pp. 30-32.

PEDRO SANZ DE MORQUECHO.— Doctor en Leyes y Oidor de la Audiencia de Santo Domingo en la Isla Española. En 1604 encuentro en la de México un Oidor con el nombre de Pedro Núñez Morquecho, que parece ser el mismo. Escribió: "Tratatus de bonorum divisione amplissimu, omnibus juris studiosis maxime utilis et necessarius: ad Licenciatura Paulum de Laguna, Indiarum Coacilii Præsidem" Edit. Matriti apud Hæ redes de Lequerica, 1601, in fol. Recuss-Francfurti in 4. ann. 1607.

El poeta español Vicente Espinel hizo en elogio de esta obra un *Epi-gramma*, cuyos dos primeros dísticos copio aquí:

Ingenium sollers, animí prudentia, virtus,

Autorisque labor Te peperere, Liber. Materiam dedit Ingenium, Prudentia nornam, Justitiam virtus, cæ te ra cuncta labor.

GABRIEL NAVARRO DE CAMPOS. —Vecino de la Isla Española de Santo Domingo. Escribió "Discurso sobre la fortificación y defensa de la ciudad de Santo Domingo, capital de la Isla Española, dirigido al Conde Peñalva, presidente de aquella audiencia". Existíala en librería de Barcia, según Pinelo. (1653).

ILLMO. D. FRAY TOMAS ORTIZ.— Natural de Calzadilla en Extremadura. Tomó el hábito de Santo Domingo en el Convento de Salamanca el año 1510. Hallábase en el año de 1525 en la Isla Española, y fue nombrado Vicario General y fundador de su Orden en la Nueva España, adonde pasó en 1526 con ocho religiosos sacerdotes, un novicio y un converso. Entró con su apostólica compañía en México la víspera de San Juan de dicho año, y fueron todos hospedados fraternalmente en el Convento de San Francisco por el Ven. Fr. Martín de Valencia. Echó desde luego los profundos y sólidos cimientos a la esclarecida Provincia de Santiago, madre fecunda de las de Guatemala, Oaxaca y San Miguel de la Puebla; como también en Tribunal de la Inquisición, de que fue primer Juez Comisario de México. En las alteraciones que hubo en esta ciudad por el insulto que el Tesorero Estrada hizo a Hernán Cortés, mandando cortar la mano a un criado del Conquistador, nuestro P. Ortiz, junto con el Ven. Valencia, apaciguó los ánimos encendidos, haciendo que encompadrasen los dos gobernadores, disponiendo que Cortés sacase de pila a un hijo de Estrada. Habiendo fallecido tres de su religiosos, y enfermándose gravemente otros tres, volvió el P. Ortiz a España en brisca de nuevos operarios, y con el favor del Cardenal de Loaiza, dominico, presidente de Indias, logró del César Carlos V muchas audiencias y muchas gracias para los neófitos de este Nuevo Mundo, que le son deudores del más entrañable afecto y de los oficios más importantes. Volvió a la América de orden del Emperador, con veinte religiosos.

Electo Obispo de Venezuela, pasó a aquella provincia, y falleció en 1538, y no en el de 31 como escribió Romesal. Dejó escrito: "Relación curiosa de la vida, leyes, costumbres y ritos que los indios observan en su policía, religión y guerras". El Illmo. Dávila dice que se escribió en 1525, y en este caso no es tan apreciable como si se hubiese escribo en 1527, que es la opinión de los críticos franceses Quetif y Echard, pues comprendería así las costumbres de los mexicanos, de quienes no podía tener el autor conocimiento suficiente el año de 25.

DIEGO ANTONIO OVIEDO Y BAÑOS.— Natural de Santa Fé de Bogotá, en el Nuevo Reino de Granada, estudió en la Universidad de Lima y fue colegial del de San Martín de aquella capital. Hecho Obispo de Caracas su tío materno D. Diego Baños, le acompañó el joven Oviedo con el título de abogado de cámara; y fue su asesor en las famosas Constituciones Sinodales de Caracas, que acreditan bien el juicio, doctrina y zelo del sobrino. El cual fue nombrado Oidor de las Audiencias de Santo Domingo y Guatemala, y en esta última apaciguó felizmente, en tiempo del Marqués de Torre Campa, el levantamiento de cuarenta mil indios de Chiapa, Por esto se le concedió una encomienda de mil pesos y se le promovió al Supremo Consejo de las Indias, cuya plaza renunción modestamenta, suplicando al Rey le trasladase a la Audiencia de México, como se verificó; continuando aquí con sus créditos de ministro docto e integérrimo. Escribió: "Notas a los cuatro Tomos de la Nueva Recopilación de Leyes de Indias"; manuscrito que conservaba su hermano el P. Juan de Oviedo, jesuita de México. Dichas notas formaban separados dos volúmenes, en que el autor añadió a las leyes las sentencias, acuerdos y cédulas posteriores con los hechos prácticos más famosos que habían ocurrido en los años de su judicatura concernientes a cada ley. El P. Lazcano en la Vida del citado P. Oviedo dice

que esta obra era "sumamente apreciada de cuantos la leyeron, y deseada con ansia de todos los jueces".

Ateneo, año II, febrero de 1911, núm. 14, pp. 14-18.

DIEGO NÚÑEZ PERALTA. —Contador, oficial real de la Isla Española de Santo Domingo. Escribió por el año 1642, como se dice en el prólogo a la edición de las *Décadas* de Herrera, de 1730, "Epítome de los ochenta libros de la Historia de Indias de Antonio de Herrera".

FRANCISCO PUJOL.— Natural u originario del Reino de Valencia, profesor de Medicina, Doctor de la Universidad de Santo Tomás, de la Isla de Santo Domingo, y académico de la Sociedad Regia de Sevilla. Escribió: "Disertación sobre el uso de los cordiales, dirigida al muy erudito limeño D. José Ensebio Llano Zapata", imp. en Cádiz, 1758, 49; "Carta a la Universidad literaria de Santo Tomás de la Isla Española, Cabeza de las Lucayas", imp. en Cádiz, fol. En esta carta dice a la Universidad que los *Puntos* para disertar en las oposiciones escolásticas a las cátedras de medicina no se den en las obras de Avicena, sino en el Texto de Hipócrates, y para las cátedras de anatomía se saquen de la obra de Martín Martínez.

FRAY AGUSTÍN QUEVEDO VILLEGAS.— Religioso franciscano observante de la provincia de Caracas, Lector juvilado y Definidor de ella, Doctor teólogo, y examinador sinodal de aquel obispado y del Arzobispado de Santo Domingo. Dio a luz: "Opera theologica super Lib. I-Sententiarum justa puriorem mentem Subtilis Doctoris Joannis Scoti". Tom. primus, Hispali ex Typographia Francisci Sánchez Reciente 1752, 4; Tomus secundus ejusd. Operis, editas ibid. 1733, 4.

Illmo. D. FRAY DOMINGO VALDERRAMA.— Natural de Quito, en el Perú, del Orden de Santo Domingo, que profesó en el Convento de Lima. Fue Doctor y catedrático de la universidad de San Marcos (Lima), Obispo de la Paz y Arzobispo de Santo Domingo en la Isla Española. Murió por el año de 1624, y escribió, según los historiadores, varios tratados teológicos muy doctos.

FRAY TOMAS TORRE.— Natural de la antigua España. Tomó el hábito de Santo Domingo en el Convento de San Esteban de Salamanca; y de allí pasó a la isla de Santo Domingo, donde, por haber predicado un día contra el mal trato que daban algunos a los indios, quisieron matarlo los resentidos. Vínose a Guatemala, y allí fue uno de los más celosos predicadores del Evangelio.

Fundó varios conventos: entre ellos el de la ciudad de Chiapa. Fue prior del de Guatemala, vicario provincial, y primer provincial de la provincia de San Vicente en 1553, reelecto en 1566. Murió en 1567, habiendo escrito "Historia de los principios de la Provincia de Chiapa y Guatemala, del Orden de Santo Domingo", manuscrito de que usó el P. Remesal.

BERLANGA (Illmo. Don Fray Tomás), del Orden de Predicadores, que profesó en Salamanca en 1508. Fue Provincial de la Isla española de Santo Domingo, y electo Obispo de Panamá en 1533. Renunció esta dignidad y se volvió a España en 1537. En el mar encontró prodigiosamente un arca, que encerraba una hermosa imagen de la Virgen María, la que colocó en la Iglesia del Convento de su Orden, que fundó en Rioseco, y donde murió en 1551. En su sepulcro mandó poner esta inscripción: "Suscitans a terra inopem et stercore erignos pauperum". Este fue el que dio el hábito en la Isla de Santo Domingo al célebre Obispo Fr. Bartolomé de las Casas. Escribió "Epístola ad Generale Patrum Prædicatorum Capitulum de erigenda Provincia. S. Crucis in Insulis Maris Occeani".

OVIEDO (Illmo. Don Fray Pedro), Monje cisterciense, Maestro en teología, Doctor y Catedrático de Vísperas de esta ciencia en la Universidad de Alcalá, Arzobispo de la Isla Española de Santo Domingo, de cuya iglesia fue trasladado a la de Quito, y de esta a la metropolitana de Charcas (hoy Sucre, capital de Boivia), donde falleció en 1650. Celebró un sínodo provincial en Santo Domingo, de cuyas actas merece llamarse escritor; pero además escribió Comentaria in Libros Dialéctica et Phisicarum Aristotelis; Commentaria in Priman Parten Divi Thomae, Co mentaria in Primam Secundae ejusd Angelici Doctoris.

Los cuales se imprimieron, como aseguran Crisóstomo Henríquez en su Fénix, Jongelina en su Purpura S. Barvardi, y Ángel Manrique en el

catálogo de los abades del Monasterio Hortense en el Tom. 2 de sus Anales.

▶ Ateneo, núm. 17, año II, mayo, 1911, (pp. 23-24).

MONTEMAYOR Y CUENCA (D. Juan Francisco) natural del Reyno de Aragón, Presidente de la Audiencia ele Santo Domingo y Gobernador de la Isla, Oidor de México y Consejero del Supremo, igualmente piadoso que docto y erudito. Escribió en Europa:

As Commande sive Depositi Instrumentum Scholium, cui accedunt Audiciones D. Joseph Nuño ... Item ad ejusdem. Nuño analysim ad Chiagraphum mercatoris additiones. Cæsar augustae, 1644. 4.

Pentatenchum quaesita penductilia continens de sul personalique deffensione, Cæsaraugustae, 1645. 4.

Y en la América publicó:

Discurso político histórico jurídico del derecho y repartimiento de presas y despojos aprehendidos en justa guerra. Imp. en México por Juan Ruiz, 1658. 4.

Investigación de la Nobleza y Privilegios de los Infanzones e Ricos Homes de Aragón. Imp. en México 1664. 4.

Está dedicado este Libro al SE. Rey Felipe III, con una Epístola, tan larga, que abulta más que la Obra principal, de manera que hasta *Indice de cosas notables* puso el Autor a su Dedicatoria.

Excubationes semicentum ex Decisionibus Regiae Chancellariae S. Dqminici Insulae, vulgo Hispaniolae. Edit. Mexici apud Lupercium 1667. 4.

Defensa de la Jurisdicción Real en la causa criminal de un Clérigo sedicioso. Inserta en la Obra anterior.

Pastor bonus, Dominus Jesús Sacerdos in aeternum Christus secundum Ordinem Melchisedec. Mexici apud Rodrigues Luperio 1676. 8.

Se propuso el Autor en este Libro hacer un Extracto del Pastoral de S. Gregorio Magno; y dice en el Prologo: "Est enim regiminis officium tam belli, quam pacis tempore (Deo praevente vires) feliciter aliquando exercuerim, accidit, ut dum quadragesimali praeteriti anni Divi *Gregorii* opera evolverem, casu sese oculis obulit hujus Pontificia Pas-

torale pretiosissimum Opus. Avide legi... et indignum reputavi, si in summi Patris nemus... et consitum hortum intrante... manipulam saltem non collegerem ..."

Sumarios de las Cédulas, Ordenes y Provisiones, que se han despachado por S. M. a la N. E.y otras partes de Indias. Imp. en México por Calderón 1678. fol.

VELA (D. Juan) natural de la Imperial Ciudad de Toledo, en cuya Universidad, como también en la de Salamanca, estudió la jurisprudencia. Fue Abogado de la Audiencia de Santo Domingo, y Asesor y Teniente Letrado de la Provincia de Venezuela. Vuelto a España, abrazó el estado eclesiástico y falleció nombrado para una Prebenda de la Catedral de Michoacán, en el mismo año en que se publicó el siguiente libro, que había compuesto:

Política Sagrada, conforme a la vida del Rey de Reyes, Jesucristo, delineada por los Sagrados Evangelistas. Imp. en Madrid por Fernández Buendía 1675. fol.

El Mtro. Barrientos, Carmelita, Predicador del Rey, que corrió con la impresión, dice en el *Prólogo*, que Vela había dejado Manuscrita otra Obra intitulada: *Política militar sacuda de los Hechos de los Inclitos Macabeos*.

ABREU. (Illmo. D. Domingo Pantaleón Álvarez de) natural de la Isla de Palma, una de las Canarias. Estudió en las Universidades de Valladolid y Alcalá, y recibió el grado de Dr. en Cánones por la de Ávila. Fue Canónigo y Arcediano de la Catedral de su patria, y Visitador de aquella Diócesis. En 1738 lo presentó el Rey para el Arzobispado de la Isla de Sto. Domingo, de donde fue trasladado en 1743 al Obispado de Tlaxcala o Puebla de los Angeles; y el Sr. Benedicto XIV lo nombró Prelado doméstico asistente a su sacro Solio. Era hermano del primer Marqués de la Regalía, aquel letrado español, autor de la *Víctima Real*, que con las vacantes eclesiásticas de Indias aumentó las rentas de la Corona. El Illmo. D. Domingo fue de genio dulcísimo, y candor virginal; y al mismo tiempo zeloso del culto, protector de las letras y de ideas magníficas. Dotó en la Catedral de la Puebla el Aniversario de su consagración, el del día en que se le hizo gracia de este Obispado, el de S. Pantaleón, y los maitines de Santo Domingo. Dio a la misma un

incensario y naveta de oro, y las andas de plata para la procesión del día de Corpus. Reedificó la Iglesia de S. Sebastián; hizo muchas donaciones a los Conventos de monjas; y erigió en tal el antiguo Beaterío de Santa Rosa de Lima. Secularizó los Curatos de los regulares, y erigió nuevas Parroquias en su Obispado. Reconocido a la salud, que recobró prodigiosamente en la avanzada edad de 78 años, por intercesión de su Venerable Antecesor el Senos Palafox, dio 20,000 pesos para la continuación de la causa de su Beatificación en Roma. Como literato y protector de las ciencias, erigió el magnífico Colegio de S. Pantaleón, agregando su edificio al Seminario Palafoxiano: dotó en este una Cátedra de Leyes y otras de Cánones, y otras de Ritos y Ceremonias sagradas; y le donó además 8,000 pesos. Ayudó con generosa liberalidad para la fábrica del Colegio de estudios de S. Ignacio, y dotó en el de S. Andrés de México una tanda de ejercicios espirituales para los hijos de su Obispado, que se hallasen en esta Capital. Murió a 28 de Novienbre de 1763 y se mandó sepultar a los pies del sepulcro, que detrás del coro había dispuesto para sí el Ven. Señor Obispo Palafox. En su retrato, que con los de sus antecesores se vé en la Sala Capitular de la Catedral de la Puebla, se lee este Elogio; Humanas. Ingeniuus, Misericors. Escribió y publicó en los veinte años que gobernó esta Mitra muchos Edictos, Ordenanzas y Cartas pastorales, llenas de prudencia y aelo y de la doctrina más pura y conforme a los Sagrados Cánones y disciplina eclesiástica; especialmente:

Carta pastoral sobre la secularización de los Curatos y Doctrinas, que en el Obispado de la Puebla obtenían los Religiosos, hecha en virtud de Cédula Real. Imp. en Puebla 1750, en 4°.

Ateneo, núm. 21, año II, septiembre, 1911, pp. 19-20.

### LA FAMILIA VILLAURRUTIA<sup>3</sup>

<sup>&</sup>lt;sup>3</sup> Esta parte de la compilación salió con el título *Páginas olvidadas*. En una nota manuscrita en el recorte del artículo depositado en el Archivo de PHU, aparece la siguiente nota manuscrita: "Adición a las notas sobre Cultura

VILLAURRUTIA Y SALCEDO (D. Antonio de): natural de esta ciudad de México, hijo legítimo del capitán D. José Villaurrutia, natural de las muy nobles Encartaciones del Señorío de Vizcaya: casó con Da. María Antonia López de Osorio, natural de Centa, hija legítima de D. Pedro López Osorio, brigadier de los reales ejércitos, y de Da. Estefanía de Terrasas y Vargas Machuca, todos caballeros hijosdalgo notorios y limpios de toda nota.

El citado D. Antonio Villaurrutia, oriundo de México, oidor decano de las audiencias de Santo Domingo y del mismo México, regente de la de Guadalajara y gobernador intendente de aquella provincia, con honores del consejo, fue un ministro, no menos que por su ciencia, celebrado por su integridad; y de tal desinterés, que, a los 87 años de vida y 50 de magistratura, el entierro de su cadáver se hizo a espensas de la caridad pública. Tuvo por hijos, a más de Don Jacobo, al Sr. D. Ciro, prebendado que fue en la Colegiata, y después en la catedral de México; y al Sr. D. Antonio, oidor decano de la audiencia de la Plata, gobernador de la provincia de Puno, y al fin regente de Guadalajara, como lo había sido su propio padre.

El Sr. D. Jacobo Villaurrutia, habiendo comenzado sus estudios en México, los continuó en las Universidades de Toledo, Valladolid y Salamanca; en las tres recibió grados, hasta los mayores en artes y derechos: hizo varias oposiciones: sostuvo diversos actos literarios; y en todos acreditó sus talentos no comunes, y su constante aplicación. Su curso de práctica forense correspondió en lucimiento a los de teórica. La ganó en las academias de Madrid; concurrió a la erección de una de ellas; se granjeó la estimación de sus más hábiles profesores, y, con el crédito que había adquirido ya por sus luces y conducta, se recibió de abogado de los consejos. Al punto su bufete se vio lleno de negocios; y su acierto en el manejo de ellos fue lo que cada día abonó más y más su vocación al sacerdocio de la justicia.

Joven todavía, pero siempre juicioso, con bastante caudal de conocimientos, y apasionado a las ciencias, a las letras y a las artes, tomó parte en algunos de los periódicos madrileños; y señaladamente en el que con el título de "Correo de los Ciegos", y después con el de "Correo

de Madrid", se publicaba por los años de 1789 y siguientes: trae no pocas traducciones y opúsculos suyos de varia literatura.

En el año de 1787 se le nombró corregidor de Alcalá de Henares y de los 64 pueblos de su partido; y allí se distinguió el Sr. Villaurrutia del vulgo de los hombres de su oficio. No se contentó con mantener en paz y justicia su distrito. Cuidó de la enseñanza pública: fundó una escuela de hilados útilísimos: hizo un hermoso paseo; arregló la policía; y en suma, se condujo como podía apetecerlo el celo de un Carlos III, que por entonces daba a los corregidores la sabia instrucción de 15 de mayo de 1788: de la cual con harta razón se ha dicho que ella sola bien observada habría labrado la felicidad del reino entero.

En el año de 93 el señor su padre solicitó jubilación: le fue concedida en premio de sus servicios; y en resulta se dio al Sr. D. Jacobo plaza de oidor en la audiencia de Guatemala, en cuyo país en el año de 1794 fundó la Sociedad económica y en ella el celo unido produjo la abundancia, como dice la leyenda de su escudo, en el cual se ven juntas dos manos que derraman sobre aquel suelo una rica cornucopia.

El Sr. D. Jacobo dejó en Guatemala tal renombre, que hasta hoy celebra y respeta su memoria, y ella será eterna en aquel país.

Por el año 1804 fue trasladado a la sala del crimen de esta ciudad de México: su gran popularidad, que le fue demostrada en las elecciones de la primera época de la constitución de 1812, hizo que se le despachase a España; en donde, vindicado completamente después de algún tiempo, se le colocó de rejente en la audiencia de Cataluña. Allí le encontró la noticia de los sucesos del año 21, y viendo a este país, su patria adoptiva, ya independiente, se vino a esta capital, en la que, después de prestar nuevos e importantes servicios en la magistratura, falleció en Agosto del año de 1833.

Ya se ha dicho, aunque en compendio, la carrera, el mérito, servicios y muy recomendables circunstancias de los Señores D. Antonio y D. Ciro de Villaurrutia.

Hermana de ellos y del Sr. D. Jacobo, fue la Sra. Da Magdalena de Villaurrutia, que casó aquí en esta capital, con el Sr. D. José Francisco Fagoaga, marqués del Apartado, de cuyo matrimonio resultaron cuatro hijos, dos señoras que fueron honor ele la alta sociedad mexicana, y los Sres. D. José Francisco y D. Francisco Fagoaga, el primero también marqués del Apartado; ambas personas muy benéficas y caritati-

vas, y que prestaron a su patria eminentes servicios antes y después de la independencia.

Puede decirse que la ilustre familia Villaurrutia fue notable y benemérita no sólo en la América sino en la misma España. El Sr. D. Lucas Alamán, en su "Historia de México" (tomo 19, pág. 50 y 51), hablando de la familia Villaurrutia dice: "En la sala del crimen había un hombre distinguido por su carrera, por el fomento que había dado a las artes y a la instrucción pública en Guatemala, donde siendo oidor había establecido una sociedad patriótica y un periódico semanario que el gobierno español hizo cesar: este era D. Jacobo de Villaurrutia, nativo de Santo Domingo, en la isla de este nombre, de donde pasó a México de corta edad, y cuya familia estaba enlazada con la de los Fagoagas que era la de los marqueses del Apartado. En 1805 estableció el "Diario de México", periódico literario, en que se insertaban poesías que hacen honor a sus autores, noticias estadísticas y otras piezas interesantes, aunque sin tocar en materias políticas, no obstante lo cual, sufrió grandes contradicciones y se suspendió su publicación por orden del virrey Iturrigaray, que sólo permitió continuase, pagando quinientos pesos el autor para la casa de recogidas y siendo el mismo virrey el revisor de las pruebas. El regente de la audiencia de Guadalajara era D. Antonio de Villaurrutia, hermano de D. Jacobo, del cual y de otros de los individuos de aquel tribunal, tendré ocasión de hablar en el curso de esta historia".

En la misma pág. 51, ya citada, pone una nota el Sr. Alamán que dice: "La familia de Villaurrutia era antigua en la toga. D. Jacobo nació siendo su padre oidor de Santo Domingo, de donde pasó a México, y en esta ciudad casó una hermana del último, con el primer marqués del Apartado. D. Jacobo fue a España en calidad de paje del Arzobispo Lorenzana cuando éste pasó a la mitra de Toledo: siguió allí la carrera del foro dejando la de la iglesia: se casó y fue durante 5 años corregidor de Alcalá de Henares, de donde fue de oidor a Guatemala. Era hombre sumamente laborioso, de rectas intenciones, pero muy fácil de dejarse engañar. Cuando estableció el "Diario de México", puso por redactor de él al Lic. D. Carlos María de Bustamante, de quien tendré frecuentemente ocasión de hablar, e intentó introducir un nuevo sistema de ortografía, que siendo muy diverso del usado y adoptado por la Academia española, fue motivo de las primeras contradicciones que sufrió y tuvo que desistir de él. Un manual de ayudar a buen morir que

publicó, está impreso según su sistema de ortografía, y es muy difícil de leer. Imprimió también en España una traducción de la novela francesa titulada: "Memorias para la historia de la virtud".

(Diccionario Histórico Geográfico Mexicano.- Apéndice 3. Nab-Zum.-Pág. 912).

▶ Ateneo, núm. 25-26, año III, enero-febrero, 1912, pp. 19-20.

# APÉNDICE

## LA INTELECTUALIDAD HISPANOAMERICANA<sup>1</sup> Pedro Henríquez Ureña – Arturo R. de Carricarte

Quien pretenda estudiar con espíritu analítico, o ya por simple curiosidad crítica, el movimiento intelectual, poderoso y brillante, que existe realmente en toda la América de origen español, desde la grandiosa Argentina hasta las modestas Antillas, se encontrará con un singular fenómeno: la absoluta carencia de relaciones entre unos y otros países, el total desconocimiento que acerca de las naciones hermanas tienen hasta las más inmediatas en vecindad geográfica.

Posible es que de uno a otro extremo del continente, y aún en las desperdigadas islas que esmaltan el Atlántico con sus verdes bosques y blancas ciudades, sean populares nombres que comienzan a abrirse paso en Europa. Probablemente autores suecos, polacos, rusos, italianos, ingleses, sean conocidos con familiaridad tanta como los franceses y españoles, en tanto que nombres "impuestos" en el viejo mundo, pertenecientes a ibero-americanos, son absolutamente extraños en la mayoría de nuestras naciones.

Una carencia total de relaciones existe a lo largo de las costas atlánticas, y no hablemos del legendario Pacífico porque sus olas majestuosas parecen huir de las riberas separadas por líneas ideológicas que trazan las demarcaciones políticas en la geografía internacional.

Por lo general llegan a nosotros los nombres de los artistas o pensadores americanos re-expedidos por Europa. Antes alcanzan el triunfo en París, en Roma o Madrid que logran una simple mención en otras tierras americanas que no sean las nativas, y aun en éstas la reputación es siempre relativa.

<sup>&</sup>lt;sup>1</sup> En sus *Memorias (OC: 1889-1910*: I, p. 68, PHU señaló que este artículo no fue co-escrito por él, aparte de contener "demasiada divagación". Lo incluimos por su valor documental, y también porque no fue ajeno a muchos de sus planteamientos estéticos y políticos. N.d.e.

Podrá objetarse que Hostos, Martí, Casal, Díaz Mirón, Valencia, Lugones y otros príncipes del arte o de la ciencia conquistaron la inmarcesible gloria que nimba sus nombres sin haber solicitado de Europa la aprobación o el aplauso; pero la objeción no es seria. Junto a esos nombres preeminentes podríamos catalogar otros mil de producción copiosísima y genial que se mantienen casi anónimos, conocidos a medias en el propio país y absolutamente ignorados en el exterior. Ni un solo caciquillo bufonesco y trágico ha ensangrentado el suelo patrio sin que una convulsión, ora de cólera, ora de indignación, recorriera toda la América llevando en oriflama de escándalo su nombre oscuro por todo el continente. El tiranuelo avaro y sanguinario tiene asegurado un renombre por el cual inútilmente luchará en el curso de una prolongada vida de noble esfuerzo y de perseverante estudio, el más genial de nuestros sociólogos o el más inspirado de nuestros bardos.

Pie de imprenta europeo llevan todos los libros de autores iberoamericanos que circulan en países de América que no sea el de su origen. Inútil será buscar con empeño de arqueólogo paciente en las librerías de nuestras grandes ciudades las obras de Pérez Bonalde, de Silva, de Berisso, de Leopoldo Díaz, de Doña Salomé Ureña...

La prensa de nuestra América, servil imitadora de la tendencia escandalosa del periódico amarillo de los Estados Unidos, llena sus columnas de noticias locales o universales, nos habla de escándalos judiciales, de quiebras fraudulentas, de aventuras amorosas de actrices y personajes de real alcurnia: la literatura se abisma en aquel fárrago noticieril insustancial y necio. Los grandes periódicos de América cuidan de dar la llamada "nota de actualidad" ruidosa y nefanda, descuidando lo que al arte se debe como elemento de educación y de progreso. Nuestra prensa sigue las corrientes de mercantilismo del diario yankee, pero olvidando que en la Gran República la revista literaria, los magazines de ciencia y de artes ocupan lugar principalísimo en la labor editorial, y que es abrumador el número de revistas que se dedican exclusivamente a cuestiones de crítica, literatura pura, música, pintura, ciencias, en una palabra, a todas las manifestaciones del esfuerzo mental, espléndidamente retribuido y afanosamente alentado. Primeros son los ilustradores yankees en el rango universal, asombrosos los cuentistas, notables los músicos, escultores y pintores. Nosotros, en tanto, ¿qué podemos ofrecer que contrabalancee tan indiscutible superioridad? Revistas en

que se hace una reproducción perenne de trabajos ya conocidos, no por carencia de producción original e inédita, sino por rehuir, dicho prosaicamente, el pago al autor, por no tomarse la molestia de seleccionar, por falta de amor al adelanto patrio, por carencia de sutil y clarividente dirección que haga comprender que una revista consagrada de un modo exclusivo a proteger y desarrollar el movimiento literario internacional de Ibero-América, sería un factor honroso de progreso que nos llevaría pronta y seguramente a un rango literario de que hoy carecemos por el desconocimiento en que los extraños están acerca del intenso y maravilloso renacimiento, y hasta diríamos iniciación, de las letras en toda la América española.

La grande y cosmopolita Francia ha comenzado, es cierto, a reconocer, por boca de autoridades como Maurice Barrés y Rémy de Gourmont, el alto valer de nuestros escritores; y en la Historia de las literaturas comparadas (obra sin rival en su género) Fréderic Loliée ha afirmado que en muchos respectos el movimiento intelectual hispano-americano es tan brillante como el de cualquier otra colectividad.

Es hora de proclamar, sin titubeos, que el continente que cuenta con poetas como Zorrilla de San Martín y Rubén Darío y críticos como Rodó y Sanín Cano, el continente que ha producido a Montalvo y a Hostos, respectivamente el primer literato y el primer sociólogo de la raza española en nuestros días, no tiene que envidiar a Europa sino dos cosas: la tradición, herencia de los siglos, y la significación social del arte en su vida colectiva.

La ausencia de esta socialización es el verdadero mal y el gravísimo problema de nuestra vida intelectual. Hasta ahora, nuestra labor literaria es producto de una minoría que generalmente, por orgullo o por escepticismo, se aísla. De ahí que los géneros cultivados sean siempre los menos populares: la poesía, a quien la evolución de los tiempos no ha matado sino para el vulgo, convirtiéndola en arte selecto, impopular, como lo es hoy en todas partes, y los trabajos de crítica y literatura filosófica, que sólo en casos excepcionales serán leídos por el gran público. La novela y el drama, que son hoy las verdaderas formas sociales del arte literario, principian a aparecer en dos maneras opuestas: por un lado, la antiartística forma del género chico teatral y de las novelas sensacionales; por otro lado la labor refinada idemasiada refina-

da! de José León Pagano, Manuel Zeno Gandía, Osvaldo Saavedra, Carlos Reyles, Carlos María Ocantos.

En modo alguno diríamos esto como censura a quienes trabajan dirigiendo a tan hermosa altura la devoción artística; jamás querríamos que hicieran descender el nivel de sus obras para ponerlo al alcance de la mentalidad actual de la masa popular en nuestras naciones. No es eso lo que se ha de hacer. El trabajo del inmediato porvenir es elevar el nivel del público hispano-americano. Y ese trabajo deben iniciarlo los de arriba, al parecer tan poco penetrados de la inagotable virtualidad social de ese arte y esa ciencia que cultivan: deben generalizar la educación, la educación científica y práctica, que haga concebir a los ciudadanos una noción clara y real de la vida y del porvenir individuales y colectivos.

Si los que escriben y piensan en América, a regenerar a América consagraran sus esfuerzos, si las desesperantes millonadas de analfabetos que pueblan nuestros estados tuvieran maestros que los educaran, si al descarriado poetastro que jamás llegará a subir se le cerraran las puertas del libro y del diario induciéndolo a tareas que dándole a él más fruto beneficiaran también, en proporción estrechamente directa, a su país, entonces nos sentiríamos en América como en nuestro verdadero territorio, querríamos saber de Europa como de tierra fraternal, no como de tierra maestra; lucharíamos en América por América y para América, y nuestra hermosa América nos bastaría; pero lejos de hacerlo así nos sumimos en la desesperación o el abatimiento, esto con mayor frecuencia, y el mal se extiende, la carie avanza y el embrutecimiento crece lejos de desaparecer. Exigimos mucho sin dar nada. Vivimos en mundos de ensueños infecundos, lejos de tratar de acercarnos a la bendita realidad que salva y produce; luchamos por ideales que no son ya de estos tiempos, y en la lucha usamos de armas también en desuso icomo si la alabarda y el mosquete pudieran enfrentarse al maüser o al Colt! Nos creemos acorazados porque hablamos de ideal, cuando el Ideal para que sea fecundo debe ser realizable, como si bastara pensar y la acción pudiera abandonarse, como si el deseo no requiriera el esfuerzo para llegar a alcanzarse...

Maldecimos nuestras tierras porque son incultas, porque el esfuerzo no se alienta, porque la labor se esteriliza en medio de una general indiferencia; pero, lejos de combatir el mal, nos entregamos a estériles lamentaciones; nuestra indignación es, siempre, una indignación perfectamente literaria...

Es necesario dejar el sueño a un lado y pensar en que nos debemos la humanidad, que para ésta no hay fronteras ni razas, sino un mundo que gira en el éter y que reunidos en él para un viaje común debemos acondicionarnos y dar cada uno de nosotros al acervo común, la mayor cantidad de fuerza y de verdad que atesoremos para que el esfuerzo unido impulse con mayor ímpetu nuestro paso vacilante.

Pensando así, viendo estos males, y creyendo firmemente que no solo no son incurables sino que la terapéutica podría aplicarse con éxito rápido con un poco de buena voluntad y un mucho de constancia, los editores de esta revista iniciaron a mediados del año último en la Isla de Cuba el pensamiento de una Asociación Internacional, cuya tendencia principal fuera estrechar los vínculos que unen, o debieran unir, a las Repúblicas de este Continente, propendiendo a la difusión de la literatura y de las artes y ciencias en todo el Nuevo Mundo.

Denomínase dicha entidad Asociación Literaria Internacional Americana y sus esfuerzos, hasta el presente, por un previo acuerdo que figura en el Programa, se han mantenido secretos.

Juzgamos que es llegado el momento de darle mayor incremento a la Asociación; parécenos que es necesario laborar más y más activamente, y con la cooperación de entidades tan salientes de la intelectualidad americana como lo son: Ricardo Palma, Froilán Turcios, Gil Fortoul, Díaz Rodríguez, Bunge y toda la brillante falange de los literatos jóvenes de Centro y Sur América, emprendemos en estas páginas una campaña ardorosa en la que nos sostiene nuestro amor inquebrantable a la América Latina, y en general a la literatura y al progreso de los pueblos.

América necesita un heraldo de sus triunfos y una piqueta que destruya sus errores; en el florido campo de la intelectualidad iberoamericana, donde se irguen tan altivos robles, donde florecen tan lujuriantes madreselvas, donde trinan tantos alados ruiseñores, hay mucha yedra, mucha liana parásita, mucho cardo que reclaman el almocafre implacable de una crítica seria y desinteresada; es preciso que el maravilloso ruiseñor no vea turbado su canto peregrino con el graznido del cuervo; entre los colosos del pensamiento en América hay enanos paupérrimos de cerebro y de voluntad que se arrastran pretendiendo subir, sirviendo de obstáculos a quienes, más fuertes y más grandes, aspiran al cielo en un aleteo de sus alas gigantescas. No impiden el ascenso del cóndor: pero lo retrasan.

Es, pues, necesario desbrozar, allanar el sendero, limpiar el valle para que luzca sus colores la violeta; purificar el aire para que cante el jilguero tímido a quien el gavilán insaciable de la envidia persigue con saña.

Y eso intentamos: que la *Revista Crítica* sea un periódico *Internacio-nal*, donde se analice madura y honradamente la labor de cada país y dentro de cada país la de cada escritor; que sea, el andar del tiempo, un aporte valioso por la suma de datos, ya que no por la perfección de nuestro esfuerzo, a la historia del movimiento intelectual de América en las postrimerías del siglo XIX y aurora de la vigésima Centuria.

Para ello contamos con el esfuerzo de todos; con la cooperación, tan desinteresada como lo es la nuestra, de todos los pensadores y artistas de Ibero-América. Este periódico no es un instrumento de negocio ni un arma de mercantilismo, es un tributo al Arte, una oblación a las letras, sin aspiración a recompensa ni anhelos utilitarios. Que sea útil nuestro esfuerzo, a eso nada más aspiramos.

Del éxito no dudamos; las buenas causas triunfan siempre. Pero nuestra labor aislada no es bastante para hacer de *Revista Crítica* el magazine que América necesita: un periódico de propaganda rico en datos, nutrido en información, amplia y extensa: emplazamos a nuestros hermanos de Centro y Sur América, a los de nuestras nativas antillas y sus compañeras en el vasto Atlántico para que secunden nuestra labor; no vamos a hacer obra de bibliófilo ni de cataloguista: vamos a hacer obra de crítica, asignando a cada país el puesto que le corresponde en el gran concierto de la producción artística y científica, y dentro de cada Nación la influencia de cada escritor. Esa será nuestra obra.

¿Qué necesitamos? Que llegue a nuestra Redacción el eco de la producción de América, que se nos envíe la revista, el libro, el folleto, la carta amiga portadora de noticias, en una palabra, un verdadero cambio de ideas de que seremos nosotros receptores para enviarlas después, con toda la amplitud y universalidad necesarias, a toda la América y a toda la Europa, porque la *Revista Crítica* no tiene limitado su canje y visitará al escritor en su despacho, al periódico en su Redacción, lo mismo en este hemisferio que en las capitales de importancia de Euro-

pa en las que, como en París entre otras, se consagran secciones especiales en la prensa y a la producción iberoamericana.

No estaremos solos, porque nuestra obra para ser fructuosa debe ser la obra de todos, y no podemos dudar de que se nos prodigue el auxilio que reclamamos. No hemos querido anunciar la aparición de la Revista; esperamos que, no su factura, no las galas literarias de sus editoriales, pero sí su buena intención, sus propósitos desinteresados y su vasto programa, nos conquisten la simpatía y el apoyo que para lograr éxito necesitamos. Si, como esperamos, el periódico logra despertar interés en el mundo intelectual americano y a nuestra invitación responden nuestros compañeros de profesión, la Revista Crítica se transformará, dentro de poco, en un Boletín Crítico de la Revista de América, periódico de literatura internacional que publicaremos ilustrado, dos veces al mes, ampliando las dimensiones del Boletín y dando a la Revista las proporciones y al cachet de El Cojo Ilustrado de Caracas, pero siempre en las mismas condiciones que la Revista cuyo es este primer número: periódico de propaganda, exclusivamente dedicada a las letras que no habrá de sostenerse ni con la venta en librerías ni con las suscripciones, sino con el esfuerzo de todos y la protección del anunciante.

Tócanos ahora probar, en los próximos números, que el programa expuesto será un hecho y no mera disertación de soñadores.

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA ARTURO R. CARRICARTE

▶ Revista Crítica, núm. 1, enero, 1906, pp. 1-9.

## Tres reflexiones inéditas

El concepto de nacionalidad es concepto de limitación. En las creaciones artísticas, el carácter nacional, los rasgos regionales, el color local, son de sumo interés, como el carácter de época: donde existen, deseamos que perduren; donde faltan, deseamos que se produzcan. Esos caracteres, esos rasgos, son raíces que atan al suelo y que del suelo extraen vitalidad; pero deben permitir florecimientos que trasciendan los límites del origen: florecimientos que den como fruto los arquetipos, por encima de toda limitación.

\*\*\*

Toda opinión política, tanto teórica como práctica, se resume en una de estas dos creencias: una, los bienes de este mundo no alcanzan para toda la humanidad, y lo único que hacer con ellos es entregarlos en privilegio a los escogidos; otro, los bienes de este mundo *deben* alcanzar para todos los hombres.

\*\*\*

El ritmo de la historia moderna hace que cada siglo reaccione —a sabiendas o no— contra el que lo precede. El siglo XX reacciona contra el XIX; se opone a la barbarie industrial, al espíritu fenicio, a la interpretación de la libertad como tolerancia para el hombre lobo, y vuelve a la generosidad humanitaria del siglo XVIII. El XIX, por su parte, había reaccionado contra el XVIII: lo encontraba demasiado teórico o demasiado frívolo (igrave error!); volvía al esplendor teatral y ruidoso, al sentido mundano y al espíritu práctico del XVII. ¿Y el XVIII, a su vez, no gustaba de las cualidades del XVI, aquel siglo de reformadores y humanistas?

▶ Notas tomadas de un manuscrito en el Archivo de Pedro Henríquez Ureña en el Colegio de México. Enrique Zuleta Álvarez las incluyó como apéndice a a su edición de *Memorias. Diarios. Notas de viaje*, de Pedro Henríquez Ureña, Fondo de Cultura Económica, México, 2000, p. 217.

## ÍNDICE ONOMÁSTICO

Abad, Julia, 203. Abbey, 47 Abbruzzos, 238. Abel, Fernando, 35. Abelardo y Eloísa, 314. Abren de Estévez, Marta, 195. Abreu, Luis Armando, 156. Abreu, Marta, 213. Abreu, Raúl, 154. Abreu, Rosalía 148, 149.

Aceba, 280.

Acevedo, Jesús T., 73, 78, 80, 83, 85, 87, 92, 94, 95, 99, 107, 110, 112, 113, 114, 128, 131-

133, 150, 289, 290, 291.

Acisclo, 242. Ackté, Aino 60. Adam Smith, 311. Adam, Ángeles, 181.

Adams de M. Casado, Celia, 164, 166, 174.

Adams, Maud, 296. Adams-Bravo 182. Ade, George, 205. Adler, Jacob, 56. Agostinelli, Adelina, 295. Agüeros, Victoriano, 318. Aguglia, Mimí, 82, 91, 94. Aguiar, Enrique, 156

Aguiar, Mercedes Laura, 25, 27, 29, 40.

Agustín, San, 15, 311, 312, Ahna, Paulina de 61. Aibar, Andres Julio, 42, Aibar, Raúl, 23,

Aida, 45, 51, 60, 74, 173, 293, 294, 299.

Alarcón, 314.

Alba, Rafael de, 79, 96. Albani, Emma, 298.

Alcocer, Luis Jerónimo, 333, 338.

Alcorta Figueroa, 232. Alda, Pauline, 293. Alejandro VI, 334. Alexander, John 47. Alfonseca, 43.

Alfonso, Beatriz, 189, 190.

Allen, Viola, 56. Alonso, Dr., 81.

Alonso, Rey de Portugal, 334. Altamira, Rafael, 68, 69, 109-112. Altuzarra, Estela, 188, 195. Altuzarra, Rogelia, 188, 195.

Álvarez de Abreu, Pantaleón, 333.

Álvarez, Albert, 51, 55. Álvarez, Salado, 96, 111, 128.

Alving, Elena, 40. Alving, Oswald, 251.

Amato, 293.

Amblard de Pichardo, María 189. Amechazurra de Pellerano, Isabel, 29.

Anders Causse, Rosa, 63, 138. Andersen, Joachim, 187.

Andrade, Freyre de, 220, 221, 283.

Andrade, Olegario V., 273. Anglin, Margaret, 52, 56. Angulo Guridi, Javier, 32. Angulo, Fr. Pedro, 333, Angulo, Luis de, 333. Anita, Santa, 124, 127. Ann, Mary, 61.

Anthes, 55. Antich, José, 266.

Antonio, Nicolás, 334, 335, 340. Aquino, Santo Tomás de, 312, 330. Aragón, Adolfo 146, 147, 281, 282.

Aragón, Agustín, 281, 282. Araiza, Evaristo, 107. Aranda, Coronel M., 183. Archer, William, 45. Arco, Juana de, 47, 213. Arellano, Juan de Dios, 121, Arenales, Ricardo, 116. Arène, Emanuel, 261. Arévalo, señorita, 242,

Argüelles Bringas, Gonzalo, 72, 133, 285, 289. Argüelles Bringas, Roberto, 72, 77, 78, 107,

110, 111, 285, 289, 290.

Ariosa de Cárdenas, Nena, 195. Ariosto, 314.

Aristófanes, 143, 312, 313.

Ariza, 154.

Armas, Dolores de 57.

Armas, Juan Ignacio de, 276, 277. Armenteros de Herrera, Charito, 189.

Arnold, Matthew, 84.

Aróstegui, Carmen, 188, 190, 195. Asencio, José María, 276. Atherton, Gertrude, 200, 248.

Austen, Jane, 92. Ayala, 38, 163, 164, 165. Azcúe, Corina, 195.

Azorín, 226, 227, 272, 273.

Bach, Johann Sebastian, 51, 302. Bacon, Francis 85, 93, 311, 312.

Báez, Horacio, 307. Bailey, 194.

Balbino Dávalos, 318. Baltazares, Francisco, 104. Bandmann, Daniel E., 52,

Baráibar, 313. Barajas, Dr. 107.

Baralt, Blanche Z. de, 189. Barberino, Cardenal, 335.

Barilli, 116, Barnard, 47. Baroja, Pío, 230, 272.

Barreda, Gabino, 80, 81, 98, 282.

Barrenas, Juan, 217,

Barrie, Sir Henry, 214, 270, 296, Barrientos, María, 74, 214, 270, 347. Barros, Bernardo G., 138, 146.

Barros, José, 111,
Barrymore, Ethel, 52.
Barthou, 231.
Bartlett, Paul, 47.
Bashkirtseff, María, 47, 213.

Bastó, 21.

Batalla, Diódoro, 86. Batres, Leopoldo 111. Bauer, Harold, 50.

Baus, 161.

Bautista Lamarche, Juan 156. Bautista Luque, Juan 154. Bautista, Juan, 154, 156, 300, 302.

Bazán, César de, 52. Bazán, Pardo, 229, 272. Bazil, Osvaldo, 135, 141.

Beaucaire, 52. Beaumont, 311. Becerra, José, 258, 262.

Beethoven, Ludwig van, 31, 50, 51, 60, 61, 64, 74, 82, 100, 102-104, 145, 181, 184, 256, 258,

261, 263, 269, 271, 282, 302, 303.

Bejarano, Lázaro, 333. Belasco, David 52, 296. Bellaigue, Camille, 269, 270.

Bellatti, 55.

Bellini, Vincenzo, 271. Bello, Andrés, 23, 283, 306.

Belvedere, 143, 150.

Bénard, 112.

Benavente, Jacinto, 102, 226, 237, 239, 241,

244, 250, 251, 252, 280, 316, 323, 326.

Benedicti, Vita S., 355. Benelli, Sem, 127. Benítez, José, 132, 133.

Bergerac, Cyrano de 167, 173, 254. Bergson, Henry, 85, 132, 319.

Berisso, Luis, 46, 356.

Beristáin de Souza, B. J. M., 330, 332, 333, 334.

Berlanga, Fr. Tomás, 333. Berlendi, Livia, 203,

Berlioz, Hector, 74, 180, 184, 257, 261.

Bernard, Tristan, 255.

Bernhardt, Sarah, 117, 161, 174, 236, 296.

Bianchini-Capelli, Elena, 55.

Billini, 62, 150. Bishamp, 55.

Bispham, David M., 45, 51, 55, 174.

Bizet, George, 294. Björnson, 46, 52.

Blanck Martínez, Pilar de 187. Blanck, Hubert de, 186, 187.

Blancon 173.

Blasco Ibáñez, Vicente, 230, 272.

Blass, 51, 55, 60, 293.

Bloomfield-Zeisler, Fannie, 61, 302.

Bluhme, Otto, 144. Boccaccio, 213, 314. Boehlau, Helene, 268. Boieldieu 60. Boileau 31.

Bolet Peraza, Nicanor, 48. Bolívar, Simón, 310. Bonachea 220. Bonafoux, 103. Bonci, 293, 299. Bonn, Ferdinand, 53, 61.

Bonocio Tio, 62.

Booker T. Washington, 325. Borelli, Lyda, 116, 117.

Borgias, 242.

Borkman, Juan Gabriel, 40.

Borne, 267. Borras, 116.

Borrero de Luján, Dulce María, 188. Borrero Echeverría, Esteban, 239, 240.

Bosch, 48.

Bourgeois, 48, 231.
Boutroux, 85, 137, 144.
Brahms, 262, 269, 296.
Brand, 40, 46, 313,
Brandrowski, Von, 51, 231.
Brava, Doña María la, 127.

Bravo Betancourt, Ignacio 107, 128.

Bravo Nacho 107, 110.

Brehm, 18, 24.

Bréval, Lucienne, 44, 51.

Briand, 231.

Brieux, 53, 197, 319.

Brieva Salvatierra, 32, 313.

Broadfoot, Eleanore, 44, 200. Broch de Albertini, Blanca, 195.

Broch, María Luisa, 188.

Brodermann, Conchita, 195, 198.

Bronté, Emily, 92.

Brooks, John Graham, 266.

Brown Potter, 303.

Browne, Thomas, 311.

Browning, 311.

Bruce, Blair, 47.

Bruch, Max, 261, 262, Brückner, Antón, 269

Brush, 47.

Budermann, 197.

Bueno, Manuel, 272, 273.

Bull, Jhon, 173.

Bulnes, Mario, 112.

Bunge 357. Bunyan, 311.

Bürger, 269.

Burgstaller, 55, 60, 293, 299.

Burmester, Willy, 82.

Burne-Jones, Edward, 117.

Burnian, 301.

Burns, 311,

Burrian, 293, 299 Bustamante, D. Carlos María, 351.

Bustamante, Mario Muñoz, 202, 351.

Byrne, Bonifacio, 207.

Byron, 313, 166.

Caballero, Luz, 140.

Caballero, Manuel, 77, 284, 286, 289.

Cabanilles, Josefina, 203, 215.

Cabello, María del Carmen, 167, 188.

Cabler, Hedda, 304, 313,

Cabrera de Ortiz, Graziella,

Cabrera, Emma, 188, 189.

Cáceres, Carlos, 185.

Cáceres, Ramón, 59, 75, 76, 88.

Cahill, Marie, 239.

Calderón, 312, 330, 339, 347,

Calero, Manuel, 111, 129.

Calvé, Emma, 51, 60, 298,

Calvo, 234,

Calza, Gino, 111.

Camacho, Sofía, 258.

Camarillo de Pereyra, María Enriqueta, 78,

Cambiar, Enrique, 160.

Camoens, 313.

Camoletti, Sor Teresa de, 190.

Camp, Valentí, 266.

Campa, Gabriel de la, 64.

Campanari, 51, 55, 60, 135, 293, 298.

Campanarios, Giuseppe, 44.

Campbell, Mrs. Pat, 51, 56.

Campero, Alberto, 130.

Campo, Ángel de, 74, 92.

Campoamor, Ramón de, 110, 290.

Cancio, Gisela, 195. Cancio, Mara 195.

Cantón, Delio Moreno, 280.

Cañas, Alberto, 81.

Capuana, Luigi, 91.

Capus, Álfred, 252, 261, 280.

Carbonell Pereyra, José, 132.

Carbonell, Néstor, 138.

Cárdenas de Arango, Susana de, 195.

Cárdenas, Elena Herrera. 195.

Cárdenas, Gobernador, 93.

Cárdenas, Nena Ariosa de, 195.

Cárdenas, Rafael, 221.

Cárdenas, Susana de, 189, 195.

Cardona, Fermín, 187, 195.

Cardona, Francisco, 255.

Caridad, Marina, 189.

Carlos III, 328, 350,

Carlos V, 328, 330, 334, 335, 338, 343.

Carlyle, Thomas, 53, 92, 210, 233, 314.

Carmen, María del, 167, 367.

Caro, Francisco Javier, 333.

Caro, Miguel Antonio, 232.

Caro, Señora, 323. Carreño, Teresa, 50.

Carricarte, Arturo, 64, 66, 67, 68, 69, 75, 138,

Carrillo, Irene, 195.

Carrillo, Julián, 74, 102, 116, 256, 258, 262.

Carrillo, Mercedes, 195.

Carrozzi, 213.

Carter, Leslie Mrs., 52, 236, 296, 304.

Caruso, Enrico, 60, 200, 293, 299.

Carvajal, Clotilde, 154.

Carvajal, Francisco Facundo, 330, 333, 339.

Casado de González, Guadalupe M. 164, 165,

177, 119.

Casado, Guadalupe M., 164-166, 177. Casado, Manuel, 164, 166, 177. Casal, Julián del, 68, 240, 272, 355,

Casals, Pablo, 61.

Casanova, Justina, 148, 149.

Casas, Fray Bartolomé de las 274, 332.

Casasús, 111, 112.

Caso, Antonio, 72, 78, 80, 84, 85, 86, 87, 88, 95, 99, 100, 107, 109, 110, 114, 116, 128, 129,

 $130,\,132,\,133,\,\,282,\,289,\,290,\,291.$ 

Cassatt, Mary, 47, Castelar, 161, 215.

Castellanos Haaf, Jorge, 255.

Castellanos, Jesús, 135, 136, 138, 139, 149,

Castellanos, Juan de, 274, 333.

Castilla, Juana de, 162.

Castillo de González, Aurelia. 68.

Castillo Ledón, Luis 72, 73, 76, 78, 85, 88, 94,

107, 128, 290.

Castillo, César del, 263. Castillo, Rosa, 235. Castillo, Sr. César del, 263. Castro, Eugenio de, 46, 87. Castro, Ricardo, 74, 263.

Catalá, Ramón, 136, 138, 141, 146, 150.

Cataño, Manuel, 117, 120. Católicos, Reyes 334. Catulo, 314.

Cavalieri, Lina, 295. Cavia, Mariano de, 226. Ceballos, Ciro B., 68, 79. Cecilia Beaux, 47, 200.

Celeste, Lila y Francisco Manuel 154.

Cellini, Benvenuto, 15, 184, Cerro, Marino, 197. Cervantes, 32, 226, 229, 312. Cervantes, Ignacio, 212, 214. Cervantes, María, 195. César, Francisco J., 107. Cestero, América, 159. Cestero, Mariano A., 308. Cestero, Tulio M., 44, 63. Chabau, Isabel, 198.

Chacón y Abarca, Jerónimo, 333, 338.

Chacón, Jerónimo, 333, 338. Chalons, Joaquín, 138. Chamounix, Linda di, 270.

Chano K. 112. Chao, Eladio, 198.

Charles y Sánchez, Ana María, 256, 257.

Charpentier, 267, 295, 313. Chase, Gilbert, 47, 197. Chase, William, 47. Chaucer, 311, 312, 313. Chavannes, 199.

Chávez, Ezequiel A., 110, 112, 170, 281.

Chávez, Manuel A. 130, 132.

Cherubino, 294.

Chester French, Daniel, 47. Chesterton Gilbert, 92. Chocano, José S., 69, 273.

Chopin, F., 74, 78, 82, 102, 104, 160, 188, 198,

256, 257, 258, 259, 260, 262- 264, 285.

Cicerón, 311, 312. Cipriano, 313.

Cisneros, Eleonora de, 44, 49, 86, 200, 201.

Cisneros, Salvador, 209, 210.

Claudio, 65.

Claussell, Joaquín, 281. Clementina, 39, 40, 155. Coahuila, Saltillo, 93. Codina, 38, 167, 227. Coffigny, 148. Cohén, Luis, 160. Cohn, Adolphe, 49.

Coiscou, Dr. Rodolfo, 40, 155.

Coleridge, 313.

Colín, Eduardo, 35, 72, 78, 107, 128, 290.

Collado, Aurelio, 133. Collignon, Cox, 84. Colmeiro, Manuel, 277. Cólogan, 111.

Colón, Bartolomé, 275.

Colón, Cristobal, 24, 215, 217, 274-279, 330,

337.

Colón, Diego, 276. Colón, Fernando, 333. Colón, Luis, 276.

Colonne, Edouard, 60, 179, 180.

Combes, 228.

Comte, Auguste, 84, 85, 130, 268, 314.

Conill, Enrique, 205. Conried, 53, 60. Constantino, 295. Consuelo, 36, 195.

Coquelin, 44, 45, 143, 174, 175.

Cordero, Pascual, 143.

Córdoba, Pedro de, 125, 134, 333.

Corneille, 161, 314. Corona Riccardo 61. Corral, 85, 91, 111, 112, 134. Correa y Cidrón, 309.

Cortés, Hernán, 79, 110, 255, 335, 336, 339,

342, 343.

Corzo, Enrique, 68. Cosío, Antonio, 339.

Couat, 84. Cousin, 99.

Cravioto, Alfonso, 72, 77, 78, 81, 82, 87, 107, 114, 128, 133, 285, 288, 289, 291.

Cremonini, 44. Cronau, Rudolph, 277.

Crosman, Henrietta, 52. Cruikshank 47 Cruncher, Jerry, 54.

Cruz, Arquímedes, 154, 156.

Cruz, José, 217.

Cruz, Sor Juana Inés de la, 283.

Cuauhtemoc, 255, 261.

Culmell de Cárdenas, Antolina, 195, 197.

Culmell, Edelmira, 197. Culmell, Juanita, 195.

D'Albert, Eugen, 294.

D'Annunzio, G., 39, 46, 56, 59, 63, 65, 82, 92,

98, 113, 128, 174, 200, 238, 266.

Dalmací, Beatriz, 26. Dalmorés, 295, 302.

Daly, Arnold, 56, 61. Damirón, Rafael, 156.

Damrosch, Walter, 45, 51, 180, 295. Dan Pasquale, 17, 55, 74, 252, 270. Dante, 31, 32, 178, 311, 312.

Darwin, Ch., 311, 312, 313. Daudet, 65, 189, 236, 321. Dávalos, Balbino, 318

Dávalos, Marcelino, 94-97, 102, 104, 107, 110.

Dávila Padilla, Fray Agustín, 333, 339, 340. Dávila, Gil González , 334, 335, 340.

Dávila, Pedro 103, 339, 349.

De Forest Brush, George, 47.

De Greef, 130.

Delgado, Rafael, 239, 291. Delibes, 257, 258, 261.

Deligne, Gastón, 32, 38, 63, 87.

Delius, Fritz, 267.

Delmonte Célida, 188, 189.

Delmonte de Betancourt, Herminia, 32, 188,

189, 195.

Delmonte de Delmonte, Célida, 189.

Delmonte, Félix María, 32. Delmonte, Hortensia, 195.

Delmonte, Josefa Antonia, 29, 188.

Demarchi, 51, 55, 74. Demóstenes, 314. Derbiay, Felipe, 30, 190. Desangles, Luis, 159, 160.

Descartes, René, 85, 312.

Deschamps, Enrique, 38, 40, 45, 49, 159, 160. Deschamps, Gastón, 38, 40, 45, 49, 159, 160.

Despradel, Lorenzo, 208, 217. Destinn, Emma, 293, 294, 299.

Desvernine Galdós, Pablo, 136-138, 146, 147,

150.

Diago, Ana Luisa, 190.

Díaz de Mendoza, Fernando, 116. Díaz de Morales, Valentina, 16, 154.

Díaz de Ureña, Gregoria, 17.

Díaz Dufoo, Carlos jr., 71, 132, 283, 284, 286,

287.

Díaz Dufoo, Carlos, 71, 132, 283, 284, 286,

287.

Díaz Mirón, Salvador, 73, 80, 273, 284, 286,

355.

Díaz Piedra, Ofelia, 188.

Díaz Rodríguez, 22, 39.

Díaz Silveira, Francisco, 63.

Díaz, Altagracia, 155.

Díaz, Ana, 26.

Díaz, Guillermina, 188, 195.

Díaz, Leopoldo, 356.

Díaz, Mariana 188.

Díaz, Marina 195.

Díaz, O. Vigil, 156.

Díaz, Porfirio, 68, 81, 85, 86, 87, 91, 93, 94, 98,

103, 114, 128, 154, 290, 325.

Díaz, Ruy, 68, 185.

Díaz, Valentina, 16, 154, 155.

Dickens, Charles, 314.

Diderot, 314.

Didur, 293, 294, 299.

Diego, Fray, 341.

Diez de la Calle, D. Juan, 341.

Diez Leiva, Fernando, 333, 340, 341.

Dionisos, 84, 87.

Dippel, Andreas, 44, 51, 60.

Doboy, Alberto, 151.

Dolz, Leopoldina Luis de, 195.

Dolz, María Martín de, 195. Dolz, Ricardo Dr., 65, 195, 198.

Domínguez Illanes, Tomás, 255.

Donizetti, Gaetano, 51, 55, 252, 271, 293, 294.

Donnay, Maurice, 65, 117, 197, 236, 255.

Doppler, 187, 188.

Dora, 52.

Dostoievski, Fiódor, 314.

Doumergue, 231.

Dryden, John, 311.

Du Mond, Francis V., 47, Duarte, Juan Pablo, 18, 27. Dubeau, José, 26, 31, 159. Dufraninie Lardi, 302. Dufranne, 295.

Durranne, 295. Dumas, A., 38, 117, 173. Duncan, Isadore, 200.

Duprat, 266. Durand, Oswald, 36. Duse, Carlos, 191-193, 197. Duse, Eleonora, 56, 161, 190, 298.

Dvorak, Antonín, 169.

Eames, Emma, 51, 55, 294, 298-302.

Ebbsmith, 51.

Echavarría de Delmonte, 29.

Echegaray, José, 38, 52, 104, 176, 177, 186,

241, 244, 251, 256, 296. Echegaray, Miguel, 165.

Echenique Peláez, Mercedes, 154, 155.

Echeverría, Rorrero, 202. Effres, Francisco 217. Elgar, Sir Edward, 296. Elías, Benjamín, 132. Eliot, Dr. 54, 100, 311. Eliscu, Fernando, 56. Elizondo, Artemisa, 111. Elliot, Maxine, 44, 61. Elman, Mischa, 303. Elorduy, Ernesto 262.

Emerson, Ralph W., 53, 92, 311, 314. Enciso, Jorge, 111, 115, 281, 289, 291.

Enesco, 187, 188.

Enriquillo (Guarocuya), 16.

Epícteto, 311.

Ernani, 45, 55, 214, 270. Escandón, Pablo, 106. Escobar, Enrique, 98, 99, 107. Escobar, María Luisa, 111.

Escofet, José, 68, 71, 73, 85, 94, 95, 97, 102,

104, 115, 124, 127, 128, 133, 320.

Esmond, 52. Espaillat, 325.

Espinel, Vicente, 342. Espinosa, Fray Alonso de, 333.

Esquilo, 31, 32, 83, 312, 313. Estévez, Luis, 210, 213. Estévez, Marta Abren, 195. Estévez-Lasa, Palacete, 141, 213.

Estrada Palma, Tomás, 195, 206, 209 210, 215,

219, 221.

Etienne, M., 231.

Eurípides, 83, 312, 313. Eusebio, Adolfo, 137, 144.

Eutidemo, 312.

Ezequiel García, 141, 142, 145, 146.

Fabela, Isidro, 78, 79, 82, 103, 107, 127, 128,

133, 291.

Fábregas, Virgina, 81, 82, 99, 104, 107, 115,

250, 252, 255, 256, 261, 323. Fache, M. Marcellin, 22, Facio, Justo A., 69.

Fagoaga, José Francisco, 351.

Farneti, María, 55.

Farrar, Geraldine, 293, 294, 299.

Fastenrath, Johann, 68. Faversham, 52. Fede Fassini, 65. Federico I, 330.

Fedón, 312. Feliciano y Dominica, 323. Felipe II 339, 340, 346. Feliú, 38, 167, 227.

Félix Díaz, 94. Félix Mottl, 60, 61, 179, 180. Feltz, Clementina 39, 40, 155.

Feltz, Leonor, 24, 25, 29, 39, 40, 50, 154, 155.

Femhals, 293. Ferdinande, 23.

Fermín Cardona, 187, 195. Fernández Caballero, 226, 229, 255. Fernández Castelló, Enrique, 112.

Fernández de Castro, Baltasar, 320, 333 341. Fernández de Castro, F., 310, 333, 341. Fernández de Oviedo, Gonzalo, 333.

Fernández, Enrique, 112. Fernández, Genaro, 82, 92, 107.

Fernández, Josefa, 21. Fernando VII, 310. Fernando, Adelantado, 148, Fernando, Príncipe, 57, Ferraris, Teresina, 74. Ferraro, Diógenes, 89.

Fichte, 85.

Figüeras, Lolita, 195. Figüeras, Orosia, 195. Finlay, Carlos, 194. Firmin Loisy, Alfred, 20. Fischer, Emil, 298. Fiske, Mrs., 52, 61, 178. Fitch, Clyde, 52, 56, 61, 296.

Fitzgerald, 303 Fitzmaurice-Kelly, 68. Flaubert, Gustave, 313. Fletcher, 311. Flores, Manuel, 286. Flórez, Julio, 78, 79, 291. Fonst, Ramón, 194. Fornari, Angelini, 65. Fortoul, Gil, 69, 357, 359. Fouillée, 84, 266. Fournier, Henry E., 44.

Fournier, Mrs. 53. Francasci, Amelia, 29. France, Anatole, 226.

Franchetti, Alberto, 74, 238, 252, 271, 272,

280.

Franklin, Benjamin, 311.

Frederick, 47.

Freites Roque, Arturo, 156. Fremstad, Olive, 60, 293, 299, 301. Frier y Troncoso, Altagracia, 18, 27, 57. Frier, Altagracia, 18, 27, 57, 154, 155.

Frier, Antonia, 154, 155. Frier, Rosa, 155. Friska, 223. Fry, Horace B., 52. Fuenmayor, 333.

Fuentes, 74, 110, 116, 241, 242, 244, 254, 255,

315.

Fuentes, Francisco, 65, 71, 147, 236, 250, 251.

Fuentes, Laureano, 187, 195.

Fuller, Loie 200.

Funck-Brentano, M. Frank 212.

Gabriel y Galán, 78, 121, 290. Gabrilowitsch, Ossip, 50, 302.

Gadski, Johanna, 44, 51, 55, 60, 293, 299. Galarraga de Sánchez, María, 189, 195.

Galarraga, Angélica, 195. Galé, Antonio, 256. Galé-Valero, 186. Galiano, 217. Galileo, 246, 267. Gallagher Miss, 57.

Galván, Fernando, 72, 96, 100, 101, 103, 117,

118, 120, 121, 123, 124, 306. Galván, Ignacio, 102, 104. Galván, Manuel de J., 159, 306. Galván, Murillo, 122. Galván, Pedro, 103.

Galvan, Pedro, 103. Galve, Conde de, 329. Galvez, Napoleón, 68. Gamboa Ricalde, Álvaro, 72. Gamboa, Federico, 96, 111. Gamboa, Francisco Javier, 333.

Gamboa, José J. 72. Gamboa, Pepito 128. Ganne, Louis, 213, 295. Gans, Noah H., 116.

García Calderón, F., 87, 97, 112, 115, 288. García Cisneros, Francisco, 44, 46, 49, 73, 86,

199-201, 209, 210.

García Corujedo, D. Luis, 183. García Enseñat, Dr. Ezequiel, 141. García Godoy, Federico, 100, 305, 308.

García Icazbalceta, J., 134. García Kohly, Mario 136.

García Madrigal, Fidelma, 185, 195.

García Montes, Corina, 195.

García Naranjo, Nemesio, 72, 78, 103, 107,

110, 111, 131, 290, 291. García Saviñón, Manuel, 57, García, Genaro, 111.

García, José Gabriel, 267, 308. García, Julio, 129, 130 García, Paz, 111.

García, Telesforo, 71, 111, 112. Garden, Mary, 295, 298, 301. Garduño, Alberto, 120, 281, 289.

Garnier, 313. Garofalo, 98, 147. Garrick, David, 52.

Garrido, Fernando Arturo, 156.

Gaspar, Enrique, 165.

Gattini, 213. Gaultier, Jules de, 85. Gautreau, Pedro Julio, 59. Gay, María, 293, 294, 299. Gedovius, Germán, 281, 289.

Geibel, 303.

Geraldino, Onofre, 335. Gérardy, Jean, 50. Gericke, 313. Gerrit Smith, Mrs. 50. Gerville-Reache, 295. Ghilini, Gerónimo 340. Giacometti, 21, 177, 190.

Giacosa, Guiseppe, 65, 180, 197, 207, 250, 251. Giacosa, 65, 197, 207, 250, 251, 280, 295.

Gianoli-Galletti, Fernando, 295.

Giberga, Eliseo, 136.

Gibson, 47.

Gil González Dávila, 334, 335, 340.

Gillette, William, 296. Giorgi, 260, 265. Girard, Paul, 84. Giró, Valentín, 154, 155. Giuseppina Piccoletti, 74.

Glancon, 174.

Godard, Benjamin, 112, 188, 263. Godfernaux, André, 255.

Godo, Francisco, Javier, 255.

Goethe, J. W., 15, 72, 84, 162, 268, 303, 311,

Gogorza, Emilio de, 50, 296, 302.

Goldoni, 65, 190, 191.

Gómez Carrillo, 116, 195, 272, 289.

Gómez Robelo, Ricardo, 72, 73, 77, 78, 80, 81,

83-85, 87, 92, 95, 105, 128, 285, 290.

Gómez y Toro, Clemencia, 204, 258.

Gómez y Toro, Andrés, 216.

Gómez, José Miguel, 206, 209, 219. Gómez, Juan Gualberto 65, 209.

Gómez, Máximo, 62, 65, 69, 204, 206, 208-

210, 215-219. Gomperz, 83.

Góngora, Luis de, 110, 329.

González Blanco, Andrés, 69, 84, 272.

González Garza, Federico, 101-103.

González Lanuza, 65, 138, 140, 145-147, 198.

González Llorente, Pedro, 221.

González Marrero, Manuel, 154.

González Martínez, Enrique, 318.

González Obregón, 84.

González Peña, Carlos, 68, 71, 73, 85, 94, 95, 97, 99, 107, 115, 117, 124, 127, 128, 133, 290,

291, 318, 320, 321.

González Peña, Fernando, 97.

González, Juana 90. González, Miguel, 112.

González-Blanco, 272, 69.

Gooding, 23.

Goodwin, Nat, 44, 61.

Gorgias, 312.

Goriot, 313.

Goritz, 60, 293.

Gorki, Máximo, 59.

Gorozpe, Luis, 106.

Gounod, Ch., 51, 173, 174, 175, 253, 270, 293,

294, 299.

Gourmont, Remy de, 98, 99.

Gozlan, 174.

Gracián, 45, 226.

Grafly, 47.

Granada, Fray Luis de, 314.

Grazia, 259.

Greet, Ben, 56.

Grieg, E., 145, 228, 256, 257, 303.

Grullón, Maximiliano C., 154.

Gubesinda, 323.

Guerra Núñez, Juan, 64, 136.

Guerrero, María, 82, 105, 111, 116, 315.

Guerrero, Rosario, 178.

Guerrieri, Cavaliere Fulgencio, 252, 260, 265.

Guerrini, Virginia, 74.

Guimerá, 38, 61, 177, 178, 186, 227, 294.

Guiteras, 194.

Guridi, Matilde, 32, 195

Gustav Kogel, 60, 179.

Gustavo Reihter, Luisa de 213.

Gutiérrez Najera, Manuel, 77, 283-290.

Guzmán, Félix María, 154.

Guzmán, Martín L., 128, 132, 133.

Hackett, 52.

Haeckel, 46, 84.

Hahn, Reinaldo, 145.

Halevy, Elie, 60, 65, 84, 189.

Hall, Margaret, 51.

Händel, Georg Friedrich 51, 61, 302.

Hanslick, Eduard, 269.

Harding Davis, Richard, 205.

Hardy, Thomas, 52. Harned, Virginia, 44, 56.

Harresse, 277.

Harte, Bret, 248.

Haydn, Joseph, 51, 302.

Hearn, Lafcadio, 47, 134.

Hegel, Georg W., 84, 85, 240, 268, 313.

Heine, Heinrich, 84, 99, 303, 314.

Heller, 267.

Hennequin, 269.

Henríquez Carvajal, Federico, 16, 333.

Henríquez de Menéndez, Clotilde, 16, 154,

Henríquez García, Carmela, 154.

Henríquez García, Carmita, 154. Henríquez García, Luz, 154.

Henríquez García, Noel, 154, 155.

Henríquez García, Porfirio, 156.

Henríquez Guzmán, Luis 117, 120.

Henríquez Moreno, José Marino, 154.

Henríquez Sanchez, Noel, 16, 153, 156.

Henríquez Ureña, Fran, 17, 26, 31, 37, 38, 96,

135, 136, 138, 150, 153.

Henríquez Ureña, Maximiliano, 160, 285.

Henríquez Ureña, Pedro, 291, 292, 329, 331,

355.

Henríquez Valverde, Luisa María, 154. Henríquez viuda de Pou, Elena, 155.

Henríquez y Carvajal, Adelina, 154 Henríquez y Carvajal, Daniel, 154, 155. Henríquez y Carvajal, Federico, 16, 23, 25, 21,

35, 40, 71, 155, 240, 266.

Henríquez y Carvajal, Francisco, 16. Henríquez y Carvajal, Ildefonso, 153, 156. Henríquez y Carvajal, Mercedes 154 Henríquez y Carvajal, Salvador, 155

Henríquez, Curros, 62,

Henríquez, Enrique Ap., 42, 83, 114, 288.

Henríquez, Ildefonso, 153, 156.

Henríquez, José, 54.
Henríquez, Julia, 154, 155.
Henríquez, Luz, 160.
Henríquez, Mercedes, 154.
Henríquez, Rosa de, 37, 38, 160.
Heredia y Mendoza, Mariano, 154.
Heredia, José María, 140, 283.

Herelle, Georges, 39.

Hernández de Castro, Vitalina, 154. Hernández Miyares, Enrique, 63, 189, 195. Hernández Miyares, Francisca Mary de, 63, 189, 195.

Hernández, Eusebio, 62, 137.

Herodes, 301-303. Herodoto 314.

Herrán, Saturnino, 281.

Herrera de Solar, Esperanza, 195. Herrera y Ogazón, Alba, 82.

Herrera, 130, 336, 344.

Herrera, Darío, 73, 78, 80, 288.

Herrera, Elena, 195. Herrera, Juan de, 143. Herrera, Manuel, 130, 132. Herrera, Nena, 189. Herrera, Primitivo, 156. Hertz, Alfred, 60, 55, 179, 293.

Hervieu, Paul, 182, 280.

Hesíodo, 314.

Heureaux, U., 18, 22, 23, 34-36, 38, 42, 59, 76.

Hierro y Mármol, Manuel, 62. Hierro, Blanca, 190, 198. Hierro, Manuel D., 62 Hinojosa, José, 69 Hita, Arcipreste de, 314. Hita, Arcipreste de, 314. Hodgson Burnett, Frances, 296.

Hoechstetter, Sophie, 268. Hofmann, Josef, 50, 82, 295. Homer, George Inness, 47. Homer, Winslow, 47.

Homero, 31, 312.

Hoodless, Adelaide, 48. Hopkins, Mrs. 48. Horacio 312.

Horstmann de Cabello, Olimpia, 188.

Horstmann, Lucía, 188.

Hostos, Eugenio M., 22, 23, 37, 59, 64, 65,

235, 355. Howells, 305. Huch, Ricarda, 268. Huges, 49.

Hugo, Víctor, 31, 32, 49, 165, 166, 194, 313.

Hume, David, 314.

Ibsen, Henrik, 40, 45, 46, 52, 53, 56, 73, 96, 117, 172, 176, 178, 191, 192, 197, 207, 228, 241, 242, 251, 255, 303, 304, 313.

241, 242, 251, 255, 303, 304, 313. Iglesias, Bienvenido, 63, 64, 146, 155.

Iglesias, Ignacio, 252. Inclán de Mesa, Dolores, 189.

Inclán, Cristino, 187, 272. Ingegnieros, José, 266.

Iris, Esperanza, 239. Irving, Lawrence, 52.

Irving, Sir Henry, 51, 52, 178, 236. Isaac Rodríguez, Francisco, 22. Isabel la católica, reina, 334, 339.

Isaías, 31, 32. Iturbide, 133.

Jaimes Freire, Ricardo, 69. James, William, 85, 112.

Javier Gamboa, Francisco, 72, 96, 111, 128,

291, 333.

Jerónimo, San, 314.

Jesús, 20, 25, 92, 119, 124, 267, 330. Jesús, Santa Teresa de, 312.

Jiménez de la Espada, 32, 333.

Jiménez Domínguez, Enrique, 130, 132. Jiménez y Andrés, Juan Ramón, 272.

Jiménez, Juan Isidro, 35, 53, 57, 58, 76.

Jinks, 52. Job, 31, 32.

Johnston, Mary, 304. Jones, Henry Arthur, 61.

Jonson, Ben 311.

Journet y Blass, 51, 55, 60.

Jowett, 313.

Juárez, Alameda, 73, 77, 114, 230, 233, 285,

288.

Junco de Fonts, Dulce María, 195.

Justo, Manuel. D., 129.

Juvenal, 32.

Kahlenberg, Hans von, 268. Kant, I., 85, 268, 313. Karageorgevitch, Pedro, 245. Karenina, Ana, 313. Keats, John, 92, 314. Keller, 191. Kenyon Cox, 47. Khayyam, Omar, 303.

Kiielland, 46. Kipling, 59, 61. Kirby-Lunn, 55. Kneisel, 50, 296, 302. Knettles, Emma W., 44. Kostia, Conde, 187, 213. Kraus, Ernst, 60.

Kreisler, Fritz, 50, 82, 155.

Kubelik, Jan, 50.

La Farge, John, 47. Labbia, María, 295. Lacoste, Perfecto D, 214. Lamarche, José Dr. 155. Lamarche, José, 154. Lamarche, Juan Bautista, 154. Lambardi, 74, 250, 258, 264. Lambert, Alexander, 50.

Landívar, Padre, 306. Ländler, 263. Lang, Andrew, 84.

Lanuza, 65, 138, 140, 146, 147, 198.

Lanz Duret, Miguel, 111.

Lara Pardo, Dr., 75, 77, 78, 104, 108, 114, 325. Lara Pardo, Luis, 70, 75, 77, 78, 104, 114, 325.

Larreta, 134.

Lasa de Estévez, Catalina de, 195. Lasa de Sedaño, María Luisa, 195.

Lasso, 130, 132.

Latorre, Carlos de, 79, 209. Lauransón, Natividad, 25, 26, 34.

Lavedan, Henri, 251 Lazcano María 154, 343. Le Bon, Gustave, 30, 98. Leconte, 83, 313. Legouvé, E., 164. Lehmann, Lilli, 50, 298. Lehmann, Liza, 303. Leibniz, 85, 313. Lemerre, 313.

León Pinelo, Antonio de, 338, 340. León y Cuenca, Obispo, 336. León, Fray Luis de, 314. Leoncavallo, 187, 294. Leopardi, 314. Lepage, Bastien, 47, 213. Lepage, Jules Bastien, 47, 213. Leroux, 49.

Leslie Carter, 52, 236, 296, 304. Lessing, Gotthold E., 84.

Levett, 50. Levi, Herman, 269. Leygues, 231. Lhevinne, Josef, 82.

Leschetizky, 262.

Licairac de Pérez Román, Altagracia, 204, 208.

Lie, Jonas, 46. Lillo, Rafael, 281.

Linares Rivas, 280, 244, 250, 252, 254.

Lira, Pedro, 47. Lisiaga, 194.

Lisle, Leconte de, 83, 313. Liszt, Franz, 223, 256. Livio, Tito 312, 314. Llano Zapata, José Ensebio.

Llano Zapata, José Ensebio, 344. Llona, Numa Pompilio, 69. Lluberes, Edmundo, 154. Lluberes, Ledro, 154. Lluria, Enrique, 66. Lockwood, De Forest, 47. Loeb, Jacques, 49.

Loeb, Jacques, 49. Loevborg, 193. Logroño, Arturo, 156.

Lohengrin, 45, 51, 55, 60, 61, 74, 200.

Loisy Firmin, Alfred 20.

Lombardi, 265. Lombroso, 98.

López Castro, Baltasar, 333, 341. López de Heredia, María Antonia 154. López Goldarás, José, 64, 138. López Portillo, José, 96, 115, 318. López Prieto, Antonio, 143, 195, 276. López Ureña, María Antonieta 154.

López, Aurelio, 78.

López, Rafael, 72, 73, 77, 82, 87, 107, 110, 111,

281, 285.

López-Portillo y Rojas, José, 318. Lorenzo, Tina di, 94, 116. Loreto, Condesa de, 188, 189.

Loriaux, 92. Lousiville, 194. Louys, Pierre, 200. Lovelace, Richard, 52. Lowe, Percival, 49, 269. Loyola, Ignacio de, 331. Lozano Casado, 208. Lozano, Carlos, 111.

Lozano, José María, 80, 98, 106, 107, 110, 131,

Luciano 314. Lucrecio, 312. Lugones, 273, 355. Lully, 181.

Luperón, Gregorio 18. Luther Long, John, 296. Lynch, Alberto, 47. Lytton, Lord 56.

Mabilleau, Léopold, 49 Mac Pherson, 69.

MacGregor Fernández, Jenaro, 82. MacGregor Romero, Luis 131. MacGregor, Mercedes, 82, 111, 131.

Machado, Manuel, 272.

MacMonnies, 47.

Maeterlinck, M., 46, 52, 266, 300, 319.

Maeztu, Ramiro de, 266. Magaña, Ismael, 258.

Magda, 52, 65, 178, 190, 191, 203, 207.

Magini-Coletti, 74. Magno, Gregorio, 346. Mahler, Gustavo, 293, 294. Malio, Teodoro, 97, 100. Mallarmé, Stéphane, 113, 300.

Mancinelli, 45, 55. Mannering, Mary, 56.

Manrara, Luisa Victoria, 189, 190, 195.198.

Manrara, Marina 195.

Mansfield, Richard, 52, 56, 61, 178.

Mantelli, 55. Manuel, Víctor, 200. Maquiavelo, 85, 312. Maragal, Juan, 100.

Marchena, Gerardo de, 30, 155, 159, 160.

Marchena, Héctor de, 159, 160 Marco Aurelio, 314, 330. Marholm, Laura, 268. María, Eleonora, 86, 154. Mariani, Teresa, 65, 197, 236, 296.

Mariani, Teresina, 236.

Marín, Elena, 62, 77, 253, 265, 285.

Marín, Gonzalo, 208. Marín, Roberto F., 62, 258. Marín, Varona 63, 187, 204.

Mariscal, 286.

Marlowe, Julia, 56, 304, 311.

Márquez de Márquez Sterling, Mercedes, 195,

207.

Márquez Sterling, M., 195, 207. Márquez, Arnaldo, 21.

Marquina Eduardo, 272. Marrero, Consuelo, 154. Marroquín, José Manuel, 232.

Marta, Enriqueta, 78, 92, 100, 101, 111, 290. Martí, José, 181, 187, 203, 205-207, 210, 217,

355.

Martín, Agustín, 181. Martín, María de Dolz, 195. Martin, Richard, 293. Martín, San, 32, 69, 306, 343. Martínez Carrión, Jesús, 281.

Martínez Casado, Luisa, 38, 39, 161-167, 176,

Martínez de Díaz, Francisca, 188, 195.

Martínez de la Rosa 161.

Martínez del Río, Pablo, 132, 133.

Martínez Ibor de Delmonte, Mirta, 189, 195.

Martínez Ruiz, 226, 230. Martínez Sierra, 146. Martínez, Martín, 344.

Mascagni, 55, 179, 264, 265, 294.

Masó, 210.

Masó, Bartolomé, 209. Mason, A. E. W. 56. Massanet, Angel, 187.

Matamoros, Mercedes, 207, 208. Mathison, Edith Wynne, 56. Matrás, Blanca 181, 186. Mauleón, María, 78, 290. Maurel, Víctor 298. May Wright, 48, 52, 200. McCosh, Andrew, 54. Meilhac y Halévy, 65, 189. Meister, Wilhelm, 313

Meiía, Luis, 166. Melba, Nellie. 44, 45, 65, 173, 174, 201, 294,

296, 298, 302. Melchers, Gari, 47.

Mendelssohn, 51, 61, 263, 295, 302-304. Méndez Capote, Domingo, 206. Méndez de Regil, Cristina, 111. Méndez Nieto, Juan, 333. Méndez, Luis, 111. Méndez, Santiago, 111

Méndez, Tina, 111. Mendoza de Aróstegui, Felicia, 188-190, 195.

Mendoza, Doña Elvira de 333. Mendoza, Margarita, 195.

Menéndez y Pelayo, D. Marcelino, 32, 33, 313,

332, 333.

Menéndez, Oscar, 131, 134. Menéndez, Ramón María, 203, 207.

Meneses, Carlos J., 74, 82, 116, 256, 257, 258,

261, 262.

Mercedes y Genoveva Amiama, 37. Merchán, Rafael María, 214. Mérignac, Lucien de, 194. Mérignac, M. de 194.

Meriño, Fernando A., 16, 22, 37. Mesa de Hernández, 188.

Mesa, Ángeles 144.

Mesa, Tirso, 27, 144, 166, 314, 333.

Meyerbeer, G., 55, 173. Meyn, Heinrich, 51. Michel, André, 49, 179. Middleton, 311. Mier, José María 91. Mieses, Blanca, 160.

Mill, John Stuart, 72, 84, 281, 282, 290, 314.

Millet, Francis D., 47. Milton, 311, 314. Miranda, 101, 258, 262. Miró, Oscar, 288. Mitre, Bartolomé, 232.

Moctezuma, Luis 74, 102, 104, 256.

Moguer, PP., 340. Molasso, 141. Moliére, 134, 166, 312.

Molina, Tirso de, 27, 166, 314, 333.

Molnar, Ferenc, 296. Monroe, 234.

Montagu, Guillermo de, 208.

Montaigne, 312.

Montbart, Helene von, 268. Monte, Domingo del, 140.

Montenegro, Roberto, 115

Montemayor y Cuenca, Juan Francisco, 333,

346.

Montes, 110, 195. Montoro, 150, 189. Montoro, Cristina, 65, 189. Montoro, Rafael, 65,144, 150, 189. Moore, Charles Leonard, 68. Mora, José María Luis, 132. Morales Albo, Federico, 115.

Morales, Carlos F., 58, 75. Morales, Cristina, 38. Morales, Georgina, 188-190. Morales, María Luisa, 190, 195, Moreau, Mme., 133, 275, 333.

Morena, Berta, 299.

Moreno Cantón, Delio, 280.

Moreno, Dolores, 54.

Moreto, 111. Morilla, 309. Morin, M., 35.

Morineau, Julián, 134. Morquecho, Pedro Sanz de, 333, 342.

Moscoso, Abelardo A. 43. Moscoso, Anacaona, 25, 29.

Moscoso, Mercedes Anacaona, 25, 29.

Moscoso, Mercedes, 25, 29. Moscoso, Rafael M, 23, 25, 29,

Moszkowski, 187.

Mota de Reyes, Antera, 26. Mota, Mercedes, 26, 29, 48. Motolinia, P. Fr. Toribio, 336, 343.

Mountferd, Mme., 48.

Mozart, Wolfgang Amadeus, 51, 60, 104, 145,

166, 173, 181, 271, 281, 294, 302.

Mugica, Arturo G., 134. Müller, Otfried, 83.

Muñoz Bustamante, 186, 202, 207, 215, 219.

Muñoz Marquet, 285. Murga, Gonzalo de, 111, 116. Mürger, 236. Murillo, 72, 126, 117-123. Murillo, Gerardo, 281. Murray Hill, 52. Murray, Gilbert, 84.

Nadal, Consuelo, 195. Nadal, María Luisa, 195. Naval, Fran. 60

Navarrini, 55.

Navarro de Campos, Gabriel, 333, 342.

Navarro Riera, Joaquín, 151. Navarro, Romera, 83. Nellie Melba, 173, 174.

Nervo, Amado, 72, 150, 273, 283, 318.

Nervo, Rodolfo, 72. Nevada, Emma, 200, 298. Nevin, Ethelbert, 304. Niccodemi, Darío, 65, 189. Nicolás Antonio, 334, 335, 340.

Nicómaco, 312. Nicomedes, María, 155.

Nietzsche, F., 15, 78, 82-85, 251, 266-268,

290, 313. Nikisch, 269. Nilsson, 298. Nin, J. J., 198. Nolasco, Sócrates, 151. Nordau, 98.

Nórdica, Lillian, 55, 173, 174, 200, 298.

Norris, Frank, 248. Novelli, 82, 116.

Novoa, Guillermo, 107, 128. Núñez de Cáceres, 307-310. Núñez Morquecho, Pedro, 333, 342. Núñez Peralta, Diego, 333, 344. Nuñez Peralta, Diego, 344. Núñez y Domínguez, 108.

Núñez, Gral. Emilio, 206, 209, 219, 220.

Núñez, María, 190, 195. Núñez, Rafael, 232.

O'Farril, 220.

Ochoa de Miranda, Antonia, 258, 262.

Ochoa, Virgilio de 313. Odilon, Helena, 44, 53. Offenbach, 213, 295.

Ogazón, Pedro, 49, 82, 262, 263.

Ohnet, 190.

Oidores Matienzo y Delgadillo, 336. Olea, Hipólito, 81, 103, 106, 131. Oller, Narciso, 250, 342. Olmedo, Adolfo 81, 283. Olsen, Willy, 302. Onofre Jarpa, 47.

Orbea de Catalá, Juana, 146, 189. Orbón, Benjamín, 65, 181. Ordex, Isabel, 184, 204, 208. Ordorica, Miguel, 75. Orefice, 74, 259, 260. Ortea, Virginia E., 29, 159, 163.

Ortega de Hernández, Mercedes Laura, 154.

Ortega Frier, Julio, 154. Ortega, Sóstenes, 281. Ortega, Virgilio, 57, 58.

Ortiz Casanova, Julio, 135, 138, 145, 148, 149.

Ortiz P., 342, 343. Ortiz, Oscar, 153. Ortiz, Tomás F., 333, 342. Osorio, Francisco, 330. Osorio, Miguel Ángel, 116. Otero, María Teresa, 195. Ovando, Sor Leonor de, 333.

Ovidio, 314.

Oviedo y Baños, Diego Antonio de, 333. Oviedo, Fr. Pedro, 333, 336, 337, 342.

Pacini, 265.

Paderewski, I., 50, 51, 296, 302, 303. Padilla, Doña Isabel, 333, 339, 340.

Padovani, Adelina 252. Pagaza, Joaquín Arcadio, 245. Palacio Valdés, A., 73, 107, 272. Palacios, Juan, 73, 107. Palavicini, Félix, 101, 102, 114.

Pallares, Eduardo, 107, 131.

Palma Estrada, Tomás, 195, 206, 209, 210, 219. Palma, Ricardo, 68, 221, 306, 343, 357, 359.

Palomo, José Adrián, 117. Pane, Fr. Román, 333.

Pantaleón Castillo, José, 16, 221, 333, 347,

Paoli, 50, 55.

Papini, Giovanni, 85, 268.

Pardo, Dr. Lara, 75, 77, 78, 104, 108, 114, 325.

Pareto, Vilfredo, 98. Parménides, 312. Parra, Porfirio, 81.

Parra, Manuel de la, 72, 73, 107, 290, 291.

Parrish, Maxfield, 47. Parrita, 109, 110, 128.

Parsifal, 45, 60, 63, 66, 179, 293, 302.

Parten Wilson, 63. Pascal, 85, 314. Pater, Walter, 83, 84, 92. Patti, Adelina 178, 298. Paur, Emil, 50.

Payret, 141, 186. Pedrell, Felipe, 226, 269. Peer Gynt, 40, 313. Peinado, Jacinto B., 154. Peinado, Francisco J., 324. Peinado, Manuela, 154, 155. Peláez de Hansen, Filomena, 155. Pellerano Castro, Arturo B., 160. Pellerano y Carvajal, Consuelo 154. Pellerano, Eva Ozema, 31, 40. Pellerano, Fernando Arturo, 156.

Pellerano, Luisa Ozema, 24, 25, 29, 31, 40,

155.

Penchi, Angela, 203.

Perdomo, Josefa Antonia, 24, 129, 155.

Pereda, 73, 82, 229, 230. Pereira, Carlos, 92, 282. Perelló de Segurola, 65. Pereyra Carbonell, José, 132. Pereyra, 100, 282, 290. Pereyra, Carlos, 89, 111. Pérez Bonalde, 356.

Pérez Cabral, Romano E. 64, 141. Pérez Chaumont, Cheché, 189, 190, 195.

Pérez Chaumont, Nieves, 195.

Pérez de Acevedo, Javier, 181.

Pérez de Ayala, Ramón, 38, 163-165, 272.

Pérez de León, 104

Pérez de Oliva, Hernán, 110, 124.

Pérez Figueroa, 103.

Pérez Galdós, Benito104, 229, 272, 314, 316.

Pérez Galdós, 104, 229, 272, 316.

Pérez, José Joaquín, 27, 29, 30, 32, 38, 63, 65,

159, 160, 283, 306.

Pérez, José Joaquín, 38, 63, 65, 159, 160, 283,

306.

Pérez, Luis Marino, 144.

Pérez, Román, 203, 204, 208, 217.

Periam, Annina, 44.

Pericles Nikolaievitch Vekyroff, 57.

Perretti, 213.

Perrot y Chipiez, 84.

Petrarca, 314.

Peyrellade, 185, 195.

Peza, Juan de Dios, 273.

Philippi III, 340.

Phillips, Stephen, 178.

Pichardo, Manuel Serafín, 62-64, 150, 189,

198, 203, 207.

Pichardo, Aníbal, 59.

Pichetti, Mrs., 53, 56, 57.

Pildaín, Pablo, 187.

Pina, Joaquín, 101.

Píndaro, 314.

Pineda, Rosendo, 86

Pinero, 51, 52, 56, 64, 65, 207.

Pino, Rosario, 104, 105, 116, 315-323.

Pino-Thuillier, Emilio, 116, 316, 317, 323.

Pinto, Amelia, 55.

Pintucci, 74.

Piñeiro, Julio A., 156.

Pío, Carlos, 240.

Pío, Federico 240.

Place, Irving 44, 52.

Plancon, 44, 60, 298.

Planquette, 213.

Plantón, 45.

Plasencia, Inés María, 188, 189, 190, 198.

Platón, 45, 83, 132, 311-313.

Plauto, 314.

Plinio, 311.

Plotino, 314.

Plutarco, 311, 314.

Poe, Edgar Allan, 78, 92, 290, 313.

Poincaré, 85, 231.

Polícrates 87.

Ponce de León, Santiago, 277.

Ponce, Manuel M., 111.

Portela, Guillermtna, 198.

Porto-Riche, 65, 197.

Portuondo de Núñez, Dolores, 195, 220.

Portuondo, Manuel, 195, 220.

Power, Tyrone, 178.

Prado, José Luis, 67.

Prida, Pablo, 117.

Prida, Ramón, 86, 134.

Prieto, 195. Protágoras,

Prud'homme, Emilio, 17, 23-25, 30, 37, 38, 40,

159, 160.

Prud'homme, Sully 29.

Puccini, Giacomo, 65, 145, 173.181, 213, 224,

280, 293, 294.

Puello, Ana Josefa, 25, 29, 154, 156.

Puga y Acal, Manuel, 89, 96, 114.

Puga, don Isaac, 165.

Puga, Manuel 89, 96, 114, 164, 165.

Pugno, Raoul, 61.

Pujol, Francisco, 333, 344.

Puyans, B. Emilio, 65, 186-188.

Pyle, Howard 47.

Queiroz, Eça de, 314, 321.

Quevedo Villegas, Agustín, Fray, 333, 339,

344

Quevedo y Villegas, Francisco, 71, 226, 250,

251, 254, 312, 333, 344.

Quintana, Don Manuel José,

Quintana, Manuel José, 222, 232.

Quintana, Roo, 94, 95, 97.

Quintero, los, 65, 104, 226, 227, 239,242, 244,

251, 256, 280, 316, 317.

Quintero, 65, 104, 226, 227, 239, 242, 244,

251, 256, 280, 316, 317.

Rabelais, 312.

Rabell de Castells, America, 195.

Rabell de D'Estrampes, María Antonieta de,

189

Rachmanikoff, 262.

Racine, Jean, 31, 134, 161, 314.

Rafael, San, 147, 217.

Ramírez, Fuenleal, 333, 335, 336.

Ramón y Cajal, Santiago, 282.

Ramón, Juanita, 303.

Ramos Mejía, 232.

Ramos, Domingo, 144.

Rasmus B. Anderson, 139. Ravelo, Miguel A. 151, 159. Rayneri, Laura, 187, 195. Reade, Charles, 51, 52. Rebollado, Carmen, 78, 290.

Rebolledo, 290. Regnier, Henri de, 116. Rehan, Ada, 61. Reisenauer, Alfred, 61.

Reiter, 65.

Réjane, Gabrielle, 65, 186, 188-190, 192, 197,

236.

Remington, Frederick, 47.

Renan, 84. Renaud, 295.

Repplier, Agnes, 200.

Reszke, Edouard de, 51, 55, 163 174, 298. Reszke, Jean de, 44, 45, 163, 174, 298.

Reuss-Belce, Louise 55. Reuter, Gabrielle, 268. Reyer, 173, 210, 265.

Reyes Spíndola, Rafael, 74, 77, 78, 100, 104,

108, 115, 116, 118.

Reyes, Alfonso, 81, 82, 86, 94, 96, 100, 107,

110, 111, 128.131.

Reyes, Bernardo, 72, 216. Reyes, Gustavo Juan de los, 144.

Reyes, José, 17.

Reyes, Rodolfo, 81, 94, 131. Reyles, Carlos, 320. Rhin, 51, 247. Ricardo III, 30, 61.

Ricci, 295. Richepin 127.

Richman, Charles, 52, 56. Richter, Hans, 269.

Riva Agüero, José de la, 288.

Rivadeneyra, 312.

Rivas de Silveira, María Luisa, 189, 195.

Rivas, Duque de, 127.

Rivera, Diego, 72, 133, 232, 281, 289. Robertson, Forbes, 61, 105, 136.

Robledo, Romero, 229. Robles, Miguel Alessio, 128. Robson, Eleanor, 56, 61.

Rocabruna, 111.

Rocha, Miguel Ángel de la, 59. Rodenbach, 113, 305, 321.

Rodó, José Enrique, 39, 63, 65, 87, 171, 235.

Rodríguez Agüero, Rafael, 214. Rodríguez Correa, 138.

Rodríguez Lendián, Evelio, 136, 146. Rodríguez Mendoza, Emilio, 320.

Rodríguez Miramón, Enrique, 81.

Rodríguez, Fernando, 285. Rodríguez, Lico, 91. Rodríguez, Lola, 149 Roger Miclos, Mme., 61. Rohan, Ernesto de, 21. Rojas, Floricel, 43. Rojas, Juan de 142, 144. Rojo, Juan B. Jr., 130. Rolando, 314.

Román, Sr. Pérez, 203, 204, 208. Romañach, Leopoldo, 212.

Romeo y Julieta, 21, 51, 56, 173, 174.

Romera Navarro, 83.

Romero, Luis MacGregor, 82, 131.

Romeu, 277. Roncoroni, 21.

Roo, Quintana, 94, 95, 97. Roosevelt, Franklin D., 68, 234.

Roque Cocchia, 276. Rosado Vega, Luis,

Rosetti, Dante Gabriel, 117.

Rossini, Gioachino, 51, 187, 271, 294. Rostand, 44, 52, 117, 127, 167, 173, 254.

Rotterdam, Erasmo de 314.

Rousier, 228, 231. Rubayatd, 303.

Rubens, Pedro Pablo, 99.

Rubinstein, 179.

Rubio de Díaz, Romero, 104.

Rueda, Salvador, 272.

Ruen, 231.

Ruggeri, Ruggero, 116. Ruiz Esparza, Juan, 88. Ruiz Zamora, Gonzalo, 64. Rulavit y Laur, Diego, 330. Runciman, John F., 267.

Rusiñol, Santiago, 65, 71, 250, 280.

Ruskin, 53, 72, 84, 92, 313.

Saco, J. A., 140.

Sacra, Carmina, 335.

Sáenz y Botello, Ramón, 79, 292.

Safonoff, 60, 179.

Safonoff, Wasili von, 60, 179.

Saint Nazaire, 28, 104.

Saint-Gaudens, 47.

Saint-Méry, Moreau de, 133, 275, 333. Saint-Saëns, C., 74, 181, 187, 257, 258, 261,

295.

Salado Álvarez, 96, 111, 128, 286.

Saladrigas de Montoro, Herminia, 65, 150,

189, 195.

Salazar, Abel C., 73, 78, 107, 290.

Saleza, Albert, 44. Salignac, 45, 174. Salvador, Ángel, 35. Sammarco, 295.

Sánchez Azcona, Juan 75, 76, 79. Sánchez Bustamante, Antonio, 186. Sánchez Bustamante, Isabel Pulido de, 186,

Sánchez de Fuentes, Dr. Fernando, 62, 145.

Sánchez Figueras, 146. Sánchez Ramírez, Juan, 309. Sánchez Valverde, 324. Sánchez, Eladio, 23. Sánchez, Francisci, 344.

Sandoval Cerda Silva y Mendoza, 329.

Sandrino, Rogelio, 135.

Sanguily, Manuel, 65, 150, 210, 215.

Sanmarco, 200. Sans Gene, Mme., 65. Sansón y Dalila 74, 295.

Santana, 307.

Sanz de Morquecho, Pedro, 333, 342.

Sanz, Florentino, 71, 250, 251. Saphico, Carmine, 335.

Sapho, 65, 189, 236. Sardou, 52, 65, 117, 173, 178, 190, 197, 242.

Sardou, Brieux, 53, 197, 319. Sarmiento, Domingo F., 232.

Sarrien, 231.

Saviñón, Aguedita, 154. Scalchi, Sofía, 298. Schelling, 85. Scherzino, 263. Schiavazzi, 55.

Schiller, 84, 190, 269, 303.

Schopenhauer, A., 72, 73, 84, 85, 268, 313.

Schubert, Franz, 31, 145, 303.

Schumann-Heink, 44, 45, 51, 55, 145, 174,

263, 298, 303. Scio, 32, 313.

Scotti, Antonio 45, 51, 55, 60, 179, 293, 294,

298

Scribe, E. 56, 164, 190. Scull, Hortensia, 188. Scull, Margarita, 144, 188. Segismundo, 163.

Selles, 165, 186.

Sembrich, Marcella, 51, 55, 60, 65, 179, 180,

214, 270, 293- 295, 298.

Serafín Fernández, Antonio, 188.

Sewall, 48, 200.

Shakespeare, William, 21, 30, 31, 39, 52, 53, 56, 92, 161, 163, 176, 213, 255, 301, 312, 313. Shaw, Bernard, 56, 61, 63, 65, 92, 200, 216,

225, 266,

Shelley, P.B., 92, 311, 313. Sheridan, James, 52, 56. Sibyl Sanderson, 51, 248. Sierra, Enriqueta, 146. Sierra, Javier Francisco, 135. Sierra, José María 72, 108. Sierra, Justo, 68, 82, 88, 110, 128.

Sierra, Paco, 150. Sigüenza y Góngora, 329. Silva, José A., 272.

Silva, Mariano, 131.

Silveira, Manuel, 62, 64, 67, 189, 195.

Skimner, Otis, 52. Skram, Amalie, 228. Slosson, 130. Smith Gerrit 50. Smyth, Ethel, 55. Sócrates, 312.

Sófocles, 83, 304, 312, 313. Solano, José María, 154. Soler y Meriño, Mariano, 23.

Solness, 40, 313,.

Sommerskales, Tomás, 47. Sonnenthal, Adolph von, 53.

Soriano, 232. Soriano, 44, 52, 56.

Soto Navarro de Lasa, Lola, 141, 189, 195.

Soto Navarro, Nena, 188, 189. Souza, Beristáin de, 330, 332-334. Spencer, Herbert, 19, 84, 85, 130, 268, 314.

Spetrino, 293.

Spíndola Reyes, Rafael, 74, 77, 78, 100, 104,

108, 115, 116, 118. Spinoza, Baruch, 313. Squiers, Mrs., 195. Stanford, Leland, 248. Stelio Efrenna, 219.

Stella, 36. Strauss, Richard, 50, 60, 61, 63, 65, 66, 179, 238, 257, 266, 267, 269, 270, 295, 298, 300,

301.

Stuart Robson, 56. Stuart, María, 190, 191.

Suazo de Abreu, Encarnación, 155. Sudermann, 52, 56, 190, 191. Sudermann, Magda de, 203, 207. Sullivan, 52. Suppé, 213.

Susan B. Anthony, 200. Swinburn Kirk, Enrique, 47, 92.

Swinburne, 92. Sydney Jones, 213.

Tabaré de Zorrilla 296, 213. Tablada, Juan José, 281, 306.

Taboada, Luis, 74, 96, 112, 281, 283, 284, 306.

Tácito, 312. Taft-Díaz 102. Taine, 84, 145.

Tamayo, 38, 39, 161-165. Tanner, Henry, 47. Tanqueray Mrs., 51, 65, 197.

Tapia de Albisu, 182. Tarde, Gabriel, 130. Tasso, 31, 314. Teeteto, 312.

Teja Zabre, Alfonso 81, 131. Tejada, Juan de Dios, 18, 27, 28. Tejera, Ascensión, 145.

Tejera, Emiliano, 265, 266. Tell, Guillermo, 187. Templeton, Fay, 205. Tennyson, Alfred, 52, 311. Tenorio, Don Juan

Tepes, Israel Vásquez, 67. Ternina, Milka, 44, 51, 60, 298, 299.

Terry, Miss Ellen, 51. Tesman, 192.

Tetrazzini, Luisa, 65, 203, 295.

Thais, 295.

Thibaut, Jacques, 61. Thomas, Isaiah, 333. Thomson, Marina M., 231.

Thuillier, Emilio, 116, 316, 317, 323.

Tiberio Hormechea. 116.

Timeo, 312. Tinoco, Manuel, 82.

Tió de Sánchez Fuentes, Patria, 189, 195.

Tió, Lola, 63, 64, 149.

Tirso de Molina 27, 166, 314, 333.

Tito Livio, 312, 314.
Tolstoi, Leon 39, 266, 313.
Tomeu, Dr., 144.
Torralva, Fernando, 151.
Torre Campa, Marqués, 343.
Torre de la, Díaz, Amada, 104.

Torre de la, Francisco, 72, 281, 289, 291.

Torre, Fr. Tomás, 333, 345.

Torre, Francisco de la, 72, 104, 281, 289, 291.

Torri, Julio, 131, 133. Torroella, Juan, 195, 196.

Tosca, 45, 55, 60, 74, 173, 190, 213, 224, 252,

280, 295, 299.

Toscanini, Arturo, 293, 294. Toscano, Amelia 195.

Tostado de la Peña, Francisco, 333. Trelles, Carlos M., 329, 330. Treviño, Jerónimo General, 91, 93.

Troncoso de la Concha, Manuel de Jesus, 159,

160.

Troncoso, Asunción, 28, 154.

Trovador, 45. Truffin, 195, 333.

Tschaikowski, 45, 82, 179, 261, 262.

Tucídides 314. Turcios, Froilán, 359. Twain, Mark 92, 195, 248.

Ubeda de Morales, Matilde, 188, 189, 195.

Ugarte, Manuel, 87. Ughelo, 335. Uhland, 303. Uizariturri, 127. Ulysses, 178. Ulzurrum, 195.

Untersteiner, Alfredo, 270.

Urbina, Luis G., 71, 73, 77, 79, 88, 97, 104, 106, 109, 111, 116, 133, 150, 283-286, 318. Ureña, Doña Salomé, 16, 33, 160, 283, 356.

Ureña, Nicolás, 16. Ureña, Pedro, 154, Urhbach, 240.

Ursúa, Roberto, 78, 82, 290, 291.

Urueta, 77, 283-286.

Vahram Sevadjian, 49. Valabrègue, 261.

Valbuena, Bernardo de, 333. Valderrama, Fr.Domingo 333, 344.

Valdés Fauly, 195.

Valdés Fraga, Pedro, 104, 262.

Valdés, Alberto, 104, Valdés, Fauly, 195 Valdés, Juan de, 314 Valdés, Palacio 272

Valencia, Fr. Martín de, 342.

Valenti Rubén, 73, 81, 84, 85, 87, 99, 102, 103,

107, 266, 290.

Valenzuela Puelma, Alfredo, 47.

Valenzuela, Jesús E., 71, 72, 85, 90, 98, 283-

285.

Valenzuela, Benigno, 72, 285 Valenzuela, Emilio, 90, 107 Valenzuela, Raimundo, 212

Valera, 313.

Valéry, Odette, 295.

Valle y de Armas, María del, 135. Valle y de Armas, Raquel del, 135.

Valle-Inclán, Ramón, 272. Valois du Perret 56.

Valverde, Quinito, 110, 154, 324.

Van Dyck, Ernst, 44, 51. Van Hoose, Elison 51. Van Rooy, 51, 55, 60, 301.

Vannutelli, 213. Varela, Oria, 188, 198. Vargas Vila, 69, 171.

Varona, Enrique, José 63, 65, 68, 135, 136, 140, 141, 145-147, 150, 183, 185, 187, 190, 202, 204, 240.

Varona, Graziella, 190

Varona, María Teresa, 187, 190.

Varona, Marín, 63, 204.

Vasconcelos, José, 96, 100-103, 107, 110, 114,

128, 131, 325. Vasconcelos, José, 96, 100-103, 107, 110, 114,

128, 131, 325.

Vásquez Gómez, Dr. Francisco, 80. Vásquez Schiaffino, Adelita 106.

Vásquez, Ciríaco, 80. Vásquez, Emilio, 102.

Vásquez, Horacio, 36, 43, 53, 58, 59, 76.

Vásquez, Leonte, 89, 43. Vedder, Elihu, 47. Vega, Lope de, 312. Vela, Juan, 333. Velia Giorgi, 265.

Venegas, Tomasa, 258, 262. Ventura de la Vega, 88, 161. Veracruz Lozano, 164. Veragua, Duques de, 277.

Verdi, Giuseppe, 45, 160,173, 179, 252, 265,

271, 293-295, 299, 301, 302. Verlaine, Paul, 113, 145, 289, 300.

Verne, Jules, 21. Vicente Medina, 111. Vicente, Diego, 145. Vicini, Cleopatra, 45, 213. Vidal Bosque, José, 138. Vidal Morales, Dr., 183. Vidal, Jaime R., 154.

Viebig, Clara, 268.

Viereck, George Sylvester, 296. Vigna, Arturo, 60, 61, 179. Vilalta de Saavedra, José, 203, 207. Villa López, Jaime, 330.

Villaescusa, Mauricio, 320, 335, 336. Villaespesa, Francisco 272. Villalpando, Jesús, 72.

Villaurrutia, Antonio, 329, 330.

Villaurrutia, Don Jacobo de, 329, 330, 333,

349, 350, 351.

Villaurrutia, Jacobo de, 333, 349.

Villaurrutia, José, 349.

Villaurrutia, Magdalena de 350.

Villaverde, Cirilo, 143, Virgilio, 31, 311-313.

Vitaliani, Italia., 65, 190, 191, 192, 193, 197,

203, 207, 236. Vittaliani, Sra., 197. Voltaire, 314. Vos, Luisa, 155.

Wagner, R., 45, 46, 51, 55, 60, 61, 74, 173, 174, 179, 181, 184, 187, 201, 219, 226, 252, 258, 261, 262, 267, 269, 271, 280, 286, 293, 301, 302.

Wainwright, 52. Wainwright, Marie, 52. Waldweben, 261. Walker, Edith, 60. Walker, Horacio, 47. Wallenstein, 146. Wally, 294. Walter, Eugene, 296. Walton, Isaac, 311. Warren, Sra., 225.

Washington, Booker T., 325. Washington, Irving, 32, 48.

Weber, Alfred, 30, 83, 104, 181, 187, 256, 258,

261, 281.

Weber, George, 30. Webster, John, 311. Weil, Henri, 84.

Weingartner, Félix, 60, 61, 179, 256, 258, 261.

Werther, 74, 292, 313.

Weyler, 232.

Wharton, Edith, 83, 155, 200. Whistler, James A. M., 47, 72, 199.

Widor, 187, 188.

Wiechers, Luciano 129, 130. Wiehe, Charlotte, 178. Wieniawski, 261, 262.

Wilde, Oscar, 15, 65, 72, 84, 92, 110, 113, 117,

155, 176, 238, 301, 303, 304.

Wilkins, Mary, 200.

Willard, Eduard S., 61.

Wills, William, G., 51

Windelband, 84.

Wing Pinero, Arthur, 197.

Wintzer, Lulú, 195.

Witherspoon, 293.

Wood, Henry, 47, 60, 179.

Woolf, Edgar Allan, 296.

Woolman, John, 311.

Worms, 129.

Woss y Gil, Alejandro, 43.

Wright de Kleinhans, Laureana, 26.

Wright Sewall, May Mrs., 48, 200.

Wüllner, Ludwig, 298, 303.

Wyant, Martin y Alexander 46.

Xenes, Nieves, 272.

Xenofonte, 314.

Xicoy, Eduardo, 107.

Yeats Butler, William, 49, 179.

Yero Buduén, Eduardo, 206, 221.

Yokánaan, 300, 302.

Zangwill, Israel, 61.

Zárate, Gabino, 281.

Zárraga, Ángel Dr, 111, 142, 290.

Zárraga, Guillermo, 111.

Zayas, Alfredo, 65, 290.

Zayas, Antonio de, 272.

Zaza, 65, 189, 192, 235, 236, 304.

Zenatello, 295.

Zeppilli, Alicia 295.

Zorrilla de San Martín, Juan, 32, 69, 111, 306.

Zuleta Álvarez, Enrique, 122.

Zumeta, César, 171.

Zúñiga, González, 39.

Esta es la primera edición del tomo 3, 1899-1910, II, de las *OBRAS COMPLETAS* DE PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, compiladas y editadas por Miguel D. Mena.

En su composición se utilizaron tipos Baramond: 16:11:10.

Se terminó de imprimir en el mes de abril de 2013 en los talleres gráficos de la Editora Búho, Santo Domingo, D. N., República Dominicana.